Philip Zimbardo

EL EFECTO LUCIFER

El porqué de la maldad

PAIDÓS

Índice

Portada
Dedicatoria
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1. La psicología del mal: transformación del carácter por la situación
Capítulo 2. Domingo: detenciones por sorpresa
Capítulo 3. Domingo: rituales de degradación
Capítulo 4. Lunes: los reclusos se rebelan
Capítulo 5. Martes: visitas y asaltantes
Capítulo 6. Miércoles: las cosas se desmadran
Capítulo 7. El poder de conceder la libertad
Capítulo 8. Jueves: encontronazo con la realidad
Capítulo 9. Viernes: fundido a negro
Capítulo 10. Significado y mensajes del EPS: la alquimia de la transformación del carácter
Capítulo 11. EPS: ética y extensiones
Capítulo 12. Estudio de la dinámica social: poder, conformidad y obediencia
Capítulo 13. Estudio de la dinámica social: desindividuación, deshumanización y maldad por inacción
Capítulo 14. Los maltratos y las torturas de Abu Ghraib: entender y personalizar sus horrores
Capítulo 15. El Sistema a juicio: complicidad de los mandos
Capítulo 16. Resistir las influencias situacionales y celebrar el heroísmo
Notas
Lista de ilustraciones
Créditos

Dedicado a la serena heroína de mi vida,
Christina Maslach Zimbardo

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la valiosa ayuda que he tenido la suerte de recibir en cada etapa del largo recorrido entre su concepción inicial y su redacción final.

INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Todo empezó con la planificación, la realización y el análisis del experimento que llevamos a cabo en la Universidad de Stanford en agosto de 1971. El primer impulso para poner en marcha esta investigación surgió del proyecto para unas clases sobre la psicología del encarcelamiento a cargo de David Jaffe, que más tarde desempeñaría el papel de subdirector de la prisión de nuestro experimento. Con el fin de preparar el experimento y entender mejor la mentalidad de los reclusos y del personal penitenciario, y para explorar las cualidades esenciales de la naturaleza psicológica de toda experiencia carcelaria, impartí un curso de verano en la Universidad de Stanford centrado en estos temas. Para ello conté con la colaboración de Andrew Carlo Prescott, que hacía poco había obtenido la libertad condicional tras una serie de largas reclusiones en prisiones de California. Carlo nos brindó su valiosa experiencia actuando como asesor del experimento y desempeñando el papel de presidente de nuestra «junta de libertad condicional». Dos estudiantes licenciados, William Curtis Banks y Craig Haney, participaron de lleno en cada etapa de la producción de este singular proyecto de investigación. Esta experiencia marcó para Craig el inicio de una carrera de gran éxito en los campos de la psicología y del derecho que le ha llevado a ser uno de los principales defensores de los derechos de los reclusos; también ha escrito conmigo varios artículos sobre temas relacionados con el sistema penitenciario como institución. Les agradezco a los dos las aportaciones que hicieron a aquel estudio y sus

conclusiones intelectuales y prácticas. También deseo expresar mi mayor agradecimiento a todos y cada uno de los estudiantes universitarios que se ofrecieron a participar en aquella experiencia que algunos, después de tantos años, aún no han podido olvidar. De nuevo les pido perdón por el sufrimiento que les haya podido causar.

INVESTIGACIÓN SECUNDARIA

La tarea de pasar la videoteca del experimento de la prisión a formato DVD y de hacer las transcripciones de las grabaciones ha recaído en Sean Bruich y Scott Thompson, dos estudiantes excepcionales de Stanford. Además de destacar los episodios más importantes de este material, Sean y Scott también han contribuido a recopilar una amplia selección de material adicional sobre diversos aspectos del estudio.

Del paso siguiente, recopilar y organizar abundante material adicional a partir de recortes de prensa, notas mías y artículos diversos, se han encargado Tanya Zimbardo y Marissa Allen. Un equipo formado por otros estudiantes de Stanford, sobre todo Kieran O'Connor y Matt Estrada, se ha encargado de comprobar todas las referencias. Matt también ha realizado la transcripción de mi entrevista grabada en audio con el sargento Chip Frederick.

Deseo agradecer las propuestas y los comentarios sobre varios capítulos del primer y el segundo borrador que he recibido de diversos colegas y estudiantes, entre ellos Adam Breckenridge, Stephen Behnke, Tom Blass, Rose McDermott y Jason Weaver. Anthony Pratkanis y Cindy Wang merecen un agradecimiento especial por su ayuda en la parte del capítulo final centrada en la resistencia a las influencias no deseadas. También deseo agradecer a Zeno Franco sus aportaciones a las nuevas formas de contemplar la psicología del heroísmo.

Mi interpretación de la situación militar en Abu Ghraib y en otros escenarios de la guerra está muy en deuda con los conocimientos de la suboficial Marci Drewry y del coronel y psicólogo militar Larry James. Doug Bracewell me ha facilitado el acceso a fuentes de información muy útiles en Internet sobre muchos temas relacionados con las cuestiones que

abordo en los dos capítulos del libro dedicados a Abu Ghraib. Además de haber dedicado mucho tiempo a este caso sin recibir remuneración alguna, Gary Myers, abogado del sargento Frederick, también me ha proporcionado todos los materiales y datos que necesitaba para entender aquella compleja situación. Adam Zimbardo me ha ofrecido un agudo análisis de la naturaleza sexual de las «fotos de trofeo» que documentan las «diversiones» del turno de noche de la galería 1A.

También debo expresar mi mayor agradecimiento a Bob Johnson (amigo, colega y coautor de nuestro libro de texto de introducción a la psicología, *Core Concepts*). Bob se ha leído todo el manuscrito y me ha hecho valiosas sugerencias para mejorarlo, al igual que Sasha Lubomirsky, que me ha ayudado a coordinar las aportaciones de Bob con las de Rose Zimbardo. Rose es profesora honoraria de literatura inglesa y se ha asegurado de que todas las frases del libro cumplan el objetivo de transmitir mi mensaje al gran público. Gracias a todos ellos por haberme prestado su ayuda con tanta gentileza y sentido común.

Gracias también a mi editor de Random House, Will Murphy, por su edición tan meticulosa, un arte ya perdido en muchos editores, y por su valeroso intento de reducirlo a sus temas esenciales. Lynn Anderson ha realizado a la perfección la corrección del texto y, junto con Vincent La Scala, ha añadido claridad y coherencia a mis mensajes. John Brockman ha actuado como agente y ángel custodio de este libro y de su promoción.

Por último, tras haber estado escribiendo doce horas seguidas o más, noche tras noche y día tras día, mi cuerpo dolorido se preparaba para la siguiente jornada gracias a los masajes de Gerry Huber, de la Healing Winds Massage de San Francisco, y a los de Ann Hollingsworth, del Gualala Sea Spa, cuando trabajaba en mi refugio de Sea Ranch.

A todos y cada uno de mis ayudantes, familiares, amigos, colegas y estudiantes que me han ayudado a transformar mis pensamientos en palabras y a plasmarlas en el manuscrito que ha dado origen a este libro, mi agradecimiento más profundo y sincero.

Ciao,
PHIL ZIMBARDO

Prólogo

Me gustaría decir que escribir este libro ha sido una empresa agradable; pero no lo ha sido ni un solo momento en los dos años que me ha llevado terminarlo. Sobre todo ha sido especialmente desagradable revisar todas las cintas de vídeo del experimento de la prisión de Stanford (EPS) y leer una y otra vez los textos con sus transcripciones. El tiempo había ido borrando el recuerdo de la maldad creativa de muchos de los carceleros, del sufrimiento de muchos de los reclusos y de mi pasividad al dejar que los maltratos siguieran durante tanto tiempo, de mi maldad por inacción.

También había olvidado que hace treinta años empecé la primera parte de este libro por encargo de otra editorial. Pero lo acabé dejando porque no estaba preparado para revivir aquella experiencia tan reciente. Me alegro de no haber seguido adelante obligándome a escribir, porque el momento adecuado ha sido éste. Ahora poseo más experiencia y puedo aportar una perspectiva más madura a esta tarea tan compleja. Además, las similitudes entre los maltratos de Abu Ghraib y los acontecimientos del EPS han dado más validez a nuestra experiencia de la prisión de Stanford y ayudan a explicar la dinámica psicológica que ha contribuido a crear los espantosos maltratos de esta prisión tan real.

Otro obstáculo agotador que ha hecho difícil la redacción de este libro ha sido el hecho de haberme volcado por completo en investigar los maltratos y las torturas de Abu Ghraib. Como perito para la defensa de uno de los policías militares que custodiaba a los prisioneros, acabé actuando más como un periodista de investigación que como un psicólogo social. Intenté averiguar todo lo que pude sobre aquel joven militar: realicé largas entrevistas con él, mantuve conversaciones y correspondencia con sus familiares, examiné su hoja de servicios como oficial de prisiones y como militar, y me puse en contacto con otros militares que habían servido en aquella prisión. Al final acabé sintiendo en primera persona cómo era hacer

el turno de noche en la galería 1A de Abu Ghraib, de las cuatro de la tarde a las cuatro de la madrugada, durante cuarenta noches seguidas, sin interrupción.

Como perito judicial que iba a declarar en su juicio para exponer las fuerzas situacionales que contribuyeron a los maltratos que había cometido, tuve acceso a la totalidad de los centenares de imágenes que documentaban aquella depravación en formato digital. Fue una tarea muy poco grata. Además, tuve acceso a todos los informes entonces disponibles elaborados por diversas comisiones de investigación militares y civiles. Puesto que se me dijo que no estaba autorizado a llevar notas detalladas al juicio, tuve que aprenderme de memoria sus principales detalles y conclusiones. A ese reto cognitivo se le añadió la gran tensión emocional que supuso la dura condena que recibió el sargento Ivan «Chip» Frederick; de una manera informal, me ofrecí a él y a su esposa Martha para prestarles orientación psicológica. Con el tiempo, he acabado siendo para ellos «el tío Phil».

Me sentía doblemente frustrado e irritado, primero por la negativa de los militares a aceptar alguna de las muchas circunstancias atenuantes que les había expuesto y que deberían haber reducido la dura condena a prisión de Frederick por haber contribuido directamente a su conducta censurable. El fiscal y el juez se negaron a considerar cualquier idea de que las fuerzas situacionales pudieran influir en la conducta individual. Se atenían a la concepción individualista que comparten la mayoría de las personas de nuestra cultura. Era la idea de que los hechos tenían una causa totalmente «disposicional», que eran consecuencia de la decisión racional y libre del sargento Chip Frederick de actuar con maldad. Mi preocupación aumentó al ver que muchos de los informes de investigación «independientes» culpaban sin ambages de los maltratos a los oficiales al mando por su negligencia. En estos informes, presididos por generales y ex altos cargos de la administración, quedaba claro que la cadena de mando militar y civil había creado un «cesto podrido» donde un grupo de buenos soldados se habían transformado en «manzanas podridas».

Si hubiera escrito este libro poco después de acabar el experimento de la prisión de Stanford, me habría contentado con explicar que las fuerzas situacionales tienen más poder del que pensamos para conformar nuestra

conducta en muchos contextos. Sin embargo, habría pasado por alto el poder aún mayor de crear el mal a partir del bien: el poder del Sistema, ese complejo de fuerzas poderosas que crean la Situación. La psicología social ofrece muchísimas pruebas de que el poder de la situación puede más que el poder de la persona en determinados contextos. Expondré estas pruebas en varios capítulos. No obstante, muy pocos psicólogos se han interesado por las fuentes más profundas de poder inherentes a la matriz política, económica, religiosa, histórica y cultural que define las situaciones y les otorga una entidad legítima o ilegítima. La comprensión plena de la dinámica de la conducta humana nos exige reconocer el alcance y los límites del poder personal, del poder situacional y del poder sistémico.

Modificar o impedir una conducta censurable por parte de personas o de grupos exige una comprensión de las fuerzas, las virtudes y las vulnerabilidades que aportan estas personas o grupos a una situación dada. Luego debemos reconocer plenamente el conjunto de fuerzas situacionales que actúan en ese contexto conductual. Modificar o aprender a evitar estas fuerzas puede tener un impacto mayor para reducir las reacciones individuales censurables que cualquier medida correctora que se centre únicamente en las personas que se hallan en la situación. La diferencia entre estos enfoques es similar a la que se da entre la salud pública y el modelo médico habitual, que se centra en el tratamiento de enfermedades concretas. Sin embargo, si no nos hacemos sensibles al verdadero poder del Sistema, que siempre se oculta tras un velo de secretismo, y entendemos plenamente sus propias reglas, el cambio conductual será pasajero y el cambio situacional ilusorio. A lo largo de este libro repetiré como un *mantra* que intentar entender las aportaciones de la situación y del sistema a la conducta de cualquier persona no excusa a la persona ni la exime de responsabilidad por la comisión de actos inmorales, ilegales o malvados.

Al reflexionar sobre las razones que me han impulsado a dedicar gran parte de mi carrera profesional al estudio de la psicología del mal —la violencia, el anonimato, la agresividad, el vandalismo, la tortura, el terrorismo—, también debo tener en cuenta las fuerzas situacionales que han actuado en mi formación. El hecho de crecer en la pobreza de un gueto del Bronx, en la ciudad de Nueva York, conformó en gran medida mis

prioridades y mi actitud ante la vida. La vida urbana del gueto se reducía a sobrevivir aprendiendo los conocimientos útiles «de la calle». Esto significa saber apreciar quién posee un poder que se pueda usar a nuestro favor o en contra nuestra, a quién debemos evitar, con quién nos debemos congraciar. Significa aprender a descifrar sutiles indicios situacionales para saber cuándo apostar y cuándo pasar; significa crear obligaciones mutuas y saber qué hace falta para pasar de ser un seguidor a ser el cabecilla.

En aquellos días, antes de que la heroína y la cocaína azotaran el Bronx, la vida del gueto era la vida de personas desposeídas, de niños cuyo recurso más preciado, a falta de juguetes y tecnologías, eran otros niños con los que jugar. Algunos de estos niños se convirtieron en víctimas o autores de actos de violencia; otros a los que tenía por buenos acabaron haciendo verdaderas maldades. A veces estaba muy claro cuál era el catalizador. Por ejemplo, estaba el padre de Donny, que le castigaba por cualquier trastada desnudándolo y haciéndole arrodillarse en la bañera sobre granos de arroz. Por lo demás, aquel «padre torturador» era una persona encantadora, sobre todo con las señoras que vivían en el bloque de pisos. Siendo apenas adolescente, Donny, destrozado por esas experiencias, acabó en prisión. Había otro chaval que desahogaba sus frustraciones desollando gatos vivos. Para ser admitidos en la pandilla todos tuvimos que robar, pelearnos con otros niños, llevar a cabo algún acto audaz y meternos con las chicas y con los niños judíos que iban a la sinagoga. Nada de todo aquello se consideraba malvado, ni siquiera malo; sólo seguíamos las normas de la pandilla y obedecíamos al cabecilla.

Para nosotros —aquellos niños—, el poder del sistema eran los conserjes grandotes y con mala uva que nos echaban de los portales y los caseros sin corazón que podían desahuciar a familias enteras haciendo que las autoridades bajaran sus pertenencias a la calle por no haber pagado el alquiler. Aún me duele recordar la vergüenza que sentían. Pero nuestro peor enemigo era la policía, que se abatía sobre nosotros mientras jugábamos al béisbol en las calles (con un bate hecho de un palo de escoba y una pelota Spalding de goma). Sin decirnos por qué, nos confiscaban los bates y no nos dejaban jugar. No había un lugar donde jugar a menos de dos kilómetros de donde vivíamos: las calles eran todo lo que teníamos y

aquella pelota de goma rosada no suponía ningún peligro para los ciudadanos. Recuerdo que una vez escondimos los bates al ver que la policía venía y que los policías me preguntaron dónde los habíamos escondido. Cuando me negué a responder, un agente dijo que me detendría y, mientras me empujaba para que entrara en el coche patrulla, me di un coscorrón contra la puerta. Después de aquello nunca me he vuelto a fiar de un adulto con uniforme salvo que se me demuestre que hay razones para hacerlo.

Habiendo crecido así, sin ninguna vigilancia por parte de los padres —porque en aquellos días los niños y los padres nunca se mezclaban en las calles—, está claro de dónde me viene la curiosidad por la naturaleza humana y, sobre todo, por su cara más oscura. Así pues, *El efecto Lucifer* se ha estado incubando en mi interior durante muchos años, desde mis días de juego en el gueto hasta mi instrucción formal en la ciencia psicológica; aquella curiosidad me ha llevado a plantearme preguntas muy profundas y a intentar darles respuesta mediante pruebas empíricas.

La estructura de este libro es bastante inusual. Empieza con un capítulo que esboza el tema de la transformación del carácter humano y habla de ángeles y de personas buenas que acaban haciendo algo malo, incluso algo malvado y diabólico. Plantea la pregunta fundamental de hasta qué punto nos conocemos a nosotros mismos, hasta qué punto podemos predecir con seguridad lo que haríamos o dejaríamos de hacer en situaciones en las que nunca nos hemos encontrado. Como Lucifer, el ángel favorito de Dios, ¿podríamos vernos arrastrados a la tentación de hacer lo inconcebible a otras personas?

Los capítulos dedicados al experimento de la prisión de Stanford constituyen un estudio muy detallado de la transformación que sufrieron unos estudiantes universitarios al desempeñar los roles asignados al azar de reclusos o de carceleros en una prisión simulada que al final acabó siendo muy real. Capítulo a capítulo, el relato de los hechos sigue un formato cinematográfico y adopta la forma de una narración en tiempo presente y en primera persona con una interpretación psicológica mínima. Tras la conclusión del estudio —al que hubo que poner fin antes de tiempo—,

examinaremos lo que aprendimos de él, describiremos y explicaremos las pruebas que obtuvimos, y veremos con más detalle los procesos psicológicos que actuaron.

Una de las principales conclusiones del experimento de la prisión de Stanford es que el poder sutil pero penetrante de una multitud de variables situacionales puede imponerse a la voluntad de resistirse a esta influencia. Esta conclusión se examina con mucha más profundidad en una serie de capítulos dedicados a investigaciones y estudios de la ciencia social que abordan el mismo fenómeno. Veremos que una gama muy amplia de participantes en estos estudios —como estudiantes universitarios o ciudadanos corrientes— acabaron accediendo, obedeciendo o dejándose tentar para hacer cosas que no podían imaginar antes de entrar en el campo de esas fuerzas situacionales. Examinaremos una serie de procesos psicológicos dinámicos que pueden inducir a una persona buena a obrar mal, entre ellos la desindividuación, la obediencia a la autoridad, la pasividad frente a las amenazas, la autojustificación y la racionalización. Otro proceso psicológico fundamental para transformar a personas normales y corrientes en autoras indiferentes o incluso complacientes de actos malvados es la deshumanización. La deshumanización es como una catarata en el cerebro que nubla el pensamiento y niega a otras personas su condición de seres humanos. Hace que esas otras personas lleguen a verse como enemigos merecedores de tormento, tortura y exterminio.

Con estos instrumentos analíticos a nuestra disposición, pasaremos a reflexionar sobre las causas de los maltratos y las torturas que sufrieron unos prisioneros de la cárcel iraquí de Abu Ghraib a manos de los policías militares estadounidenses encargados de su custodia. La afirmación de que estos actos inmorales fueron producto del sadismo de unos cuantos soldados sin escrúpulos, de unas cuantas «manzanas podridas», queda en entredicho al estudiar los paralelismos entre las fuerzas situacionales y los procesos psicológicos que actuaron en la prisión de Abu Ghraib y los que actuaron en nuestra prisión de Stanford. Examinaremos con detalle el Lugar, la Persona y la Situación para extraer conclusiones sobre las fuerzas

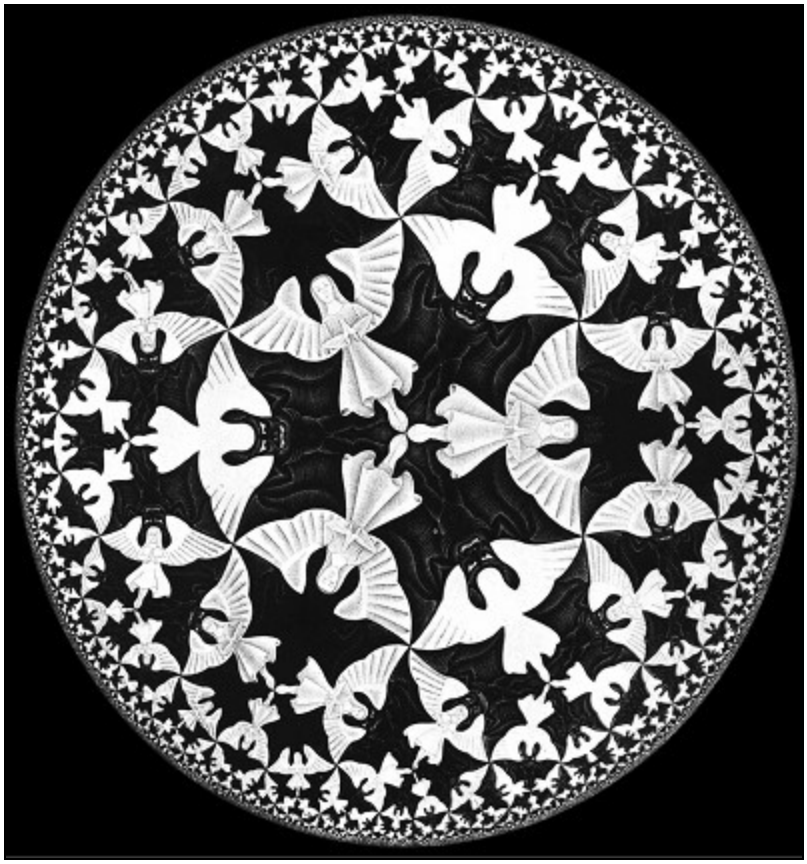
que intervienen en la generación de las atrocidades que aparecen en las repugnantes «fotos de trofeo» que tomaron los soldados mientras maltrataban a sus prisioneros.

Es entonces cuando llega el momento de ascender por la cadena explicativa y pasar de la persona a la situación y de la situación al sistema. Basándome en media docena de informes de investigación de estos maltratos y en datos de diversas fuentes jurídicas y de organizaciones a favor de los derechos humanos, me arrogo el papel de fiscal para encausar al Sistema. Llegando hasta los límites de nuestro sistema jurídico, que exige encausar a personas y no a situaciones o sistemas por un acto delictivo, primero acuso de complicidad a cuatro militares de alta graduación y luego amplío esta acusación a la estructura de mando civil de la administración Bush. Como miembro del jurado, el lector decidirá si las pruebas confirman su culpabilidad.

Este viaje más bien sombrío al corazón —y la mente— de las tinieblas toma un giro radical en el capítulo final. También hay buenas noticias que dar sobre la naturaleza humana, sobre lo que podemos hacer cada uno de nosotros para hacer frente al poder situacional y sistémico. En todas las investigaciones que se citan en el libro y en los ejemplos que presentamos del mundo real siempre ha habido personas que se han resistido y no han cedido a la tentación. Lo que las ha librado del mal no ha sido una bondad intrínseca de carácter mágico, sino su conocimiento, la mayoría de las veces intuitivo, de unas estrategias de resistencia mental y social. Basándome en mis propias experiencias y en los conocimientos de otros psicólogos sociales expertos en los campos de la influencia y la persuasión, expondré brevemente una serie de estrategias que nos permitirán resistir mejor las influencias sociales no deseadas (se puede hallar una versión más detallada en el sitio web de este libro, www.lucifereffect.com).

Por último, cuando la mayoría cede, podemos considerar héroes a los pocos que se rebelan ante las fuerzas poderosas que les impulsan a la aceptación, la conformidad y la obediencia. Hemos llegado a pensar que nuestros héroes son especiales, que se distinguen de nosotros, los simples mortales, por sus hazañas o su vida de sacrificio. Aquí reconoceremos que estos seres especiales, los que por ejemplo entregan su vida a una causa

humanitaria, existen, pero son la excepción; la mayoría de los héroes son héroes del momento, de la situación, que actúan con decisión cuando deben hacerlo. De este modo, el viaje de *El efecto Lucifer* llega a su fin con una nota positiva, celebrando al héroe ordinario que vive en cada uno de nosotros. Frente al concepto de la «banalidad del mal», frente al hecho de que gente normal y corriente pueda cometer los más viles actos de crueldad y degradación, propongo el concepto de la «banalidad del heroísmo» para describir a los muchos hombres y mujeres corrientes que responden con heroísmo a la llamada del deber. Saben que esa llamada suena para ellos. Es la llamada a defender lo mejor de la naturaleza humana, a superar la poderosa fuerza de la Situación y del Sistema, a reafirmar con firmeza la dignidad del ser humano frente a la maldad.



«*Círculo límite IV», de M. C. Escher. © 2006 The M. C. Escher Company-Holland*.
Todos los derechos reservados. www.mcescher.com

CAPÍTULO 1

La psicología del mal: transformación del carácter por la situación

> La mente es su propia morada y por sí sola puede hacer del cielo un infierno y del infierno un cielo.
>
> JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Observemos unos instantes esta extraordinaria imagen. Luego cerremos los ojos y traigámosla a la memoria.

¿Vemos mentalmente los ángeles blancos que bailan contra el cielo oscuro? ¿O vemos los demonios negros, esos diablos con cuernos que habitan el espacio blanco y refulgente del infierno? En esta ilusión del artista M. C. Escher, las dos perspectivas son posibles. Cuando tomamos conciencia de la relación entre el bien y el mal no podemos ver uno sin ver el otro. En lo que sigue no dejaré que el lector vuelva a la confortable separación entre «su lado bueno y sin tacha» y «su lado malo y perverso», y a lo largo de nuestro viaje por extraños parajes le pediré que se pregunte una y otra vez: «¿Sería yo capaz de actuar con maldad?».

En la imagen de Escher se plasman tres verdades psicológicas. La primera es que el mundo está lleno de bondad y de maldad: lo ha estado, lo está y siempre lo estará. La segunda es que la barrera entre el bien y el mal

es permeable y nebulosa. Y la tercera es que los ángeles pueden convertirse en demonios y, algo que quizá sea más difícil de imaginar, que los demonios pueden convertirse en ángeles.

Quizás esta imagen nos recuerde la transformación suprema del bien en el mal, la metamorfosis de Lucifer en Satanás. Lucifer, el «portador de luz», era el ángel favorito de Dios hasta que se enfrentó a la autoridad divina y fue arrojado al infierno junto con los otros ángeles caídos. «Mejor es reinar en el infierno que servir en el cielo», se jacta Satanás, el «adversario de Dios» en *El paraíso perdido* de Milton. En el infierno, Lucifer-Satanás se convierte en un embustero, en un vanidoso impostor que alardea con lanzas, trompetas y estandartes, como los dirigentes de muchos países de hoy. En el congreso demoníaco que reúne a los principales demonios del infierno, se le dice a Satanás que no podrá recuperar el cielo mediante una confrontación directa.[1]Sin embargo, al príncipe de Satanás, Belcebú, se le ocurre la más malvada de las soluciones para vengarse de Dios: corromper su creación suprema, el género humano. Aunque Satanás tiene éxito al tentar a Adán y Eva para que desobedezcan a Dios y caigan en el mal, Dios decreta que, al final, el ser humano se salvará. Sin embargo, hasta que llegue ese momento, Satanás tiene libertad para reclutar a brujos y brujas para con su ayuda tentar a la humanidad y hacerla caer en el mal. Más adelante, estos intermediarios de Satanás se convertirían en el blanco de los fervientes inquisidores que deseaban librar al mundo del mal, aunque sus métodos horrendos acabarían dando origen a una nueva forma de maldad sistémica que el mundo, hasta entonces, no había conocido.

El pecado de Lucifer es lo que los pensadores de la Edad Media llamaron *cupiditas*.* Para Dante, los pecados que brotan de esta raíz son los peores, los «pecados del lobo», la condición espiritual de tener en el interior de uno mismo un agujero negro tan profundo que nunca se podrá llenar con cantidad alguna de poder o de dinero. Para quienes sufren de ese mal mortal, lo que existe fuera del ego sólo tiene valor si el ego puede apropiarse de ello o explotarlo. En el infierno de Dante los culpables de este pecado se hallan en el noveno círculo, congelados en el lago de hielo. Por no haberse ocupado en vida de otra cosa salvo de sí mismos, están atrapados en un ego helado para toda la eternidad. Haciendo que las

personas se centren en sí mismas de este modo, Satanás y sus seguidores les hacen apartar la mirada de la armonía de amor que une a todos los seres vivos.

Los pecados del lobo hacen que el ser humano se aparte de la gracia divina y haga del ego su único bien, un bien que acaba siendo su prisión. En el noveno círculo del infierno, los pecadores, poseídos por el espíritu del lobo insaciable, se hallan congelados en una prisión autoimpuesta donde recluso y carcelero se han fusionado en una realidad egocéntrica.

En su búsqueda académica de los orígenes de Satanás, la historiadora Elaine Pagels plantea una turbadora tesis sobre el significado psicológico de Satanás como espejo de la humanidad:

> Lo que nos fascina de Satanás es su forma de expresar cualidades que van más allá de lo que habitualmente reconocemos como humano. Satanás evoca algo más que la avaricia, la envidia, la lujuria y la cólera que identificamos con nuestros peores impulsos, y algo más que lo que llamamos brutalidad, que atribuye a los seres humanos una semejanza con los animales («brutos»). Por lo tanto, el mal, en su peor especie, parece tocar lo sobrenatural, lo que reconocemos, con un estremecimiento, como el inverso diabólico de la caracterización que Martin Buber hace de Dios como «totalmente otro».[2]

Tememos el mal, pero nos fascina. Creamos mitos de conspiraciones malvadas y llegamos a creer en ellos lo suficiente para movilizar nuestras fuerzas en su contra. Rechazamos al «otro» por diferente y peligroso porque nos es desconocido, pero nos fascina contemplar excesos sexuales y violaciones de códigos morales cometidos por quienes no son como nosotros. El profesor de estudios religiosos David Frankfurter concluye su búsqueda del «Mal encarnado» centrándose en la construcción social de este «otro» malvado.

> [L]a construcción del Otro *social* como caníbal-salvaje, demonio, brujo, vampiro o una amalgama de todo ello, se basa en un repertorio coherente de símbolos de inversión. Los relatos que narramos sobre los pueblos de la periferia juegan con su salvajismo, sus costumbres libertinas y su monstruosidad. Al mismo tiempo, es indudable que la combinación de placer y horror que sentimos al contemplar esta «Otredad» —unos sentimientos que influyeron en la brutalidad de los colonos, los misioneros y los ejércitos que entraron en las tierras de esos Otros — también nos afecta en el nivel de la fantasía individual.[3]

TRANSFORMACIONES: ÁNGELES, DEMONIOS Y SIMPLES MORTALES

El efecto Lucifer es mi intento de entender los procesos de transformación que actúan cuando unas personas buenas o normales hacen algo malvado o vil. Nos ocuparemos de una pregunta fundamental: «¿Qué hace que la gente actúe mal?». Sin embargo, en lugar de recurrir al tradicional dualismo religioso del bien contra el mal, de la naturaleza sana contra la sociedad corruptora, veremos a personas reales realizando tareas cotidianas, enfrascadas en su trabajo, sobreviviendo en el mundo a menudo turbulento del ser humano. Trataremos de entender las transformaciones de su carácter cuando se enfrentan al poder de las fuerzas situacionales.

Empecemos con una definición de la maldad. La mía es sencilla y tiene una base psicológica: *La maldad consiste en obrar deliberadamente de una forma que dañe, maltrate, humille, deshumanice o destruya a personas inocentes, o en hacer uso de la propia autoridad y del poder sistémico para alentar o permitir que otros obren así en nuestro nombre*.[4]

¿Qué es lo que impulsa la conducta humana? ¿Qué es lo que determina el pensamiento y la acción? ¿Qué hace que algunos de nosotros llevemos una vida recta y honrada y que otros parezcan caer con facilidad en la inmoralidad y el delito? Nuestra concepción de la naturaleza humana, ¿se basa en la suposición de que hay unos *factores internos* que nos guían por el buen o el mal camino? ¿Prestamos una atención suficiente a los *factores externos* que determinan nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos? ¿Hasta qué punto estamos a merced de la situación, del momento, de la multitud? ¿Estamos totalmente seguros de que hay algo que nunca nos podrían obligar a hacer?

La mayoría de nosotros nos escudamos tras unos prejuicios egocéntricos que generan la ilusión de que somos especiales. Estos escudos nos permiten creer que estamos por encima de la media en cualquier prueba de integridad personal. Nos quedamos mirando las estrellas a través del grueso lente de la invulnerabilidad personal cuando también deberíamos mirar la pendiente resbaladiza que se abre a nuestros pies. Estos prejuicios egocéntricos suelen ser más comunes en sociedades individualistas como las de Occidente que en sociedades colectivistas como las de Asia, África y Oriente Medio.[5]

En nuestro viaje por el bien y por el mal pediré al lector que se plantee tres preguntas: ¿hasta qué punto se conoce bien a sí mismo y es consciente de sus fuerzas y sus debilidades? ¿Procede este conocimiento de sí mismo de haber examinado su conducta en situaciones familiares, o bien procede de haberse hallado en situaciones totalmente nuevas que han puesto a prueba sus viejos hábitos? Siguiendo esta misma línea, ¿hasta qué punto conoce realmente a las personas con las que convive a diario: su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo y su pareja? Una tesis de este libro es que, en general, el conocimiento que tenemos de nosotros mismos se basa únicamente en experiencias limitadas a situaciones familiares donde hay reglas, leyes, políticas y presiones que delimitan nuestra conducta. Vamos a estudiar, a trabajar, de vacaciones, de fiesta; pagamos las facturas y los impuestos, día tras día y año tras año. Pero, ¿qué ocurre cuando nos hallamos en un entorno totalmente nuevo y desconocido donde nuestros viejos hábitos no bastan? Empezamos un trabajo nuevo, acudimos a una cita a ciegas, nos admiten en una hermandad, nos detiene la policía, nos alistamos en el ejército, nos unimos a una secta o nos presentamos para participar en un experimento. Nuestro viejo yo podría no actuar de la manera esperada cuando las reglas básicas cambian.

Me gustaría que a lo largo de nuestro viaje, a medida que vayamos encontrando diversas formas del mal, el lector se preguntara continuamente: «¿Yo también?». Examinaremos el genocidio de Ruanda, los suicidios y asesinatos en masa de los seguidores del Templo del pueblo en las selvas de Guyana, la matanza de My Lai en Vietnam, los horrores de los campos de exterminio nazis, las torturas cometidas por la policía civil y militar de todo el mundo, los abusos sexuales cometidos por sacerdotes católicos, y la conducta escandalosa y fraudulenta de altos cargos de las empresas Enron y WorldCom. También veremos que algunos hilos comunes a todos estos casos de maldad pasan por los maltratos a prisioneros civiles en la cárcel iraquí de Abu Ghraib que se dieron a conocer hace poco. Un hilo especialmente importante que enlaza todas estas maldades surge de una serie de estudios en el campo de la psicología social experimental, sobre todo de un estudio que se ha llegado a conocer como «el experimento de la prisión de Stanford».

¿El mal es fijo e interno o mutable y externo?

La idea de que un abismo insalvable separa a la gente buena de la mala es reconfortante por dos razones. La primera es que crea una lógica binaria que *esencializa* el Mal. La mayoría de nosotros percibimos el Mal como una entidad, como una cualidad inherente a algunas personas y no a otras. Al final, las malas semillas cumplen su destino produciendo malos frutos. Definimos el mal señalando a seres realmente malvados de nuestro tiempo como Hitler, Stalin, Pol Pot, Idi Amin, Saddam Hussein y otros dirigentes políticos que han orquestado matanzas atroces. También aludimos a males menores y más ordinarios, como el tráfico de drogas, las violaciones, la trata de blancas, las estafas a nuestros ancianos y el acoso escolar a nuestros hijos.

Mantener esta dicotomía entre el Bien y el Mal también exime de responsabilidad a la «buena gente». Incluso la exime de reflexionar sobre su posible participación en la creación, el mantenimiento, la perpetuación o la aceptación de las condiciones que contribuyen al crimen, la delincuencia, el vandalismo, la provocación, la violación, la intimidación, la tortura, el terror y la violencia. «El mundo es así: poco se puede hacer para cambiarlo y menos aún puedo hacer yo.»

Hay otra concepción que contempla la maldad desde un punto de vista *incremental* o gradual, como algo de lo que todos somos capaces en función de las circunstancias. En cualquier momento dado, una persona puede poseer en mayor o menor medida un atributo determinado, como la inteligencia, el orgullo, la honradez o la maldad. Nuestra naturaleza puede virar hacia el lado bueno o el lado malo del ser humano. Según esta perspectiva incremental, las cualidades se adquieren mediante la experiencia o la práctica intensiva o por medio de una intervención externa, como el hecho de hallarse ante una oportunidad especial. En otras palabras, podemos aprender a ser buenos o malos con independencia de nuestra herencia genética, nuestra personalidad o nuestro legado familiar.[6]

Otras concepciones: disposicional, situacional y sistémica

La noción esencialista atribuye la conducta a factores *disposicionales* y la noción incremental la atribuye a factores *situacionales*. Cuando nos enfrentamos a una conducta inusual, a algún suceso inesperado, a alguna anomalía que no tiene sentido, ¿qué hacemos para intentar entenderla? El método tradicional ha consistido en identificar las cualidades personales que han dado origen a la acción: la estructura genética, los rasgos de la personalidad, el carácter, el libre albedrío y otras predisposiciones de la persona. Ante una conducta violenta buscamos los rasgos de una personalidad sádica. Ante un acto de heroísmo buscamos genes que predispongan al altruismo.

En los Estados Unidos, unos estudiantes entran armados en su instituto y matan o hieren a tiros a decenas de compañeros y profesores.[7] En Inglaterra, dos niños de diez años de edad secuestran en un centro comercial a Jamie Bulger, de dos años, y lo asesinan brutalmente a sangre fría. En Palestina y en Irak, hombres y mujeres jóvenes se convierten en terroristas suicidas. Durante la Segunda Guerra Mundial, en la mayoría de los países europeos muchas personas protegieron a los judíos para que no fueran capturados por los nazis aun sabiendo que ponían en peligro su vida y la de sus familias. En muchos países, hay personas que denuncian prácticas ilícitas en su organización aun a riesgo de salir perdiendo. ¿Por qué?

La postura tradicional (en las culturas que destacan el individualismo) es buscar las explicaciones de la patología o del heroísmo en el interior de la persona. La psiquiatría moderna tiene una orientación disposicional. Lo mismo ocurre con la psicología clínica y con la psicología de la evaluación y la personalidad. La mayoría de nuestras instituciones se fundan en esta perspectiva, incluyendo el derecho, la medicina y la religión. Presuponen que la culpabilidad, la enfermedad y el pecado se hallan en el interior del culpable, del enfermo y del pecador. Intentan entender planteando preguntas sobre el «quién»: ¿*quién* es el responsable? ¿*Quién* lo ha causado? ¿De *quién* es la culpa? ¿De *quién* el mérito?

Los psicólogos sociales (como yo mismo) nos inclinamos a evitar el criterio disposicional cuando intentamos entender las causas de una conducta inusual. Preferimos iniciar nuestra búsqueda de significado planteando preguntas sobre el «qué»: ¿*qué* condiciones pueden contribuir a

determinadas reacciones? ¿*Qué* circunstancias pueden generar una conducta? ¿*Qué* aspecto tiene la situación desde el punto de vista de quienes se encuentran en ella? Los psicólogos sociales nos preguntamos en qué medida los actos de una persona se pueden deber a factores externos a ella, a variables situacionales y a procesos propios de un entorno o un marco dado.

La diferencia entre el enfoque disposicional y el enfoque situacional es parecida a la que hay entre la medicina clínica y la salud pública. La medicina clínica intenta hallar el origen de la enfermedad o la discapacidad en el interior de la persona afectada. En cambio, la salud pública presupone que los vectores de la enfermedad están en el entorno y crean las condiciones que alimentan la enfermedad. A veces, la persona enferma es el producto final de unos agentes patógenos del entorno que, con independencia de los intentos de mejorar la salud de esa persona, podrán afectar a otras si no se los combate. Por ejemplo, desde el punto de vista disposicional, a un niño que manifieste problemas de aprendizaje se le puede administrar una variedad de tratamientos médicos y conductuales para que supere el problema. Pero en muchos casos, y sobre todo entre la gente pobre, la causa del problema es la ingestión del plomo que contienen las cascarillas de pintura que caen de las paredes desconchadas de los bloques de pisos, y el problema empeora más a causa de las condiciones de pobreza: éste sería el enfoque situacional. Estas perspectivas alternativas no son simples variaciones abstractas de unos análisis conceptuales, sino que conducen a formas muy diferentes de abordar los problemas personales y sociales.

Esta distinción la deberíamos tener presente todos los que intentamos saber por qué la gente hace lo que hace y cómo se la puede cambiar para que haga las cosas mejor. Pero en las culturas individualistas es rara la persona que no se ha contagiado del prejuicio disposicional y no dirige su mirada, antes que nada, a los motivos, los rasgos, los genes y las patologías personales. Cuando intentamos entender las causas de la conducta de otras personas tendemos a sobrevalorar el peso de los factores disposicionales y a infravalorar la importancia de los situacionales.

En los siguientes capítulos presentaré abundantes pruebas que contrarrestan la visión disposicional y veremos cómo llega a transformarse el carácter de las personas en situaciones donde actúan fuerzas poderosas. Normalmente, la persona y la situación mantienen una interacción dinámica. Aunque seguramente pensamos que poseemos una personalidad constante en el tiempo y en el espacio, es probable que no sea así. No somos los mismos cuando trabajamos a solas o cuando lo hacemos en grupo, cuando nos hallamos en una situación romántica o en un ámbito educativo, cuando estamos con buenos amigos o entre una multitud anónima, cuando nos encontramos en el extranjero o en nuestro lugar habitual de residencia.

El Malleus Maleficarum *y el programa IDB de la Inquisición*

Una de las primeras fuentes documentadas del uso habitual de la perspectiva disposicional para entender el mal y librar al mundo de su influencia perniciosa es un texto que se convirtió en la biblia de la Inquisición, el *Malleus Maleficarum* o «Martillo de los brujos»,[8] que era de lectura obligada para los jueces del Santo Oficio. Empieza con un acertijo que se debe resolver: ¿cómo puede seguir existiendo el mal en un mundo gobernado por un Dios todopoderoso y que es todo bondad? Una respuesta: Dios permite el mal para poner a prueba las almas de los hombres. Si cedes a la tentación, vas derecho al Infierno; si te resistes a ella, se te abren las puertas del Cielo. Sin embargo, Dios puso límites a la influencia directa del diablo sobre la humanidad por haber corrompido a Adán y Eva. La solución del diablo fue llevar a cabo sus maldades usando a los brujos y las brujas como intermediarios con las personas a las que quería corromper.

La solución para impedir la propagación del mal en los países católicos fue encontrar y eliminar a esos brujos y brujas. Para ello hacía falta identificarlos, obligarles a confesar su herejía y después acabar con ellos. El método para identificar y destruir brujos (que en nuestros tiempos podría llamarse «programa IDB») era muy simple y directo: infiltrar espías entre la población para saber quiénes practicaban la brujería, comprobar su condición de brujos obteniendo confesiones mediante el uso de diversas

técnicas de tortura, y matar a quienes no superaran la prueba. He expuesto de una manera simplista lo que en realidad fue un sistema de terror, tortura y exterminio diseñado con todo cuidado, pero esta misma simplificación de la complejidad del mal fue lo que alimentó las hogueras de la Inquisición. Hacer de la «brujería» una categoría disposicional abyecta ofreció una fácil solución al problema del mal social: bastaba con identificar a todos los agentes del mal para luego torturarlos y quemarlos en la hoguera.

Tanto la Iglesia como sus Estados aliados estaban en manos de varones, por lo que no debe extrañar que se acusara de brujería a más mujeres que hombres. Las sospechosas solían ser mujeres marginadas o que suponían alguna clase de amenaza: las viudas, las pobres, las feas, las deformes y, en algunos casos, las tenidas por demasiado poderosas u orgullosas. La terrible paradoja de la Inquisición es que el deseo ardiente y muchas veces sincero de combatir el mal generó una oleada de maldad que el mundo no había visto hasta entonces. Con ella empezó el uso por parte del Estado y de la Iglesia de aparatos y métodos de tortura que eran la perversión suprema de cualquier ideal de la perfección humana. La naturaleza exquisita de la mente humana, capaz de crear grandes obras en los campos de las artes, las ciencias y la filosofía, se corrompió para idear actos de «crueldad creativa» destinados a quebrantar la voluntad ajena. El instrumental del Santo Oficio se sigue usando hoy en día en prisiones y en centros de interrogación militares y civiles de todo el mundo, donde la tortura es algo habitual (como veremos más adelante en nuestra visita a la prisión de Abu Ghraib).[9]

Los sistemas de poder ejercen un dominio vertical

Empecé a apreciar el poder que ejercen los sistemas cuando tomé conciencia de que las instituciones establecen mecanismos para traducir una ideología (como las causas del mal) a procedimientos operativos (como la caza de brujas del Santo Oficio). Ello nos obliga a ampliar considerablemente nuestra concepción para incluir en ella los factores de orden superior —los *sistemas* de poder— que crean y conforman las

condiciones situacionales. Dicho de otro modo, para entender una pauta de conducta compleja es necesario tener en cuenta el sistema, además de la disposición y la situación.

Cuando se producen conductas aberrantes, ilícitas o inmorales en el seno de una institución o un cuerpo dedicado a la seguridad, como los funcionarios de prisiones, la policía o el ejército, se suele decir que los autores son unas «manzanas podridas». Esto lleva implícito que constituyen una rara excepción, que se encuentran en el lado oscuro de la línea impermeable que separa el mal del bien, y que al otro lado de esa línea está la mayoría que forman las manzanas sanas. Pero, ¿quién establece esta distinción? Normalmente la establecen los guardianes del sistema con el objetivo de aislar el problema, de desviar la atención y la culpa de quienes están más arriba y pueden ser responsables de haber creado unas condiciones de trabajo insostenibles o de no haber ejercido la debida supervisión. Pero esta atribución disposicional que habla de «manzanas podridas» pasa por alto que el cesto de las manzanas puede corromper a quienes se hallan en su interior. El análisis sistémico se centra en los creadores de ese cesto, en quienes tienen el poder de crearlo.

Los creadores del cesto son la «élite del poder», que con frecuencia actúa entre bastidores; son los que organizan en gran medida las condiciones de nuestra vida y nos obligan a dedicar nuestro tiempo a los marcos institucionales que construyen. El sociólogo C. Wright Mills ha iluminado con sus palabras este agujero negro del poder:

> La élite del poder está formada por hombres cuya posición les permite trascender los entornos ordinarios de las personas ordinarias; están en la posición de tomar decisiones que tienen repercusiones vitales. Que tomen o no esas decisiones es menos importante que la posición que ocupan: el hecho de que no actúen, de que no tomen decisiones, es en sí mismo un acto que suele ser más importante que las decisiones que puedan tomar. Y es que están al mando de las principales jerarquías y organizaciones de la sociedad moderna. Dirigen las grandes empresas. Dirigen la maquinaria del Estado y reclaman sus prerrogativas. Dirigen a la clase militar. Ocupan puestos de mando estratégicos en la estructura social que les ofrecen el medio para conseguir el poder, la riqueza y la fama de que gozan.[10]

Cuando los diversos intereses de estos dueños del poder coinciden, acaban definiendo nuestra realidad de la forma que George Orwell profetizó en *1984*. El complejo militar-industrial-religioso es el megasistema supremo que hoy controla gran parte de los recursos y la calidad de vida de muchos seres humanos.

Cuando el poder se alía con el miedo crónico, se hace formidable.

ERIC HOFFER, *The Passionate State of Mind*

El poder de crear al «enemigo»

Los poderosos no suelen hacer el trabajo sucio con sus propias manos, del mismo modo que los capos de la mafia dejan los «accidentes» en manos de sus secuaces. Los sistemas crean jerarquías de dominio con líneas de influencia y de comunicación que van hacia abajo y rara vez hacia arriba. Cuando una élite del poder quiere destruir un país enemigo, recurre a los expertos en propaganda para crear un programa de odio. ¿Qué hace falta para que los ciudadanos de una sociedad acaben odiando a los ciudadanos de otra hasta el punto de querer segregarlos, atormentarlos, incluso matarlos? Hace falta una «imaginación hostil», una construcción psicológica implantada en las profundidades de la mente mediante una propaganda que transforma a los otros en «el enemigo». Esta imagen es la motivación más poderosa del soldado, la que carga su fusil con munición de odio y de miedo. La imagen de un enemigo aterrador que amenaza el bienestar personal y la seguridad nacional da a las madres y a los padres el valor para enviar a sus hijos a la guerra y faculta a los gobiernos para reordenar las prioridades y convertir los arados en espadas de destrucción.

Todo esto se hace con palabras e imágenes. El proceso se inicia creando una imagen estereotipada y deshumanizada del otro que nos presenta a ese otro como un ser despreciable, todopoderoso, diabólico, como un monstruo abstracto que constituye una amenaza radical para nuestras creencias y nuestros valores más preciados. Cuando se ha

conseguido que el miedo cale en la opinión pública, la amenaza inminente de este enemigo hace que el razonable actúe de una manera irracional, que el independiente actúe con obediencia ciega y que el pacífico actúe como un guerrero. La difusión de la imagen visual de ese enemigo en carteles y en portadas de revistas, en la televisión, en el cine y en Internet, hace que esa imagen se fije en los recovecos de nuestro cerebro primitivo, el sistema límbico, donde residen las potentes emociones del miedo y el odio.

El filósofo social Sam Keen describe con brillantez cómo usan la propaganda prácticamente todos los países que van a la guerra para crear esta imaginación hostil, y revela el poder transformador de estas «imágenes del enemigo» en la psique humana.[11] En realidad, las justificaciones del deseo de acabar con la amenaza surgen después, en forma de explicaciones pensadas para la historia oficial que no sirven para el análisis crítico del daño que se va a causar o que se está causando.

El caso más extremo del poder de esta imaginación hostil es cuando justifica el genocidio, el plan de un pueblo para eliminar de la faz de la tierra a todo el que considere su enemigo. Conocemos los métodos usados por la maquinaria propagandística de Hitler para transformar a vecinos, compañeros de trabajo e incluso amigos judíos en enemigos despreciables del Estado merecedores de la «solución final». Este proceso se había sembrado en los libros de texto de primaria mediante imágenes y palabras que describían a los judíos como seres despreciables que no merecían compasión. En este punto me gustaría considerar brevemente un ejemplo reciente de intento de genocidio y del uso de la violación como arma contra la humanidad. Después mostraré que un aspecto de este complejo proceso psicológico, el componente de la deshumanización, se puede investigar por medio de experimentos controlados que aíslan sus rasgos fundamentales para someterlos a un análisis sistemático.

Crímenes contra la humanidad: genocidio, violación y terror

Tres mil años de literatura nos han enseñado que ninguna persona o Estado es incapaz de actuar con maldad. En el relato que hacía Homero de la guerra de Troya, Agamenón, jefe de las fuerzas griegas, dice a sus

hombres antes de que se enfrenten al enemigo: «¡Ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni ése escape! ¡Perezcan todos los de Ilio, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen!». Estas viles palabras las pronuncia un ciudadano noble de una de las naciones-Estado más civilizadas de su tiempo, la tierra de la filosofía, de la jurisprudencia, del teatro clásico. Vivimos en el «siglo de las matanzas». Más de cincuenta millones de personas han sido asesinadas sistemáticamente por fuerzas militares y civiles dispuestas a cumplir con las órdenes de matar decretadas por sus gobiernos. En 1915, los turcos iniciaron la matanza de un millón y medio de armenios. A mediados del siglo XX, los nazis asesinaron al menos a seis millones de judíos, tres millones de prisioneros de guerra soviéticos, dos millones de polacos y centenares de miles de «indeseables». Mientras el imperio soviético de Stalin asesinaba a veinte millones de rusos, las políticas del gobierno de Mao Zedong dieron como resultado un número de muertes aún mayor, hasta treinta millones de sus propios conciudadanos. El régimen comunista de los jemeres rojos exterminó a más de un millón y medio de ciudadanos de su propio país, Camboya. Se ha acusado al partido Baaz de Saddam Hussein de haber asesinado a cien mil kurdos iraquíes. En 2006, el genocidio ha estallado en la región de Darfur, en la República de Sudán, un conflicto del que la mayor parte del mundo ha apartado la mirada.[12]

Prácticamente las mismas palabras que dijera Agamenón hace tres mil años se han oído en nuestra época en el país de Ruanda, mientras los hutus gobernantes aniquilaban a sus anteriores vecinos, los integrantes de la minoría tutsi. Una víctima recuerda que uno de sus torturadores le dijo: «Vamos a matar a todos los tutsis y habrá un día en que los niños hutus tendrán que preguntar cómo era un niño tutsi».

Las violaciones de Ruanda

Los pacíficos tutsis de Ruanda, en el África Central, aprendieron que un simple machete, usado contra ellos con mortal eficiencia, podía ser un arma de destrucción masiva. La matanza sistemática de tutsis por parte de

sus anteriores vecinos, los hutus, se extendió por todo el país en pocos meses, durante la primavera de 1994, cuando los escuadrones de la muerte mataron a miles de hombres, mujeres y niños inocentes con machetes y garrotes con clavos. En un informe de Naciones Unidas se calcula que en sólo tres meses fueron asesinados entre 800.000 y un millón de ruandeses, haciendo de esta matanza la más atroz de la historia conocida. Tres de cada cuatro tutsis fueron asesinados.

Los hutus mataban a sus amigos y vecinos cumpliendo órdenes. Diez años después, un asesino hutu decía en una entrevista: «Lo peor de aquella matanza fue matar a mi vecino; solíamos beber juntos y su ganado pastaba en mis tierras. Era como un pariente». Una madre hutu explicaba cómo había matado a golpes a los niños que vivían en la casa de al lado, que la miraban con los ojos llenos de asombro porque habían sido amigos y vecinos toda la vida. Dijo que alguien del gobierno le había dicho que los tutsis eran sus enemigos y les había dado un garrote a ella y un machete a su esposo para luchar contra aquella amenaza. Justificaba la matanza diciendo que había sido como hacer «un favor» a aquellos niños, que se habrían convertido en unos huérfanos indefensos porque sus padres ya habían sido asesinados.

Hasta hace poco no se ha reconocido el uso sistemático de la violación de las mujeres tutsis como táctica para sembrar el terror y la aniquilación espiritual. Según algunos informes, todo empezó cuando un alcalde hutu, Silvester Cacumbibi, violó a la hija de un amigo suyo y luego hizo que la violaran otros hombres. La joven contó más tarde que Cacumbibi le había dicho: «No malgastaremos balas contigo; te violaremos y eso aún será peor».

A diferencia de las violaciones de mujeres chinas por parte de soldados japoneses en Nanking (que se describirán más adelante), donde los detalles de la pesadilla se habían desdibujado por unos defectos en los primeros informes y por la renuencia de los chinos a revivir aquella experiencia contándosela a extraños, se sabe mucho de la dinámica psicológica de la violación de las mujeres ruandesas.[13]

Cuando los habitantes de la ciudad de Butare se defendieron del ataque de los hutus, el gobierno provisional envió a una persona muy especial para que se ocupara de lo que el gobierno consideraba una sublevación. Esta persona, la ministra nacional de la mujer y la familia, era hija predilecta de Butare porque se había criado en la ciudad. Pauline Nyiramasuhuko, una tutsi que en su anterior trabajo como asistente social daba conferencias sobre los derechos de la mujer, era la única esperanza de aquella gente. Pero aquella esperanza se desvaneció de inmediato. Pauline organizó una trampa mortal prometiendo a los habitantes de Butare que Cruz Roja les daría comida y refugio en el estadio de la ciudad; pero lo que esperaba a los inocentes que se acercaron al estadio era una banda de milicianos hutus (los interahamwe) que acabaron con todos ellos. Los ametrallaron, les lanzaron granadas y los supervivientes fueron asesinados a machetazos.

Pauline ordenó a los milicianos que violaran a las mujeres antes de matarlas. Dio gasolina de su coche a otro grupo de asesinos que custodiaban a setenta mujeres y niñas y les ordenó que las quemaran vivas. También les conminó a que las violaran antes de matarlas. Uno de aquellos jóvenes le dijo a un traductor que no las podían violar porque «habíamos estado matando todo el día y estábamos muy cansados. Nos limitamos a meter la gasolina en botellas y la esparcimos por las mujeres; después, les prendimos fuego».

Una joven, Rose, fue violada por el hijo de Pauline, Shalom, que decía tener «autorización» de su madre para violar a mujeres tutsis. Fue la única mujer tutsi a la que se dejó vivir para que pudiera informar a Dios como testigo del genocidio. Luego se la obligó a mirar mientras su madre era violada y asesinaban a veinte parientes suyos.

En un informe de Naciones Unidas se calcula que durante este breve período de terror fueron violadas por lo menos 200.000 mujeres y que muchas de ellas fueron asesinadas después. «Algunas fueron penetradas con lanzas, cañones de fusil, botellas o estambres de banano. Mutilaban sus órganos sexuales con machetes, agua hirviendo y ácido; les cortaban los pechos de cuajo» (pág. 85). «Empeorando aún más las cosas, las violaciones, que en su mayoría eran cometidas por muchos hombres seguidos, solían ir acompañadas de otras formas de tortura física y se

realizaban en público para multiplicar el terror y la degradación» (pág. 89). También se utilizaban para reforzar públicamente el vínculo social entre los asesinos hutus. Las violaciones en grupo suelen dar origen a esta clase de camaradería.

No hubo límite para aquellas atrocidades. «Una mujer ruandesa de cuarenta y cinco años de edad fue violada por su hijo de doce años —que tenía el hacha de un interahamwe en la garganta— delante de su esposo, mientras se obligaba a sus otros cinco hijos a mantenerle las piernas abiertas» (pág. 116). La propagación del sida entre las supervivientes de aquellas violaciones sigue causando estragos en Ruanda. «Usar una enfermedad, una plaga, a modo de terror apocalíptico, de guerra biológica, aniquila a los procreadores y perpetúa la muerte durante generaciones», afirma Charles Strozier, profesor de historia del John Jay College of Criminal Justice de Nueva York (pág. 116).

¿Cómo podemos ni siquiera empezar a entender las fuerzas que actuaron para convertir a Pauline en una clase nueva de criminal, en una mujer que orquestó una matanza de mujeres enemigas? Una combinación de historia y de psicología social nos puede ofrecer un marco de referencia basado en las diferencias de poder y de estatus. En primer lugar, Pauline se había sentido conmovida por la sensación de inferioridad de las mujeres hutus ante la belleza y la altivez de las mujeres tutsis. El hecho de que fueran más altas y de piel más clara, y de que tuvieran unos rasgos más caucasianos, las hacían más deseables para los hombres.

A principios del siglo XX el poder colonial belga y germánico estableció una distinción racial arbitraria para diferenciar a dos pueblos que llevaban siglos casándose entre sí, que hablaban la misma lengua y que compartían la misma religión. Obligaron a todos los ruandeses a llevar encima un documento de identidad en el que constara si pertenecían a la mayoría hutu o a la minoría tutsi, y reservaron para los tutsis el acceso a la enseñanza superior y los cargos de la administración. Esto había sido otro acicate para el deseo de venganza de Pauline. También es cierto que Pauline era una oportunista política en una administración dominada por hombres y que quiso demostrar su lealtad, su obediencia y su fervor patriótico ante sus superiores orquestando unos crímenes que ninguna mujer había cometido antes que ella. Instigar las matanzas y las violaciones de los tutsis también

fue más fácil, porque se les trataba como si fueran entes abstractos y se les aplicaba el término deshumanizador de «cucarachas», algo que era necesario «exterminar». Aquí tenemos un documento vivo de la imaginación hostil que pinta los rostros del enemigo con matices odiosos y luego destruye la tela.

Por inconcebible que nos pueda parecer que alguien pueda inspirar deliberadamente unos crímenes tan monstruosos, Nicole Bergevin, la abogada de Pauline en su juicio por genocidio, nos recuerda que «cuando te encargas de juicios por asesinato te das cuenta de que todos somos vulnerables aunque ni siquiera podamos soñar con ser capaces de cometer estos actos. Pero te acabas dando cuenta de que todos somos vulnerables. Me podría pasar a mí, le podría pasar a mi hija. Te podría pasar a ti» (pág. 130).

La acreditada opinión de Alison Des Forges, de Human Rights Watch, que ha investigado muchos de estos bárbaros crímenes, destaca aún con más claridad una de las tesis principales de este libro. Des Forges nos obliga a ver nuestro propio reflejo en estas atrocidades:

> Esta conducta se halla justo bajo la superficie de cualquiera de nosotros. Las descripciones simplificadas de un genocidio permiten distanciarnos de sus autores. Son tan malvados que no podemos ni imaginarnos haciendo lo mismo. Pero si tenemos en cuenta la terrible presión bajo la que actuaban, automáticamente vemos reafirmada su humanidad y eso es algo muy alarmante. Nos vemos obligados a contemplar la situación y a preguntarnos: «¿Qué habría hecho yo?». A veces, la respuesta no es nada alentadora (pág. 132).

El periodista francés Jean Hatzfeld entrevistó a diez miembros de la milicia hutu que hoy se encuentran en prisión por haber asesinado a golpes de machete a miles de civiles tutsis.[14] Los testimonios de estos hombres corrientes —la mayoría de ellos agricultores y religiosos practicantes, aunque también había un antiguo maestro de escuela— son escalofriantes por la descripción que hacen, con toda naturalidad y sin remordimiento alguno, de aquella crueldad inconcebible. Sus palabras nos obligan una y otra vez a afrontar lo inimaginable: que el ser humano es capaz de renunciar por completo a su humanidad por una ideología irreflexiva, de cumplir hasta el exceso las órdenes de unas autoridades carismáticas de que

destruya a todo aquel al que etiqueten como «enemigo». Reflexionemos sobre algunos de estos relatos, que hacen palidecer el *A sangre fría* de Truman Capote.

> «Había matado a tanta gente que ya no le daba importancia. Pero quiero dejar claro que, desde el primero hasta el último que maté, no me arrepentí ni una sola vez.»

> «Cumplíamos órdenes. Estábamos todos entusiasmados. Formábamos equipos en el campo de fútbol y salíamos de caza como si fuéramos hermanos.»

> «Si en el momento de matar alguno sentía pena y vacilaba, tenía que mirar muy bien lo que decía y procurar no revelar sus dudas por temor a que le acusaran de complicidad.»
> «Matamos a todos los que hallamos escondidos entre el papiro. No había razón para elegir, esperar o temer a nadie. Descuartizamos a conocidos, descuartizamos a vecinos, no hacíamos más que descuartizar.»

> «Sabíamos que nuestros vecinos tutsis no eran culpables de nada, pero culpábamos a todos los tutsis de nuestros problemas. Ya no los mirábamos uno a uno, ya no los reconocíamos como habían sido, ni siquiera a los colegas. Se habían convertido en una amenaza mayor que todo lo que habíamos compartido, mayor que nuestra forma de ver las cosas en la comunidad. Así era como pensábamos al matarlos.»

> «Cuando encontrábamos a un tutsi en los pantanos ya no veíamos a un ser humano, a una persona como nosotros, con sentimientos y pensamientos similares. La cacería era salvaje, los cazadores eran salvajes, las presas eran salvajes: el salvajismo se apoderaba de todo.»

La reacción especialmente conmovedora de Berthe, una de las tutsis supervivientes, ante la brutalidad de aquellos asesinatos y violaciones, expresa un tema que volveremos a tratar más adelante:

> «Antes sabía que un hombre podía matar a otro porque es algo que siempre ha sucedido. Ahora sé que hasta la persona con la que has compartido comida, o con la que has dormido, te puede matar sin problemas. El vecino más cercano te puede matar con los dientes: esto es lo que he aprendido del genocidio, y mis ojos ya no ven el mundo como antes».

En su obra *Shake Hands with the Devil*, el teniente general Roméo Dallaire ha expuesto con toda crudeza sus experiencias como comandante de la fuerza de paz de Naciones Unidas en Ruanda.[15] Aunque pudo salvar a miles de personas gracias a su heroico esfuerzo, Dallaire se quedó destrozado al no poder conseguir más ayuda de Naciones Unidas para impedir muchas más atrocidades. Acabó sufriendo un grave trastorno por estrés postraumático como víctima psicológica de aquella masacre.[16]

La violación de Nanking

El horror de la violación es tan gráfico, y por ello tan fácil de visualizar, que usamos el término metafóricamente para describir las inconcebibles atrocidades de otra guerra. Los soldados japoneses asesinaron entre 260.000 y 350.000 civiles chinos en unos meses sangrientos de 1937. Estas cifras superan las muertes causadas por el bombardeo atómico de Japón y el número de civiles que murieron en los países europeos durante la Segunda Guerra Mundial.

Aparte del número de chinos asesinados, es importante reconocer la «creatividad malvada» de sus torturadores, que llegaron a convertir la muerte en una liberación. La investigación de aquel horror realizada por Iris Chang ha revelado que se usó a varones chinos para hacer prácticas de bayoneta y para concursos de decapitación. Se calcula que fueron violadas entre 20.000 y 80.000 mujeres. Muchos soldados iban más allá de la violación y las destripaban, les cortaban los pechos o las clavaban vivas a la pared. Obligaban a los padres a violar a sus hijas y a los hijos a violar a sus madres bajo la mirada del resto de la familia.[17]

La guerra engendra crueldad y actos brutales contra cualquiera que sea señalado como «el enemigo», como «el otro» deshumanizado y diabólico. La violación de Nanking es conocida por los detalles gráficos de los atroces extremos a los que llegaron los soldados para degradar y destruir a civiles inocentes, a «enemigos no combatientes». Sin embargo, si sólo fuera un caso aislado y no un capítulo más de la historia de las atrocidades cometidas contra civiles, podríamos pensar que fue una anomalía. Pero las tropas británicas ejecutaron y violaron a civiles durante la guerra de la Independencia estadounidense. Se calcula que hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, y entre 1945 y 1948, los soldados del Ejército Rojo violaron a unas 100.000 mujeres en Berlín. Además de las violaciones y los asesinatos de más de 500 civiles en la masacre de My Lai en 1968, en unos documentos secretos desclasificados hace poco por el Pentágono se describen 320 casos de atrocidades cometidas por soldados estadounidenses contra civiles vietnamitas y camboyanos.[18]

Deshumanización y desconexión moral en el laboratorio

Podemos dar por sentado que la mayoría de las personas, en la mayoría de las ocasiones, son seres morales. Pero imaginemos que esta moralidad es como un cambio de marchas que en ocasiones se sitúa en punto muerto. Cuando ocurre esto, la moralidad se desconecta. Si el coche se encuentra en una pendiente, tanto él como el conductor se precipitan cuesta abajo. Dicho de otro modo, lo que determina el resultado es la naturaleza de las circunstancias, no la destreza o las intenciones del conductor. Creo que esta sencilla analogía expresa uno de los temas importantes de la teoría de la desconexión moral desarrollada por mi colega de Stanford Albert Bandura. En un capítulo posterior examinaremos su teoría porque nos ayudará a explicar por qué algunas personas, por lo demás buenas, acaban haciendo el mal. Por ahora deseo centrarme en el estudio experimental que realizaron Bandura y sus ayudantes porque ilustra la facilidad con que se puede desconectar la moral mediante la táctica de deshumanizar a una posible víctima.[19] En una elegante demostración que pone de manifiesto el poder de la deshumanización, veremos que una sola palabra aumenta la agresividad hacia una persona. Veamos cómo se desarrolló este experimento.

Imaginemos que somos estudiantes universitarios, que nos hemos presentado como voluntarios para un estudio de la resolución de problemas en grupo, y que pasamos a formar parte de un equipo de tres personas de nuestra facultad. Nuestra tarea es ayudar a los estudiantes de otra facultad a mejorar su capacidad para la resolución de problemas castigándolos cuando cometan errores. Los castigos consisten en descargas eléctricas cuya intensidad podemos aumentar en pruebas sucesivas. Después de tomar nuestros nombres y los del otro equipo, el asistente abandona la sala para decirle al experimentador que el estudio puede empezar. Habrá diez pruebas y en cada una de ellas podremos decidir la intensidad de la descarga que vamos a administrar al otro grupo de estudiantes que se encuentran en la sala adyacente a la nuestra.

Sin que nos demos cuenta de que forma parte del experimento, «por casualidad» oímos por el interfono que el asistente se queja al experimentador diciendo que los otros estudiantes «son unos animales». No

lo sabemos, pero en otras dos condiciones para las que han sido asignados al azar otros estudiantes como nosotros, el asistente describe a los otros estudiantes diciendo que son «muy buena gente» o no dice nada de ellos.

¿Tendrán algún efecto estas etiquetas tan simples? Al principio parece que no. En la primera prueba todos los grupos responden administrando unos niveles bajos de descarga, alrededor del nivel 2. Pero pronto empieza a tener importancia lo que ha oído cada grupo acerca de los otros estudiantes. Si no sabemos nada de ellos, las descargas que administraremos tendrán una media cercana al nivel 5. Si hemos pensado en ellos como «buena gente», los trataremos de una manera más humanitaria y el promedio de la intensidad de nuestras descargas se situará en torno al nivel 3. Sin embargo, el hecho de imaginarlos como «unos animales» anulará la compasión que podamos sentir por ellos y, cuando cometan errores, empezaremos a aplicarles descargas de una intensidad cada vez mayor, significativamente mayor que en las otras condiciones, hasta llegar al nivel 8, el más elevado.

Pensemos unos instantes en los procesos psicológicos que ha activado en nuestra mente una simple etiqueta. Hemos oído que una persona a la que no conocemos personalmente le dice a una autoridad a la que nunca hemos visto que otros estudiantes como nosotros parecen «unos animales». Este único término descriptivo modifica nuestra construcción mental de esos otros. Nos distancia de la imagen de unos jóvenes universitarios que deben de ser muy parecidos a nosotros. Ese nuevo estado mental tiene un poderoso impacto en nuestra conducta. Las racionalizaciones *a posteriori* que generaron los estudiantes para explicar por qué habían aplicado unas descargas tan fuertes a esos estudiantes que parecían «unos animales» fueron igual de fascinantes. Este ejemplo de estudio experimental controlado para investigar procesos psicológicos subyacentes a casos de violencia del mundo real se examinará con más detalle en los capítulos 12 y 13, cuando veamos cómo han estudiado los científicos de la conducta diversos aspectos de la psicología del mal.

Nuestra capacidad de conectar y desconectar selectivamente nuestros principios morales [...] explica por qué la gente puede ser cruel en un momento y compasiva en el siguiente.

ALBERT BANDURA[20]

Las horrendas imágenes de los maltratos en la prisión de Abu Ghraib

La fuerza impulsora que hay detrás de este libro fue la necesidad de entender mejor el cómo y el porqué de los maltratos físicos y psicológicos que unos miembros de la policía militar estadounidense infligieron a prisioneros de la cárcel iraquí de Abu Ghraib. Cuando las pruebas fotográficas de estos maltratos dieron la vuelta al mundo en mayo de 2004, todos pudimos ver, por primera vez en la historia, a jóvenes, hombres y mujeres, estadounidenses aplicando unas formas inconcebibles de tortura a unos civiles a los que supuestamente debían custodiar. Vemos a torturadores y torturados en aquel muestrario de depravación que los soldados mismos documentaron con fotografías.

¿Por qué guardaron esas pruebas fotográficas de sus actos delictivos sabiendo que si se hubieran descubierto les hubieran traído muchos problemas? En esas «fotos de trofeo» que recuerdan a las de los cazadores de antaño que posaban con orgullo sobre las piezas que habían abatido, vemos a unas mujeres y unos hombres sonrientes maltratando a unos prisioneros reducidos a la condición de animales. Hay imágenes de golpes y patadas a prisioneros; de soldados que saltan sobre sus pies; de prisioneros desnudos obligados a formar pirámides humanas o a llevar unas bragas en la cabeza; de prisioneros obligados a masturbarse o a simular felaciones en presencia de mujeres soldado que sonríen al verlo y de otros que les fotografían y les graban en vídeo; de prisioneros colgados de las vigas de las celdas durante largos períodos de tiempo; de un prisionero arrastrado por el suelo con una correa de perro atada al cuello; de prisioneros aterrorizados ante unos perros militares sin bozal.

La imagen más emblemática que salió de aquella mazmorra y se difundió por las calles de Irak y por todos los rincones del planeta fue la del «hombre del triángulo»: un detenido con capucha, de pie sobre una caja y en una postura forzada, con los brazos extendidos que salían de debajo de una manta y con unos cables eléctricos conectados a los dedos. Se le había dicho que sería electrocutado cuando le fallaran las piernas y se cayera de la caja. No importaba que los cables no fueran a ningún lugar; lo importante era que él creía en esa mentira y que su sufrimiento debió de ser insoportable. Aún había más fotos horrendas y vergonzosas que el gobierno estadounidense no dio a conocer al público para no dañar aún más la credibilidad y la imagen moral del ejército estadounidenses y de la administración Bush. He visto centenares de esas imágenes y puedo confirmar que son horripilantes.

Me quedé profundamente abatido al ver aquel sufrimiento, aquel despliegue de arrogancia, aquella indiferencia ante la humillación de unos prisioneros indefensos. También me dejó atónito saber que una soldado que acababa de cumplir los veintiún años de edad y que había participado en los maltratos los había descrito como «pura y simple diversión».

Estaba escandalizado, pero no sorprendido. Los medios de comunicación y los «ciudadanos de a pie» de todo el mundo se preguntaban cómo podían ser capaces de cometer esas maldades aquellos siete hombres y mujeres a los que sus mandos militares habían calificado de «soldados sin escrúpulos» y de «manzanas podridas». En cambio, yo me preguntaba qué circunstancias pudieron inclinar la balanza en aquella galería de la prisión y hacer que incluso unos buenos soldados cometieran aquellas maldades. Y quiero dejar claro que proponer un análisis situacional de esos delitos ni los excusa ni los hace moralmente aceptables. Pero yo quería hallar el significado de aquella locura. Quería entender cómo era posible que, en tan poco tiempo, el carácter de aquellos jóvenes se hubiera transformado hasta el punto de llegar a cometer esos actos inconcebibles.

Universos paralelos: Abu Ghraib y la prisión de Stanford

La razón de que las imágenes y los informes de aquellos maltratos en «la pequeña tienda de los horrores» de Abu Ghraib me escandalizaran, pero no me sorprendieran, fue que ya había visto algo parecido. Cerca de treinta años atrás, en un proyecto que yo mismo había diseñado y dirigido, ya había presenciado unas escenas similares: reclusos desnudos y encadenados, con una bolsa cubriéndoles la cabeza, carceleros pisándoles la espalda mientras hacían flexiones o vejándolos sexualmente, reclusos sufriendo bajo una tensión extrema. Algunas imágenes visuales de aquel experimento son virtualmente idénticas a las de los guardias y los prisioneros de la remota prisión de Abu Ghraib.

Los estudiantes universitarios que hicieron de reclusos y carceleros en la prisión simulada del experimento realizado en la Universidad de Stanford en el verano de 1971 se reflejaban en esos prisioneros y guardias reales del Irak de 2003. Y yo no sólo había presenciado aquellos sucesos: también había sido el responsable de crear las condiciones que los permitieron. Como investigador principal del proyecto diseñé un experimento en el que unos estudiantes normales, sanos e inteligentes iban a desempeñar al azar los papeles de reclusos o de carceleros en un entorno carcelario simulado con realismo en el que iban a vivir y trabajar varias semanas. Los estudiantes que me ayudaban en la investigación —Craig Haney, Curt Banks y David Jaffe— y yo mismo queríamos entender en alguna medida la dinámica que actuaba en la psicología del encarcelamiento.

¿Cómo se adapta la gente normal a esta clase de entorno institucional? ¿Cómo se plasman las diferencias de poder entre carceleros y reclusos en sus interacciones cotidianas? Si colocamos a gente buena en un lugar malo, ¿la persona triunfa o acaba siendo corrompida por el lugar? La violencia endémica de la mayoría de las prisiones reales, ¿surgiría en una prisión llena de buenos chicos de clase media? Éstas eran algunas de las cuestiones que deseábamos investigar en lo que empezó siendo un simple estudio de la vida en prisión.

ESTUDIAR EL LADO OSCURO DE LA NATURALEZA HUMANA

Como diría el poeta Milton, el viaje que vamos a emprender hará que nos adentremos en la «oscuridad visible». Nos llevará a lugares donde el mal, sea cual sea su definición, ha acabado triunfando. Conoceremos a muchas personas que han cometido atrocidades con otras, muchas veces motivadas por unos fines elevados, por la mejor de las ideologías, por un imperativo moral. Advierto al lector que a lo largo del camino nos encontraremos con demonios, aunque puede que se sienta decepcionado por su banalidad y por su parecido con cualquier vecino suyo. Con su permiso, y como guía de esta aventura, le invitaré a ponerse en el lugar de esas personas y a mirar con sus ojos para que se haga una idea del mal más completa, más cercana y personal. A veces, lo que veremos será pura y simplemente horroroso, pero si no examinamos y entendemos las causas de ese mal no podremos cambiarlo, contenerlo o transformarlo mediante decisiones fundadas y medidas sociales innovadoras.

El sótano del Jordan Hall de la Universidad de Stanford es el telón de fondo que emplearé para ayudar al lector a entender cómo era ser recluso, carcelero o subdirector de prisión en aquella época y aquel lugar tan especial. Aunque aquel estudio es muy conocido por la prensa y por algunas publicaciones académicas, hasta ahora no se ha dado a conocer toda su historia. Narraré los acontecimientos tal como se produjeron, en primera persona y en tiempo presente, exponiendo en orden cronológico los hechos más destacados de cada día y de cada noche. Después de que hayamos considerado las implicaciones éticas, teóricas y prácticas del experimento de la prisión de Stanford, ampliaremos las bases de nuestro estudio psicológico del mal examinando una serie de estudios experimentales y de campo realizados por psicólogos que ilustran el poder que ejercen las fuerzas situacionales en la conducta individual. Analizaremos con cierto detalle los estudios realizados sobre la conformidad, la obediencia, la desindividuación, la deshumanización, la desconexión moral y la maldad de la pasividad o la inacción.

Como dijera el presidente Franklin Roosevelt; «El hombre no es prisionero del destino, sino de su propia mente». Las prisiones son una metáfora de los límites literales o simbólicos a la libertad. El experimento de la prisión de Stanford empezó como una prisión simbólica y se acabó

convirtiendo en una prisión totalmente real en la mente de los reclusos y carceleros. ¿Qué otras prisiones que limitan nuestras libertades básicas nos imponemos a nosotros mismos? Los trastornos neuróticos, la carencia de amor propio, la timidez, los prejuicios, la vergüenza y el miedo excesivo al terrorismo, son algunas de las quimeras que limitan nuestro potencial para la libertad y la felicidad y que nos impiden apreciar plenamente el mundo que nos rodea.[21]

Dotados de estos conocimientos volveremos a centrar nuestra atención en Abu Ghraib. Pero ahora iremos más allá de los titulares de prensa y de las imágenes de televisión para considerar con más detalle cómo era ser un prisionero o un guardia de aquella infame prisión cuando se produjeron los maltratos. La tortura, con las formas nuevas que ha adoptado desde la Inquisición, irrumpirá de lleno en nuestro estudio. Llevaré al lector al consejo de guerra de uno de aquellos policías militares y veremos las secuelas negativas de sus actos. A lo largo de nuestro viaje aplicaremos todo lo que sabemos de los tres componentes de la interpretación que hacemos desde la psicología social, y nos fijaremos en la actuación de las personas en una situación creada y mantenida por fuerzas sistémicas. Someteremos a juicio a la estructura del mando militar estadounidense, a altos mandos de la CIA y a altos cargos del gobierno estadounidense por su complicidad en la creación del sistema enfermizo que alimentó las torturas y los maltratos de Abu Ghraib.

En la primera parte del capítulo final ofreceré algunos consejos para hacer frente a las influencias sociales no deseadas, para fortalecer nuestra resistencia a los señuelos de los profesionales de la influencia. Queremos saber cómo podemos combatir las tácticas de control mental que intentan someter nuestra libertad de elección a la tiranía de la conformidad y la obediencia y que emplean el miedo para hacernos dudar. Aunque proclamo el poder de la situación, también pregono el poder de las personas para actuar de una manera consciente y crítica, como ciudadanos informados, con criterio y determinación. Entender cómo actúa la influencia social y tomar conciencia de que todos somos vulnerables a su poder sutil y

penetrante nos convertirá en consumidores sensatos y críticos que no cederán con facilidad ante dinámicas de grupo, a la influencia de autoridades, a llamamientos persuasivos, a estrategias de conformidad.

Quisiera acabar planteando una pregunta opuesta a la del principio. En lugar de pedir al lector que considere si es capaz de hacer el mal, me gustaría que considerara si es capaz de actuar con heroísmo. Mi argumentación final introduce el concepto de la «banalidad del heroísmo». Creo que todos somos héroes en potencia a la espera del momento situacional adecuado para tomar la decisión de actuar a favor de los demás sin pensar en sacrificios ni riesgos personales. Pero aún queda por hacer un largo viaje antes de llegar a esta feliz conclusión. Así que, *¡andiamo!*

> Dijo el poder al mundo,
> «Eres mío».
> Y el mundo lo mantuvo cautivo en su trono.
> Dijo al mundo el amor, «Tuyo soy».
> Y el mundo le brindó la libertad de su hogar.
>
> RABINDRANATH TAGORE, *Pájaros perdidos*[22]

CAPÍTULO 2

Domingo: detenciones por sorpresa

Poco se imaginaban aquellos jóvenes que las campanas de la iglesia de Palo Alto tañían por ellos, que su vida pronto se vería transformada de una forma totalmente inesperada.

Son las 9:55 de la mañana del domingo 14 de agosto de 1971. La temperatura es de unos veintiún grados; la humedad, como siempre, es baja; la visibilidad es total; por encima, el cielo azul está totalmente despejado. En Palo Alto, California, empieza otro día de verano, perfecto como en una postal. La cámara de comercio no dejaría que fuera de otro modo. En este paraíso del Oeste se toleran tan poco la imperfección y la irregularidad como la basura en las calles o la maleza en el jardín del vecino. Sienta bien estar vivo en un día como éste, en un lugar como éste.

Éste es el edén donde acaba el sueño americano, el final del «salvaje Oeste». La población de Palo Alto se acerca a los 60.000 habitantes, pero su principal distinción es la vida de los 11.000 estudiantes que viven y estudian a kilómetro y medio de distancia bajando por Palm Drive, hasta el palmeral que rodea la entrada de la Universidad de Stanford, una miniciudad desperdigada que ocupa más de 3.200 hectáreas, cuenta con sus propios cuerpos de policía y de bomberos y tiene una oficina de correos. Hacia el norte, a sólo una hora en coche, se encuentra San Francisco. Pero Palo Alto es más seguro, más limpio, más tranquilo y más blanco. La mayor parte de la población negra vive al otro lado de la carretera 101, en la zona este del pueblo, en East Palo Alto. En comparación con los bloques de pisos venidos a menos a los que yo estaba acostumbrado, las casas unifamiliares

de East Palo Alto se parecen a las de la zona residencial en la que un profesor de mi instituto soñaba vivir cuando ahorrara lo suficiente trabajando de taxista en sus horas libres.

Aun así, últimamente han empezado a surgir problemas alrededor de este oasis. En Oakland, los Panteras Negras proclaman el orgullo negro y, con el apoyo del *black power*, llaman a hacer frente a las prácticas racistas «con todos los medios necesarios». Las prisiones se están convirtiendo en centros para reclutar a una nueva hornada de presos políticos inspirados por George Jackson, que está a punto de ser procesado junto con sus Soledad Brothers por el presunto asesinato de un oficial de prisiones. El movimiento para la liberación de la mujer, cuyo objetivo es que las mujeres dejen de ser tratadas como ciudadanos de segunda y gocen de las mismas oportunidades, está ganando impulso. La impopular guerra de Vietnam se va alargando mientras el número de bajas aumenta día a día, una tragedia que empeora porque la administración Nixon-Kissinger responde con más y más bombardeos a las manifestaciones masivas contrarias a la guerra. El «complejo militar-industrial» es el enemigo de esta nueva generación de ciudadanos que ponen en duda abiertamente los valores de la agresividad y la explotación comercial. Quien desee vivir en una época verdaderamente dinámica, no hallará otra como ésta en la historia reciente.

Mal común, bien común

Intrigado por el contraste entre la sensación de anonimato ambiental con el que había vivido en Nueva York y la sensación de identidad colectiva y personal que sentía en Palo Alto, decidí llevar a cabo un sencillo experimento de campo para comprobar la validez de esta diferencia. Me había interesado por los efectos antisociales que induce el anonimato cuando la gente cree que nadie la puede reconocer en un entorno que fomenta la agresividad. Basándome en el concepto de las máscaras que liberan los impulsos agresivos en *El señor de las moscas*, había realizado unos estudios donde se demostraba que los participantes que actuaban en el anonimato —técnicamente, que habían sido «desindividuados»—, infligían dolor a otras personas con más facilidad que los que no actuaban al amparo

del mismo.[1] Ahora quería ver qué harían los buenos ciudadanos de Palo Alto ante la tentación de ceder al vandalismo. Diseñé un estudio de campo del tipo *Cámara oculta* basado en abandonar dos automóviles, uno en Palo Alto y otro a casi cinco mil kilómetros de distancia, en el Bronx, para poder establecer comparaciones. Colocamos un automóvil de buen aspecto al otro lado de una de las calles que rodeaban el campus de la Universidad de Nueva York en el Bronx, y otro cerca del campus de la Universidad de Stanford, los dos con los capós abiertos y sin placas de matrícula, un «cebo» infalible para tentar a los transeúntes a caer en el vandalismo. Desde unos lugares de observación ocultos, mi equipo de investigación iba a observar y fotografiar lo que pasara en el Bronx y a grabar en vídeo lo que ocurriera en Palo Alto.[2]

No habíamos ni acabado de montar nuestro equipo de grabación en el Bronx cuando aparecieron los primeros vándalos y empezaron a desmontar el coche: papá gritaba a voz en cuello a mamá diciéndole que vaciara el maletero y ordenaba al hijo que mirara la guantera mientras él quitaba la batería. Todo el que pasaba por allí, a pie o en coche, se paraba para despojar a nuestro indefenso automóvil de todas y cada una de sus piezas de valor antes de que empezara el festival del desguace. A este episodio le siguió un desfile de vándalos que destrozaron sistemáticamente lo que quedaba del pobre automóvil.

La revista *Time* publicó un reportaje sobre aquel triste retrato del anonimato urbano en acción con el título «Diario de un automóvil abandonado».[3] En cuestión de pocos días observamos veintitrés incidentes aislados de destrucción contra aquel desventurado Oldsmobile del Bronx. Y resulta que los vándalos eran ciudadanos comunes y corrientes. Todos eran personas adultas de raza blanca y bien vestidas que, en otras circunstancias, exigirían más protección policial y más mano dura con los delincuentes y dirían estar «muy de acuerdo» en una encuesta de opinión sobre la necesidad de una mayor seguridad ciudadana. Contra todo pronóstico, los niños sólo se entregaron a los placeres de la destrucción en un caso. Más sorprendente aún: toda aquella destrucción se hizo a plena luz del día; todo eso que nos ahorramos en película infrarroja. Cuando el anonimato se interioriza no necesita de oscuridad para expresarse.

Pero, ¿qué suerte corrió el coche que dejamos abandonado en Palo Alto y que también parecía totalmente vulnerable al vandalismo? ¡Después de una semana entera, no sufrió ni un desperfecto! La gente pasaba a su lado caminando o conduciendo, lo miraban, pero nadie le puso una mano encima. Bueno, no exactamente. Un día se puso a llover y un amable transeúnte cerró el capó (¡no fuera que el motor se mojara!). Cuando me llevé el coche para devolverlo al campus de Stanford, tres vecinos llamaron a la policía denunciando el posible robo de un vehículo abandonado.[4] Y ésta es mi definición operacional de «comunidad»: unas personas con la rectitud y la entereza suficientes para actuar ante un suceso inusual, y hasta puede que ilegal, que ocurre en su entorno. Mi opinión es que esta conducta prosocial surge de presuponer la existencia de un altruismo recíproco, es decir, de pensar que los demás harían lo mismo para proteger nuestras propiedades o nuestra persona.

El mensaje que se desprende de esta pequeña demostración es que las condiciones que nos hacen sentir anónimos, que nos hacen pensar que los demás no nos conocen o que no les importamos, pueden fomentar la conducta antisocial. Mi anterior investigación había puesto de relieve el poder de ocultar la propia identidad para realizar actos agresivos contra otras personas en situaciones que «permiten» violar los tabús habituales contra la violencia interpersonal. La demostración del coche abandonado amplió esta noción para incluir el anonimato ambiental como factor que facilita las violaciones del contrato social.

Curiosamente, esta demostración ha sido la única prueba empírica que se ha utilizado para apoyar la «teoría de las ventanas rotas» sobre el delito. Según esta teoría, el *desorden público* es un estímulo situacional que fomenta la delincuencia (además de la presencia de delincuentes).[5] Cuando la gente se encuentra en un entorno que fomenta el anonimato, su sentido de la responsabilidad personal y cívica se reduce. Podemos ver que esto sucede en muchos entornos institucionales, como las escuelas, las empresas, el ejército o las prisiones. Los partidarios de la teoría de las ventanas rotas sostienen que restablecer el orden físico —retirar los coches abandonados de las calles, limpiar los graffiti y arreglar las ventanas rotas— puede

reducir los delitos y los disturbios en las calles de las ciudades. Hay pruebas de que estas medidas preventivas funcionan en algunas urbes como Nueva York, pero no ocurre lo mismo en otras ciudades.

El civismo o espíritu comunitario surge de una manera tranquila y ordenada en lugares como Palo Alto, donde las personas se preocupan por la calidad física y social de su vida y poseen los recursos para mejorarla. Aquí impera una sensación de justicia y de confianza que contrasta con el cinismo y la desconfianza que predominan en tantos lugares. Aquí, por ejemplo, las personas confían en que su cuerpo de policía controlará el delito y les protegerá, y tienen motivos para hacerlo porque sus policías están bien formados y son gente amable y honrada. Actúan con justicia porque se ciñen estrictamente a las normas aunque, en raras ocasiones, la gente tiende a olvidar que son unos simples trabajadores, que a pesar de sus uniformes azules también pueden perder su trabajo si el presupuesto municipal está en números rojos. Con todo, alguna que otra vez, hasta los mejores de ellos pueden dejar que su autoridad se imponga a su humanidad. Esto no suele ocurrir mucho en un lugar como Palo Alto, pero resulta que lo hizo de una forma muy curiosa en lo que fue el preludio del *big bang* que marcó el inicio del experimento de la prisión de Stanford.

Enfrentamientos entre estudiantes y policía

El único borrón en el historial de servicios, por lo demás excelente, de la policía de Palo Alto, es el momento que ésta perdió los estribos en un enfrentamiento con unos estudiantes radicales de Stanford durante la huelga de 1970 contra la intervención de los Estados Unidos en Indochina. Cuando esos estudiantes empezaron a «destrozar» edificios del campus, ayudé a muchos otros —varios miles— a organizar actividades constructivas contra la guerra para demostrar que la violencia y el vandalismo sólo servían para dar una imagen negativa en los medios de comunicación, que no tenían ningún impacto real en el curso de la guerra y que nuestras actividades en favor de la paz sí que lo podrían tener.[6] Por desgracia, el entonces nuevo rector de la universidad, Kenneth Pitzer, se dejó llevar por el pánico y llamó a la policía: el resultado fue que, como en muchos otros enfrentamientos

similares por todos los Estados Unidos, demasiados polis perdieron los estribos y acabaron apaleando brutalmente a unos chavales a los que antes habían jurado proteger. Hubo otros enfrentamientos entre estudiantes y policías aún más violentos en la Universidad de Wisconsin (octubre de 1967), en la Kent State University de Ohio (mayo de 1970) y en la Jackson State University de Mississippi (también en mayo de 1970), con el resultado de varios estudiantes muertos y heridos por disparos de la policía y de la Guardia Nacional. (Véanse más detalles en las notas.)[7]

Así lo contaba *The New York Times* el 2 de mayo de 1970 (págs. 1, 9):

> El aumento del clamor contra la guerra en los campus, con los sucesos de Camboya como telón de fondo, adoptó ayer diversas formas que desembocaron en los siguientes incidentes:
>
> El gobernador de Maryland, Marvin Mandel, puso en estado de alerta a dos unidades de la Guardia Nacional cuando los estudiantes de la universidad de Maryland se enfrentaron a la policía del Estado después de una concentración y un asalto por sorpresa al cuartel de la academia militar del campus.
>
> Cerca de 2.300 estudiantes y miembros del cuerpo docente de la Universidad de Princeton votaron hacer huelga hasta la asamblea general convocada para el lunes por la tarde, un acto que pondrá fin al boicot a todos los actos institucionales [...] Una huelga estudiantil en el campus de la Universidad de Stanford acabó en disturbios en los que hubo lanzamiento de piedras contra la policía, que se vio obligada a usar gas lacrimógeno para dispersar a los manifestantes.

Un informe de Stanford describía unos niveles de violencia como nunca se habían visto en aquel bucólico paraje. Se llamó a la policía para que entrara en el campus por lo menos en trece ocasiones y hubo más de cuarenta detenidos. Los enfrentamientos más graves se produjeron el 29 y el 30 de abril de 1970, cuando se supo que los Estados Unidos habían invadido Camboya. Vinieron policías de lugares tan distantes como San Francisco, hubo lanzamiento de piedras, y durante aquellas dos noches, que el rector Pitzer calificó de «trágicas», se utilizó gas lacrimógeno en el campus por primera vez. Hubo cerca de sesenta y cinco heridos, entre ellos muchos agentes de policía.

Aquellos hechos dieron origen a una fuerte animadversión entre la comunidad universitaria de Stanford por un lado, y la policía de Palo Alto y los «halcones» de la ciudad partidarios de la mano dura por otro. Era una situación sin precedentes en Palo Alto porque allí nunca se había dado la

relación de amor-odio que existe, por ejemplo, entre los habitantes de New Haven y los estudiantes de Yale y que yo mismo había vivido cuando estudiaba allí.

El nuevo jefe de policía, el capitán James Zurcher, tomó posesión del cargo en febrero de 1971 dispuesto a acabar con la animadversión que aún se dejaba sentir desde los disturbios acaecidos cuando su predecesor estaba en el cargo, y accedió a mi petición de colaborar en un programa de la policía municipal dedicado a «despolarizar» al alumnado de Stanford.[8] Le propuse que unos agentes jóvenes y con facilidad de palabra se dedicaran a enseñar a los estudiantes las nuevas instalaciones del cuerpo de policía y que los estudiantes les correspondieran invitando a los policías a cenar en las residencias y a asistir a las clases. También le propuse que los agentes de policía novatos que estuvieran interesados participaran en alguno de nuestros cursos. La intención era demostrar que la gente razonable puede hallar soluciones razonables a problemas sociales que a primera vista parecen irresolubles. Pero resulta que precisamente a raíz de esto, y con total ingenuidad, contribuí a crear un nuevo foco de maldad en Palo Alto.

El jefe Zurcher estuvo de acuerdo en que sería interesante estudiar el proceso de socialización que supone asumir el rol de agente de policía y el recorrido que sigue un agente novato hasta convertirse en un «policía de verdad». Muy buena idea, le contesté, pero para ello haría falta una cuantiosa subvención con la que yo entonces no contaba. Pero sí que disponía de una pequeña beca para estudiar qué proceso sigue una persona para convertirse en oficial de prisiones, ya que era un trabajo con unas funciones y una esfera de actuación mucho más limitadas. ¿Qué le parecería montar una prisión donde unos polis novatos y unos estudiantes universitarios hicieran de carceleros y de reclusos? Al jefe le pareció una buena idea. Además de lo que nosotros pudiéramos aprender, el jefe creía que sería una buena experiencia de formación personal para algunos de sus hombres. Así pues, acordó asignar a algunos de sus novatos para que participaran en aquella experiencia de una prisión simulada. Yo me sentía muy satisfecho sabiendo que, una vez abierta aquella puerta, podría pedirle que sus agentes hicieran un simulacro de detención de los estudiantes que iban a hacer de reclusos.

Poco antes de empezar, el jefe incumplió la promesa de ceder a sus hombres diciendo que no podía prescindir de nadie durante las dos semanas siguientes. No obstante, se ofreció a ayudarme de cualquier otra manera en el estudio de la prisión.

Le dije que para iniciar el estudio con todo el realismo posible lo mejor sería que sus agentes escenificaran las detenciones de los estudiantes que iban a hacer de reclusos. Sólo tendrían que dedicar a ello unas cuantas horas de un domingo por la mañana, y para el éxito de la investigación sería muy importante que los reclusos se vieran privados bruscamente de su libertad, como ocurriría en una verdadera detención, en lugar de venir a Stanford por su propio pie y renunciar a su libertad como sujetos de un estudio. El jefe accedió sin mostrar mucho entusiasmo y me prometió que el sargento de guardia nos enviaría un coche patrulla el domingo por la mañana.

La misión está a punto de frustrarse antes de empezar

Cometí el error de no pedir que me lo confirmara por escrito. Y es que la vida es así: si llegas a un acuerdo con alguien y no hay nada que lo documente, ya sabemos lo que pasa. Cuando caí en esta verdad el sábado y llamé a la comisaría para pedir confirmación, el jefe Zurcher ya se había ido de fin de semana. Mal asunto.

Como era de esperar, aquel domingo el sargento de guardia no tenía ninguna intención de comprometer al cuerpo de policía de Palo Alto en unas detenciones por sorpresa de unos estudiantes por unas supuestas violaciones del código penal, y mucho menos sin una autorización escrita de su jefe. De ninguna manera iba aquel veterano a meterse en ningún experimento realizado por alguien como yo, a quien su vicepresidente, Spiro Agnew, había despreciado diciendo que era un «esnob pretencioso que se las da de intelectual». Era evidente que sus agentes tenían cosas más importantes que hacer antes de jugar a policías y ladrones como parte de un experimento sin ton ni son. Según él, los experimentos de psicología suponían entrometerse en los asuntos de los demás y averiguar cosas que era mejor dejar para la intimidad. Debía pensar que los psicólogos podemos leer el pensamiento de los demás si nos miran directamente a los ojos,

porque evitó mirarme cuando me dijo: «Lo siento, profesor. Me gustaría echarle una mano pero las normas son las normas. No puedo destinar mis hombres a una misión sin una autorización formal».

Antes de que pudiera decir «vuelva usted el lunes, cuando el jefe ya esté aquí», tuve un destello de claridad y vi que el estudio iba a naufragar aun antes de haber zarpado. Todos los sistemas estaban en marcha: nuestra prisión simulada ya se había construido con todo detalle en el sótano de la facultad de psicología de Stanford; los carceleros ya habían elegido los uniformes y esperaban con impaciencia a sus primeros reclusos; ya se había comprado la comida para el primer día; la hija de mi secretaria había confeccionado a mano los uniformes de los reclusos; ya se habían instalado los equipos de grabación en vídeo y los micrófonos ocultos en las celdas; el centro de atención sanitaria, el departamento de servicios jurídicos y los cuerpos de bomberos y de policía del campus ya estaban sobre aviso; y ya habíamos alquilado las camas y la ropa blanca. Se habían hecho muchas cosas más para organizar la abrumadora logística que suponía atender al menos a dos docenas de voluntarios durante dos semanas, la mitad de ellos viviendo en nuestra prisión noche y día, los otros trabajando en turnos de ocho horas. Yo nunca había realizado un experimento que durara más de una hora por sujeto y por sesión. Y todo esto podía irse al garete por un simple «No».

Habiendo aprendido que la previsión es la madre de la ciencia y que guardarse un as en la manga es la mejor virtud para moverse por el Bronx, ya había previsto esta situación en cuanto me enteré de que el capitán Zurcher se había largado, y había persuadido al director del canal KRON de San Francisco para que filmara aquellas emocionantes detenciones por sorpresa para un reportaje especial del noticiario de la noche. Contaba con el poder de los medios de comunicación para vencer la resistencia institucional y aún contaba más con el atractivo del *show business* para tener a los agentes de mi lado, frente a las cámaras.

«Pues, mi sargento, es una pena que no lo podamos hacer hoy, como esperaba el jefe. Es que tenemos aquí mismo a un cámara del Canal 4, porque los de la tele quieren filmar las detenciones para el noticiario de esta

noche. Habría ido muy bien para las relaciones públicas del cuerpo. Y no sé yo qué cara pondrá el jefe cuando sepa que no nos ha dejado seguir conforme al plan.»

«Mire, yo no le he dicho que esté en contra, pero es que no estoy seguro de que los agentes quieran hacerlo. No los podemos sacar así como así del servicio, ¿no?»

Vanidad, tu nombre es telediario

«¿Por qué no dejamos que se encarguen los dos agentes de aquí? Si no les importa salir por la tele mientras hacen unas detenciones rutinarias, a lo mejor podemos seguir adelante como habíamos acordado con el jefe.»

«Tampoco es tanto, mi sargento», dijo el agente más joven, Joe Sparaco, mientras se peinaba el ondulado pelo negro y miraba la voluminosa cámara que descansaba sobre el hombro del operador. «Es una mañana de domingo con muy poco movimiento y parece que esto puede ser interesante.»

«Vale, supongo que el jefe ya sabrá lo que hace; no quiero causar ningún problema si ya está todo listo. Pero que quede claro: estad atentos a cualquier llamada y si os necesito os venís pitando, ¿vale?»

Yo metí baza: «Agentes, ¿podrían deletrear sus nombres al señor de la televisión para que los pueda pronunciar bien cuando se emita el reportaje de esta noche?». Tenía que asegurarme de que iban a cooperar pasara lo que pasara en Palo Alto hasta que todos nuestros reclusos hubieran sido detenidos y llevados a comisaría para ficharlos.

«Para que venga la tele y todo eso debe de ser un experimento muy importante, ¿no, profesor?», me preguntó el agente Bob, mientras se arreglaba la corbata y acariciaba sin darse cuenta la culata de la pistola.

«Será que la gente de la tele lo cree así», dije con plena conciencia de lo precario de mi posición, «sobre todo con las detenciones por sorpresa de la policía y todo eso. Es un experimento muy poco usual que podría tener unos efectos muy interesantes; seguramente por eso el jefe nos ha dado el visto bueno. Aquí tengo una lista con el nombre y la dirección de los nueve sospechosos que hay que detener. Yo seguiré al coche patrulla con Craig

Haney, mi ayudante de investigación. Pero conduzcan despacio para que el cámara pueda filmar bien sus movimientos. Cuando detengan a cada sospechoso sigan el procedimiento que empleen ustedes normalmente: le recuerdan sus derechos, lo cachean y lo esposan, como harían con cualquier sospechoso. A los cinco primeros les acusan de robo con allanamiento según el artículo 459 del código penal y a los cuatro siguientes les acusan de robo a mano armada según el artículo 211. Traigan a cada uno a comisaría para ficharlo, tomarle las huellas y cualquier otra cosa que hagan ustedes en estos casos.»

«Luego me encierran a cada uno en un calabozo mientras van a por el siguiente de la lista. Nosotros trasladaremos a cada recluso del calabozo a nuestra cárcel. La única cosa rara que les pido es que venden los ojos a los reclusos con una de estas vendas cuando los metan en el calabozo. Cuando los traslademos no queremos que nos vean ni que sepan adónde van. Craig, Curt Banks, mi otro ayudante, y uno de nuestros carceleros, Vandy, se encargarán del traslado.»

«Me parece muy bien, profesor. Bob y yo nos podemos encargar de todo, no hay problema.»

Empieza la diversión[9]

Joe y Bob, Craig el cámara, y Bill y yo, salimos del despacho del sargento y bajamos las escaleras para comprobar la sala de detención. Todo está casi por estrenar; el centro se acababa de construir en el principal complejo de oficinas de Palo Alto, a muy poca distancia —aunque totalmente distinto— de la antigua cárcel, que ya no daba más de sí por ser demasiado antigua. Quería que los agentes y el cámara se sintieran implicados desde la primera detención hasta la última para estandarizar al máximo las detenciones. Antes ya había puesto en antecedentes al cámara explicándole el objetivo del estudio, pero sólo por encima, porque lo que me preocupaba era superar la resistencia que cabía esperar del sargento de guardia. Ahora creí oportuno explicarles a todos algunos detalles técnicos del estudio y algunas de las razones para llevar a cabo un experimento así.

Esto contribuiría a crear una sensación de equipo y también les haría ver que me importaban lo suficiente como para dedicar tiempo a responder a sus preguntas.

«¿Ya saben esos chicos que les vamos a detener? ¿Les decimos que forma parte de un experimento o qué?»

«Joe, todos se han inscrito como voluntarios para un estudio de la vida en prisión. Contestaron a un anuncio que pusimos en la prensa pidiendo estudiantes universitarios que quisieran ganar quince dólares al día por participar en un experimento de dos semanas de duración sobre la psicología del encarcelamiento y...»

«¿Me está diciendo que van a pagar a esos chavales quince dólares al día por no dar ni un palo al agua y estarse sentados dos semanas en la celda de una cárcel? Pues Joe y yo podríamos presentarnos como voluntarios. Suena a dinero fácil.»

«Puede que sí. Puede que sea dinero fácil y si surge algo interesante puede que hagamos otra vez el estudio, pero esta vez con agentes de policía haciendo de reclusos y de carceleros, como le dije a su jefe.»

«Pues si lo hace ya puede contar con nosotros.»

«Pues, como decía, a los nueve estudiantes que van a detener los seleccionamos de casi un centenar de personas que respondieron a los anuncios que pusimos en el *Palo Alto Times* y *The Stanford Daily*. Descartamos a los que parecían unos bichos raros de todas todas, a los que ya habían sido detenidos alguna vez y a los que tenían algún problema de salud física o mental. Después de una hora de evaluación psicológica y de una entrevista a fondo con mis ayudantes Craig Haney y Curt Banks, seleccionamos a veinticuatro de los voluntarios para que fueran los sujetos de nuestro estudio.»

«Si multiplicamos veinticuatro por catorce días y por quince dólares sale mucha pasta que aflojar. No la pondrá usted de su bolsillo, ¿eh, profe?»

«Pues en total son 5.040 dólares, pero el estudio se paga con una beca del gobierno, de la Office of Naval Research, para estudiar la conducta antisocial, así que yo no tengo que pagar nada.»

«¿Y todos querían hacer de carceleros?»

«Pues no, la verdad es que nadie quería hacer de carcelero; todos preferían hacer de reclusos.»

«¿Y eso? Yo diría que ser carcelero es más divertido que ser recluso y no da tanto mal rollo, o eso creo. Otra cosa es que quince dólares por hacer de recluso veinticuatro horas al día es una miseria. A los carceleros les saldrá mucho más a cuenta si sólo trabajan un turno normal.»

«Eso es verdad; los carceleros van a trabajar en turnos de ocho horas y habrá tres equipos de tres carceleros para vigilar a los nueve reclusos las veinticuatro horas. Pero la razón de que los estudiantes prefirieran hacer de reclusos es que puede que alguna vez lo sean de verdad si se declaran objetores de conciencia, o si los pillan en un control de alcoholemia, por ejemplo, o si les detienen en una manifestación por los derechos civiles o contra la guerra. La mayoría decían que ni siquiera podían imaginarse trabajando de carceleros en una prisión: no habían ido a la universidad para acabar trabajando en eso. Así que, aunque básicamente todos participan por el dinero, algunos también quieren ver cómo se las van a apañar en esta situación nueva de la prisión.»

«¿Y cómo han elegido a los carceleros? ¡Seguro que han escogido a los que están más cuadrados!»

«Pues no, Joe. Lo que hemos hecho es asignar a todos los voluntarios a cada una de las dos condiciones al azar, como si echáramos una moneda al aire. Si salía cara, el voluntario se asignaba al grupo de los carceleros; si salía cruz, al de los reclusos. Los carceleros se enteraron de que lo iban a ser ayer mismo. Vinieron a la pequeña cárcel que hemos construido en el sótano de la facultad de psicología para ayudarnos a acabar de prepararlo todo y para que le dieran el toque final, para sentirse lo más cómodos posible. Cada uno eligió un uniforme de la tienda de excedentes militares y ahora están esperando a que empiece la acción.»

«¿Han seguido algún cursillo o algo así para hacer de carceleros?»

«Ya me habría gustado tener tiempo para hacerlo, pero sólo pudimos darles unas cuantas instrucciones ayer; no se les ha dado ninguna formación específica para desempeñar este papel. Básicamente, lo que tienen que

hacer es mantener el orden, no tratar a los reclusos con violencia y no dejar que se escapen. También he intentado hacerles entender la sensación psicológica de impotencia que queremos crear en los reclusos.»

«A los chicos que van a detener sólo se les ha dicho que esperen en su casa, o en otro lugar previamente acordado si viven demasiado lejos, y que esta mañana tendrían noticias nuestras.»

«Las van a tener y pronto, ¿eh, Joe? ¡Menuda sorpresa se van a llevar!»

«Hay un par de cosas que no acabo de entender.»

«Claro, Joe, dígame. Y usted también, Bill: díganme si hay algo que deseen saber para cuando hablen con el productor del programa de esta noche.»

«Lo que me gustaría saber es qué sentido tiene meterse en tantos problemas para montarse su propia prisión en Stanford, detener a esos estudiantes y pagar todo ese dinero si ya tenemos cárceles y reclusos de sobras. ¿Por qué no estudian lo que ocurre en la cárcel del condado o en San Quintín? ¿No les diría eso lo que quieren saber de los carceleros y los reclusos de verdad?»

Joe había dado en el clavo. Me puse de inmediato en mi papel de profesor universitario, deseoso de explicarme ante aquellos oyentes picados por la curiosidad: «Lo que me interesa es saber qué significa ser un carcelero o un recluso desde el punto de vista psicológico. ¿Qué cambios experimenta una persona cuando se adapta a ese nuevo rol? ¿Es posible adoptar una identidad distinta a la habitual en sólo unas semanas?»

«Varios sociólogos y criminólogos ya han hecho estudios de la vida real en las prisiones, pero presentan muchos defectos. Los investigadores nunca tienen la libertad de observar todas las facetas de la vida en la prisión. Sus observaciones suelen tener un alcance limitado, sin acceder directamente a los reclusos y menos aún a los carceleros. Puesto que las prisiones sólo están pobladas por dos clases de personas, el personal y los internos, los investigadores son unos extraños que son vistos con recelo porque no forman parte del sistema. Sólo pueden ver lo que les dejan ver en unas visitas guiadas que pocas veces van más allá de la superficie de la vida en prisión. Nos gustaría entender mejor la estructura profunda de la relación

entre recluso y carcelero recreando el entorno *psicológico* de una prisión y estando en la posición de observar, grabar y documentar todo el proceso de adoptar la mentalidad de carcelero y de recluso.»

«Ya, supongo que visto así tiene sentido», dijo Bill, «pero la gran diferencia entre su cárcel y las de verdad son los reclusos y los carceleros con los que empieza usted. En una prisión de verdad tratamos con criminales, con gente violenta que no duda en saltarse la ley o atacar a los carceleros. Y para mantenerlos a raya tiene que haber unos carceleros duros, dispuestos a romper alguna cabeza si hace falta. Sus chavales de Stanford no son malos, ni violentos, ni duros como los carceleros y los reclusos de verdad.»

«No se me enfade si le digo una cosa», dice Bob. «¿Cómo sabe usted que esos chavales, que saben que van a ganar quince dólares al día por no hacer nada, no van a disimular durante dos semanas y se divertirán un poco a su costa, ¿eh?»

«Antes que nada, sepan que no todos nuestros sujetos son estudiantes de Stanford, sólo unos cuantos. Los otros vienen de todo el país y hasta de Canadá. Como saben, en verano vienen muchos jóvenes a esta parte del país y nuestros participantes son una muestra representativa de los que acaban de terminar los cursos de verano de Stanford o de Berkeley. Pero tiene usted razón cuando dice que la prisión de Stanford no tendrá la población habitual de una prisión. Hemos procurado seleccionar a jóvenes normales, sanos y con unos niveles medios en todas las dimensiones psicológicas que hemos medido. Junto con Craig, que está aquí, y otro estudiante avanzado de posgrado, Curt Banks, he seleccionado con mucho cuidado la muestra final de entre todos los entrevistados.»

Craig, que había estado esperando con paciencia esta señal de reconocimiento por mi parte para meter baza, les amplió la explicación: «En una prisión verdadera, cuando observamos algún suceso —como un recluso que apuñala a otro o un carcelero que apalea a un recluso—, no podemos saber en qué medida es responsable de lo que pasa esa persona concreta *o* esa situación concreta. Está claro que algunos reclusos son

psicópatas violentos y que algunos carceleros son unos sádicos. ¿Pero explica su personalidad todo, o por lo menos la mayor parte, de lo que ocurre en una prisión? Lo dudo. Debemos tener en cuenta la situación.»

Sonreí satisfecho ante la elocuente exposición de Craig. Yo también me hacía la misma pregunta y no habría podido explicársela mejor a los agentes. Luego, adoptando mi mejor estilo de clase magistral, continué:

«El razonamiento es éste: nuestro estudio intentará distinguir entre lo que aportan las personas a una situación carcelaria y lo que aporta esta situación a las personas que se hallan en ella. Por la preselección que hemos hecho, nuestros sujetos constituyen una muestra representativa de los jóvenes de clase media con estudios. Son un grupo homogéneo de estudiantes que se parecen mucho en muchos aspectos. Al haberles asignado al azar uno de los dos roles, empezaremos con unos guardas y unos reclusos que son comparables y, en el fondo, intercambiables. Los reclusos no son más hostiles, violentos o rebeldes que los carceleros y los carceleros no son más autoritarios ni buscan más poder. En este momento, "reclusos" y "carceleros" son iguales. Nadie quería hacer de carcelero; y nadie ha cometido ningún delito que justifique encarcelarlo. ¿Serán tan parecidos estos jóvenes al cabo de dos semanas? ¿Los roles que van a representar cambiarán su personalidad? ¿Veremos alguna transformación de su carácter? Eso es lo que pensamos descubrir».

Craig añadió: «Otra forma de verlo es que metemos a gente buena en una situación mala para ver quién o qué acaba ganando».

«Gracias, Craig, ahí has estado bien», dijo Bill, el cámara, en un tono muy efusivo. «A mi director le encantará usar eso que has dicho en el noticiario. La emisora no tenía un redactor disponible para esta mañana, y además de encargarme de la filmación también tengo que pensar algún comentario que añadir a las imágenes de las detenciones. Bueno, profesor, que el tiempo vuela y yo ya estoy listo: ¿empezamos ya?»

«Claro, Bill. Pero, Joe, aún no he respondido a su primera pregunta sobre el experimento.»

«¿Cuál?»

«Que si los reclusos saben que van a ser detenidos como parte del experimento. Y la respuesta es que no. Sólo se les ha dicho que esta mañana estén preparados para participar en el experimento. Quizá supongan que la detención forma parte de la investigación porque saben que no han cometido los delitos de los que se les va a acusar. Si les preguntan por el experimento respondan con vaguedad, no les digan ni que sí ni que no. Lo mejor será que cumplan con su deber como si fuera una verdadera detención y que no hagan caso de sus preguntas o sus protestas.»

Craig no pudo resistir la tentación de añadir: «En cierto modo, la detención, como todo lo demás por lo que pasarán, debería mezclar la realidad con la ilusión, los roles con la identidad».

Un pelín rimbombante, pensé, pero sin duda bien dicho. Justo antes de que Joe pusiera en marcha la sirena del coche patrulla todo pintado de blanco, se puso unas gafas de espejo como las que llevaba el guardia de la película *La leyenda del indomable,* de esas que no dejan ver los ojos. Se me escapó una sonrisa, y a Craig también, sabiendo que todos nuestros carceleros iban a ponerse unas gafas como aquellas para inducir el anonimato en nuestro intento de crear una sensación de desindividuación. El arte, la vida y la investigación empezaban a confundirse.

«HAY UN POLI LLAMANDO A LA PUERTA»[10]

«¡Mamá, Mamá, que hay un poli en la puerta que dice que viene a detener a Hubbie!», gritaba la hija pequeña de los Whittlow.

La señora Dexter Whittlow no acababa de entender lo que decía Nina, pero por sus chillidos debía de haber algún problema del que tendría que ocuparse su esposo.

«Anda, dile a tu padre que vaya él.» La señora Whittlow estaba absorta haciendo examen de conciencia porque tenía muchas dudas sobre los cambios que se habían producido en los oficios religiosos de los que acababa de volver. Últimamente también había estado pensando mucho en Hubbie, mentalizándose para ver los ojos azules y el pelo rubio de su *nene* sólo un par de veces al año, cuando viniera de visita. Una de las ventajas de que fuera a la universidad, y por la que había rezado en secreto, era que el «ojos que no ven, corazón que no siente» funcionara y enfriara la evidente pasión que había entre Hubbie y su novia del instituto. Los hombres deben tener una buena carrera antes de pensar en el matrimonio, solía decirle con frecuencia.

La única mácula que podía encontrar en su adorado hijo es que a veces se dejaba llevar por sus amigos, como el mes pasado, cuando habían hecho la travesura de pintar el tejado del instituto, o como cuando les dio por girar y arrancar señales de tráfico. «¡Eso es propio de gente inmadura y de pocas luces, Hubbie, y podría meterte en un buen lío!»

«¡Mamá, que papá no está en casa, que se ha ido a jugar a golf con el señor Marsden y Hubbie está abajo y un policía se lo está llevando!»

«Hubbie Whittlow, se le acusa de haber infringido el artículo 459 del código penal, robo con allanamiento de morada, y debe usted acompañarme a comisaría. Antes de registrarle y esposarle debo recordarle sus derechos como ciudadano.» (Consciente de la cámara que estaba registrando para la posteridad aquella detención modélica, Joe había adoptado una postura peliculera a la que añadía la expresión impasible del Joe Friday de *Dragnet*.) «Escuche atentamente lo que le voy a decir: tiene usted derecho a guardar silencio y no está obligado a responder a mis preguntas. Cualquier cosa que diga se podrá usar en su contra ante un tribunal. Tiene el derecho a consultar a un abogado antes de responder a cualquier pregunta y puede acompañarle un abogado durante el interrogatorio. Si no puede contratar a

un abogado se le asignará uno de oficio para que le represente ante la justicia. ¿Entiende sus derechos? Bien. Pues teniendo presentes estos derechos procedo a llevarle a comisaría por el delito del que se le acusa. Ahora entre con calma en el coche patrulla.»

La señora Whittlow se quedó pasmada viendo cómo cacheaban a su hijo contra el coche de policía con las piernas abiertas y le esposaban como si fuera un delincuente de los que salen en televisión. Recuperando la compostura, preguntó con cortesía: «¿Qué está pasando aquí, agente?».

«Señora, tengo órdenes de detener a Hubbie Whittlow por robo, y...»

«Ya lo sé, agente, ya le dije que no se llevara las señales de tráfico, que no debería dejarse influir tanto por los chicos de los Jennings.»

«Mamá, no lo entiendes, esto forma parte de...»

«Mire, agente, Hubbie es un buen chico. Su padre y yo pagaremos gustosamente los gastos para reponer todo lo que falte. No fue más que una simple travesura, no querían hacer ningún mal.»

A estas alturas ya se estaba congregando un pequeño grupo de vecinos a una distancia respetable, atraídos por la novedad de aquella amenaza a la seguridad ajena. La señora Whittlow se esforzaba lo que podía para no prestarles atención y no distraerse de su principal objetivo, congraciarse con el policía para que fuera más benévolo con su hijo. «Si George estuviera aquí sabría cómo afrontar la situación», pensó. «Esto es lo que pasa cuando es domingo y se pone al golf por delante del Señor.»

«Bueno, andando, que tenemos un día muy apretado; esta mañana hay muchas más detenciones que hacer», dijo Joe mientras metía al sospechoso en el coche patrulla.

«Mamá, que papá ya está al tanto de todo, pregúntale a él, que firmó la autorización. Y no te preocupes, que no pasa nada, esto forma parte de...»

El aullido de la sirena y las luces del coche patrulla hicieron que acudieran más vecinos curiosos a consolar a la pobre señora Whittlow, cuyo hijo parecía un chico de lo más agradable.

Hubbie empezó a sentirse preocupado al ver lo mal que lo pasaba su madre al verle ahí, en el asiento trasero de un coche patrulla, esposado detrás de la pantalla protectora. «¿Así que esto es lo que se siente al ser un delincuente?», pensaba, cuando de repente se le puso la cara roja de

vergüenza al ver que su vecino, el señor Palmer, le señalaba y le decía muy agitado a su hija, «¡Adónde iremos a parar! ¡Ahora resulta que el chico de los Whittlow es un delincuente!».

En la comisaría, las diligencias para fichar a Hubbie se llevaron a cabo con la eficiencia habitual dada la colaboración del sospechoso. El agente Bob se hizo cargo de Hubbie mientras Joe comentaba con nosotros cómo había ido la primera detención. A mí me parecía que había durado un poco más de la cuenta pensando en que quedaban ocho más. Sin embargo, al cámara le habría gustado que se hubiera hecho con más calma para poder situarse mejor: para montar el reportaje le bastaban unas cuantas escenas buenas de un par de detenciones. Acordamos que la siguiente detención se haría a la medida de sus necesidades de rodaje, pero que en las siguientes, tanto si rodaba unos buenos planos como si no, el experimento era lo primero y las detenciones tendrían que ir más deprisa. La detención de Hubbie ya había durado treinta minutos; a ese paso nos llevaría todo el día detener a los demás.

Era consciente de que la cooperación de la policía se debía al poder de los medios de comunicación y me preocupaba que cuando acabara la filmación se resistieran a realizar las restantes detenciones de la lista. Por interesante que fuera observar esta parte del estudio, sabía que su éxito no estaba en mis manos. Había muchas cosas que podían salir mal y ya había previsto y tratado de contrarrestar la mayoría de ellas, pero siempre podía pasar algo que diera al traste con todas las previsiones. En el mundo real, o en el «campo», como dicen los sociólogos, hay muchas variables sin controlar. Ésta es la ventaja de los estudios de laboratorio: el experimentador se ocupa de todo. Todo lo que ocurre está perfectamente controlado. El sujeto se halla en el terreno del investigador. Es algo parecido a lo que recomiendan los manuales de interrogación de la policía: «Nunca se debe interrogar a sospechosos o testigos en su casa; hay que llevarlos a comisaría para aprovechar su desorientación y la falta de apoyo social; además, evitamos que se nos interrumpa de una manera imprevista».

Con todo el tacto que pude intenté que los policías se dieran un poco más de prisa, pero Bill no dejaba de entrometerse pidiendo otro plano, otro ángulo más. Joe le estaba vendando los ojos a Hubbie. El formulario C11-6

ya se había rellenado con la información necesaria y con las huellas digitales, y sólo faltaba la foto para el archivo de la policía. Para ahorrar tiempo, haríamos las fotos con una Polaroid en nuestra cárcel cuando todos los reclusos hubieran estrenado los uniformes. Hubbie había pasado por todo el proceso sin hacer comentarios ni mostrar ninguna emoción después de que Joe hubiera cortado en seco su primer y único intento de bromear: «¿Qué pasa, vas de listillo o qué?». Ahora estaba sentado en una pequeña celda de la comisaría, con los ojos vendados, solo e indefenso, preguntándose por qué se había metido en aquel lío y si realmente valía la pena. Pero se consoló sabiendo que, si las cosas se salían de madre, podía contar con su padre y con su primo, el abogado de oficio, para rescindir el contrato.

«¡QUE VIENE LA PASMA!»

La siguiente detención se llevó a cabo en un pequeño apartamento de Palo Alto.

«Doug, tío, despierta, que es la policía. Un momento, por favor, que ya sale. Ponte los pantalones, ¡venga!»

«¿Cómo que la policía? ¿Y qué quieren? Suzy, tú tranqui y no pierdas los nervios que no hemos hecho nada. Deja que hable yo con la pasma, que conozco mis derechos. Esos fachas no me la van a dar.»

Intuyendo que se enfrentaba a alguien con malas pulgas, el agente Bob decidió recurrir a sus dotes de persuasión.

«¿Es usted el señor Doug Karlson?»

«Sí, ¿qué pasa?»

«Lo siento, pero es usted sospechoso de haber infringido el artículo 459 del código penal, robo con allanamiento, y debe acompañarme a comisaría. Tiene usted derecho a guardar silencio y no...»

«Corta el rollo, que ya conozco mis derechos, que no voy a la universidad porque sí. A ver, ¿dónde está la orden de detención?»

Mientras Bob intentaba encontrar una manera de afrontar este problema con tacto, Doug oyó el tañido de las campanas de una iglesia cercana. «¡Anda, si es domingo!». ¡No sabía en qué día estaba!

Dijo para sí: «O sea que me ha tocado ser recluso, ¿eh? Pues mejor: no he ido a la universidad para convertirme en un madero, pero la poli me puede trincar algún día, ya me libré por un pelo el año pasado, cuando las protestas contra la guerra. Ya le dije al entrevistador —un tal Haney, me parece— que no me había presentado ni por el dinero ni por la experiencia, porque ese montaje me parece una chorrada que no va a servir para nada, pero que me gustaría ver cómo me las apaño viviendo como un preso político».

«Me río cuando me acuerdo de esa pregunta tan tonta, "Calcule usted en una escala de cero a cien la probabilidad de que permanezca en el experimento de la prisión las dos semanas enteras". Pues cien, sin problemas. No es una prisión de verdad, es una prisión de pega. Si no me mola, pues paso, me abro y ya está. Y cómo debieron reaccionar cuando me preguntaron: "¿Qué le gustaría estar haciendo dentro de diez años?", y les dije: "Mi ocupación ideal, que espero que forme parte del futuro del mundo, es la revolución".»

«¿Que quién soy yo? ¿Que qué tengo de especial? Ahí va mi respuesta, sin rodeos: "Desde el punto de vista religioso soy ateo. Desde el punto de vista 'convencional' soy un fanático. Desde el punto de vista político, soy socialista. Desde el punto de vista de la salud mental, estoy en mis cabales. Desde el punto de vista existencial-social, estoy fragmentado y deshumanizado, soy una persona distante, y no lloro mucho".»

Doug reflexionaba sobre la lucha de los oprimidos y la necesidad de arrebatar el poder de los capitalistas-militares que gobernaban el país, mientras se sentaba con actitud desafiante en el asiento trasero del coche patrulla que partió a toda velocidad hacia jefatura. «Es bueno ser un preso», pensaba. «Las ideas revolucionarias más apasionantes se han parido en una prisión.» Se sentía identificado con George Jackson, de los Soledad Brothers, le gustaban sus cartas y sabía que la fuerza para ganar la revolución reside en la solidaridad de todos los pueblos oprimidos. Quizás este pequeño experimento fuera el primer paso para adiestrar su mente y su cuerpo para la lucha que se acabaría librando contra los fascistas que gobiernan los Estados Unidos.

El oficial encargado de fichar a Doug no hacía caso de sus frívolos comentarios mientras anotaba con eficiencia su altura y su peso y le tomaba las huellas digitales. Él iba a lo suyo. Joe hizo rodar con facilidad cada dedo para que la huella quedara clara aunque Doug ponía la mano lo más rígida que podía. Doug se sorprendió un poco al ver lo fuerte que era ese madero, aunque puede que él estuviera un poco débil porque no había desayunado. De aquel trámite sombrío surgió una chispa de paranoia: «¡Anda! ¿Y si resulta que esos soplones de Stanford me han entregado de verdad a la pasma? ¡Por qué les habré dado yo tanta información personal! Ahora la pueden usar en mi contra».

«Eh, madero», dijo Doug con su voz aguda, «dime otra vez de qué se me acusa.»

«De robo con allanamiento. Por ser la primera condena, podrás obtener la condicional en un par de años.»

«Estoy listo para que me detenga, señor»

La siguiente detención se lleva a cabo en el porche de la casa de mi secretaria, Rosanne, el lugar acordado para recoger a Tom Thompson. Tom tenía la complexión de un novillo con su metro setenta y poco de alto y sus casi 80 kilos de puro músculo bajo su pelo cortado al rape. No creo que haya persona más práctica y directa que aquella especie de soldado de dieciocho años de edad. Cuando le preguntamos durante la entrevista: «¿Qué le gustaría estar haciendo dentro de diez años?», su respuesta fue sorprendente: «Lo que haga o dónde lo haga carece de importancia siempre que suponga aportar organización y eficiencia a las áreas de nuestro gobierno que sean desorganizadas e ineficientes».

Planes matrimoniales: «Sólo pensaré en casarme cuando haya logrado una posición económica sólida».

¿Psicoterapia, drogas ilegales, tranquilizantes, algún delito? «Nunca he cometido un delito. Aún recuerdo la experiencia que tuve a los cinco o seis años de edad cuando vi a mi padre tomar un dulce en una tienda para comérselo mientras compraba. Sentí vergüenza ajena.»

Para ahorrarse el dinero de un alquiler, Tom Thompson pasaba la noche en el asiento trasero de su coche, un lugar que ni era cómodo ni era adecuado para estudiar. Hacía poco había tenido que vérselas «con una araña que me había picado dos veces, una en el ojo y otra en el labio». No obstante, acababa de terminar un curso entero de la escuela de verano para ganar créditos. También trabajaba cuarenta y cinco horas a la semana en diversos trabajos y se alimentaba con la comida sobrante del comedor estudiantil para ahorrar y poder pagarse la matrícula del curso siguiente. Como fruto de tanta tenacidad y frugalidad, Tom pensaba graduarse seis meses antes de tiempo. Además, se mantenía en forma haciendo ejercicio en su tiempo libre, y parece que de tiempo libre andaba sobrado porque no salía con nadie ni tenía amigos íntimos.

Participar en el estudio de la prisión a cambio de dinero era el trabajo ideal para Tom, porque sus estudios y los trabajos de verano ya se habían terminado y necesitaba el dinero. Tres comidas decentes al día, una cama de verdad y alguna que otra ducha con agua caliente eran para él como ganar la lotería. Sin embargo, por encima de todo —y por encima de todos—, veía las dos semanas siguientes como unas vacaciones pagadas.

No había tenido tiempo de hacer muchas flexiones en el porche del 450 de Kingsley Street, donde estaba esperando para empezar a trabajar en nuestro experimento, cuando el coche patrulla se detuvo detrás de su Chevrolet del 65. A cierta distancia se hallaba el Fiat de Haney con el intrépido cámara que estaba filmando las últimas tomas en exteriores. Después de aquello haría algunas tomas en la comisaría y en nuestra prisión simulada. Bill ya tenía ganas de volver a la KRON con aquel vídeo de actualidad para el noticiario habitualmente insípido de los domingos por la noche.

«Me llamo Tom Thompson, señor. Estoy listo para que me detenga sin ofrecer resistencia.»

Bob no se fiaba de aquél; igual era un chiflado que quería probar lo que le habían enseñado en las clases de karate. Le puso las esposas de inmediato, antes de leerle los derechos, y el cacheo en busca de armas ocultas se lo hizo mucho más a fondo que a los demás porque no se fiaba ni un pelo de los tipos que no ofrecían ninguna resistencia. Era una actitud

demasiado chulesca, demasiado segura de sí misma para alguien que se enfrentaba a una detención; normalmente, era señal de alguna clase de trampa: o el tío tenía una pistola, o le iba a caer encima una acusación de detención ilegal, pero allí pasaba algo raro. «Yo no soy psicólogo», me dijo Joe más tarde, «pero hay algo en ese Thompson que me mosquea: me recuerda a uno de esos sargentos de instrucción, pero del enemigo.»

Por fortuna, aquel domingo no hubo en Palo Alto ni delitos ni gatos que bajar de los árboles que impidieran a Bob y a Joe terminar sus detenciones cada vez con más eficiencia. A primera hora de la tarde todos los reclusos habían sido detenidos y trasladados a nuestra cárcel, donde les esperaban con los brazos abiertos los que pronto iban a ser sus carceleros. Tras bajar por una corta escalera de cemento, aquellos jóvenes iban a dejar el paraíso soleado de Palo Alto para entrar en el sótano transformado de la facultad de psicología de Jordan Hall, en Serra Street. Para algunos, se convertiría en un descenso a los infiernos.

CAPÍTULO 3

Domingo: rituales de degradación

A medida que cada recluso es conducido con los ojos vendados por la escalera que se abre frente a Jordan Hall y que lleva a nuestra pequeña prisión, los carceleros le ordenan que se quite la ropa y que se quede de pie, desnudo, con las piernas abiertas y los brazos extendidos contra la pared. Le dejan en esa postura mucho tiempo: no le hacen caso porque están ocupados con tareas de última hora, como guardar las pertenencias de los reclusos en lugar seguro, arreglar sus propias habitaciones y colocar camas en las tres celdas. Antes de que cada prisionero reciba el uniforme, lo espolvorean con un supuesto insecticida para que no infeste la prisión de piojos. Por iniciativa propia, algunos carceleros empiezan a burlarse de los genitales de los reclusos diciendo que tienen el pene pequeño o que un testículo les cuelga más que el otro. ¡Cosas de tíos!

Aún con la venda puesta, a cada recluso se le da su uniforme; no es nada especial, una bata hecha de un tejido parecido a la muselina, de color café claro, con unos números cosidos delante y detrás. Los números los hemos comprado en una tienda de equipos para *boy scouts*. Una media de nailon sirve de gorro para cubrir el pelo largo de muchos de los reclusos. Sustituye al rapado de la cabeza que forma parte del ritual de bienvenida en el ejército y en algunas prisiones. Cubrir la cabeza también sirve para borrar uno de los principales rasgos de individualidad y aumenta el anonimato entre la casta de los reclusos. Luego, cada recluso recibe unas chancletas de goma y se le ata una cadena a un tobillo para que recuerde en todo

momento su situación incluso cuando duerma, cuando se dé la vuelta y la cadena choque contra el pie. Como no se les permite llevar ropa interior, los reclusos enseñan el trasero cuando se inclinan hacia adelante.

Cuando un recluso se ha vestido del todo los carceleros le quitan las vendas para que pueda ver su nuevo aspecto en el espejo de cuerpo entero que hay en la pared. Una foto hecha con Polaroid documenta la identidad del recluso en un formulario de ingreso donde en lugar de constar su nombre, consta el número que lleva cosido. La humillación de los reclusos ha empezado de la misma manera que empieza en muchas instituciones, como los campamentos de instrucción, las prisiones, los hospitales y los trabajos de mala muerte.

«No mováis la cabeza; no mováis los labios; ni las manos; ni los pies; no mováis nada. Y ahora callaos y quedaos donde estáis», grita el oficial de prisiones Arnett en su primera demostración de autoridad.[1] Tanto él como los otros carceleros del turno de mañana, J. Landry y Markus, ya han empezado a blandir las porras de forma amenazadora mientras los reclusos se desnudaban y se ponían el uniforme. Hacen formar en línea a los cuatro primeros reclusos para explicarles algunas reglas básicas que los carceleros y el subdirector habían acordado en la reunión del día anterior. «Como no me gusta que el subdirector me corrija en el trabajo», dice Arnett, «os diré lo que tenéis que hacer para que *no* tenga que corregirme. Escuchad estas reglas con atención. Debéis dirigiros a los otros reclusos por su número y sólo por su número. Y siempre que os dirijáis a un guardia le llamaréis "señor oficial de prisiones".»

Todos los reclusos que van llegando al patio reciben el mismo trato: se les despioja, se les equipa y se les obliga a situarse de pie contra la pared junto a sus compañeros mientras se les dictan las normas. Los carceleros procuran estar muy serios. «Algunos de vosotros ya sabéis las reglas, pero otros han demostrado que no saben cuáles son y tienen que aprenderlas.» Cada norma se dicta muy despacio, en un tono seco y autoritario. Los reclusos andan con la cabeza gacha, arrastrando los pies, mientras observan ese mundo nuevo y extraño. «Ponte derecho, número 7258. Los demás: los brazos a los lados.»

Arnett empieza a preguntar las normas a los reclusos de una manera exigente y crítica, poniendo mucho empeño en adoptar un tono serio y seco, al estilo militar. Su modo de hablar parece transmitir que se limita a cumplir con su trabajo, que no hay nada personal. Pero los reclusos van a su bola; hacen el ganso, se ríen, y no se lo toman en serio. Aún no se han metido en su papel de reclusos, de momento.

«¡Aquí no se ríe nadie!», ordena el carcelero J. Landry. Regordete y con el pelo rubio largo y enmarañado, Landry es casi un palmo más bajo que Arnett, un tipo alto y delgado de perfil aguileño, pelo rizado de color castaño oscuro y labios finos y apretados.

De repente entra en escena David Jaffe, el subdirector de la cárcel. «Todos firmes y contra la pared para la lectura completa de las normas», dice Arnett. Jaffe, que en realidad es uno de mis estudiantes de Stanford, es pequeño de estatura, no llega a metro setenta, pero parece más alto de lo normal porque anda muy erguido, con los hombros hacia atrás y la cabeza muy alta. Ya está muy metido en su papel de subdirector.

Observo lo que ocurre por una pequeña ventana cubierta de gasa, detrás de un tabique que oculta nuestra videocámara, un sistema de grabación en cinta Ampex y un diminuto espacio para que observen las visitas en el extremo sur del patio. Detrás de la gasa, y durante las siguientes dos semanas, Curt Banks y otros miembros del equipo grabarán lo que ocurra en momentos especiales como las comidas, los recuentos, las visitas de padres y amigos, la visita del capellán de la prisión y cualquier problema que se pueda producir. Como no tenemos fondos suficientes para grabarlo todo, hemos tenido que elegir. También es aquí desde donde nosotros y otros observadores podremos ver lo que ocurra sin que nadie se dé cuenta de que estamos grabando u observando. Sólo podremos observar y grabar lo que ocurra justo delante, en el patio.

Aunque no podemos ver lo que ocurre en las celdas, sí que podemos oírlo. Las celdas contienen micrófonos ocultos que nos permiten escuchar lo que dicen los reclusos. No saben que están detrás de unos apliques que dan luz indirecta. Esta información nos permitirá saber qué piensan y sienten cuando están a solas y qué se cuentan unos a otros. También nos permitirá saber si algún recluso está muy estresado y necesita una atención especial.

Me choca oír al subdirector Jaffe soltando un discurso y me sorprende verle vestido por primera vez con americana y corbata. En esta época hippy, la ropa que lleva es rara para un estudiante. Se retuerce nerviosamente su gran bigote a lo Sonny Bono mientras se va metiendo en su nuevo papel. Le he dicho a Jaffe que ése era el momento de que se presentara a los reclusos como subdirector. Se ha resistido un poco porque no es una persona muy expresiva; es más bien discreto, con una seriedad callada. Como estaba de viaje no ha tomado parte en los preparativos, pero pudo llegar ayer mismo, a tiempo para la sesión de orientación a los carceleros. Jaffe se siente un poco fuera de lugar, sobre todo porque Craig y Curt ya se han licenciado y él aún no. Puede que también se sienta incómodo porque es el más bajo de todo el equipo. Pero endereza la espalda y da una imagen de firmeza y seriedad.

«Como probablemente ya sabrán, soy el subdirector. Por una u otra razón, todos ustedes han demostrado ser incapaces de actuar correctamente en el mundo exterior. De algún modo, carecen del sentido de la responsabilidad que distingue a los buenos ciudadanos de este gran país. Nosotros, el personal penitenciario de esta prisión, vamos a ayudarles para que aprendan a ser ciudadanos responsables. Ya han oído las normas. Dentro de muy poco colgaremos una copia en cada celda. Esperamos que se las aprendan y las puedan repetir por su número. Si obedecen estas normas, se arrepienten de sus delitos y muestran una actitud correcta, nos llevaremos bien. Espero que no tengamos que vernos demasiado.»

A su alucinante improvisación le sigue una orden del oficial Markus, que toma la palabra por primera vez: «Dadle las gracias al subdirector por el magnífico discurso que os ha dado». Al unísono, los nueve reclusos gritan dando las gracias al subdirector, aunque sin mucho entusiasmo.

POR ESTAS NORMAS OS CONDUCIRÉIS

Ha llegado el momento de imponer cierta formalidad a la situación exponiendo a los reclusos el conjunto de normas que regirán su conducta durante las próximas semanas. Con las sugerencias de todos los carceleros,

Jaffe redactó las siguientes normas en una intensa sesión realizada ayer, al final de la destinada a orientar a los carceleros.[2]

El oficial Arnett habla de esta cuestión con el subdirector Jaffe y entre los dos deciden que sea Arnett, en lo que será su primer paso para hacerse con el mando del turno de mañana, quien lea en voz alta las diecisiete normas:

1. Los reclusos deberán guardar silencio durante los períodos de descanso, cuando se hayan apagado las luces, durante las horas de comida y siempre que salgan al patio de la prisión.
2. Los reclusos deberán comer durante las horas de comida y sólo durante las horas de comida.
3. Los reclusos deberán participar en todas las actividades de la prisión.
4. Los reclusos deberán mantener las celdas limpias, con las camas hechas y los efectos personales arreglados y ordenados. El suelo deberá estar impecable.
5. Los reclusos se abstendrán de mover, pintarrajear, manipular o dañar paredes, techos, ventanas, puertas o cualquier otra propiedad de la prisión.
6. Los reclusos se abstendrán de encender la iluminación de las celdas.
7. Los reclusos deberán dirigirse a los otros reclusos por su número y sólo por su número.
8. Cuando los reclusos se dirijan a un guardia siempre le llamarán «señor oficial de prisiones»; cuando se dirijan al subdirector de la prisión siempre le llamarán «señor oficial jefe de la prisión».
9. Los reclusos se abstendrán de describir su situación como un «experimento» o una «simulación». Permanecerán en situación de reclusión hasta que obtengan la libertad condicional.

«Ya estamos a mitad de camino. Espero que prestéis la máxima atención y que memoricéis todas y cada una de estas normas porque os las vamos a preguntar sin previo aviso», advierte el carcelero a los nuevos reclusos.

10. Los reclusos dispondrán de cinco minutos para ir al baño. Ningún recluso podrá volver al baño antes de transcurrida una hora desde el último período programado para ello. Las visitas al baño estarán supervisadas por guardias.
11. Fumar es un privilegio. Se podrá fumar después de las comidas o a discreción de los guardias. Los reclusos tienen terminantemente prohibido fumar en las celdas. Abusar del privilegio de fumar supondrá la suspensión permanente de este privilegio.
12. El correo es un privilegio. Todo el correo que entre y salga de la prisión será inspeccionado y censurado.
13. Las visitas son un privilegio. Los reclusos autorizados a recibir una visita se reunirán con ella en la puerta del patio. Cada visita estará supervisada por un guardia, que podrá darla por terminada cuando lo considere oportuno.
14. Los reclusos se pondrán de pie siempre que entre en el recinto el director de la prisión, el subdirector o cualquier visitante. Los reclusos no podrán sentarse o reanudar sus actividades hasta que se les ordene.
15. Los reclusos deberán obedecer en todo momento las órdenes de los guardias. La orden de un guardia siempre tendrá prioridad sobre cualquier norma escrita. Las órdenes del subdirector siempre tendrán prioridad sobre las órdenes de los guardias y las normas escritas. Las órdenes del director siempre tendrán prioridad sobre cualquier orden o norma.
16. Los reclusos deberán poner en conocimiento de los guardias cualquier incumplimiento de las normas.

«Y ahora viene la norma más importante, la que deberéis tener presente en todo momento: la norma número diecisiete», añade el oficial Arnett en un tono amenazador:

17. El incumplimiento de cualquiera de estas normas puede ser motivo de castigo.

Más adelante, el oficial J. Landry decide que también quiere un poco de marcha y vuelve a leer todas las reglas añadiendo un toque personal: «Los reclusos forman parte de la comunidad penitenciaria. Para que esta comunidad funcione sin problemas, vosotros, los reclusos, deberéis acatar las siguientes normas.»

Jaffe asiente con la cabeza; él también ve esta prisión como una comunidad que puede vivir en armonía si quienes dictan las normas y quienes las deben acatar mantienen una actitud razonable.

El primer recuento en ese extraño lugar

De acuerdo con el plan fijado por los carceleros en la reunión de orientación del día anterior, el oficial J. Landry reafirma su autoridad sobre los reclusos dándoles las instrucciones para realizar el primer recuento. «Atentos. Ahora, para que os familiaricéis con vuestros números, los diréis en voz alta de izquierda a derecha, y rapidito.» Los reclusos dicen en voz alta los números arbitrarios de tres o cuatro cifras que llevan cosidos en la parte delantera de las batas. «No ha ido mal, pero quiero veros en posición de firmes.» A regañadientes, los reclusos se ponen firmes. «Tú has tardado mucho en ponerte firme. Hazme diez flexiones.» (Las flexiones pronto van a ser un ingrediente básico de los métodos de control y de castigo de los carceleros). «¿Eso ha sido una sonrisa?», pregunta Jaffe. «La he visto desde aquí. Esto no tiene nada de gracioso, están ustedes metidos en un asunto muy serio.» Poco después, Jaffe se va del patio y viene a preguntarnos qué tal lo ha hecho en ésta su primera intervención. Casi al unísono, Craig, Curt y yo le damos una palmadita en el ego: «¡Muy bien, Dave, así se hace!».

Como en todas las prisiones, los recuentos cumplen la función administrativa de confirmar que todos los reclusos están presentes y que ninguno se ha fugado o se ha quedado en su celda enfermo o necesitado de atención. Pero, en nuestro caso, otro objetivo de los recuentos es que los reclusos se aprendan el número que constituye su nueva identidad. Queremos que empiecen a verse a sí mismos y a los demás como reclusos con números, no como personas con nombres. Será fascinante observar cómo se transforma con el tiempo la naturaleza de los recuentos, que de

consistir en una declaración rutinaria de los números pasará a ser un medio para que los carceleros reafirmen, a la vista de todos, su autoridad total sobre los reclusos. Recordemos que al principio del estudio los dos grupos de estudiantes eran intercambiables, pero a medida que se vayan metiendo en sus papeles veremos que los recuentos van reflejando con toda claridad la profunda transformación que experimentan.

Finalmente, se ordena a los reclusos que vayan a sus celdas para memorizar las normas y conocer a sus compañeros. Las tres celdas, que han sido diseñadas para destacar el anonimato ambiental de la vida en la prisión, en realidad son pequeños despachos de tres metros por cuatro. El mobiliario de oficina ha sido sustituido por tres catres situados uno al lado del otro. Por lo demás, las celdas carecen de cualquier otro mueble o utensilio salvo la celda 3, que contiene un lavabo y un grifo cuya llave de paso está cerrada y que los carceleros pueden abrir a voluntad: piensan premiar a los reclusos que consideren «buenos» asignándolos a esta celda especial. En lugar de las puertas de los despachos hemos colocado unas puertas negras hechas a medida que tienen una ventana central con barrotes; en cada puerta hemos pintado el número correspondiente a la celda.

Las celdas se distribuyen a lo largo de la pared derecha del patio según se mira desde nuestro puesto de observación, situado detrás de un tabique. El patio es un corredor largo y estrecho, de tres metros de ancho por unos doce de largo. No tiene ventanas y cuenta con unos fluorescentes que dan luz indirecta. La única vía de entrada y salida se halla en el extremo norte del corredor, frente a la pared del puesto de observación. Como sólo hay una salida, la junta de estudios con sujetos humanos de Stanford, que ha evaluado y aprobado nuestro estudio, nos ha obligado a colocar varios extintores (que, como veremos, se pueden usar como armas).

El sábado, los carceleros habían colgado unos letreros en las paredes del patio con el nombre de la prisión. Otro letrero prohibía fumar sin autorización y otro señalaba, en un tono amenazador, la situación de la celda de aislamiento, «el hoyo», un pequeño armario situado en la pared que daba frente a las celdas. Se usa para guardar papeles y las cajas que contiene apenas dejan un metro cuadrado de espacio. Los reclusos castigados por incumplir las normas serán encerrados allí el tiempo que los

carceleros crean oportuno. En aquel lugar tan estrecho y en total oscuridad, los reclusos sólo pueden estar de pie, en cuclillas o sentados en el suelo. Desde dentro se puede escuchar todo lo que pasa en el patio y, como veremos, también se puede oír demasiado bien a cualquiera que aporree la puerta.

Los reclusos son asignados a las celdas de una manera arbitraria: la celda 1 es para los reclusos 3401, 5704 y 7258; la 2 es para los reclusos 819, 1037 y 8612; y la 3 es para los reclusos 2093, 4325 y 5486. En cierto sentido, los reclusos de nuestra prisión se encuentran en una situación parecida a la de los prisioneros de guerra, que suelen ser apresados y encarcelados en grupo; en cambio, en una prisión normal, los reclusos recién llegados ya se encuentran con una comunidad de internos que se va renovando constantemente por los reclusos que llegan y los que salen en libertad.

En general, las condiciones de nuestra prisión eran mucho más humanitarias que las de la mayoría de las prisiones de guerra y, naturalmente, era mucho más cómoda y estaba mucho más limpia y ordenada que la galería 1A de la prisión de Abu Ghraib (que, por cierto, ya era conocida por las torturas y los asesinatos que se cometían en ella en la época de Saddam Hussein, mucho antes de que los soldados estadounidenses la pusieran de actualidad). No obstante, a pesar de su relativa «comodidad», la prisión de Stanford se acabaría convirtiendo en el escenario de unos maltratos que, de una manera muy inquietante, iban a presagiar los maltratos cometidos en Abu Ghraib años después por parte de policías militares estadounidenses.

Adaptación a los roles

Los carceleros tardaron un poco en meterse en su papel. Por los partes que se redactaban al final de cada uno de los tres turnos de ocho horas, sabemos que el oficial Vandy se sentía incómodo porque no sabía qué hacía falta para ser un buen carcelero y le habría gustado haber recibido más formación; no obstante, creía que ser amable con los reclusos era un error. El oficial Geoff Landry, el hermano pequeño de J. Landry, confesaba

haberse sentido culpable durante los humillantes rituales de degradación en los que los reclusos tenían que estar mucho tiempo desnudos y en posturas incómodas. Lamenta no haber intentado cambiar cosas que no le parecían bien. Pero en lugar de protestar se limitaba a irse del patio siempre que podía para no tener que verse envuelto en aquellas desagradables interacciones. El oficial Arnett, un estudiante de sociología de posgrado que era unos años mayor que los demás, no creía que la acogida dada a los reclusos tuviera el efecto deseado. Creía que la seguridad de su turno era inadecuada y que los otros carceleros eran demasiado blandos. Sólo con el breve contacto del primer día ya pudo distinguir a los reclusos «buenos» y a los que traerían problemas. También señalaba que el recluso 2093 —Tom Thompson— le daba mala espina, algo que el agente Joe ya nos había comentado durante su detención.

A Arnett le mosqueaba que Tom-2093 «obedezca con tanta diligencia todas las órdenes y normas»[3] (tanto era así que los otros reclusos acabaron dándole el apodo desdeñoso de «chusquero» precisamente por el aire militar con que obedecía todas las órdenes; como veremos más adelante, Tom introdujo en nuestra situación unos valores muy firmes que chocaban con los de los carceleros).

En cambio, para el recluso 819 toda aquella situación era «bastante divertida».[4] Describe el primer recuento como «una charlotada» y cree que algunos carceleros también lo veían así. El recluso 1037 había visto a todos los demás recibir el mismo trato humillante que él. Sin embargo, se negaba a tomárselo en serio. Le preocupaba más el hambre que empezaba a sentir porque había desayunado poco y aún no le habían dado nada para almorzar. Suponía que era otro castigo arbitrario de los carceleros a pesar de que la mayoría de los reclusos se habían portado bien. La verdad es que nos habíamos olvidado de preparar algo para almorzar porque las detenciones habían tardado más de la cuenta y todavía nos quedaban muchas cosas de las que ocuparnos, entre ellas una baja de última hora de uno de los estudiantes que tenía que hacer de carcelero. Por suerte, pudimos traer a un sustituto del grupo original de candidatos preseleccionados para el turno de tarde, el oficial Burdan.

El turno de tarde toma el relevo

Los carceleros del turno siguiente llegan antes de la hora prevista, las 6 de la tarde, para ponerse el uniforme, probarse las relucientes gafas de espejo y equiparse con silbatos, esposas y porras. Se presentan en la sala de oficiales, situada a unos pasos de la entrada del patio, en un corredor que también aloja los despachos del subdirector y del director, cada uno con su propio rótulo en la puerta. Los carceleros del turno de mañana saludan a sus nuevos colegas y les dicen que todo está bajo control, pero añaden que algunos reclusos pasan un poco de todo. Habrá que vigilarlos y meterlos en vereda. «No os preocupéis; cuando volváis mañana los veréis hechos unos corderillos», fanfarronea uno de los carceleros que acaba de llegar.

Por fin, a las siete en punto, se sirve la primera comida, que es muy frugal. Los reclusos se sientan a comer a una mesa que hay en el patio.[5] Sólo hay espacio para seis: los otros tres deberán esperar a que acaben los primeros para comer lo que quede. Al ver esto, el recluso 8612 intenta convencer a los demás para hacer una sentada en protesta por las condiciones «inaceptables» de la prisión, pero todos están demasiado hambrientos y cansados y no le hacen caso. El recluso 8612 es Doug Karlson, el «listillo» ácrata que había soltado alguna que otra insolencia a los polis que le habían detenido.

Con los reclusos ya en sus celdas, se les ordena que guarden silencio; los reclusos 819 y 8612 no hacen caso: hablan en voz alta y se ríen sin más consecuencias... por ahora. El recluso 5704, el más alto de todos, aún no ha dicho esta boca es mía, pero su adicción al tabaco le empieza a afectar y exige que le devuelvan el paquete de cigarrillos. Le dicen que tiene que *ganarse* el derecho a fumar siendo un buen recluso. 5704 discute en vano esta decisión diciendo que va contra las normas. Según el contrato que han firmado con nosotros, los participantes pueden dejar el experimento en cualquier momento, pero parece que a los contrariados reclusos se les ha olvidado. Podían haber amenazado con abandonar para mejorar sus condiciones o para acabar con los maltratos y las humillaciones que llegaron a soportar, pero no lo hicieron porque poco a poco, y sin darse cuenta, se fueron metiendo más y más en su papel.

La última tarea oficial del subdirector Jaffe para este primer día es explicar a los reclusos las llamadas «noches de visita», que pronto van a empezar. Les dice que todos los reclusos con amigos o familiares que vivan cerca pueden escribirles para que vengan a visitarlos. Les describe el procedimiento a seguir y entrega un lápiz, un sobre sellado y papel con el membrete de la prisión a quien se lo pide. Sólo tienen unos minutos para escribir las cartas y cuando acaban deben devolver el material. Jaffe deja muy claro que los carceleros pueden prohibir escribir cartas a quien no cumpla las normas, no se sepa su número o dé cualquier otro motivo para ello. Cuando los reclusos han escrito las cartas y las han entregado a los carceleros, se les ordena que salgan de sus celdas para el primer recuento del turno de tarde. Naturalmente, antes de enviar las cartas por correo las leemos por razones de seguridad y hacemos una copia para nuestros archivos. Más adelante veremos que el aliciente de las noches de visita y del correo se convierte en otro instrumento que los carceleros usan de una manera instintiva para reforzar su control sobre los reclusos.

Los recuentos adquieren un nuevo significado

Oficialmente, y en lo que a mí respectaba, los recuentos cumplían dos funciones: familiarizar a los reclusos con sus números y comprobar que todos estuvieran presentes al principio de cada turno. En muchas prisiones, los recuentos también se emplean para disciplinar a los reclusos. En nuestra prisión, el primer recuento se había realizado con normalidad y hasta diría que de una forma bastante inocente. Pero los recuentos de la noche y de primeras horas de la mañana se acabarían convirtiendo en un suplicio.

«¡Venga, chavales, que hay recuento! Seguro que nos lo pasamos muy bien», les dice el oficial Hellmann con una sonrisa burlona. El oficial Geoff Landry añade con rapidez: «Cuanto mejor lo hagáis, menos vamos a tardar». Los reclusos, agotados, se ponen en fila en el patio sin decir palabra, con gesto adusto, sin mirarse unos a otros. Ha sido un día muy largo y quién sabe qué más les espera antes de que, por fin, puedan echarse a descansar.

Geoff Landry toma el mando: «Daos la vuelta; y las manos contra la pared. ¡No quiero oír ni una palabra! ¿Queréis que nos pasemos así toda la noche? Porque de aquí no nos vamos hasta que lo hagáis bien. Venga, numeraos de uno en uno». Hellmann mete baza: «Quiero que lo hagáis deprisa y que se os oiga fuerte y claro». Los reclusos obedecen. «Yo no me he enterado; tendréis que volverlo a hacer. Tíos, lo habéis hecho muy lento; venga, empezad otra vez.» «Lo mismo digo», añade Landry, «habrá que repetirlo.» Cuando ya se han dicho algunos números, Hellmann grita: «¡Basta! ¿A eso le llamáis fuerte y claro? A lo mejor es que no me he explicado bien: he dicho que habléis *fuerte* y *claro*». «Vamos a ver si podéis contar hacia atrás. Venga, empezad por la otra punta», dice Landry en broma. «¡Eh! ¡Que no vuelva a oír ni una risa más!», dice Hellmann con brusquedad. «Estaremos aquí toda la noche hasta que lo hagáis como dios manda.»

Algunos reclusos se dan cuenta de que entre los dos carceleros, Hellmann y el menor de los Landry, se está dando una lucha de poder. El recluso 819, que hasta ahora no se ha tomado nada de esto en serio, empieza a reírse a carcajadas al ver que Landry y Hellmann se atropellan mutuamente. «¡Tú, 819! ¿Quién te ha dicho que puedes reírte? A lo mejor no me has oído bien.» Hellmann se enfada por primera vez. Se echa sobre el recluso y le empuja atrás con la porra. Landry les separa y ordena a 819 que haga veinte flexiones; el recluso obedece sin rechistar.

Hellmann regresa al centro del escenario: «Y ahora, los vais a *cantar*». Cuando los reclusos empiezan otra vez a numerarse, les interrumpe. «Os he dicho que los cantéis. A lo mejor, a los señores les aprietan demasiado las medias esas de la cabeza y no me pueden oír bien.» Sus palabras y sus técnicas de control se están haciendo más creativas. Se dirige al recluso 1037 porque desafina al cantar su número y le ordena dar veinte saltos abriendo las piernas y alzando los brazos. Cuando termina, Hellmann añade: «Me harás diez más, ¿verdad? Y esta vez procura que eso no suene tanto». Pero no hay forma de dar saltos sin que suene la cadena del tobillo: las órdenes son cada vez más arbitrarias y los carceleros disfrutan obligando a los reclusos a cumplirlas.

Aunque se lo pasan bien haciendo que los reclusos canten los números, los dos carceleros se quejan: «Esto no tiene ninguna gracia», «¡Bah!, no se puede hacer peor». «Venga, otra vez», les dice Hellmann. «Y quiero que cantéis de verdad, que suene *melodioso*». Uno tras otro, todos los reclusos acaban haciendo flexiones por ser demasiado lentos o por poner poco entusiasmo.

En cuanto Hellmann y Landry ven entrar el subdirector acompañando a Burdan, el carcelero suplente, hacen que los reclusos digan en voz alta los números que llevan en la bata en lugar de numerarse como han estado haciendo hasta ahora, por el sitio que ocupan en la fila, del uno al nueve, algo que no tiene sentido desde el punto de vista oficial. Pero ahora Hellmann les dice que no pueden mirarse el número para decirlo porque a estas alturas ya tendrían que habérselo aprendido. Cuando alguno se equivoca todos tienen que hacer una docena de flexiones. Compitiendo con Landry por el dominio de la jerarquía, Hellmann actúa de una forma aún más arbitraria: «No me gusta cómo contáis cuando vais hacia *abajo*. Quiero que contéis cuando vayáis hacia *arriba*. 5486, hazme diez flexiones más». Los reclusos cumplen las órdenes cada vez con más rapidez. Pero esto hace que los carceleros les exijan cada vez más. Hellmann: «Bueno, ahí habéis estado bien. Y ahora, a cantarlos. Tíos, está claro que cantando no os ganaréis la vida; sonáis fatal». Landry: «Para mí que no siguen bien el ritmo. Venga, que suene melodioso y agradable, que dé gusto oírlo». 819 y 5486 se lo siguen tomando todo a broma pero, curiosamente, obedecen cuando los carceleros les castigan haciéndoles dar saltos.

El carcelero que acaba de llegar, Burdan, se mete en harina aún más deprisa que los otros, pero es que antes ha tenido la oportunidad de observar cómo actuaban. «¡Eso ha estado bien! Venga, así me gusta. ¡3401, sal aquí y haz de solista, cántanos tu número!» Burdan va más lejos que sus colegas y saca al recluso a rastras de la fila para que cante delante de los demás.

El elegido es el recluso Stew-819. Le ordenan que cante una y otra vez, pero nunca encuentran su canto «lo bastante melodioso». Los carceleros no paran de burlarse: «¡Lo mal que canta el tío!», «A mí ya me duelen los oídos», «Venga, diez veces más». A Hellmann le gusta ver que Burdan actúa como un carcelero más, pero no piensa dejar que ni él ni

Landry lleven la voz cantante. Ordena a los reclusos que digan en voz alta el número del recluso que tienen al lado. Si no lo saben, que es lo que ocurre casi siempre, ordena más flexiones.

«5486, pareces cansado. ¿No lo sabes hacer mejor? Pues venga, cinco más.» A Hellmann se le ha ocurrido una idea para que Jerry-5486 no se olvide de su número: «Primero me haces *cinco* flexiones, luego *cuatro* saltos, luego *ocho* flexiones más y después otros *seis* saltos. ¡A ver si así te enteras de cuál es tu número!». En sus castigos cada vez hay más inventiva: la maldad creativa empieza a asomar.

Landry se aleja hasta el final del patio, al parecer cediendo el mando a Hellmann. En cuanto lo hace, Burdan ocupa su lugar, pero en vez de competir con Hellmann le apoya repitiendo sus órdenes o enriqueciéndolas con más detalles. Pero Landry no ha terminado. Vuelve y ordena hacer otro recuento. No satisfecho con el resultado, ordena a los nueve reclusos, que ya están muy cansados, que se numeren de dos en dos, de tres en tres, de cuatro en cuatro... Está claro que no es tan creativo como Hellmann, pero no deja de competir con él. El recluso 5486 se equivoca y Landry le ordena hacer más y más flexiones. Hellmann mete baza: «Os diría que os numereseis de siete en siete, pero ya sé que no dais para tanto; venga, venid y tomad las mantas». Landry intenta seguir: «Un momento, quietos ahí. Las manos contra la pared». Pero Hellmann va a lo suyo y, en una muestra de autoridad, pasa de Landry y da permiso a los reclusos para que tomen las sábanas y las mantas, se hagan la cama y se queden en las celdas hasta nuevo aviso. Hellmann, que se ha hecho cargo de las llaves, los encierra.

Los primeros atisbos de rebelión

Al final de su turno, y mientras sale del patio, Hellmann grita a los reclusos: «¿Qué tal, señores, les han gustado los recuentos?». «¡No, señor!» «¿Quién ha dicho eso?» El recluso 8612 reconoce que ha sido él, diciendo que le han educado para no decir mentiras. Los tres carceleros se precipitan hacia la celda 2 y agarran a 8612, que saluda con el puño en alto mientras grita: «¡El poder para el pueblo!». Lo encierran en el hoyo, lo que le confiere el dudoso honor de ser su primer ocupante. Los carceleros

demuestran estar totalmente unidos en torno a un principio: no van a tolerar ni la más mínima protesta. A continuación, Landry repite la pregunta de Hellmann. «Otra vez, ¿habéis disfrutado con los recuentos?». «Sí, señor.» «Sí señor, ¿qué?» «Sí, señor oficial de prisiones.» «Así está mejor.» Puesto que nadie más está dispuesto a cuestionar abiertamente su autoridad, los tres *sheriffs* se acercan a la puerta en formación, como si desfilaran. Antes de salir, Hellmann dirige la mirada a la celda 2 para recordar a sus ocupantes: «Quiero ver esas camas bien hechas». Más adelante, el recluso 5486 dijo que se había sentido muy abatido cuando metieron en el hoyo a 8612. También se sentía culpable por no haber intervenido. Pero racionalizaba su conducta diciendo que no quería que le acabaran encerrando a él y que aquello «no era más que un experimento».[6]

Antes de que se apaguen las luces, a las diez en punto de la noche, los reclusos tienen la última oportunidad de ir al lavabo. De uno en uno, o de dos en dos, son conducidos al lavabo con los ojos vendados, pero les hacen seguir un recorrido que pasa por una sala de calderas muy ruidosa para que se desorienten y no sepan dónde está el lavabo ni dónde están ellos. Más adelante, este procedimiento tan poco eficiente se va a simplificar y todos los reclusos harán en grupo un recorrido que a veces incluirá un trayecto en ascensor para confundirlos más.

A las primeras de cambio, el recluso Tom-2093 dice que necesita más tiempo del permitido porque está muy nervioso y no puede orinar. Los carceleros se niegan, pero los otros reclusos se unen e insisten en que le den el tiempo necesario. «Había que dejar claro que había unos límites», diría más tarde en tono desafiante el recluso 5486.[7] Pequeños incidentes como éste se pueden ir sumando para dar a los reclusos una identidad colectiva que les permite verse como algo más que un grupo de personas que intentan sobrevivir cada uno por su lado. Para «el rebelde», Doug-8612, estaba claro que los carceleros representaban su papel y que no actuaban en serio, pero cree que «se pasaban de la raya». Seguirá con sus intentos de organizar a los otros reclusos para que tengan más poder. En cambio, Hubbie-7258, nuestro recluso favorito, confesó más adelante: «Cuanto más avanzaba el

día, más deseaba que me hubiera tocado ser carcelero».[8] Como es lógico suponer, a ningún carcelero se le ocurrió desear que le hubiera tocado ser un recluso.

Otro recluso rebelde, el número 819, expresaba lo que sentía en la carta donde pedía a su familia que viniera a visitarle. A modo de posdata, había añadido: «¡El pueblo oprimido al poder, la victoria ya se acerca! ¡En serio, como prisionero, no podría estar mejor que aquí!».[9] Mientras juegan a cartas en la sala de oficiales, los carceleros del turno de tarde y el subdirector idean un plan para que el primer recuento del turno de noche sobresalte a los reclusos. Poco antes de acabar el turno, los carceleros se acercarán a las puertas de las celdas y despertarán a los internos haciendo sonar los silbatos a pleno pulmón. Esto, además de despertar de golpe a los reclusos, hará que los carceleros del turno entrante se metan de lleno en su papel. A Landry, Burdan y Hellmann les gusta el plan y, mientras siguen jugando, hablan de lo que pueden hacer para actuar mejor como carceleros la tarde siguiente. Hellmann cree que todo aquello «es una comedia». Ha decidido que a partir de ahora será «un cabronazo», que va a «desempeñar un papel más dominante» y que va a gastar «novatadas» como se hace con los reclutas o como las que salen en *La leyenda del indomable*.[10]

Burdan se halla en una posición delicada porque en el turno de tarde se encuentra en medio de los otros dos carceleros. Geoff Landry ha empezado con fuerza, pero a medida que avanzaba la tarde ha ido aceptando las ideas creativas de Hellmann hasta que ha acabado cediendo. Más adelante, Landry acabará haciendo el papel de «carcelero bueno» será amable con los internos y no hará nada que los degrade. Si Burdan se aliara con Landry, entre los dos podrían reducir el protagonismo de Hellmann. Pero si se pusiera del lado del «tipo duro», el que desentonaría sería Landry y el turno podría acabar tomando una dirección más bien siniestra. Burdan escribió en su diario que se sintió preocupado cuando le llamaron de repente a las 6 de la tarde para que se presentara de inmediato en la prisión.

Cuando se puso aquel uniforme de estilo militar se sintió de lo más tonto porque no pegaba ni a tiros con la mata de pelo negro que le cubría la cabeza y la cara, y no le gustaba la idea de que los reclusos pudieran reírse de él. Decidió no mirarles a los ojos, ni sonreír, ni tomarse la situación

como un juego. Hellmann y Landry se veían muy seguros de sí mismos en sus papeles, pero él era incapaz de actuar así. Los consideraba «unos veteranos», aunque habían empezado unas horas antes que él. Lo que más le gustaba del uniforme era la porra por la sensación de seguridad y de poder que sentía al arrastrarla contra los barrotes de las celdas, al aporrear la puerta del hoyo, o haciéndola chocar contra la palma de la mano, un gesto que acabaría siendo característico de él. La charla con sus nuevos compañeros al acabar el turno le hizo sentirse como antes, no como un carcelero ebrio de poder. Sin embargo, dio ánimos a Landry diciéndole que todos debían actuar como un equipo para mantener a los reclusos a raya y no tolerar ninguna rebeldía.

Silbatos a pleno pulmón a las 2:30 de la madrugada

El turno de noche empieza a las dos de la madrugada y termina a las diez de la mañana. Los carceleros de este turno son Andre Ceros, otro joven melenudo y con barba, y Karl Vandy. Recordemos que Vandy ha ayudado a los del turno de mañana a trasladar a los reclusos de la comisaría a la prisión, por lo que empieza el turno bastante cansado. Al igual que Burdan, tiene una cabellera larga y lisa. El otro carcelero del turno, Mike Varnish, tiene la complexión de un delantero de rugby: es robusto y musculoso pero más bajo que los otros dos. Cuando el subdirector les dice que habrá un despertar sorpresa para anunciar el cambio de turno, los tres están encantados de empezar a lo grande con todo ese estrépito.

Los reclusos duermen profundamente. Se oyen algunos ronquidos en las celdas oscuras y estrechas. De repente, el silencio se hace añicos. Suenan unos silbatos a pleno pulmón y hay voces que gritan: «¡Todo el mundo arriba!», «¡Arriba, que toca recuento!», «Venga, bellos durmientes, a ver si sabéis contar». Los reclusos, aturdidos, se ponen en fila contra la pared y se van numerando mecánicamente, mientras los tres carceleros se turnan inventando nuevas formas de hacer el recuento. Las enumeraciones y las correspondientes tandas de flexiones y saltos siguen sin parar durante una hora agotadora. Al final, se ordena a los reclusos que vuelvan a la cama unas horas más, hasta el toque de diana. Más adelante, algunos dijeron que

se sintieron sorprendidos, exhaustos e irritados y que empezaron a tener por primera vez la sensación de distorsión del tiempo. Otros admitieron que en aquel momento pensaron en abandonar.

El oficial Ceros, que al principio se encontraba incómodo con el uniforme, le encuentra el gusto a llevar esas gafas plateadas de cristales reflectantes. Dice que le dan «una fuerte sensación de autoridad». Pero el estruendo de los silbatos retumbando en aquel sótano oscuro le asusta un poco. Se considera demasiado blando para ser un carcelero e intenta ocultar las ganas de reír tras una «sonrisa sádica».[11] Llegó a pasarse un poco elogiando las sádicas propuestas del subdirector para hacer los recuentos. Varnish dijo más tarde que sabía que le costaría ser un carcelero y que se fijaba en los demás para saber cómo actuar en aquella situación, algo que hacemos casi todos cuando nos hallamos en una situación extraña. Creía que la principal tarea de los carceleros era contribuir a crear un entorno donde los reclusos perdieran su identidad y adquirieran otra nueva.

Algunas observaciones y preocupaciones iniciales

En las notas que escribí entonces me planteaba una serie de cuestiones en las que centrar nuestra atención en los días siguientes: esta crueldad arbitraria de los carceleros, ¿irá siempre en aumento o llegará a un punto de equilibrio? Cuando los carceleros se vayan a casa y reflexionen sobre lo que han hecho aquí, ¿sentirán algo de arrepentimiento o de vergüenza por sus excesos y actuarán de una manera más amable? ¿La agresividad verbal puede ir en aumento e incluso desembocar en el uso de la fuerza? Los carceleros sólo llevan ocho horas aquí y ya se han metido con los reclusos por puro aburrimiento. ¿Cómo van a combatir el tedio a medida que avance el experimento? ¿Y los reclusos? ¿Cómo combatirán el tedio de vivir en este régimen de prisión las veinticuatro horas del día? ¿Podrán mantener algo de dignidad? ¿Se unirán para defender sus derechos o se someterán por completo a los carceleros? ¿Cuánto tiempo tardará el primer recluso en decidir que ya ha tenido bastante y que deja el experimento? ¿Provocará un

efecto en cascada y le seguirán otros? Hemos visto unos estilos muy diferentes entre el turno de mañana y el de tarde. ¿Cómo será el turno de noche?

Es evidente que a los estudiantes les cuesta un poco meterse en su papel. Todavía existe la clara sensación de que esto es un experimento sobre la vida en prisión, que no es una prisión real. Puede que no superen esta barrera psicológica, que nunca se sientan encerrados en un lugar del que no pueden salir a voluntad. ¿Cómo podemos esperar este resultado de algo que a todas luces es un experimento a pesar del realismo de las detenciones? En la sesión de orientación a los carceleros del sábado intenté que vieran este lugar como una prisión en el sentido de que reproducía la funcionalidad psicológica de las prisiones reales. Les describí los estados mentales que caracterizan las experiencias de los reclusos y de los carceleros que había aprendido de nuestro asesor de prisiones, Carlo Prescott, el ex presidiario, y del curso de verano que habíamos impartido sobre la psicología del encarcelamiento. Me preocupaba haberles podido dar demasiadas instrucciones y que se limitaran a comportarse según lo esperado en lugar de interiorizar gradualmente su papel mediante sus experiencias en la prisión. De momento parecía que su conducta era bastante variada y que no seguía un guión preestablecido.

Éstas eran las cosas que me pasaban entonces por la cabeza. Pero antes de seguir será mejor que explique al lector cómo se desarrolló la sesión de orientación.

La sesión de orientación a los carceleros del sábado

Como preparación para el experimento, nuestro personal se entrevistó con la docena de estudiantes que iban a hacer de carceleros para explicarles los objetivos, darles a conocer sus tareas y proponerles maneras de controlar a los reclusos sin necesidad de recurrir a la fuerza. Nueve de los carceleros habían sido asignados al azar a los tres turnos y los otros tres serían reservas o suplentes por si surgía algún contratiempo. Después de que les resumiera por qué estábamos interesados en un estudio de la vida en prisión, el subdirector David Jaffe les describió algunos de los

procedimientos y deberes de los carceleros mientras Craig Haney y Curt Banks, en calidad de asesores psicológicos, les daban información detallada sobre las detenciones del domingo y sobre el acomodo de los reclusos cuando llegaran a nuestra prisión.

Al explicarles el objetivo del experimento les dije que, en mi opinión, todas las prisiones eran metáforas materiales de la pérdida de libertad que todos sentimos de distintas maneras y por razones diferentes. Como psicólogos sociales, queríamos entender las barreras psicológicas que crean las prisiones entre las personas. Naturalmente, lo que se podía conseguir con un experimento que se basaba en una «prisión simulada» tenía unos límites. Los reclusos sabían que sólo estarían encarcelados durante el período relativamente corto de dos semanas, a diferencia de los años que suelen pasarse en prisión los verdaderos reclusos. También sabían que había unos límites a lo que se les podría hacer en el experimento; en cambio, en las prisiones de verdad los reclusos pueden ser apaleados, recibir descargas eléctricas, incluso ser violados y asesinados. Dejé muy claro que de ningún modo se podría maltratar físicamente a nuestros «reclusos».

También dejé claro que, a pesar de estas restricciones, queríamos crear una atmósfera psicológica que reflejara de algún modo las características esenciales de muchas prisiones.

«No podremos maltratarlos ni torturarlos físicamente», les dije. «Pero podemos crear aburrimiento. Podemos crearles una sensación de frustración. Hasta cierto punto, podemos hacer que sientan miedo. Les podemos hacer sentir que su vida está gobernada por la arbitrariedad, que están bajo el control del sistema, es decir, de vosotros, de mí, de Jaffe. No tendrán intimidad, estarán bajo constante vigilancia: no pasará inadvertido nada de lo que hagan. No tendrán libertad de acción. No podrán hacer ni decir nada que no les dejemos hacer. Vamos a despojarles de su individualidad de distintas maneras. Llevarán un uniforme y nunca se les llamará por su nombre, sino por el número que llevará cada uno. Todo esto tendría que crear en ellos una sensación de impotencia. Se verán en una situación donde nosotros tenemos todo el poder y ellos no tienen nada. La pregunta que plantea este estudio es: ¿qué harán para intentar obtener poder,

para recobrar alguna medida de individualidad, de libertad, de intimidad? Dicho de otro modo, ¿actuarán en contra nuestra para poder recobrar parte de lo que poseen ahora, cuando aún están en libertad?»[12]

Señalé a los futuros carceleros que, seguramente, los reclusos iban a pensar que todo aquello era «una comedia», que nos tocaba a nosotros, como personal de la prisión, provocar en ellos el estado psicológico necesario mientras durara el estudio. Teníamos que hacerles sentir como si fueran verdaderos reclusos; nunca deberíamos referirnos a la situación como un estudio o un experimento. Tras responder a varias preguntas que me hicieron, les expliqué que serían asignados a los tres turnos de acuerdo con sus preferencias pero que en cada turno debía haber tres carceleros. Les dije que el turno de tarde parecía el menos apetecible a primera vista, pero que seguramente sería el más fácil porque los reclusos estarían durmiendo la mayor parte del tiempo. «Habrá relativamente pocas cosas que hacer, pero no podréis dormir. Tendréis que estar atentos por si planean algo.» En efecto, creía que el turno de tarde sería el más plácido, pero me equivoqué: fue el que acabó trabajando más y el que más maltrató a los reclusos.

Debo repetir una vez más que mi interés inicial se centraba más en los reclusos y en su adaptación a aquella situación carcelaria que en los carceleros. Los carceleros eran una especie de comparsas cuya función era ayudar a crear en los reclusos la sensación de estar encarcelados. Creo que esta perspectiva se debía a mis orígenes humildes, que hacían que me identificara más con los reclusos. Y está claro que estuvo influida por mi contacto personal con Prescott y con otros ex presidiarios que había conocido hacía poco. Por lo tanto, el objetivo de mi charla de orientación era inculcar en los carceleros una «mentalidad carcelaria» esbozando los principales procesos situacionales y psicológicos que actúan en una prisión típica. Con el tiempo pudimos ver que la conducta de los carceleros era tan interesante como la de los reclusos y a veces incluso más. ¿Habríamos obtenido el mismo resultado sin esta orientación, si hubiéramos dejado que sólo actuaran el contexto y los roles? Como veremos, a pesar de estas instrucciones, los carceleros hicieron poco al principio para crear aquellas sensaciones negativas en los reclusos. Hizo falta tiempo para que sus roles y

las fuerzas de la situación los transformaran gradualmente hasta el punto de maltratar a los reclusos, una maldad de la que yo fui responsable en última instancia por haber creado aquella prisión.

Visto de otra manera, los carceleros no habían recibido una instrucción formal para actuar como tales: básicamente se les dijo que mantuvieran el orden, que no dejaran escapar a los reclusos y que nunca usaran la fuerza contra ellos, y se les dio una orientación general sobre los aspectos negativos de la psicología del encarcelamiento. Es un procedimiento similar al que usan las instituciones penitenciarias con los guardias que tienen una formación limitada, con la única diferencia de que ellos sí están autorizados para usar la fuerza cuando sea necesario. El conjunto de normas dadas a los reclusos por el subdirector y por los carceleros, y las instrucciones que di a los carceleros en la sesión de orientación, representaban las contribuciones del Sistema a la creación de unas condiciones situacionales de partida que ponían en duda los valores, las actitudes y la personalidad que los participantes aportaban a aquel escenario tan especial. Pronto veremos cómo se resolvió el conflicto entre el poder de la situación y el poder de la persona.

Oficiales
Turno de mañana: de 10 a 18 horas
Arnett,
Markus,
Landry (John)

Turno de tarde: de 18 a 02 horas
Hellmann,
Burdan,
Landry (Geoff)

Turno de noche: de 02 a 10 horas
Vandy,
Ceros,
Varnish

Oficiales de reserva
Morismon, Peters

Reclusos
Celda Nº 1
3401-Glenn
5704-Pau
7258-Hubbie

Celda Nº 2
819-Stewart
1037-Rich
8612-Doug

Celda Nº 3
2093-Tom («chusquero»)
4325-Jim
5486-Jerry

CAPÍTULO 4

Lunes: los reclusos se rebelan

Es lunes, un día monótono y pesado para todos tras un primer día demasiado largo y una noche que parecía interminable. Pero los silbatos vuelven a sonar con fuerza despertando a los reclusos de golpe a las seis de la mañana. Salen de las celdas dando tumbos, con cara de sueño, arreglándose la bata y la media que les sirve de gorro, desenredando la cadena que llevan atada al tobillo. Todos presentan un aspecto huraño. Más adelante, el recluso 5704 nos dijo que era muy deprimente encarar aquel nuevo día sabiendo que tendría que enfrentarse «otra vez a la misma mierda, o algo peor».[1]

El oficial Ceros les levanta la cabeza uno a uno, sobre todo al recluso 1037, que deambula como un sonámbulo. Les empuja los hombros hacia atrás para que adopten una postura erguida y endereza a la fuerza a los que siguen con los hombros caídos. Es como una madre que prepara a sus hijos adormilados para el primer día de escuela, sólo que un poco más brusco. Es la hora de repasar las normas y de hacer los ejercicios matutinos antes de que se sirva el desayuno. Vandy toma el mando: «Venga, vamos a enseñaros las normas hasta que os las sepáis de memoria».[2] Su energía es contagiosa y Ceros empieza a recorrer la fila de reclusos blandiendo la porra, pero pierde enseguida la paciencia y se pone a gritar: «¡Venga, venga!», porque los reclusos no repiten las reglas con bastante rapidez. Ceros da golpecitos con la porra contra la palma de la mano, con ese *pac, pac* que señala una agresividad contenida.

Vandy repasa las instrucciones para ir al lavabo durante varios minutos, repitiéndolas muchas veces hasta que los reclusos satisfacen sus exigencias y repiten lo que les ha dicho sobre el uso del retrete, el tiempo asignado para ello y la obligación de usarlo en silencio. «Parece que al 819 le hace gracia. Puede que tengamos algo especial para él.» El oficial Varnish se mantiene a distancia sin hacer nada. Ceros y Vandy intercambian sus papeles. El recluso 819 sigue sonriendo y hasta suelta una carcajada ante tanto disparate. «No le veo la gracia, 819.»

El oficial Markus se turna con Ceros para leer las normas a los reclusos. Ceros: «¡Que suene más alto! Los reclusos deberán poner en conocimiento de los oficiales cualquier incumplimiento de las normas». Obligan a los reclusos a cantar las normas, pero después de tantas repeticiones es evidente que se las han aprendido. Luego vienen las instrucciones sobre el correcto mantenimiento de los catres al estilo militar. «A partir de ahora plegaréis las toallas y las dejaréis bien puestas al pie de vuestra cama. Bien puestas, no tiradas por ahí, ¿queda claro?», dice Vandy.

El recluso 819 empieza a dar guerra. Deja de hacer los ejercicios y se niega a seguir y los demás también se paran. Un carcelero le dice a 819 que continúe y éste obedece para no perjudicar a sus camaradas.

«Un detalle muy majo, 819; pero del hoyo no te libras», le dice Vandy. 819 entra en la celda de aislamiento con aire desafiante.

Mientras se pasea arriba y abajo frente a la fila de los reclusos, el oficial Karl Vandy, que es muy alto, empieza a tomarle el gusto a la sensación de dominio.

«Muy bien, ¿qué tal estamos hoy?» Se oyen murmullos como respuesta.

«Más alto. ¿Estáis todos felices y contentos?»

«Sí, señor oficial de prisiones.»

Varnish, que intenta meter baza y hacerse el chuleta, pregunta: «¿Es que no estáis todos contentos y felices? A vosotros dos no os he oído».

«Sí, señor oficial de prisiones.»

«4325, ¿qué tal estamos hoy?»

«Bien, señor oficial de...»

«No. ¡Estamos *de maravilla*!»

«Sí, señor oficial de prisiones.»

Empiezan a gritar: «Estamos de maravilla, señor oficial de prisiones».

«4325, ¿qué tal estamos hoy?»

«Pues bien.»

Vandy: «No. ¡Estamos *de maravilla*!»

«Sí, señor. Estamos de maravilla.»

«¿Y tú, 1037?»

1037 responde en un tono sarcástico: «Pues estamos... ¡*De maravilla*!».

Vandy: «Así me gusta. Venga, volved a vuestras celdas y dejadlas arregladas en tres minutos. Luego quedaos firmes al pie de vuestra cama». Da instrucciones a Varnish para que inspeccione las celdas. Tres minutos después, los carceleros entran en las celdas para inspeccionarlas al estilo militar mientras los reclusos están en posición de firmes al pie de sus camas.

Se empieza a cocer la rebelión

Está claro que los reclusos se sienten frustrados por tener que soportar las «gracias» de los carceleros. Además, tienen hambre y aún acusan la falta de descanso. Pero cumplen la orden y hacen las camas bien, aunque no lo bastante bien para Vandy.

«¿A eso le llamas tú una cama bien hecha, 8612? Esto es un desastre. Vuelve a hacerla como dios manda.» Mientras lo dice, arranca la ropa de la cama y la tira al suelo. En una reacción casi refleja, 8612 le espeta: «¡Coño, tío, que la acabo de hacer!».

La respuesta pilla a Vandy desprevenido, que empuja al recluso y le da un puñetazo en el pecho mientras grita pidiendo refuerzos: «¡Oficiales, emergencia en la celda 2!».

Los carceleros rodean a 8612 y lo encierran a empujones en el hoyo, donde se une al recluso 819, que estaba ahí sentado tan tranquilo y en silencio. Nuestros dos rebeldes empiezan a tramar una revuelta en aquel antro oscuro y estrecho. Pero cuando los demás van al lavabo de dos en dos, ellos no pueden ir. La necesidad de orinar no tarda mucho en hacerse

dolorosa y deciden no armarla enseguida y esperar mejor ocasión. Curiosamente, el oficial Ceros nos dijo más adelante que cuando estaba solo con un recluso al ir o volver del lavabo le era difícil mantenerse en el papel de carcelero. Él y la mayoría de los otros carceleros dijeron que actuaban con más dureza y eran más exigentes con los reclusos cuando iban al lavabo porque al salir de la prisión propiamente dicha tendían a tomarse las cosas con más calma. Cuando se hallaban a solas con un recluso les era más difícil hacer el papel de carceleros duros. También les daba cierta vergüenza que unos adultos como ellos tuvieran que vigilar un lavabo.[3]

El dúo rebelde del hoyo también se pierde el desayuno, que se sirve puntualmente a las ocho de la mañana, en el patio. Algunos comen sentados en el suelo y otros de pie. Violan la norma de «no hablar» preparando una huelga de hambre para reforzar la solidaridad entre los reclusos. También acuerdan exigir varias cosas para comprobar su poder, como que les devuelvan las gafas, los medicamentos y los libros y no tener que hacer los ejercicios. Reclusos que hasta ahora han guardado silencio, como el 3401, el único de origen asiático, se sienten más animados a participar.

Después del desayuno, los reclusos 7258 y 5486 ponen a prueba el plan negándose a obedecer la orden de regresar a sus celdas. Los tres carceleros los hacen entrar en ellas a empujones. En otras circunstancias, esta desobediencia les habría costado un buen rato en el hoyo, pero se libran porque sólo hay espacio para dos personas. En aquella creciente algarabía, me asombra oír a los reclusos de la celda 3, que se ofrecen como voluntarios para fregar los platos. Esto concuerda con la actitud en general cooperadora de su compañero de celda, Tom-2093, pero choca totalmente con la postura de sus compañeros, que están planeando una rebelión. Puede que con ello esperen enfriar los ánimos, calmar un poco la tensión.

Con la curiosa excepción de los reclusos de la celda 3, los demás están empezando a desmadrarse. Los tres carceleros deducen que los reclusos provocan este alboroto porque los ven demasiado blandos y deciden que ha llegado el momento de actuar con más mano dura. Primero, establecen un período de trabajo matinal que consistirá en fregar a fondo las paredes y los suelos. Luego, en la primera pincelada creativa de su venganza, quitan las mantas de las camas de las celdas 1 y 2, las sacan fuera del edificio y las

arrastran por la maleza para llenarlas de cadillos. Salvo que a los reclusos no les molesten los pinchos de los cadillos, tendrán que pasarse una hora o más despegándolos uno a uno si quieren usar las mantas. El recluso 5704 se pone hecho una furia, protestando a gritos por la estupidez sin sentido de esta faena. Pero precisamente ahí está la gracia. Las tareas arbitrarias y sin sentido son componentes necesarios del poder del carcelero. Los carceleros quieren castigar a los rebeldes y, al mismo tiempo, provocar una conformidad incondicional. Tras negarse de entrada, el recluso 5704 recapacita pensando que quedará bien con el oficial Ceros y que se ganará un cigarrillo, y empieza a despegar uno por uno los centenares de cadillos adheridos a su manta. Todo este incidente ha girado en torno al orden, el control y el poder, en torno a quién los tiene y quién los quiere.

El oficial Ceros pregunta: «En esta prisión no nos falta de nada, ¿verdad?».

Los reclusos mascullan palabras de asentimiento.

«No me puedo imaginar un lugar mejor, señor oficial de prisiones», responde alguien desde la celda 3.

Pero el recluso 8612, que acaba de salir de la celda de aislamiento y ha regresado a la celda 2, responde de una manera un tanto diferente: «Anda y *que te den por culo,* señor oficial de prisiones». La única respuesta es ordenarle que cierre el pico y no diga palabrotas.

Me doy cuenta de que éste es el primer taco que se ha oído hasta ahora. Esperaba que los carceleros dijeran muchos para dejar claro su rol de «machos», pero no lo han hecho. Sin embargo, Doug-8612 no duda en soltar tacos a diestra y siniestra.

Oficial Ceros: «Eso de estar al mando era una sensación extraña. Tenía ganas de gritar que todos éramos iguales. Pero, en cambio, hice que los reclusos se gritaran unos a otros: "¡Sois un hatajo de imbéciles!". Cuando vi que se lo gritaban una y otra vez porque yo se lo mandaba, no me lo podía creer».[4]

Vandy añadió: «Me encontré actuando como un carcelero. Y no me disculpé por ello; al contrario, me hice mucho más mandón. Los reclusos se rebelaban y quería castigarles por habernos desmontado el sistema».[5]

El siguiente conato de rebelión surge de un pequeño grupo de reclusos, Stew-819, Paul-5704 y, por primera vez, el recluso 7258, el antes sumiso Hubbie. Arrancándose los números de sus uniformes, protestan a voz en cuello por las condiciones inaceptables en las que viven. Los carceleros contraatacan de inmediato desnudándolos totalmente y los dejan así hasta que vuelven a colocar los números en las batas. Los carceleros se retiran a la sala de oficiales con una precaria sensación de superioridad y el silencio cae sobre el patio mientras esperan impacientes el fin de éste su primer turno, que se les ha hecho muy, muy largo.

Turno de mañana, bienvenido a la rebelión

Cuando los carceleros del turno de mañana llegan y se visten para entrar a las diez, descubren que no todo está bajo control como cuando se marcharon ayer. Los reclusos de la celda 1 se han atrincherado en la celda. Se niegan a salir. El oficial Arnett toma el mando de inmediato y pide a los oficiales del turno de noche que se queden hasta que esta cuestión se resuelva. Su tono da a entender que, de algún modo, son responsables de que las cosas se hayan descontrolado.

El cabecilla de la rebelión es Paul-5704, que ha convencido a sus compañeros de celda, Hubbie-7258 y Glenn-3401, de que ha llegado el momento de reaccionar contra el incumplimiento del contrato firmado con las autoridades (es decir, conmigo). Empujan las camas contra la puerta de la celda, tapan la abertura de la puerta con mantas y cierran las luces. Incapaces de abrir la puerta por la fuerza, los carceleros descargan su furia en la celda 2, donde están los alborotadores de siempre, Doug-8612 y Stew-819, los veteranos del hoyo, y Rich-1037. En un contraataque sorpresa, los carceleros entran, agarran los tres catres y los sacan al patio a rastras mientras el recluso 8612 se resiste con todas sus fuerzas. La celda es un barullo de empujones y gritos que resuenan por el patio.

«¡Contra la pared!»

«¡Dadme las esposas!»

«¡Sacadlo todo, no dejéis nada!»

El recluso 819 grita como un loco: «¡Basta, basta, basta, basta! ¡Que es un *experimento*! ¡Déjame en paz! ¡Que me sueltes, *hijoputa*! ¡Deja la cama de los cojones donde está!».

8612: «Vaya mierda de simulación. Vaya mierda de experimento. ¡Que esto no es una prisión! ¡Y que le den por culo al doctor *Zimbargo*!».

Arnett, con una voz sorprendentemente tranquila, dice: «Cuando los reclusos de la celda 1 empiecen a portarse como deben, os devolveremos las camas. Podéis hacer lo que creáis oportuno para convencerles de que se porten bien».

La voz aún más tranquila de un recluso se dirige a los carceleros: «Éstas son *nuestras camas*. No tenéis por qué tocarlas».

Totalmente desconcertado, el recluso 8612, que aún sigue desnudo, dice con voz lastimera: «¡Se han llevado la ropa, se han llevado las camas! ¡Es increíble! ¡Se nos han llevado la ropa y nos quitan las camas!». Y añade: «Eso no lo hacen en una cárcel *de verdad*». Curiosamente, otro recluso le responde: «¡Anda que no!».[6]

Los carceleros se echan a reír. El recluso 8612 saca las manos por entre los barrotes de la puerta con las palmas hacia arriba, en un gesto de súplica, con una expresión de incredulidad en la cara y un tono nuevo y extraño en la voz. El oficial J. Landry le dice que saque las manos de la puerta, pero Ceros es más directo y da un golpe a los barrotes con la porra. 8612 retira las manos justo a tiempo de evitar que le machaque los dedos. Los carceleros se ríen.

Ahora los carceleros se acercan a la celda 3 mientras 8612 y 1037 gritan a sus camaradas para que se atrincheren en ella. «¡Poned las camas delante de la puerta!», «¡Una vertical y la otra horizontal!», «¡No los dejéis entrar!», «¡Os van a quitar las camas!», «¡Ya nos han quitado las nuestras, me *cagüen* todo!»

El recluso 1037 se pasa un poco haciendo un llamamiento a la resistencia violenta: «¡Combatidles! ¡Resistíos con violencia! ¡Ha llegado el momento de la revolución!».

El oficial Landry regresa con un gran extintor y dispara unas ráfagas glaciales de dióxido de carbono al interior de la celda 2, obligando a los reclusos a echarse atrás. «¡A ver si os calláis! ¡Y no os acerquéis a la

puerta!» (¡Irónicamente, es uno de los extintores que la junta de estudios con sujetos humanos nos obliga a tener a mano para casos de emergencia!)

Cuando ven que los carceleros sacan al corredor las camas de la celda 3, los rebeldes de la celda 2 se sienten traicionados.

«Celda 3, ¿qué pasa? ¡Os hemos dicho que bloqueéis la puerta!»

«¡Menuda solidaridad! ¡Seguro que has sido tú, "chusquero"! Pero, bueno, si has sido tú no te preocupes, no pasa nada, que te dejamos todos por imposible.»

«Pero, ¡eh!, los de la celda 1, seguid con las camas ahí. No los dejéis entrar.»

Los carceleros se dan cuenta de que pueden sofocar la rebelión porque son seis; pero si vuelve a pasar se las tendrán que ver tres carceleros con los nueve reclusos y eso puede ser un problema. Pero da lo mismo: Arnett opta por la táctica del «divide y vencerás» otorgando a los ocupantes de la celda 3 unos privilegios especiales como lavarse, cepillarse los dientes, devolverles los catres y la ropa de cama, y abrir la llave de paso de la celda para que tengan agua.

El oficial Arnett anuncia en voz alta que, puesto que la celda 3 se ha portado bien, «no les vamos a destrozar las camas; se las devolveremos en cuanto se restablezca el orden en la celda 1».

Los carceleros piden a los «presos buenos» que convenzan a los demás para que se porten correctamente. «¡Bueno, cuando sepamos qué ha pasado, se lo podremos decir!», dice uno de los «presos buenos».

Vandy contesta: «No hace falta que sepáis nada. Basta que les digáis que se porten bien».

8612 grita: «Celda 1, los de aquí estamos con vosotros». Luego lanza una vaga amenaza a los carceleros mientras se lo llevan de vuelta a la celda de aislamiento sólo con la toalla puesta: «Lo bueno, tíos, es que pensáis que hemos jugado todas nuestras cartas».

Después, los carceleros se toman un breve respiro para echar un cigarrillo e idear un plan de acción para ocuparse de la barricada de la celda 1.

Cuando Rich-1037 se niega a salir de la celda 2, tres carceleros lo echan al suelo, le esposan los tobillos y lo arrastran de los pies para sacarlo al patio. Él y el rebelde 8612 se comunican desde el hoyo y el patio preguntándose por su estado y suplicando a los demás reclusos que sigan con la rebelión. Algunos carceleros intentan hacer sitio en el armario del vestíbulo para encerrar en él a 1037. Mientras trasladan cajas de un lado a otro para ganar algo más de espacio, lo devuelven a su celda arrastrándolo por el suelo y con los pies todavía esposados.

Los oficiales Arnett y Landry acuerdan una forma muy sencilla de poner un poco de orden en aquel caos: empezar un recuento. Aunque sólo están en fila cuatro reclusos, todos en posición de firmes, les hacen decir sus números en voz alta.

«Mi número es 4325, señor oficial de prisiones.»

«Mi número es 2093, señor oficial de prisiones.»

Los reclusos de la fila, que son los tres «buenos» de la celda 3 y el recluso 7258, que lleva puesta una toalla y nada más, van diciendo sus números. El recluso 8612 también dice su número desde el hoyo, pero en tono de burla.

Los carceleros vuelven a arrastrar de los pies a 1037 para llevarlo a la nueva celda de aislamiento, un rincón del armario del vestíbulo que acaban de vaciar. Mientras tanto, 8612 sigue reclamando a gritos que venga el director de la prisión: «¡Eh, Zimbardo, mueve el culo y pásate por aquí!». Decido que es mejor no intervenir y sigo observando el enfrentamiento y los intentos de restablecer el orden.

En los diarios de los reclusos (escritos después de que el estudio finalizara) hay algunos comentarios interesantes.

Paul-5704 habla de los efectos de la distorsión del tiempo que empieza a afectar a todo el mundo. «Después de que nos hubimos atrincherado aquella mañana me quedé dormido un rato, todavía exhausto por no haber dormido bien la noche antes. ¡Cuando me desperté, pensé que era la mañana siguiente, pero aún no era ni la hora de almorzar!» Por la tarde se quedó dormido otra vez y se despertó pensando que ya era de noche cuando sólo eran las cinco. La distorsión del tiempo también afectó al recluso 3401,

que se moría de hambre y estaba muy enfadado porque la cena aún no se había servido y pensaba que eran las nueve o las diez de la noche cuando aún no eran ni las cinco de la tarde.

Aunque los carceleros acabaron sofocando la rebelión y la usaron como justificación para intensificar su dominio y su control sobre los reclusos porque se había demostrado que eran «potencialmente peligrosos», muchos de los reclusos se sentían orgullosos de haber tenido el valor de enfrentarse al sistema. El recluso 5486 comentó que «la moral era alta, la gente estaba unida, lista para armar jarana. Montamos una rebelión como las de antes. Se acabaron las bromas, se acabaron los saltos y se acabó comernos el coco». Añadió que no se sentía muy respaldado por sus compañeros de «la celda de los buenos», pero que si hubiera estado en las celdas 1 o 2, «habría hecho como ellos» y se habría rebelado con más violencia. Nuestro recluso más bajo y de constitución más débil, Glenn-3401, el estudiante de origen asiático, tuvo una especie de revelación durante la rebelión: «Propuse atrancar la puerta con las camas para no dejar entrar a los carceleros. Normalmente soy una persona tranquila, pero no me gusta que me traten así. Haber ayudado a organizar la rebelión y participar en ella fue importante para mí. Mi ego salió muy fortalecido. Creo que fue lo mejor de toda la experiencia. De algún modo, resistir detrás de la barricada hizo que me conociera mejor».[7]

Una fuga para después del almuerzo

Con la puerta de la celda 1 todavía atrancada y con algunos rebeldes en las celdas de castigo, sólo se prepara almuerzo para los que quedan. Los carceleros han preparado para los «presos buenos» de la celda 3 un almuerzo especial que deben comer delante de sus compañeros menos obedientes. Nos sorprenden otra vez rechazando la comida. Los carceleros intentan convencerles de que al menos prueben aquella comida tan rica, pero aunque están hambrientos después del mínimo desayuno a base de cereales y la exigua cena de la noche anterior, los internos de la celda 3 no están dispuestos a cometer esa traición, a ser unos «esquiroles». Un silencio extraño se extiende por el patio durante la hora siguiente. Sin embargo, los

reclusos de la celda 3 cooperan plenamente realizando las tareas de mantenimiento, entre ellas despegar más cadillos de las mantas. A Rich-1037 se le dice que puede salir de la celda de aislamiento y unirse a la brigada de trabajo, pero se niega a salir. Prefiere la tranquilidad relativa de la oscura celda. Las reglas dictan que sólo se puede estar una hora como máximo en el hoyo, pero 1037 y 8612 llevan en él casi dos horas.

Mientras tanto, en la celda 1, dos reclusos ejecutan con discreción la primera etapa de su plan de fuga. Tras años de tocar la guitarra, Paul-5704 tiene unas uñas largas y fuertes con las que afloja los tornillos de la tapa del enchufe. Cuando haya acabado, piensa usar el borde de la tapa como un destornillador para sacar la cerradura de la puerta de la celda. Uno de ellos fingirá sentirse mareado, esperando que cuando el carcelero le acompañe al lavabo abra la puerta principal que da al vestíbulo. Con un silbido como señal, el compañero de celda saldrá corriendo, tumbarán al carcelero entre los dos, ¡y saldrán corriendo! Este nivel de creatividad se da mucho en las prisiones reales, donde los reclusos hacen armas con prácticamente cualquier cosa y elaboran ingeniosos planes de fuga. El tiempo y la opresión son los padres de la inventiva rebelde.

Pero la mala suerte quiere que el oficial John Landry, mientras hace la ronda rutinaria, gire la manilla de la puerta de la celda 1 y haga caer la cerradura al suelo con un fuerte ruido. Estalla el pánico. «¡Ayuda!», grita Landry. «¡Que se fugan!» Arnett y Markus entran a toda prisa, bloquean la puerta y esposan a los fugitivos. Naturalmente, uno de los alborotadores es el recluso 8612, que vuelve a emprender uno de sus frecuentes viajes al hoyo.

Un recuento tranquilo para calmar los ánimos

Han pasado varias horas llenas de agitación desde que el turno de mañana se ha incorporado al trabajo. Ya es hora de amansar a las fieras antes de que surjan más problemas. «La buena conducta se recompensa y la mala conducta no.» Esa voz tranquila y autoritaria sólo puede ser de Arnett. Él y Landry vuelven a unir fuerzas para poner a los reclusos en fila y empezar otro recuento. Arnett toma el mando. Se ha acabado convirtiendo

en el líder del turno de mañana. «Las manos contra la pared, esta pared de aquí. Ahora veamos si todo el mundo se sabe su número. Como siempre, que cada uno diga su número en voz alta empezando por aquí.»

Empieza el chusquero, marcando la tónica con una respuesta fuerte y rápida que los otros reclusos siguen con algunas variaciones. Los reclusos 4325 y 7258 obedecen con rapidez. No se oye mucho a Jim-4325, un tipo robusto y grande, de más de metro ochenta, que podría ser difícil de controlar si decidiera emplear la fuerza. En cambio, Glenn-3401 y Stew-819 siempre responden con lentitud, claramente reacios a obedecer. No satisfecho con los resultados, e imponiendo su propio estilo de control, Arnett les hace contar de maneras creativas. De tres en tres, hacia atrás, de cualquier manera que se le pueda ocurrir para que el recuento sea innecesariamente difícil. Al igual que el oficial Hellmann, Arnett también hace gala de su creatividad ante todos los espectadores, pero no parece sentir el mismo placer personal que el líder del otro turno. Para Arnett, esto es un trabajo que se debe hacer con eficiencia.

Landry propone que los reclusos canten los números; Arnett le pregunta: «¿Eso funcionó anoche? ¿Les gustó lo de cantar?». Landry: «Yo creo que sí». Pero algunos reclusos responden que no les gusta. Arnett: «Pues tendréis que aprender a hacer cosas que no os gusten; forma parte de reinsertarse en la sociedad normal».

El recluso 819 se queja: «La gente normal no lleva números».

Arnett responde: «¡La gente normal no tiene por qué llevarlos! ¡Y vosotros los lleváis porque os han encerrado aquí!».

Landry da instrucciones detalladas para que canten siguiendo la escala «do, re, mi». Todos los reclusos obedecen y cantan lo mejor que pueden, primero hacia arriba y luego hacia abajo, salvo el recluso 819, que pasa de la escala. «El 819 canta con el culo; venga, otra vez.» 819 intenta explicar por qué no puede cantar. Pero Arnett le aclara el objetivo del ejercicio. «No os he preguntado *por qué* no podéis cantar, la cosa es que *aprendáis* a cantar.» Arnett se va metiendo con los reclusos que cantan mal, y los reclusos, agotados, se limitan a soltar alguna risilla.

En contraste con sus compañeros de turno, el oficial John Markus parece algo apático. Rara vez participa en las actividades del patio. En cambio, se ofrece a realizar los quehaceres fuera de la prisión, como traer la comida de los comedores universitarios. Su aspecto y su postura no dan la imagen de «macho» típica de un carcelero; anda con los hombros caídos y la cabeza gacha. Le pido al subdirector Jaffe que hable con él para que haga mejor el trabajo por el que se le paga. El subdirector lo saca del patio y se lo lleva a su despacho para llamarle al orden.

«Todos los oficiales deben tener la actitud de lo que llamamos un "carcelero duro". El éxito de este experimento depende de que la conducta de los oficiales sea lo más realista posible.» Markus le contradice: «La vida me ha enseñado que con la mano dura y la agresividad no se va a ninguna parte». Jaffe le responde que el objetivo del experimento no es reformar a los reclusos, sino entender cómo cambia la gente en una prisión, en una situación donde los carceleros tienen todo el poder.

«Pero esta situación también nos afecta a *nosotros*. El solo hecho de ponerme el uniforme ya me resulta violento.» Jaffe adopta un tono más conciliador: «Te entiendo. Pero necesitamos que actuéis de una manera concreta. De momento necesitamos que desempeñéis el papel de "carceleros duros", que reaccionéis como creéis que lo harían ellos. El objetivo es reproducir el estereotipo del carcelero, pero tu actitud es demasiado blanda».

«Bueno, pues ya procuraré hacerlo mejor.»

«Gracias, sabía que podríamos contar contigo.»[8]

Mientras, los reclusos 8612 y 1037 siguen en la celda de aislamiento. Pero ahora gritan quejándose de que se están incumpliendo las normas. Nadie les presta atención. Los dos dicen que necesitan un médico. 8612 dice que está enfermo, que se siente raro. Habla de una sensación extraña, de que siente que aún lleva la media en la cabeza cuando sabe que no es así. Más avanzado el día verá satisfecha su exigencia de hablar con el subdirector.

A las cuatro en punto de la tarde los carceleros entran los catres en la celda 3, la de los «buenos reclusos», mientras centran su atención en la rebelde celda 1. Piden a los oficiales del turno de tarde que entren antes de

tiempo e irrumpen todos juntos en la celda, disparando el extintor hacia la puerta entreabierta para mantener a los reclusos a raya. Desnudan a los tres reclusos, les sacan los catres y amenazan con dejarles sin cena si vuelven a desobedecer. Ya muy hambrientos por no haber almorzado, los reclusos se funden en una masa adusta y silenciosa.

La comisión de quejas de los reclusos de Stanford

Dándome cuenta de que la situación se está haciendo inestable, hago que el subdirector anuncie por el altavoz que los reclusos deberán elegir a tres de ellos para que formen parte de la «comisión de quejas de los reclusos de Stanford» acabada de crear y que se reunirá con el director Zimbardo en cuanto lleguen a un acuerdo sobre las quejas que desean plantear. Más tarde, por una carta que envió a su novia, sabremos que Paul-5704 se había sentido muy orgulloso de que sus camaradas le hubieran elegido para ser el portavoz de la comisión. Es una afirmación bastante sorprendente que revela que los reclusos habían perdido la noción habitual del tiempo y vivían «el momento».

Los tres reclusos elegidos para la comisión, Paul-5704, Jim-4325 y Rich-1037, se quejan de que el contrato ha sido incumplido de muchas maneras. Ésta es la lista que han preparado: maltratos verbales y físicos de los carceleros; hostigamiento gratuito a los reclusos; comida deficiente. Ellos solicitan lo siguiente: devolución de libros, gafas y medicamentos; más de una noche de visita; y servicios religiosos para quien lo solicite. Sostienen que todo lo expuesto justifica la necesidad de rebelarse abiertamente como han hecho todo el día.

Tras mis gafas de espejo, adopto automáticamente el papel de director. Empiezo diciendo que estoy seguro de que podremos resolver cualquier desacuerdo de una manera cordial y para satisfacción de todas las partes. Recalco que la comisión de quejas es un primer paso en esa dirección. Estoy dispuesto a trabajar directamente con ellos siempre que representen la voluntad de todos los demás. «Pero deben ustedes entender que la brusquedad y las malas maneras de los oficiales en gran parte se han debido a su mala conducta. Se lo han buscado ustedes mismos alterando el orden

establecido y creando el pánico entre los oficiales, que no tienen experiencia en esta clase de trabajo. En lugar de maltratar más a los reclusos rebeldes, les han retirado a ustedes muchos privilegios.» Los miembros de la comisión de quejas asienten con la cabeza. «Prometo entregar la lista de quejas a mi personal esta misma noche para solucionar todas las que podamos y para satisfacer algunas de sus propuestas. De entrada, mañana mismo haré que venga un capellán a la prisión y esta semana tendrán ustedes dos noches de visita.»

«Perfecto, muchas gracias», dice Paul-5704, el portavoz de la comisión. Los demás asienten convencidos de que se ha dado un buen paso para lograr una atmósfera más cívica.

Tras levantarnos y darnos la mano, los reclusos se marchan más tranquilos. Espero que digan a sus compañeros que se calmen para que a partir de ahora podamos evitar esta clase de enfrentamientos.

Doug-8612 no está dispuesto a cooperar. No se traga el mensaje de buena voluntad que trae la comisión. Vuelve a insubordinarse, lo vuelven a encerrar en el hoyo, y sigue con las manos esposadas. Dice que se siente mareado y exige ver al subdirector. Poco después, Jaffe le recibe en su despacho y 8612 se queja del comportamiento arbitrario y «sádico» de los carceleros. Jaffe le responde que lo que provoca que los oficiales reaccionen así es *su* conducta. Si pone un poco más de su parte, Jaffe se ocupará de que los oficiales no se metan tanto con él. 8612 responde que si eso no sucede de inmediato, abandona y se va. Jaffe también se preocupa por su salud y le pregunta si quiere que venga un médico, pero 8612 dice que de momento no hace falta. El recluso es llevado de nuevo a su celda, desde donde conversa a gritos con su camarada Rich-1037, que sigue sentado en aislamiento protestando por las condiciones intolerables y exigiendo que le vea un médico.

Aunque parecía haberse tranquilizado tras haber hablado con el subdirector, el recluso 8612 empieza a gritar a voz en cuello insistiendo en que quiere ver «al cabrón ese de Zimbardo, al director». Decido verle de inmediato.

Nuestro asesor de prisiones le da un repaso a 8612

Para aquella tarde había concertado la primera visita a la prisión de mi asesor, Carlo Prescott, que me había ayudado a diseñar muchas características del experimento para simular un entorno funcional equivalente al de una prisión de verdad. Hacía poco que Carlo había salido de San Quintín después de haberse pasado allí diecisiete años, a los que había que añadir el tiempo pasado en las prisiones de Folsom y Vacaville, en su mayor parte por delitos graves, como robo a mano armada. Le había conocido unos meses antes, con ocasión de unos proyectos de curso que mis estudiantes de psicología social preparaban sobre el tema de las personas inmersas en entornos institucionales. Carlo había sido invitado por uno de los estudiantes para que expusiera a la clase las realidades de la vida en prisión desde el punto de vista de alguien que las había vivido desde dentro.

Carlo llevaba sólo cuatro meses en libertad y estaba lleno de ira por la injusticia del sistema penitenciario. Clamaba contra el capitalismo, contra el racismo, contra los «tíos Tom» negros que actuaban contra sus hermanos en nombre del poder, contra los belicistas y contra muchas cosas más. Además de tener una extraordinaria perspicacia para las interacciones sociales, también era muy elocuente y añadía una dicción clara y fluida a su profunda voz de barítono. Me sentí muy intrigado por las opiniones de aquel hombre, sobre todo porque teníamos prácticamente la misma edad —yo treinta y ocho años, él cuarenta— y los dos habíamos crecido en un gueto. Pero mientras yo iba a la universidad, Carlo iba a la cárcel. Enseguida nos hicimos amigos. Además de convertirme en su confidente y consejero psicológico, acabé siendo su «representante» organizándole conferencias y ayudándole a encontrar trabajo. Y su primer trabajo fue ayudarme a dar un nuevo curso de verano en Stanford sobre la psicología del encarcelamiento. Carlo no sólo contó a la clase detalles íntimos de sus experiencias personales en la prisión, sino que también se encargó de invitar a otros ex presidiarios —hombres y mujeres— para que contaran las suyas. También invitamos a oficiales de prisiones, abogados penitenciarios y otras personas conocedoras del régimen penitenciario estadounidense. Aquella experiencia y la pasión que puso Carlo en su trabajo hicieron que nuestro pequeño experimento tuviera un nivel de conocimiento de la situación que no se había visto en ningún estudio comparable en el campo de las ciencias sociales.

Son cerca de las siete de la tarde y Carlo y yo estamos observando uno de los recuentos en un monitor conectado al vídeo que graba los sucesos más destacados del día. Luego nos retiramos a mi despacho para comentar cómo van las cosas y cómo debería organizar la noche de visita de mañana. De pronto, el subdirector Jaffe irrumpe en el despacho y nos dice que el recluso 8612 está fuera de sí, que se quiere marchar, que insiste en verme. Jaffe es incapaz de decir si está fingiendo para que lo suelten o si está mal de verdad. Insiste en que eso no es cosa suya y en que debo ocuparme yo.

«Vale, pues que lo traigan aquí, a ver si averiguo qué pasa», le digo.

Un joven hosco, desafiante, enojado y confundido entra en mi despacho. «¿Qué es lo que sucede, joven?»

«Que ya no aguanto más: los carceleros no dejan de joderme, me tienen metido todo el día en el hoyo y...»

«Bueno, por lo que he visto, y lo he visto todo, usted mismo se lo ha buscado; es el recluso más insubordinado de la prisión.»

«Me es igual, habéis violado el contrato, no esperaba que me trataran así, os...»[9]

«¡Para el carro, chaval!», Carlo se encara con 8612. «¿Que no puedes aguantar qué? ¿Las flexiones, los saltos, que los carceleros te insulten y te griten a la cara? ¿A eso le llamas tú "joder"? No me interrumpas. ¿Y vienes aquí llorando porque te han metido en ese armario unas horas? A ver si te lo explico bien, blanquito guapo. En San Quintín no durarías ni un día. Todos olerían tu miedo y tu debilidad. Los carceleros te machacarían la cabeza y antes de meterte en su hoyo, el hoyo de verdad, totalmente vacío y de puro cemento en el que yo me pasaba semanas enteras, te echarían a los demás. Snuffy, o algún otro mandamás de una banda de las malas, te compraría por dos —o a lo mejor hasta tres— paquetes de tabaco y te dejaría el ojete destrozado, chorreando sangre y alguna cosa más. Y ten claro que eso sólo sería el primer paso para convertirte en un maricón más de la prisión.»

La furiosa arenga de Carlo deja tieso a 8612. Debo ir al quite porque veo que Carlo está a punto de explotar. El hecho de haber visto el entorno carcelario que hemos creado le ha hecho recordar los años de tormento que ha sufrido hasta sólo unos meses atrás.

«Carlo, muchas gracias por dejar las cosas tan claras. Pero antes de seguir debo comentar algunas cosas con este recluso. 8612, sepa que tengo la facultad de ordenar a los oficiales que no le fastidien más si elige quedarse y seguir cooperando. ¿Necesita usted el dinero? Porque ya sabe que si abandona tan pronto no cobrará casi nada.»

«Hombre, claro, pero...»

«Mire, escuche lo que le propongo: los oficiales dejan de meterse con usted, usted se queda y se gana su dinero, y lo único que le pido a cambio es que coopere de vez en cuando, que de vez en cuando me explique algo que me pueda ayudar a llevar esta prisión.»

«No sé qué decirle...».

«Mire, piénsese mi oferta, y si más tarde, después de una buena cena, aún desea abandonar, pues no pasa nada; se le pagará por el tiempo que ha estado aquí y en paz. Pero si decide continuar, cobrar todo el dinero sin que nadie le fastidie, y coopera usted conmigo, podemos olvidarnos de los problemas del primer día y empezar de nuevo. ¿Qué me dice?»

«Puede que sí, pero...”

«No tiene por qué decidirse ahora; reflexione sobre mi propuesta y tome una decisión más tarde, esta noche, ¿de acuerdo?»

Mientras 8612 dice entre dientes: «Vale, de acuerdo», lo acompaño al despacho del subdirector para que lo devuelvan al patio. Le digo a Jaffe que aún se está pensando si se queda o si se va, y que ya lo decidirá más tarde.

Este acuerdo «a lo Fausto» se me ha ocurrido sobre la marcha. He actuado como un malvado director de prisión, no como el profesor bonachón que me gusta pensar que soy. Como director no quiero que 8612 se vaya porque podría tener un efecto negativo en los otros internos y porque creo que podemos hacer que coopere si los oficiales dejan de meterse tanto con él. Pero he invitado a 8612, al cabecilla rebelde, a «chivarse», a ser un confidente, a pasarme información a cambio de unos privilegios. Según el «código del recluso», el chivato es la forma más rastrera de vida animal, y las autoridades suelen recluirlo en solitario porque, si se llega a conocer su papel de confidente, suele acabar asesinado. Más tarde, Carlo y yo nos vamos al restaurante de Ricky, donde trato de alejar esta fea imagen de mí mismo disfrutando de las anécdotas de Carlo junto a un buen plato de lasaña.

8612 les dice a todos que nadie se puede ir

En el patio, los oficiales Arnett y J. Landry han hecho formar a los reclusos contra la pared para hacer otro recuento antes de que acabe el turno de mañana, que hoy ha durado más de lo previsto. Una vez más, los carceleros se meten con Stew-819 porque se une con pocas ganas a sus compañeros para gritar al unísono: «¡Gracias, señor oficial de prisiones, por un día tan maravilloso!».

La puerta que da entrada a la prisión chirría al abrirse. Todos los reclusos en formación miran hacia ella mientras 8612 vuelve de su reunión con las autoridades de la prisión. Antes de ir a verme les había dicho que aquélla era su entrevista de despedida. Se iba, y nadie ni nada podía hacerle cambiar de parecer. Ahora, Doug-8612 se abre paso entre los reclusos de la fila para entrar en la celda 2 y dejarse caer sobre el catre.

«8612, sal y ponte contra la pared», le ordena Arnett.

«Que ten den por culo», responde con insolencia.

«Contra la pared, 8612».

«¡Que te den por culo!», responde 8612.

Arnett: «¡Que alguien lo saque!».

J. Landry le pregunta a Arnett: «¿Tiene usted la llave de las esposas, señor?».

Aún dentro de su celda, 8612 grita: «Si tengo que quedarme aquí, no os voy a dejar pasar ni una putada más». Luego sale al patio como si tal cosa, pasando entre los reclusos en fila a los dos lados de la celda 2, y les revela una nueva y terrible realidad: «Es que, bueno, lo que pasa... ¡Lo que pasa es que *no me he podido marchar*! Me he pasado todo el rato hablando con médicos y abogados y...».

Su voz se va apagando y no se entiende lo que dice. Los otros reclusos lo miran y se ríen. Situándose frente a ellos y negándose a ponerse contra la pared, 8612 les echa un jarro de agua fría. Con su voz aguda y lastimera, les grita: «¡*Que no he podido irme! ¡No me han dejado salir! ¡No podemos salir de aquí*!».

Las risillas de los internos se transforman en risas nerviosas. Los carceleros no hacen caso de 8612 porque siguen buscando las llaves de las esposas: si el recluso 8612 sigue así, lo esposarán y lo meterán en el hoyo.

Un recluso pregunta a 8612: «¿Nos estás diciendo que no has podido romper el contrato?».

Otro recluso pregunta con desespero, aunque a nadie en particular: «¿No puedo anular el contrato?».

Arnett se pone más duro: «En esta fila no se habla. El recluso 8612 seguirá estando aquí cuando acabemos para que le preguntéis lo que sea».

Esta revelación por parte de uno de los líderes que más respetan es un golpe muy fuerte para la determinación de los reclusos. Glenn-3401 escribió lo siguiente sobre el impacto de lo que les dijo: «Cuando nos dijo que no podíamos salir de allí me sentí un verdadero recluso. Por muy experimento de Zimbardo que fuera aquello y por mucho que me pagaran, era un recluso, un recluso de verdad».[10]

Glenn dice que luego se puso a pensar lo peor: «Pensar que habíamos firmado ceder nuestra vida en cuerpo y alma durante dos semanas me dejaba aterrado. La creencia de que éramos "verdaderos reclusos" era muy real: para escapar de allí tendríamos que tomar unas medidas muy drásticas con unas consecuencias imprevisibles. ¿Nos volvería a detener la policía de Palo Alto? ¿Acabaríamos cobrando lo acordado? ¿Podría recuperar toda mi documentación?».[11]

Rich-1037, que llevaba todo el día dando problemas a los carceleros, también se quedó anonadado ante esta revelación. Más adelante escribió: «Cuando nos dijo que no nos podíamos ir tuve la sensación de estar realmente en una prisión. Soy incapaz de describir lo que sentía. Era una sensación de total indefensión. La mayor indefensión que he sentido en mi vida».[12]

Para mí estaba claro que 8612 estaba atrapado en varios dilemas. Se debatía entre ser el tipo duro que va de líder rebelde, y no querer que los carceleros le fastidiaran más; entre quedarse y ganar un dinero que necesitaba, y no ser mi confidente. Es probable que pensara actuar como una especie de espía doble, mintiéndome sobre las actividades de los reclusos, pero no debía estar seguro de su capacidad para llevar a cabo este engaño. Debería haberse negado en redondo a mi ofrecimiento de darle privilegios a cambio de ser mi «chivato» oficial, pero no lo hizo. Si en ese momento hubiera decidido marcharse, no me habría podido negar. También es probable que tras el repaso que le dio Carlo se sintiera demasiado avergonzado para ceder delante de él. Es posible que todo esto le rondara por la cabeza cuando optó por echar la culpa al sistema diciendo a los demás que nuestra decisión oficial había sido no dejarle marchar.

Nada podía haber tenido un impacto más transformador en los reclusos que la noticia inesperada de que habían perdido la libertad de abandonar el experimento a voluntad, de irse cuando quisieran. En aquel momento, el experimento de la prisión de Stanford se transformó en la prisión de Stanford, pero no por alguna decisión formal tomada desde arriba, sino por una decisión tomada desde abajo por uno de los reclusos. Del mismo modo que la rebelión de los reclusos hizo que los carceleros empezaran a verlos como peligrosos, la afirmación de 8612 diciendo que nadie podía abandonar hizo que todos se vieran a sí mismos como verdaderos reclusos indefensos.

El turno de tarde se presenta otra vez

Por si las cosas no pintaran ya bastante mal para los reclusos, vuelve a entrar en escena el turno de tarde. Hellmann y Burdan se pasean por el patio mientras esperan que acabe el turno de día. Blanden las porras, gritan algo a la celda 2, amenazan al recluso 8612, gritan a otro que se aleje de la puerta y apuntan el extintor hacia la celda, preguntando a gritos si alguien quiere un «chorrito» de extintor en la cara.

Un recluso pregunta al oficial G. Landry: «Señor oficial de prisiones, tengo una petición. Hoy es el cumpleaños de una persona. ¿Podemos cantarle el "cumpleaños feliz"?».

Antes de que Landry pueda responder, Hellmann responde desde el fondo: «Ya lo cantaréis en el recuento. Ahora os toca cenar, de tres en tres». Los reclusos se sientan alrededor de la mesa puesta en medio del patio para comer su frugal cena. No se les permite hablar.

Al revisar las cintas de este turno veo que Burdan entra por la puerta del patio trayendo un recluso. El recluso, que había intentado fugarse, está en posición de firmes en medio del patio, justo un poco más allá de la mesa de la cena. Le vendan los ojos. Landry le pregunta cómo ha quitado la cerradura de la puerta. El recluso se niega a responder. Cuando le quitan la venda de los ojos, Geoff le dice en tono amenazador: «Te aviso, 8612: como te vea las manos cerca de la cerradura, te vas a enterar de lo que vale un peine». ¡El intento de fuga lo ha protagonizado Doug-8612! Landry le hace entrar en su celda a empujones y 8612 vuelve a gritar palabrotas, aún

más fuerte que antes, y una sarta de «*hijoputas*» resuena por el patio. Con voz cansada, Hellmann dice a la celda 2: «8612, te estás repitiendo mucho. Demasiado. Ya no tiene ninguna gracia».

Los carceleros corren a la mesa para impedir que el recluso 5486 converse con sus compañeros de celda, que tienen prohibido hablar. Geoff Landry grita al recluso 5486: «¡Eh, tú! El subdirector ha dicho que no podemos dejaros sin comer, pero te aviso que si ya has dado un bocado te podemos quitar lo que te quede, ¿enterado?». Luego dice en voz alta para que lo oiga todo el mundo: «Tíos, parece que habéis olvidado los privilegios que os podemos dar». Les recuerda las visitas de mañana y les dice que si hacen algo que les obligue a encerrarlos en las celdas las tendrán que anular. Algunos reclusos que siguen comiendo comentan que piensan mucho en las visitas del martes y que ya tienen ganas de que llegue la hora.

Geoff Landry ve que el recluso 8612 se ha quitado la gorra de media al sentarse a cenar e insiste en que vuelva a ponérsela. «A ver si se te cae pelo en la comida y luego te da algo.»

8612 responde de una manera extraña, como si empezara a perder el contacto con la realidad: «No me la puedo poner, me aprieta demasiado. Me da dolor de cabeza. ¿Qué? Ya sé que suena raro. Por eso quiero salir de aquí... pero ellos erre que erre: "Que no, que no te va a doler". ¡A mí me lo van a decir!».

Ahora le toca estar desanimado y distante a Rich-1037. Tiene la mirada vidriosa y habla lentamente, con voz muy monótona. Echado sobre el suelo de su celda, no deja de toser e insiste en ver al director. (Le veo cuando regreso de cenar, le doy unas pastillas para la tos y le digo que puede abandonar si cree que ya no puede aguantar más, pero que las cosas irían mejor si no malgastara tanto tiempo y energía en rebeliones. Dice que se siente mejor y promete que intentará portarse bien.)

Los carceleros dirigen su atención hacia Paul-5704, que se muestra más firme y enérgico, como si quisiera sustituir a Doug-8612 en su papel de líder rebelde. «No se te ve muy contento, 5704», dice Landry mientras Hellmann empieza a arrastrar la porra por los barrotes de la puerta con un fuerte repiqueteo. Burdan añade: «¿Crees que les gustará [el repiqueteo] cuando hayamos apagado las luces? Igual lo averiguamos esta noche».

5704 cuenta un chiste y algunos reclusos se ríen, pero los carceleros no. Landry dice: «¡Oh, qué risa, qué divertido! Gracias, hombre, hacía diez años que no oía un chiste de críos como éste».

Los carceleros, erguidos y en fila, clavan sus ojos en 8612, que come muy poco a poco y se ha quedado solo. Con una mano en la cadera y la otra blandiendo las porras con gesto amenazador, los carceleros forman un grupo muy unido. «¡Menuda nos ha tocado con esta panda de revolucionarios!», exclama Geoff Landry.

De repente, el recluso 8612 sale disparado de la mesa, echa a correr hasta la pared del fondo, y arranca la gasa que cubre la cámara de vídeo. Los carceleros se le echan encima y lo llevan a rastras al hoyo. En un tono sarcástico, 8612 les dice: «¡Vale, tíos, que lo siento!».

Un carcelero responde: «¿Que lo sientes? Ya lo sentirás cuando veas la que te espera».

Hellmann y Burdan empiezan a aporrear la puerta del hoyo y 8612 grita diciendo que el ruido es insoportable y que le va a estallar la cabeza.

8612: «¡Coño, tíos, parad ya, que me jodéis los oídos!».

Burdan: «A ver si así te lo piensas dos veces antes de hacer algo para que te metamos en el hoyo».

8612: «¡Anda ya, que te den por culo! ¡A la próxima tiro las puertas abajo, y va en serio!» (amenaza con echar abajo la puerta de su celda, la puerta de la entrada y hasta la pared de la cámara de observación).

Un recluso pregunta si habrá cine por la noche porque antes de empezar el experimento les habían dicho que les pasarían alguna película. Un carcelero responde: «Me parece que no veremos *mucho* cine por aquí».

Los carceleros discuten sobre las consecuencias de dañar los bienes de la prisión. Hellmann va a por una copia de las normas y lee de un tirón la que habla de los daños a las instalaciones. Apoyado contra el marco de la puerta de la celda 1 mientras hace girar la porra, parece ganar confianza y autoridad por momentos. Hellmann dice a sus compañeros que, en lugar de una película, lo que habrá es trabajo para unos y descanso para otros.

Hellmann: «A ver, escuchad con atención. Para esta noche hemos organizado un poco de diversión para todos. Celda 3, os toca descanso y recreo, podéis hacer lo que queráis porque habéis fregado los platos y

habéis hecho bien las tareas. Celda 2, aún os quedan cosas por hacer. Celda 1, os recuerdo que tenemos unas hermosas mantas para que les quitéis *todos* los cadillos. Oficial, tráigalas aquí para que las vean; si quieren dormir con una manta que no pique más vale que se pongan manos a la obra».

Landry entrega a Hellman unas mantas recubiertas con una nueva cosecha de cadillos. «A que han quedado *guapas*, ¿eh?» Sigue con su monólogo: «¡Contemplen esta manta, señoras y señores! ¡Mírenla bien! ¿No es una obra maestra? Os aconsejo que quitéis uno por uno todos los cadillos porque tendréis que dormir con ellas». Un recluso dice: «Pues yo dormiré en el suelo», a lo que Landry se limita a responder: «Vale, vale, tú sabrás».

Es interesante ver cómo oscila Geoff Landry entre el papel de carcelero malo y el de carcelero bueno. Goza de autoridad porque aún no ha cedido el control a Hellmann y es evidente que puede sentir más compasión por los reclusos que Hellmann. (En una entrevista posterior, Jim-4325 describe a Hellmann como uno de los carceleros «malos» y le da el apodo de «John Wayne»; también dice que los hermanos Landry eran dos de los «carceleros buenos». La mayoría de los reclusos coinciden en decir que Geoff Landry solía ser más bueno que malo.)

Un recluso de la celda 3 pregunta si les pueden dar algo para leer. Hellmann se ofrece a darles «un par de copias de las normas» para que las lean antes de acostarse. Pero ahora toca recuento. «Venga, recordad que esta noche no se va a escaquear nadie, ¿queda claro? Que empiece 2093 y vais siguiendo, no sea que perdamos la práctica.»

Burdan decide unirse a la fiesta y, acercándose a los reclusos, les grita en la cara: «¿Quién os ha enseñado a contar así? ¡Venga! ¡Fuerte, claro y rápido! ¡5704, eres más lento que el caballo del malo! Anda, ponte aquí y empieza a hacer flexiones».

Los castigos son cada vez más arbitrarios; ya no se castiga a los reclusos por una razón concreta. 5704 no pasa por ahí: «¡No pienso hacerlo!».

Burdan le obliga a echarse a la fuerza y 5704 baja un poco, pero no lo suficiente. «¡Abajo, tío, abajo!», y Burdan le empuja hacia abajo apretando la porra contra su espalda.

«Tío, no me empujes.»

«¿Cómo que "no me empujes"?», en un tono de burla.

«¡Lo que oyes, no me empujes!»

«Venga, sigue haciendo flexiones», ordena Burdan. «Y ahora vuelve a la fila.»

Es evidente que Burdan emplea un tono mucho más decidido y que participa más que antes, pero también está claro que el «macho alfa» es Hellmann. Por otro lado, cuando Burdan y Hellmann hacen de dúo dinámico, Geoff Landry se retira a un segundo plano o se marcha del patio.

Hasta el mejor recluso, 2093, el «chusquero», se ve obligado a hacer flexiones y saltos porque sí. «¡Eh, miradlo! ¡Mirad qué bien lo hace! Esta noche vas *sobrado*, ¿eh?», dice Hellmann. Luego se dirige al recluso 3401: «¿Estabas *sonriendo*? ¿Y qué es lo que te hace tanta gracia?». Burdan también se apunta: «¿Sonreías, 3401? ¿Te parece divertido? ¿O es que esta noche no quieres dormir?».

«¡No quiero ver ni una sonrisa! Esto no es un vestuario de colegio. ¡Si veo una sola sonrisa habrá saltos para todos un buen rato!», amenaza Hellmann.

Viendo la necesidad de relajar la tensión que se acumula, Hellmann le cuenta un chiste a Burdan para animar a los reclusos: «Oficial, ¿sabe aquel del perro que no tenía patas? Cada noche, su dueño lo tenía que *arrastrar* de paseo». Él y Burdan se ríen pero se dan cuenta de que los reclusos no. Burdan le reprende: «Su chiste no les ha gustado, oficial».

«¿No te ha gustado mi chiste, 5486?»

El recluso Jerry-5486 responde con franqueza: «Pues no».

«Pues si no te ha gustado el chiste sal aquí y hazme diez flexiones. Y cinco más por sonreír. Total, quince.»

Hellmann está que se sale. Ordena a los reclusos que se pongan de cara a la pared; luego, antes de decirles que se den la vuelta, se mete una mano dentro de los pantalones y, cuando está a la altura de la entrepierna, empuja con el dedo como si tuviera una erección. Ordena a los reclusos que se den la vuelta y que *no* se rían. Pero algunos lo hacen y les toca hacer flexiones o abdominales. El recluso 3401 dice que no le ha hecho gracia, pero le

obligan a hacer flexiones por decir la verdad. Después, hacen que los reclusos canten otra vez sus números. Hellmann le pregunta a chusquero-2093 si le parece que eso es cantar.

«A mí me parece que sí, señor oficial de prisiones.»

Hellmann le obliga a hacer flexiones por contradecirle.

Inesperadamente, el chusquero le pregunta: «¿Puedo hacer *más,* señor?».

«Pues si quieres haz diez más.»

Pero el chusquero le planta cara de una manera aún más sorprendente: «¿Desea que haga flexiones hasta que *no pueda más*?».

«Vale, tú mismo.» Hellmann y Burdan no saben bien cómo reaccionar ante esta provocación, pero los reclusos se miran preocupados porque el chusquero puede marcar unos criterios nuevos para los castigos que luego tendrán que sufrir ellos. El chusquero les está jugando una mala pasada a todos.

Cuando después ordenan a los reclusos que se numeren siguiendo un orden muy complicado, Burdan añade en torno de burla: «¡Eso no puede ser tan difícil para unos nenes con tantos *estudios*!». En cierto sentido, su comentario es un reflejo del desprecio de los conservadores de la época por las personas con estudios, a las que tachan de «esnobs pretenciosos que se las dan de intelectuales». La diferencia es que Burdan también estudia en la universidad.

Los carceleros preguntan a los reclusos si quieren las mantas y las almohadas para dormir. Todos dicen que sí. Hellmann les pregunta: «¿Y qué habéis hecho para merecer que os las demos?». «Hemos quitado las bolitas de las mantas», dice uno de ellos. Hellmann le dice que nunca más vuelva a decir «bolitas». Que se llaman «cadillos» y punto. Aquí vemos un ejemplo sencillo del poder de determinar el uso del lenguaje y, en consecuencia, de crear la realidad. Cuando el recluso los llama «cadillos», Burdan les dice que ya pueden tomar las almohadas y las mantas mientras Hellmann regresa con ellas bajo los brazos. Luego las reparte entre todos salvo el recluso 5704. Le pregunta por qué ha tardado tanto en ponerse a

trabajar. «Quieres que te dé una almohada, ¿no? ¿Y por qué te la voy a dar si no querías trabajar?» «Por un buen karma», le responde el recluso 5704 un poco en broma.

«Te lo vuelvo a preguntar, ¿por qué tengo que darte una almohada?»

«Porque se lo estoy pidiendo, señor oficial de prisiones.»

«Pero has empezado a trabajar diez minutos después que los demás», dice Hellmann. Y añade: «De ahora en adelante procura trabajar cuando se te diga». Al final, Hellmann transige y le da la almohada.

Para no verse totalmente eclipsado por Hellmann, Burdan dice al recluso 5704: «¿Qué se dice, chaval?».

«Gracias.»

«Otra vez. Dile: "Muchísimas gracias, señor oficial de prisiones".» Poco a poco, el sarcasmo va impregnando todas las expresiones.

Haciéndole suplicar que le diera una almohada, Hellmann ha separado al recluso 5704 de sus camaradas rebeldes. El puro interés personal empieza a imponerse a la solidaridad.

Feliz cumpleaños, 5704

El recluso Jerry-5486 les recuerda a los carceleros su petición de cantar el «cumpleaños feliz» al recluso 5704, una petición curiosa a estas alturas porque los reclusos están agotados y los carceleros están a punto de dejarles volver a las celdas. Puede que este ritual le sirva para no perder de vista el mundo exterior, o quizá sea un modesto intento de normalizar una situación que se va alejando con rapidez de cualquier definición de lo normal.

Burdan le dice a Hellmann: «Tenemos una propuesta del recluso 5486, oficial; quiere cantar el "cumpleaños feliz"». A Hellmann le contraría que la canción sea para 5704. «¡Es tu cumpleaños y no has trabajado nada!»

El recluso contesta que el día de su cumpleaños no tendría que trabajar. Los carceleros recorren la fila y ordenan a cada recluso que diga en voz alta si quiere o no cantarle la canción de cumpleaños. Todos dicen que sí. Entonces se le ordena a Hubbie-7258 que dirija a los demás para que canten el «cumpleaños feliz», lo único agradable que ha sonado en aquel lugar en

todo el día y toda la noche. La primera vez, se menciona al homenajeado de varias maneras distintas: algunos cantan cumpleaños a «5704» y otros «al camarada». En cuanto lo oyen, Hellmann y Burdan les ordenan parar.

Burdan les recuerda: «El nombre de este caballero es 5704. Empezad otra vez».

Hellmann felicita a 7258 por su forma de cantar: «Tienes ritmo y cantas muy bien». Aprovecha la ocasión para presumir un poco de su cultura musical. Luego pide que canten otra vez la canción con un estilo más familiar, y los reclusos lo hacen. Pero su actuación no le parece lo bastante buena y les dice que la canten otra vez: «¡A ver si ponemos un poco de entusiasmo, que el cumpleaños de un niño sólo pasa una vez al año!». Esta ruptura de la rutina por iniciativa de los reclusos les ha permitido compartir algunos sentimientos positivos pero, a fin de cuentas, no ha sido más que otra ocasión para reforzar su sumisión a la autoridad.

8612 toca fondo y es puesto en libertad

Cuando ya se han apagado las luces, y después de volver a la celda de aislamiento por enésima vez, Doug-8612 vuelve a ponerse hecho una furia: «¡Me *cagüen* todo, que me quemo por dentro! ¿Que no me oís?».

El recluso desembucha a grito pelado toda su confusión y su tormento ante el subdirector Jaffe, en la segunda visita a su despacho. «¡Me quiero ir! ¡Ahí dentro se ha ido todo al carajo! ¡No aguanto ni una noche más! ¡No puedo! ¡Quiero que venga un abogado! ¿Tengo derecho a pedir un abogado? ¡Llamad a mi madre!»

Intenta no olvidar que sólo se trata de un experimento, pero sigue despotricando: «¡Me estáis jodiendo el coco, tío, el coco! ¡Esto es un experimento; el contrato no me obliga a pasar por esto! ¡No tenéis derecho a joderme el coco!».

Amenaza con hacer lo que haga falta para salir, ¡incluso cortarse las venas! «¡Haré lo que sea para irme! ¡Os romperé las cámaras, me voy a cargar a un carcelero!»

El subdirector hace lo que puede por tranquilizarle, pero 8612 no hace caso; grita cada vez más. Jaffe le asegura que su petición se estudiará con la máxima seriedad en cuanto pueda ponerse en contacto con el asistente psicológico.

Poco después, Craig Haney vuelve de cenar tarde y, tras oír la grabación que ha hecho Jaffe de la dramática escena, se entrevista con el recluso 8612 para determinar si se le debe soltar de inmediato por un trastorno emocional grave. En aquellos momentos no veíamos clara esta reacción de 8612; podía estar haciendo comedia. Un examen de su historial reveló que había sido uno de los activistas más destacados contra la guerra de su universidad, y de eso aún no hacía un año. ¿Cómo podía ser que se hubiera «venido abajo» en sólo treinta y seis horas?

La verdad es que 8612 estaba muy confundido, como nos reveló más adelante: «No sabía bien si la experiencia de la prisión me había desquiciado o si yo mismo me había inducido esas reacciones [adrede]».

En su posterior análisis, Craig Haney expresa de una manera muy gráfica el conflicto que le creó tener que tomar aquella decisión él solo, mientras yo estaba cenando fuera:

> Aunque vista en retrospectiva parece una decisión fácil, en aquel momento me sentí muy abrumado. Estaba haciendo segundo de posgrado, habíamos invertido mucho tiempo, esfuerzo y dinero en aquel proyecto y sabía que liberar tan pronto a un participante podría dar al traste con el diseño experimental que habíamos preparado con tanto cuidado. Como investigadores no habíamos previsto que pudiera pasar algo así y no habíamos ideado ningún plan de contingencia. Por otro lado, era evidente que tras su breve experiencia en la prisión aquel joven estaba mucho más perturbado de lo que nadie habría llegado a imaginar. Así pues, decidí soltar a 8612 basándome en consideraciones más éticas que experimentales.[13]

Craig llamó a la novia de 8612, que acudió enseguida para llevárselo a casa. Craig les recordó que si los problemas persistieran podían acudir por la mañana al centro médico del campus, porque habíamos acordado que su personal prestara asistencia si surgía algún problema de esta clase.

Por suerte, Craig tomó la decisión correcta tanto desde el punto de vista humanitario como desde el punto de vista legal. También fue la decisión correcta considerando el probable efecto negativo que habría tenido en el personal y en los internos el hecho de mantenerlo en la prisión con aquel estado de confusión mental. Cuando Craig nos comunicó su

decisión de poner en libertad a 8612, no lo vimos nada claro y pensamos que lo había engañado con una buena actuación. Sin embargo, después de haber examinado a fondo todas las pruebas, estuvimos de acuerdo en que había hecho lo correcto. Pero teníamos que explicarnos por qué se había producido esta reacción extrema tan pronto, prácticamente al principio de las dos semanas. Los tests de personalidad no habían revelado ningún indicio de inestabilidad mental, pero acabamos atribuyendo el trastorno emocional de 8612 a una personalidad excesivamente sensible que le hacía reaccionar de una forma exagerada a las condiciones de nuestra prisión simulada. Después de reflexionar en voz alta, Craig, Curt y yo acabamos deduciendo que nuestro proceso de selección debía de tener algún defecto, porque había dejado que se colara una persona «tocada» y no dimos valor a la otra posibilidad, que las fuerzas situacionales que actuaban en aquella simulación le habían superado.

Consideremos unos instantes la paradoja que supone lo que acabo de decir. Estábamos realizando un estudio diseñado para demostrar el poder de las fuerzas situacionales sobre las tendencias disposicionales, ¡y dimos por zanjada aquella cuestión haciendo una atribución disposicional!

Más adelante, Craig expresó así la falacia de nuestro razonamiento: «Tardamos un poco en darnos cuenta de aquella clarísima ironía: habíamos dado una explicación puramente "disposicional" a la primera manifestación extraordinaria e inesperada del poder situacional en nuestro estudio; es decir, habíamos recurrido a la forma de pensar que queríamos cuestionar y criticar con él».[14]

Seguíamos sin ver claras las verdaderas intenciones o motivaciones de 8612. Por un lado nos preguntábamos: ¿de verdad había perdido el control hasta el punto de sufrir una reacción de estrés tan extrema que hizo necesario liberarlo? ¿O había fingido que estaba «chiflado» sabiendo que si lo hacía bien tendríamos que soltarlo? También podría ser que, sin quererlo, hubiera acabado «enloqueciendo» temporalmente a causa de su exagerada actuación. En un informe posterior, 8612 hace más difícil hallar una explicación simple de sus reacciones: «Me fui, pero tendría que haberme quedado. Hice mal. La revolución no va a tener nada de divertida, y debí haberme dado cuenta. Tendría que haberme quedado porque a los fascistas

les encantará saber que, cuando las cosas se pongan mal, los líderes [revolucionarios] desertarán y van a quedar como unos simples manipuladores. Tendría que haber luchado por esto sin pensar en mí mismo».[15]

Poco después de que 8612 se hubiera marchado, uno de los carceleros oyó a los reclusos de la celda 2 diciendo que Doug volvería al día siguiente con algunos de sus compinches para destrozar la prisión y liberar a los reclusos. Me pareció un rumor totalmente inverosímil, hasta que un carcelero dijo haber visto a Doug merodeando por los pasillos de la facultad a la mañana siguiente. Ordené a los carceleros que lo apresaran y lo devolvieran a la prisión porque seguramente nos había engañado: había fingido que estaba enfermo para poderse ir. Ahora sabía que debía prepararme para un asalto a la prisión. ¿Cómo podíamos evitar un enfrentamiento violento? ¿Qué podíamos hacer para mantener viva la prisión? (bueno, sí, y el experimento también).

CAPÍTULO 5

Martes: visitas y asaltantes

Los reclusos tienen cara de sueño, su aspecto es desaliñado y nuestra pequeña prisión empieza a oler como un lavabo del metro de Nueva York. Al parecer, algunos carceleros han hecho de las visitas al lavabo un privilegio que no otorgan con mucha frecuencia, y menos después de apagar las luces. Por la noche, los reclusos deben orinar y defecar en un cubo que tienen en la celda y hay carceleros que se niegan a que los vacíen hasta la mañana siguiente. Los reclusos no dejan de quejarse. El desmoronamiento de 8612 parece haber creado entre ellos un efecto dominó y, por lo que oímos por los micros ocultos en las celdas, dicen que ya no aguantan más.

Sobre esta tela tenemos que pintar un cuadro de lo más radiante para los padres, los amigos y las novias de los reclusos que van a venir de visita por la noche. Si fuera un padre, está claro que no dejaría que mi hijo siguiera en un lugar como éste si lo viera tan agotado y con tanto estrés después de tan sólo tres días. Pero la manera de hacer frente a ese desafío inminente tiene que pasar a un segundo plano ante la cuestión más urgente del rumoreado asalto que el recluso 8612 puede lanzar contra nosotros en cualquier momento. Puede que suceda hoy, quizás aprovechando las horas de visita, cuando seremos más vulnerables.

Son las dos de la madrugada y acaba de entrar el turno de noche. Parece que el turno de tarde se ha quedado un poco más y los seis carceleros se encuentran en el patio después de haber hablado en la sala de oficiales de la necesidad de unas normas más estrictas para controlar a los reclusos y evitar más rebeliones.

Al verlos juntos queda claro que el tamaño importa mucho cuando se trata de decidir quién es el jefe del turno. Los carceleros más altos son Hellmann, que lidera el turno de tarde; Vandy, que se está haciendo el jefe del turno de noche; y Arnett, que lleva la voz cantante en el turno de mañana. Los carceleros más bajos, Burdan y Ceros, se han convertido en esbirros de los líderes de su turno. Los dos son muy mandones y agresivos verbalmente —gritan a los reclusos a la cara— y decididamente son más dados a recurrir a la fuerza con los reclusos. Los empujan, les sacuden, los sacan a tirones de la fila y son lo que los llevan a rastras al hoyo si se resisten. Recibimos informes de que a veces echan la zancadilla a los reclusos cuando bajan las escaleras del lavabo o que les empujan contra los urinarios de la pared al estar a solas con ellos. Es evidente que sus porras les encantan. Las mantienen siempre a la altura del pecho y golpean con ellas los barrotes, las puertas o la superficie de la mesa para dejar constancia de su presencia. Algunos analistas dirían que emplean las porras para compensar su menor estatura. Pero, sea cual sea la dinámica implicada, es evidente que son los carceleros que actúan con más maldad.

Sin embargo, la actitud de Markus y Varnish, que también son más bien bajos, ha sido relativamente pasiva y se han mostrado mucho más tranquilos y menos vociferantes que los otros. Le he pedido al subdirector que les haga adoptar una actitud más autoritaria. Los hermanos Landry forman una pareja curiosa. Geoff Landry es un poco más alto que Hellmann y ha competido con él para hacerse con el mando del turno de tarde, pero no está a la altura de la creatividad de nuestro John Wayne en ciernes, que constantemente se inventa nuevos ejercicios. Interviene para dar órdenes y ejercer el control, pero luego se retira poco a poco de la escena en una especie de vacilación que no hemos visto en ningún otro carcelero. Esta noche no lleva porra; más tarde hasta se quitará las gafas de espejo, algo terminantemente prohibido por nuestro protocolo experimental. Su hermano John, que es más bajo, ha sido duro con los reclusos pero, aun así, siempre se ha ceñido estrictamente a las reglas. Aunque su agresividad no es tan excesiva como la de Arnett, suele respaldar al jefe dando órdenes con rigor y firmeza.

Todos los reclusos tienen más o menos la misma estatura, entre metro setenta y cinco y metro ochenta, salvo Glenn-3401, que es el más bajo de todos y mide poco más de metro sesenta, y Paul-5704, que es el más alto y se acerca al metro noventa. Curiosamente, 5704 se está haciendo con el liderazgo entre los reclusos. Últimamente parece más seguro de sí mismo y más resuelto en su actitud de rebeldía. Sus compañeros se han dado cuenta de este cambio, como manifiesta el hecho de que lo eligieran portavoz de la comisión de quejas que ayer negoció conmigo una serie de derechos y concesiones.

HAY NORMAS NUEVAS, PERO LAS ANTIGUAS SIGUEN VIGENTES

Se hace otro recuento a las dos y media de la madrugada y el patio está un poco abarrotado, con seis carceleros presentes y siete reclusos en fila contra la pared. No hay razón para que el turno de tarde se haya quedado, lo han decidido por su cuenta. Quizá quieran ver qué tal se las arregla el turno de noche. El recluso 8612 ya no está y falta otro. Vandy saca a rastras de la

celda 2 a 819, que está muerto de sueño, para que se ponga en la fila. Los carceleros reprochan a algunos reclusos que no lleven puesto el gorro de media recordándoles que es una parte esencial de su uniforme.

Vandy: «Venga, que toca recuento. ¿Os parece bien?».

Un recluso dice: «Muy bien, señor oficial de prisiones».

«Y los demás, ¿qué decís?»

Chusquero: «¡Fenomenal, señor oficial de prisiones!».

«A ver, que os oigamos a todos. ¡Venga, que lo podéis hacer bien! ¡Más alto!»

«Muy bien, señor oficial de prisiones.»

«¡Más alto!»

«¿Qué hora es?»

«La hora del recuento, señor oficial de prisiones», dice un recluso con voz débil.[1] Los reclusos están en fila, con las manos contra la pared y las piernas abiertas. A esas horas se numeran con lentitud porque han dormido muy poco.

Aunque su turno ya ha terminado, Burdan se sigue mostrando muy autoritario, gritando órdenes mientras pasea por el patio blandiendo la porra. Al azar, saca a un recluso de la fila.

«¡Aquí, chaval, hazme unas cuantas flexiones!», grita.

Varnish toma la palabra por primera vez: «A ver, decid vuestros números. Empezando por la derecha. ¡Ya!». Puede que se sienta más seguro al estar acompañado de más carceleros.

Luego interviene Geoff Landry: «¡Un momento, ese de ahí, el 7258, aún no se sabe su número ni al revés!». Pero, ¿por qué sigue interviniendo Geoff si su turno ya ha terminado? Se pasea con las manos en los bolsillos, más como alguien que pasa por allí que como un carcelero. En realidad, ¿por qué sigue ahí el personal del turno de tarde después de una jornada tan larga y fastidiosa? Ya deberían estar de camino a casa. Su presencia provoca confusión y no queda claro quién debe dar las órdenes. Los reclusos se numeran una y otra vez siguiendo las mismas rutinas, que antes eran ingeniosas y que ahora ya empiezan a hacerse pesadas: de dos en dos,

diciendo su número al revés, cantándolo de varias maneras. Hellmann, que ha decidido que esto no le va, no dice nada, observa durante un rato y luego se marcha discretamente.

Los reclusos repiten las normas otra vez, y otra vez las tienen que cantar. Mientras las van cantando, Vandy les ordena que lo hagan más fuerte, más rápido, más claro. Los cansados reclusos obedecen y sus voces se unen en un coro muy poco angelical. Los carceleros, por su cuenta, deciden que es hora de añadir algunas normas:

«Los reclusos deben participar en todas las actividades de la prisión. ¡Y esto incluye los recuentos!».

«¡Deberán hacer las camas y ordenar como dios manda sus efectos personales!»

«¡El suelo tiene que estar como los chorros del oro!»

«¡Los reclusos no deben mover, tocar ni pringar las paredes, los techos, las puertas, las ventanas ni nada que sea propiedad de la prisión!»

Varnish ha creado este ejercicio para que los reclusos entiendan a la perfección la sustancia y el estilo de las normas. Si ve que lo hacen con desgana, les obliga a que las repitan una y otra vez con unas variaciones totalmente disparatadas.

Varnish: «¡Los reclusos no deben tocar las luces de las celdas!».

Presos: «Los reclusos no deben tocar las luces de las celdas».

Vandy: «¿Cuándo deben tocar los reclusos las luces de las celdas?».

Presos (totalmente al unísono): «*Nunca*».

Aunque su voz revela que están todos exhaustos, las respuestas son más fuertes y claras que anoche. De repente, Varnish se ha convertido en el líder: dirige la repetición de las normas, insiste a los reclusos para que lo hagan a la perfección, ejerce sobre ellos su autoridad y los trata con condescendencia. Se dicta otra norma nueva que está pensada claramente para mortificar a Paul-5704, nuestro adicto a la nicotina.

Varnish: «¡Fumar es un privilegio!».

Los reclusos: «Fumar es un privilegio».

«¿Qué es fumar?»

«Un privilegio.»

«¿Un qué?»

«Un privilegio.»

«Sólo se podrá fumar después de las comidas o cuando lo considere oportuno un oficial.»

Varnish: «No me gusta ese tono tan monótono, hay que subirlo más».

Los reclusos obedecen y repiten las palabras en un tono más alto.

«Si no empezáis más abajo no llegaréis a la nota más alta.»

Quiere que los reclusos vayan subiendo el tono a medida que van hablando. Vandy les hace una demostración.

Varnish: «¡Qué bien suena!».

Varnish lee las normas nuevas de una hoja que sujeta con una mano mientras sostiene la porra en la otra. Los otros también blanden sus porras salvo G. Landry, cuya presencia allí no tiene sentido. Mientras Varnish dirige a los reclusos para que reciten las normas, Vandy, Ceros y Burdan entran y salen de las celdas y se pasean por entre los reclusos buscando llaves de esposas que se hayan podido perder, armas o cualquier otra cosa sospechosa.

Ceros saca al chusquero de la fila y le hace ponerse con las piernas abiertas y las manos contra la pared mientras le venda los ojos. Luego lo esposa, le ordena que vaya a buscar el cubo que hace las veces de orinal y lo acompaña fuera de la prisión para que eche el contenido al retrete.

Uno tras otro, los reclusos gritan: «¡El director!», en respuesta a la pregunta que les ha hecho Varnish: «¿Quién da las órdenes supremas?». En estos momentos estoy grabando lo que ocurre durante el turno de noche mientras Curt y Craig se echan un sueñecito y me suena raro oír decir que mis órdenes son «supremas». En mi otra vida tengo por norma no dar nunca órdenes y me limito a sugerir o insinuar lo que quiero o necesito.

Varnish los aprieta aún más obligándoles a cantar la palabra «castigo», que es la última de la última norma, la que dice lo que ocurre si se incumplen las otras normas. Deben cantar una y otra vez la temida palabra con el tono más alto al que puedan llegar y se sienten ridículos y humillados.

A todo esto ya han pasado casi cuarenta minutos y los reclusos tiemblan de cansancio; les duele la espalda, tienen las piernas agarrotadas, pero no se quejan. Burdan les dice que se den la vuelta y que se pongan de

frente para pasar revista al uniforme.

Vandy pregunta a 1037 por qué no lleva la media en la cabeza.

«Uno de los oficiales me la ha quitado, señor.»

Vandy: «No sé de ningún oficial que lo haya hecho. ¿Me estás diciendo que los oficiales no sabemos lo que ocurre aquí?».

«De ningún modo, señor oficial de prisiones.»

Vandy: «Entonces es que la has perdido tú».

1037: «Así es, señor oficial de prisiones».

Vandy: «Quince flexiones».

«¿Quiere que las cuente?»

Vandy hace saber que 3401 dice que está enfermo.

Varnish responde: «Los reclusos enfermos no nos molan. ¿Por qué no haces veinte abdominales para sentirte mejor?». Luego acusa a 3401 de ser un llorica y le quita la almohada.

«Venga, los que lleven gorro, a sus celdas. Los demás, quietos ahí. Os podéis *sentar* en la cama, pero acostaros no. Bien mirado, poneos a hacer la cama y procurad que no quede ni una arruga.»

Luego, Varnish ordena a los tres reclusos sin gorro que hagan flexiones sincronizadas. Baja de un salto de la mesa donde ha estado sentado y le da un golpe con la porra porque sí. Se queda de pie junto a los reclusos, gritando: «¡Abajo, arriba!», mientras llevan a cabo el ritual de castigo. Paul-5704 se para y dice que ya no puede más. Varnish transige y deja que los reclusos se pongan de pie de cara a la pared.

«Os vais a quedar de pie al lado de la cama hasta que encontréis los tres gorros. Y si no los encontráis, os ponéis una toalla en la cabeza.»

«819, ¿qué tal estamos hoy?»

«De maravilla, señor oficial de prisiones.»

«Muy bien, haced las camas y que no os quede ni una arruga; luego os sentáis en ellas.»

A estas alturas, los otros carceleros ya se han ido y sólo quedan los del turno de noche más el carcelero suplente, Morison, que observa en silencio este abuso de autoridad. Les dice a los reclusos que si lo desean se pueden echar: los reclusos se acuestan de inmediato y se quedan dormidos antes de tocar la almohada.

Cerca de una hora más tarde, el subdirector pasa por allí muy bien vestido, con americana y corbata. Se diría que cada día crece un poco más, o quizás es que ahora anda más erguido de lo que yo recuerdo.

«Atención, atención», entona. «Cuando los reclusos estén correctamente preparados deberán formar una fila en el patio para pasar revista a su estado.»

Los carceleros van a las celdas 2 y 3 y dicen a los reclusos que se levanten y salgan al patio. Su breve sueño se ve interrumpido otra vez.

Los ocupantes de las celdas 2 y 3 vuelven a salir. Stew-819 ha encontrado su gorro; Rich-1037 lleva puesta una toalla como si fuera un turbante, y Paul-5704 lleva otra toalla al estilo de Caperucita roja que cubre sus largas greñas de color negro.

Varnish pregunta al chusquero: «¿Qué tal habéis pasado la noche?».

«De maravilla, señor oficial de prisiones.»

El recluso 5704 no va tan lejos y se limita a decir: «Bien». Varnish le hace ponerse de cara a la pared mientras otro carcelero proclama en voz alta una regla básica:

«Cuando los reclusos se dirijan a un guardia siempre le llamarán "señor oficial de prisiones"».

5704 tiene que hacer flexiones por no haber añadido ese tratamiento a la mentira que ha dicho con tan poco entusiasmo: «Bien».

El subdirector camina lentamente frente a la fila de reclusos, como un general que pasa revista a sus tropas: «Diría que este recluso tiene un problema con el pelo, y tiene otro con el número. Antes que nada, todos deben llevar su número bien visible». El subdirector sigue recorriendo la fila inspeccionando a los demás y pide a los carceleros que tomen las medidas pertinentes. «A este recluso se le ve el pelo por debajo de la toalla.» Insiste en que los números se vuelvan a coser o se cambien por otros hechos con rotulador.

«Mañana es día de visita. Supongo que querréis enseñar a los visitantes lo guapos que son nuestros reclusos. ¿Verdad? Pues el recluso 819 tiene que aprender a ponerse bien el gorro. Y también sugiero que a los reclusos 3401 y 5704 se les enseñe a ponerse la toalla como la lleva el recluso 1037. Y ahora vuelvan todos a sus celdas.»

Los reclusos vuelven a dormir hasta que les despiertan para el desayuno. Empieza una nueva jornada y el turno de mañana entra en la prisión. Se prueba otra manera de hacer el recuento: esta vez cada recluso debe decir su número al estilo de las *cheerleaders*:

«¡Dame un 5, dame un 7, dame un 0, dame un 4! *¿Qué-numé-roés?* ¡5-7-0-4!» Fila arriba y fila abajo, cada recluso da un paso adelante para cantar su número como una *cheerleader*. Arnett, J. Landry y Markus les someten a este nuevo tormento una vez, y otra, y otra...

Los límites entre rol e identidad se difuminan

No llevan ni tres días en esta situación tan extraña y algunos de los estudiantes que hacen de carceleros han ido mucho más allá de limitarse a representar su papel. Como revelan claramente sus informes de los turnos, sus diarios y sus reflexiones personales, han interiorizado la hostilidad, los sentimientos negativos y la mentalidad que suelen tener muchos carceleros de verdad.

Ceros se siente orgulloso de «lo bien que hemos empezado hoy» los carceleros porque «hemos sido más metódicos y hemos obtenido unos resultados excelentes de los reclusos». Aun así, hay algo que le inquieta: «Me preocupa que esta calma pueda ser falsa, que estén tramando una fuga».[2]

Varnish revela su resistencia inicial a meterse en el papel de carcelero, una resistencia tan manifiesta que tuve que decirle al subdirector que le leyera la cartilla. «Hasta el segundo día no me decidí a obligarme a meterme en serio en mi papel. Tuve que ahogar a la fuerza lo que sentía por los reclusos, perder toda compasión o respeto por ellos. Empecé a tratarlos de palabra de la manera más fría y severa que podía. No quería revelar ningún sentimiento que pudiera gustarles ver, como ira, o desesperación.» Su identificación con el grupo también se ha fortalecido: «Veía a los carceleros como un grupo de gente muy maja con la misión de mantener el orden entre un grupo de personas indignas de confianza o de simpatía, los reclusos». También comenta que la dureza de los carceleros llegó al máximo en el recuento de las 2:30 de esta madrugada, y que le gustó.[3]

Vandy, que ha empezado a compartir con Varnish el papel dominante del turno de noche, hoy no está tan activo como antes: está apagado y se siente muy cansado por la falta de sueño. Pero le complace ver que los reclusos se meten tanto en su papel: «No lo ven como un experimento. Es algo real y luchan por conservar la dignidad. Pero siempre estamos ahí para recordarles quién manda».

Dice que se nota cada vez más autoritario y que se olvida de que esto no es más que un experimento. Que se ve «queriendo castigar a los que no obedecen para enseñar a los demás cómo deben comportarse».

La creciente despersonalización y deshumanización de los reclusos también empezaban a hacer mella en él: «Cuanto más me enfadaba, menos cuestionaba esta conducta. No podía dejar que me afectara y empecé a ocultarme más y más tras mi rol. Era la única manera de no hacerme daño. Estaba totalmente confundido por todo lo que ocurría, pero ni se me pasó por la cabeza abandonar».

Echar a las víctimas la culpa de su estado lamentable —que era consecuencia de no haberles ofrecido unos medios adecuados para bañarse y asearse— era habitual entre el personal. Vemos esta atribución de culpa en una queja de Vandy: «Estaba harto del hedor de la prisión, de ver a los reclusos con harapos y oliendo tan mal».[4]

Protegiendo la seguridad de mi institución

En mi papel de director de la prisión me he concentrado en la cuestión más importante a la que se puede enfrentar el responsable de cualquier institución: ¿qué debo hacer para garantizar la seguridad de la institución que está a mi cargo? La amenaza que supone el presunto asalto a nuestra prisión ha hecho pasar a un segundo plano mi rol como investigador. ¿Qué debo hacer aquí y ahora ante el asalto inminente de 8612 y sus compinches?

En la reunión matinal con el personal hemos examinado muchas opciones y hemos acordado trasladar el experimento a la cárcel antigua de la ciudad, que fue abandonada cuando se acabó la nueva comisaría central de policía, la misma donde nuestros reclusos habían sido fichados el domingo. Recordé que el sargento me había preguntado esa mañana por qué

no usábamos la antigua cárcel para nuestro estudio porque estaba desocupada y disponía de celdas grandes. Si lo hubiera pensado antes lo habría hecho, pero ya habíamos montado el equipo de grabación y habíamos contratado los servicios de los comedores universitarios y otros detalles logísticos que serían más fáciles de gestionar desde el edificio de la facultad de psicología. Pero ahora era precisamente lo que necesitábamos.

Mientras estoy fuera haciendo gestiones para disponer de las nuevas instalaciones, Curt Banks asiste a la segunda reunión con la comisión de quejas de los reclusos, Craig Haney se encarga de los preparativos para la hora de visita y Dave Jaffe supervisa las actividades habituales de los oficiales de prisiones.

Me alegro de que el sargento pueda recibirme con tan poca antelación. Nos reunimos en la céntrica y antigua cárcel de Ramona Street. Le explico el aprieto en el que me hallo diciéndole que quiero evitar un enfrentamiento violento como los que hubo el año pasado en el campus entre la policía y los estudiantes. Le ruego su cooperación. Inspeccionamos juntos el lugar como si yo fuera un posible comprador. Es perfecto para trasladar allí el resto del estudio, y eso añadiría aún más realismo a la experiencia.

Cuando vuelvo con él a jefatura relleno una serie de formularios oficiales y pido que la cárcel esté lista para que la podamos usar antes de las nueve de esta misma noche (inmediatamente después de las horas de visita). También prometo que durante los próximos diez días la mantendremos limpísima, que los reclusos se encargarán de ello y que pagaré cualquier desperfecto que pueda producirse. Nos damos la mano con la firme sacudida que distingue a los hombres de pelo en pecho y le doy las gracias efusivamente por sacarme del apuro. ¡Qué alivio! Ha sido más fácil de lo que había imaginado.

Aliviado por este golpe de suerte y orgulloso de mi rapidez de reflejos, me doy el gusto de tomarme un buen *espresso* acompañado de unos *cannoli* en la terraza de un café, bañándome en los rayos del sol de otro agradable y templado día de verano. Palo Alto sigue siendo un paraíso. Nada ha cambiado desde el domingo.

Poco después de la festiva reunión en la que notifico al personal los planes para el traslado, recibimos un jarro de agua fría en forma de llamada de la jefatura de policía: ¡imposible! Al ayuntamiento le preocupa que le caiga una demanda si a alguien le pasa algo estando en una propiedad pública. También se plantea la cuestión del falso encarcelamiento. Le ruego al sargento que me deje convencer al funcionario responsable de que sus temores carecen de base. Apelo a la cooperación institucional recordándole mis contactos con el jefe Zurcher. Intento hacerle comprender que es más probable que salga herido alguien si se produce un asalto contra unas instalaciones sin seguridad como las nuestras. «Por favor, ¿no podemos hallar una solución?» «Lo siento, pero no puede ser; me sabe muy mal dejarle en la estacada, pero es una cuestión puramente administrativa.» Mi jugada maestra para el traslado de los presos se ha ido al garete y es evidente que también me estoy pasando de rosca.

¿Qué debe pensar el oficial de policía de un profesor de psicología que se cree el director de una prisión y que está muerto de miedo porque dice que alguien quiere asaltarla? ¿Que soy un chiflado? Puede ser. ¿Que exagero? Casi seguro. ¿Que ese psicólogo es un psicópata? Es probable.

«¿Sabes qué?», me digo, «¡Al cuerno lo que piense! Tú sigue adelante que el tiempo apremia. Olvídate de este plan y piensa otro. A ver: primero mete a un confidente entre los presos para tener más datos sobre el asalto que se avecina. Luego engañas a los asaltantes y cuando entren por la fuerza les haces creer que el estudio ha terminado. Desmontáis los calabozos para que parezca que todo el mundo se ha ido a casa, les dices que hemos decidido suspender el estudio, que no hace falta hacerse el héroe, que ya pueden irse por donde han venido.»

Cuando se hayan ido tendremos tiempo de fortificar la prisión o de buscar otras opciones. En la última planta hemos encontrado un trastero muy grande para esconder a los internos en cuanto acaben las horas de visita, suponiendo, claro está, que el asalto no se produzca precisamente entonces. Luego, avanzada la noche, los traeremos de vuelta y prepararemos la prisión para que pueda resistir cualquier asalto. El

encargado de mantenimiento ya se está ocupando de reforzar las puertas de entrada, pondrá una cámara de vigilancia en el exterior y hará lo que pueda para reforzar la seguridad. Parece un plan bastante bueno, ¿no?

Era evidente que sufría una obsesión irracional con el supuesto asalto a «mi prisión».

Infiltrar a un confidente

Como necesitamos más información sobre el asalto, decido infiltrar a un confidente en la prisión, un supuesto sustituto del recluso liberado. David G. es un alumno mío con la clase de mentalidad analítica que necesitamos. Sin duda, su barba espesa y su aspecto descuidado harán que los reclusos le tomen por uno de ellos. Como ya nos había echado una mano al principio del estudio, relevando a Curt en las grabaciones de vídeo, David ya se había hecho una buena idea del lugar y de la acción. Accede a participar unos días para ver si averigua algo que nos pueda ser útil. Luego le haremos ir a los despachos con cualquier pretexto para que nos pueda informar.

Dave se entera nada más entrar de la nueva doctrina de los carceleros porque uno de ellos se la deja muy clara: «Los buenos reclusos no tienen de qué preocuparse; pero los liantes lo tienen muy crudo». La mayoría de los reclusos están llegando a la conclusión de que no tiene sentido representar su papel en su faceta más problemática, enfrentándose constantemente a los carceleros. Empiezan a aceptar su suerte y a afrontar día a día lo que les pueda venir porque «la perspectiva de que se pasaran dos semanas jodiéndote con el sueño, la comida, las camas y las mantas era demasiado». Pero Dave nota un nuevo estado de ánimo que antes no estaba. «La paranoia prende aquí enseguida», dijo más tarde, al hablar de los rumores de fuga.[5]

Nadie cuestiona la presencia de David en la prisión. No obstante, tiene la impresión de que los carceleros saben que no es como los demás, que no tienen claro qué hace allí. No conocen su identidad y le tratan como a los otros: mal. A David pronto empieza a afectarle la rutina de ir al lavabo:

«Tenía que cagar en 5 minutos y mear con la cabeza tapada con una bolsa mientras alguien me decía dónde estaba el urinario. No lo podía hacer; es que no me salía ni gota. ¡Tenía que ir al váter y cerrarlo para estar seguro de que nadie se me echara encima!»[6]

Hace buenas migas con Rich-1037, su compañero de la celda 2, y entablan amistad muy pronto. Demasiado pronto. En cuestión de horas, nuestro leal confidente, David G., que lleva puesto el uniforme de Doug-8612, se transforma. Dave dice sentirse «culpable por haber ido ahí a chivarme de aquella gente tan maja, y me sentí muy aliviado cuando vi que, en realidad, no había nada que contar».[7] Pero, ¿seguro que no tenía nada que decirnos?

El recluso 1037 le dice a David que los reclusos no pueden irse cuando quieran, que no dejamos que se marchen. Luego le aconseja que no sea tan rebelde como en el primer recuento en el que ha estado. En esos momentos no es lo más conveniente para los reclusos. Según le confía 1037, la manera de planear una fuga es que los reclusos «les sigamos el juego a los carceleros para pillarlos en bragas».

¡La verdad es que David nos dijo más adelante que 8612 no había organizado ningún asalto! Pero nosotros ya habíamos malgastado mucho tiempo y muchas energías preparándonos para repelerlo. «Está claro que algunos soñaban con que sus amigos vinieran durante la hora de visita para sacarlos de allí», dijo, «o que soñaban con escabullirse al ir al lavabo, pero no era más que un sueño», una brizna de esperanza a la que agarrarse.[8]

Poco a poco nos damos cuenta de que David no cumple su compromiso verbal de ser nuestro confidente durante esta emergencia. Cuando alguien roba las llaves de las esposas aquel mismo día, David nos dice que no tiene ni idea de dónde pueden estar. Nos había mentido, como supimos al leer su diario al final del experimento: «Poco después supe dónde estaban las llaves, pero opté por no decir nada, por lo menos hasta que dejara de tener importancia. Lo habría dicho, pero no quería traicionar a esa gente en sus propias narices».

Esta adopción bastante repentina y sorprendente de la mentalidad de un recluso aún se hizo más patente en otros comentarios posteriores de David. Tenía la sensación de que durante los dos días que pasó en nuestra

prisión no era diferente de los demás, «salvo por el hecho de que sabía cuándo saldría, pero incluso esta certeza fue a menos porque para salir dependía de gente que estaba fuera. Ya no soportaba aquella situación». Y David, el confidente, nos dice que al final del primer día en la prisión de Stanford «me dormí sintiéndome avergonzado, culpable, asustado».

Se airean las quejas

Mientras yo estoy haciendo gestiones con la policía, la comisión de tres reclusos con la que me había reunido ayer entrega a Curt Banks otra lista de quejas aún más larga. Los reclusos elegidos son los mismos que ayer: Jim-4325, Rich-1037 y Paul-5704, que actúa como portavoz. Curt escucha con respeto sus quejas, entre ellas éstas: falta de higiene por las restricciones en el uso del lavabo; falta de agua limpia para lavarse las manos antes de comer; falta de duchas; temor a enfermedades contagiosas; las esposas y las cadenas aprietan demasiado y causan rozaduras. También quieren oficios religiosos los domingos, poder cambiar la cadena de pierna, hacer ejercicio y tener períodos de descanso, tener uniformes limpios, que los reclusos se puedan comunicar entre las celdas, una paga extra por trabajar los domingos y, en general, la oportunidad de hacer algo más útil que estar tumbados sin hacer nada.

Curt les escucha sin inmutarse, como hace normalmente. William Curtis Banks, un varón afroamericano de piel clara de veintitantos años, padre de dos niños y estudiante de segundo de posgrado, se siente orgulloso de haber entrado en la mejor facultad de psicología del mundo y es uno de los estudiantes más inteligentes y cumplidores con los que he trabajado. Es de los que no tiene tiempo para frivolidades, debilidades, excesos, excusas u otras memeces. Curt oculta sus emociones tras una fachada de estoicismo.

Jim-4325, que también es una persona reservada, debe de haber interpretado la actitud distante de Curt como una señal de contrariedad. Se apresura a añadir que, más que verdaderos «agravios», se trata de «simples propuestas». Curt les agradece cortésmente su confianza y se compromete a ponerlas en conocimiento de sus superiores para que las estudien. Me

pregunto si se han dado cuenta de que Curt no ha tomado nota de nada y de que ellos no le han entregado la lista que han hecho. Para nuestro Sistema era esencial dar a aquel entorno autoritario la apariencia de una democracia.

La protesta ciudadana exige cambios en el sistema. Si los cambios necesarios se hacen con astucia se puede evitar la desobediencia y la rebelión abierta. Pero si la protesta es absorbida y pasa a formar parte del sistema, la desobediencia se reduce y la rebelión se aplaza. El hecho es que, al no haber recibido ninguna garantía de que se hará un intento razonable de solucionar sus quejas, es poco probable que la comisión consiga alguno de sus objetivos. La comisión de quejas de la prisión de Stanford fracasó en su misión principal: poder hacer mella en la armadura del sistema. No obstante, los reclusos se van satisfechos de haber podido airear sus quejas y de que una autoridad, aunque no sea de un nivel muy alto, les haya prestado atención.

Los reclusos establecen contacto con el mundo exterior

Las primeras cartas de los reclusos eran invitaciones a posibles visitas, algunas de las cuales iban a venir esta noche, la del tercer día del experimento. La segunda tanda de cartas es para invitar a alguien a la siguiente noche de visita o para escribir a un amigo o familiar que viva demasiado lejos y no pueda venir. Cuando los reclusos han acabado de escribir las cartas en el papel oficial de la prisión, los carceleros las recogen para enviarlas y, como es habitual, las leemos por motivos de seguridad y hacemos una copia. Los siguientes fragmentos nos dan una idea de lo que sentían los reclusos, aunque hubo por lo menos un caso que nos dejó muy sorprendidos.

El apuesto y típicamente norteamericano Hubbie-7258 le pide a su novia que le traiga «carteles o pósters que estén bien», porque está «harto de estar sentado en la cama mirando las paredes vacías».

Rich-1037, el tipo duro con mostacho a lo Zapata, hace saber a un amigo la rabia que siente: «Esto ha dejado de ser un trabajo; estoy jodido porque no me puedo ir».

Stew-819, cuyas quejas han ido en aumento, envía a un amigo unos mensajes contradictorios: «La comida aquí es tan buena y abundante como la de un eremita. Por lo demás, no pasa gran cosa: duermes, gritas tu número y te joden sin parar. Largarse de aquí tiene que ser la hostia».

El diminuto recluso de origen asiático, Glenn-3401, deja claro el desprecio que siente por este lugar: «Las estoy pasando canutas. Me iría de puta madre que echaras una bomba en el Jordan Hall para distraer la atención. Los colegas y yo estamos hasta el gorro. Pensamos fugarnos en cuanto podamos, pero antes he jurado partirle la cara a más de uno». Luego añade una extraña posdata: «Procura que estos idiotas no sepan que eres real...». ¿Real?

La sorpresa nos la da una carta de Paul-5704, nuestro adicto a la nicotina y nuevo líder de los reclusos. En su carta, 5704 hace algo muy tonto para alguien que, como él, se tiene por revolucionario. Avisa a su novia —y sabe que lo vamos a leer— de que cuando salga piensa escribir un artículo sobre su experiencia para una revista *underground* local. Ha descubierto que la Office of Naval Research del Ministerio de Defensa estadounidense sufraga mi investigación.[9] ¡De ello deduce una teoría de conspiración y dice que intentamos averiguar la mejor forma de encarcelar a los estudiantes que se oponen a la guerra de Vietnam! Es evidente que no es un revolucionario con experiencia porque, en general, no es muy recomendable que uno explique sus planes subversivos en una carta que alguien más va a leer.

Poco sabe él que como profesor he sido un activista radical contra la guerra desde 1966, cuando organicé uno de los primeros «seminarios nocturnos de protesta» del país en la Universidad de Nueva York, y que en la misma universidad impulsé un boicot masivo a la ceremonia de concesión del doctorado *honoris causa* a Robert McNamara, el secretario de Defensa. Sin ir más lejos, el año pasado, en Stanford, había organizado a miles de estudiantes para que sus protestas contra la guerra fueran constructivas. En lo político somos almas gemelas, pero en la tontería revolucionaria, no.

Su carta empieza así: «He llegado a un acuerdo con *The Tribe* y *The Berkeley Barb* [unas revistas alternativas y radicales gratuitas] para que publiquen el artículo en cuanto salga». Luego, 5704 se jacta de su puesto en nuestra pequeña comunidad carcelaria: «Hoy me han nombrado portavoz del comité de quejas. Mañana voy a organizar una cooperativa para cobrar los salarios». A continuación explica de qué le sirve esta experiencia: «Aprendo muchas cosas sobre el trato que dan a los revolucionarios en las prisiones. Los carceleros no consiguen nada porque no pueden comerles la moral a los viejos *freaks*. La mayoría lo somos y no creo que nadie se raje antes de que esto acabe. Algunos empiezan a adoptar una actitud servil, pero no influyen en los demás». Luego finaliza escribiendo con una letra grande y gruesa: «Tu recluso, 5704».

Decido no decir nada a los carceleros porque podrían tomar represalias y pasarse. Pero me disgusta pensar que se me acuse de ser un instrumento de la maquinaria bélica del gobierno por la beca que sufraga mi investigación, y más aún habiéndome esforzado tanto por fomentar entre los activistas estudiantiles unas formas efectivas de protesta. Esa beca fue concedida en principio para financiar la investigación empírica y conceptual de los efectos del anonimato, de las condiciones de la desindividuación y de la agresividad interpersonal. Cuando se me ocurrió la idea del experimento de la prisión, conseguí que el organismo que concedía la beca la ampliara para sufragar esta investigación, pero sin recibir más fondos. Me da coraje pensar que Paul, y probablemente sus camaradas de Berkeley, propaguen este bulo.

La cuestión es que, sea por los cambios de su estado de ánimo, por sus ansias de fumar o por el deseo de tener algo más emocionante que publicar, 5704 nos ha dado muchos problemas precisamente hoy, cuando ya teníamos demasiados de los que ocuparnos. Con la ayuda de sus compañeros de celda, ha doblado los barrotes de la puerta de la celda 1 y le han metido en el hoyo. Mientras estaba allí, ha derribado a patadas el tabique que separa los dos compartimentos, por lo que se le ha negado el almuerzo y se le ha sancionado con un tiempo extra de aislamiento. Ha seguido sin cooperar durante la cena y es evidente que estaba disgustado porque nadie ha venido

a visitarle. Por suerte, después de cenar, cuando vuelve de una reunión con el subdirector, que le ha reprendido muy seriamente, vemos que su conducta parece mejorar.

La farsa de las visitas

Esperaba que Carlo pudiera venir desde Oakland para ayudarme a preparar de la mejor manera posible la avalancha de padres. Pero, como es habitual, su viejo coche se ha averiado y lo están reparando, aunque esperamos que lo arreglen a tiempo para que pueda venir mañana a presidir la junta de libertad condicional. Tras una larga conversación telefónica, el plan de actuación ha quedado perfilado. Al final haremos lo que hacen todas las prisiones ante las visitas inoportunas dispuestas a documentar maltratos y a enfrentarse al sistema exigiendo mejoras: los oficiales disimulan las señales de violencia como sea, ocultan a los que han recibido más palos de la cuenta, y hacen como si allí no hubiera pasado nada.

Carlo me ofrece sus sabios consejos sobre lo que podemos hacer en el poco tiempo que tenemos para que los padres tengan la impresión de ver un sistema benevolente y bien engrasado que cuida bien de sus hijos mientras están a su cargo. Sin embargo, deja claro que, al ser padres blancos de clase media, deberemos convencerles de que el estudio es muy necesario y hacer que se sometan a la autoridad, igual que hacemos con sus hijos. Carlo se ríe cuando me dice: «¡Anda que a vosotros, los blancos, os cuesta obedecer los deseos del poder, para que se entere de que lo está haciendo muy bien!».

Volvamos al escenario principal: los reclusos friegan los suelos y limpian las celdas, se quita el cartel de la celda de aislamiento y se rocían todos los rincones con un desinfectante que huele a pino para disimular el tufillo a orina. Los reclusos se afeitan, se lavan con esponja y se arreglan lo mejor que pueden. Las medias y las toallas que sirven de gorro se esconden. Por último, el subdirector advierte a todo el mundo de que cualquier queja pondrá fin a las visitas de inmediato. Pedimos al turno de mañana que se quede hasta las nueve de la noche para ayudarnos con las visitas y por si la revuelta que nos tememos se acaba haciendo realidad. Por si acaso, también he pedido que vengan los carceleros suplentes.

Después damos a los reclusos la mejor comida caliente que han recibido hasta el momento: pollo a la cazuela; los más glotones pueden repetir plato y tomar doble ración de postre. Una música suave inunda el patio mientras los reclusos comen. Los carceleros del turno de mañana sirven la cena y los del turno de tarde vigilan. Sin las carcajadas ni las risas que suelen acompañar las comidas, el ambiente es extrañamente anodino.

Hellmann ocupa la cabecera de la mesa, reclinado en una silla pero blandiendo visiblemente la porra: «2093, ¿a que nunca habías comido mejor?».

2093 responde: «No, señor oficial de prisiones».

«¿Y a que tu madre no te dejaba repetir, eh?»

«No, señor oficial de prisiones», responde obediente el chusquero.

«¿Ves lo bien que te tratamos aquí, 2093?»

«Sí, señor oficial de prisiones.» Hellmann toma un poco de comida del plato del chusquero y se aleja mirándolo con desprecio. Entre ellos empieza a generarse animadversión.

Mientras, en el corredor que hay al otro lado de la puerta principal de la prisión, hacemos los preparativos finales para recibir las visitas teniendo presente que, si nos despistamos, nos pueden causar muchos problemas. En la pared que hay frente a los despachos de los carceleros, el subdirector y el director, hemos colocado una docena de sillas plegables para que esperen antes de entrar. A medida que van bajando al sótano, muy risueños ante lo que les parece una experiencia nueva y divertida, sometemos su conducta sistemáticamente a nuestro control de acuerdo con el plan. Deben entender claramente que son unos invitados a los que concedemos el privilegio de visitar a sus hijos, hermanos, amigos o novios.

Susie Phillips, nuestra atractiva recepcionista, les da una calurosa bienvenida. Está sentada tras un gran mostrador con una docena de fragantes rosas rojas en un extremo. Susie, que también estudia conmigo, se está especializando en psicología y también es una «muñeca de Stanford»: está en el grupo de *cheerleaders* por su buen tipo y su facilidad para la gimnasia. Para cada visita toma nota de la hora de llegada, el número de personas y el nombre y número del interno al que desean visitar. Susie les explica el procedimiento que *se debe* seguir. Primero, el subdirector recibirá

a cada persona o grupo para darles instrucciones y después podrán entrar en la prisión cuando su familiar o amigo haya acabado de cenar. Al salir deberán reunirse con el director para comentarle cualquier duda que puedan tener o contarle sus impresiones. Todos aceptan las condiciones y se sientan a esperar mientras escuchan la música que suena por el altavoz del interfono.

Susie se disculpa por hacerles esperar tanto, pero parece que esta noche los reclusos tardan más de lo normal porque tienen doble ración de postre. Esto no sienta muy bien a algunas visitas, que tienen otras cosas que hacer y se están impacientando por ver a los suyos en esta prisión tan extraña.

Tras consultar con el subdirector, nuestra recepcionista dice a las visitas que los reclusos han tardado mucho en comer, que tendremos que limitar el tiempo de visita a diez minutos y que sólo podrán entrar dos personas por interno. La gente se queja de la falta de consideración de los reclusos. Una madre pregunta: «¿Y por qué sólo podemos entrar dos?».

Susie responde que dentro hay muy poco espacio y que la normativa contra incendios establece un máximo de personas. Como de pasada, añade: «Cuando sus hijos o sus novios les invitaron a venir, ¿no les dijeron nada sobre el límite de dos personas por visita?».

«¡Vaya, pues no!»

«Pues lo siento. Se les habrá pasado por alto, pero les ruego que lo tengan en cuenta la próxima vez.»

Las visitas procuran sacar el máximo partido a la situación y conversan entre ellas sobre este estudio tan interesante. Algunas se quejan de que esta normativa es arbitraria, pero se atienen a ella como debe hacer todo buen invitado. Hemos creado el marco para que crean que lo que ven en este lugar encantador es lo habitual y desconfíen de lo que puedan oír decir a sus egoístas y desconsiderados hijos, amigos y novios, que seguramente se van a quejar. De este modo, se convierten sin querer en comparsas de la comedia que estamos escenificando.

Visitas frías e impersonales

Los padres de 819, los primeros que entran en el patio, miran a su alrededor con curiosidad hasta que ven a su hijo sentado al final de la mesa que hay en medio del corredor.

El padre pregunta al carcelero: «¿Le puedo estrechar la mano?».

«Claro, ¡cómo no!», dice sorprendido por la pregunta.

Luego es la madre la que se acerca a su hijo, ¡y también le estrecha la mano! ¿Se dan la mano? ¿Un hijo y sus padres no se dan abrazos?

(Este saludo tan forzado con un contacto corporal mínimo suele ser la norma cuando se visita una prisión verdadera de máxima seguridad, pero nosotros no lo hemos impuesto como condición. Nuestra manipulación de las expectativas de las visitas ha creado cierta confusión en torno a la manera de comportarse en aquel lugar extraño. En caso de duda, se hace lo mínimo.)

Burdan vigila al recluso y a sus padres. Hellmann va y viene a su aire, invadiendo la intimidad entre 819 y sus padres. Se yergue sobre 819 mientras el recluso y sus padres hacen ver que no está y procuran mantener una conversación normal. Sin embargo, 819 sabe que si dice algo malo de la prisión lo pagará más tarde. Sus padres sólo están cinco minutos para que también puedan entrar su hermano y su hermana. Cuando se despiden, vuelven a darse la mano.

«Pues, la verdad, aquí tampoco se está mal», dice Stew-819 a sus hermanos.

Ellos y otros amigos de los reclusos actúan de una forma muy diferente a los padres, que suelen estar más nerviosos y se lo toman todo más en serio. Los hermanos y amigos están más relajados y ríen más: las restricciones situacionales no les intimidan tanto. Pero los carceleros no les quitan ojo.

819 continúa: «Tenemos conversaciones muy animadas con los oficiales de prisiones». Les habla del «hoyo de castigo» y, cuando se lo señala, Burdan le interrumpe: «No hables más del hoyo, 819».

Su hermana le pregunta por el número de la bata y quiere saber qué hace todo el día. 819 responde a sus preguntas y le describe la impresión que le causó la detención de la policía. Pero cuando empieza a hablar de los

problemas con los guardias del turno de tarde, Burdan vuelve a cortarle en seco.

819: «Por la mañana nos despiertan muy temprano... algunos guardias son muy buenos, unos oficiales de primera. Y no se pasan con nadie; tienen las porras, claro, pero...».

Su hermano le pregunta qué haría si pudiera salir. 819 le responde como debe responder un buen recluso: «Mira, la cuestión es que no puedo salir; por lo demás, aquí estoy la mar de bien».

Burdan da por finalizada la visita justo a los cinco minutos. Ceros ha estado sentado a la mesa todo el tiempo, con Varnish de pie detrás de él. ¡Hay más carceleros que invitados! El rostro de 819 se ensombrece cuando ve que sus hermanos le sonríen desde la puerta y le dicen adiós con la mano.

Ahora entran los padres de Rich-1037. Burdan se sienta a la mesa fulminándolos con la mirada. (Por primera vez me doy cuenta de que Burdan tiene la pinta de un Che Guevara más bien siniestro.)

1037: «Ayer fue un día bastante raro. Hoy hemos limpiado estas paredes y hemos fregado las celdas, ésas de ahí... hemos perdido la noción del tiempo. Aún no hemos visto la luz del sol».

Su padre le pregunta si se va a quedar las dos semanas. 1037 le dice que no está seguro, pero que supone que sí. La visita parece ir bien, la conversación es animada, pero a la madre se la ve preocupada por el aspecto de su hijo. John Landry se acerca como si tal cosa para charlar con Burdan mientras los dos atienden a la conversación de las visitas. 1037 no dice a sus padres que los carceleros le han quitado la cama y ahora duerme en el suelo.

«Gracias por venir», dice 1037 emocionado. «Me alegro de haber venido... hasta muy pronto, pasado mañana venimos, seguro.» La madre regresa cuando 1037 le pide que llame a alguien de su parte.

«Y sobre todo pórtate bien y obedece las normas», le ruega a su hijo.

El padre se la lleva con delicadeza hacia la puerta, consciente de que pueden rebasar el tiempo permitido y perjudicar a otras visitas.

Todos los carceleros alzan la vista cuando ven entrar en el patio a la guapa novia de Hubbie-7258. Trae una caja de dulces para ellos, un detalle muy bien pensado. Los carceleros se las zampan en un santiamén y expresan con sonoridad su aprobación para que se enteren todos los presentes. A 7258 sólo le dejan comer uno mientras él y su chica inician una animada conversación. Intentan no hacer caso del carcelero que les echa el aliento en el cogote; Burdan revolotea constantemente a su alrededor, mientras va dando golpecitos en la mesa con la porra.

Por el interfono suena de fondo el *hit* de los Rolling Stones «Time is on my side». Las visitas no se percatan de esta ironía mientras entran y salen del patio para aquellos encuentros tan breves.

La madre sabe que algo anda mal

Doy las gracias a cada visitante por el tiempo que nos ha dedicado. Hago como el subdirector e intento ser lo más simpático y complaciente que puedo. Añado que espero que aprecien lo que hacemos estudiando la vida en la prisión de la manera más realista posible dentro de los límites de un experimento. Respondo a sus preguntas sobre las próximas visitas y sobre el envío de paquetes, y les escucho en los apartes que hacen conmigo para pedirme que cuide bien de sus hijos. Todo va como una seda y sólo quedan unas visitas más antes de que pueda centrar toda mi atención en la amenaza que se cierne sobre nuestro calabozo. Sin embargo, cuando ya tengo la cabeza puesta en ese asunto, la madre de 1037 me pilla por sorpresa. No estoy preparado para dar respuesta a su profunda preocupación.

En cuanto ella y su esposo entran en mi despacho, la mujer me dice con la voz temblorosa: «No tengo intención de causar ningún problema, señor, pero estoy muy preocupada por mi hijo. Nunca le había visto con ese aspecto tan cansado».

¡Alerta roja! ¡Podría traer problemas a nuestra prisión! Y encima tiene razón: el recluso 1037 tiene una pinta fatal; además de estar agotado físicamente, también está deprimido. De todos los chicos es el que tiene una pinta más fea.

«¿Y cuál es *el problema de su hijo*?»

Es una reacción automática, como la de cualquier otra autoridad cuando alguien pone en duda el funcionamiento de su sistema. Y como cualquier otro responsable de un maltrato institucional, atribuyo el problema de su hijo a su manera de ser, como si fuera un problema suyo, como si el problema fuera *él*.

Pero mi estrategia no cuela. La madre sigue diciendo que le ve muy demacrado, que no ha dormido en toda la noche y...

«¿Es que sufre un trastorno del sueño?»

«No, dice que los carceleros les despiertan para eso de los "recuentos".»

«Ah, los recuentos. Verá: cada vez que entra de servicio un turno de guardia tiene que pasar lista a los internos para comprobar que estén todos.»

«Ya, pero, ¿a las tantas de la madrugada?»

«Es que los guardias hacen turnos de ocho horas, y como hay un turno que empieza a las dos de la madrugada, pues tienen que despertarlos para ver si están todos, no sea que se haya fugado alguno. Es muy lógico, ¿no?»

«No sé yo si...»

Como aún nos puede meter en un buen lío, adopto una táctica más drástica y me dirijo al padre, que aún no ha abierto la boca. Mirándolo fijamente a los ojos, pongo en duda su orgullo varonil.

«Perdóneme, caballero. ¿Diría usted que *su hijo* no es capaz de aguantar esto?» «Hombre, claro que puede, es un líder nato, ¿sabe?, el capitán de los... y...» Oyendo sus palabras sólo a medias pero captando su tono y sus gestos, me alío con él. «Estoy con usted. Creo que su hijo tiene la pasta que hace falta para salir airoso de una situación como ésta.» Dirigiéndome a la madre, añado para tranquilizarla: «Tenga la seguridad de que cuidaré bien de su hijo. Y muchas gracias por venir; espero tener el placer de volver a verles muy pronto».

El padre me estrecha la mano con una sacudida viril mientras le guiño el ojo con la complicidad del jefazo que está de su lado. Sin mediar palabra, nos decimos el uno al otro que «no hay que dar más importancia a la reacción exagerada de su "buena mujer"». ¡Qué canallas somos! ¡Y todo eso lo hacemos con el piloto automático puesto!

Como epílogo a este episodio recibí una carta llena de ternura que la señora Y había escrito aquella misma noche. Sus observaciones y su intuición sobre lo que pasaba en la prisión y sobre el estado de su hijo eran más que acertadas.

> Mi esposo y yo hemos visitado a nuestro hijo en la «prisión de Stanford». A mí me ha parecido muy real. No me esperaba algo tan duro y estoy segura de que mi hijo tampoco se lo esperaba cuando se inscribió. Cuando le he visto me ha dado un vuelco el corazón. Se le veía muy demacrado y no dejaba de quejarse de que hace mucho que no ve la luz del sol. Le he preguntado si se arrepentía de haberse inscrito y me ha dicho que al principio sí, pero que había tenido tantos altibajos que ahora ya estaba más resignado. No me cabe ninguna duda de que éste será el dinero más difícil que nunca llegará a ganar.
>
> Madre de 1037.
>
> PD: Esperamos que el proyecto tenga mucho éxito.

Aunque me adelanto a mi relato, debo añadir aquí que su hijo, Rich-1037, uno de los miembros del grupo original de rebeldes, tuvo que abandonar nuestra prisión al cabo de pocos días por unas reacciones agudas de estrés que lo dejaban totalmente abatido. Su madre había presentido que este cambio se acercaba.

INTENTAMOS FRUSTRAR A LOS ASALTANTES

Cuando se va la última visita todos damos un suspiro de alivio porque los asaltantes no han hecho acto de presencia cuando éramos más vulnerables. ¡Pero la amenaza sigue viva! Ha llegado el momento de entrar en acción. Nuestro plan es que algunos carceleros desmonten el *atrezzo* de la cárcel para dar la impresión de desorden. Mientras, otros unen las piernas de los reclusos con cadenas, les cubren la cabeza con una bolsa y los conducen al gran trastero de la quinta planta, que prácticamente no se usa. Cuando los asaltantes irrumpan en la prisión para liberarlos me encontrarán a mí solo sentado por allí y les diré que el experimento ha terminado. Lo hemos acabado antes de tiempo y todo el mundo se ha ido a casa, así que no hay nadie a quien liberar. Cuando hayan registrado el lugar y se hayan ido,

traeremos de vuelta a los reclusos y nos dedicaremos a reforzar la seguridad de la prisión. Hasta hemos pensado en capturar a 8612 y encerrarle otra vez si viene con los asaltantes porque ha obtenido la libertad con engaños.

Imaginemos la escena. Yo estoy sentado a solas en un corredor vacío antes conocido como «el patio». Lo que queda de la prisión de Stanford está esparcido por todas partes, las puertas de las celdas están fuera de los goznes, los letreros tirados por el suelo, la puerta principal abierta de par en par. Estoy que no quepo en mí de satisfacción al contemplar nuestra ingeniosa y maquiavélica contramedida. Pero resulta que, en lugar de los asaltantes, quien aparece por allí es un colega de psicología, un estudioso muy serio, un viejo amigo que había sido compañero de cuarto en la universidad. Gordon me pregunta qué está pasando. Él y su esposa han visto al grupo de reclusos en el quinto piso y les han dado mucha lástima. Les han llevado una caja de donuts porque parecían tener el ánimo por los suelos.

Le describo la investigación de la manera más rápida y sencilla que puedo mientras no dejo de pensar que, de un momento a otro, se va a producir la invasión. Entonces, el enterado va y me pregunta: «Oye, ¿y cuál es la variable independiente del estudio?». Debería decirle que la variable independiente es la asignación al azar de los papeles de recluso o carcelero a los sujetos previamente seleccionados. Pero en lugar de eso, me enfado.

Ahí estoy yo, a punto de que me invadan la prisión, con la seguridad de mis hombres y el estudio en juego, ¡y tengo que vérmelas con un «progre» defensor de causas perdidas que se las da de erudito y cuya única preocupación es algo tan ridículo como una variable independiente! Pensé para mis adentros: «¡Aún será capaz de preguntarme si tenemos un programa de reinserción! ¡Será burro!». Me lo quito de encima hábilmente y vuelvo a centrarme en la espera de la inminente invasión. Y aún la estoy esperando.

Al final me doy cuenta de que todo es un rumor sin ninguna base. Hemos malgastado mucha energía y dedicado muchas horas a preparar medidas para frustrar el asalto. He quedado como un tonto con la policía; hemos tenido que limpiar el trastero de la quinta planta, que parecía una pocilga; hemos desmantelado la prisión y hemos trasladado a los reclusos.

Y lo más importante: hemos malgastado un tiempo precioso. Nuestro mayor pecado como investigadores es que no hemos recogido ni un solo dato en todo el día. Y todo esto bajo la supervisión de alguien como yo, que tiene un gran interés profesional en la propagación y la distorsión de los rumores y que suele ofrecer demostraciones de este fenómeno en sus clases. Está claro que los mortales podemos llegar a ser muy, muy tontos, sobre todo cuando las emociones se anteponen a la razón.

Volvemos a montar la prisión y sacamos a los reclusos del ambiente cargado y sofocante de aquel trastero sin ventanas donde llevan encerrados tres horas para nada. ¡Qué humillado me siento! Craig, Curt, Dave y yo apenas nos miramos a los ojos el resto de la noche. Acordamos tácitamente no hablar del tema ni referirnos a él como «la cagada del doctor Z».

Quedamos como unos tontos pero, ¿quién va a pagar el pato?

Como era de esperar, todos nos sentimos muy frustrados y sufrimos la tensión que produce la disonancia cognitiva entre habernos tragado esa bola con tanta facilidad y haber emprendido toda esa actividad sin justificación suficiente.[10] También hemos caído en lo que se llama *groupthink* o «pensamiento grupal»: cuando yo, como jefe o líder, he creído que el rumor era válido, todos los demás lo han dado por verdadero. Nadie ha hecho de abogado del diablo, una figura necesaria en todo grupo para no tomar decisiones tan desatinadas o desastrosas como la nuestra. Me recuerda la decisión del presidente Kennedy de invadir Cuba y que acabó en el fiasco de la bahía de Cochinos.[11]

También tendría que haberme dado cuenta de que estábamos perdiendo la objetividad, algo básico en toda investigación científica. Estaba actuando más como director de la prisión que como director de la investigación. Ya debería haberlo visto con claridad en mi entrevista con la señora Y y su esposo, por no hablar del berrinche que me dio ante el sargento de policía. Pero los psicólogos también son seres humanos y, en el nivel personal, están sujetos a los mismos procesos dinámicos que estudian en el nivel profesional.

Nuestra sensación de frustración y vergüenza se difunde en silencio por el patio de la prisión. Visto en retrospectiva, está claro que debimos haber admitido nuestro error y seguir adelante, pero ésa es una de las cosas que más cuesta hacer. Basta con decir: «Me he equivocado. Lo siento», pero en lugar de eso buscamos inconscientemente un chivo expiatorio que nos liberara de culpa. Y no teníamos que mirar muy lejos. A nuestro alrededor había un montón de reclusos que iban a pagar muy caro nuestro fracaso y nuestra vergüenza.

CAPÍTULO 6

Miércoles: las cosas se desmadran

Espero que el cuarto día del experimento sea más tranquilo que ese martes tan plagado de problemas. El programa del día parece tener suficientes cosas interesantes para contener la inestabilidad que ha puesto la prisión al borde del caos. Un sacerdote que había sido capellán de prisiones viene de visita esta mañana para darme una idea de lo realista que es nuestra prisión simulada y ofrecernos su experiencia en una prisión real. Me devuelve el favor que le hice un día al darle referencias para un artículo que estaba escribiendo sobre las prisiones para un curso de verano. Aunque su visita estaba concertada desde antes del estudio, nos irá bien para satisfacer en alguna medida la petición de servicios religiosos que había presentado la comisión de quejas. Más tarde, nuestra junta de libertad condicional celebrará su primera sesión para escuchar a los reclusos que lo soliciten. La junta estará presidida por Carlo Prescott, el asesor de prisiones del proyecto. Será interesante ver cómo encara esta inversión de roles: de ser un recluso que había visto denegadas una y otra vez sus solicitudes de libertad condicional, pasará a presidir nuestra junta.

La promesa de otra noche de visita después de la cena ayudará a calmar el nerviosismo de algunos reclusos. También tengo previsto ingresar a un recluso suplente, que llevará el número 416, para cubrir la baja del conflictivo Doug-8612. La agenda para hoy está bien repleta: el subdirector y el resto del personal no tendrán tiempo de aburrirse.

UN SACERDOTE MUY RARO

El padre McDermott es un hombre muy alto, casi de metro noventa. Es delgado y de porte esbelto; se diría que va con frecuencia al gimnasio. Las entradas de las sienes dan a su cara más espacio en el que lucir su gran sonrisa, su nariz finamente labrada y su tez rubicunda. Esté de pie o sentado, siempre va con la espalda erguida y hace gala de un buen sentido del humor. McDermott es un sacerdote católico irlandés que se acerca a los cincuenta y que ha trabajado como consejero pastoral en una prisión de la costa este.[1] Con su cuello almidonado y su traje negro bien planchado da la imagen típica del cura de película jovial y al mismo tiempo firme. Me asombra la fluidez con la que entra y sale de su rol de sacerdote. Ahora es un estudioso serio, ahora un sacerdote preocupado, ahora alguien que acuerda un trato profesional, pero siempre regresa a su rol sacerdotal.

En mi despacho de director repasamos la larga lista de referencias que le he preparado para un informe que está redactando sobre la violencia interpersonal. Muy complacido con la lista e impresionado porque le dedico tanto tiempo, me pregunta: «¿Y qué puedo hacer por usted?».

Respondo: «Pues nada, que me gustaría que dedicara el tiempo del que disponga a hablar con todos los estudiantes del experimento que pueda y que después, en función de lo que le digan y de lo que observe usted, me diga con toda franqueza si le parece realista la experiencia carcelaria de estos chicos».

«Claro, con mucho gusto. Los compararé con los reclusos a los que atendía en un centro penitenciario de Washington, donde estuve varios años», me dice.

«Perfecto, no sabe cuánto le agradezco su colaboración.»

Ahora me pongo el sombrero de director de la prisión: «El subdirector ha invitado a los internos que quieran hablar con un pastor a inscribirse en una lista. Hay varios que quieren hablar con usted y algunos desean que este fin de semana se celebre un servicio religioso en la prisión. Sólo hay un recluso que no podrá hablar con usted, el número 819, porque no se encuentra bien y le conviene descansar».

«Muy bien, pues vamos allá, que esto suena interesante», dice el padre McDermott.

El subdirector ha colocado un par de sillas contra la pared entre las celdas 2 y 3: una para el padre y otra para el interno que venga a verle. Traigo otra para sentarme al lado del sacerdote. Jaffe está a mi lado con el gesto muy serio y él mismo se encarga de acompañar a cada interno desde su celda al lugar de la entrevista. Está claro que a Jaffe le hace mucha gracia esta escena, que mezcla realidad y simulación, donde un sacerdote de verdad ejerce su papel pastoral con unos reclusos de pega. Y es que el padre se lo toma tan en serio que empiezo a preocuparme por las posibles quejas de los reclusos y por lo que el buen capellán pueda hacer para atenderlas. Le pido a Jaffe que se asegure de que Curt Banks lo grabe todo en vídeo con un plano lo más corto posible, aunque la baja calidad de nuestra cámara no da para muchas filigranas.

La mayoría de las conversaciones siguen el mismo patrón.

El sacerdote se presenta: «Soy el padre McDermott, hijo; ¿cómo te llamas tú?».

El recluso responde: «Soy el 5486, señor» o «Soy el 7258, padre». Muy pocos responden con su nombre y los demás dan el número. Curiosamente, el sacerdote no se inmuta y eso me sorprende. Es evidente que la socialización en el rol de recluso está surtiendo efecto.

«¿De qué se te acusa?»

Las respuestas más usuales son: «Por robo con allanamiento», «Por robo a mano armada», «Por allanamiento» o «Por infracción del artículo 459».

Algunos añaden: «Pero soy inocente» o «Me han acusado de... pero yo no he hecho nada, padre».

Entonces el sacerdote dice: «Me alegro de conocerte, muchacho» o añade el nombre de pila del recluso. Luego les pregunta por su familia y por las visitas.

«¿Por qué llevas una cadena en la pierna?», le pregunta el padre McDermott a un recluso.

«Será para que no andemos a nuestras anchas por ahí», le responde.

A algunos les pregunta cómo se encuentran, cómo les tratan, si tienen alguna queja y si les puede ayudar en algo. Luego, nuestro padre va más allá de lo que me esperaba y les pregunta por los aspectos legales de su situación.

«¿Te han fijado alguna fianza?», le pregunta a uno. Y al recluso 4325 le pregunta con seriedad: «¿Y tu abogado qué dice?».

Por variar un poco, pregunta a otros: «¿Le has dicho a tu familia de qué se te acusa?» o «¿Ya has hablado con un abogado de oficio?».

De repente, aquello parece un episodio de *La dimensión desconocida*. Hasta el padre McDermott se ha metido hasta el cuello en el papel de capellán de la prisión. Parece que hemos creado una situación tan realista que el sacerdote ha caído en ella tanto como los reclusos, los carceleros o yo.

«No nos han dejado hacer ninguna llamada y aún no hemos ido a juicio; ni siquiera hay fecha para el juicio, padre.»

El sacerdote dice: «Pues alguien tendrá que encargarse de tu caso. Vamos, no digo que no puedas hacer nada desde aquí, pero escribir al presidente del tribunal no te servirá de mucho: tardará en responder. Será mejor que tu familia te busque un abogado porque en tu situación actual poco puedes hacer».

Rich-1037 dice que tiene pensado «defenderme yo mismo; cuando acabe la carrera de derecho quiero ser abogado».

El sacerdote sonríe negando con la cabeza. «Por lo que sé, los abogados que se defienden a sí mismos no pueden distanciarse adecuadamente de su situación. Ya lo dice el refrán: es como tener a un tonto por abogado.»

Le digo a 1037 que su tiempo ha terminado y hago una señal al subdirector para que traiga al siguiente recluso.

El sacerdote se queda desconcertado ante la formalidad del chusquero y su negativa a considerar la opción de buscar ayuda legal: «Pienso cumplir la sentencia que corresponda al delito del que se me acusa». «¿Hay más como él o es un caso especial?», pregunta el capellán. «Es un caso especial, padre.» Es difícil que el chusquero caiga bien a nadie y hasta el sacerdote le trata con una actitud condescendiente.

Paul-5704 aprovecha hábilmente esta oportunidad para gorrearle un cigarrillo al sacerdote sabiendo que no se le permite fumar. Mientras enciende el cigarrillo y le da una profunda calada, me brinda una sonrisa de suficiencia y hace una señal de victoria con la mano, como diciéndonos a todos: «¡Que os den!». El portavoz de la comisión de quejas aprovecha cada minuto de este agradable respiro de la rutina de la prisión. Me huelo que le pedirá otro cigarrillo para fumárselo más tarde. Pero me doy cuenta de que el oficial Arnett está tomando buena nota de todo y que le hará pagar con creces el cigarrillo de más y su burlona sonrisa de listillo.

Las entrevistas se suceden una tras otra y empiezan a oírse quejas sobre maltratos y violaciones de las normas. Yo me siento cada vez más nervioso y confundido.

Sólo 5486 se niega a participar en este juego, es decir, a fingir que esto es una prisión de verdad, que él es un recluso de verdad y que necesita la ayuda de un sacerdote de verdad para salir en libertad. Es el único que habla de la situación como un «experimento», un experimento que se está desmadrando por momentos. Jerry-5486 es el chaval más sensato de todos y también el menos expresivo. Me doy cuenta de que hasta ahora ha sido como una sombra, que ningún carcelero le llama para hacer nada especial, que ha pasado prácticamente desapercibido en los recuentos, las rebeliones o los alborotos que ha habido hasta el momento. A partir de este momento no pienso quitarle el ojo de encima.

En cambio, el siguiente recluso accede enseguida a que el padre le ayude a conseguir asistencia legal. Pero se queda de una pieza cuando se entera de que cuesta mucho dinero. «A ver, supón que el abogado te pide ahora mismo quinientos dólares de paga y señal. ¿Llevas tú quinientos dólares encima? No, ¿verdad? Pues tendrán que conseguir esta cantidad tus padres, y además ya mismo.»

Hubbie-7258 acepta el ofrecimiento del sacerdote y le da el teléfono de su madre para que ella se encargue de buscar ayuda. Dice que su primo trabaja de abogado de oficio y que podría ayudarle a salir bajo fianza. El padre McDermott le promete que se ocupará de su petición y el rostro de Hubbie se ilumina como si el mismísimo Santa Claus le acabara de regalar un coche nuevo.

Todo aquel *show* se va haciendo cada vez más extraño.

Antes de salir, y después de haber hablado con siete de nuestros internos, el sacerdote, como hace todo cura que se precie, pregunta por el único recluso que ha faltado, no sea que pueda necesitar su ayuda. Le pido al oficial Arnett que anime a 819 para que venga a hablar unos minutos con el padre; puede que le ayude a sentirse mejor.

En un momento de pausa, mientras van a buscar a 819, el padre McDermott me confía: «Todos los reclusos son del "tipo ingenuo" que digo yo. No saben qué es una prisión, ni para qué sirve. Es típico de las personas con estudios. Son los que deben cambiar el sistema penitenciario, son los líderes de mañana, los votantes de hoy; son los que van a determinar cómo piensa la sociedad. Pero no acaban de saber qué son las prisiones y qué pueden hacerle a la gente. Por eso es bueno lo que hace usted aquí, y yo me encargaré de que lo vean».

Me tomo esto como un voto de confianza y haré constar su breve sermón en el registro del día, pero aún me quedo más confundido.

Stew-819 tiene un aspecto fatal, por no decir otra cosa: lleva unas ojeras enormes y oscuras bajo los ojos y su pelo, totalmente revuelto, apunta en todas direcciones salvo abajo. De buena mañana ha hecho una tontería: en un arranque de furia ha puesto la celda patas arriba y ha destrozado la almohada dejándolo todo lleno de plumas. Lo han metido en el hoyo y sus compañeros de celda han tenido que limpiarlo y ordenarlo todo. Se ha quedado muy abatido después de ver a sus padres anoche. Uno de sus compañeros de celda le ha dicho a un carcelero que sus padres decían que habían mantenido una conversación muy agradable con él, pero que él no lo veía así. No habían escuchado sus quejas ni se habían preocupado por su estado aunque se lo había intentado explicar: no paraban de enrollarse sobre una obra de teatro que acababan de ver.

Sacerdote: «No sé si has hablado con tu familia para que te busquen un abogado».

819: «Sabían que estaba preso. Les conté lo que hacemos aquí, lo de los números, las normas, las putadas».

Sacerdote: «¿Y ahora cómo te encuentras?».

819: «Me duele mucho la cabeza; necesito un médico».

Intervengo tratando de descubrir el origen de su dolor. Le pregunto si es la típica migraña o si se debe al hambre, al calor, al cansancio, al estrés o a que tiene un problema con la vista o sufre de estreñimiento.

819: «Es que estoy agotado, tengo los nervios de punta».

Entonces se viene abajo y rompe a llorar. Llora a lágrima viva, con grandes sollozos. El sacerdote le ofrece con calma su pañuelo para que se enjuague las lágrimas.

«Venga, hombre, que no será para tanto. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?»

«¡Sólo tres días!»

«Pues no es bueno que te lo tomes tan a pecho.»

Intento consolar a 819 diciéndole que se tome un rato de descanso en el baño que hay fuera del patio, justo detrás del tabique donde hacemos las grabaciones. Le digo que descanse tranquilo y que le traeré algo apetitoso de comer. Luego ya veremos si el dolor de cabeza se le pasa por la tarde. Si no se le pasa lo acompañaré al centro médico del campus para que lo examinen. Y hago que me prometa que no intentará fugarse cuando vayamos porque no habrá vigilancia. Le digo que si de verdad se encuentra tan mal puedo ponerlo en libertad ahora mismo. Pero me dice que quiere seguir y que no intentará fugarse.

Sacerdote a 819: «A lo mejor es el olor de este lugar. El aire de aquí es sofocante. Hay un olor muy desagradable y cuesta acostumbrarse a él. Pero está ahí, tiene un no sé qué que lo hace malsano; puede que esto suene muy fuerte, pero este hedor te hace ver la realidad de una prisión. [Lo que está oliendo McDermott es el hedor a orina y excrementos que impregna la prisión, un hedor al que nosotros ya nos hemos habituado y del que sólo somos conscientes cuando alguien habla de él.] Tendrás que acostumbrarte; la mayoría de los reclusos lo acaban haciendo».

Mientras salimos del patio y vamos por el vestíbulo hasta mi despacho, el sacerdote me dice que el estudio está funcionando como una prisión de verdad y, concretando más, que está observando el típico «síndrome del primer delito», una mezcla desbordante de confusión, irritabilidad, ira, depresión y emotividad. Me asegura que estas reacciones cambian más o menos al cabo de una semana porque esta actitud «afeminada» no contribuye a la supervivencia de un recluso. Añade que, en su opinión, esta

situación es más real para 819 de lo que el chico está dispuesto a admitir. Yo ya estoy convencido de que necesita ayuda psicológica y le comento al padre que, aunque a 819 le tiemblan los labios y las manos y tiene los ojos llorosos, es incapaz de admitir que no puede soportarlo y que se quiere marchar. Creo que no puede aceptar que se está rajando, que ve amenazada su hombría, que quiere que nosotros —*yo*— le insistamos para que se vaya y así pueda salvar la cara. «Puede que sí. Es una posibilidad interesante», añade el padre McDermott mientras reflexiona sobre lo que acaba de ocurrir.

Mientras nos despedimos le digo como de pasada que, sin duda, lo de llamar a los padres lo había dicho porque sí, ¿verdad? «¡No, hombre! Claro que no. Tengo que llamarles, es mi deber.»

«Claro, es que ya no sé lo que me digo; es su deber, claro.» (Justo lo que necesito: tener que enfrentarme a unos cuantos padres y abogados porque un sacerdote ha hecho una promesa a la que debe atenerse porque es un sacerdote de verdad, aunque sabe que ni esto es una prisión de verdad, ni los reclusos son reclusos de verdad; pero, ¿qué más da? ¡Que no pare el espectáculo!)

La visita del capellán pone de relieve la confusión creciente que se está dando entre realidad y ficción, entre el rol que cada uno desempeña y la identidad que cada uno se ha forjado. En la vida real, McDermott es un sacerdote de verdad con experiencia personal en prisiones de verdad, y aunque es plenamente consciente de que nuestra prisión es una simulación, se mete tanto y tan a fondo en su papel que ayuda a transformar nuestro *show* en algo real. Se sienta muy erguido, siempre coloca las manos de la misma manera, gesticula lo justo, se inclina hacia adelante cuando da consejos, asiente con complicidad, da palmaditas en el hombro, frunce el ceño ante la estupidez de los reclusos, y habla con tonos y cadencias que me retrotraen a mi infancia, a las sesiones dominicales de catequesis de la parroquia de San Anselmo. Ni el mejor servicio de *casting* podría habernos enviado a alguien que diera una imagen más perfecta de un sacerdote. Mientras iba haciendo sus cosas de cura, era como si estuviéramos en una especie de plató y me admiraba de lo bien que aquel actor representaba su papel. En todo caso, la visita del cura transformó más nuestro experimento

en una prisión realista, sobre todo para los reclusos que habían mantenido la conciencia de que todo aquello «no era más que un experimento». El sacerdote ha convertido su mensaje en un medio nuevo. ¿Habrá caído nuestro estudio en manos de Franz Kafka o de Luigi Pirandello?

Justo en aquel instante se oye un alboroto en el patio. Los reclusos gritan. Luego cantan en voz alta algo sobre 819.

Arnett: «El recluso 819 se ha portado mal. Repetidlo diez veces, y fuerte».

Reclusos: «El recluso 819 se ha portado mal» (lo repiten muchas veces).

Arnett: «¿Qué le ocurre al recluso 819 por haberse portado mal, recluso 3401?».

3401: «El recluso 819 está siendo castigado».

Arnett: «¿Qué le ocurre al recluso 819, 1037?».

1037: «Pues no lo sé, señor oficial de prisiones».

Arnett: «Está siendo castigado. Fuerte, 3401».

3401 repite el *mantra* mientras 1037 añade en voz aún más alta: «El recluso 819 está siendo castigado, señor oficial de prisiones».

Uno por uno, a 1037 y a cada uno de los otros reclusos se les hace la misma pregunta y todos responden lo mismo, primero por separado y luego todos a la vez.

Arnett: «Repetidlo cinco veces más, a ver si así lo recordáis. Como el recluso 819 se ha portado mal, vuestras celdas están hechas un asco. Repetidlo diez veces».

«Como el recluso 819 se ha portado mal, mi celda está hecha un asco.»

Los reclusos repiten la frase una y otra vez, pero 1037, el que quiere ser abogado, ya no participa. El oficial John Landry le hace un gesto de amenaza con la porra para que vuelva al redil. Arnett hace callar a los demás y pregunta qué ocurre; Landry le cuenta la desobediencia de 1037.

1037 se encara con Arnett: «Tengo una pregunta, señor oficial de prisiones. ¿No tenemos prohibido mentir?».

Arnett, fiel a su estilo, le responde en un tono seco e indiferente: «Tus preguntas no interesan. Se os ha dado una orden y la vais a cumplir. Venga, fuerte: “Como el recluso 819 se ha portado mal, mi celda está hecha un

asco". Diez veces».

Los reclusos repiten la frase pero pierden el hilo y la dicen once veces.

Arnett: «¿Cuántas veces os he dicho, recluso 3401?».

3401: «Diez».

Arnett: «¿Cuántas veces lo habéis hecho, señor 3401?».

3401: «Diez veces, señor oficial de prisiones».

Arnett: «Mal: lo habéis dicho once veces. Venga, desde el principio. Y hacedlo bien. Diez veces, como os he *ordenado*: "Como el recluso 819 se ha portado mal, mi celda está hecha un asco". Diez veces».

Gritan la frase diez veces, ni una más, ni una menos.

Arnett: «Todo el mundo abajo».

Sin vacilar, los reclusos se echan al suelo y empiezan a hacer flexiones. «Abajo, arriba, abajo, arriba. Tú, 5486, que estamos haciendo flexiones: la espalda recta y que la barriga no toque el suelo. Abajo, arriba, abajo, arriba, y quietos abajo. Daos la vuelta para hacer abdominales.»

Arnett: «El secreto de este ejercicio está en el palmo, señores. Todo el mundo levanta las piernas un palmo; y os quedáis así hasta que todos las tengáis a un palmo».

El oficial J. Landry se encarga de confirmar que todos los reclusos tienen los pies a un palmo del suelo.

Arnett: «Todos juntos, diez veces: "No me portaré mal como el recluso 819, señor oficial de prisiones"».

Arnett: «¡Y ahora con todas vuestras fuerzas:"Nunca me portaré mal, señor oficial de prisiones"!».

Todos obedecen. 1037 se niega a gritar pero repite la frase, mientras el chusquero disfruta de la oportunidad de manifestar a gritos su obediencia a esta autoridad. En respuesta a la orden final del oficial, todos cantan con la mayor educación: «Gracias por un recuento tan agradable, señor oficial de prisiones».

Me pasa por la cabeza que la voz tan empastada de los reclusos sería la envidia de cualquier director de coro o de un mitin de las juventudes de Hitler. Y también me pregunto hasta dónde han —y hemos— llegado. ¿Qué se ha hecho de las risitas y payasadas de los recuentos del domingo?

STEWART, NO ERES 819 Y YA TE TOCA IRTE A CASA

Cuando me doy cuenta de que el recluso 819 puede haber oído todo aquello desde el cuarto donde ha ido a descansar, al otro lado del fino tabique, corro a ver cómo está. Lo encuentro sollozando, histérico, hecho una masa temblorosa. Lo rodeo con los brazos intentando consolarle y le prometo que estará bien en cuanto salga de allí y se vaya a casa. Pero no quiere que le lleve al médico y después a casa. «No, no me puedo ir. Tengo que volver ahí dentro», insiste entre lágrimas. No puede irse sabiendo que los otros han dicho que es un «mal recluso», sabiendo que las están pasando canutas porque ha dejado su celda hecha un desastre. Tiene el ánimo por los suelos, pero está dispuesto a volver a la prisión para demostrar que no es mala persona.

«Oye, escúchame bien: *no* eres 819. Eres Stewart y yo soy el doctor Zimbardo. Soy un psicólogo, no el director de una prisión, y esto no es una prisión de verdad. No es más que un experimento y los que están ahí son estudiantes como tú. Y ya te toca irte a casa, Stewart. Anda, levántate y ven conmigo. Vamos.»

Deja de sollozar, se enjuga las lágrimas, se pone derecho y me mira a los ojos. Parece un niño pequeño que se despierta de una pesadilla, que oye a su padre decirle que ese monstruo no es de verdad, que todo irá bien cuando se dé cuenta. «Venga, Stew, vámonos.» (He conseguido romper su ilusión, pero la mía aún sigue viva.)

Mientras acompaño a Stew para que recoja su ropa y firme la baja, recuerdo que el día ya ha empezado con un montón de problemas que han ido abonando el terreno para esta crisis emocional.

819 la arma de buena mañana

Según el diario del subdirector, el recluso 819 se niega a levantarse como los demás a las seis y diez de la mañana. Le han metido en el hoyo y, más tarde, sólo le dan la mitad del tiempo habitual para ir al lavabo. Todos los reclusos, incluyendo 819, están presentes en el recuento de quince minutos de las 7:30, que ha consistido en decir los números al derecho y al revés varias veces. Más adelante, 819 se niega a realizar los ejercicios. Un carcelero obliga a los otros reclusos a mantener los brazos abiertos hasta que 819 se apee del burro.

Pero 819 no cede y los otros reclusos acaban bajando los brazos porque ya no pueden más. 819 vuelve otra vez al hoyo y desayuna dentro, pero se niega a comerse el huevo. Le dejan salir para la hora de trabajo y le hacen limpiar los retretes con las manos; luego, y junto con otros reclusos, debe trasladar unas cajas de un lado a otro, sin parar y porque sí. Cuando vuelve a su celda, 819 se encierra dentro. Se niega a despegar los cadillos de una manta que le echan en la celda. Sus compañeros de celda, 4325 y 8612 (el suplente), se ven obligados a hacer trabajos extra hasta que ceda, trasladando una y otra vez unas cajas de un armario a otro. 819 no claudica y ahora exige que le vea un médico. Los otros ya se están hartando de su cabezonería porque lo están pagando ellos.

En el informe del turno, el oficial Ceros dice: «Un recluso se ha encerrado en su celda. Hemos ido con las porras a hacerle salir, pero no ha querido. Hemos puesto a todos los reclusos de cara a la pared con los brazos abiertos. El recluso 819 se ha echado en la cama y se ha puesto a reír. No

esperábamos algo así y nos hemos dado por vencidos. Los otros reclusos nos miraban con desprecio. Yo me he limitado a sonreír y a cumplir con mi trabajo».

El oficial Varnish observa en su informe la importancia psicológica de la conducta de este recluso: «A los otros reclusos les sienta muy mal que 819 parezca pasar de sus problemas». Varnish se queja en su informe de la falta de directrices claras para el trato a los reclusos. «No estaba seguro de la fuerza que podíamos llegar a usar y me molesta que los límites no estén definidos con claridad para estos casos.»[2]

Vandy comunica una reacción diferente: «Me sentía más metido en mi papel que ayer. He disfrutado hostigando a los reclusos a las dos y media de la madrugada. Mi faceta sádica se recreaba provocando su resentimiento». Se trata de una afirmación bastante sorprendente que, estoy seguro, no hubiera hecho cuatro días antes.

El duro oficial Arnett dice en su diario: «La única vez que me he sentido incapaz de desempeñar mi papel como debía ha sido cuando estaba claro que los reclusos 819 y 1037 lo pasaban muy mal. No he sido tan duro como debía».[3]

«Lo más agobiante de la experiencia de la prisión era estar totalmente a merced de unas personas que intentaban hacerte la vida lo más difícil y desagradable que podían», dijo más tarde Stew-819. «La verdad es que no puedo soportar que me maltraten. Sentía un profundo rencor por los guardias fascistas y una gran simpatía por los compasivos. Me gustaba la rebeldía de algunos reclusos y me enfadaba por la complacencia y la obediencia de otros. Mi sentido del tiempo también se vio afectado, porque cada momento de tortura parecía mucho más largo de lo que era. Lo peor de esta experiencia era la depresión que sentías al ver que te estaban fastidiando todo el día y no había manera de irse. Lo mejor fue poder salir de allí.»[4]

Traicionados por nuestro espía

Recordemos que David, que lleva el uniforme del recluso 8612, ha entrado en la prisión para ser nuestro espía. Pero no nos ha dicho nada útil porque ha acabado identificándose con los reclusos y les ha dado su lealtad. Esta mañana le he hecho venir para que me informe y me diga cómo ve la situación. En su entrevista con el subdirector y conmigo, nuestro confidente «fallido» deja claro el desprecio que siente por los carceleros y su frustración por no poder movilizar a los reclusos para que desobedezcan sus órdenes. Esta mañana, un carcelero le ha hecho llenar la cafetera de agua caliente en el lavabo, pero otro se la ha tirado, le ha dicho que la llenara de agua fría, y encima le ha echado una bronca por desobedecer. No soporta esas «putadas». También nos habla de una distorsión del tiempo que alarga y acorta los acontecimientos y dice que se sentía confundido cada vez que le despertaban para uno de esos recuentos interminables. Nos dice que tiene la cabeza embotada, que todo parece envuelto en una especie de neblina.

«La arbitrariedad de los carceleros y la estupidez de lo que te ordenan te va crispando los nervios.» En su nuevo papel de «confidente convertido en recluso revolucionario» nos cuenta su plan para movilizar a sus compañeros. «Hoy he decidido que la putada la iba a hacer yo, que intentaría crear en los reclusos un espíritu de resistencia. El castigo ese de que los demás hagan no sé qué si un recluso se niega a trabajar o no sale de la celda sólo funciona si los demás están dispuestos a ceder. He intentado que plantaran cara. Pero nadie se ha negado a hacer lo que les decían, hasta tareas humillantes como trasladar cajas de un armario a otro sin parar, o limpiar las tazas de los retretes con las manos.»

David nos dice que no hay nadie enfadado conmigo ni con el subdirector, que en el fondo no es más que una voz que suena por el altavoz, pero que tanto él como los demás están muy cabreados con los carceleros. Esta mañana, él mismo le ha dicho a uno: «Señor oficial de prisiones, ¿cree usted que cuando termine este estudio podrá volver a ser un ser humano?». Naturalmente, le han encerrado en el hoyo.

Se siente muy frustrado porque no ha conseguido que los otros reclusos se negaran a mantener los brazos en alto como castigo colectivo al follón que ha armado 819. Al final han bajado los brazos, pero no por

desobediencia, sino de pura fatiga. La frustración de David queda patente en el informe que redactó para nosotros más adelante:

> La comunicación es muy limitada cuando todo el mundo grita y no hay forma de que callen. Pero en los ratos de silencio intento hablar con mis compañeros de celda, aunque 819 siempre está en el hoyo y el otro tío, 4325 [Jim], es un coñazo y es mejor no decirle nada. Y en las comidas, que sería un buen momento para decirles que no cedan tanto ante los carceleros, no se puede hablar. Es como si toda esa energía se te quedara dentro y nunca parece que vayas a pasar a la acción. Me he quedado con el ánimo por los suelos cuando viene uno y me dice: «Quiero que me den la condicional, así que no me des más la vara. ¡Si te la quieres jugar, allá tú, pero a mí no me líes!».[5]

David no nos ha dado ninguna información práctica, como si hay algún plan de fuga o dónde están las llaves de las esposas. Sin embargo, sus reflexiones personales dejan claro que en la mente de los reclusos está actuando una fuerza muy poderosa que les impide actuar unidos contra esta situación de opresión. Han empezado a encerrarse en sí mismos para considerar de una manera egoísta cómo pueden sobrevivir por su cuenta y quizá lograr más pronto la condicional.

INGRESA OTRO RECLUSO

Para sustituir a los reclusos que hemos ido perdiendo, ingresamos a otro con el número 416. Muy pronto desempeñará un papel muy importante. Le vemos por primera vez por la cámara de vídeo que hay en la esquina del patio. Ha entrado en la prisión con una bolsa en la cabeza; el oficial Arnett le ha hecho desnudarse por completo. Está muy flaco, «hecho un palillo», que diría mi madre: se le pueden contar las costillas a tres metros de distancia. Su aspecto es más bien patético y aún no se imagina la que le espera.

Arnett esparce muy despacio y a conciencia el supuesto polvo contra los piojos por todo el cuerpo de 416. El primer día, esta tarea se hizo deprisa y corriendo porque los carceleros tenían que encargarse del ingreso de muchos reclusos. Hoy que hay tiempo de sobra, Arnett lo convierte en una especie de rito de purificación. Luego le coloca la bata con el número 416 pasándosela por la cabeza, le ata una cadena al tobillo y lo corona con

un gorro de media nuevo. ¡*Voilà*! El nuevo recluso está listo para entrar en acción. A diferencia de los demás, que se han ido habituando poco a poco a la escalada diaria de la conducta arbitraria y hostil de los carceleros, el recluso 416 se ve metido de lleno en este maremágnum sin tiempo para adaptarse.

> Como soy suplente no he pasado por comisaría como los demás. Me llama una secretaria diciendo que traiga los papeles y me presente en la facultad de psicología antes del mediodía. Estoy muy contento de que me den el trabajo, de haber podido entrar. [Recordemos que los participantes cobraban por dos semanas de trabajo.] Mientras espero viene un carcelero y, en cuanto le doy mi nombre, me pone unas esposas, me cubre la cabeza con una bolsa de papel, me hace bajar unas escaleras y me tiene un rato con las manos en la pared y las piernas abiertas. No tengo ni idea de qué está pasando. Ya suponía que lo pasaría un poco mal, pero aquello es mucho peor de lo que me imaginaba. No me esperaba que nada más entrar me desnudaran, me despiojaran y me dieran en las piernas con una porra. Me digo que lo mejor es que me distancie mentalmente de los carceleros y observe cómo se lo montan los otros reclusos, que debo mantenerme al margen de todo aquello, pero al cabo de poco me olvido de las razones por las que estoy ahí. Hay algunas, como el dinero, pero el caso es que, de repente, soy el 416. Me he convertido en un recluso, en un recluso desconcertado y muy preocupado.[6]

«Amazing grace» en clave de ironía

El recluso nuevo llega justo a tiempo para oír a Arnett dictando una carta que los reclusos deben enviar a quienes vengan a verles la siguiente noche de visita. Mientras lee el texto en voz alta, los reclusos escriben en papel con membrete de la prisión. Luego Arnett pide a cada uno que repita partes del texto en voz alta. Esto es lo que les ha dictado:

> Querida madre,
>
> Me lo estoy pasando fenomenal. La comida es muy buena y estamos todo el día riendo y jugando. Los oficiales me tratan muy bien. Son muy majos. Seguro que te caerían muy bien. No hace falta que me visites porque aquí estoy en la gloria. Y ahora poned ahí el nombre que os haya dado vuestra madre, el que sea.
>
> Afectuosamente,
> Tu hijo que te quiere.

El carcelero Markus las recoge para enviarlas más tarde; después, claro está, de que las hayamos leído para que no contengan información prohibida ni quejas incendiarias. Los reclusos soportan todas estas tonterías porque las visitas se han hecho muy importantes para ellos tras haber pasado sólo unos días sin ver a sus familiares y amigos. Este vínculo con el mundo exterior se debe mantener para no acabar olvidando que el mundo del sótano no es todo lo que hay.

Se empieza a gestar un nuevo problema en torno a la cerradura de la puerta de la celda 1. El recluso 5704, el listillo que esta mañana le ha gorreado con descaro un pitillo al sacerdote, no deja de abrir la puerta para demostrar que puede entrar y salir cuando quiera. Con su tranquilidad habitual, el oficial Arnett toma una cuerda: primero la ata a los barrotes de la celda 1 y después a los barrotes de la celda contigua, la 2. Lo hace metódicamente, como si fuera un *boy scout* que quiere dominar los nudos. Silba «El Danubio azul» mientras rodea con la cuerda los barrotes de una y otra celda para que ninguna de las dos se pueda abrir desde dentro. Arnett silba muy bien. John Landry aparece en escena y comprueba con la porra que la cuerda esté tensa. Los dos sonríen, como diciéndose «buen trabajo». Ahora nadie podrá entrar ni salir de las dos celdas hasta que los carceleros encuentren la forma de arreglar la cerradura que seguramente ha roto el recluso 5704.

«Mientras la cerradura no funcione no vas a fumar, 5704. Y en cuanto salgas te vas derechito al hoyo.»

Rich-1037 grita en tono amenazador desde la celda 2: «¡Tengo un arma!».

Arnett responde: «¡Tú qué vas a tener armas. Abriremos la celda cuando nos dé la gana!».

Se oye una voz: «¡Tiene una aguja!».

«No creo que le sirva de mucho. Habrá que confiscársela y castigarle como es debido.» Landry golpea con fuerza la porra contra las puertas de las celdas para recordarles a todos quién manda allí. Arnett añade un porrazo a las barras de la celda 2 y casi machaca las manos de un recluso, que las aparta justo a tiempo. Luego, como en la rebelión del lunes por la mañana, John Landry empieza a rociar el interior de la celda 2 con el

extintor. Landry y Markus meten las porras entre los barrotes para que los reclusos se alejen de la puerta, pero les quitan una porra. Todos los de la celda empiezan a burlarse. Ahora que los reclusos tienen la porra está a punto de armarse otra vez la marimorena.

Arnett mantiene la calma y, después de hablar entre ellos, los carceleros deciden quitar la cerradura de un despacho vacío para instalarla en la celda 1. «Mirad, tíos, al final da igual lo que hagáis porque sólo hay una salida. Sólo es cuestión de tiempo», les dice con paciencia.

Al final, los carceleros vuelven a triunfar: entran a la fuerza en las dos celdas y se llevan otra vez a 5704 al hoyo. Esta vez van sobre seguro. Antes de encerrarle lo atan de manos y pies con la cuerda que han sacado de las puertas.

El precio de esta sublevación es que no hay almuerzo para nadie. ¡Mala suerte para 416, el nuevo! Sólo ha tomado una taza de café y una galleta antes de venir. Tiene hambre y no ha hecho nada salvo observar con asombro el espectáculo que se ha organizado. «Lo bien que me iría algo calentito», piensa. Pero, en lugar de almorzar, los reclusos tienen que ponerse de cara a la pared. Sacan a Paul-5704 de la celda de aislamiento pero lo dejan tirado en el suelo del patio, sin poderse mover porque sigue atado. Verlo así es la mejor advertencia contra cualquier intento de rebelión.

El oficial Markus ordena que todos canten «Al corro de la patata» mientras van dando saltos.

«Como tenéis una voz tan buena, vamos a cantar "Amazing grace"», les dice Arnett. «Sólo haremos una estrofa, no sea que a nuestro señor le silben los oídos.» Mientras el resto de reclusos se ponen en posición para hacer flexiones, a 416 le toca la china por primera vez: «Tú, 416, será mejor que te lo aprendas de memoria: "*Amazing grace*, dulce son, a un infeliz salvó; estaba perdido y me encontró, su luz me rescató"».

Arnett no acepta la corrección de «estaba perdido y me encontró» que le hace Paul-5704 desde el suelo. «Lo vais a cantar como digo yo. Si no es así es igual, lo hacéis como digo, y punto.» Pero cuando repite la letra lo dice bien, «perdido andaba y me halló».

Arnett, que sabe que silba muy bien, silba «Amazing grace» de cabo a rabo y la repite otra vez sin fallar ni una nota. Los reclusos le aplauden en una demostración espontánea de que aprecian su talento a pesar de despreciarle por su actitud hacia ellos y por la creativa crueldad con que los trata. Mientras los oficiales Landry y Markus vuelven a repantingarse en sus sillas, los reclusos cantan la canción, pero lo hacen por libre y desafinando. Arnett se mosquea: «¿Pero de dónde nos han enviado a estos tíos? Venga, otra vez». 5704 hace otro intento de corregir la letra, pero Arnett aprovecha para dejar las cosas claras: «*Claro* que la letra es diferente; estáis cantando la *versión carcelaria* de "Amazing grace". Y da igual si está mal, porque los oficiales siempre tienen razón. De pie, 416; los demás, en posición de flexiones. 416, mientras ellos hacen flexiones tú cantas "Amazing grace" y con la letra que diga yo».

Sólo hace unas horas que ha entrado y el recluso 416 pasa a ocupar el centro de la escena porque Arnett lo separa de los demás y le obliga a hacer el ridículo por capricho. El vídeo graba para la posteridad ese momento tan amargo: el nuevo recluso, escuálido y canijo, canta con su voz aguda este canto a la libertad de espíritu. Sus hombros caídos y su mirada extraviada revelan su profunda incomodidad, que empeora cuando le corrigen y tiene que repetir la canción mientras los demás siguen haciendo flexiones arriba y abajo, arriba y abajo... La ironía de que se le ordene cantar un canto a la libertad en esta atmósfera tan opresiva, y de que su canto marque el ritmo de aquellas flexiones sin objeto, no pasa desapercibida para 416. Jura que no se dejará pisar por Arnett ni por ningún otro carcelero.

No está claro por qué lo ha elegido Arnett. Puede que sea una táctica para que entre más rápido en situación. También puede ser que Arnett, que cuida mucho su aspecto y va siempre bien vestido, encuentre de algún modo ofensivo el aspecto flacucho y descuidado de 416.

«Como veo que os va la marcha, mientras 416 os canta "Al corro de la patata" os ponéis boca arriba y con las piernas en alto. Lo quiero tan fuerte que hasta Richard Nixon, al que tanto quiere 5704, lo pueda oír, donde coño esté. Esas piernas, ¡arriba! ¡Más! ¡Más! Venga, a cantarla unas cuantas veces más, y sobre todo con el final bien fuerte: "¡Sentadito me quedé!".»

El recluso Hubbie-7258, contagiado de la ironía del momento, pregunta si pueden decir «¡*En el hoyo* me quedé!». A estas alturas, los reclusos cantan literalmente a grito pelado. La vida aquí se está haciendo cada vez más rara.

Vuelve el cámara

A media tarde recibimos la visita del cámara de KRON, la televisión local de San Francisco. Le han enviado para que haga un breve seguimiento de lo que rodó el domingo porque había despertado cierto interés en la emisora. Sólo le dejo filmar desde la ventana de observación y únicamente habla sobre el estudio con el subdirector y conmigo. No quiero que ninguna interferencia externa altere la dinámica que se está creando entre reclusos y carceleros. No hemos podido ver lo que dieron por televisión el domingo por la noche porque todos estábamos enredados en demasiados asuntos mucho más prioritarios.[7]

HOLA, TURNO DE TARDE

«Todos a prepararse para el servicio dominical», dice Arnett a los reclusos aunque estemos a miércoles. «Todo el mundo en círculo y dándose las manos, como en la iglesia. Decid: "Hola, 416, soy tu amigo 5704". Uno por uno, dad la bienvenida a vuestro nuevo camarada.»

Los saludos se suceden siguiendo el círculo en lo que acaba pareciendo una ceremonia con algo de ternura. Me sorprende que a Arnett se le haya ocurrido esta actividad tan emotiva. Pero entonces va y lo echa a perder haciendo que los reclusos formen un corro y canten "Al corro de la patata" alrededor de 416, que está solo en el centro de aquel círculo de humillación.

Antes de acabar el turno, Arnett ordena otro recuento más y John Landry se encarga de dictar cómo lo tienen que cantar. Es el primer recuento del recluso 416, que mueve la cabeza con incredulidad al ver que

los demás siguen al pie de la letra cada orden con una inquietante diligencia. Arnett aprovecha hasta el último minuto de su turno para seguir con su trato deshumanizador.

«Venga, ya he tenido bastante, volved a vuestras *jaulas*. Limpiad las celdas, que si las visitas las ven se morirán de asco.» Se marcha silbando "Amazing grace". Como frase de despedida, añade: «Hasta la vista, chavales. Mañana nos vemos, mis *fans*».

Landry mete baza: «Dad las gracias a vuestros oficiales de prisiones por el tiempo que os han dedicado hoy». Los reclusos responden: «Gracias, señores oficiales de prisiones» con muy poco entusiasmo. John Landry no acepta esa «mierda de agradecimiento» y hace que lo griten más fuerte mientras sale del patio a grandes zancadas en compañía de Markus y Arnett. Mientras hacen mutis por la derecha, entra en escena el turno de tarde, protagonizado por John Wayne y su banda.

El nuevo, 416, nos habló más tarde del miedo que le daban los carceleros:

> Cada vez que había un cambio de turno me quedaba aterrorizado. Aquella primera tarde ya tuve muy claro que había hecho una idiotez apuntándome a este estudio. Mi máxima prioridad era salir de allí lo antes posible. Es lo que hace en una prisión cualquiera que tenga la más mínima posibilidad de hacerlo. Y aunque estuviera dirigida por unos psicólogos y no por el Estado, aquello era una prisión de verdad. Me enfrenté a este reto iniciando una huelga de hambre, negándome a comer hasta caer enfermo para que me tuvieran que soltar. Ése es el plan que decidí seguir fueran cuales fueran las consecuencias.[8]

A la hora de cenar, y aunque ya tenía mucha hambre, 416 inicia su plan y se niega a comer.

Hellmann: «Eh, tíos, mirad qué salchichas tan calentitas os traemos para cenar».

416 (por su tono se nota que lo ha preparado): «Para mí no, señor: me niego a comer nada de lo que me puedan dar».

Hellmann: «Esto va contra las normas y ya sabes que se paga con castigo».

416: «Me da igual, no me voy a comer las salchichas».

Como castigo, Hellmann encierra a 416 en el hoyo, en la primera de sus muchas visitas allí, mientras Burdan insiste en que sostenga una salchicha en cada mano. Cuando los demás acaban de cenar, los carceleros sientan a 416 frente al plato con las dos salchichas frías, pero 416 se las queda mirando y no hace nada. Este acto inesperado de rebeldía enfurece a los carceleros, sobre todo a Hellmann, que creía tenerlo todo totalmente controlado una vez resueltos los problemas del día anterior. Y ahora resulta que «el tío ese» quiere guerra y puede animar a los demás a rebelarse, precisamente cuando parecían totalmente dóciles y sumisos.

Hellmann: «¿No te quieres comer las dos salchichas de mierda? ¿Quieres que te las meta por el culo o qué? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres ver cómo te las meto por el culo?».

416 sigue con su actitud estoica, mirando fijamente el plato con las salchichas.

Hellmann se da cuenta de que es un buen momento para el «divide y vencerás»: «Óyeme bien, 416: si no te comes tus salchichas será un acto de insubordinación y harás que la noche de visitas se suspenda para todos. ¿Te enteras?».

«Lamento que sea así. Mis actos personales no tienen por qué pagarlos los demás», responde altanero 416.

«¡No son actos personales, son actos de un recluso y las consecuencias ya las diré yo!», grita Hellmann.

Burdan trae a Hubbie-7258 para que convenza a 416 de que se coma las salchichas. 7258 le dice: «Anda, tío, cómete las salchichas, ¿vale?». Burdan añade: «Dile por qué». 7258 le suplica diciendo que los reclusos no podrán tener visitas si no se las come.

«¿Es que eso te da igual? Que tú no tengas amigos no tiene por qué... Venga, tío, cómetelas por ellos y pasa de nosotros, ¿vale?» Con este malévolo comentario, Burdan enfrenta a 416 contra los otros reclusos.

Hubbie-7258 sigue hablando con 416, intentando que se coma las salchichas porque su novia, Mary Ann, vendrá de visita y sólo faltaría que no pudiera verla por aquellas salchichas de mierda. Burdan va haciendo suya cada vez más la actitud autoritaria de Hellmann:

«Pero, ¿tú de qué vas, 416? ¡Contesta, *chaval*! ¿Pero de qué vas?».

416 le dice que está en huelga de hambre para protestar por los maltratos y las violaciones del contrato.

«¿Y las salchichas qué coño tienen que ver con eso, eh? Venga, dime, ¿qué?» Burdan está furioso y da un fuerte golpe en la mesa con la porra que retumba por todo el patio con un eco amenazador.

«Contéstame de una vez, ¿por qué no te comes las jodidas salchichas?»

Con un hilo de voz, 416 se reafirma en su protesta no violenta a lo Gandhi. Pero Burdan no sabe nada de Gandhi e insiste en que le dé otra razón. «Ya me dirás tú qué relación hay entre las dos cosas, porque yo no la veo.» Y entonces 416 rompe el espejismo y recuerda a todos los que le pueden oír que los carceleros están violando el contrato que firmó en su día para participar en este *experimento*. (Me quedo atónito al ver que nadie reacciona al oír estas palabras. Están todos totalmente atrapados en su prisión ilusoria.)

«¡Me importa una mierda el contrato ese!», grita Burdan. «Estás aquí porque te lo has ganado. Estás aquí porque has incumplido la ley. Esto no es una guardería. Y aún no sé por qué no te comes las putas salchichas. ¿Esperabas que fuera una guardería, 416? ¿Vas por ahí saltándote la ley y luego esperas acabar en una guardería?» Burdan se despacha a gusto, diciendo que ya veremos qué le pasará a 416 cuando su compañero de celda tenga que dormir en el suelo por su culpa. Justo cuando parece que Burdan está a punto de darle un mamporro a 416, se da media vuelta lleno de furia. Se limita a darse golpecitos con la porra en la palma de la mano y ordena: «Venga, al hoyo». 416 ya conoce el camino.

Burdan golpea con los puños la puerta del hoyo haciendo un ruido ensordecedor que retumba en el interior del oscuro armario. «Venga, dadle las gracias a 416 por joderos las visitas; aporread el hoyo y decidle: “Muchas gracias, tío”.»

Uno a uno, los reclusos aporrean la puerta del armario «con ganas», como dice Burdan, salvo Jerry-5486, que no pone mucho entusiasmo. Hubbie-7258 está muy furioso por este giro inesperado de los acontecimientos.

Para que la cosa no quede así, Hellmann saca del hoyo a 416, que aún tiene las salchichas en las manos, y él solo dirige otro recuento atormentador sin que Burdan tenga la oportunidad de intervenir. A Landry, el carcelero bueno, no se le ve el pelo.

Ésta es la oportunidad de Hellmann para acabar con cualquier atisbo de solidaridad entre los presos y anular el papel de 416 como posible motor de la rebelión. «Ahora vais a pagar todos porque este recluso se niega a hacer algo tan simple como comerse la cena. Si fuera vegetariano ya sería otra cosa. Decidle a la cara lo que pensáis de él.» Algunos le dicen: «No seas burro»; otros le acusan de ser infantil.

Pero para «John Wayne» no es suficiente: «Decidle que es un "mariquita"».

Unos cuantos obedecen, pero el chusquero no. Se niega por principios a decir palabras así. Hellman se encuentra ahora con dos reclusos que le plantan cara al mismo tiempo y vuelca toda su furia en el chusquero, acosándolo sin piedad mientras le grita que es un «gilipollas» e insistiendo en que llame «*hijoputa*» a 416.

El recuento continúa con la misma dureza toda una hora hasta que se interrumpe porque las visitas ya están prácticamente en la puerta. Entro en el patio y les dejo muy claro a los carceleros que las horas de visita se deben respetar. No les gusta nada esta intrusión en su esfera de poder, pero acceden a regañadientes. Después de las visitas ya tendrán tiempo de seguir minando la resistencia de los reclusos.

Los buenos reclusos tienen visita

Esta tarde, dos de los reclusos más obedientes, Hubbie-7258 y el chusquero-2093, que tienen amigos o parientes que viven cerca, pueden recibir visitas durante un rato. 7258 está loco de alegría cuando ve entrar a su guapa novia. Ella le cuenta cosas de sus otros amigos y él la escucha mientras se sujeta la cabeza entre las manos. Desde el principio, Burdan se sienta a su lado sobre la mesa y de vez en cuando da un golpecito con su pequeña cachiporra blanca. (Tuvimos que devolver las grandes y negras que

nos había prestado el cuerpo local de policía.) Está claro que Burdan se ha quedado prendado de la chica e interrumpe muchas veces su conversación con preguntas y comentarios.

Hubbie le dice a Mary Ann que es importante «mantener la moral alta; si te portas bien, aquí no se está tan mal».

Novia: «¿Y tú te portas bien?».

7258 (riéndose): «Claro; con ellos aquí, ya me dirás».

Burdan se mete en la conversación: «Aunque hubo un pequeño intento de fuga».

La novia: «Algo he oído, sí».

7258: «El resto del día ha sido un calvario. No tenemos nada; ni camas, ni nada». Le cuenta lo de tener que sacar los cadillos de las mantas y otras tareas así. Pero se le ve animado y sonríe, y durante los diez minutos ha tomado a su novia de la mano. Cuando se acaba el tiempo, Burdan la acompaña fuera mientras el recluso vuelve a la soledad de su celda.

El otro recluso que puede tener visitas es el chusquero y hoy ha venido a verle su padre. El chusquero está muy orgulloso de su estricto cumplimiento de las normas. «Hay diecisiete normas... me las he aprendido todas de memoria. La más básica es obedecer a los guardias.»

Padre: «¿Pueden decirte que hagas *lo que sea*?».

Chusquero: «Pues sí. Bueno, casi».

Padre: «¿Y qué derecho tienen a hacerlo?». Se pasa la mano por la frente y parece muy preocupado por la situación de su hijo. Es la segunda visita a la que vemos claramente afectada. Recuerda mucho a la madre de Rich-1037, que tenía toda la razón al preocuparse, porque su hijo se vino abajo al día siguiente. Pero el chusquero parece estar hecho de otra pasta.

Chusquero: «Son los que tienen que llevar la prisión».

El padre le pregunta por sus derechos y Burdan le suelta con toda la dureza: «Aquí no hay derechos que valgan».

Padre: «*Pues yo creo que sí porque...*» (No podemos oír bien lo que le dice a Burdan, que no parece inmutarse.)

Burdan: «La gente que está en prisión no tiene derechos».

Padre (exasperado): «Bueno, ¿pues cuánto tiempo tenemos para hablar?».

«Sólo diez minutos», responde Burdan.

El padre protesta diciendo que es muy poco. Burdan transige y les da cinco minutos más. El padre dice que le gustaría un poco de intimidad. Eso no se permite durante las visitas, contesta Burdan. El padre se enfada aún más pero, para mi sorpresa, también se atiene a las reglas ¡y acepta que viole sus derechos un chaval que hace de carcelero!

El padre hace más preguntas sobre las normas y el chusquero le habla de recuentos, «gimnasia», tareas y luces apagadas.

Padre: «¿Y ya es esto lo que te esperabas?».

Chusquero: «Me esperaba algo peor».

Sin dar crédito a lo que oye, el padre exclama: «¿Peor? ¿Cómo que peor?».

Burdan se vuelve a entrometer y el padre ya está muy mosqueado con su constante presencia. El carcelero le dice que en total son nueve presos y que ahora sólo hay cinco. El padre pregunta por qué.

Chusquero: «A dos les han dado la condicional y otros dos están en aislamiento».[9]

Padre: «¿Aislamiento? ¿Dónde?».

La verdad es que el chusquero no lo sabe. El padre pregunta por qué están castigados.

Chusquero: «Por indisciplina. Son muy *temperamentales*».

Burdan responde al mismo tiempo: «Porque se han portado mal».

Padre: «¿Y tienes la impresión de estar en la cárcel?».

Chusquero (riéndose, evita dar una respuesta directa): «Pues no lo sé, porque *no* he estado en ninguna» (el padre ríe).

Se quedan a solas cuando Burdan se va corriendo porque ha sonado un fuerte ruido en el exterior.

Mientras no está, el chusquero le dice a su padre que pedirá la libertad condicional y que está seguro de que se la van a conceder porque hasta ahora ha sido el recluso más obediente. Pero aún le queda una gran duda: «No sé cuáles son los criterios para que te la den».

«Ya es la hora», anuncia Geoff Landry. Padre e hijo se ponen de pie y, aunque están a punto de abrazarse, al final sólo se dan un fuerte apretón de manos acompañado de un «Hasta pronto».

La homofobia asoma su fea cabeza

Cuando regreso de una cena rápida en el comedor estudiantil, veo al liante 5704 en medio del patio con una silla en la cabeza. ¡Una silla en la cabeza! Hellmann está gritando al chusquero y Burdan también va metiendo baza. Jerry-5486, el buen recluso que hasta ahora ha pasado prácticamente inadvertido, está de pie contra la pared sin hacer nada mientras 7258 hace flexiones. Al parecer, 416 vuelve a estar en aislamiento. Hellmann pregunta a 5704 por qué tiene esa silla en la cabeza (aunque ha sido él quien le ha ordenado que se la ponga de sombrero). 5704 responde mansamente que se limita a cumplir órdenes. Se le ve muy abatido; parece que ha perdido las agallas. Burdan le dice que con esa silla encima parece un imbécil y que se la quite. Luego aporrea la puerta del hoyo. «¿Te lo pasas bien ahí dentro, 416?».

Ahora le toca a Hellmann dirigir la función de esta noche y literalmente aparta a Burdan a un lado. (Aunque las visitas ya se han ido, el buen Geoff Landry sigue sin dar señales de vida.)

«¿Sabes qué, 7258? ¿Por qué no alzas los brazos y haces de Frankenstein? Y tú, 2093, tú vas a ser la novia de Frankenstein, no te muevas de ahí.»

«Tú ponte ahí», le dice al chusquero.

El chusquero pregunta si tiene que representar el papel.

«Pues claro. Tú eres la novia de Frankenstein y tú, 7258, eres Frankenstein. Quiero que vengas para acá andando como Frankenstein y que le digas a 2093 que *la quieres*.»

Cuando 7258 empieza a caminar hacia su novia, Burdan le para en seco.

«Eso no es andar como Frankenstein. No te hemos dicho que andes como si fueras *tú*.»

Hellmann agarra por el brazo a Hubbie-7258 con mucha brusquedad, lo echa hacia atrás y le hace andar como anda Frankenstein.

7258: «Te quiero, 2093».

«¡Acércate, venga! ¡Acércate más!», grita Burdan.

7258 está ahora a unos centímetros del chusquero. «Te quiero, 2093.»

Hellmann los empuja para que se junten, colocando las manos de uno en la espalda del otro hasta que sus cuerpos se tocan.

Hubbie-Frankenstein-7258 repite: «Te quiero, 2093». Hellmann reprende al chusquero por sonreír. «¿Te he dicho que puedes sonreír? Esto no hace gracia. ¡Venga, abajo y diez flexiones!»

La bata del recluso 7258, que aún está con la espalda contra la pared y los brazos extendidos, se eleva destapando parte de sus genitales. Hellmann ordena al chusquero que le diga a Jerry-5486 que le quiere; el chusquero obedece a regañadientes.

«¡Oh, míralos! ¡Qué monos están!», se burla Burdan.

Hellmann acerca su cara a la de 5486.

«¿Ahora sonríes tú? A lo mejor es que también le quieres. Venga, vete *pallá* y díselo.»

Jerry-5486 obedece sin titubear y dice en voz baja: «2093, te quiero».

Hellmann va pasando de un recluso a otro sin orden ni concierto.

«Baja los brazos, 7258. Ahora veo por qué hueles tan mal.»

«¡Qué mal oléis todos! Pues venga, por oler tan mal, a jugar a la pídola.»

Empiezan a saltar uno por encima del otro pero les cuesta porque se les caen las chancletas y las batas se les suben destapándoles los genitales. No pueden hacerlo bien y Burdan parece incómodo con el juego. Quizá lo encuentre demasiado sexual o *gay* para su gusto. Hellmann opta por hacer saltar sólo a 2093 y 5704, que siguen intentándolo mientras Burdan emite unos pequeños gemidos.

Hellmann da al aire homoerótico del juego un toque más retorcido.

«Así lo hacen los perros, ¿no? Lo hacen así, ¿eh? Ahí lo tienes, como un perrito, bien puesto detrás tuyo. Venga, ¿por qué no lo hacéis como los perros?»

Me juego lo que sea a que cuando Paul-5704, como portavoz de la comisión de quejas, decía que los carceleros acosaban a los reclusos, ni se le había pasado por la cabeza que los maltratos pudieran llegar a un nivel tan bajo. Es evidente que está muy disgustado y le dice a John Wayne que lo que ha dicho es «bastante asqueroso».

El comentario le sienta a Hellmann como una bofetada: «Si hay algo asqueroso aquí es tu careto. Cierra el pico y ponte a saltar».

Geoff Landry aparece en escena, justo detrás de 5704, observándolo todo. Está claramente interesado en el giro que han dado los acontecimientos, pero sigue con las manos en los bolsillos para mantener su pose de neutralidad e indiferencia. No lleva puestas las gafas de espejo, aunque el subdirector le dijo el otro día que es obligatorio.

«Lamento haber herido la sensibilidad de un recluso tan delicado», dice Hellmann con desdén.

Burdan pone fin a una situación que ha encontrado desagradable desde el principio: «Bueno, este juego es una gilipollez y ya me cansa». Y vuelven a su juego tradicional, el recuento.

El chusquero revela una nueva identidad moral

Hellmann se aburre. Recorre arriba y abajo la fila de reclusos agotados. De repente da media vuelta y descarga su furia sobre el chusquero: «¿Por qué eres tan lameculos?».

«No lo sé, señor.»

«¿Por qué tienes que ser siempre tan obediente, eh?»

El chusquero no se achanta y le sigue el juego: «Soy obediente por naturaleza, señor oficial de prisiones».

«Eres un embustero, un puto embustero.»

«Si usted lo dice, señor oficial de prisiones.»

Hellmann aún se vuelve más soez, quizás excitado por los juegos sexuales de antes: «¿Y si te digo que te eches boca abajo y te *folles* el suelo, qué harás, eh?».

«Le diría que no sé cómo hacerlo, señor oficial de prisiones.»

«¿Y si te digo que vengas aquí y le pegues una hostia en toda la cara a tu amigo 5704, qué, eh?»

El chusquero se mantiene firme: «Me temo que sería incapaz de hacerlo, señor oficial de prisiones».

Hellmann ríe con desprecio y da media vuelta, pero se gira otra vez para meterse con otra víctima. Mientras abre la puerta del hoyo, Hellmann, con la voz de un vendedor de feria, grita: «Señoras y señores, pasen y vean todos. Pasen y vean a este hombre. ¡416, ni se te ocurra salir!».

416 parpadea en la oscuridad al ver que los reclusos y los carceleros se amontonan para mirarlo. ¡Aún tiene una salchicha en cada mano!

Burdan: «¿Qué haces ahí con esas salchichas, 416?».

«Aún no las ha comido», dice Hellmann, cuya gramática degenera a medida que se va calentando. «Y eso ya sabéis qué significa para vosotros, ¿no?»

Sabiendo a qué se refiere, los reclusos responden: «Esta noche no hay mantas».

«¡Exacto, significa que esta noche os quedáis todos sin mantas! Venga, venid de uno en uno y decidle algo a 416 para que se coma esas salchichas. Empieza tú, 5486.»

El recluso se acerca a la puerta, mira a 416 a los ojos y le dice con voz queda: «Si quieres comerte las salchichas, cómetelas, 416».

«Vaya mierda de manera de decir que lo haga, 5486», le reprende Burdan. «Ya veo que esta noche no quieres manta. Va, el siguiente; 7258, te toca a ti.»

En total contraste con 5486, 7258 le dice a gritos al recluso rebelde: «¡O te comes las salchichas o te parto el culo!».

A Hellmann le encanta esta expresión y sonríe de oreja a oreja. «¡Bueno, eso ya está mejor! 5486, vuelve aquí y hazlo otra vez. Dile que vas a partirle el culo si no se come las salchichas.»

Esta vez 5486 obedece mansamente. «2093, vente aquí y dile que le partirás el culo».

El chusquero responde con unas palabras enternecedoras: «Lo siento, señor, pero no diré ninguna palabra irreverente a otro ser humano».

«¿Qué es exactamente lo que no te gusta?»

«No me gusta la palabra que ha usado usted.»

Hellmann intenta obligarle a decir «culo», pero no hay manera.

«¿Qué palabra? ¿“Partir”? No quieres decir “partir”, ¿es eso? Pues entonces, ¿de qué coño me estás hablando?»

El chusquero intenta explicarse, pero Hellmann le corta en seco: «¡*Te he dado una orden*!».

La negativa del chusquero a obedecer sus órdenes empieza a irritar a Hellmann. Por primera vez, aquella especie de robot atontado ha demostrado que tiene carácter.

«Venga, vete *pallá* y dile lo que te he dicho.»

El chusquero sigue disculpándose pero se mantiene firme. «Lo siento, señor oficial de prisiones. Pero no lo voy a hacer.»

«Vaya, o sea que no vas a dormir esta noche en una cama, ¿es eso lo que quieres decir?»

Sin amilanarse, el chusquero deja claros sus valores: «Prefiero quedarme sin cama que decir eso, señor oficial de prisiones».

Hellmann está que se sube por las paredes. Se aleja unos pasos y luego vuelve a acercarse al chusquero, como si fuera a pegarle por su insubordinación delante de todo aquel público.

Viendo la que se avecina, el buen carcelero Geoff Landry propone una solución de compromiso: «Bueno, pues entonces ve y dile que le vas a partir el *trasero*».

«Sí, señor oficial de prisiones», dice el chusquero, que se acerca a 416 y le dice: «O te comes las salchichas o te parto el *trasero*».

Landry le pregunta: «¿Lo has dicho en serio?».

«Sí... no, señor oficial de prisiones. Lo siento, pero no lo he dicho en serio.»

Burdan le pregunta por qué miente.

«He hecho lo que me ha mandado el oficial de prisiones, señor.»

Hellmann acude en defensa de su colega: «No te ha dicho que mintieras».

Burdan se da cuenta de que el chusquero está ganando la partida con su autoridad moral y que esto podría influir en los demás. Muy hábilmente, da la vuelta a la situación: «Aquí nadie quiere que *te eches* una mentira, 2093. ¿Qué te parece si *te echas* en el suelo?».

Hace que el chusquero se eche en el suelo boca abajo con los brazos extendidos a los lados.

«Y ahora, tal como estás, nos haces unas cuantas flexiones.»

Hellmann se une a la fiesta: «5704, ve y siéntate en su espalda».

Tras recibir más instrucciones de Hellmann sobre la manera de hacer flexiones en esa postura, el chusquero tiene fuerzas suficientes para hacerlo.

«Y nada de ayudarle. Venga, haz una flexión. Tú, 5486, siéntate también sobre su espalda y de cara al otro lado.» 5486 vacila. «Venga, sobre su espalda, ¡ya!» 5486 obedece.

Juntos, los carceleros obligan al chusquero a hacer una flexión con los dos reclusos que se han sentado sin rechistar sobre su espalda. El chusquero pone toda su fuerza y todo su amor propio para hacer una flexión.

Consigue alzarse del suelo, pero luego se desploma bajo el peso de la carga. El malvado dúo estalla en carcajadas burlándose de él. Aún no han acabado de humillarle; pero, ahora, la tenaz negativa de 416 a comerse las salchichas tiene más importancia. Hellmann entona: «En todo esto de las salchichas hay algo que no acabo de entender, 416. No entiendo que nos lo pasemos tan bien con los recuentos, y que los hagamos tan bien, y que esta noche se haya jodido todo. ¿Por qué habrá sido?».

Mientras Hellmann hace ver que busca la respuesta, Burdan habla con 416 probando una táctica más persuasiva: «Tienen pinta de estar muy ricas. ¡Mmmm...! Seguro que si las pruebas te van a gustar».

Hellmann repite la pregunta alzando más la voz por si alguien no la ha oído: «¿Por qué hemos tenido siempre unos recuentos tan buenos y *vais y jodéis el de esta noche?»*.

Mientras Hellmann se pasea por la fila en busca de respuestas, 7258 responde: «No lo sé; será porque somos unos hijos de puta, señor oficial de prisiones».

El chusquero contesta: «Pues no sabría qué decirle, señor oficial de prisiones».

Hellmann aprovecha la oportunidad para vengarse otra vez de la subordinación victoriosa del chusquero: «¿Eso eres tú, un *hijoputa*?».

«Si usted lo dice, señor oficial de prisiones.»

«¿Si lo digo yo? Quiero que lo digas *tú*.»

El chusquero sigue en sus trece: «Lo siento, señor, pero me niego a emplear ese lenguaje. No lo voy a decir».

Burdan interviene: «Has dicho que no puedes decir cosas así a otro ser humano, 2093. Pero esto es diferente. ¿No te lo puedes decir a ti mismo?».

El chusquero responde: «Me considero un ser humano, señor».

Burdan: «¿Te consideras *otro* ser humano?».

Chusquero: «Mis palabras han sido que no se lo podía decir a otro ser humano».

Burdan: «¿Y eso te incluye *a ti*?».

El chusquero siempre responde de una manera muy comedida y cuidando la expresión, como si hablara en un debate, y en esta situación, donde ha sido el blanco de tantos maltratos, dice: «Inicialmente, mi afirmación no me habría incluido, señor. Decírmelo a mí mismo ni se me ocurriría. La razón es que sería...». Da un suspiro y su voz se pierde en un murmullo: las emociones le han dejado exhausto.

Hellmann: «La razón es que *serías* un *hijoputa*, ¿no?».

Chusquero: «No, señor ofi...».

Hellmann: «¡Sí que lo serías!».

Chusquero: «Sí, si usted lo dice, señor oficial de prisiones».

Burdan: «Estarías diciendo algo muy feo de tu madre, ¿no, 2093?».

Está claro que Burdan también quiere protagonismo, pero Hellmann no quiere compartirlo y no le hace ninguna gracia la intromisión de su esbirro.

Hellmann: «¿Qué serías, eh? ¿Qué serías? ¿Serías un *hijoputa*?».

Chusquero: «Sí, señor oficial de prisiones».

Hellmann: «Pues venga, que oiga cómo lo dices».

Chusquero: «Lo siento, señor. No lo voy a decir».

Hellmann: «¿Y por qué coño no lo vas a decir?».

Chusquero: «Porque no digo palabras soeces».

Hellmann: «Vaya, ¿y por qué has dicho que lo eres? ¿Al final qué coño eres?».

Chusquero: «Soy lo que usted quiera que sea, señor oficial de prisiones».

Hellmann: «Pues si tú mismo lo dices, si dices que eres un *hijoputa*, es que me das la razón, que eres un *hijoputa*. Entonces, ¿por qué no lo dices?».

Chusquero: «Lo siento, señor, no lo voy a decir».

Hellmann ve que otra vez lleva las de perder y vuelve a la táctica del divide y vencerás que antes le ha ido tan bien: «A ver, chavales, ¿queréis dormir bien esta noche o no?».

Todos responden: «¡Sí, señor!».

Hellmann: «Pues tendremos que esperar un poco, para que 2093 piense en lo *hijoputa* que es. A ver si entonces nos dice a todos que lo es».

(Estamos ante una lucha de poder inesperada entre el carcelero más autoritario y el recluso que hasta ahora ha sido más obediente, tan obediente que ha recibido el apoyo de «chusquero» y cae mal a casi todos los reclusos y carceleros porque le ven como una especie de robot. Pero ahora está revelando otra faceta de su carácter: es una persona de principios.)

Chusquero: «Creo que hace usted muy bien censurándome así, señor oficial de prisiones».

Hellmann: «¡A mí me lo vas a decir!».

Chusquero: «Pero no puedo decir esa expresión, señor oficial de prisiones».

Hellmann: «¿Decir qué?».

Chusquero: «No diré, bajo ningún concepto, la expresión "hijo de puta"».

Suenan silbidos, aplausos, campanas, cañones y música de desfile.

Burdan grita con una alegría irreprimible: «¡Lo ha dicho!».

Hellmann: «¡Bueno, *alabado sea dios*! ¡*Sí señor,* lo ha dicho! ¿A que lo ha dicho, 5704?».

5704: «Así es, señor oficial de prisiones».

Hellmann: «¡Anda que no le ha costado!».

Burdan: «¿Quién sabe? A lo mejor estos chavales acaban yendo a la cama y todo».

No contento con esta victoria parcial, Hellmann tiene que hacer otra demostración arbitraria de su poder. «2093, por decir palabrotas, al suelo y diez flexiones.»

Chusquero: «Gracias, señor oficial de prisiones», mientras hace unas flexiones perfectas a pesar de su evidente cansancio.

Burdan, contrariado porque el chusquero aún es capaz de aguantar, se burla de sus flexiones: «Hazlas bien, 2093, ¿o te crees que estás de colonias?».

Geoff Landry mete baza desde la silla en la que hace una hora que se ha repantingado: «Haz otras diez». Para los espectadores, añade: «¿Los demás creéis que las hace bien?».

«Sí», responden. El mayor de los Landry hace una rara demostración de autoridad, quizá para asegurarse de seguir teniendo alguna a los ojos de los reclusos.

«Pues estáis equivocados. 2093, haz cinco más.»

El chusquero narra este enfrentamiento con un estilo curiosamente impersonal:

> El guardia me ordenó llamar «hijo de puta» a otro recluso y que dijera que yo también lo era. Me negué a hacer lo primero, y lo segundo produciría una paradoja lógica negando la validez de lo primero. Empezó a hacer lo que hacía siempre antes de un «castigo», y me refiero a que su entonación vocal daba a entender que los demás serían castigados por mis actos. Para evitar su castigo y evitar obedecer aquella orden, reaccioné de una forma que solucionara las dos cosas diciendo: «No diré bajo ningún concepto la expresión "hijo de puta"», ofreciendo de este modo una salida para los dos.[10]

El chusquero se revela como un hombre de principios sólidos, no como el pelota obediente que parecía al empezar. Más tarde nos dijo algo interesante sobre la mentalidad que adoptó como recluso en aquella situación:

> Cuando entré en la prisión me propuse ser yo mismo en la medida en que me he llegado a conocer. Mi filosofía en la prisión era no causar ni aumentar el deterioro del carácter de mis compañeros reclusos ni del mío propio, y evitar que castigaran a alguien a causa de mis actos.

El poder simbólico de las salchichas

¿Por qué esas dos salchichas mugrientas y resecas adquieren tanta importancia? A 416 le permiten plantar cara a un sistema malvado haciendo algo que puede controlar y que no pueden obligarle a no hacer. De este modo, frustra el dominio de los carceleros. Para los carceleros, el hecho de que 416 se niegue a comer representa una violación muy grave de la norma

que dice que los reclusos deberán comer durante las horas de comida y sólo durante las horas de comida. Esa regla estaba pensada para que los reclusos no comieran ni pidieran comida fuera de los horarios fijados. Pero, ahora, la regla se ha ampliado para dar a los carceleros la facultad de obligar a los reclusos a comer siempre que se les dé comida. Esta negativa a comer se ha convertido en un acto de desobediencia que no van a tolerar porque podría dar pie a que los demás, que han acabado perdiendo rebeldía y ganando docilidad, también puedan cuestionar su autoridad.

Los otros reclusos podrían haber visto la negativa de 416 a pasar por el aro como un gesto heroico. Podrían haberse unido a él para adoptar una postura colectiva contra los maltratos continuos, y cada vez más abusivos, de los carceleros. El problema estratégico es que 416 no les ha explicado su plan para ponerlos de su lado y hacerles ver el significado de su acto. Su decisión de iniciar una huelga de hambre ha sido puramente personal. Viendo que la posición de 416 en la comunidad de reclusos es endeble porque acaba de llegar y no ha sufrido como los demás, los carceleros, de una manera intuitiva, le hacen quedar como un «liante» cuya obstinación acabarán pagando ellos. Tachan su huelga de hambre de egoísta porque no le importa que pueda dejar a los otros sin visita. Sin embargo, los reclusos tendrían que darse cuenta que la relación entre el hecho de que 416 se coma las salchichas y ellos puedan tener visitas es totalmente arbitraria y carece de lógica.

Una vez vencida la resistencia del chusquero, Hellmann vuelve a centrar la atención en su flacucho adversario, el recluso 416. Le ordena que salga del hoyo para hacer quince flexiones: «Ahora mismo; y a toda leche».

416 se echa al suelo. Pero está tan débil y desorientado que apenas puede alzar el cuerpo. Como mucho, levanta el trasero.

Hellmann no se puede creer lo que está viendo. «¿Pero qué hace ese tío?», grita con voz incrédula.

«Menear el culo», dice Burdan.

Landry despierta de su letargo y añade: «Le hemos dicho que haga flexiones».

Hellmann grita: «¿Tú crees que eso son flexiones, 5486?».

El recluso responde: «Yo diría que sí, señor oficial de prisiones».

«¡Eso qué van a ser flexiones!»

Jerry-5486 está de acuerdo: «Si usted lo dice, será que no son flexiones, señor oficial de prisiones».

Burdan interviene: «¿Cómo menea el culo, eh, 2093?».

El chusquero responde mansamente: «Si usted lo dice, señor oficial de prisiones».

Burdan: «¿Qué es lo que hace?».

5486 obedece: «Menear el culo».

Hellmann hace que Paul-5704 demuestre a 416 cómo se hacen flexiones.

«¿Lo ves, 416? Él no levanta el culo. No se está follando a un agujero en el suelo. ¡Venga, hazlo bien!»

416 intenta imitar a 5704, pero es incapaz de hacerlo porque ya no le quedan fuerzas. Burdan sigue con sus pullas: «¿No puedes mantener el cuerpo recto, 416? Pareces una montaña rusa».

Hellmann rara vez emplea la fuerza. Prefiere ejercer su autoridad verbalmente, abusando del sarcasmo y con juegos llenos de sádica inventiva. Siempre es consciente de hasta dónde puede llegar: puede improvisar, pero no pierde los estribos. Sin embargo, los retos de esta noche le han superado. Se pone de pie al lado de 416, que sigue echado en el suelo, y le ordena que haga flexiones despacio. Entonces, cuando 416 alza el cuerpo, le pone la bota en la espalda y le empuja hacia abajo con violencia. Todos los demás parecen sorprendidos ante este maltrato físico. Tras un par de flexiones, Hellmann levanta el pie de su espalda y vuelve a encerrarle en el hoyo con un sonoro portazo.

Mientras observo esto, me vienen a la cabeza los dibujos hechos por reclusos de Auschwitz de guardias nazis que hacían lo mismo, pisar la espalda de los prisioneros mientras hacían flexiones.

«Capullo santurrón y meapilas»

Burdan grita a 416 por la puerta de la celda de castigo: «Como no comas te quedarás sin energía, 416». (Sospecho que a Burdan empieza a darle pena lo mal que lo pasa.)

Hellmann suelta un breve sermón: «Espero que os sirva de ejemplo, chavales. No tenéis por qué desobedecernos. No he ordenado nada que no podáis hacer. Y no tengo por qué ofender a nadie. No estáis aquí por ser buenos ciudadanos y tanta tontería me da asco. A ver si espabiláis de una vez».

Le pregunta al chusquero qué opina de su discurso y el chusquero responde: «Creo que ha sido muy acertado, señor oficial de prisiones».

Acercándose a su cara, Hellmann vuelve a acosar al chusquero: «Tú vas de santurrón y meapilas, ¿no?».

El chusquero responde: «Si usted quiere verlo así».

«Pues mira lo que te digo. Eres un capullo santurrón y meapilas.»

Ya estamos otra vez. El chusquero contesta: «Lo seré si usted lo desea, señor oficial de prisiones.»

«No deseo que lo seas: es que lo eres.»

«Como usted diga, señor oficial de prisiones.»

Hellmann vuelve a pasearse otra vez arriba y abajo por la fila de reclusos insistiendo en que le den la razón, y todos se la dan.

«Es un capullo santurrón y meapilas.»

«Un capullo santurrón y meapilas, señor oficial de prisiones.»

«Sí señor: un capullo santurrón y meapilas.»

Satisfecho de que al menos este pequeño mundo vea las cosas como él, Hellmann dice al chusquero: «Lo siento, pero son cuatro a uno. Pierdes tú».

El chusquero responde que lo único que importa es lo que piense de sí mismo.

«Pues no pienses más porque te va a estallar el coco. Porque no tocas de pies en el suelo, se te ha ido la olla, chaval. Vives una *patraña,* te lo digo yo. Ya me tienes harto, 2093.»

«Lo siento, señor oficial de prisiones.»

«Eres tan cabrón, santurrón y meapilas que me pones malo.»

«Lamento hacer que se sienta así, señor oficial de prisiones.» Burdan hace que el chusquero se doble hacia adelante hasta tocarse los pies con los dedos de las manos para no tener que verle más la cara.

«¡Decidle: "Gracias, 416"!»

Lo último que le queda a Hellmann para ganar la batalla contra los rebeldes es acabar con la simpatía o compasión que los reclusos puedan sentir por el pobre 416.

«Es una pena que todos tengamos que sufrir porque a alguien se le ha ido la olla. Ahí tenéis a un amigo de verdad [da un fuerte golpe en la puerta del hoyo]. Ya se ha encargado él de que esta noche no tengáis mantas.»

Hellmann intenta que los reclusos se unan a él contra su enemigo *común*, el número 416, que los va a perjudicar a todos por esa majadería de la huelga de hambre.

Burdan y Hellmann ponen en fila a los cuatro reclusos y les dicen que den las gracias a 416, que está sentado en la oscuridad y la estrechez del hoyo. Uno por uno, obedecen.

«¿Qué tal si le dais las gracias a 416 por todo esto?»

Todos recitan: «Gracias, 416».

Pero ni eso es suficiente para el malvado dúo. Hellmann les ordena: «Venga, acercaos a la puerta. Quiero que le deis las gracias con *los puños*, en la puerta».

Lo hacen uno por uno, golpeando la puerta con estrépito mientras gritan: «¡Gracias, 416!». Un ruido ensordecedor retumba por todo el hoyo y aún aterroriza más a 416, que se encuentra allí dentro, solo.

Burdan: «Así se hace, echándole ganas».

(Es difícil saber si los otros reclusos están furiosos de verdad con 416 por haberles perjudicado, si se limitan a seguir las órdenes, o si descargan indirectamente su rabia y su frustración por los maltratos que reciben de los carceleros.)

Hellmann les enseña a golpear la puerta «de verdad», y varias veces por si acaso. El chusquero es el último y, sorprendentemente, obedece sin rechistar. Cuando acaba, Burdan lo agarra de los hombros y lo empuja con fuerza contra la pared del fondo. Luego ordena a los reclusos que vuelvan a sus celdas y le dice a su colega Hellmann: «Todo listo para apagar las luces, oficial».

El sucio trato de la manta

Recordemos *La leyenda del indomable,* un clásico entre los dramas carcelarios cuya acción transcurre en una prisión sureña y de la que copié la idea de que los carceleros y el resto del personal llevaran gafas de espejo para darles la sensación de anonimato. Esta noche, el oficial Hellmann va a improvisar un guión que podría rivalizar con el del mejor guionista y que nos hará ver la naturaleza de la autoridad en una prisión. La escena que va a representar, llena de creatividad malvada, demuestra que con su poder puede crear una realidad arbitraria ofreciendo a los internos la ilusión de elegir cómo van a castigar a uno de sus compañeros.

Las luces están apagadas, los reclusos en sus celdas, 416 en aislamiento. Una extraña quietud se ha apoderado del patio. Hellmann se sube a la mesa que está entre el hoyo y nuestro puesto de observación, lo que nos permite registrar estos acontecimientos y observar de cerca cómo se desarrolla el drama. El carcelero jefe del turno de tarde se apoya contra la pared, con las piernas cruzadas como un buda en la postura del loto, con un brazo que le cuelga entre las piernas y el otro que descansa sobre la mesa: Hellmann es la viva imagen del poder en reposo. Mueve la cabeza lentamente de un lado a otro. Vemos sus largas patillas, que le llegan a la barbilla. Se relame sus gruesos labios mientras elige sus palabras con cuidado y las pronuncia arrastrándolas con un marcado acento sureño.

Se le ha ocurrido otro plan maquiavélico. Plantea unas condiciones para sacar a 416 del hoyo. Pero no es él quien va a decidir si se va a quedar ahí toda la noche y hace que los otros reclusos tomen la decisión: ¿sueltan a 416 ahora o dejan que se pudra en el hoyo toda la noche?

Justo en aquel momento, el carcelero bonachón, Geoff Landry, entra en el patio con aire despreocupado. Con su metro noventa y sus ochenta y cinco kilos, es más corpulento que cualquier otro carcelero o recluso. Como siempre, va con un cigarrillo en una mano, tiene la otra en el bolsillo y no lleva puestas las gafas de espejo. Se acerca al lugar de la acción, se para, se le ve disgustado, frunce el ceño y parece que va a intervenir, pero no hace nada y se limita a observar con actitud pasiva mientras John Wayne sigue con su *show*.

«Bien, hay varias maneras de hacer esto y todo depende de lo que *vosotros* queráis. Si el recluso 416 no se come las salchichas, me dais las mantas y dormís a pelo sobre el colchón. O podéis quedaros las mantas y 416 se queda ahí dentro hasta mañana. ¿Qué va a ser?»

«Yo me quedo la manta, señor oficial de prisiones», responde 7258 de inmediato. (A Hubbie no le cae nada bien 416.)

«¿Y vosotros qué decís?»

«Yo también me la quedo», dice Paul-5704, nuestro anterior líder rebelde.

«¿Y tú qué, 5486?»

Negándose a ceder a la presión del grupo, 5486 muestra compasión por el pobre 416 y se ofrece a quedarse sin manta para que no tenga que pasar toda la noche en aislamiento.

Burdan le grita: «¡No queremos tu manta para nada!».

«Venga, chavales, a ver si os decidís.»

Burdan, que adopta la postura arrogante de una pequeña figura de autoridad con los brazos en jarras y blandiendo la porra, se pasea arriba y abajo por delante de las celdas. Se dirige al chusquero, que está en su celda, y le pregunta: «¿Y tú qué dices?».

Sorprendentemente, el chusquero renuncia a sus elevados principios, que ahora parecen limitarse a no decir palabras malsonantes, y exclama: «Si esos dos quieren quedarse con su manta, yo también me quedo con la mía». Su voto es el que inclina la balanza.

Burdan exclama: «Tres a uno, señores».

Hellmann repite el mensaje fuerte y claro para que todos lo puedan escuchar.

«Hemos quedado tres a uno.» Mientras salta de la mesa, el *jefe* grita hacia el hoyo: «¡416, te vas a pasar ahí un buen rato, ve haciéndote a la idea!».[11]

Hellmann sale pavoneándose del patio, Burdan le sigue obediente y Landry cierra la comitiva con desgana. Parece que los carceleros han ganado una batalla en su lucha interminable contra la resistencia de los

reclusos. Está claro que para este trío la noche ha sido larga y dura, pero ahora podrán disfrutar del dulce sabor de la victoria en esta guerra de voluntades.

CAPÍTULO 7

El poder de conceder la libertad

Técnicamente, la prisión de Stanford es más bien una cárcel de un condado donde un grupo de adolescentes se hallan a la espera de juicio tras ser detenidos el domingo por la policía de Palo Alto. Como es lógico, no se ha fijado fecha para ningún juicio y los internos no disponen de asistencia legal. No obstante, siguiendo el consejo del padre McDermott, el capellán de la prisión, la madre de uno de los reclusos trata de encontrar un abogado para su hijo. Tras una reunión de todo el personal con el subdirector Jaffe y nuestros «asesores psicológicos» Craig Haney y Curt Banks, decidimos convocar una reunión de la junta de libertad condicional (que en el mundo real no sería posible, por hallarnos demasiado al principio del proceso penal).

Esto nos brindará la oportunidad de observar cómo aborda cada recluso la posibilidad de obtener la libertad. Hasta ahora, cada interno ha actuado únicamente en el escenario de la prisión. El hecho de que la junta se celebre en otro lugar del edificio permitirá que los reclusos salgan de los límites estrechos y opresivos del sótano. Puede que en este entorno nuevo, donde habrá personal que no tiene relación directa con el día a día de la prisión, se sientan más libres de expresar sus actitudes y sentimientos. La junta también realzará la formalidad de la experiencia carcelaria porque, al igual que las noches de visita, la figura del capellán de la prisión y la visita de un abogado de oficio que hemos previsto, otorga credibilidad a la experiencia. Por último, deseamos ver cómo va a representar su papel de director de la junta de libertad condicional Carlo Prescott, nuestro asesor de

prisiones. Como decía antes, a Carlo le han negado muchas peticiones de libertad condicional durante los últimos diecisiete años y hace muy poco que ha obtenido la libertad por «buena conducta». ¿Será compasivo y se pondrá del lado de los reclusos por haber estado antes en su lugar?

Hemos previsto que la junta de libertad condicional se reúna en el primer piso de la facultad de psicología de Stanford, en mi propio laboratorio, una gran sala enmoquetada dotada de cámaras ocultas de grabación y de un espejo unidireccional para hacer observaciones. Los cuatro miembros de la junta se sientan en una mesa hexagonal. Carlo ocupa la cabecera, al lado de Craig Haney, y enfrente se sientan un estudiante de posgrado y una secretaria que no sabe gran cosa de nuestro estudio y que nos echa una mano. Curt Banks hace las funciones de alguacil y se encargará de llamar y hacer entrar a los reclusos. Yo me encargaré de grabar en vídeo lo que ocurra desde la sala adyacente.

De los ocho reclusos que quedan el miércoles por la mañana tras la puesta en libertad de 8612, el personal ha considerado que cuatro de ellos cumplen los requisitos para solicitar la libertad condicional por su buena conducta. Se les ha dado la oportunidad de solicitar que se examine su caso y han redactado una petición formal explicando por qué creen ser merecedores del favor de la junta. Los otros reclusos serán atendidos otro día, aunque los carceleros desean que se niegue este derecho al recluso 416 por su persistente violación de la norma 2: «Los reclusos deben comer en las horas de comer y sólo en las horas de comer».

La oportunidad de recobrar la libertad

Los carceleros del turno de mañana hacen formar a los cuatro reclusos en el patio, como se hace normalmente para la última salida al lavabo de cada noche. La cadena de cada recluso se ata a la pierna del siguiente y se les cubre la cabeza con bolsas de papel para que no vean el recorrido hasta la sala donde se reúne la junta ni sepan en qué lugar del edificio está. Se sientan en un banco del vestíbulo que hay fuera de la sala. Les quitan las cadenas de las piernas, pero siguen esposados y con las bolsas en la cabeza hasta que Curt Banks sale de la sala y los llama uno a uno por su número.

Curt, el alguacil, lee en voz alta la solicitud de cada recluso y la exposición de los carceleros que se oponen a que salga en libertad. Luego lo acompaña para que se siente a la derecha de Carlo, que se encarga de todo a partir de aquí. Primero entra el recluso Jim-4325, a continuación Glenn-3401, luego Rich-1037 y, por último, Hubbie-7258. Cuando abandonan la sala les ponen otra vez las esposas, la cadena y la bolsa y esperan sentados en el banco a que la sesión acabe para volver todos juntos a la prisión.

Antes de que comparezca el primer recluso, y mientras compruebo el equipo de grabación, Carlo explica a sus compañeros de junta algunos aspectos básicos de su tarea. (La explicación se reproduce en las notas.)[1] Curt, viendo que Carlo se va animando y está a punto de soltar uno de los largos discursos que le ha oído contar tantas veces en nuestro curso de verano, le insta a que acabe: «Habrá que empezar ya, que el tiempo vuela».

4325 se declara inocente

El recluso Jim-4325 entra en la sala; le han quitado las esposas y se le ofrece asiento. Sin preámbulos, Carlo le pregunta: «¿De qué se le acusa? ¿Cómo se declara?». 4325 responde con la seriedad que exige la situación: «Señor, se me acusa de robo a mano armada. Y me declaro inocente».[2]

«¿Inocente?» Carlo finge una gran sorpresa. «¿Me está diciendo usted que los agentes que le detuvieron no sabían lo que hacían, que ha habido algún error, alguna confusión? ¿Que unas personas formadas para hacer cumplir la ley, y que a buen seguro tienen muchos años de experiencia, le han elegido *precisamente a usted* de entre todos los habitantes de Palo Alto porque no saben de qué hablan, porque se han confundido y creen que usted ha hecho algo? En resumen, ¿me está diciendo usted que mienten, que son unos mentirosos?»

4325: «No digo que mientan, supongo que tendrán pruebas y tal. Y respeto totalmente sus conocimientos profesionales y todo eso... Yo no he visto ninguna prueba, pero supongo que si me han detenido es porque habrá alguna». (El recluso se somete a la autoridad superior; su seguridad inicial se va diluyendo ante la imponente presencia de Carlo.)

Carlo Prescott: «En ese caso, me confirma usted que le han detenido por algo».

4325: «Bueno, supongo que si me han detenido habrá sido por algo».

Prescott le pregunta por su historia personal y sus planes de futuro, pero quiere saber más sobre el delito del que se le acusa: «¿Con quién se relaciona usted, qué actividades realiza en su tiempo libre que le han llevado a esta situación? Se le acusa de un delito grave... sabe que si entra a robar con un arma puede acabar matando a alguien. ¿Y usted qué hizo? ¿Les disparó, les apuñaló?».

4325: «No estoy seguro, señor. El agente Williams dijo que...».

Prescott: «¿Qué hizo *usted*? ¿Dispararles, apuñalarlos, tirarles una bomba? ¿Entrar con un rifle?».

Craig Haney y otros miembros de la junta intentan rebajar la tensión preguntando al recluso si se ha adaptado a la vida en prisión.

4325: «Bueno, de natural soy bastante introvertido... los primeros días le daba muchas vueltas a la situación y al final pensé que lo mejor sería que me portara bien...».

Prescott interviene otra vez: «Déjese de tanto rollo intelectual. Le ha hecho una pregunta muy clara y directa. ¡Responda a ella!».

Craig pregunta a 4325 qué aspectos de su experiencia en la prisión cree que podrán facilitar su reinserción y el recluso responde: «Bueno, ahora que lo dice, pues la verdad es que he aprendido a ser obediente. Y, bueno, en algunos momentos me he sentido un poco amargado, pero los oficiales sólo cumplen con su deber».

Prescott: «Esta junta de libertad condicional no podrá llevarle de la mano si le deja salir. Dice usted que le han enseñado a ser obediente, a colaborar, pero ahí fuera no habrá nadie que vele por usted, estará usted solo. ¿Qué clase de ciudadano cree usted que podrá ser con los delitos de los que se le acusa? Aquí tengo la lista y, francamente, ¡es muy larga!». Con gran seguridad y dominio, Carlo examina unos folios en blanco como si fueran el expediente de 4325 con sus detenciones, condenas y puestas en libertad. Luego continúa: «Mire, nos dice usted que se las puede arreglar ahí fuera gracias a la disciplina que ha aprendido aquí. Pero nosotros no podremos llevarle de la mano... ¿Qué le hace pensar que *en estos momentos* se las puede arreglar usted solo?».

4325: «Es que hay algo que me gustaría hacer. Quiero ir a Berkeley, a estudiar física. Tengo muchas ganas de ir».

Prescott quiere saber si tiene creencias religiosas y luego le pregunta por qué no ha aprovechado los programas de terapia en grupo o de orientación profesional de la prisión. El recluso no sabe bien de qué le habla, pero dice que si le hubieran ofrecido la posibilidad lo habría hecho. Carlo pide a Curt Banks que compruebe la veracidad de esta afirmación, aunque deja claras sus dudas de que sea cierta. (Carlo sabe que no ofrecemos estos programas en el experimento, pero es lo que le preguntaban a él cuando comparecía ante una junta de libertad condicional.)

Después de unas preguntas más de otros miembros de la junta, Prescott pide al oficial de prisiones que saque al interno de la sala. 4325 se pone en pie y da las gracias a la junta. Luego extiende los brazos con las palmas

hacia adentro para que un carcelero le ponga las esposas. Cuando sale de la sala le vuelven a cubrir la cabeza con la bolsa y le dicen que se quede sentado en silencio mientras el siguiente recluso entra en la sala.

Cuando 4325 ya ha salido, Prescott comenta: «La verdad es que labia, a ese chaval no le falta...».

Según mis notas, «el recluso 4325 ha dado la impresión de estar muy tranquilo y de tener un buen dominio de sí mismo; hasta ahora ha sido uno de nuestros "reclusos modelo". Parece confundido por el agresivo interrogatorio de Prescott sobre el delito del que se le acusa y cede con facilidad a la presión para que admita que es culpable a pesar de que el delito es pura ficción. Durante toda la comparecencia ha sido obediente y educado, una actitud que seguramente contribuirá a su supervivencia en este entorno carcelario».

Un ejemplo magnífico se empaña

A continuación, Curt hace entrar al recluso 3401 y lee en voz alta su solicitud:

> Deseo la libertad condicional para poder llevar mi nueva vida a este mundo tan desesperado y enseñar a las almas perdidas que la buena conducta se ve recompensada por el afecto; que el cerdo materialista únicamente posee a los pobres que ha expoliado; que el delincuente común se puede rehabilitar por completo en menos de una semana, y que Dios, la fe y la fraternidad siguen con toda su fuerza en nuestro interior. Creo ser merecedor de la libertad condicional porque mi conducta ha sido irreprochable a lo largo de toda mi estancia. He sabido disfrutar de sus comodidades, pero he descubierto que es mejor avanzar hasta cotas más sagradas y elevadas. Más aún, podemos tener la plena seguridad de que, por ser producto de un entorno perfecto, mi rehabilitación será completa y eterna. Que Dios les bendiga a todos. Muy atentamente, 3401. Les ruego que me recuerden como un ejemplo magnífico.

Los informes de los carceleros nos pintan un panorama muy distinto:

> El interno 3401 causa problemas sin cesar, aunque es un alborotador de tres al cuarto, porque se limita a seguir con docilidad cualquier mal ejemplo. No hay en su interior nada bueno que desarrollar. Recomiendo que no se le conceda la libertad condicional. Firmado: oficial Arnett.

> No veo razón para conceder la libertad condicional al interno 3401, como tampoco veo relación alguna entre el interno 3401 que yo conozco y la persona que se describe en esta solicitud de libertad condicional. Firmado: oficial Markus.

El interno 3401 no merece la libertad condicional y su sarcástica solicitud lo confirma. Firmado: oficial John Landry.

Se hace entrar en la sala al recluso 3401, que sigue con la bolsa de papel en la cabeza. Carlo ordena que se la quiten para poder verle la cara a «ese gamberrete». Todos reaccionan con sorpresa al ver que 3401, Glenn, es de origen asiático: es el único interno que no es caucásico. Glenn contradice todos los estereotipos sobre los orientales con su actitud rebelde y displicente. Pero sí que se ajusta a ellos en cuanto a su físico: no llega a metro sesenta, es delgado pero nervudo, tiene unas facciones agradables y su pelo es lustroso y negro como el azabache.

Craig empieza preguntándole por su papel en la rebelión de los reclusos que se inició cuando los de su celda se atrincheraron dentro. ¿Qué hizo para impedirlo?

3401 responde con una franqueza sorprendente: «¡No lo impedí, lo alenté!». Después de más preguntas de otros miembros de la junta sobre esos hechos, 3401 prosigue en un tono sarcástico que contrasta con la aparente humildad de 4325: «Tengo entendido que el propósito de esta institución es reinsertar a los presos, no vejarlos, y como resultado de nuestros actos...».

El subdirector Jaffe, que está sentado a un lado de la sala, no puede evitar responderle: «Quizá la idea que tiene usted de la reinserción no sea correcta. ¡Lo que intentamos es enseñarle a ser un miembro productivo de la sociedad, no a atrincherarse en su celda!».

Prescott ya está harto de tanta divagación. Reafirma su papel de mandamás: «Tres ciudadanos dicen que le vieron salir de la escena del delito». (Se lo ha inventado sobre la marcha.) Carlo continúa: «¡Poner en tela de juicio la vista de tres personas equivale a decir que toda la humanidad es ciega! ¿Y habla usted de la fuerza de Dios, la fe y la fraternidad? ¿Acaso es fraternidad apropiarse de lo ajeno?».

Y ahora, Carlo pone en juego la carta del racismo: «En las prisiones hay muy pocos orientales como usted... la verdad es que en general son buenos ciudadanos... Usted no ha dejado de causar problemas, se ha burlado de la prisión, viene aquí y nos habla de reinserción como si fuera capaz de dirigir una prisión. Se sienta en esta mesa e interrumpe al subdirector, como

si lo que usted dice fuera más importante que lo que diga él. Francamente, no le daría la libertad ni que fuera usted el último interno de la prisión. No creo que tengamos a nadie con menos posibilidades de obtenerla, ¿qué me dice?».

«Que tiene usted todo el derecho a expresar su opinión, señor», dice 3401.

«¡*Mi opinión* tiene bastante peso en esta junta!», le responde Carlo airado.

Prescott hace más preguntas al recluso sin darle la oportunidad de responder y termina censurándolo y dando su caso por resuelto: «No creo que haga falta dedicarle más tiempo. Su historial y su actitud en esta sala dejan muy clara su postura... tenemos un programa muy apretado y no veo razón para seguir tratando su solicitud. No es usted más que un interno problemático que, eso sí, escribe muy bien».

Antes de salir, el recluso hace saber a la junta que le preocupan unas ampollas muy feas que le han salido en la piel. Prescott le pregunta si ha dado parte a la enfermería o ha hecho algo constructivo para ocuparse de este problema. Cuando el recluso dice que no, Carlo le recuerda que ésa es una junta de libertad condicional, no una junta médica, y le dirige unas últimas palabras: «Tratamos de hallar alguna razón para conceder la libertad condicional a todo el que la solicita, y cuando alguien entra en esta prisión está en sus manos mantener limpio su expediente, actuar de una manera que nos indique que puede adaptarse a la sociedad... Quiero que reflexione sobre algunas de las cosas que usted mismo ha escrito. Es usted inteligente y domina la lengua. Hasta puede que llegue a cambiar; sí, creo que algún día tendrá usted la oportunidad de cambiar».

Carlo se dirige al carcelero y le hace un gesto para que saque al recluso de la sala. Convertido ahora en un muchacho con cara de arrepentido, el recluso extiende lentamente los brazos para que le pongan las esposas y se va de la sala. Quizá se haya dado cuenta de que su actitud displicente le ha costado cara, que no estaba preparado para la seriedad de la entrevista y de la junta de libertad condicional.

Mis notas indican que el recluso 3401 es una persona más compleja de lo que parece a primera vista. Presenta una mezcla de rasgos muy interesante. Normalmente, en su trato con los carceleros es serio y educado, pero para solicitar la libertad condicional ha redactado una carta sobrada de humor y sarcasmo donde habla de una reinserción inexistente, de su espiritualidad personal y de su conducta ejemplar como recluso. No parece caer nada bien a los carceleros, como se desprende de los informes que desaconsejan concederle la libertad. Su atrevido escrito de solicitud contrasta con su conducta, con el joven apagado, e incluso acobardado, que vemos en esta sala. «Aquí no se permiten bromas.» La junta, y sobre todo Prescott, va a por él con cierta saña, y no sabe hacer frente al ataque de una manera eficaz. A medida que avanza la comparecencia va adoptando una postura más retraída e indiferente. Me pregunto si logrará soportar las dos semanas completas.

Un rebelde se echa atrás

El siguiente recluso es Rich-1037, aquel cuya madre se quedó tan preocupada cuando vino de visita. Es el recluso que se ha encerrado en la celda 2 esta misma mañana. También suele frecuentar el hoyo. Su solicitud es interesante, pero pierde mucho si se lee deprisa y con el tono monótono y frío de Curt Banks:

> Me gustaría obtener la libertad provisional para poder pasar los últimos instantes de mi adolescencia con mis amigos de siempre. El lunes cumpliré veinte años. Creo que el personal de la prisión me ha hecho ver muchas de mis flaquezas. El lunes pasado me rebelé porque pensaba que se me trataba injustamente. Pero aquella noche me di cuenta de que no era digno de un trato mejor. Desde entonces me he esforzado en colaborar y ahora sé que el personal de la prisión no tiene otro interés que mi bienestar y el de los otros reclusos. A pesar de mi falta de respeto imperdonable hacia ellos y sus deseos, me han tratado y me siguen tratando bien. Respeto sobre todo su capacidad para ofrecer la otra mejilla y creo que gracias a su bondad he podido rehabilitarme y convertirme en una persona mejor. Atentamente, 1037.

Tres carceleros han ofrecido una recomendación colectiva que Curt también lee en voz alta:

Aunque 1037 ha mejorado desde su rebelión, creemos que debe mejorar mucho más para que sea un verdadero ejemplo de nuestra labor de corrección. Estamos de acuerdo cuando 1037 dice que ha mejorado mucho; pero su nivel aún no es aceptable. Aunque va mejorando, le queda mucho para merecer la libertad condicional. No recomendamos que se le conceda.

Cuando Rich-1037 comparece ante la junta, manifiesta una extraña mezcla de energía juvenil y depresión incipiente. Enseguida se pone a hablar de su cumpleaños, la única razón para pedir la libertad condicional; es algo que tiene mucha importancia para él, pero en el momento de inscribirse en el estudio se le había olvidado. Cuando empieza a soltarse dando explicaciones, el subdirector le hace una pregunta a la que no podrá responder sin meterse en problemas o sin perder la justificación para salir: «¿Acaso cree usted que nuestra prisión no es capaz de ofrecerle una fiesta de cumpleaños?».

Prescott aprovecha la ocasión: «Por muy joven que sea, usted ya lleva tiempo viviendo en sociedad. Conoce la ley y sabe que las prisiones son para quienes violan esa ley. Mire, hijo, reconozco que está usted cambiando; me lo dicen aquí y creo sinceramente que ha mejorado. Pero aquí veo, escrito de su puño y letra: "A pesar de mi falta de respeto imperdonable hacia ellos y sus deseos". *¡Falta de respeto imperdonable!* No se puede perder el respeto a los demás ni a su propiedad. ¿Qué pasaría si todos los ciudadanos de este país perdieran el respeto a la propiedad ajena?».

De nuevo, Carlo examina unos folios *en blanco* como si fueran el expediente de 1037 y se detiene como si hubiera descubierto algo de gran importancia: «Según leo en su expediente tiene usted muy mal genio, veo que tuvo que ser reducido porque podría haber hecho daño, o algo peor, a los agentes que le detuvieron. Mire, estoy satisfecho con sus progresos y creo que empieza a reconocer que su actitud es poco madura y que actúa con poca consideración hacia los demás. Porque usted convierte a los demás en objetos; les hace creer que son objetos para su uso personal. ¡Usted manipula a la gente! Diría que lleva manipulando a la gente toda la vida y todos los informes hablan de su indiferencia por la ley. Hay

momentos en los que no parece capaz de controlar su conducta. ¿Qué le ha hecho pensar que podría ser un buen candidato a recibir la libertad condicional? ¿Qué nos puede decir usted en su favor?».

1037 no se esperaba este ataque personal a su carácter. Farfulla unas palabras incoherentes sobre su capacidad para alejarse de las situaciones que le puedan tentar a actuar con violencia. Luego dice que esta experiencia en la prisión le ha ayudado: «He visto cómo reaccionan personas diferentes a situaciones muy distintas, cómo se comportan con los demás, cómo hablan con sus compañeros de celda, sus reacciones ante las mismas situaciones. Y los carceleros de los tres turnos igual: todos reaccionan de una manera un poco distinta a las mismas situaciones».

Luego, 1037 saca el tema de sus «flaquezas», sobre todo su papel como agitador en la rebelión del lunes. Su actitud es ahora totalmente sumisa. Se culpa de haber plantado cara a los carceleros y de no haberlos criticado ni una sola vez por sus continuas vejaciones. (Tengo ante mis ojos un ejemplo perfecto de control mental en acción. Este proceso es clavado al de los prisioneros estadounidenses de la guerra de Corea, que confesaron a sus captores haber usado armas biológicas y haber cometido otras atrocidades.)

De repente, Prescott interrumpe la exposición que hace 1037 de sus defectos y le pregunta: «¿Toma usted drogas?».

Cuando 1037 responde «no», Prescott deja que siga con sus disculpas hasta que le interrumpe otra vez. Ha visto un moretón en el brazo del interno y le pregunta cómo se lo ha hecho. Sin duda es consecuencia de alguna refriega con los carceleros, pero 1037 lo niega; dice que los carceleros no han podido ser más amables con él y que todo es culpa suya por desobedecer continuamente sus órdenes.

A Carlo le gusta este *mea culpa*: «Siga usted así, muy bien».

1037 admite que estaría dispuesto a renunciar a cobrar a cambio de recibir la libertad condicional (una postura muy extrema, porque ha tenido que pasar por muchas cosas y no recibiría nada a cambio). En general responde bien a todas las preguntas de la junta pero, como observa Prescott en sus comentarios después de la sesión, se le ve constantemente al borde de la depresión. Su madre ya había detectado este estado de ánimo sólo con

verle, como me dijo cuando hablamos en mi despacho. Es como si quisiera aguantar para demostrar su virilidad (¿quizás a su padre?). Da alguna respuesta interesante cuando le preguntan qué ha sacado de su experiencia en la prisión, pero la mayoría de ellas son superficiales y parecen claramente destinadas a complacer a la junta.

Al niño guapo lo ponen verde

El último en entrar es el apuesto Hubbie-7258, cuya solicitud lee Curt con cierto desdén:

> Mi principal razón para solicitar la libertad condicional es que mi novia se va de vacaciones y me gustaría estar un poco con ella antes de que se vaya, sobre todo porque, cuando vuelva, yo tendré que irme a la universidad. Si salgo al final de las dos semanas sólo la podré ver media hora. En la prisión no podemos despedirnos ni hablar como nos gustaría por la presencia de sus acompañantes y de los oficiales. Otra razón es que creo que ustedes ya han visto cómo soy y saben que no voy a cambiar. Y con cambiar quiero decir incumplir las normas fijadas para los reclusos, por lo que concederme la libertad condicional supondría un ahorro de tiempo para mí y de gastos para ustedes. Es verdad que intenté fugarme con mi anterior compañero de celda, 8612, pero al verme sentado, desnudo y solo en la celda vi claramente que no debía enfrentarme a los oficiales y desde aquel momento he seguido todas las normas al pie de la letra. Además, habrán visto ustedes que tengo la celda más limpia y ordenada de la prisión.

También en este caso el informe del oficial Arnett contradice lo que expone el recluso: «El interno 7258 es un listillo que se las da de rebelde», manifiesta Arnett como valoración global. Luego añade su cínica recomendación: «Debería seguir aquí hasta que cumpla la condena o hasta que se pudra, lo que suceda más tarde».

El oficial Markus es más positivo: «El recluso 7258 me cae bien y se porta correctamente, pero no creo que tenga más derecho a la libertad condicional que los otros reclusos y espero que su experiencia en la prisión tenga un efecto positivo en su carácter más bien indisciplinado».

John Landry escribe: «También a mí me cae bien 7258, casi tanto como 8612 [David, nuestro espía], pero no creo que deba obtener la libertad condicional. No iré tan lejos como Arnett, pero no se le debería conceder».

En cuanto le quitan la bolsa de la cabeza, y como es habitual en él, 7258 hace gala de su amplia sonrisa, algo que irrita a Carlo mucho más de lo que cabía imaginar.

«Vaya, parece que todo esto le hace mucha gracia. Veo que el informe del señor Arnett le describe a la perfección cuando dice que es un "listillo que se las da de rebelde". ¿No será usted una de esas personas a las que no les importa nada en la vida?»

Cuando empieza a contestar, Prescott le interrumpe y le pregunta por sus estudios. «Tengo previsto empezar mis estudios universitarios en otoño, en Oregon State.» Prescott se dirige a los miembros de la junta. «Señores, estarán de acuerdo conmigo en que la educación es inútil para algunas personas. Hay personas que no deberían verse forzadas a ir a la universidad. Seguramente serían más felices trabajando de mecánicos o dependientes», dice señalando desdeñosamente al recluso con la mano. «Bien, sigamos. ¿Qué ha hecho usted para estar encerrado aquí?»

«Nada, señor, sólo firmar para participar en un *experimento*.»

En otras circunstancias, esta verdad podría haber acabado con todo el tinglado, pero Prescott no se da por enterado:

«Vaya, ¿así que el listillo cree que esto es un simple *experimento*?». Vuelve a hacerse con el mando de la situación fingiendo examinar el expediente del recluso. Con toda naturalidad, dice: «Se le acusa a usted de robo».

Prescott pregunta a Curt Banks si el robo es con allanamiento; Curt le responde con un «sí».

«Con allanamiento; ya me lo pensaba.» Ha llegado el momento de enseñar a este joven algunas lecciones, empezando por recordarle lo que les pasa a los reclusos pillados en un intento de fuga. «¡Tiene usted dieciocho años y mire lo que ha hecho con su vida! Se sienta aquí frente a nosotros y nos dice que hasta estaría dispuesto a no cobrar a cambio de salir de aquí. ¡Leo su expediente y veo lo mismo por todas partes: "Listillo", "sabelotodo", "contrario a toda clase de autoridad"! ¿Cuándo empezó usted a perder el norte?»

Tras preguntarle a qué se dedican sus padres, si ha tenido una formación religiosa y si va a la iglesia con frecuencia, Prescott se enfada cuando el recluso dice que practica la religión «por libre» y le responde: «Ni siquiera en algo tan importante ha sabido decidirse usted».

Prescott se levanta muy enfadado y sale hecho una furia de la sala durante unos minutos. Mientras tanto, los otros miembros de la junta le preguntan a 7258 cómo piensa portarse la próxima semana si no le conceden la libertad condicional.

Salir en libertad antes que cobrar

Esta interrupción de la sesión me permite sopesar la importancia de que el recluso 1037 haya dicho que estaba dispuesto a no cobrar a cambio de obtener la libertad. Creo que debemos formalizar esta pregunta y convertirla en la pregunta final a la que deben responder todos los reclusos. Le digo a Carlo que la formule así: «¿Estaría usted dispuesto a renunciar a todo el dinero que ha ganado hasta ahora a cambio de recibir la libertad condicional?».

Al principio, Carlo plantea la pregunta de una forma más extrema: «¿Cuánto estaría usted dispuesto a pagar para salir de aquí?». Confundido, 7258 dice que no piensa pagar nada. Carlo reformula la cuestión y le pregunta si estaría dispuesto a renunciar al dinero que ha ganado hasta ahora.

«Sí, señor, sin pensármelo dos veces.»

7258 no da la impresión de ser especialmente inteligente o reflexivo. Tampoco parece tomarse esta situación tan en serio como los demás. Es el más joven, aún no ha cumplido los dieciocho años, y su actitud y sus respuestas son bastante inmaduras. No obstante, su pasotismo y su sentido del humor le irán muy bien para hacer frente a lo que les espera los próximos días a él y a sus camaradas.

A continuación hacemos que los reclusos vuelvan a la sala uno por uno para que respondan a esa pregunta final: si estarían dispuestos a renunciar a lo que han ganado a cambio de obtener la libertad condicional. El recluso

1037, el rebelde del cumpleaños, dice que sí. También dice que sí 4325, el que menos problemas da. Sólo el recluso 3401, el rebelde de origen asiático, dice que no renunciaría al dinero porque le hace mucha falta.

En otras palabras, tres de los cuatro desean tanto obtener la libertad que están dispuestos a perder el dinero que han ganado con tanto esfuerzo desempeñando el papel de reclusos las veinticuatro horas del día. Lo que más me sorprende es el poder del marco retórico en el que se plantea la pregunta. Recordemos que la principal motivación de prácticamente todos los voluntarios era económica, la posibilidad de cobrar quince dólares al día durante un máximo de dos semanas cuando no tenían otra fuente de ingresos, poco antes de que empezaran los estudios en otoño. Ahora, a pesar de todo el sufrimiento que han padecido, a pesar de los maltratos físicos y psicológicos que han soportado —los recuentos interminables en plena madrugada, la maldad arbitraria y creativa de algunos carceleros, la falta de intimidad, la desnudez, los períodos de aislamiento, las cadenas, las bolsas en la cabeza, la comida asquerosa y la mínima ropa de cama—, la mayoría de los reclusos están dispuestos a no cobrar nada por salir de ese lugar.

Pero quizá sea más sorprendente que, después de decir que el dinero les importa menos que la libertad, todos vuelvan a someterse pasivamente al sistema: extienden los brazos para que les pongan las esposas, agachan la cabeza para que se la cubran con la bolsa y, después de que les pongan las cadenas en los tobillos, siguen como borregos al carcelero para volver al sótano de la prisión. Durante su comparecencia ante la junta han estado físicamente fuera de la prisión, en presencia de unos «civiles» que no estaban relacionados directamente con sus torturadores de abajo. Me pregunto por qué ninguno de ellos ha dicho: «Puesto que renuncio a cobrar, puedo abandonar este experimento y exigir que me pongan en libertad ahora mismo». Habríamos tenido que acceder a ello y soltarles de inmediato.

Pero no lo han dicho. Y, más adelante, ninguno nos dijo que se le hubiera pasado por la cabeza la idea de que podía abandonar el experimento. Y es que prácticamente todos habían dejado de ver su experiencia como un simple experimento. Como había dicho el recluso 416, se sentían atrapados en una prisión dirigida por unos psicólogos, no por el

Estado. Lo que habían dicho era que renunciaban al dinero que habían ganado *si decidíamos darles la libertad.* Dejar de ser reclusos no era decisión suya: otorgaban esta facultad a la junta de libertad condicional. Si hubieran sido verdaderos reclusos, sólo la junta tendría la facultad de soltarles, pero siendo como eran unos *sujetos experimentales,* tenían en todo momento la potestad de quedarse o abandonar. Estaba claro que en su cerebro se había activado una especie de interruptor y que habían pasado de pensar: «Soy un voluntario que participo en un experimento retribuido y gozo de todos mis derechos», a pensar: «Soy un preso desamparado a merced de un sistema autoritario e injusto».

A continuación, la junta examina cada caso por separado y las reacciones generales de este primer grupo de reclusos. Todo el mundo está de acuerdo en que parecían muy alterados, con los nervios a flor de piel y totalmente atrapados en su papel.

Prescott me hace saber lo que realmente le preocupa del recluso 1037. Ha sabido detectar la profunda depresión que se está apoderando de aquel chico antes rebelde: «Es una facultad que adquieres al convivir con personas que se tiran desde lo alto de la prisión para matarse, o que se cortan las venas. El chaval ha tenido suficiente presencia de ánimo para presentarse ante nosotros, pero luego, con todas esas lagunas al responder... En cambio, el último que ha entrado, ése es coherente, sabe qué pasa, todavía habla de "un experimento", pero al mismo tiempo está dispuesto a sentarse y hablar de su padre, de sus propios sentimientos. No le he creído, y lo digo basándome en la sensación que me ha dado. En cuanto al segundo chaval, el oriental, es una roca. Ése es duro como una roca».

Para finalizar, Prescott nos da su dictamen: «Coincido con el resto del grupo y propongo liberar a un par de reclusos en momentos diferentes para que los demás reflexionen sobre lo que hay que hacer para poder salir. Además, el hecho de soltar pronto a algunos hará que los demás no pierdan la esperanza».

Al final, llegamos a la decisión de soltar primero a Jim-4325 y después a Rich-1037, quizá sustituyéndolos por otros reclusos suplentes. No sabemos muy bien qué hacer con 3401 y 7258, si soltarlos más adelante o no.

¿Qué hemos visto aquí?

En esta primera tanda de comparecencias ante la junta de libertad condicional aparecen tres temas generales: los límites entre simulación y realidad se han desdibujado, la sumisión y la seriedad de los reclusos han ido en aumento en respuesta a la actitud cada vez más autoritaria de los carceleros, y se ha dado una transformación espectacular en Carlo Prescott al representar al director de la junta de libertad condicional.

Confusión entre simulación y realidad

Cualquier observador que no conociera los antecedentes daría por sentado que lo que ha visto es una sesión de la junta de libertad condicional de un centro penitenciario real. La fuerza y la cualidad de la dialéctica entre los internos y quienes se encargan de su custodia en nombre de la sociedad se manifestaba de muchas maneras, entre ellas la seriedad general de la situación, la formalidad de las solicitudes de libertad redactadas por los internos, las opiniones contrarias de sus carceleros, la composición diversa de la junta, las preguntas personales planteadas a los internos y las acusaciones en su contra. Se manifestaba, en resumen, en la profunda cualidad afectiva de todo el procedimiento. La base de esta interacción se observa claramente en las preguntas que hace la junta y las respuestas que dan los reclusos en relación con el «historial delictivo», los mecanismos de reinserción, la búsqueda de asistencia legal, la fecha de los juicios y los planes de futuro de los reclusos.

Es difícil recordar que apenas han pasado cuatro días desde que los estudiantes se presentaron para participar en el experimento, tan difícil como imaginar que les queda poco más de una semana para salir de la prisión. Su cautiverio no será de muchos meses o años, como parece desprenderse de lo que se dice en esa junta simulada. Y es que los roles que al principio se representaban se han acabado interiorizando; los actores han acabado asumiendo la identidad de su papel.

Sumisión y seriedad de los reclusos

Primero a regañadientes, y después con docilidad, la mayoría de los reclusos se han acabado metiendo en los roles estructurados que desempeñan en nuestra prisión. Se refieren a sí mismos por su número y se dan por aludidos de inmediato cuando alguien menciona esta identidad anónima. Responden a preguntas ridículas con total seriedad, como cuando les hablan de la naturaleza de sus delitos o de su voluntad de reinserción. Con contadas excepciones, se han sometido por completo a la autoridad de la junta, de los carceleros y del sistema en general. Sólo el recluso 7258 ha osado decir que la razón por la que estaba allí era que se había inscrito en un «experimento», pero enseguida se ha echado atrás ante el ataque verbal de Prescott.

La frivolidad de algunas solicitudes de libertad, sobre todo la de 3401, el estudiante de origen asiático, se viene abajo cuando la junta deja claro que esta actitud no conduce a la liberación. La mayoría de los reclusos parecen haber aceptado por completo las premisas de la situación. Ya no se oponen ni rebelan ante nada que se les diga o se les ordene. Son como actores del método Stanislavski, que siguen metidos en su papel cuando no están en el escenario ni delante de la cámara, y su papel ha acabado devorando su identidad. Para quienes abogan por el carácter innato de la dignidad del ser humano, debe de ser inquietante observar el servilismo de los reclusos antes rebeldes, las súplicas de los héroes de unos días atrás.

Glenn-3401, el belicoso recluso asiático, ha tenido que ser puesto en libertad pocas horas después de su intensa experiencia con la junta de libertad condicional porque le ha salido una urticaria por todo el cuerpo. Ha sido atendido en el centro médico del campus y después le hemos dicho que se fuera a su casa. La urticaria es la vía que ha elegido su cuerpo para lograr la libertad; para Doug-8612 fue su crisis emocional.

La espectacular transformación del presidente de la junta de libertad condicional

Hace más de tres meses que conozco a Carlo Prescott y he estado en contacto con él prácticamente a diario, en persona o por medio de largas y frecuentes llamadas telefónicas. Al colaborar con él para impartir un curso de seis semanas de duración sobre la psicología del encarcelamiento, pude ver que era muy crítico con un sistema penitenciario al que veía como un instrumento fascista dedicado a la opresión de las personas de color. Tiene una visión muy clara de la forma en que las prisiones y otros sistemas autoritarios de control pueden cambiar a quienes caen en sus garras, sean reclusos o carceleros. En su programa de los sábados por la noche en la emisora local de radio KGO, Carlo conciencia a sus oyentes del fracaso de esta institución anticuada y cara en cuyo mantenimiento se malgastan sus impuestos.

Me ha hablado de las pesadillas que tenía antes de cada reunión anual de la junta de libertad condicional, en la que los internos tienen unos minutos para presentar su solicitud ante una junta cuyos miembros no parecen prestar atención y se dedican a hojear gruesos expedientes. Muchas veces esos papeles no tienen nada que ver con el preso que les habla, sino con el que se presentará a continuación; así pueden ahorrar algo de tiempo. Si a un preso le preguntan algo sobre su condena o sobre cualquier otro dato negativo de su expediente, ya sabe que la solicitud le será denegada hasta el año siguiente porque defender este pasado le impide hablar de un futuro positivo. Los relatos de Carlo me hacen ver la clase de furia que genera esta indiferencia arbitraria en la inmensa mayoría de los reclusos que ven denegada su libertad año tras año, como le ocurría a él.[3]

¿Y qué lecciones profundas se aprenden en una situación así? Admirar el poder y despreciar la debilidad. Dominar en lugar de negociar. Dar a quien ponga la otra mejilla. Que la regla de oro, la que dice que no hagamos lo que no queremos que nos hagan, es para los demás. Que la autoridad es control y el control autoridad.

Éstas son también las lecciones que aprenden los hijos de padres maltratadores, la mitad de los cuales acabarán maltratando a sus propios hijos, a sus cónyuges y a sus padres. Esta mitad se identifica con su agresor

y perpetúa la violencia; la otra mitad aprende a identificarse con los maltratados y siente compasión. Pero la investigación no nos ayuda a predecir qué niños maltratados serán maltratadores y cuáles compasivos.

Un paréntesis para un ejemplo de poder sin compasión

Todo esto me recuerda la demostración clásica de Jane Elliott, una maestra de primaria que enseñaba a sus alumnos la naturaleza de los prejuicios y de la discriminación estableciendo una relación arbitraria entre el color de los ojos de los niños y su estatus en la clase. Cuando a los niños se les decía que los de ojos azules eran superiores a los de ojos castaños, los de ojos azules adoptaban enseguida una actitud dominante hacia los niños de ojos castaños y llegaban a maltratarlos verbal y físicamente. Además, el rendimiento en clase de los niños «superiores» de ojos azules mejoraba (una mejora estadísticamente significativa, como pude comprobar con los datos originales de Elliott), mientras que el de los niños «inferiores» de ojos castaños empeoraba.

Sin embargo, el aspecto más brillante de la demostración que esta enseñante hacía en la clase de tercero de una escuela de Riceville, Iowa, era el cambio de estatus que introducía al día siguiente. La señorita Elliott decía a la clase que se había equivocado. Que lo había dicho al revés: ¡que los niños de ojos castaños eran superiores a los de ojos azules! Los de ojos castaños, que habían sufrido el impacto negativo de la discriminación, tenían la oportunidad de mostrar compasión ahora que eran ellos los que estaban «arriba». Las puntuaciones obtenidas por los niños en los tests se invirtieron: los que antes habían mejorado ahora empeoraban y los que habían empeorado mejoraban. Pero, ¿qué pasó con la compasión? Los niños de ojos castaños recién «ascendidos», ¿entenderían el dolor de los oprimidos, de los discriminados, de los que se hallaban en una posición de inferioridad como la que ellos habían sufrido sólo un día antes?

¡La respuesta es que no! Los niños de ojos castaños pagaron con la misma moneda a los de ojos azules. Dominaron, discriminaron y maltrataron a quienes les habían maltratado a ellos.[4] La historia de la humanidad abunda en ejemplos similares, como los de muchas personas

que se han librado de la persecución religiosa y que, una vez seguras y a salvo en puestos de poder, han perseguido a los seguidores de otras religiones.

Los ojos castaños de Carlo

Me he apartado momentáneamente de la cuestión que me ocupaba: la espectacular transformación de Carlo al ocupar una posición de poder como director de la junta de libertad condicional. Primero ha hecho una improvisación excepcional, como un solo de Charlie Parker. Ha improvisado detalles de la historia personal y delictiva de los reclusos como si nada, sobre la marcha. Lo ha hecho sin titubear, con fluidez y seguridad. Pero a medida que pasaba el tiempo parecía adoptar su nuevo rol de autoridad con una convicción y una intensidad cada vez mayores. Era el director de la junta de libertad condicional de la prisión de Stanford, una autoridad que causaba temor entre los internos y respeto entre sus colegas. Los años de sufrimiento que ha soportado como interno de ojos castaños han pasado al olvido en cuanto se ha visto en la posición privilegiada de ver el mundo con los ojos del director todopoderoso de la junta. Lo que ha dicho Carlo a sus colegas al final de la reunión revela el dolor y el asco que le ha provocado su transformación. Al final se ha convertido en el opresor. Aquella misma noche, mientras cenamos, me confiesa que se ha sentido asqueado al oír lo que decía y al sentir lo que sentía cuando desempeñaba su papel.

Al escucharle me pregunto si sus reflexiones y el nuevo conocimiento que tiene de sí mismo tendrán unos efectos positivos cuando presida la junta de libertad condicional de mañana. ¿Será más considerado y compasivo con los reclusos que soliciten la libertad? ¿O de nuevo el papel se impondrá a la persona?

La junta de libertad condicional y disciplinaria del jueves

Al día siguiente comparecen cuatro reclusos más ante una junta reconstituida. Salvo Carlo, los otros miembros de la junta son nuevos. Craig Haney ha tenido que desplazarse a Filadelfia por un asunto familiar urgente y es sustituido por una psicóloga social, Christina Maslach, que observa con discreción lo que sucede sin intervenir mucho (por ahora). Los otros miembros de la nueva junta son una secretaria y dos estudiantes graduados. Esta vez, los carceleros han pedido a la junta que, además de estudiar las solicitudes de libertad condicional, también adopten medidas disciplinarias contra los reclusos más rebeldes. Curt Banks sigue con su papel de alguacil y el subdirector David Jaffe también está presente como observador y para hacer los comentarios que crea oportunos. Yo vuelvo a situarme tras el espejo unidireccional de la sala de observación y grabo la sesión en vídeo para analizarla después. Otra diferencia con la junta de ayer es que, en lugar de sentarse en la misma mesa que la junta, los reclusos se van a sentar en una silla alta que hace las veces de tarima o estrado para poder verlos mejor, como en los interrogatorios de la policía.

Con el de la huelga de hambre no tragan

El primer recluso de la lista es 416, que ha ingresado hace muy poco y sigue en huelga de hambre. Curt Banks lee en voz alta los actos de indisciplina de los que le acusan varios carceleros. Arnett está especialmente enfadado porque los carceleros no saben qué hacer con él: «Lleva aquí muy poco tiempo, pero desde que ha llegado no ha dejado de alterar el orden y la buena marcha de la prisión».

El recluso dice inmediatamente que tienen razón, que no va a contradecir ninguna acusación. Insiste en recibir asistencia legal antes de acceder a comer nada que le sirvan en la prisión. Prescott se centra en su exigencia de «asistencia legal» y le dice que se explique.

El recluso 416 responde de una manera extraña: «A todos los efectos, estoy encarcelado porque he firmado un contrato sin tener la edad legal para hacerlo». En otras palabras, o le traemos un abogado para que lleve su caso

y lo saque de la cárcel, o seguirá con la huelga de hambre hasta enfermar. De este modo —razona— las autoridades de la prisión se verán obligadas a soltarle.

Este joven flacucho se presenta ante la junta igual que ante los guardias: como una persona inteligente, decidida y de sólidas convicciones. Sin embargo, la justificación para impugnar su encarcelamiento —que no tenía la edad legal para firmar el contrato de consentimiento informado por el que participaba en el estudio— parece demasiado legalista y detallada para alguien que se guía por unos principios ideológicos. A pesar de su aspecto desaliñado y demacrado, en la conducta de 416 hay algo que no inspira simpatía a quienes tratan con él: ni a los carceleros, ni a los otros reclusos, ni a la junta. Es como el vagabundo sin techo que provoca en los viandantes más culpa que compasión.

Cuando Prescott le pregunta por qué delito le han metido en la cárcel, 416 responde: «No hay delito, no se me acusa de nada. A mí no me ha detenido la policía de Palo Alto».

Indignado, Prescott le pregunta si está en la cárcel por error. «Estaba de suplente, y...». Prescott está confundido y furioso. Me doy cuenta de que no le he explicado que 416 no es como los demás porque acaba de ingresar para sustituir a otro recluso.

«¿Pero usted de qué va? ¿Es que estudia filosofía?» Carlo enciende un cigarrillo con calma, quizá buscando otra línea de ataque. «Porque no ha dejado de filosofar desde que ha entrado.»

Uno de los miembros de la junta recomienda que haga ejercicio como medida disciplinaria. Cuando 416 protesta diciendo que ya le han obligado a hacer demasiado, Prescott le corta diciendo: «Parece usted fuerte, estoy seguro de que el ejercicio le vendrá muy bien». Mira a Curt y a Jaffe para que lo anoten en su lista.

Por último, cuando se le hace la tendenciosa pregunta final —si renunciaría a todo el dinero que ha ganado como recluso a cambio de obtener la libertad condicional—, 416 contesta de inmediato y con actitud provocadora: «Por supuesto que sí. No creo que mi tiempo valga tan poco».

Carlo ya se ha hartado. «Llévenselo de aquí.» Y entonces, 416 hace exactamente lo mismo que ayer hicieron los demás: como un autómata, y sin que nadie le diga nada, se pone de pie y extiende los brazos para que le pongan las esposas en las muñecas y la bolsa en la cabeza antes de que lo saquen de la sala.

Curiosamente, no exige que la junta ponga fin ahora mismo a su participación en el estudio. Si no quiere cobrar, ¿por qué no dice simplemente: «¡Dejo el experimento. Que me traigan mi ropa y mis cosas, y adiós muy buenas!»?

El nombre de pila de este recluso es Clay, que en inglés significa «arcilla», pero tiene muy poco de blando; sigue fiel a sus principios y se mantiene firme en la estrategia que ha emprendido. No obstante, su identidad de preso le ha atrapado tanto que no se da cuenta de que puede obtener la libertad exigiendo a la junta que le suelte aquí y ahora, mientras está físicamente fuera de la prisión. Pero lleva la prisión en la cabeza.

Los adictos son presa fácil

Nada más entrar, el siguiente recluso de la lista, Paul-5704, protesta porque no le han dado la ración de tabaco que le han prometido por su buena conducta. Los carceleros le acusan de los siguientes actos de indisciplina: «Constante insubordinación, fuertes arranques de violencia y malhumor, incita a los otros reclusos a desobedecer».

Prescott pone en duda la supuesta buena conducta de la que habla y le dice que, de seguir así, no volverá a ver un cigarrillo. El recluso contesta en voz tan baja que los miembros de la junta tienen que decirle que hable más alto. Cuando se le dice que se porta mal aun sabiendo que ello supondrá un castigo para los otros reclusos, vuelve a hablar entre dientes, con la mirada fija en el centro de la mesa.

«Eso ya lo hemos hablado... que si pasa algo, pues que habrá que atenerse a las consecuencias... que si alguien hace algo, el castigado seré yo.» Un miembro de la junta le interrumpe: «¿Dice usted que ha sido castigado por alguno de los otros reclusos?». Paul 5704 dice que sí, que ha sufrido por sus camaradas.

En voz alta y con tono de burla, Prescott le dice: «Así que es usted un mártir, ¿eh?».

«Bueno, yo creo que lo somos todos...», dice 5704 otra vez en voz muy baja.

«¿Qué tiene usted que decir en su favor?», le pregunta Prescott. 5704 responde, pero no se oye lo que dice.

Recordemos que el recluso 5704, el más alto de todos, ha plantado cara a muchos carceleros y ha estado metido en intentos de fuga, rumores y atrincheramientos. También es el que ha escrito a su novia jactándose de presidir la comisión de quejas de los reclusos. Recordemos que se ha inscrito en el experimento con la intención de actuar como espía y publicar después su experiencia en revistas *underground* convencido de que el experimento es un proyecto pagado por el Gobierno para saber cómo doblegar a los presos políticos. ¿Qué se había hecho de toda aquella bravuconería? ¿Por qué se había vuelto tan incoherente de repente?

Frente a nosotros, en esta sala, se sienta un joven apagado y deprimido. 5704 tiene la mirada fija en el suelo, responde a las preguntas de la junta meneando la cabeza y sin mirar a nadie a los ojos.

«Sí, señor; si me dieran ahora la libertad condicional estaría dispuesto a renunciar a todo lo que he ganado», responde con todas las fuerzas que parecen quedarle. (Por ahora han dicho que sí cinco de seis reclusos.)

Me pregunto cómo es posible que el admirable espíritu de ese joven revolucionario, dinámico y apasionado se haya podido apagar tanto en tan poco tiempo.

Por cierto, más adelante supimos que Paul-5704 se había metido tanto en su papel de recluso que, como primera parte de su plan de fuga, había usado sus uñas largas y duras de guitarrista para desatornillar la base de un enchufe de la pared. Después la había utilizado para quitar la cerradura de la puerta de la celda. También había usado sus fuertes uñas para marcar el paso de los días en la prisión rascando en la pared las letras L/M/M/J/ (hasta ahora).

Un recluso desconcertante

La siguiente solicitud de libertad condicional es la de Jerry-5486. Su comparecencia es aún más desconcertante que las anteriores. Tiene el aire optimista de quien se ve capaz de hacer frente a cualquier cosa que se le ponga por delante. Su robustez contrasta con la figura delgada de 416 o de otros reclusos como Glenn-3401. Da la impresión de que aguantará las dos semanas sin pestañear. Sin embargo, sus palabras no parecen sinceras y no ha prestado mucho apoyo a los compañeros que lo pasan mal. En los pocos minutos que permanece aquí, 5486 consigue sacar de sus casillas a Prescott más que ningún otro recluso. Y responde de inmediato que no piensa renunciar a lo que ha ganado a cambio de obtener la libertad.

Según los carceleros, 5486 no merece obtenerla «porque se burló de la redacción de las solicitudes y por su falta de colaboración en general». Cuando se le dice que explique lo de las solicitudes, 5486 responde: «Sabía que no eran de verdad... estaba bastante claro...».

El oficial Arnett, que está en un rincón observando en silencio la comparecencia, no puede evitar interrumpirle: «¿Le pidieron los oficiales que escribiera la solicitud?». 5486 dice que sí, y Arnett continúa: «¿Está usted diciendo que los oficiales le pidieron que escribiera una solicitud que no era de verdad?».

5486 se desdice: «Bueno, a lo mejor no he elegido la mejor palabra...».

Pero Arnett continúa y lee su informe a la junta: «El interno 5486 ha ido de mal en peor... se ha convertido en el graciosillo del grupo».

«¿Lo encuentra divertido?», le espeta Carlo.

«Todo el mundo [en la sala] ha sonreído. Y entonces he sonreído yo», se defiende 5486.

En tono intimidatorio, Carlo responde: «Todos los demás podemos permitirnos sonreír: esta noche vamos a dormir *en casa*». Aunque procura no ser tan agresivo como ayer, le pregunta: «Si tuviera usted las pruebas y los informes de los oficiales que tengo yo, ¿qué haría en mi lugar? ¿Cómo actuaría? ¿Qué decidiría? ¿Qué cree que debemos hacer con su solicitud?».

El recluso no sabe qué decir y responde con evasivas. Tras unas preguntas más de los otros miembros de la junta, Prescott, exasperado, pone fin a la comparecencia: «Creo que hemos visto bastante. No veo razón para perder más tiempo».

El recluso se sorprende al ver que lo echan de una manera tan brusca. Está claro que ha causado una mala impresión en las personas a las que debería haber persuadido para que aprobaran su solicitud, si no en la sesión de hoy, en la siguiente. No ha sabido mirar por sus propios intereses. Curt le dice al guardia que lo espose, le ponga la bolsa en la cabeza y lo siente en el banco del vestíbulo con los otros reclusos; cuando acabe la siguiente —y última— comparecencia, todos volverán a bajar las escaleras para regresar a la vida en la prisión.

El chusquero es especial

El último interno que comparece ante la junta es 2093, el «chusquero», que haciendo honor a su apodo se sienta en la silla con la espalda erguida, el pecho fuera, la cabeza atrás y la barbilla metida hacia adentro: pocas veces he visto una postura marcial más perfecta. Solicita la libertad condicional para poder dedicarse a «empresas más productivas» y observa, además, que ha «obedecido todas las normas desde el primer momento». A diferencia de la mayoría de sus camaradas, 2093 no renunciaría a cobrar a cambio de la libertad condicional.

«Renunciar a cobrar lo que he ganado hasta ahora sería desperdiciar aún más los cinco días de mi vida que he pasado aquí.» Añade que la cantidad relativamente pequeña que va a cobrar apenas compensa «el período de servicio».

Prescott se encara con él: le dice que no parece sincero, que parece tenerlo todo pensado, que no es espontáneo, que usa palabras que ocultan lo que siente. El chusquero se disculpa por dar esa impresión, porque siempre habla con franqueza y se esfuerza por expresar claramente lo que quiere decir. Eso ablanda a Carlo, que le asegura que tanto él como la junta estudiarán a fondo su solicitud y le elogia por su buena conducta en la prisión.

Antes de acabar la entrevista, Carlo le pregunta al chusquero por qué no ha solicitado la libertad condicional la primera vez que tuvo la oportunidad de hacerlo. El chusquero responde: «La habría solicitado si no lo hubiera hecho ya un número de reclusos suficiente». Consideraba que

había otros reclusos que lo pasaban peor que él y no quería que su solicitud pasara por delante de las de ellos. Carlo le reprende levemente por esta magnífica muestra de nobleza, porque la considera un intento más bien tosco de influir en la junta. La cara de sorpresa del chusquero deja claro que hablaba en serio y que no intentaba impresionar a nadie, y menos a los miembros de la junta.

Esto parece intrigar a Carlo, que desea conocer más detalles de la vida privada del joven. Carlo le pregunta por su familia, por su novia, por las películas que le gustan, si de vez en cuando se da el gusto de tomarse un helado... esas cosas pequeñas de la vida que, tomadas en su conjunto, definen la identidad de una persona.

El chusquero responde con toda naturalidad que no tiene novia, que casi nunca va al cine y que le gustan los helados pero que últimamente no ha podido permitirse el lujo de comprar uno. «Sólo le diré que, tras haber asistido a la universidad de verano de Stanford viviendo en la parte trasera de mi coche, la primera noche que pasé aquí me costó dormir porque encontraba la cama de la prisión demasiado blanda; además, en la prisión he comido mejor y he tenido más tiempo para descansar que en los dos últimos meses. Gracias, señor.»

¡Casi nada! ¡De qué forma ha superado todas nuestras expectativas! Viendo su dignidad y su aspecto tan sano nadie diría que ha pasado hambre todo el verano y que no ha dormido en una cama mientras asistía a la universidad. Que las misérrimas condiciones de nuestra prisión puedan ser un lujo para un universitario nos deja sin habla.

A primera vista, el chusquero parece ser el recluso más unidimensional, el que obedece sin rechistar, pero también es el más lógico y reflexivo y el que tiene más coherencia moral. Creo que acabará teniendo problemas por su empeño en guiarse por unos principios abstractos y porque no sabe vivir en compañía ni pedir a los demás el apoyo económico, personal y emocional que necesita. Parece tan encorsetado por esta determinación interior y por su pose marcial que es muy difícil que nadie pueda acceder a sus sentimientos. Es probable que acabe llevando una vida más dura que el resto de sus colegas.

Arrepentimiento insuficiente

Cuando la junta se dispone a dar por finalizada la sesión, Curt anuncia que el interno 5486, el que parece tan seguro de sí mismo, desea dirigirles unas palabras. Carlo dice que le haga pasar.

Arrepentido, 5486 dice que no ha sabido expresar lo que de verdad quería decir porque no ha reflexionado sobre ello, que cada día que ha pasado en la prisión su conducta ha ido a peor porque al principio esperaba ir a juicio, pero pronto perdió toda esperanza de hallar justicia.

El oficial Arnett, que está sentado tras él, relata una conversación que ha mantenido con 5486 durante el almuerzo en la que éste le ha dicho que su conducta ha ido a peor «por culpa de las malas compañías».

Carlo Prescott y la junta están desconcertados. ¿Cómo le habrá dado por pensar que esto podría ayudarle a obtener la libertad?

Prescott se acaba enfadando y dice a 5486: «Si de mí dependiera, se quedaría usted aquí hasta el último día. No tengo nada contra usted, pero estamos aquí para proteger a la sociedad. Y no le creo capaz de salir y hacer nada constructivo, nada que pueda ser útil a la comunidad. Cuando ha salido se ha dado cuenta de que nos ha hablado como si fuéramos idiotas, sin el respeto debido a nuestra autoridad. Parece que no se lleva bien con quienes tienen autoridad, ¿verdad? ¡Cómo se llevará usted con sus padres! En resumen, que usted ha salido, ha tenido tiempo para pensar, y ahora vuelve aquí intentando timarnos para que le veamos de otra forma. ¿Pero qué conciencia social tienen usted? ¿Qué cree que le debe a la sociedad? Quiero que por una vez me diga la verdad». (¡Carlo vuelve a estar como ayer!)

El recluso se queda sorprendido ante este ataque frontal a su carácter y se deshace en explicaciones: «Me han dado un trabajo de maestro. Y creo que es un trabajo que vale la pena».

Prescott no se lo traga: «Pues me temo que eso empeora las cosas. Yo no dejaría que alguien como usted enseñara a mis hijos. Alguien con esa actitud, con esa inmadurez, con esa falta de responsabilidad. No puede ni pasarse cuatro días en prisión sin ser un incordio para todos. Y luego va y me dice que quiere trabajar de maestro, que quiere hacer algo que es todo

un privilegio. Tratar con gente decente es un privilegio que usted no merece. Mire, a mí no me ha convencido. Acabo de leer su ficha por primera vez y no me ha dicho usted nada nuevo. Oficial, sáquelo de aquí».

Cargando con la cadena y la bolsa, y de vuelta a la prisión del sótano, el recluso tendrá que preparar algo mejor para la próxima junta siempre y cuando se le conceda la oportunidad de comparecer ante ella.

Cuando un preso que ha salido en libertad se convierte en director de una junta que la concede

Antes de volver abajo para ver lo que ha ocurrido en la prisión durante las sesiones de la junta, será instructivo comentar el efecto que ha tenido este juego de roles en su severo director. Un mes más tarde, Carlo me ofreció una explicación conmovedora del impacto que había tenido en él aquella experiencia:

«Cada vez que participé en el experimento me quedé con el ánimo por los suelos, tan real me parecía. Aquello había dejado de ser un experimento en cuanto la gente empezó a reaccionar ante lo que sucedía allí. Cuando yo estuve en prisión vi que las personas que se consideraban guardias *tenían* que actuar de una manera determinada. Tenían que manifestar ciertas impresiones, ciertas actitudes. Los reclusos también tenían que manifestar ciertas actitudes e impresiones, pero de otra manera; y me di cuenta de que aquí ocurría lo mismo.

»Aún me cuesta creer que un experimento haya hecho que *yo*, que fingía ser un miembro de la junta, el director de la junta, la "máxima autoridad", llegara a decirle a un preso, porque su actitud me parecía arrogante y desafiante: "¿Cómo es que en la cárcel hay tan pocos orientales, por qué es tan raro verlos encerrados? ¿Qué has hecho tú para estar aquí?".

»En aquel preciso momento toda la orientación del chico cambió. Empezó a reaccionar ante mí como una persona, empezó a hablarme de sus sentimientos. Y había otro tan metido en esto que hasta regresó a la sala pensando que si volvía a hablar con nosotros le daríamos la libertad».

Carlo continúa con su íntima confesión: «Mira, como recluso que he sido, debo admitir que cada vez que entraba allí, viendo la tirantez, la sospecha, la hostilidad de aquella gente tan metida en su papel... podía reconocer el abatimiento que se apodera de uno cuando está en prisión. Y eso era, precisamente, lo que me dejaba a mí con el ánimo por los suelos, porque era como si volviera a verme inmerso en la atmósfera de una prisión. Aquello era muy auténtico, de simulación no tenía nada».

»[Los reclusos] reaccionaban como seres humanos ante una situación que, por muy improvisada que fuera, había pasado a formar parte de lo que vivían en aquel momento. Imagino que reflejaban la metamorfosis que se produce en la manera de pensar de un recluso. Después de todo, un recluso sabe que ocurren cosas en el mundo exterior —construyen puentes, nacen niños— y que él no tiene nada que ver con ellas. Por primera vez está totalmente aislado del resto de la sociedad o, en el fondo, del resto de la humanidad.

»Aquellos que ve a su alrededor, con su canguelo, su hedor y su amargura, se convierten en sus camaradas, y ya no le queda ninguna razón para identificarse con el lugar de donde viene salvo por las pocas veces que recibe una visita o que pasa algo especial, como comparecer ante la junta de libertad condicional. Sólo le quedan esos momentos, esos instantes».

«[...] no me sorprendió, y tampoco me gustó mucho, ver confirmada mi creencia de que "la gente se convierte en el papel que representa", de que los carceleros se convierten en símbolos de autoridad y no puedes plantarles cara, de que no hay normas ni derechos que protejan a los reclusos. Les ocurre a los carceleros de las prisiones, y les ocurre a los universitarios que juegan a ser carceleros. En cambio, el recluso, que se debe plantear su situación en función de lo rebelde que sea, de la medida en que pueda distanciarse de esta experiencia, se debe enfrentar cada día a su propio desamparo. Tiene que conjugar su resentimiento y la eficacia de su rebeldía con la realidad de que, por muy heroico o valiente que pueda sentirse en determinados momentos, le seguirán contando en los recuentos y seguirá sometido al régimen de la prisión.»[5]

Como colofón a estas reflexiones creo oportuno citar un pasaje también muy profundo de las cartas que un preso político, George Jackson, escribió un poco antes de que Carlo hiciera esta íntima confesión. El abogado de Jackson quería que yo testificara en su defensa en el juicio que se iba a celebrar contra los Soledad Brothers; pero Jackson fue asesinado antes de que pudiera hacerlo, justo el día después de que acabara nuestro estudio.

> La verdad es que es muy raro poder encontrar aquí algo de lo que reírse. Todo el mundo está encerrado las veinticuatro horas del día. Nadie tiene pasado, ni futuro, ni metas, salvo la comida siguiente. Están todos asustados, confundidos y condenados por un mundo que saben que ellos no han hecho, que ven que no pueden cambiar, y entonces arman todo este estrépito para no oír lo que su mente les intenta decir. Si se ríen es para decirse a sí mismos y decir a los demás que no están asustados. Ríen como el supersticioso que silba o canta cuando pasa por el cementerio.[6]

CAPÍTULO 8

Jueves: encontronazo con la realidad

El jueves, en la prisión flota una atmósfera de profundo pesar, pero aún nos queda mucho por recorrer antes de llegar al final de nuestro estudio.

Me despierto en plena noche de una horrible pesadilla en la que me veo hospitalizado por un accidente de tráfico en una ciudad desconocida. Intento decirle a la enfermera que tengo que volver al trabajo, pero no me puede entender. Es como si le hablara en otro idioma. Le digo a gritos que me deje ir: «Tiene que ponerme en libertad». Pero me ata con correas y me tapa la boca con cinta. Es uno de esos sueños lúcidos donde uno se da cuenta de que está soñando mientras sueña, y en él imagino que este incidente llega a oídos de los carceleros.[1] Saltan de alegría porque se han librado de su director «progre y blandengue»: ahora serán libres de tratar a sus «presos peligrosos» como les venga en gana para mantener el orden.

Esta posibilidad me pone los pelos de punta. Imagínate qué podría pasar en esa mazmorra si los carceleros pudieran hacer lo que quisieran con los presos. Imagínate qué podrían hacer sabiendo que nadie les vigila, que nadie observa sus juegos secretos de dominación y sumisión, que nadie va a interferir en sus pequeños «experimentos mentales», que los podrán realizar a su capricho. Me levanto de un salto del sofá-cama de mi despacho, me lavo, me visto y bajo al sótano feliz de haber sobrevivido a esa pesadilla y de recuperar mi libertad.

El recuento de las dos y media de la madrugada ya hace rato que ha empezado. Los siete reclusos, cansados, han sido despertados otra vez por el estruendo de los silbatos y los golpes de las porras contra los barrotes de

sus celdas hediondas y anodinas, y se han puesto en fila de espaldas a la pared. El oficial Vandy les recita algunas normas; luego se las pregunta y les aplica una variedad de castigos si cometen algún error.

Al oficial Ceros le gustaría que todo aquello funcionara con el rigor de una cárcel militar y hace desfilar a los reclusos por el patio como si estuvieran en el ejército. Tras una breve discusión, los dos guardias deciden que estos jóvenes deben aprender más disciplina y entender la importancia de hacer las camas al estilo militar. Ordenan a los reclusos que deshagan totalmente las camas, que las vuelvan a hacer con la máxima precisión y que cada uno se ponga de pie junto a la suya para proceder a su inspección. Naturalmente, como ocurre en todo campamento de reclutas que se precie, todas tienen algo mal y los reclusos deben volver a hacerlas, para volver a fallar en la inspección; siguen repitiendo este juego estúpido hasta que los carceleros se cansan de él. El oficial Varnish añade el toque de gracia: «Muy bien, tíos, ahora que habéis hecho las camas ya podéis ir a dormir, hasta el próximo recuento». Y sólo llevamos cinco días de experimento.

La violencia estalla en el patio

Mientras se hace el recuento de las siete de la mañana y los reclusos van cantando sus números sin que parezca haber ningún problema, la violencia estalla sin previo aviso. Paul-5704, agotado por la falta de sueño y harto de que le toque recibir los maltratos en casi todos los turnos, decide contraatacar. Se niega a hacer abdominales como se le ha dicho. Ceros ordena a los demás que las sigan haciendo sin parar hasta que 5704 acceda a unirse al grupo; sólo si se somete pondrá fin a su suplicio. Pero, esta vez, 5704 no traga.

En una extensa entrevista con Curt Banks, Paul-5704 daba su versión de este incidente y hablaba de la hostilidad que se iba acumulando en su interior:

«No tengo bien la musculatura de los muslos y no debería estirarlos. Y se lo dije, pero me respondieron: "¡Ponte a hacer abdominales y a callar!". "¡Vete ya a tomar por culo, cabrón!", dije mientras seguía en el suelo. Y cuando me estaba levantando para que me encerraran otra vez en el hoyo, va [Ceros] y me empuja contra la pared. Nos encaramos y empezamos a darnos empujones y a gritar. Ya me habría gustado darle bien en toda la jeta, pero para mí eso sería pelear... Es que yo soy pacifista, ¿sabe?, y eso no me va. Luego resulta que con toda esa bronca me hice daño en el pie, y cuando le digo que quiero que me lo vea un médico va y me encierra en el hoyo. Como le dije que le "partiría la cara" cuando saliera, me dejaron ahí dentro hasta que los demás ya habían desayunado. Cuando al final me dejaron salir, estaba muy furioso y me fui a por él [Ceros].

»Hicieron falta dos carceleros para contenerme. Cuando me llevaron a un cuarto para que desayunara solo, les dije que el pie me dolía y pedí que viniera un médico. No dejé que me lo miraran ellos porque no entienden de eso.

»Comí solo y pedí disculpas a Varnish porque era el que se portaba menos mal conmigo. Pero al que le tenía ganas de verdad era al "John Wayne" ese, el tío ese de Atlanta. Yo soy budista, pero él no deja de

llamarme comunista para provocarme, y la verdad es que lo consigue. Ahora pienso que algunos carceleros, como el mayor de los Landry [Geoff], nos tratan algo mejor porque tienen órdenes de hacerlo».[2]

El oficial John Landry anota en su diario que el recluso 5704 han sido el que lo ha pasado peor o, «por lo menos, el más castigado»:

> Después de estos episodios, [el recluso 5704] se queda muy abatido, pero nunca pierde su espíritu, «la mentalidad *freak*» que dice él. Es uno de los internos más tenaces. Como también se ha negado a lavar los platos del almuerzo, he recomendado darle poco de cenar y dejarle fumar menos (tiene un hábito muy fuerte).

Veamos ahora la versión de este incidente clave y la aguda descripción de la psicología del encarcelamiento que nos ofrece el oficial Ceros:

> Uno de los internos, 5704, no cooperaba en nada y decidí meterlo en el hoyo, algo que a aquellas alturas ya se había hecho rutinario. Reaccionó con violencia y tuve que defenderme, pero no como persona, sino como carcelero. Era al carcelero a quien odiaba, no a *mí*. Reaccionaba contra el uniforme; y sentí que ésa era la imagen que tenía de mí. No me quedó otra opción que defenderme como carcelero. Me preguntaba por qué los otros carceleros no acudían en mi ayuda; y es que todo el mundo se había quedado atónito.
>
> Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba tan preso como ellos. Esta idea surgió como reacción a sus sentimientos. Creo que ellos tenían más opciones que nosotros a la hora de actuar. Todos estábamos atrapados en aquella situación tan opresiva, pero nosotros, los carceleros, teníamos la ilusión de ser libres. Entonces no me di cuenta del todo, porque si no lo habría dejado. Todos entramos como esclavos del dinero. Los reclusos se convirtieron muy pronto en esclavos nuestros; pero nosotros seguíamos siendo esclavos del dinero. En el fondo, todos éramos esclavos de algo en aquel entorno. Pensar que era «un simple experimento» significaba que no se podía hacer daño de verdad. Ésa era la libertad ilusoria. Y sabía que podía abandonar, pero no lo hice: no lo podía hacer porque algo de allí me esclavizaba.[3]

Jim-4325 confirma la naturaleza esclavizadora de aquella situación: «Lo peor de aquella experiencia era que la vida estuviera tan estructurada y la obediencia total que debíamos a los carceleros. La humillación de ser unos esclavos de los carceleros era lo peor».[4]

Sin embargo, el oficial Ceros no dejó que la sensación de estar atrapado en su papel de carcelero interfiriera en el ejercicio del poder que le daba su posición. En sus propias palabras, «disfrutaba puteándolos. Me fastidiaba que 2093, el "chusquero", fuera tan obediente. Hice que me embetunara las botas siete veces y nunca dijo ni pío».[5]

En sus reflexiones, el oficial Vandy revela la imagen deshumanizadora de los reclusos que se había ido adueñando de él: «Los presos ya se habían vuelto muy sumisos para el jueves salvo por una breve refriega entre Ceros y el interno 5704, un pequeño episodio de violencia que me hizo muy poca gracia. Los veía como unos borregos y su situación no me importaba en lo más mínimo».[6]

En su informe final, el oficial Ceros nos ofrece una perspectiva diferente de la imagen deshumanizadora de los reclusos que se había ido apoderando de los carceleros:

> A veces estaba a punto de olvidar que los presos eran personas, pero siempre pude refrenarme a tiempo. Los veía como simples «reclusos» y perdía de vista su humanidad. Sólo me pasaba unos momentos, normalmente al darles órdenes. Y otras veces me sentía tan cansado y disgustado que me esforzaba por deshumanizarlos para que todo me fuera más fácil.[7]

Nuestro personal está de acuerdo en que, de todos los carceleros, Varnish es el que se ciñe a las normas de una manera más estricta. Tiene veinticuatro años y, junto con Arnett, es el carcelero de más edad. Los dos son estudiantes de posgrado, por lo que era de esperar que fueran un poco más maduros que otros como Ceros, Vandy y J. Landry, que tienen dieciocho años.

Los informes diarios de Varnish son lo más extensos y detallados e incluyen descripciones de episodios concretos de insubordinación de los presos. Pero rara vez habla de lo que hacen los carceleros y en sus informes no incluye ningún comentario sobre las fuerzas psicológicas que entran en juego. Sólo castiga a los reclusos cuando incumplen alguna norma y nunca lo hace de una manera arbitraria. Varnish ha interiorizado tanto su papel que se convierte en carcelero en cuanto pone el pie en la prisión. No actúa de una manera vejatoria o aparatosa como hacen, por ejemplo, Arnett y Hellmann. Tampoco intenta caer bien a los reclusos como hace Geoff Landry. Se limita a hacer su trabajo de la manera más eficiente y rutinaria posible. Según leo en su expediente, reconoce que en ocasiones peca de cierto egoísmo y que suele aderezarlo con un toque de dogmatismo.

«A veces estaba claro que atormentábamos a los reclusos mucho menos de lo que *podíamos* para no trabajar tanto», dice Varnish.

En la reflexión sobre su experiencia personal que hizo después del estudio, Varnish nos revela que, además de regir las emociones, el papel que uno representa también se acaba apoderando de la razón:

> Empecé el experimento convencido de que me costaría muy poco actuar de la manera adecuada, pero a medida que fue avanzando me sorprendió ver que los sentimientos que había intentado inculcarme empezaban a cobrar vida propia. Me sentía un verdadero carcelero, y la verdad es que me había creído incapaz de llegar a sentir algo así. Me quedé sorprendido —mejor dicho, consternado— al ver que era capaz de ser tan... bueno, que era capaz de actuar de una forma que antes ni se me habría pasado por la cabeza. Además, actuaba así sin sentir culpa ni remordimiento. Después, al reflexionar sobre lo que había hecho, me di cuenta de que esto surgía de una parte de mí mismo en la que nunca había reparado.[8]

5704 no gana para tormentos

La agresión de Paul-5704 a Ceros es el principal tema de conversación de los carceleros durante el cambio de turno de las diez de la mañana, mientras unos cuelgan el uniforme y los otros se visten con él. Deciden que 5704 necesita más disciplina y más atención porque no se puede tolerar que nadie ataque a un carcelero.

5704 no ha participado en el recuento de las once y media porque le han *encadenado* a su cama de la celda 1. El oficial Arnett ha castigado a los demás reclusos con setenta flexiones por su insubordinación. Aunque los reclusos están muy débiles por la falta de sueño y una dieta muy pobre, al final acaban haciendo las setenta flexiones, algo que yo no podría hacer por muy bien alimentado y descansado que esté. Aunque a regañadientes, y de una forma más bien lamentable, la verdad es que están adquiriendo una buena forma física.

Retomando los temas musicales de la jornada anterior, se ordena a los reclusos que canten con voz alta y clara, «Hoy puede ser un buen día» y «Amazing grace», intercalando algunos cantos a coro de «Al corro de la patata». Poco después de que se una a sus camaradas para uno de estos cantos, Paul-5704 vuelve a desobedecer y acaba encerrado otra vez en el hoyo. Gritando y renegando a voz en grito, vuelve a derribar a patadas el tabique que separa los dos compartimentos del hoyo. Los carceleros lo sacan a rastras, lo esposan, le encadenan los tobillos y lo encierran otra vez

en la celda 2 mientras reparan los desperfectos. A estas alturas, la celda de aislamiento se ha tenido que dividir en dos por si hay que castigar a dos reclusos al mismo tiempo.

Con la inventiva y la determinación de un preso de verdad, 5704 encuentra la forma de trabar la cerradura de la puerta de su celda y se queda encerrado dentro, burlándose de los carceleros porque no pueden entrar. Los carceleros irrumpen en la celda y lo encierran otra vez en el hoyo, que ya está reparado, hasta llevarlo más tarde ante la junta de libertad condicional para que tome medidas disciplinarias.

El constante alboroto que arma 5704 acaba por romper la imagen de serenidad que el oficial Arnett ha cultivado con esmero. Arnett es uno de los carceleros de más edad, está realizando un posgrado de sociología, ha sido tutor en tres correccionales de menores y ha sido acusado (y absuelto) de «asociación ilícita» por una movilización en apoyo de los derechos civiles. En resumen, Arnett tiene la experiencia más adecuada para ser un carcelero concienzudo. Y lo es, pero sin demostrar ninguna compasión por los reclusos, porque siempre que está en el patio adopta una actitud profesional. Dicta sus órdenes con la misma precisión con la que controla sus gestos. Su forma de unificar los movimientos de cabeza, cuello y hombros y de sincronizar los gestos de brazos, muñecas y manos se parece a la de un presentador de televisión y le ha servido para convertirse en una de las principales figuras de autoridad. Arnett mira mucho lo que hace y lo que dice, y transmite la sensación de que procura intervenir lo justo en lo que ocurre a su alrededor. Es difícil imaginar que algo lo pueda alterar, tan difícil como imaginar que alguien pueda plantarle cara.

> Me ha sorprendido bastante la sensación de serenidad y equilibrio que he tenido estos días. Sólo he perdido la calma una vez, cuando 5704 trabó la puerta de su celda y me clavó en el estómago mi propia porra (yo acababa de hacerle lo mismo a él). El resto del tiempo me he sentido tranquilo y relajado. Achuchar a la gente o darle órdenes no me ha provocado una sensación de euforia o de poder.[9]

En el entorno de la prisión, Arnett aplica por su cuenta algunos conocimientos que ha adquirido en su estudio de las ciencias sociales:

> Por lo que he podido leer, el aburrimiento y otros aspectos de la vida en prisión se pueden aprovechar para hacer que la gente se sienta desorientada. Para ello actúas de una manera impersonal, ordenas realizar trabajos aburridos, castigas a todos los reclusos cuando hay alguno que se porta mal, les exiges que hagan a la perfección cosas totalmente triviales en las horas de ejercicio. Soy consciente del poder que poseen quienes controlan un entorno social y he intentado agudizar la alienación de los reclusos aplicando estas técnicas. Pero lo he hecho con mesura porque no quiero ser cruel.[10]

En su recomendación a la junta de libertad condicional oponiéndose a la liberación de 5704, Arnett decía: «Apenas puedo detallar todas las infracciones cometidas por 5704. Su insubordinación es constante, tiene fuertes arranques de violencia y malhumor, e incita a los otros reclusos a desobedecer. Actúa mal aun sabiendo que los demás serán castigados por ello. Recomiendo que la junta de disciplina lo trate con el máximo rigor».

416 desafía al sistema con una huelga de hambre

La junta de disciplina no debe encargarse únicamente del recluso 5704. La locura de este lugar, a la que ya nos hemos acostumbrado en los pocos días que han pasado desde que empezamos el domingo, también ha afectado al recluso 416, que ingresó ayer para sustituir al primer recluso liberado, Doug-8612. 416 no podía creer lo que veía y enseguida pensó en abandonar. Sin embargo, sus compañeros de celda le dijeron lo que el recluso 8612 se había inventado y que todos se habían creído: que era imposible irse, que «*ellos*» no dejaban salir a nadie antes de lo previsto. Me recuerda la letra de la famosa canción «Hotel California»: «Puede pagar cuando quiera, pero no se podrá ir».

En lugar de poner en duda esta falsedad, 416 opta por una vía de actuación pasiva. «Se me ocurrió un plan», dijo más adelante. «Insistiría en las lagunas legales de mi contrato, que se había redactado de una manera precipitada. Pero, además de alegar esto, ¿qué podía hacer directamente contra el sistema? Podía rebelarme como Paul-5704. El hecho de que me agarrara a consideraciones legales para poder salir hizo que mis sentimientos pasaran a un segundo plano, pero aun así me guié por ellos para lograr mi objetivo. Así pues, opté por llevar esta simulación hasta sus límites rechazando las recompensas y aceptando los castigos.» (No parece

probable que 416 fuera consciente de que había adoptado una estrategia que los sindicatos han usado muchas veces en su lucha, la llamada «huelga de celo», consistente en aplicar con meticulosidad el reglamento para poner en evidencia los defectos inherentes al sistema.)[11]

416 decidió iniciar una huelga de hambre porque rechazar la comida que le daban los carceleros suponía quitarles una fuente de poder sobre los reclusos. Al ver su cuerpo tan escuálido y con tan poca chicha, sus sesenta kilos de peso en un metro setenta de altura, creo que ya tiene el aspecto de alguien que pasa hambre.

En cierto sentido, Clay-416 recibió un impacto más fuerte el primer día que pasó en la prisión de Stanford que cualquier otro recluso. Así nos lo confirma en este análisis personal y al mismo tiempo despersonalizado:

«Empecé a sentir que perdía la identidad, que no era la persona a la que llamo "Clay" y que se había inscrito para entrar en esta prisión, porque para mí es una prisión y lo sigue siendo: no la puedo ver como un experimento o una simulación; es una prisión que dirigen unos psicólogos en lugar del Estado. Empecé a sentir que esa identidad, la persona que yo era, la que había decidido entrar aquí, se iba alejando de mí cada vez más hasta que, al final, dejé de ser ella. Ahora era "el recluso 416". Ahora era ese número, y era 416 quien tenía que decidir qué hacer: y entonces fue cuando decidí no comer. Decidí no comer porque ésa era la única recompensa que te daban los carceleros. Siempre te amenazaban diciendo que no te darían de comer, pero al final tenían que darte comida. Y dejé de comer. Así tenía poder sobre algo, había encontrado lo único a lo que no me podían obligar. Para ellos, que yo fuera capaz de aguantar sin comer era una humillación.»[12]

Empieza negándose a tocar el almuerzo. Arnett dice haber oído a 416 comentar a sus compañeros de celda que no piensa comer hasta que le den la asistencia legal que ha pedido. Ha dicho: «Es probable que al cabo de unas doce horas pierda el sentido, y entonces, ¿qué van a hacer? Tendrán que ceder». Para Arnett no es más que un interno «insolente y caradura». No ve ninguna nobleza en esta huelga de hambre.

El hecho es que tenemos a este recién llegado emprendiendo con audacia un plan de desobediencia dirigido a desafiar directamente el poder de los carceleros. Esta acción puede convertirle en un héroe no violento que una a los otros reclusos, en alguien que los saque de su estado de estupor, en una especie de Mahatma Gandhi. Además, está claro que recurrir a la violencia como ha hecho 5407 no sirve de nada en un lugar donde los resortes del poder están tan inclinados a favor del sistema. Espero que a 416 se le ocurra un plan para llevar a sus compañeros de celda y a los otros reclusos a plantarse como colectivo, a una huelga de hambre colectiva por los malos tratos que han recibido. Pero me preocupa que, al estar tan concentrado en su plan, no se dé cuenta de la necesidad de movilizar a sus compañeros para adoptar una postura colectiva.

Se desmoronan dos reclusos más

Parece que con los reclusos 5407 y 416 se han iniciado una serie de problemas en cadena. La madre del recluso 1037 estaba en lo cierto. El aspecto de su hijo, Rich, la había dejado muy preocupada; y ahora me preocupa a mí. Después de haber recibido la visita de sus padres cayó en una profunda depresión; seguramente esperaba que insistieran para que se fuera a casa con ellos. También es probable que Rich creyera que estaba en juego su hombría. Quería demostrar que era capaz de soportar todo aquello «como un hombre». Pero no ha podido. Al igual que sus compañeros 8612 y 819 de la celda 2, la primera celda rebelde, 1037 presenta síntomas de un estrés tan profundo que le he hecho llevar a una sala fuera de la prisión y le he dicho que, como le iban a dar la libertad condicional, era mejor que se marchara enseguida. Al oír la buena noticia se ha quedado sorprendido y muy contento. Mientras le ayudaba a ponerse la ropa de calle aún seguía temblando. Le he dicho que iba a cobrar como si hubiera hecho todo el experimento y que nos pondríamos en contacto con él y con los otros estudiantes para comentar los resultados del estudio, pasarles unos cuestionarios y pagarles lo acordado.

1037 dijo más adelante que lo peor del experimento había sido la fuerte impresión de que «los carceleros expresaban sus verdaderos sentimientos, de que no se limitaban a representar el papel de carceleros. Por ejemplo, en las horas de ejercicio había presos que acababan pasándolo muy mal y sufrían de verdad, pero algunos carceleros parecían disfrutar atormentándolos».[13]

Cuando los padres de 1037 vinieron a llevárselo, la noticia de su puesta en libertad no sentó nada bien a 4325, que estaba mucho peor de lo que nos imaginábamos. El «gran Jim», como le llamaba nuestro equipo de investigación, parecía un joven seguro de sí mismo y en los tests de preselección había obtenido unas puntuaciones normales en todas las categorías. Pero aquella tarde se vino abajo de repente.

«Cuando comparecí ante la junta de libertad condicional tenía muchas esperanzas de que me soltaran. Pero cuando se la dieron a Rich [1037] y a mí no, me vine abajo. Me di cuenta de que mis emociones eran mucho más fuertes de lo que pensaba y de que tengo mucha suerte de llevar la vida que llevo. Si estar en una prisión se parece a lo que he pasado aquí, no veo cómo eso puede ayudar a nadie.»[14]

Le digo lo mismo que le he dicho a 1037, que como vamos a darle la libertad condicional por su buena conducta, no hay inconveniente en que salga antes. Le doy las gracias por su participación, le digo que siento que lo haya pasado tan mal y le invito a volver pasado un tiempo para hablar de los resultados. Quiero que todos los estudiantes vuelvan para contarnos sus impresiones cuando se hayan distanciado un poco de esta experiencia. Tras recoger sus cosas sale en silencio después de decirme que no hace falta que le vea un psicólogo.

El subdirector Jaffe anota en su diario: «El recluso 4325 reacciona muy mal y se le debe poner en libertad a las 5:30 de la tarde por presentar los mismos síntomas que los reclusos 819 [Stew] y 8612 [Doug]». También consigna el curioso hecho de que ni los reclusos ni los carceleros mencionan la puesta en libertad de 4325. Visto y no visto. Como si no hubiera existido. Al parecer, a aquellas alturas de esa agotadora y penosa prueba de resistencia sólo importan los que están presentes en cada recuento, no los que ya no están. Ojos que no ven...

Cartas desde la prisión de Stanford

«Hoy, cuando los reclusos escribían cartas explicando lo bien que se lo están pasando, el interno 5486 [Jerry] no ha escrito bien su carta hasta el tercer intento», comunica el oficial Markus. «La conducta de este interno y su respeto a la autoridad han ido a peor desde los primeros días, cuando estaba en la modélica celda 3. Desde que redistribuimos a los internos, 5486 se ha visto afectado negativamente por sus nuevos compañeros de celda y ahora no deja de hacerse el gracioso, sobre todo durante los recuentos. Toda su conducta tiene como único objetivo minar la autoridad de la prisión.»

El informe de Arnett también destaca que este recluso, antes modélico, se ha convertido en un problema: «El interno 5486 ha ido de mal en peor desde que le separamos de los internos 4325 y 2093 de la celda 3. Se ha convertido en el graciosillo del grupo. Esta conducta inaceptable se deberá atajar antes de que se convierta en algo más grave».

El tercer oficial del turno de mañana, John Landry, también se siente contrariado porque «en una muestra más de su falta de colaboración en general, 5486 se ha tomado a broma la redacción de las cartas. Recomiendo que, como castigo, se le obligue a escribir 15 cartas de este tipo».

Christina se incorpora a la casa de locos

Cuando la junta de libertad condicional del jueves termina sus deliberaciones, Carlo regresa a la ciudad por un asunto urgente. Me alegro de no tener que llevarlo a cenar porque quiero estar presente durante la hora de visita programada para después de la cena de los reclusos. Tengo que disculparme ante la señora Y, la madre de 1037, por haberme mostrado tan poco sensible la otra noche. Además, también quiero disfrutar de una cena más tranquila con Christina Maslach, que ha venido hoy para formar parte de la junta.

Hace poco que Christina se ha doctorado en psicología social por la Universidad de Stanford y está a punto de iniciar su carrera como profesora adjunta en Berkeley, cuya facultad de psicología hace decenios que no contrata a una mujer. Inteligente, tranquila e independiente, ya es mucho

más que un diamante en bruto. Christina está decidida a seguir una carrera dedicada a la docencia y la investigación en el campo de la psicología; ya ha trabajado conmigo como ayudante en tareas docentes y de investigación y ha revisado de una manera informal varios de mis libros.

Seguro que también me habría enamorado de ella aunque no exhibiera esa increíble belleza. Para un niño pobre del Bronx, esta elegante *California girl* es un sueño hecho realidad. Pero he tenido que guardar las distancias para que lo personal no empañara las recomendaciones que le he dado para que encontrara empleo. Ahora que ha conseguido uno de los mejores puestos del país por méritos propios, podemos vivir abiertamente nuestra relación.

No le he contado mucho sobre el estudio de la prisión porque está previsto que ella, junto con otros colegas y estudiantes de posgrado, realice una evaluación a fondo del personal, los reclusos y los carceleros mañana viernes, más o menos en el ecuador de las dos semanas previstas para el estudio. Tengo la impresión de que no le ha gustado lo que ha visto y oído esta tarde en la sesión de la junta. No es que me sienta preocupado por algo que me haya dicho; al contrario, lo que me preocupa es que no ha dicho nada. Más tarde, durante la cena, hablaremos de sus reacciones con relación a Carlo y a toda la situación, y también de la información que deseo que obtenga de las entrevistas del viernes.

El cura cumple su promesa

Aunque el padre McDermott sabe muy bien que la prisión es una simulación, el otro día puso bastante de su parte para añadirle verosimilitud tomándose su papel muy en serio. Por eso ahora se siente obligado a cumplir su promesa de prestar ayuda a quienes se la pidieron. En consecuencia, ha llamado a la señora Whittlow, la madre de Hubbie-7258, para decirle que su hijo necesita un abogado para poder salir de la prisión de Stanford. Y la señora Whittlow, en lugar de decirle que si su hijo tiene tantas ganas de salir ya se encargará ella de llevárselo a casa cuando vaya a visitarle, va y hace lo que le dice el cura. Llama a su sobrino Tim, que trabaja de abogado de oficio. Luego él me llama a mí y los dos seguimos el

juego acordando que haga una visita oficial como abogado la mañana del viernes: otro elemento más de realismo en esta experiencia cada vez más irreal. Parece que nuestro pequeño drama lo esté reescribiendo Franz Kafka como un apéndice surrealista de *El juicio*, o que Luigi Pirandello esté poniendo al día su *Il fu Mattia Pascal* o su obra teatral más conocida, *Seis personajes en busca de autor*.

Heroísmo en la prisión

Muchas veces hace falta un poco de tiempo y de distancia para entender el valor de las grandes lecciones de la vida. Clay-416 podría haber dicho algo parecido a lo que decía Marlon Brando en *La ley del silencio*: «Habría sido un buen aspirante». Clay podría decir: «Habría sido un buen héroe». Pero ahora, tal como están los ánimos, se le tiene por un simple «alborotador» que mete en problemas a sus compañeros: un rebelde sin una causa clara.

El heroísmo suele exigir cierto apoyo social. En general honramos los actos heroicos de las personas valientes, pero no lo hacemos si esos actos tienen un coste inmediato y tangible para nosotros y no podemos entender sus motivos. Las semillas heroicas de la resistencia germinan mejor si todos los miembros de una comunidad comparten la voluntad de sufrir por unas metas y unos valores comunes. Un ejemplo de ello es la oposición de Nelson Mandela al apartheid cuando estaba encarcelado en Sudáfrica. O el de tantas personas de tantos países europeos que ayudaron a escapar a miles de judíos para que no cayeran en manos de los nazis. O el de los soldados del IRA que hicieron huelga de hambre hasta morir cuando estaban encerrados en la prisión de Long Kesh. Ellos y otros miembros del Ejército Republicano Irlandés iniciaron una huelga de hambre para reivindicar su condición de presos políticos.[15] No hace tanto, centenares de detenidos en la prisión militar de Guantánamo han iniciado largas huelgas de hambre para que la prensa se haga eco de las condiciones ilegales e inhumanas de su cautiverio.

El caso de Clay-416 es diferente. Tiene un plan personal para plantar cara al sistema de una manera eficaz, pero no se lo explica a sus compañeros de celda ni a los otros reclusos para que puedan apoyarle. Si lo hiciera, su plan podría unir a los demás en un desafío colectivo a la maldad del sistema y no sería rechazado como un simple capricho personal. Quizá porque ha entrado más tarde y los otros reclusos no le conocen lo suficiente, o quizá porque creen que no ha pagado el precio que han tenido que pagar ellos los primeros días, el caso es que Clay es visto como una especie de «intruso». Algo parecido le ha pasado a Dave, nuestro confidente (que ha entrado sustituyendo a 8612); pero Dave, a diferencia de 416, se ha pasado enseguida al bando de los reclusos y apoya su causa contra el sistema para el que tenía que espiar. Además, creo que la actitud introvertida de 416 no ayuda a que los demás se le acerquen. Suele ir a su bola, vive en el complejo mundo de su mente y no en el mundo de las relaciones sociales. No obstante, su desafío tiene un fuerte impacto en la manera de pensar de otro recluso, aunque este impacto se revelará cuando la experiencia de la prisión ya haya pasado.

A Jerry-5486, el recluso al que la junta de libertad condicional califica de «listillo», le impresiona mucho la entereza de 416 ante la dureza de los maltratos que recibe: «La determinación de Clay me dejó muy impresionado... ojalá hubiera estado con nosotros desde el primer día. Las cosas habrían sido muy diferentes».

En sus posteriores reflexiones, 5486 añadió:

> Fue interesante ver que cuando Clay-416, el primer caso de alguien realmente decidido a mantenerse firme, se negó a comerse las salchichas, la gente se puso en su contra. Al principio del estudio esas mismas personas le habrían tenido por un héroe. Y es que muchos decían que iban a plantar cara, que iban a hacer huelga, que no iban a comer y todo eso, pero resulta que cuando va alguien y tiene las narices de hacerlo, se ponen en su contra. Preferían más sus mezquinas comodidades antes que verle mantener su integridad.

Jerry-5486 también cuenta que fue muy desagradable presenciar el choque entre 416 y 7258, «entre Hubbie y Clay, por lo de las salchichas y lo de la novia». Más tarde pudo ver el verdadero significado de aquel enfrentamiento, pero mientras ocurría no fue capaz de verlo y no intervino para solucionarlo:

> Me di cuenta de que todos estaban tan metidos en aquello que, además de sufrir ellos, también hacían sufrir a los demás. Fue muy triste verles así, sobre todo porque [Hubbie] no se daba cuenta de que si no veía a su chica era por culpa de «John Wayne», no por culpa de Clay. [Hubbie] se tragó el anzuelo y dejó que aquello le influyera.[16]

Mientras, encerrado en la celda de aislamiento, Clay-416 hace frente a la situación practicando zen para mantener la mente en calma, algo que habría llenado de orgullo a Paul-5704 si lo hubiera sabido.

«Meditaba todo el tiempo. Por ejemplo, cuando me negué a cenar, el carcelero [Burdan] sacó a todos los presos de las celdas para que me convencieran diciendo que por mi culpa iban a anular las visitas y todo ese rollo, algo que yo estaba casi seguro de que no pasaría. Así que me pongo a mirar fijamente la gota de agua de la salchicha que brilla en el plato de hojalata. Clavo la mirada en la gota y me concentro, primero en horizontal, después en vertical. Al final ya nada me podía molestar y recuerdo que allí, en el hoyo, tuve una experiencia religiosa.»[17]

Ese chaval flacucho ha encontrado la paz interior con su resistencia pasiva, controlando su cuerpo y distanciándose mentalmente de los carceleros. Más adelante, Clay-416 nos ofreció una conmovedora explicación del triunfo de su voluntad sobre el poder institucional:

«Cuando me negué a comer ante el carcelero más dominante del turno de tarde, me sentí contento por primera vez desde que había entrado en la prisión. Me gustó mucho enfurecerle [al oficial Hellmann]. Cuando me encerraron en el hoyo toda la noche, me sentía alborozado porque estaba seguro de haber agotado sus recursos [que los carceleros podían usar en su contra]. También me sorprendió darme cuenta de que en la celda de aislamiento tenía intimidad, y eso era todo un lujo. Que castigaran a los demás no era cosa mía. Ya había calculado los límites de la situación. Creía —sabía— que las visitas no se iban a anular. Me mentalicé para estar en el hoyo hasta más o menos las diez de la mañana. Allí, en el hoyo, es donde menos me sentía como “Clay”. Era “416”; incluso estaba orgulloso de ser “416”. Aquel número también era una identidad, porque había sido “416” quien había sabido hallar la respuesta a la situación. No sentía la necesidad de aferrarme a mi antiguo nombre. En el hoyo, la luz que entra por la rendija de la puerta forma una franja de unos diez centímetros que recorre la

pared de arriba abajo. Tras estar unas tres horas allí, mirar aquella franja de luz me llenaba de calma. Era lo más bello de la prisión. Y no es una impresión subjetiva. Lo es, entrad allí y miradla. Hacia las 11 de la noche, cuando me dejaron salir y me metí en la cama, tenía la sensación de haber ganado, de que, hasta entonces, mi voluntad había sido más fuerte que la voluntad de la situación. Esa noche dormí bien».

El esbirro demuestra un poco de humanidad

Curt Banks me dice que, de todos los carceleros, el que menos le gusta y al que menos respeta es Burdan, porque es un lameculos que siempre va detrás de Hellmann haciéndole la pelota. Yo pienso lo mismo, aunque desde el punto de vista de un recluso hay otros que son una amenaza mucho mayor para su cordura y su supervivencia. Uno del personal ha oído a Burdan jactándose de haberse tirado a la mujer de un amigo la noche antes. Los tres suelen jugar al bridge una vez por semana y, aunque él siempre se ha sentido atraído por aquella mujer, que tiene veintiocho años de edad y es madre de dos niños, nunca había tenido agallas para ir más allá, hasta anoche. Quizá sacó el valor para ponerle los cuernos a su amigo de su nueva sensación de autoridad. De ser esto verdad, es otra razón para que no nos guste. Más adelante veremos en su expediente que su madre había escapado de la Alemania nazi, algo que añadirá una pequeña nota positiva a nuestra evaluación de este joven tan complicado.

El informe que redacta Burdan sobre ese turno describe con una fidelidad increíble la conducta típica de un oficial de prisiones:

> Tenemos una crisis de autoridad, esta conducta rebelde [la huelga de hambre de 416] puede socavar el control total que tenemos sobre los demás. He llegado a conocer las manías y rarezas de varios números [es interesante que los llame «números»; una ostensible desindividuación de los presos]; trato de utilizar esta información para hostigarles cuando me encuentro en el bloque de celdas.

También se queja del poco apoyo que ofrece nuestro personal a los carceleros: «Los problemas de verdad han empezado durante la cena: acudimos a la autoridad de la prisión para que nos diga cómo afrontar la

rebelión porque nos preocupa que [416] no quiera comer... Pero no se les ve por ningún lado». (Nos declaramos culpables de no ofrecer supervisión ni formación.)

Mi impresión negativa del oficial Burdan mejora un poco al ver lo que hace después. «No me gusta nada la idea de que [416] tenga que estar tanto tiempo en el hoyo», dice. «Me parece peligroso [porque las normas limitan el período de aislamiento a una hora], discuto con Dave y luego, con mucha discreción, devuelvo a 416 a su celda.» Y añade: «Aunque, para joderlo un poco, le ordeno que se meta en la cama con las salchichas».[18]

Jerry-5486, el único recluso que ha renunciado a una manta por Clay-416, nos confirmaría más adelante esta faceta de Burdan: «Yo estaba muy disgustado por todas las barbaridades que había dicho John Wayne. Sabiendo que Clay me daba pena, [Burdan] se pasó por mi celda y me dijo que no se quedaría encerrado toda la noche. "Lo sacaremos cuando todo el mundo esté dormido", me dijo al oído, y luego volvió a hacerse el duro. Era como si necesitara hacer algo decente en medio de aquella tormenta».[19]

Además de solidarizarse con 416, Jerry-5486 también acabó pensando que lo mejor de aquella experiencia había sido conocer a Clay: «Ver a un tío que sabía lo que quería y que estaba dispuesto a cualquier cosa para lograrlo. Fue el único que no se vendió, que no suplicó, que no se rajó».[20]

En su informe de aquella noche, Burdan comenta: «Entre los internos no hay solidaridad, con la excepción de 5486, que siempre ha exigido los mismos privilegios para todos». (Coincido con él; ésa es una razón de que respete a Jerry-5486 más que a ningún otro recluso.)

Esta experiencia intensa y prolongada enriquece la imagen que tengo de la complejidad de la naturaleza humana porque, en cuanto crees que conoces a alguien, te das cuenta de que, en el fondo, no conoces más que el pequeño fragmento de su naturaleza interior que has vislumbrado tras unos breves contactos directos o indirectos. Siento mucho respeto por Clay-416, por su fuerza de voluntad frente a tanta adversidad, pero más adelante descubro que no encaja del todo con la imagen de un Buda. En su entrevista final nos dice lo que piensa sobre el sufrimiento que su huelga de hambre causó a los demás: «Si intento salir, *me importa una mierda* que los carceleros les pongan las cosas difíciles a los demás por esta razón».

Su amigo Jerry-5486 nos ofrece una imagen fascinante de los complejos juegos psicológicos a los que jugaba —siempre perdiendo— en esta prisión.

> Cuanto más avanzaba el experimento, más justificaba mis actos diciéndome: «Sólo es un juego y lo sé; no me será difícil aguantar, no podrán conmigo, les seguiré la corriente». A mí eso ya me iba bien. Había cosas que me gustaban, contaba el dinero que iba a ganar y hasta había planeado una fuga. Sentía que tenía la cabeza muy centrada, que no podrían hacer que la perdiera porque me distanciaba de todo aquello, me limitaba a observar qué sucedía. Pero ahora me doy cuenta de que, por muy centrado que creyera estar, hubo muchas veces que no controlaba mi conducta en la prisión tanto como creía. Por muy abierto, simpático o amable que fuera con los otros reclusos, seguía siendo una persona egoísta, más racional que compasiva. Con aquel distanciamiento me las apañé bastante bien, pero ahora veo que, a veces, mis actos perjudicaban a otros. En lugar de responder a sus necesidades, racionalizaba mi conducta egoísta suponiendo que se habían distanciado tanto como yo.
>
> El mejor ejemplo fue cuando Clay [416] estaba en el armario con las salchichas [...] Clay y yo habíamos hecho amistad, sabía que estaba con él cuando el incidente de la huelga de hambre y creía que le había ayudado un poco cuando estaba en la mesa y los otros reclusos intentaban hacer que comiera. Pero cuando lo metieron en el armario y nos dijeron que le gritáramos y aporreáramos la puerta, lo hice como todos los demás. Lo justifiqué fácilmente diciendo: «No es más que un juego. Clay sabe que estoy con él. Como no voy a cambiar nada, será mejor que le siga la corriente al carcelero». Luego me di cuenta de que Clay lo había pasado muy mal con tanto grito y tanto golpe. Y allí estaba yo, atormentando al tío que mejor me caía. Y lo justificaba diciéndome: «Les voy a seguir la corriente pero no podrán conmigo», cuando lo importante de verdad era él. ¿Qué estaba pensando *él*? ¿Cómo le afectaban mis actos? Yo no veía las consecuencias de mis actos y, de una manera inconsciente, atribuía la responsabilidad de esos actos a los carceleros. Había separado mis actos de mi pensamiento. Salvo causar daño físico a otro recluso, es probable que hiciera cualquier cosa siempre que pudiera cargar la responsabilidad a los carceleros.
>
> Y por eso ahora creo que quizá no puedes separar de una manera tan tajante el pensamiento y los actos como hice yo durante el experimento. Me enorgullecía ser tan invulnerable: no podían hacerme perder la cabeza, no les dejaba controlar mi pensamiento. Pero, al recordar todo lo que hice, ahora pienso que sí, que controlaban mucho mi pensamiento, aunque de una manera sutil.[21]

«¡LO QUE LES HACÉIS A ESOS CHICOS ES HORROROSO!»

La última salida al lavabo del jueves empezó a las diez de la noche. Christina había estado trabajando en la biblioteca después de su discreta participación en la junta disciplinaria y de libertad condicional. Había bajado a la prisión por primera vez para pasarme a buscar y llevarme en coche al restaurante de Stickney, en el centro comercial que hay al lado del

campus. Yo estaba en mi despacho de director ultimando algunos detalles de las entrevistas del día siguiente. La vi charlando con uno de los carceleros y, cuando acabó, le hice un gesto para que se sentara junto a mi mesa. Más adelante, Christina describió así su insólita conversación con el carcelero:

> En agosto de 1971 había acabado de doctorarme en la Universidad de Stanford, donde era compañera de oficina de Craig Haney, y me disponía a empezar mi nuevo trabajo como profesora adjunta de psicología en la Universidad de Berkeley. Mi expediente también debería haber mencionado que, hacía poco, había iniciado una relación sentimental con Phil Zimbardo y que incluso estudiábamos la posibilidad de contraer matrimonio. Aunque había oído hablar a Phil y a otros colegas del estudio con la prisión simulada, no había participado ni en el trabajo de preparación ni en los primeros días de la simulación. Normalmente me habría interesado más por este proyecto, y es probable que hubiera participado de algún modo, pero estaba organizando mi traslado y mi principal objetivo era prepararme para mi primer trabajo como docente. Sin embargo, cuando Phil me pidió como un favor que le ayudara a realizar algunas entrevistas con los participantes del estudio, le dije que sí...
>
> Cuando bajé las escaleras que llevaban al sótano donde estaba la prisión [...] me fui al otro extremo del corredor, donde estaba la entrada al patio; al lado de la entrada había una sala donde los guardias solían descansar cuando no estaban de servicio y que les servía de vestuario para cambiarse al empezar o acabar los turnos. Hablé con uno de los que estaba esperando para entrar. Era muy simpático, amable y educado, un chico que cualquiera encontraría muy agradable.
>
> Más tarde, alguien del equipo de investigación me dijo que debería echar un vistazo al patio porque acababan de entrar los guardias del turno de tarde, el famoso turno de «John Wayne». John Wayne era el apodo que habían dado al guardia más malvado y bravucón de todos; su fama le había precedido en varias historias que había oído. Naturalmente, tenía ganas de ver quién era y qué hacía para que diera tanto que hablar. Cuando miré desde el punto de observación, me quedé atónita al ver que ese John Wayne era el chico tan «agradable» de antes. Pero ahora se había transformado en una persona muy distinta. No sólo se movía de una manera diferente, sino que también hablaba de otra forma, con un acento sureño muy marcado [...] Gritaba e insultaba a los presos mientras les obligaba a hacer un «recuento», y parecía esforzarse por ser grosero y agresivo. El joven con el que acababa de hablar había sufrido una transformación asombrosa en unos instantes, con sólo cruzar la línea entre el mundo exterior y el patio de la prisión. Con ese uniforme de corte militar, la porra en la mano, las gafas de espejo que le ocultaban los ojos [...] era un carcelero realmente malvado que iba a lo suyo sin reparar en nada ni en nadie.[22]

Justo entonces veo desfilar por delante de la puerta del despacho al último grupo de reclusos que va al lavabo. Como siempre, van encadenados unos a otros por los tobillos, llevan la cabeza cubierta por grandes bolsas de papel y cada recluso toca con el brazo extendido el hombro del que tiene delante. Uno de los carceleros, Geoff Landry, encabeza el desfile.

«¡Chris, mira esto!», exclamo. Levanta la mirada y enseguida la baja.

«¿Lo has visto? ¿Qué te parece?»

«Ya lo he visto.» Y vuelve a apartar la mirada.

Su aparente indiferencia me sorprende.

«¿Qué te pasa? ¿No ves que esto es todo un muestrario de la conducta humana, que vemos cosas que nadie ha podido ver en una situación así? ¿Pero qué te pasa?» Curt y Jaffe se unen a mí para convencerla.

No puede contestar porque está embargada por una gran pena. Las lágrimas le corren por las mejillas. «Me voy. Olvídate de la cena. Me voy a casa.»

Salgo corriendo tras ella y nos ponemos a discutir en la escalinata de Jordan Hall, el edificio de la facultad. Le digo que dudo que pueda ser una buena investigadora si se emociona tanto por un procedimiento de investigación. Que han venido docenas de personas a ver la prisión y que nadie ha reaccionado así. Ella está furiosa. Le importa un bledo que todo el mundo piense que lo que hacemos está bien. Está mal, y punto. Esos chavales sufren. Como director de la investigación soy responsable de su sufrimiento. No son unos presos, ni unos sujetos experimentales, son unos chavales, unos chicos que están siendo deshumanizados y humillados por otros chavales que han perdido el norte moral.

Su recuerdo de aquella acalorada discusión está lleno de detalles de sabiduría y compasión, pero en aquel momento a mí me sienta como una bofetada, una bofetada que me despierta de golpe de la pesadilla que he estado viviendo noche y día durante toda esta semana.

Christina lo recuerda así:

> Hacia las once de la noche sacaron a los presos para llevarlos al lavabo antes de que fueran a dormir. El lavabo estaba fuera del patio de la cárcel y esto era un problema para los investigadores, porque querían que los presos estuvieran «encarcelados» las veinticuatro horas del día (como en una prisión de verdad). No querían que vieran nada del mundo exterior porque se rompería el entorno integral que intentaban crear. Por eso los llevaban al lavabo con la cabeza cubierta por una bolsa de papel para que no vieran nada, encadenados unos a otros formando una fila, y dando un rodeo por la sala de calderas para que creyeran que el lavabo estaba lejos del patio aunque, en realidad, estaba en un corredor que había a la vuelta de la esquina.

Christina continúa su recuerdo del encontronazo con la realidad de aquella noche aciaga:

Aquel jueves por la noche, cuando los presos hacían la última salida al lavabo, Phil me dijo muy alterado que alzara la vista de un informe que estaba leyendo: «¡Rápido, rápido, mira lo que está pasando!». Miré la hilera de presos encapuchados que arrastraban los pies con los tobillos encadenados, y los carceleros que les iban gritando órdenes. Enseguida aparté la mirada. Me había invadido una insoportable sensación de asco y de rabia. «¿Lo ves? ¡Fíjate, mira, es alucinante!» No habría soportado verlo otra vez y le contesté con un brusco «¡Ya lo he visto!». Entonces Phil (y otros que estaban allí) empezó a meterse conmigo preguntando qué me pasaba. ¿Allí mismo, delante de mí, se estaba desplegando una conducta humana fascinante, y yo, una psicóloga, ni siquiera la podía mirar? No daban crédito a mi reacción, que quizás interpretaron como falta de interés. Además de la repulsión que sentía por haber visto a aquellos chavales tan deshumanizados y tan tristes, sus comentarios y sus burlas hicieron que me sintiera una mujer débil y tonta que estaba de más en aquel mundo de hombres.

Más adelante, recuerda nuestra disputa y cómo acabó:

Poco después, cuando ya habíamos salido, Phil me preguntó qué pensaba del estudio. Imagino que esperaba alguna clase de debate intelectual y profundo sobre el estudio y sobre los sucesos que acabábamos de ver. Pero le respondí muy exaltada (normalmente soy una persona muy contenida). Estaba tan furiosa y asustada que se me saltaban las lágrimas. Y le dije algo parecido a: «¡*Lo que les hacéis a esos chicos es horroroso*!».

Esto dio pie a una acalorada discusión entre los dos que me dio bastante miedo, porque Phil parecía alguien muy diferente del hombre que creía conocer, un hombre que siente afecto por los estudiantes, que se preocupa por ellos de una manera que ya era legendaria en la universidad. No era el mismo hombre del que me había enamorado, una persona afectuosa y sensible a las necesidades de los demás y también a las mías. Nunca habíamos tenido una discusión tan fuerte. En lugar de estar unidos y en armonía, parecíamos estar separados por un gran abismo. De algún modo, la transformación de Phil (y de mí misma) y la amenaza a nuestra relación fue algo inesperado y aterrador. No recuerdo el tiempo que duró la discusión, pero me pareció demasiado larga y demasiado traumática.

Lo que sí recuerdo es que, al final, Phil me acabó dando la razón, me pidió perdón por haberme hablado así, y se dio cuenta de que, poco a poco, él y todos los participantes en el estudio habían interiorizado unos valores destructivos que se habían ido imponiendo a sus valores humanitarios. En aquel momento asumió su responsabilidad por haber creado aquella prisión y tomó la decisión de poner fin al experimento. Ya era más de medianoche y decidió ponerle fin a la mañana siguiente, después de haber llamado a los presos que ya habían salido en libertad y a los carceleros de todos los turnos para realizar una serie de encuentros con todos ellos, primero por separado y luego todos juntos. No sólo se quitó él mismo un gran peso de encima: también me lo quitó a mí y a nuestra relación personal.[23]

SOIS SEMENTALES, FOLLÁOSLAS

Vuelvo a la prisión aliviado e incluso eufórico por la decisión de poner fin al experimento. No veo la hora de decírselo a Curt Banks que, de día o de noche, se ha tenido que encargar en muchas ocasiones de las grabaciones

en vídeo a pesar de tener una familia que atender. También se ha puesto muy contento y me ha confesado que iba a recomendar que pusiéramos fin al estudio lo antes posible después de lo que ha visto mientras yo no estaba. Es una lástima que Craig no esté para compartir nuestra alegría.

Hellmann se ha enfurecido al ver lo tranquilo que estaba Clay-416 después de lo que tendría que haber sido un suplicio para él. A la una de la madrugada organiza lo que se podría calificar como «la madre de todos los recuentos». El triste y cada vez más reducido grupo formado por los cinco reclusos que quedan (416, 2093, 5486, 5704 y 7258) se pone en fila contra la pared con paso cansino para cantar y recitar los números y las normas. Por muy bien que lo hagan, siempre hay alguien que recibe algún castigo. Les gritan, les insultan y les obligan a decirse groserías. «¡Dile que es un *pringao*!», grita Hellman, y un recluso obedece y se lo dice al que tiene al lado. La testosterona empieza a fluir sin control y las humillaciones sexuales que asomaron anoche vuelven a resurgir.

Hellman les grita: «¿Veis ese agujero del suelo? ¡Pues haced veinticinco flexiones como si os lo *follarais*! ¡Ya me habéis oído!». Uno tras otro, los reclusos obedecen con la ayuda de Burdan, que los empuja hacia abajo.

Tras una breve consulta con Burdan, John Wayne se inventa un nuevo juego sexual. «A ver, atended. Vosotros tres vais a hacer de yeguas. Poneos aquí de rodillas y agachaos tocando el suelo con los brazos» (cuando lo hacen, sus traseros desnudos quedan al descubierto porque no llevan ropa interior bajo la bata). Con regodeo, Hellmann continúa: «Y ahora vosotros las vais a montar, pero como sementales. Poneos detrás de ellas y *folláoslas*».

El juego de palabras le hace mucha gracia a Burdan. Los reclusos, indefensos, simulan los movimientos de un coito anal aunque sus cuerpos no llegan a tocarse. Los carceleros les hacen volver a sus celdas antes de retirarse a la sala de oficiales satisfechos porque esta noche se han ganado el sueldo. Mi pesadilla de anoche se está haciendo realidad. Me alegro de poder acabar con ella poniendo fin a todo esto mañana por la mañana.

Cuesta imaginar que haya podido darse una humillación sexual como ésta en tan sólo cinco días porque todos los participantes saben que la prisión es simulada, que esto es un experimento. Al principio todos tenían muy claro que los «otros» eran estudiantes como ellos. Habían sido elegidos al azar para desempeñar los dos papeles y entre los dos grupos no había ninguna diferencia intrínseca. Cuando iniciaron la experiencia todos parecían buenos chicos. Los que hacen de carceleros saben que si la moneda hubiera caído del otro lado serían ellos los que llevarían la bata de recluso y estarían bajo el control de los que ahora maltratan. También saben que los reclusos no han cometido ningún delito que les haga merecedores de su posición inferior. Pero algunos carceleros han acabado actuando con maldad y otros, con su pasividad, se han convertido en cómplices de sus maldades. Por su parte, los otros jóvenes normales y sanos que hacen de reclusos han sucumbido a las presiones de la situación y los que aún continúan parecen haberse convertido en zombis.[24]

El poder situacional de este estudio de la naturaleza humana los ha acabado atrapando por completo. Sólo unos pocos han podido resistir la tentación de dominio y de poder que ofrece esta situación y han mantenido un mínimo de moralidad y de decencia. Y está claro que entre ellos no estoy yo.

CAPÍTULO 9

Viernes: fundido a negro

Nos queda mucho por hacer para desmantelar la prisión en cuestión de horas. Tras un día y una noche de actividad febril, Curt, Jaffe y yo estamos agotados. Además, en plena madrugada tenemos que decidir los detalles de las entrevistas, la evaluación final, el pago de las cantidades que se deben y la devolución de los efectos personales. También debemos anular la visita de unos colegas que tenían pensado venir por la tarde para ayudarnos a entrevistar a todo el mundo, anular los servicios contratados con los comedores de la universidad, devolver los catres y las esposas a la comisaría del campus y muchas cosas más.

Sabemos que tenemos que trabajar el doble de lo normal para supervisar lo que ocurra en el patio, dar alguna cabezada y ultimar los detalles del último día. Anunciaremos el final del estudio inmediatamente después de la visita del abogado de oficio, que ya estaba programada para esta mañana y será un suceso adecuado para poner fin a la experiencia. Optamos por no decir nada a los carceleros hasta que yo haya dado personalmente la buena noticia a los reclusos. Preveo que los carceleros se enfadarán cuando se enteren de que el estudio ha acabado antes de tiempo, y más ahora, cuando creen tener todo el control y piensan que les espera una semana fácil con la novedad añadida de algunos sustitutos. Ya han aprendido a ser «carceleros» y es evidente que su curva de aprendizaje ha alcanzado el punto máximo.

Jaffe llamará a los cinco reclusos que han sido puestos en libertad y les invitará a venir al mediodía para que les entrevistemos y para que cobren la semana completa. Tengo que pedir a los carceleros de todos los turnos que vengan al mediodía o que se queden por allí diciéndoles que habrá un «acto especial». Al saber que el viernes iban a venir otras personas para entrevistar a todo el personal, los carceleros suponen que habrá alguna novedad, pero no se esperan que su trabajo termine de una manera tan repentina.

Si todo va según lo previsto, hacia la una de la tarde habrá una hora de entrevistas con los reclusos, luego otra hora para entrevistar a los carceleros y, al final, haremos una reunión conjunta con todos. Mientras entrevistemos a unos, los otros rellenarán unos cuestionarios, cobrarán lo que se les debe y, si quieren, podrán quedarse los uniformes como recuerdo. Los que quieran podrán quedarse los letreros que colocamos en el patio y en el hoyo. También tenemos que quedar con todos para celebrar un banquete de despedida y para que vuelvan más adelante para ver algunos vídeos seleccionados y hablar de sus reacciones con más distancia y objetividad.

Antes de dar una cabezada en el sofá cama de mi despacho del piso de arriba, donde he estado durmiendo a ratos la mayor parte de la semana, digo a los carceleros del turno de noche que dejen dormir a los reclusos y que procuren no molestarlos. Se encogen de hombros y asienten con la cabeza, como si papá les hubiera dicho que hoy no podrán jugar.

El recuento final del viernes

Por primera vez en una semana, los reclusos han podido dormir seis horas seguidas. En todos estos días deben de haber perdido muchísimas horas de sueño. Es difícil determinar qué efectos habrá tenido en su estado de ánimo y en su manera de pensar el hecho de que su sueño se viera interrumpido tantas veces cada noche. Es probable que hayan sido efetos muy profundos. La crisis emocional de los reclusos que salieron antes de hora pudo verse acelerada por estas alteraciones del sueño.

El recuento de las siete y cinco de la mañana sólo dura diez minutos. Los reclusos dicen sus números en voz alta y hacen algún otro ritual inofensivo. Los cinco supervivientes se toman un buen desayuno caliente. Como era de esperar, Clay-416 se niega a comer aunque los otros reclusos le animan a hacerlo.

A pesar de mis instrucciones de que traten bien a los reclusos, los carceleros se ponen furiosos ante la continua insubordinación de Clay. «Si 416 no desayuna haréis todos cincuenta flexiones.» Clay-416 no cede y se queda mirando el plato. Vandy y Ceros intentan hacerle comer a la fuerza llenándole la boca de comida, pero Clay la escupe. Ordenan a 5704 y 2093 que les ayuden, pero no sirve de nada. Vuelven a meter a Clay en su celda y le obligan a «hacer carantoñas» a las salchichas de la cena. Ceros le ordena que las acaricie, que las abrace y las bese. Clay-416 lo hace. Pero mantiene su palabra y no les da ni un mordisco.

El oficial Vandy está enfadado por la actitud desafiante de 416 y por la conducta de su compañero. En su diario nos dice: «Cuando 416 se negó a comer me enfadé porque no había manera de obligarle aunque nos ayudaran otros internos. Andre [Ceros] le hizo abrazar, acariciar y besar una de las salchichas de la cena después de haberle hecho dormir con ella. Creo que eso estaba de más. Yo nunca habría obligado a nadie a hacer algo así».[1]

¿Qué tiene que decir el oficial Ceros de su conducta? En su diario anotó estas palabras: «He decidido obligarle a comer, pero no ha habido manera. He dejado que la comida le resbalara por la cara. No me creía capaz de hacer algo así. Estaba muy disgustado conmigo mismo por haberle forzado a comer. Pero estaba más disgustado con él porque no comía. En el fondo me disgustaba la realidad de la conducta humana».[2]

El turno de mañana llega a las diez, como siempre. Le digo al carcelero que llevaba la voz cantante, Arnett, que mantenga las cosas en calma porque va a venir el abogado. En el informe que hizo Arnett del incidente más destacado de ese turno se observa que Clay-416 sufre unos cambios extraños a pesar de su meditación zen y de su calma aparente. Según Arnett:

El interno 416 ha estado muy nervioso. Cuando le he quitado la bolsa de la cabeza en el lavabo ha dado un brinco. He tenido que llevarlo y traerlo del lavabo prácticamente a rastras, aunque le he dicho que no iba a hacerle tropezar con nada [algo que los carceleros solían hacer a los reclusos por pura maldad]. Estaba muy preocupado por si le iban a castigar. Cuando ha entrado en el retrete le he aguantado las salchichas. Pero me ha dicho que se las devolviera porque otro guardia le habían ordenado que las llevara siempre encima.[3]

APARECE EL ABOGADO

Me reúno unos instantes con Tim B., un abogado que trabaja en el turno de oficio. Reacciona ante todo aquello con una mezcla de curiosidad y escepticismo. Ha venido a regañadientes porque su tía le ha pedido como un favor que se encargue de su primo. Le describo las principales características del estudio y le cuento lo serias que se han puesto las cosas. Le pido que aborde la situación tal como haría si hubiera sido enviado para entrevistarse con unos internos de verdad y accede a ello. Primero se entrevista a solas con su primo Hubbie-7258 y luego con los demás reclusos. Nos permite que grabemos las entrevistas con cámara oculta en el laboratorio del primer piso, donde se había reunido la junta de libertad condicional.

La gran formalidad de la entrevista con su primo me sorprende. Hablan como si no se conocieran. Quizás esto sea normal entre personas de origen anglosajón, pero me habría esperado por lo menos un abrazo, no un simple apretón de manos y ese «Me alegro de volver a verte». El abogado va leyendo en voz alta una serie de puntos de una lista con un tono muy seco y formal; después de cada uno se detiene para ver qué le responde el recluso, lo anota —normalmente sin hacer ningún comentario— y pasa al punto siguiente:

¿Le comunicaron sus derechos al detenerle?
¿Ha sido objeto de maltratos por parte de algún oficial de la prisión?
¿Cuál ha sido la naturaleza de esos maltratos?
¿Se siente usted presionado o perturbado mentalmente?
¿Tamaño y estado de la celda?
¿Le ha sido denegada alguna petición?
¿Alguna conducta inaceptable por parte del subdirector?
¿Algún problema con la fianza?

Hubbie-7258 responde a las preguntas con buen humor. Parece suponer que su primo quiere hacerle pasar por toda esta rutina antes de acompañarlo para salir de la prisión. El recluso le dice a su abogado que no pueden salir de la prisión, que no hay forma de rescindir el contrato. El abogado le recuerda que si el contrato original estipulaba una retribución económica a cambio de unos servicios, la renuncia a esa retribución lo dejaría sin efecto. «Eso ya se lo he dicho a la junta de libertad condicional, pero no ha servido de nada, aún sigo aquí.»[4] Cuando detalla sus quejas, Hubbie-7258 quiere que conste que la conducta rebelde de 416 les ha perjudicado a todos.

Los carceleros acompañan a la sala de entrevistas a los otros reclusos, que llevan la cabeza cubierta con una bolsa, como siempre. Los carceleros se la quitan haciendo bromas. Luego se van, pero yo sigo sentado al fondo. El abogado les hace las mismas preguntas que a Hubbie y les invita a presentar las quejas que crean oportunas.

El siguiente es Clay-416, que se queja de las presiones de la junta de libertad condicional para que se confesara culpable de los cargos que se le imputan, algo que se ha negado a hacer porque nunca le han acusado oficialmente de nada. En parte, su huelga de hambre es una manera de llamar la atención sobre el hecho de que su detención es ilegal porque le han encarcelado sin cargos.

(De nuevo me confunde la actitud de Clay; es evidente que actúa en múltiples niveles que son incompatibles entre sí. Afronta esta experiencia de una manera puramente legalista, mezclando el contrato para participar en el experimento con los derechos de los internos y otras formalidades penitenciarias, a lo que se añade su tendencia mística al estilo *New age*.)

Clay parece desesperado por hablar con alguien que le escuche. «Algunos carceleros, cuyos nombres no diré», dice, «se han portado mal conmigo hasta extremos impensables.» Si es necesario, está dispuesto a presentar una reclamación oficial contra ellos. «También han puesto a los otros reclusos en mi contra diciéndoles que mi huelga de hambre haría que les anularan las visitas», dice señalando con la cabeza a Hubbie-7258, que desvía la mirada avergonzado. «Y cuando me han metido en el hoyo han

hecho que los otros reclusos aporrearan la puerta, y he pasado mucho miedo. Hay una norma que impide la violencia, pero he llegado a temer que la fueran a romper.»

El siguiente es el chusquero, 2093, que habla de varios intentos de acoso por parte de los carceleros aunque le enorgullece poder decir que todos han fracasado. Luego, con precisión clínica, ofrece una descripción, con demostración incluida, de cuando un carcelero le había obligado a hacer flexiones con dos reclusos sentados en su espalda.

El abogado se sobresalta un poco al oír esto y lo anota debidamente mientras frunce el ceño. El siguiente, que es Paul-5704, se queja de que los carceleros le han manipulado aprovechándose de su hábito de fumar. La queja del bueno de Jerry-5486 es más general y menos personal y se centra en la dieta inadecuada y las comidas perdidas, en el agotamiento causado por los interminables recuentos en plena madrugada, en la conducta sin control de algunos carceleros y en la falta de supervisión por parte de las autoridades de la prisión. Me he estremecido cuando se ha girado y me ha mirado a la cara, pero tiene toda la razón: la culpa es mía.

Cuando el abogado acaba de tomar notas, les da las gracias por la información y les dice que el lunes presentará un informe oficial y tratará de preparar su salida bajo fianza. Cuando se levanta para irse, Hubbie-7258 pierde los nervios: «¡No puedes irte y dejarnos tirados! Queremos irnos ahora mismo. No podremos aguantar una semana más, ni siquiera el fin de semana. Creía que me ibas a sacar bajo fianza hoy mismo, que nos ibas a sacar a todos. ¡Por favor!». Tim B. se queda estupefacto ante este arrebato. Les explica en un tono muy formal en qué consiste su trabajo, cuáles son sus límites y cómo los puede ayudar, y añade que en esos momentos no puede hacer nada. Los cinco reclusos parecen tocar fondo cuando oyen esto; sus esperanzas se han visto truncadas por cuatro tonterías legales.

Poco después, Tim B. me comunicó por carta su reacción ante esta insólita experiencia. Sus palabras son muy reveladoras:

Sobre el hecho de que los internos no hayan pedido asistencia legal

> [...] [O]tra posible explicación de que los internos no hayan pedido asistencia legal es que, como ciudadanos de clase media y raza blanca, puede que nunca hayan imaginado la posibilidad de verse implicados en un delito, una situación en la que sus derechos tendrían una importancia

fundamental. Al hallarse inmersos en esta situación no han sabido evaluarla objetivamente y no han actuado como sin duda saben que deberían actuar.

Sobre el poder de esta situación para distorsionar la realidad

[...] La clásica devaluación del dinero frente a cosas como la libertad era muy patente (en todo lo que pude presenciar). Recordará usted las enormes expectativas que creó mi explicación de la solicitud de fianza. La realidad de su encarcelamiento parecía haber calado muy hondo en los entrevistados aunque fueran conscientes de que sólo participaban en un experimento. Parece claro que la reclusión por sí sola es una experiencia muy dolorosa con independencia de que se deba a razones legales o de otra clase.[5]

EL EXPERIMENTO HA TERMINADO: OS PODÉIS IR

Las palabras del abogado acaban con la esperanza de los reclusos. Un oscuro velo de pesimismo cubre el rostro de los tristes internos. Uno por uno, el abogado les estrecha la mano y se va de la sala. Le pido que me espere fuera. Luego me acerco a la mesa y pido a los reclusos que presten mucha atención a lo que voy a decir. Apenas les queda motivación para prestar atención a nada ahora que sus esperanzas de salir hoy mismo se han desvanecido ante la estricta postura del abogado.

«Tengo algo muy importante que deciros y os ruego que prestéis mucha atención: *el experimento ha terminado. Os podéis ir hoy mismo*.»

Al principio ni hay ninguna reacción, ningún cambio en su expresión facial o su lenguaje corporal. Tengo la sensación de que se sienten confundidos, escépticos, puede que hasta recelosos, de que creen que ésta es otra prueba para ver cómo reaccionan. Lo repito lentamente y con la mayor claridad posible: «Yo y el resto del personal de la investigación hemos decidido poner fin al experimento hoy mismo. El estudio ha terminado oficialmente; la prisión de Stanford se cierra. Os agradecemos vuestro importante papel en este estudio y...».

Los gritos de alegría disipan la tristeza. Hay abrazos y palmadas en la espalda, y una amplia sonrisa se adueña de todas aquellas caras. La euforia resuena en Jordan Hall. También es un momento de alegría para mí: puedo liberar a aquellos supervivientes de su encarcelamiento y abandonar de una vez por todas mi papel de director de la prisión.

PODER POSITIVO, PODER NEGATIVO

En pocas ocasiones de mi vida he sentido tanto placer personal como cuando pude decir aquellas palabras y unirme a ese estallido de júbilo. Estaba embargado por el afrodisíaco del poder positivo, el poder de ser capaz de hacer algo, de decir algo, que pudiera provocar aquella alegría desbordante en otras personas. En aquel momento prometí solemnemente dedicar todo el poder que pudiera tener a favor del bien y en contra del mal, impulsar lo mejor que hay en la gente, trabajar para liberarla de sus prisiones autoimpuestas y luchar contra los sistemas que pervierten la promesa de justicia y felicidad para el ser humano.

El poder negativo que se había apoderado de mí la semana pasada como director de esta prisión simulada me había dejado ciego ante la realidad del impacto destructivo del Sistema que había creado y sustentado. La miopía propia de un director de investigación también me había impedido ver la necesidad de poner fin al experimento mucho antes, quizá cuando el segundo participante, antes normal y sano, sufrió una crisis emocional. Mientras yo me centraba en la cuestión abstracta del poder de la situación conductual y el poder de la disposición individual, había pasado por alto el poder mucho mayor del *Sistema* que yo había ayudado a crear y mantener.

Sí, Christina, tenías razón: era horroroso lo que les había hecho a aquellos chicos inocentes, no maltratándolos directamente, sino dejando que los maltrataran y facilitando esos maltratos mediante un sistema de procedimientos, normas y reglas arbitrarias. No había sido capaz de abrir los ojos a toda aquella inhumanidad.

El Sistema incluye la Situación, pero es más duradero y más amplio, está formado por personas, por sus expectativas, sus normas, sus políticas y, quizá, sus leyes. Con el tiempo, los Sistemas acaban adquiriendo una base histórica y, a veces, una estructura de poder político y económico que gobierna y dirige la conducta de quienes viven en su área de influencia. Los Sistemas son como motores: ponen en marcha situaciones que crean contextos conductuales, unos contextos que influyen en la actuación de quienes se hallan bajo su control. Llega un momento en que el Sistema se

convierte en un ente autónomo, independiente de quienes lo han creado o incluso de quienes parecen tener autoridad dentro de su estructura de poder. Cada Sistema acaba creando una cultura propia y, junto con otros Sistemas, contribuye a crear la cultura de la sociedad.

Está claro que la Situación hizo salir lo peor de muchos de aquellos estudiantes, transformando a unos en autores de maldades y a otros en víctimas patológicas; pero ese Sistema de dominación aún me transformó más a mí. Ellos eran unos chavales, unos jóvenes sin mucha experiencia. Pero yo era un investigador veterano, una persona adulta con experiencia de la vida que aún conservaba la visión de aquel niño del Bronx para evaluar situaciones y buscar la manera de sobrevivir en el gueto.

No obstante, en esa primera semana me fui transformando poco a poco en la Autoridad de la Prisión. Andaba y hablaba como si lo fuera. Todos los que me rodeaban me trataban como si lo fuera. En consecuencia, me acabé *convirtiendo* en ella. Toda mi vida me he opuesto al concepto mismo de la figura de autoridad: el hombre dominante, autoritario, con un estatus elevado. Y ahí estaba yo encarnando esa abstracción. Podía aligerar mi conciencia pensando que una de mis principales actividades como director era impedir que los carceleros con exceso de celo llegaran a la violencia física. Pero lo único que conseguía con ello era que encauzaran sus energías hacia unos maltratos psicológicos cada vez más ingeniosos con los que atormentar a los reclusos.

Sin duda fue un error desempeñar los dos papeles, el de investigador y el de director, porque sus metas diferentes, y en ocasiones opuestas, acabaron alterando mi identidad. Al mismo tiempo, era ese doble papel lo que me daba poder, un poder que, a su vez, influía en las muchas personas ajenas a la situación que entraban en ella sin cuestionar el Sistema: padres, amigos, colegas, policías, sacerdotes, medios de comunicación, abogados. Es evidente que no nos damos cuenta del poder de las Situaciones para transformar nuestra forma de pensar, de sentir y de actuar cuando caemos bajo su influjo. La persona que se encuentra atrapada por el Sistema se deja llevar por la corriente, pensando que actúa de la manera que corresponde a ese lugar y ese momento.

Si nos colocaran en una Situación extraña, nueva y cruel en el seno de un Sistema poderoso, lo más probable es que no saliéramos siendo los mismos. No reconoceríamos nuestra vieja imagen si la viéramos en el espejo junto a la persona en la que nos hemos convertido. Todos queremos creer en nuestro poder interior, en nuestra capacidad de resistirnos a fuerzas situacionales como las que actuaron en la prisión de Stanford. Pero hay pocas personas así. Constituyen una minoría y más adelante dedicaré un capítulo a su heroicidad. Para la mayoría, esta creencia en el poder personal para hacer frente al poder de las fuerzas situacionales y sistémicas es poco más que una ilusión de invulnerabilidad. Lo paradójico es que mantener esa ilusión nos hace aún *más* vulnerables a la manipulación, hace que no prestemos suficiente atención a las influencias negativas y sutiles que nos rodean.

Entrevistas y puesta en común

Era evidente que debíamos destinar a diversos fines la sesión breve pero vital dedicada a las entrevistas. En primer lugar, era necesario que todos los participantes pudieran expresar sin trabas sus emociones y sus reacciones ante esta experiencia insólita en un contexto que no les intimidara.[6] Después, era importante dejar claro a los reclusos y a los carceleros que cualquier conducta extrema que hubieran manifestado era un síntoma del poder de la situación, no un síntoma de una patología personal. Tenía que recordarles que todos habían sido elegidos precisamente porque eran personas normales y sanas. No habían traído ningún defecto o fallo personal al contexto de la prisión; había sido el contexto lo que había hecho salir las facetas más extremas que habíamos presenciado. Ellos no eran unas «manzanas podridas»; al contrario, había sido el «cesto podrido» de la prisión de Stanford el causante de las vívidas transformaciones que habían sufrido. Por último, era fundamental aprovechar la oportunidad para llevar a cabo una especie de reeducación moral. Las entrevistas y la posterior puesta en común ofrecían un medio para examinar las opciones morales que cada participante había tenido a su disposición y lo que había hecho con ellas. Hablamos de lo que podrían haber hecho los carceleros para no maltratar a

los reclusos y de lo que podrían haber hecho los reclusos para evitar los maltratos. Les dejé muy claro que me sentía personalmente responsable de no haber intervenido en muchos momentos del estudio, cuando los maltratos eran excesivos. Había vedado las agresiones físicas, pero no había actuado para modificar o detener otras formas de humillación cuando debería haberlo hecho. Era culpable del pecado de omisión, de la maldad de la inacción, de no haber actuado cuando tenía que hacerlo.

Los reclusos se desahogan

Los reclusos manifestaban una curiosa mezcla de alivio y de resentimiento. Todos se alegraban de que la pesadilla hubiera terminado. Los que habían aguantado toda la semana no se ufanaban de su hazaña ante los compañeros que habían salido antes. Sabían que a veces habían actuado como zombis al obedecer sin rechistar órdenes absurdas, al avenirse a cantar contra el recluso Stewart-819, al realizar actos hostiles contra Clay-416 y al ridiculizar a Tom-2093, el «chusquero», el recluso con unos principios morales más sólidos. Los cinco reclusos liberados antes que los demás no mostraban ninguna señal negativa por la sobrecarga emocional que habían sufrido. En parte, esto se debía a que tenían un nivel básico de estabilidad y normalidad al que volver, y en parte a que el origen de su sufrimiento era aquel contexto tan atípico, la cárcel del sótano y sus extraños sucesos. Haberse deshecho de su uniforme y de los otros atuendos de la prisión también les había ayudado a distanciarse de la situación. Para los reclusos, lo más importante era hacer frente a la vergüenza inherente al papel sumiso que habían desempeñado. Necesitaban recuperar la sensación de dignidad personal, superar aquella situación de sumisión que les había sido impuesta desde fuera.

Doug-8612, el primero en ser detenido y el primero en salir en libertad por su crisis emocional, seguía estando muy furioso conmigo por haber creado una situación que le había hecho perder el control de su conducta y de su mente. Al final resulta que, efectivamente, había pensado en asaltar la prisión con sus amigos para sacar a los reclusos y había vuelto a Jordan Hall el día después de salir libre para preparar el asalto. Por fortuna, se

acabó echando atrás por varias razones. Le hizo gracia que nos hubiéramos tomado tan en serio aquel rumor y aún le hizo más gracia enterarse de todo lo que hicimos —sobre todo yo— para proteger nuestra institución.

Como era de esperar, los reclusos de quejaron mucho de los carceleros y les echaban en cara que se extralimitaran tanto en el desempeño de sus funciones, que los maltrataran con tanto sadismo y que se ensañaran con algunos reclusos. Los que más reproches recibieron fueron Hellmann, Arnett y Burdan; después iban Varnish y Ceros, cuya «maldad» no había sido tan constante.

También quisieron destacar a los carceleros que habían sido «buenos» con ellos, que les habían hecho favores o no se habían metido en su papel hasta el extremo de olvidar que los reclusos eran seres humanos. En esta categoría, los destacados eran Geoff Landry y Markus. Geoff les había hecho pequeños favores, no había participado en los maltratos cometidos por sus compañeros del turno de tarde y hasta había dejado de ponerse las gafas de espejo y la camisa militar. Más adelante, Geoff nos confesó que había llegado a pensar en hacer de recluso porque no quería formar parte de aquel sistema tan opresor.

Markus no estaba tan «conectado» con el sufrimiento de los reclusos, pero nos enteramos de que, al principio, había traído fruta fresca para complementar su pobre dieta. Cuando el subdirector le había reprendido por no meterse en su papel lo suficiente, Markus, que se había mantenido al margen durante la rebelión de los presos, empezó a gritarles y redactó informes desfavorables para impedir su puesta en libertad. Por cierto, Markus tiene una caligrafía muy buena y presumía de ella en esos informes a la junta. Le encanta la vida al aire libre, sale de acampada con frecuencia y practica yoga; en consecuencia, no le gustaba nada sentirse enjaulado en nuestra mazmorra.

Entre los carceleros «malos» y los «buenos» estaban los que, simplemente, habían «cumplido»: se habían limitado a hacer su trabajo y desempeñar su papel, y habían castigado las infracciones, pero raras veces maltrataron personalmente a ningún recluso. En este grupo encontramos a Varnish, a los guardias sustitutos Morison y Peters y, en ocasiones, al pequeño de los Landry. Puede que el distanciamiento inicial de Varnish en

relación con lo que sucedía en el patio se debiera, en parte, a su timidez, un rasgo que ya nos había dado a conocer durante la preselección al decirnos que tenía «muy pocas amistades íntimas».

John Landry había desempeñado su papel de carcelero de una manera irregular: a veces secundaba a Arnett con dureza y era el que había atacado a los reclusos con el extintor. Pero en otras ocasiones se limitaba a cumplir y la mayoría de los reclusos decían que les caía bien. John, un chico de dieciocho años de edad pero bastante maduro, con muy buena planta y de facciones duras, aspiraba a ser novelista, a vivir en una playa de California y a salir con muchas chicas.

Una forma de pasividad que había caracterizado a los «carceleros buenos» era su escasa voluntad de poner coto a los abusos de los «carceleros malos» de su turno. Por lo que sabemos, además de no haberse encarado nunca con ellos cuando estaban en el patio, Geoff Landry y Markus tampoco lo hicieron en privado, cuando estaban en la sala de oficiales. Más tarde examinaremos si el hecho de que no intervinieran ante aquellos maltratos es un caso de «maldad por inacción».

Uno de los reclusos más rebeldes, Paul-5704, nos contó su reacción al saber que el experimento había llegado a su fin:

> Cuando nos dijeron que el experimento había terminado sentí una oleada de alivio y de melancolía. El final del estudio me llenaba de alegría, aunque habría preferido que durara las dos semanas. El dinero era la única razón de que me hubiera apuntado. De todos modos, la alegría de poder salir pudo más y no dejé de sonreír de oreja a oreja hasta que llegué a Berkeley. Sin embargo, cuando llevaba unas horas allí ya me había olvidado de todo y no hablaba de ello con nadie.[7]

Recordemos que Paul era el recluso que se enorgullecía de presidir la comisión de quejas de los internos y que tenía pensado publicar un artículo en revistas *underground* de Berkeley para revelar que el objetivo de este estudio subvencionado por el Gobierno era hallar formas de doblegar a los estudiantes disidentes. Se olvidó por completo de este plan y nunca lo llevó a cabo.

Los carceleros se disgustan

En la segunda ronda de entrevistas la reacción colectiva de los carceleros fue muy distinta. Aunque algunos de ellos, los «carceleros buenos», también se alegraron de que aquel suplicio terminara, a la mayoría les sentó mal este final imprevisto, sobre todo a causa del dinero que tenían pensado ganar por otra semana de trabajo, y más ahora que tenían la situación totalmente bajo control (ya no parecían recordar el problema que planteaba Clay-416 con su huelga de hambre y el hecho de que el chusquero hubiera ganado la partida moral en sus enfrentamientos con Hellmann). Algunos se disculparon con toda franqueza por haber ido demasiado lejos, por haber disfrutado tanto con su poder. Otros justificaban lo que habían hecho y consideraban que sus actos habían sido necesarios para cumplir con lo que se les había encomendado. Mi principal problema con los carceleros fue ayudarlos a reconocer que deberían sentir algo de culpa porque, por mucho que hubieran cumplido con lo que se les pedía, habían hecho sufrir a otras personas. También les dejé clara mi culpabilidad porque no intervine con más frecuencia y, de este modo, les había autorizado implícitamente a actuar como habían actuado. Si les hubiera supervisado como debía, habría evitado aquellos maltratos.

Para la mayoría de los carceleros, la imagen que tenían de los reclusos cambió tras la rebelión del segundo día: de repente les parecieron «peligrosos» y creyeron que había que someterlos con dureza. También les habían ofendido los insultos y los comentarios personales de algunos reclusos durante la rebelión: se sintieron humillados y les pagaron con la misma moneda.

Un momento difícil de esta entrevista fue pedir a los carceleros que explicaran por qué habían actuado así pero sin dar la impresión de que aceptaba sus justificaciones por su comportamiento abusivo, cruel e incluso sádico. Para ellos, el final del experimento también significaba dejar de disfrutar del nuevo poder que habían tenido como carceleros. Como dijo el oficial Burdan en su diario: «Cuando Phil me ha dicho que el estudio iba a terminar me he alegrado mucho, pero me ha sorprendido ver que otros guardias estaban decepcionados, y no sólo porque perdían dinero, sino también porque se lo estaban pasando muy bien».[8]

Puesta en común

La sala del laboratorio se llenó de risas nerviosas cuando hicimos entrar a los reclusos para que se vieran cara a cara con sus carceleros. Sin uniformes, ni números, ni otros distintivos, todos parecían iguales y hasta a mí me costaba distinguirlos tras haberme acostumbrado a verlos con su atuendo carcelario. (Recordemos que en 1971 había pelo por todas partes: la mayoría de los estudiantes de los dos grupos llevaban el pelo hasta los hombros y unas patillas muy largas; algunos también lucían un buen mostacho.)

Como dijo uno de los reclusos, esta reunión conjunta fue «fría y educada» en contraste con la entrevista relajada y cordial que habíamos mantenido con los reclusos. Mientras unos y otros se estudiaban, un recluso preguntó si algunos estudiantes preseleccionados habían sido elegidos para que hicieran de carceleros por ser más altos. Jerry-5486 dijo: «Durante todo el estudio he tenido la sensación de que los carceleros eran más altos que los reclusos y me preguntaba si su estatura media es superior. No sé si es eso o si los uniformes me han dado esa impresión». Antes de responderle, pedí a los dos grupos que formaran una fila por orden de estatura, del más alto al más bajo. Las alturas de los dos grupos eran prácticamente iguales. Sin embargo, quedó claro que los reclusos habían acabado pensando que los guardias eran más altos de lo que eran, como si su poder les hubiera hecho crecer dos dedos más.

Aunque me esperaba algún enfrentamiento entre algunos de los reclusos maltratados y los carceleros que los habían maltratado, no sucedió nada, quizá porque un enfrentamiento personal habría sido muy embarazoso frente a más de veinte personas. Sin embargo, es probable que algunos reclusos tuvieran que reprimir conscientemente lo que quedara de las fuertes emociones que habían sentido ahora que la estructura de poder se había desmantelado. Además, algunos carceleros se disculparon con sinceridad por haberse metido tanto en su papel y habérselo tomado demasiado en serio. Estas disculpas aliviaron la tensión, pero dejaron más en evidencia a los carceleros que no se disculparon, como Hellmann.

En esta puesta en común, uno de los carceleros más duros, Arnett, que estudiaba un posgrado de sociología, dijo que había dos cosas que le habían impresionado:

> Una ha sido la observación que ha hecho Zimbardo sobre la inmersión de los «reclusos» en su papel de internos [...] que se manifestaba en el hecho de que siguieran en la prisión aunque se les dijera que podían salir [en libertad] si renunciaban a cobrar. La otra cosa que me ha impresionado es que, en esta reunión, los anteriores «reclusos» parecen no dar crédito a que «John Wayne» y yo, y puede que otros carceleros (aunque creo que nosotros dos somos los peor vistos) nos hemos limitado a cumplir nuestro papel. Algunos «reclusos», o puede que muchos, parecen creer que somos personas realmente sádicas o autoritarias y que si decimos que actuábamos es para ocultarles a ellos, a nosotros mismos, o a todos, la verdadera naturaleza de nuestra conducta. Por lo menos en mi caso, puedo decir con toda seguridad que *no* es así.[9]

Desde un punto de vista psicológico les comenté la falta de humor en nuestra prisión y la incapacidad de utilizar el humor para aliviar la tensión o aportar algo de realidad a esa situación tan irreal. Por ejemplo, los carceleros que no estaban de acuerdo con la conducta extrema de sus compañeros de turno podrían haber hecho alguna broma en privado a su costa, diciéndoles, por ejemplo, que deberían pedir paga doble por sobreactuar tanto. O los reclusos mismos podrían haber echado mano del humor para distanciarse un poco de la prisión irreal de aquel sótano preguntando a los carceleros qué había en ese lugar antes de convertirse en prisión: ¿una pocilga? ¿Quizás un colegio mayor? El humor puede vencer los corsés de la persona y del lugar. Pero en toda la semana no hubo ni una muestra de humor en aquel lugar tan triste.

Antes de dar por terminada la reunión les pedí que procuraran realizar la evaluación final de la experiencia por la que habían pasado y que rellenaran otros formularios que les iba a facilitar Curt Banks. También les invité a escribir un breve diario con los sucesos que más recordaran durante el mes siguiente. Los que lo hicieran cobrarían una pequeña suma adicional. Por último, todos serían invitados a volver al cabo de unas semanas para celebrar una reunión dedicada a revisar los datos que habíamos reunido. También les pasaríamos diapositivas y algunos fragmentos de vídeo.

Debo añadir que mantuve el contacto con muchos de los participantes durante varios años, casi siempre por carta, y sobre todo cuando había alguna publicación o algún programa que hablara del estudio. Algunos de

ellos han participado en diversos programas de televisión que se han dedicado al estudio durante todos estos años. Más adelante examinaremos las repercusiones que esta experiencia ha tenido en ellos.

El significado de ser recluso o carcelero

Antes de pasar al siguiente capítulo para examinar algunos datos objetivos que reunimos durante los seis días del estudio y reflexionar sobre las serias cuestiones éticas que planteó el experimento, creo conveniente presentar una breve selección de las impresiones de algunos participantes.

Hacer de recluso

Clay-416: «El buen preso es el que sabe unirse estratégicamente a otros presos sin quedar él mismo fuera de juego. Mi compañero de celda, Jerry [5486], es un buen preso. Siempre habrá unos presos que luchen por salir y otros que no lo hagan. Los que no lo hagan en un momento dado deberían proteger sus intereses sin ser un obstáculo para los que luchan. El mal preso es el que no puede hacerlo y sólo va a la suya».[10]

Jerry-5486: «Lo que observé con más claridad en este estudio fue que la mayoría de los participantes obtenían su sensación de identidad y de bienestar de su entorno más inmediato, no de su propio interior, y éstos fueron los que se vinieron abajo porque no pudieron soportar la presión: en su interior no había nada que les permitiera hacer frente a todo aquello».[11]

Paul-5704: «Tener que rebajarnos de aquella manera es lo que me acabó hundiendo y creo que por eso éramos tan dóciles hacia el final del experimento. Dejé de ser un contestatario porque veía que mi actitud y mi conducta no cambiaban nada. Cuando Stew y Rich [819 y 1037] se fueron, vi claramente que yo solo no podía cambiar todo lo que había que cambiar [...] ésa es otra razón de que me calmara después de que se fueran, porque para lograr lo que quería necesitaba que otros colaboraran conmigo. Intenté hablar con los demás para hacer una huelga o algo parecido, pero no quisieron saber nada por el castigo que habían recibido la primera vez».[12]

Oficial Arnett: «Me quedé muy impresionado y sorprendido por las reacciones de la mayoría de los internos ante la situación experimental [...] sobre todo los que se derrumbaron y los que seguramente se habrían acabado derrumbando si el experimento no hubiera terminado antes de tiempo».[13]

Doug-8612: «Las condiciones de la prisión, como los carceleros, las celdas y todo lo demás, no me importaban, y tampoco me molestaba estar desnudo o encadenado. Lo peor fue lo del coco, la parte psicológica. Saber que no podía irme cuando quisiera... no poder ir al baño cuando quería... Lo que te destrozaba era no poder elegir».[14]

El recluso suplente Dave «8612», nuestro espía, que sabía que sólo iba a estar en la prisión un día para enterarse de los planes de fuga, nos cuenta la rapidez y la fuerza con que se puede meter una persona en el papel de recluso: «Los roles se habían apoderado de todo el mundo, desde el preso más humilde hasta el subdirector». Él mismo se identificó de inmediato con los reclusos y, en un solo día, su falso encarcelamiento tuvo un impacto enorme en él:

> A veces me sentía culpable por haber entrado allí para chivarme de aquellos tíos tan majos, y me quedé bastante aliviado cuando vi que no había nada que contar [...] Cuando tuve oportunidad de chivarme —porque me enteré de dónde habían escondido la llave de las esposas — no dije nada [...] Aquella noche me dormí sintiéndome avergonzado, culpable, asustado. Cuando nos llevaron al trastero de arriba (en previsión del supuesto asalto) me había quitado la cadena del tobillo y pensé muy en serio en fugarme (yo solo, debo añadir), pero no lo hice por miedo a que me pillaran [...] La experiencia de ser un recluso todo un día me había causado la angustia suficiente para no acercarme a la prisión el resto de la semana. Y cuando regresé para las entrevistas finales aún no lo había superado: no comía bien, sentía náuseas constantemente y no recuerdo haber estado nunca más nervioso. Aquella experiencia me afectó tanto que fui incapaz de hablar de ella con nadie, ni siquiera con mi mujer.[15]

Más tarde supimos que un recluso había hurtado la llave de las esposas a uno de los carceleros. Después del traslado de todos los reclusos al trastero de la quinta planta el miércoles por la noche, los reclusos fueron devueltos al patio hacia las doce y media de la madrugada y dos de ellos habían sido esposados juntos para que no escaparan. Al no tener las llaves para abrir las esposas tuve que llamar a la policía del campus para que se las

quitaran, algo que me dio bastante vergüenza, por no decir más. Uno de los reclusos había echado la llave por un conducto de ventilación. David lo sabía pero no se lo dijo a nadie del personal.

El poder de los carceleros

Oficial Geoff Landry: «Lo que te creas tú mismo es casi como una prisión: te metes tanto en ello que prácticamente se convierte en una manera de definirte, se convierte en un muro, y quieres escaparte, y poder decirle a todo el mundo que ése no eres tú, que eres una persona que se quiere ir, demostrar que eres libre y que tienes tu propia voluntad, que no eres un sádico que disfruta con todo aquello».[16]

Oficial Varnish: «Esta experiencia ha sido muy valiosa para mí, mucho. La idea de que dos grupos de estudiantes prácticamente idénticos hayan cambiado en sólo una semana hasta formar dos grupos sociales totalmente diferentes, con un grupo que posee y aplica un poder total en perjuicio del otro grupo, es algo escalofriante.

»Mi propia actuación me sorprendió [...] Hacía que se insultaran unos a otros, les hacía limpiar los retretes con las manos. Prácticamente llegué a ver a los internos como si fueran "ganado" y no dejaba de pensar: "No debo quitarles el ojo de encima por si están tramando algo"».[17]

Oficial Vandy: «Para mí, el hecho de disfrutar acosando y castigando a los internos era del todo antinatural porque tiendo a verme como alguien compasivo con quienes sufren, sobre todo con los animales. Creo que empecé a abusar de mi autoridad como consecuencia de mi total libertad para mandar sobre ellos».[18]

(En su diario, el subdirector Jaffe nos revela una secuela interesante de este nuevo poder de los carceleros. Vandy dijo una vez a sus compañeros de turno que «sin darme cuenta, me encontré dándole órdenes a mi madre en casa».)

Oficial Arnett: «Hacerme el duro me fue fácil. En primer lugar, soy una persona autoritaria en ciertos aspectos (aunque es un rasgo que me disgusta tanto en mí como en los demás). Además, consideraba que el experimento era importante y que el hecho de actuar "como un carcelero"

formaba parte de averiguar cómo reacciona la gente ante la verdadera opresión [...] La principal influencia en mi conducta fue la impresión, bastante vaga, de que la brutalidad de las prisiones de verdad reside en su deshumanización. Intenté atenerme a ello dentro de los límites de mi objetividad [...] Primero procuré evitar cualquier trato personal o amable [...] Intenté ser neutral y eficiente. Además, por lo que he podido leer, el aburrimiento y otros aspectos de la vida en prisión se pueden aprovechar para hacer que la gente se sienta desorientada. Para ello actúas de una manera impersonal, ordenas realizar trabajos aburridos, castigas a todos los reclusos cuando hay alguno que se porta mal, les exiges que hagan a la perfección cosas totalmente triviales en las horas de ejercicio. Soy consciente del poder que poseen quienes controlan un entorno social y he intentado agudizar la alienación de los reclusos aplicando estas técnicas. Pero lo he hecho con mesura porque no quiero ser cruel».[19]

Carceleros buenos y malos

Paul-5704: «John y Geoff [Landry] me caían muy bien. No llegaron a meterse tanto en el papel de carceleros como los demás. Nunca dejaron de ser seres humanos, ni siquiera al castigar a alguien. En general, me sorprendía que los carceleros llegaran a meterse tanto en su papel pudiendo ir a casa cada día o cada noche».[20]

Oficial John Landry: «Cuando hablé con los reclusos me dijeron que había sido un "carcelero bueno" y me dieron las gracias por haber sido así. Pero en mi interior sabía que eso era una gilipollez. Curt [Banks] me miró y me di cuenta de que él también lo sabía. También era consciente de que, aunque me había portado bien con los reclusos, me había traicionado a mí mismo. Permití que toda aquella crueldad sucediera sin hacer nada salvo sentirme culpable y ser un buen tío. Francamente, no pensaba que pudiera hacer nada. Pero es que ni siquiera lo intenté. Hacía lo que hace la mayoría. Me quedaba sentado en nuestro cuarto intentando olvidarme de los reclusos».[21]

En una entrevista que grabamos al final del estudio con uno de los carceleros que los reclusos consideraban más justo y comedido, Geoff Landry, el hermano mayor de John Landry, vimos un testimonio aún más sorprendente del poder y el impacto de esta experiencia. Geoff nos dijo que le había pasado por la cabeza cambiar de papel.

Oficial Geoff Landry: «Aquella experiencia se convirtió en algo más que participar en un experimento. En otras palabras, puede que aquello fuera un experimento, pero los resultados y los productos eran demasiado reales. Cuando un interno te mira con los ojos vidriosos y farfulla algo que no se entiende, empiezas a esperar lo peor. Temes que acabe pasando lo peor. Sabes que la menor señal de angustia, de que se viene abajo, puede ser el principio de lo peor. Concretando más, la experiencia se convirtió en algo más que un experimento cuando 1037 empezó a actuar como si estuviera al borde de una crisis nerviosa. En aquel momento sentí miedo y aprensión y pensé en dejarlo. Y también me pasó por la cabeza pedir que me convirtieran en un recluso. No quería formar parte de aquella maquinaria que aplastaba a otras personas, que las obligaba a obedecer y las acosaba sin cesar. En el fondo, deseaba ser el acosado antes que el acosador».[22]

En este contexto es interesante recordar que el mismo miércoles por la noche el oficial Geoff Landry dio parte al subdirector diciendo que se había quitado la camisa porque le iba muy apretada y le irritaba la piel. Estaba claro que este problema era más mental que otra cosa, porque él mismo la había elegido y se la había probado antes de empezar y la había llevado puesta cuatro días sin quejarse. Al final conseguimos otra más grande, pero se la puso a regañadientes. También se quitaba constantemente las gafas de espejo y decía que no recordaba dónde las había dejado cuando el personal le preguntaba por qué no se atenía al protocolo establecido para los carceleros.

Oficial Ceros: «El experimento ese de los cojones ya me tenía más que harto. En cuanto se acabó me largué. Para mí era demasiado real».[23]

La furia silente del oficial Sadismo

Doug-8612, en una entrevista que hizo más tarde para una película sobre nuestro estudio hecha por unos estudiantes, comparaba con elocuencia el experimento de la prisión de Stanford con las prisiones de verdad que había llegado a conocer trabajando como funcionario en una prisión de California:

«La prisión de Stanford era una situación carcelaria muy benigna y, aun así, transformó a los carceleros en unos sádicos y a los reclusos en unos histéricos, ¡hasta le produjo una urticaria a uno! Teníamos una situación benigna pero no funcionó. Generó todo lo que genera una prisión de verdad. El papel de carcelero genera sadismo. El papel de recluso genera confusión y vergüenza. Carcelero lo puede ser cualquiera. Pero lo difícil es estar en guardia contra el impulso de caer en el sadismo. Es una *furia silente*, una malevolencia que puedes contener pero que no tiene por dónde salir; al final sale de refilón en forma de sadismo. Creo que como recluso tienes más control. Todo el mundo debería [pasar por la experiencia de] ser un recluso. En la prisión he conocido a reclusos con una dignidad excepcional, que no desprecian a los guardias, que siempre les tienen respeto, que no generan en ellos ese impulso sádico, que son capaces de superar la vergüenza de su situación. Saben conservar la dignidad».[24]

La naturaleza de las prisiones

Clay-416: «Los carceleros son tan prisioneros como los presos. Se encargan del bloque de celdas, pero detrás tienen una puerta cerrada que no pueden abrir; estamos todos juntos y lo que se crea allí dentro lo creamos todos juntos. Los presos no tienen una sociedad propia, pero los carceleros tampoco. Son una sola cosa, y es una cosa horrible».[25]

Oficial Ceros: «[Cuando un recluso reaccionó] con violencia tuve que defenderme, pero no como persona, sino como carcelero. Era al carcelero a quien odiaba, no a mí. Reaccionaba contra el uniforme [...] No me quedó otra opción que defenderme como carcelero. [Me sorprendió darme cuenta] [...] de que estaba tan preso como ellos. Esta idea surgió como reacción a sus sentimientos [...] Todos estábamos atrapados en aquella situación tan opresiva, pero nosotros, los carceleros, teníamos la ilusión de ser libres [...]

Todos entramos como esclavos del dinero. Los reclusos se convirtieron muy pronto en esclavos nuestros [...]».[26] Como dice Bob Dylan en su canción «George Jackson», a veces el mundo parece un gran patio de prisión:

> Algunos somos presos,
> Y los demás carceleros.

La transformación del carácter en seis días

Al repasar algunas de las afirmaciones hechas antes de que empezara el experimento y al examinar nuestros diversos registros diarios, podemos observar unas transiciones muy importantes en la mentalidad de los carceleros. Podemos ver un ejemplo en las palabras del oficial Chuck Burdan antes, durante y después de esta experiencia.

Antes del experimento: «Como soy una persona pacífica no puedo imaginarme haciendo de carcelero y/o maltratando a otras personas. Espero que me elijan como recluso. Al ser una persona contraria al sistema que rechaza de una manera activa el *establishment* político y social, existe la posibilidad de que algún día acabe preso y tengo curiosidad por saber cómo me las arreglaría en esa situación».

Después de la reunión de orientación para los carceleros: «Comprar los uniformes al final de la reunión confirma la atmósfera de juego que tiene todo esto. Dudo que muchos de nosotros actuemos con la "seriedad" que parecen desear los experimentadores. Me siento más bien aliviado por ser sólo suplente».

Primer día: «Mi principal temor al principio del experimento era que los internos me vieran como un cabrón de verdad, como uno de esos carceleros, como todas esas cosas que no soy y que no puedo ni imaginarme ser [...] Una de las razones de que lleve el pelo largo es que no quiero que la gente me vea como no soy [...] Como estoy seguro de que los reclusos se burlarán de mi aspecto voy a poner en marcha mi primera estrategia básica: procurar no sonreír por nada que puedan hacer o decir, porque sería como admitir que todo esto no es más que un juego. Me quedo fuera de la jaula (Hellmann y ese guardia alto y rubio sirven la cena y parecen bastante más metidos en su papel que yo). Me preparo para entrar, me pongo bien las

gafas de espejo, cojo la porra —que da cierta sensación de poder y seguridad— y entro. Pongo cara de pocos amigos, decidido a mantenerla así oiga lo que oiga. Me paro frente a la celda 3 y con un tono de voz bajo y fuerte le digo al número 5486: "¿Y tú de qué te ríes?". "De nada, señor oficial de prisiones." "Pues procura que no te vuelva a pillar riendo", y me voy, sintiéndome como un idiota».

Segundo día: «Al salir del coche, de repente siento que me gusta que la gente me vea con el uniforme. "Eh, mirad qué chulo voy" [...] El número 5704 me pide un cigarrillo y no le hago caso porque yo no fumo y no me da ninguna pena [...] Mientras, veo que 1037 empieza a caerme bien y decido NO dirigirle la palabra. Más tarde, le encuentro el gusto a golpear las paredes, las sillas y los barrotes [con la porra] para demostrar mi poder [...] Después del recuento y de apagar las luces [el oficial Hellmann] y yo hemos conversado en voz muy alta diciendo que iríamos a ver a nuestras chicas y explicando lo que íbamos a hacer con ellas (para jorobar a los internos)».

Tercer día (preparativos de la primera noche de visita): «Después de advertir a los internos de que no queremos oír ni una queja si no quieren que las visitas se acaben antes de hora, hacemos entrar a los primeros padres. He procurado ser uno de los oficiales presentes en el patio porque ésta era la primera oportunidad de ejercer el poder manipulador que más me gusta: ser una figura que se hace notar, con un control casi total sobre lo que se dice o se deja de decir. Mientras los padres y los internos se sientan en unas sillas, yo me siento sobre el extremo de la mesa con los pies colgando y contradiciendo todo lo que me viene en gana. Es el primer momento del experimento en el que he disfrutado de verdad. El recluso 819 está muy cabrón y habrá que vigilarle [...] [Hellmann] me provoca admiración y disgusto al mismo tiempo. Como carcelero (actor) es fantástico, ha captado muy bien el sadismo de todo esto, pero al mismo tiempo me disgusta».

Cuarto día: «El psicólogo [Craig Haney] me regaña por haber esposado y vendado los ojos a un interno antes de salir de su despacho y yo le respondo enfadado que es una medida de seguridad necesaria y que, de todos modos, es cosa mía [...] En casa cada vez me cuesta más describir la realidad de la situación».

Quinto día: «Me meto otra vez con el chusquero, que sigue obedeciendo de una manera exagerada todas las órdenes que le damos. Le he separado de los demás para pasarme con él, porque se lo está buscando y porque simplemente no me cae bien. Los problemas de verdad empiezan durante la cena. El interno nuevo [416] se niega a comerse las salchichas. Lo metemos en el hoyo y le ordenamos que sujete una salchicha en cada mano. Tenemos una crisis de autoridad; esta conducta rebelde puede socavar el control total que tenemos sobre los demás. Decidimos atacar la solidaridad de los internos y le decimos al nuevo que los demás no tendrán visitas si no se come las salchichas. Me acerco al hoyo y le doy un porrazo a la puerta [...] Estoy muy enfadado con él porque causa molestias y problemas a los demás. He decidido obligarle a comer, pero no ha habido manera. He dejado que la comida le resbalara por la cara. No me creía capaz de hacer algo así. Estaba muy disgustado conmigo mismo por haberle forzado a comer. Pero estaba más disgustado con él porque no comía».

Sexto Día: «El experimento se acaba. Me he alegrado mucho, pero me ha sorprendido ver que otros guardias estaban decepcionados, y no sólo porque perdían dinero, sino también porque se lo estaban pasando muy bien [...] Hablar durante la sesión de "desintoxicación" ha sido muy difícil; había mucha tensión y mucha incomodidad. Me monto en mi bicicleta y me voy a casa paseando bajo el sol. Aquí fuera se está de puta madre».

Semanas más tarde: «No he sido plenamente consciente de la crueldad de aquel suceso (la decisión de Hellmann de dejar a 416 dentro del hoyo toda la noche) hasta que han pasado unas semanas. Estoy seguro de que, además de otras cosas, a Phil [Zimbardo] aquello le debió de afectar mucho [porque decidió poner fin al estudio].[27]

En el apartado de «otras anécdotas» del diario del subdirector Jaffe podemos ver la curiosa transformación del carácter de alguien que sólo había tenido que ver con el estudio de una manera muy indirecta. Recordemos a mi colega, el psicólogo que me preguntó: «¿Cuál es la variable independiente?», cuando lo único que quería yo era evitar el supuesto asalto a la prisión haciendo ver que el experimento había terminado.

Según las notas de Jaffe, «el doctor B. vino de visita el martes por la noche, cuando los reclusos habían sido trasladados al trastero de la quinta planta. Él y su esposa subieron a verlos. La señora B. les trajo unas pastas y el doctor B. hizo al menos dos comentarios burlándose de los reclusos, uno sobre su manera de vestir y otro sobre el hedor de aquel lugar. Esta pauta de "meter cuchara" se pudo observar prácticamente en todos los visitantes».

Mientras su esposa daba a los reclusos un poco de «té y simpatía», mi colega, que suele ser un hombre reservado, trató a los estudiantes de una manera deshumanizadora que, con toda seguridad, les hizo pasar mucha vergüenza.

Los «pequeños experimentos» de Hellmann[28]

Para hacernos una idea de cómo era Hellmann antes de convertirse en carcelero, echaremos un vistazo a los datos personales que nos dio una semana antes de que empezara el estudio. Me sorprendió saber que tenía dieciocho años y que era unos de los participantes más jóvenes. Otro carcelero, Arnett, era el mayor. Hellmann venía de una familia con estudios de clase media y era el menor de cuatro hijas y dos hijos. Con su metro ochenta y siete, sus ochenta kilos de peso, sus ojos de color verde y su pelo rubio, tenía una estampa imponente. Se nos presentó como un músico que tenía «espíritu de científico». Según su descripción, «llevo una vida natural y me encanta la música, la comida y la gente». También añadía: «Siento el afecto más profundo por todos mis congéneres humanos».

En su respuesta a la pregunta «¿Qué es lo que más aprecia la gente de usted?», Hellmann responde con absoluta confianza: «Al principio la gente me admira por mi talento y mi carácter extrovertido. Pero pocos conocen mis verdaderas aptitudes en el ámbito de las relaciones humanas».

En su respuesta a la versión opuesta de la pregunta anterior, «¿Qué es lo que menos aprecia la gente de usted?», Hellmann nos revela su complejo carácter y nos ofrece un indicio de lo que podría hacer si se le diera un poder absoluto. Escribió: «Mi poca paciencia ante la estupidez, mi total desprecio por las personas cuyo estilo de vida no apruebo. Que me

aproveche de algunas personas, mi franqueza, mi confianza». Por último, añadamos a todo esto que Hellmann manifestó su preferencia por hacer de recluso en lugar de carcelero «porque a la gente le caen mal los carceleros».

Teniendo presentes estos datos, será instructivo conocer sus reflexiones después del experimento en torno a lo que él creía que había sido su papel.

Oficial Hellmann: «Sin ningún género de duda, fue más que un experimento. En mi papel de oficial de prisiones tuve la oportunidad de llevar hasta el límite la capacidad de aguante de la gente. No fue agradable, pero me vi obligado a hacerlo por la fascinación que me provocaba comprobar sus reacciones. En muchas ocasiones hacía experimentos por mi cuenta».[29]

«Lo mejor del experimento fue que yo parecía haber sido el catalizador de muchos resultados sorprendentes que captaron el interés de la televisión y de la prensa [...] Siento haber podido causar más problemas de los que querían ustedes, pero yo hacía mis propios experimentos.»[30]

«Lo peor del experimento fue que hubiera tanta gente que me tomara tan en serio y que acabara siendo mi enemiga. Mis palabras les afectaban y [los reclusos] parecieron perder de vista que sólo era un experimento.»[31]

Un mes después de que el estudio hubiera finalizado, Hellmann fue entrevistado junto con el recluso Clay-416, su archienemigo. Se reunieron para un reportaje de televisión sobre nuestro estudio que se iba a emitir en el programa de la NBC *Chronolog*, un precursor de *60 Minutes*. Su título era: «819 se portó mal».

Después de que Hellmann describiera su transformación en carcelero, Clay pasó a la ofensiva, finalmente capaz de hacer suyo el dicho popular de «donde las dan, las toman».

Hellmann: «Cuando te pones un uniforme y te dan un papel, quiero decir, un trabajo, y te dicen: "Tu trabajo es mantener a esas personas a raya", es evidente que no eres la misma persona que si llevaras ropa de calle y tuvieras un papel diferente. Te acabas convirtiendo en esa persona en cuanto te pones el uniforme caqui y las gafas, agarras la porra y te metes en tu papel. Ése es tu disfraz y, cuando te lo pones, tienes que actuar en consecuencia».

Clay: «Eso duele, me *hace daño,* y lo digo en presente, eso me hace daño».

Hellmann: «¿Qué es lo que te hace daño? ¿Pensar que la gente pueda ser así?».

Clay: «Claro. Pude ver con mis ojos algo que nunca había visto. Había leído mucho sobre ello. Pero nunca lo había visto. Nunca había visto a nadie cambiar así. Y sé que eres un *buen tío*, ¿sabes? ¿Me entiendes?».

Hellmann (Sonríe y niega con la cabeza): «Eso no lo sabes».

Clay: «Claro que lo sé; eres un buen tío. No tengo malos...».

Hellmann: «Entonces, ¿por qué *me odias*?».

Clay: «Porque sé en qué te puedes convertir. Sé de qué eres capaz cuando te dices a ti mismo: "Bueno, tampoco voy a hacer daño a nadie". "Total, es una situación controlada, y sólo serán dos semanas"».

Hellmann: «Pues imagina que estás tú en esa posición, ¿qué harías?».

Clay (pronunciando cada palabra lentamente y con mucha claridad): «No lo sé. No puedo decirte que sé lo que haría».

Hellmann: «Pues harías...».

Clay (interrumpiendo a Hellmann): «Ni hablar, no creo que pudiera tener tanta *inventiva* como tú. No creo que le pudiera echar tanta *imaginación*. ¿Entiendes?».

Hellmann: «Sí, pero...».

Clay (interrumpiéndole otra vez y pareciendo disfrutar de su nueva sensación de poder): «¡Creo que sólo habría sido un carcelero, no creo que lo llevara hasta ese nivel de *obra maestra*!».

Hellmann: «La verdad es que no veo que hiciera tanto daño. Degradante sí que era, pero eso formaba parte de mi pequeño experimento particular para ver cómo...».

Clay (con incredulidad): «¿Tu *pequeño experimento* particular? ¿Por qué no me explicas eso?».

Hellmann: «Pues nada, que hacía unos experimentos por mi cuenta».

Clay: «Cuenta un poco más, que siento curiosidad».

Hellmann: «Pues mira, quería ver cuánto maltrato verbal podía aguantar la gente antes de empezar a protestar, antes de empezar a plantar cara. Y me sorprendió que nadie me dijera "basta". Nadie me dijo: "Oye,

para ya de decirme todo eso, que te estás pasando de rosca". Nadie dijo nada y todo el mundo aceptaba lo que decía. Les decía: "Ve y dile a aquél que es una mierda pinchada en un palo", y lo hacían sin rechistar. Hacían flexiones sin rechistar, se quedaban en el hoyo, se insultaban unos a otros, y eso que, en principio, tendrían que estar muy unidos; pues no: ahí los tenías a todos insultándose porque yo se lo había dicho y sin que nadie pusiera en duda mi autoridad. Y la verdad es que me sorprendió mucho [tiene los ojos llorosos]. ¿Por qué nadie dijo nada cuando empecé a maltratar a la gente? Cada vez me pasaba más, pero nadie decía nada. ¿Por qué?».

Buena pregunta: ¿por qué?

CAPÍTULO 10

Significado y mensajes del EPS: la alquimia de la transformación del carácter

Todos somos cobayas del laboratorio divino...
La humanidad es una obra que está a medio hacer.

TENNESSEE WILLIAMS, *Camino Real* (1953)

El experimento de la prisión de Stanford empezó como una simple demostración de los efectos que puede tener una combinación de variables situacionales en la conducta de unas personas que hacían de reclusos y de carceleros en el entorno simulado de una prisión. El objetivo de este estudio preliminar no era comprobar alguna hipótesis concreta, sino evaluar la medida en que las características externas de un entorno institucional podían imponerse a la disposición interna de quienes vivían en ese entorno. Una disposición buena se enfrentaba a una situación malvada.

Sin embargo, con el tiempo, el EPS se ha convertido en un poderoso ejemplo del impacto potencialmente tóxico de la maldad de ciertos sistemas y situaciones para hacer que unas personas buenas se comporten de una manera patológica ajena a su forma de ser. La narración cronológica de este estudio, que he intentado reproducir aquí con la mayor fidelidad posible, revela de una manera muy vívida hasta qué punto esos jóvenes sanos y totalmente normales sucumbieron a las fuerzas de aquel contexto

conductual, igual que sucumbimos yo mismo y muchos otros adultos y profesionales que caímos bajo su influencia. La línea entre el Bien y el Mal, que antes parecía impermeable, ha demostrado ser muy difusa.

A continuación examinaremos otros datos que reunimos durante el estudio. También veremos datos cuantitativos que arrojan más luz sobre lo que sucedió en aquel oscuro sótano. Examinaremos los datos disponibles para extraer todos los significados que podamos de aquel experimento tan singular y estableceremos hasta qué punto el poder y la impotencia pueden transformar al ser humano. Tras esos significados hay muchos mensajes importantes sobre la naturaleza humana y sobre las condiciones que la pueden enriquecer o empobrecer.

UN RESUMEN ANTES DE ENTRAR EN DETALLES

Como hemos visto, aquel entorno carcelario tan convincente desde el punto de vista psicológico suscitó unas reacciones intensas, realistas y con frecuencia patológicas en muchos de los participantes. Nos sorprendió mucho la intensidad de la dominación de los carceleros y la rapidez con la que surgió tras la rebelión de los reclusos. Como en el caso de Doug-8612, también nos sorprendió ver que las presiones situacionales se acabaran imponiendo con tanta rapidez e intensidad a la mayoría de aquellos jóvenes normales y sanos.

El hecho de que sufrieran una pérdida de su identidad personal, de que su conducta se viera sometida a un control continuo y arbitrario, de que se les privara de sueño y de intimidad, generó en ellos un síndrome caracterizado por la pasividad, la dependencia y la depresión muy parecido al fenómeno conocido como «indefensión aprendida».[1] (La indefensión aprendida es el estado de resignación pasiva y depresión que surge tras unos fracasos o castigos continuos, sobre todo si estos fracasos y castigos parecen arbitrarios y no dependen de los propios actos.)

La mitad de los estudiantes que hicieron de reclusos tuvieron que ser liberados antes de hora por sufrir unos trastornos graves de carácter emocional y cognitivo que, aunque fueron pasajeros, tuvieron una gran intensidad. En general, la mayoría de los que continuaron desarrollaron una

obediencia ciega a las órdenes de los carceleros, y la abulia con que se sometían a su poder cada vez más caprichoso les daba el aspecto de unos «zombis».

Igual que hubo pocos «carceleros buenos», también hubo pocos reclusos capaces de plantar cara a su dominación. Como hemos visto, Clay-416, que debería haber recibido apoyo por su heroica resistencia pasiva, fue atacado por los otros reclusos por ser un «liante». Los reclusos hicieron suya la estrecha perspectiva disposicional de Clay que les dieron los carceleros, en lugar de generar su propia metaperspectiva de la huelga de hambre y verla como un acto emblemático que podía abrir el camino a una resistencia colectiva contra la obediencia ciega a la autoridad.

A veces, el chusquero también se comportó de una manera heroica, como cuando se negó a decir palabrotas o a insultar a otro recluso, pero el resto del tiempo fue un modelo de recluso obediente. Jerry-486 acabó siendo el recluso más equilibrado; sin embargo, y como él mismo señala en sus reflexiones personales, sólo pudo sobrevivir encerrándose en sí mismo, sin ayudar a otros reclusos que se podrían haber beneficiado de su apoyo.

Cuando empezamos el experimento teníamos una muestra de personas representativas de la población normal de jóvenes con estudios que no destacaban en ninguna de las dimensiones medidas. Los que fueron asignados al azar al grupo de los «reclusos» eran indistinguibles de los que fueron asignados al grupo de «carceleros». Ninguno presentaba antecedentes delictivos, problemas emocionales o físicos, o carencias intelectuales o sociales que permitieran distinguir a los reclusos de los carceleros o del resto de la sociedad.

Esta asignación aleatoria y los tests comparativos previos que realizamos me permiten afirmar que esos jóvenes no trajeron a nuestra prisión ninguna de las patologías que aparecieron después, cuando desempeñaron sus papeles de reclusos o carceleros. Al principio del estudio no había diferencias entre los dos grupos; menos de una semana más tarde, entre ellos no había ninguna similitud. En consecuencia, es razonable llegar a la conclusión de que esas patologías fueron causadas por el conjunto de fuerzas situacionales que actuaban constantemente sobre ellos en aquel entorno carcelario simulado. Además, aquella Situación estaba sancionada

y mantenida por un Sistema de base que yo mismo ayudé a crear. Lo hice por primera vez cuando les di a los futuros carceleros una orientación psicológica, y también más adelante, mediante la creación de métodos y políticas diversas que tanto yo como el resto del personal ayudamos a implementar.

Ni los carceleros ni los reclusos se podían calificar de «manzanas podridas» antes de que cayeran bajo el poderoso influjo del «cesto podrido» en el que los colocamos. Las características de ese cesto son las fuerzas situacionales que actuaron en aquel contexto conductual: los roles, las normas y las reglas, el anonimato de las personas y del lugar, los procesos deshumanizadores, las presiones para obtener conformidad, la identidad colectiva y tantas cosas más.

¿Qué aprendimos de nuestros datos?

Las observaciones que hicimos las veinticuatro horas del día de las interacciones entre los reclusos y los carceleros y de algunos acontecimientos especiales se complementaron con grabaciones en vídeo (hasta un total aproximado de doce horas), grabaciones con micrófonos ocultos (hasta un total de unas treinta horas), cuestionarios, tests individuales de personalidad y entrevistas diversas. Algunas de estas medidas se codificaron para realizar análisis cuantitativos y otras se correlacionaron con los resultados obtenidos.

Los análisis de los datos plantean varios problemas de interpretación: la muestra era relativamente pequeña y las grabaciones habían sido selectivas por las limitaciones de presupuesto y de personal y por la decisión estratégica de centrarnos en determinados sucesos de interés especial (como los recuentos, las comidas, las visitas y las comparecencias ante la junta de libertad condicional). Por otro lado, el sentido de la causalidad no queda claro por la interacción dinámica entre carceleros y reclusos dentro de cada turno y de un turno a otro. El análisis cuantitativo de los datos sobre la conducta individual está claramente contaminado por las interacciones complejas entre personas y grupos y por los efectos debidos al tiempo. Además, a diferencia de los experimentos tradicionales,

no teníamos un grupo de control formado por voluntarios comparables a los del estudio que no hubieran pasado por el tratamiento experimental de hacer de reclusos o de carceleros y que hubieran recibido los mismos pretests y postests. No lo hicimos porque concebimos nuestro diseño más como la demostración de un fenómeno, como el estudio original de Milgram sobre la obediencia, que como un experimento dirigido a establecer asociaciones causales. Habíamos pensado llevar a cabo esta comparación entre grupos experimentales y de control en una investigación futura si obtuviéramos algún resultado interesante en este estudio preliminar. Así pues, nuestra variable independiente era simplemente el efecto principal de la condición de hacer de carcelero o de recluso.

Con todo, aparecieron algunas pautas muy claras que enriquecen la narración cualitativa que he presentado hasta ahora. Estos resultados ofrecen algunos detalles muy reveladores de aquel entorno tan convincente desde el punto de vista psicológico y de los jóvenes que fueron puestos a prueba por las exigencias que este entorno planteaba. Los detalles completos de la puntuación operacional de estas medidas y de su significado estadístico se pueden consultar en el artículo científico publicado en la *International Journal of Criminology and Penology*[2] y en: www.prisonexp.org.

Medidas de la personalidad

Administramos tres tests para detectar las diferencias entre los participantes cuando acudieron a la sesión de evaluación que realizamos unos días antes de que empezara el experimento. Estos tests eran la escala-F del autoritarismo, la escala maquiavélica de estrategias interpersonales de manipulación y las escalas de personalidad de Comrey.

Escala-F.[3] En esta medida de la adhesión rígida a los valores convencionales y de la sumisión acrítica a la autoridad, no se halló ninguna diferencia estadísticamente significativa entre la puntuación media de los carceleros (4,8) y de los reclusos (4,4) antes de que fueran asignados a los dos grupos. Sin embargo, aparece un dato fascinante cuando comparamos

las puntuaciones en esta escala de los cinco reclusos que siguieron hasta el final del estudio y los cinco que fueron liberados antes de tiempo. Los que resistieron el entorno autoritario del EPS obtuvieron una puntuación más de dos veces mayor (media = 7,8) en las dimensiones de convencionalismo y autoritarismo que los que fueron liberados antes (media = 3,2). Sorprendentemente, cuando las puntuaciones obtenidas por cada recluso en la escala-F se ordenaron de menor a mayor, se halló una correlación muy significativa con el número de días de permanencia en el experimento (coeficiente de correlación = 0,90). Dicho en otras palabras, un recluso tenía más probabilidades de permanecer en el entorno autoritario de la prisión y de adaptarse a él con más eficacia cuanto más alto hubiera puntuado en las dimensiones de rigidez, adhesión a los valores convencionales y aceptación de la autoridad, los rasgos que caracterizaban el entorno de nuestra prisión. En cambio, los reclusos que menos resistieron las presiones fueron los que habían obtenido unas puntuaciones menores en estas dimensiones de la escala-F, algo que, según algunos, dice mucho en su favor.

Escala maquiavélica.[4] Como su nombre indica, esta medida evalúa el empleo de estrategias para obtener una ventaja efectiva en las interacciones interpersonales. Sin embargo, no se halló ninguna diferencia significativa entre la puntuación media de los carceleros (7,7) y la puntuación media y algo superior de los reclusos (8,8), y esta medida tampoco predecía la duración de la estancia en prisión. Esperábamos que la capacidad para manipular a los demás de quienes habían obtenido una puntuación elevada en esta escala se reflejara en sus interacciones diarias en aquel entorno, pero aunque dos de los reclusos con una puntuación más elevada fueron los que, a nuestro entender, mejor se habían adaptado a la prisión, otros dos que también consideramos que se habían adaptado bien obtuvieron las puntuaciones más bajas.

Escalas de personalidad de Comrey.[5] Este cuestionario consta de ocho subescalas que usamos para predecir las variaciones disposicionales entre carceleros y reclusos. Las dimensiones de la personalidad que miden son:

confianza, orden, conformidad, actividad, estabilidad, extraversión, masculinidad y empatía. En esta medida, las puntuaciones medias de los carceleros y de los reclusos fueron prácticamente idénticas y no hubo ninguna diferencia estadísticamente significativa. Además, en cada subescala, la media de cada grupo cayó entre los percentiles cuarenta y sesenta de la población masculina normativa comunicada por Comrey. Este resultado apoya la afirmación de que las personalidades de los estudiantes de los dos grupos se podían definir como «normales» o «típicas». Está claro que Craig Haney y Curt Banks realizaron muy bien la tarea de preseleccionar una muestra de estudiantes formada por personas «normales». Además, no se hallaron tendencias disposicionales previas que permitieran distinguir a los que hicieron de carceleros de los que hicieron de reclusos.

Se hallaron algunas diferencias interesantes, aunque poco significativas, entre los reclusos que fueron liberados antes y los que resistieron el suplicio hasta el final. Los que más resistieron puntuaron más en las escalas de conformidad («aceptación de la sociedad tal como es»), extraversión y empatía (amabilidad, simpatía, generosidad) que los que fueron puestos en libertad a causa de sus graves reacciones.

Si examinamos las puntuaciones individuales de los reclusos y los carceleros que más se apartaban de la media de su grupo (1,5 desviaciones típicas o más), aparecen algunas pautas curiosas.

En primer lugar, consideremos algunas características de la personalidad de ciertos reclusos. Mi impresión de que Jerry-5486 era el más «centrado» estaba confirmada por el hecho de que había obtenido la puntuación más elevada en estabilidad, mientras que casi todas sus otras puntuaciones eran muy cercanas a las de la población normal (aunque siempre que se desviaba de los demás lo hacía en una dirección positiva). También obtuvo la puntuación más alta en masculinidad («no llora con facilidad, no le interesan las historias de amor»). Stewart-819, que destrozó su celda y perjudicó a sus compañeros porque tuvieron que arreglar el desorden, fue el que obtuvo la puntuación más baja en la dimensión del orden (la medida en que una persona es escrupulosa y se preocupa por el orden y la pulcritud). Y ¿adivina el lector quién sacó la puntuación más alta

en la medida de actividad (afición por la actividad física, el trabajo duro y el ejercicio)? Exacto, fue el chusquero-2093. La confianza es la creencia en la honradez y las buenas intenciones de los demás y Clay-416 se llevó la palma en esa dimensión. Por último, de entre todos los reclusos, ¿cuál cree el lector que obtuvo la puntuación más alta en «conformidad» (creencia en el imperio de la ley, aceptación de la sociedad tal como es e intolerancia a la inconformidad ajena)? ¿Quién reaccionó peor a la resistencia de Clay-416 a los carceleros? ¡No podía ser otro que Hubbie-7258!

En el caso de los carceleros, sólo hubo unos pocos cuyos perfiles individuales resultaran interesantes por «atípicos» (en comparación con sus compañeros). En primer lugar, vemos que el «buen carcelero» John Landry, no su hermano Geoff, fue el que obtuvo la puntuación más alta en empatía. El oficial Varnish fue el que obtuvo las puntuaciones más bajas en confianza y empatía, pero también obtuvo las más altas en preocupación por el orden y la pulcritud. También obtuvo la puntuación maquiavélica más alta de todos los carceleros. En conjunto, este síndrome caracteriza la conducta fría y eficiente, mecánica y distante de la que hizo gala a lo largo de todo el estudio.

Aunque estos resultados indican que las medidas de la personalidad realmente predicen diferencias de conducta en algunos casos concretos, debemos tener la precaución de no generalizar demasiado su utilidad para entender pautas de conducta individuales en entornos nuevos como el nuestro. Por ejemplo, en función de todas las medidas que examinamos, Jerry-5486 era el más «normal» de los reclusos. Sin embargo, el segundo recluso «más normal» según las puntuaciones que obtuvo fue Doug-8612. La «gran normalidad» que mostró antes del experimento no permitía predecir su confusa explicación de que primero fingía y después se «volvió loco». Además, en la personalidad de los cuatro carceleros más «malvados» y de los otros cuya conducta no era tan ruin, no pudimos hallar ningún elemento que explicara esta diferencia. Ninguna dimensión de la personalidad por sí sola podía explicar esta variación tan extrema de la conducta.

Sin embargo, si examinamos la personalidad de los dos carceleros que actuaron con más maldad y sadismo, Hellmann y Arnett, veremos que los dos obtuvieron unas puntuaciones normales en todas las dimensiones de la personalidad salvo en una. Esa dimensión era la masculinidad. Parecería lógico que un teórico de la personalidad dijera intuitivamente que Hellmann, nuestro «John Wayne» con tanta mala leche, debería estar en lo más alto de la escala de masculinidad. Pero resulta que ocurrió todo lo contrario: no sólo obtuvo la puntuación en masculinidad más baja de todos los carceleros, sino que también puntuó más bajo que ningún recluso. En cambio, Arnett sí que obtuvo la puntuación más elevada de todos los carceleros en esa dimensión. Seguramente, un analista psicodinámico nos diría que la conducta cruel y dominadora de Hellmann y su gusto por los ejercicios homófobos indicaban una naturaleza poco masculina y una posible homosexualidad latente. Sin embargo, antes de que vayamos demasiado lejos siguiendo esta perspectiva analítica, debo apresurarme a añadir que, en los últimos treinta y cinco años, Hellmann ha resultado ser un esposo y un padre ejemplar, además de un ciudadano y un hombre de negocios serio y responsable.

Listas de adjetivos para describir el estado de ánimo. Dos veces durante el estudio, e inmediatamente después de las entrevistas finales, cada uno de los estudiantes marcó en una lista los adjetivos que mejor describían su estado de ánimo en aquel momento. Combinamos estos adjetivos en cuatro grupos: por un lado, los que reflejaban unos estados de ánimo positivos o negativos, y por otro los que indicaban una actitud activa o pasiva. Como era de esperar después de todo lo que habíamos visto, los reclusos comunicaron tres veces más estados de ánimo negativos que positivos y en general expresaron mucha más negatividad que los carceleros. Por su parte, los carceleros comunicaron unos estados de ánimo un poco más negativos que positivos. Otra diferencia interesante entre los dos grupos es la mayor fluctuación de los estados de ánimo de los reclusos. A lo largo del estudio la variación de su estado de ánimo fue de dos a tres veces mayor que la de los carceleros, cuyo estado de ánimo fue relativamente estable. En la dimensión actividad-pasividad, los reclusos

tendían a puntuar el doble que los carceleros, lo que indica que se sentían mucho más «agitados» que ellos. Aunque la experiencia de la prisión tuvo un impacto emocional negativo tanto en los carceleros como en los reclusos, los efectos adversos en los reclusos fueron más amplios y profundos.

Si comparamos a los reclusos que se quedaron con los que salieron antes, el estado de ánimo de los segundos estaba marcado por un tono claramente más negativo que se expresaba como depresión y tristeza. Cuando las escalas del estado de ánimo se administraron por tercera vez, justo *después* de que se dijera a los sujetos que el estudio había terminado (los sujetos que habían salido antes habían vuelto para las entrevistas finales), el aumento de los estados de ánimo positivos fue muy claro. Todos los «ex reclusos» eligieron adjetivos que describían su estado de ánimo de una manera mucho menos negativa y mucho más positiva: la negatividad bajó del 15,0 inicial al 5,0, mientras que la positividad subió del 6,0 inicial al 17,0. Además, ahora se sentían menos pasivos que antes.

En general, en las subescalas del estado de ánimo ya no se daban diferencias entre los reclusos liberados antes de tiempo y los que aguantaron los seis días. Me complace poder comunicar la importantísima conclusión de que, al final del estudio, los dos grupos de estudiantes habían vuelto a sus respuestas emocionales normales previas al experimento. Esta vuelta a la normalidad parece reflejar la «especificidad situacional» de la depresión y las reacciones de estrés que experimentaron los estudiantes al desempeñar sus papeles.

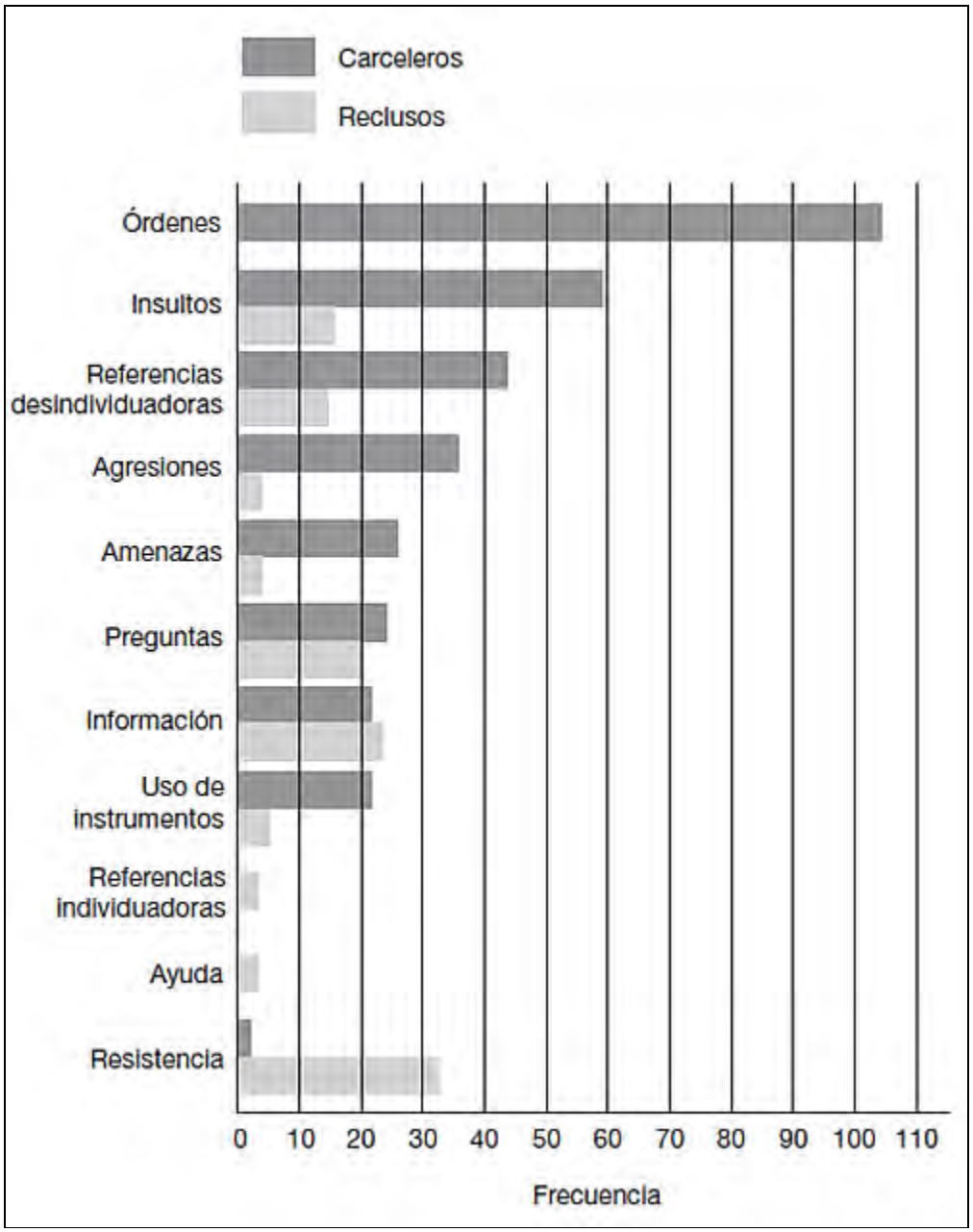
Este último dato se puede interpretar de varias maneras. El impacto emocional de la experiencia de la prisión fue pasajero porque los reclusos que lo habían pasado mal recuperaron con rapidez su estado de ánimo normal en cuanto terminó el estudio. También refleja la «normalidad» de los participantes que habíamos seleccionado con tanto cuidado y su rápida vuelta a la normalidad da fe de su capacidad de recuperación. Sin embargo, esta reacción de los reclusos pudo haber tenido unos orígenes muy diferentes. Los que se quedaron estaban eufóricos por su reciente libertad y por saber que habían superado aquella prueba tan dura. Los que fueron liberados antes ya no estaban angustiados y se habían readaptado al haberse

alejado de la situación negativa. También cabe atribuir sus reacciones positivas finales a la alegría de ver libres a los otros reclusos o de haberse quitado de encima la sensación de culpa por haber salido antes, mientras que sus compañeros debieron quedarse y seguir soportando aquel suplicio.

Aunque algunos carceleros dijeron que habrían preferido que el estudio hubiera seguido una semana más como estaba previsto, como grupo también se alegraron de que terminara. Su positividad media aumentó más del doble (de 4,0 a 10,2) y su negatividad, que ya era baja, aún bajó más y pasó de 6,0 a 2,0. Por lo tanto, como grupo también recuperaron su base emocional a pesar del papel que habían tenido en la creación de las horribles condiciones de la prisión. Como pudimos ver en las reacciones de algunos después del experimento y en sus diarios retrospectivos, ese reajuste del estado de ánimo no significa que tuvieran la conciencia tranquila por lo que habían hecho o por no haberse opuesto a los maltratos.

Análisis de los vídeos. En las cintas de vídeo que habíamos grabado con interacciones entre los reclusos y los carceleros distinguimos veinticinco incidentes que eran relativamente independientes. Puntuamos cada uno de estos incidentes en función de la presencia de diez categorías conductuales (y verbales). Dos evaluadores independientes que no habían tenido nada que ver con el estudio puntuaron estos episodios y su nivel de acuerdo fue satisfactorio. Estas categorías eran: hacer preguntas, dar órdenes, dar información, usar referencias individuadoras (positivas) o desindividuadoras (negativas), amenazar, ayudar a otros, ofrecer resistencia, usar instrumentos (para algún fin) y mostrar agresividad.

Como se puede observar en el gráfico que resume los resultados, entre los carceleros y los reclusos hubo muchas más interacciones hostiles o negativas. La asertividad fue patrimonio casi exclusivo de los carceleros, mientras que los reclusos solían adoptar una postura más pasiva. En todas las situaciones que grabamos, las respuestas más características de los carceleros fueron: dar órdenes, insultar a los reclusos, desindividuarlos, mostrarse agresivos con ellos, amenazarlos y usar instrumentos contra ellos.



Al principio, y sobre todo en los primeros días del estudio, los reclusos se resistieron a los carceleros, aunque también ocurrió más adelante, cuando Clay-416 inició la huelga de hambre. Los reclusos tendían a individuar positivamente a los demás, les hacían preguntas, les daban información y rara vez mostraban hacia ellos la conducta negativa que acabó siendo típica de los carceleros más dominantes. También esto ocurrió solamente en los primeros días del estudio. Por otro lado, las dos conductas que vimos con

menor frecuencia durante los seis días del estudio fueron ayudar e individuar a los demás. Sólo se grabó un caso aislado de ayuda en el que dos reclusos mostraron interés o preocupación por un compañero.

Las grabaciones también permitieron cuantificar lo que ya habíamos observado durante el estudio: el hostigamiento de los carceleros a los reclusos aumentó sin cesar. Si comparamos dos de las *primeras* interacciones reclusos-carceleros durante los recuentos con dos de las *últimas* vemos que, en un período de tiempo equivalente, al principio no hubo referencias desindividuadoras, pero en los últimos recuentos hubo un promedio de 5,4. Por otro lado, los carceleros decían pocos insultos al principio, con un promedio de sólo 0,3 veces, pero el último día insultaron a los reclusos un promedio de 5,7 veces en el mismo período de tiempo.

Según el análisis temporal de los vídeos, la conducta de los reclusos se fue reduciendo y se produjo una disminución general en todas las categorías de conducta. Iniciaron pocas conductas y con el transcurso de los días y las noches se hicieron cada vez más pasivos.

El análisis de los vídeos también mostró claramente que el turno de tarde encabezado por «John Wayne» fue más duro con los reclusos que los otros dos turnos. La conducta de los carceleros de este turno difirió significativamente de los otros turnos en los siguientes aspectos: dieron más órdenes (con una media de 9,3 frente a una media de 4,0, respectivamente, para unas unidades de tiempo equivalentes); insultaron a los reclusos más del doble (5,2 frente a 2,3, respectivamente). También castigaron de una manera agresiva a los reclusos con más frecuencia que los carceleros de los otros turnos. En estos análisis no se detecta la agresividad verbal más sutil del turno de Arnett.

Análisis del audio. Mediante el empleo de micrófonos ocultos hicimos varias grabaciones de audio de entrevistas entre miembros del personal y reclusos o carceleros, y de conversaciones entre reclusos dentro de las celdas. Se crearon nueve categorías para definir la naturaleza general de esta conducta verbal. En este caso también hubo dos jueces independientes que asignaron las grabaciones a estas categorías con un nivel de acuerdo satisfactorio.

Las categorías eran: hacer preguntas, dar información, pedir, exigir y dar órdenes, criticar, actitud positiva/negativa, autoevaluación positiva/negativa, referencias individuadoras/desindividuadoras, querer continuar/abandonar el estudio, e intención de actuar en el futuro de una manera positiva o negativa.

Nos sorprendió descubrir que los carceleros tendían a presentar una actitud negativa y una autoimagen negativa casi tanto como la mayoría de los reclusos. En realidad, el «carcelero bueno» Geoff Landry expresó más autoevaluaciones negativas que ningún recluso y su actitud general fue más negativa que la de cualquier otro participante salvo Doug-8612. Las entrevistas con los reclusos se caracterizaron por una negatividad general en la expresión de emociones, en la autoevaluación y en las intenciones (sobre todo la intención de ser agresivos y el hecho de ver su situación de una manera negativa).

Las entrevistas revelaron unas diferencias muy claras en el impacto emocional que tuvo la experiencia en los reclusos que se quedaron y en los que salieron antes de tiempo. Comparamos la cantidad media de casos de actitud negativa, emoción negativa, autoimagen negativa e intención de agredir de los reclusos que siguieron y de los que habían salido (por cada entrevista). Los reclusos que salieron antes expresaron más expectativas negativas, más emociones negativas, más autoevaluaciones negativas y cuatro veces más la intención de agredir que los reclusos que aguantaron hasta el final. Estas interesantes tendencias están muy cerca de ser estadísticamente significativas.

Ocultar micrófonos en las celdas nos permitió saber de qué hablaban los reclusos en privado, durante los ratos de tregua entre los recuentos, las tareas degradantes y otras actividades «públicas». Recordemos que los tres internos de cada celda no se conocían antes del experimento. Sólo podían llegar a conocerse cuando estaban solos en sus celdas porque tenían prohibido hablar durante los momentos «públicos». Supusimos que buscarían puntos en común para relacionarse, dada la estrechez de las celdas y porque esperaban pasar juntos dos semanas. Esperábamos oírles hablar de su vida en la universidad, de sus estudios, sus vocaciones, sus

novias, sus equipos favoritos, sus aficiones y gustos musicales, de lo que harían el resto del verano al acabar el experimento o de lo que harían con el dinero ganado.

¡Pero resulta que no! En realidad no se cumplió ninguna de estas expectativas. El 90 % de las charlas entre los reclusos giró en torno a la prisión. Sólo un simple 10 % giró en torno a temas de carácter personal o autobiográfico que no tenían relación con la experiencia en la prisión. Los principales temas de conversación eran la comida, el acoso de los carceleros, la formación de una comisión de quejas, elaborar planes de fuga, las visitas, y la conducta de los reclusos de las otras celdas y de los encerrados en aislamiento.

Cuando tenían la oportunidad de distanciarse un poco del acoso de los carceleros y del tedio del programa de actividades, de trascender su papel de reclusos y establecer su identidad personal en alguna interacción social, no lo hacían. El rol de recluso dominaba todas sus expresiones individuales y el entorno de la prisión impregnaba todas sus actitudes y preocupaciones, obligándoles a adoptar una orientación temporal basada en el presente. La presencia o ausencia de alguien que les vigilara no tenía importancia.

Al no compartir con nadie sus expectativas pasadas y futuras, lo único que cada recluso sabía de los demás se basaba en observar cómo actuaban en el presente. Sabemos que lo que podían ver de los demás durante los recuentos y otras actividades degradantes era una imagen negativa. Esa imagen era lo único que tenían para hacerse una idea de la personalidad de sus compañeros. El hecho de que los reclusos se centraran en la situación inmediata también contribuyó a crear una mentalidad que intensificaba la negatividad de sus experiencias. En general, solemos hacer frente a las situaciones negativas encapsulándolas en una perspectiva temporal que combina la idea de un futuro diferente y mejor con el recuerdo de un pasado agradable.

Esta intensificación autoimpuesta de la mentalidad propia de un recluso tuvo una consecuencia aun más negativa: los reclusos empezaron a adoptar y a aceptar las imágenes negativas que los carceleros habían creado de ellos. La mitad de todas las interacciones privadas entre los reclusos se pueden calificar de insolidarias y poco cooperadoras. Peor aún, cuando los

reclusos hacían afirmaciones que evaluaban a sus compañeros o que expresaban el concepto que tenían de ellos, ¡el 85 % eran comentarios de desprecio o desfavorables en general! Este porcentaje es estadísticamente significativo: el hecho de centrarse en temas relacionados con la prisión en lugar de temas ajenos a ella sólo se daría al azar una vez de cada cien, mientras que el hecho de hacer atribuciones negativas a los otros reclusos en lugar de atribuciones positivas o neutras sólo se daría al azar cinco veces de cada cien. Esto significa que estos efectos conductuales son «reales» y que no cabe atribuirlos a fluctuaciones aleatorias en las conversaciones de los reclusos mientras se hallaban en la intimidad de sus celdas.

Al interiorizar de esta manera el carácter opresivo del entorno de la prisión, los reclusos se formaron una impresión de sus compañeros viéndoles humillados, portándose como borregos o cumpliendo órdenes degradantes sin rechistar. Si en la prisión no sentían ningún respeto por los demás, ¿cómo iban a sentirlo por sí mismos? Este descubrimiento inesperado me recuerda el fenómeno de la «identificación con el agresor». El psicólogo Bruno Bettelheim[7] empleó este término (que ya había usado antes Anna Freud) para designar la forma en que los presos de los campos de concentración nazis interiorizaban el poder de sus opresores. Bettelheim observó que algunos prisioneros actuaban igual que sus guardias nazis y que, además de maltratar a otros prisioneros, también llevaban puestos restos de uniformes de las SS. Si una víctima intenta sobrevivir desesperadamente en una situación hostil e imprevisible, de alguna forma percibe lo que desea el agresor y, en lugar de hacerle frente, se identifica con él y llega a convertirse en él. La aterradora diferencia entre el poder de los guardias y la impotencia de los prisioneros se minimiza psicológicamente mediante esta acrobacia mental. Mentalmente, la persona se identifica con el enemigo. Este autoengaño impide evaluar la propia situación de una manera realista, inhibe la actuación efectiva, las estrategias de afrontamiento o la rebelión, y anula la compasión por quienes sufren la misma suerte.[8]

La vida es el arte de vivir engañado; y para que el engaño tenga éxito debe ser habitual y constante.

WILLIAM HAZLITT, «On Pedantry»,
The Round Table, 1817

LECCIONES Y MENSAJES DEL EPS

Ha llegado el momento de dejar las reacciones conductuales y los atributos personales de los jóvenes que hicieron de reclusos y de carceleros para pasar a considerar algunas cuestiones conceptuales más generales que plantea esta investigación, así como sus lecciones, su significado y sus mensajes.

La virtud de la ciencia

En cierto sentido, el EPS no nos dice nada de las prisiones y de su maldad que no nos hayan dicho ya los sociólogos, los criminólogos y muchos reclusos que han relatado sus experiencias. Las prisiones pueden ser lugares embrutecedores que hacen salir lo peor de la naturaleza humana. Lejos de favorecer una rehabilitación constructiva, aún generan más violencia y más criminalidad. Los índices de reincidencia superiores al 60 % indican que las prisiones son como puertas giratorias para quienes cumplen condenas por delitos graves. ¿Qué añade el EPS a nuestra comprensión de este *experimento fallido de la sociedad*, del uso de las prisiones como instrumentos para controlar el delito? Creo que la respuesta se halla en el protocolo básico del experimento.

En las prisiones de verdad, los defectos de la situación carcelaria y de las personas que viven en ella se confunden y están entrelazados de una manera inextricable. Recordemos el momento en que le expliqué al sargento de la comisaría de Palo Alto la razón de que realizáramos esta investigación allí en lugar de ir a una prisión para observar lo que sucedía

en ella. El experimento estaba diseñado para evaluar el impacto que podía tener una situación que simulaba una prisión en las personas que vivieran en ella, fueran carceleros o reclusos. Gracias a una serie de controles experimentales pudimos extraer unas conclusiones que no habríamos podido conseguir en un entorno real.

Nuestros métodos sistemáticos de selección garantizaron que todos los ocupantes de nuestra prisión fueran normales y sanos y que no tuvieran antecedentes de conducta antisocial, delictiva o violenta. Por otro lado, al ser estudiantes universitarios tenían una inteligencia superior a la media y presentaban menos prejuicios y más confianza en su futuro que sus equivalentes en la vida real. Luego, en virtud de la asignación aleatoria, que era la clave de la investigación, fueron asignados al azar al grupo de los carceleros o de los reclusos con independencia de su preferencia por desempeñar uno u otro papel. Todo quedó en manos del azar. Otros controles experimentales fueron la observación sistemática, la recopilación de datos en múltiples formatos y la realización de análisis estadísticos que, en su conjunto, se pudieran usar para determinar el impacto de la experiencia dentro de los parámetros del diseño de la investigación. El protocolo del EPS separaba la persona del lugar, la disposición de la situación, las «manzanas buenas» del «cesto podrido».

Sin embargo; debemos reconocer que toda investigación es «artificial» porque es una imitación de su equivalente en el mundo real. Pero a pesar de este carácter artificial, si los estudios experimentales controlados como el EPS o como otros estudios realizados en el ámbito de la psicología social que veremos en capítulos posteriores se realizan con el cuidado necesario para captar las características básicas de la situación «real», los resultados obtenidos ofrecen una considerable capacidad de generalización.[9]

Está claro que nuestra prisión no era una prisión «de verdad» en muchos de sus aspectos más tangibles, pero sí que encarnaba las características psicológicas básicas de una prisión que considero fundamentales para toda «experiencia carcelaria». También está claro que los resultados derivados de un experimento así plantean dos preguntas. La primera es: «¿Con qué se comparan?», y la segunda: «¿Cuál es su validez externa?», o dicho de otro modo: «¿Qué fenómenos del mundo real pueden

ayudar a explicar?». El valor de estos estudios suele residir en su capacidad para esclarecer procesos subyacentes, identificar secuencias causales y establecer las variables que median en un efecto observado. Por otro lado, los experimentos pueden establecer relaciones causales que, si son estadísticamente significativas, no se pueden descartar por aleatorias.

Kurt Lewin, uno de los grandes pioneros de la teoría y la investigación en el campo de la psicología social, abogó hace decenios por una ciencia experimental de la psicología social. Lewin decía que, desde el punto de vista conceptual y práctico, es posible abstraer aspectos importantes del mundo real y someterlos a prueba en el laboratorio. Creía que mediante unos estudios bien diseñados y una manipulación cuidadosa de las variables independientes (los factores antecedentes que se usan para pronosticar la conducta), se podían establecer ciertas relaciones causales de una forma que no era posible con los estudios de campo o por medio de la observación. Sin embargo, Lewin fue más allá y abogó por el uso de estos conocimientos para provocar el cambio social, usando los datos obtenidos mediante la investigación para entender al ser humano y a la sociedad, y para intentar cambiarlos y mejorarlos.[10] Y yo he intentado seguir su ejemplo inspirador.

Transformaciones del poder de los carceleros

La sensación de poder es más viva si quebrantamos el espíritu de un hombre que si conquistamos su corazón.

ERIC HOFFER, *The Passionate State of Mind* (1954)

Algunos participantes que fueron asignados al azar al grupo de los carceleros pronto acabaron abusando de su nuevo poder comportándose con sadismo: rebajando a los «reclusos», degradándolos, haciéndolos sufrir día tras día y noche tras noche. Sus actos encajan con la definición psicológica de la maldad que he propuesto en el capítulo 1. Otros carceleros desempeñaron su papel con una dureza y una exigencia que no fueron excesivas, aunque mostraron poca compasión ante el sufrimiento de los

internos. Unos pocos carceleros a los que se podría calificar de «buenos» resistieron la tentación del poder: en algunas ocasiones fueron amables con los reclusos y hasta tuvieron algún detalle con ellos, como darles una manzana o un cigarrillo.

Aunque infinitamente diferente del EPS por su grado de horror y por la complejidad del sistema que lo engendró y lo mantuvo, se da un interesante paralelismo entre los doctores de las SS nazis del campo de exterminio de Auschwitz y los carceleros del EPS. Al igual que los carceleros, aquellos doctores se podían clasificar en tres grupos. Según dice Robert Jay Lifton en *Nazi Doctors*, había «los fanáticos, que participaban con entusiasmo en el proceso de exterminio y que incluso llegaban a hacer "horas extra" para matar; luego estaban los que seguían el proceso de una manera más o menos metódica y no hacían ni más ni menos que lo que creían que se debía hacer; y luego estaban los que participaban en el exterminio contra su voluntad».[11]

En nuestro estudio, el hecho de que un carcelero bueno realizara su trabajo contra su voluntad era un ejemplo de lo que podríamos llamar «bondad por omisión». Tener pequeños detalles con los reclusos contrastaba totalmente con los actos diabólicos de los compañeros de turno. Pero, como se decía antes, ninguno de esos carceleros «buenos» llegó a intervenir para impedir que los «malos» maltrataran a los reclusos; ninguno se quejó al personal, ni salió antes de su turno, ni entró a trabajar más tarde, ni se negó a hacer horas extra cuando hubo alguna emergencia. Tampoco hubo ninguno que pidiera una paga extra por tener que hacer algo que encontraba desagradable. En este sentido, eran un ejemplo de la «maldad por pasividad o por inacción» que examinaremos más adelante con más detalle.

Recordemos que el mejor de los carceleros buenos, Geoff Landry, compartía el turno de noche con el peor carcelero, Hellmann, y que nunca hizo el menor intento de detenerlo, nunca le recordó que todo aquello «sólo era un experimento», que no había ninguna necesidad de hacer sufrir tanto a aquellos chavales que sólo hacían de reclusos. En cambio, y como hemos visto en sus notas personales, Geoff se limitó a sufrir en silencio, igual que

los reclusos. Si su conciencia le hubiera movilizado para hacer algo constructivo, podría haber contribuido a reducir los maltratos que sufrieron los reclusos durante su turno.

En mis muchos años de experiencia enseñando en diversas universidades, he visto que la mayoría de los estudiantes no se preocupan por las cuestiones relacionadas con el poder porque ya tienen un poder suficiente para arreglárselas en su mundo, donde la inteligencia y el esfuerzo suelen llevarles a sus metas. El poder constituye un motivo de preocupación cuando la gente ya tiene mucho y necesita mantenerlo, o cuando tiene poco y quiere tener más. En realidad, el poder mismo se convierte en un objetivo para muchas personas cuando ven los recursos que tienen los poderosos a su disposición. En otros tiempos, estadista Henry Kissinger llamaba a este atractivo «la erótica del poder»: es un afrodisíaco con el que muchos hombres viejos y feos, pero poderosos, atraen a jóvenes hermosas.

Patologías de los reclusos

Cuando alguien actúa contra su voluntad, es como si se hallara en una prisión.

EPICTETO, *Discursos*, siglo II.

Al principio, nuestro interés no se centraba en los carceleros, sino en la adaptación de los que iban a hacer de reclusos a ese nuevo estado de subordinación e impotencia. Tras haber dedicado el verano a impartir el curso sobre la psicología del encarcelamiento, tendía a identificarme más con los reclusos. Carlo Prescott nos había ofrecido unos relatos muy vívidos de maltratos y otras degradaciones a manos de carceleros. Los otros ex presidiarios nos habían contado relatos horrorosos de abusos sexuales a reclusos y de guerras entre bandas. Por todo esto, Craig, Curt y yo nos decantábamos más por los reclusos y esperábamos que resistieran las presiones de los carceleros y que pudieran conservar la dignidad a pesar de

los signos externos de inferioridad que se veían obligados a llevar. Yo mismo creía que podría ser un recluso con los recursos de Paul Newman en *La leyenda del indomable*. Nunca me habría podido imaginar como uno de sus carceleros.[12]

Nos alegramos al ver que los reclusos plantaban cara tan pronto a los carceleros por las tareas degradantes que les ordenaban, por hacerles cumplir las normas de una manera tan arbitraria y por los agotadores recuentos. Sin embargo, lo que creían que iban a hacer en aquel «estudio de la vida en prisión» que decía el anuncio al que habían respondido, no se cumplió. Habían previsto pasarse unas horas haciendo alguna tarea más o menos desagradable y tener tiempo libre para relajarse, leer, jugar a algo y conocer gente nueva. La verdad es que esto mismo es lo que habíamos previsto nosotros antes de su rebelión y de que los carceleros se hicieran con el control. Incluso habíamos pensado en pasarles alguna película.

Lo que más disgustaba a los reclusos eran los maltratos continuos de los que eran objeto, la falta de intimidad, no poder sacarse a los carceleros de encima, la arbitrariedad de las normas y los castigos, y tener que compartir aquellas celdas tan estrechas y desnudas. Cuando los carceleros nos pidieron ayuda al estallar la rebelión, nos desentendimos pero dejamos claro que respetaríamos sus decisiones. Éramos unos observadores y no queríamos entrometernos. A aquellas alturas yo aún no me había sumergido por completo en la mentalidad de director de la prisión: aún era el director de la investigación y lo que me interesaba era observar la reacción de los falsos carceleros ante aquella emergencia.

La crisis de Doug-8612, que se produjo poco después de que él mismo impulsara una rebelión, nos pilló a todos por sorpresa. Nos impresionaron profundamente sus gritos de protesta contra los malos tratos que recibían los reclusos. Incluso cuando gritó: «Vaya mierda de simulación. Vaya mierda de experimento. ¡Que esto no es una prisión! ¡Y que le den por culo al doctor *Zimbargo*!», no pude sino admirar su arrojo. No nos acabábamos de creer que lo pasara tan mal como parecía. Recordemos la conversación que tuve con él la primera vez que quiso irse, cuando le propuse la opción de convertirse en un «soplón» a cambio de que los carceleros lo dejaran tranquilo.

Recordemos también que Craig Haney había tomado la difícil decisión de dejarle salir cuando sólo llevábamos treinta y seis horas de experimento.

> Como investigadores no habíamos previsto que pudiera pasar algo así y no habíamos ideado ningún plan de contingencia. Por otro lado, era evidente que tras su breve experiencia en la prisión aquel joven estaba mucho más perturbado de lo que nadie habría llegado a imaginar [...] Así pues, decidí soltar a 8612 basándome en consideraciones más éticas que experimentales.

No habíamos imaginado que nadie pudiera sufrir una reacción tan grave y con tanta rapidez. Pero, ¿cómo nos explicamos entonces aquel hecho tan inesperado? Craig recuerda así nuestra errónea atribución causal:

> Enseguida nos agarramos a una explicación que nos pareció tan lógica como tranquilizadora: ¡Doug se había venido abajo porque era una persona débil, porque en su personalidad había algún defecto que explicaba su exceso de sensibilidad y su reacción exagerada a las condiciones de la prisión! En el fondo, nos preocupaba que el proceso de selección pudiera tener algún defecto porque había dejado que se colara una persona «tocada». Tardamos un poco en darnos cuenta de aquella clarísima ironía: habíamos dado una explicación «disposicional» a la primera manifestación extraordinaria e inesperada del poder situacional en nuestro estudio; es decir, habíamos recurrido a la forma de pensar que queríamos cuestionar y criticar con él.[13]

Para poder apreciar mejor el nivel de confusión de Doug-8612, bueno será volver atrás y examinar sus impresiones de esta experiencia:

«Decidí que quería irme y fui a hablar con vosotros y todo eso, y me dijisteis que “Ni hablar”. Y luego, cuando volví, me di cuenta de que me la habíais pegado y me puse tan furioso que me dije: “Voy a salir de aquí como sea”, y empecé a pensar maneras de salir. La más fácil y que además no suponía perjudicar a nadie ni dañar las instalaciones era actuar como si estuviera furioso o loco, y me decidí por ésta. Cuando estaba en el hoyo empecé a acumular la tensión a propósito, para cuando fuera a hablar con Jaffe; no quería explotar en el hoyo, quería soltarlo todo delante de Jaffe, porque sabía que me saldría, porque estaba muy furioso. También estaba manipulando, pero estaba muy furioso, ¿no?, porque, ¿cómo puedes hacer ver que estás furioso si no *estás furioso*? [...] es como un loco que no puede hacerse el loco a menos que esté un poco loco, ¿no? Ya no sé si estaba furioso o si me puse furioso [...] Estaba muy enfadado con el tío negro ese, ¿cómo se llamaba?, Carter o algo así, y con usted, doctor Zimbardo, por

hacerme firmar un contrato como si fuera un esclavo [...] y por cómo jugaron todos conmigo después; pero bueno, ¿qué otra cosa podían hacer? Era lo que tenían que hacer en el experimento».[14]

La importancia de las situaciones

Dentro de ciertos entornos sociales que tienen poder, la naturaleza humana se puede transformar de una forma tan drástica como la transformación química del doctor Jekyll en mister Hyde en la rica fábula de Robert Louis Stevenson. El interés que ha seguido teniendo el EPS a lo largo de tantos decenios se debe, creo yo, a la sorprendente «transformación del carácter» que se produjo en el experimento, al hecho de que unas personas buenas se convirtieran de repente en unos carceleros que actuaban con maldad o en unos reclusos que manifestaban una pasividad patológica en respuesta a las fuerzas situacionales que actuaban sobre ellos.

Es posible inducir, seducir e iniciar a buenas personas para que acaben actuando con maldad. También es posible hacer que actúen de una manera irracional, estúpida, autodestructiva, antisocial e irreflexiva si se las sumerge en una «situación total» cuyo impacto en su naturaleza haga tambalear la sensación de estabilidad y coherencia de su personalidad, su carácter, su moralidad.[15]

Queremos creer en la bondad esencial e invariable de la gente, en su capacidad de resistir ante las presiones externas, de evaluar de una manera racional las tentaciones de la situación y rechazarlas. Otorgamos a la naturaleza humana unas cualidades cuasi divinas, unas facultades morales y racionales que nos hacen ser justos y sabios. Simplificamos la complejidad de la experiencia humana erigiendo un muro aparentemente infranqueable entre el Bien y el Mal. En un lado estamos Nosotros y están los Nuestros, los que son como nosotros; al otro lado de ese muro colocamos a los Otros y a los Suyos, a los que son como ellos. Paradójicamente, al haber creado este mito sobre nuestra invulnerabilidad a las fuerzas situacionales, nos hacemos aún más vulnerables a ellas por no prestarles suficiente atención.

El EPS, junto con muchas otras investigaciones de las ciencias sociales (que examinaremos en los capítulos 12 y 13), revela un mensaje que no queremos aceptar: que la mayoría de nosotros podemos sufrir unas transformaciones inimaginables cuando estamos atrapados en una red de fuerzas sociales. Lo que imaginamos que haríamos cuando nos encontramos fuera de esa red puede tener muy poco que ver con aquello en lo que nos convertimos y con lo que somos capaces de hacer cuando nos vemos atrapados en ella. El EPS nos dice que abandonemos la noción simplista de un «yo bueno» capaz de dominar las «situaciones malas». La mejor manera de evitar, impedir, cuestionar y cambiar esas fuerzas situacionales negativas es reconocer su poder para «infectarnos» como han infectado a muchos otros que se han hallado en situaciones similares. Haríamos bien en interiorizar el significado de las palabras de Terencio, el autor romano, cuando decía: «Nada de lo humano me es ajeno».

Es ésta una dura lección que la historia nos ha dado en incontables ocasiones: la transformación de la conducta de los guardias de los campos de concentración nazis, o la transformación que provocan sectas destructivas como el Templo del Pueblo de Jim Jones o la secta japonesa Aum Shinrikyo. Los genocidios y las atrocidades de Bosnia, Kosovo, Ruanda, Burundi y, últimamente, de la región de Darfur en el Sudán, también nos dan ejemplos sobrecogedores de personas que renuncian a la humanidad y la compasión ante el poder social y las ideologías abstractas de la conquista y la seguridad nacional.

En un entorno situacional adecuado, cualquiera de nosotros puede acabar repitiendo cualquier acto que haya cometido antes cualquier otro ser humano, por muy horrible que pueda ser. Este conocimiento no excusa de ningún modo la maldad; más bien la democratiza y distribuye su culpa entre personas comunes y corrientes, en lugar de centrarla en los malvados y los déspotas, en los Otros en lugar de Nosotros.

La principal y más sencilla lección del experimento de la prisión de Stanford es que *las situaciones tienen importancia*. Las situaciones sociales pueden tener en la conducta y en la manera de pensar de personas, grupos y dirigentes unos efectos mucho más profundos de lo que creemos. Algunas

situaciones pueden ejercer en nosotros una influencia tan poderosa que podemos acabar actuando de una manera que nunca habríamos imaginado.[16]

El poder situacional se hace notar más en entornos nuevos, en entornos donde la gente no puede recurrir a unas directrices previas con las que guiar su conducta. En estas situaciones las estructuras habituales de recompensa son diferentes y no se cumplen las expectativas; las variables de la personalidad tienen muy poco valor predictivo, porque la persona imagina sus actos basándose en sus reacciones anteriores en situaciones que no tienen nada que ver con la nueva situación a la que se enfrenta, como en el caso de los reclusos y los carceleros de nuestro estudio.

Así pues, siempre que intentemos entender la causa de una conducta extraña o atípica, sea propia o ajena, deberemos empezar por un análisis de la situación. Sólo deberíamos dar prioridad a un análisis de la persona (genes, personalidad, patologías, etcétera) si el estudio a fondo de la situación no nos ayuda a entender su conducta. Según mi colega Lee Ross, este enfoque nos invita a practicar lo que él llama «benevolencia atributiva». Dicho de otro modo, en lugar de empezar culpando al autor del acto, somos benévolos y primero estudiamos el contexto en busca de factores determinantes propios de la situación.

Sin embargo, es más fácil hablar de la benevolencia atributiva que aplicarla, porque la mayoría de nosotros tenemos un poderoso prejuicio mental, el llamado «error fundamental de atribución», que nos impide pensar de esta manera.[17] Las sociedades que fomentan el individualismo, como los Estados Unidos y otros países de Occidente, han acabado creyendo que la disposición de la persona tiene más importancia que la situación. Al explicar una conducta otorgamos demasiada importancia a la personalidad y le damos muy poca a las influencias situacionales. Espero que, después de haber leído este libro, el lector empiece a ser consciente de la acción de este principio en su propio pensamiento y en las decisiones de los demás. A continuación examinaremos algunos aspectos de la importancia de las situaciones basándonos en nuestro estudio de la prisión.

El poder de las normas para conformar la realidad

Las fuerzas situacionales del EPS eran una combinación de varios factores que por separado no resultaban especialmente poderosos, pero que juntos tenían mucho poder. Uno de los más básicos era el conjunto de normas. Las normas constituyen un medio simplificado y formal de controlar conductas complejas e informales. Actúan estableciendo lo que es necesario, aceptable y recompensado, y lo que es inaceptable y, en consecuencia, punible. Con el tiempo, las normas acaban adquiriendo una vida arbitraria propia y la fuerza de una autoridad legal, aunque dejen de ser relevantes, sean vagas o cambien según el capricho de quienes las imponen.

Nuestros carceleros podían justificar la mayoría de sus maltratos haciendo referencia a «las normas». Recordemos, por ejemplo, el suplicio por el que tuvieron que pasar los reclusos para aprenderse de memoria las diecisiete normas arbitrarias que se habían inventado los carceleros y el subdirector. Recordemos también cómo se tergiversó la norma 2, la de comer en las horas de comida, para castigar a Clay-416 cuando se negó a comer las salchichas.

Algunas normas son básicas para la coordinación efectiva de la conducta social; por ejemplo, el público escucha cuando hablan los actores, los conductores se paran ante los semáforos en rojo, la gente no se cuela en las colas. Sin embargo, muchas normas son simples pretextos para el dominio de quienes las promulgan o de quienes se encargan de su cumplimiento. Naturalmente, y como ocurría en el caso del EPS, la última norma siempre incluye un castigo por el incumplimiento de las otras normas. Por lo tanto, debe haber una persona o un conjunto de personas que tengan la voluntad y la capacidad de administrar ese castigo, y lo ideal es que lo hagan en público para disuadir a posibles infractores. El humorista Lenny Bruce tenía un divertido número en el que describía la elaboración de unas normas que dictaban quién podía y no podía tirar porquería al jardín del vecino por encima de la valla, y hablaba de la creación de un cuerpo policial destinado a hacer cumplir estas normas. Las normas y quienes obligan a cumplirlas son inherentes al poder situacional. Pero es el Sistema quien contrata a la policía y crea las prisiones para los infractores.

Cuando los roles se hacen reales

Cuando te pones un uniforme y te dan un papel, o sea, un trabajo, y te dicen: «Tu trabajo es mantener a esas personas a raya», es evidente que no eres la misma persona que si llevaras ropa de calle y tuvieras un papel diferente. Te acabas convirtiendo en esa persona en cuanto te pones el uniforme caqui y las gafas, agarras la porra y te metes en tu papel. Ése es tu disfraz y, cuando te lo pones, tienes que actuar en consecuencia.

Oficial HELLMANN

Cuando los actores dan vida a un personaje suelen representar papeles que tienen poco que ver con su identidad personal. Aprenden a hablar, a caminar, a comer e incluso a pensar y a sentir como exige el papel que representan. Su formación profesional les permite mantener la separación entre personaje e identidad, mantener su personalidad en un segundo plano cuando representan un papel que puede ser totalmente diferente de su manera de ser. Sin embargo, a veces estos límites se confunden hasta para un profesional entrenado, y éste sigue metido en su papel cuando ya ha caído el telón o se ha apagado el piloto rojo de la cámara. Se sumerge tanto en la intensidad del papel que el papel acaba rigiendo su vida fuera del escenario. El público de la obra deja de tener importancia, porque ahora el papel se halla en la mente del actor.

Un ejemplo fascinante de los efectos de un papel teatral que se acaba haciendo «un pelín demasiado real» nos lo ofrece la serie británica de televisión *The Edwardian Country House*. Diecinueve personas, elegidas de un total de cerca de ocho mil aspirantes, vivían como criados en una elegante mansión en este *reality show* televisivo. Aunque la persona elegida para hacer de mayordomo y encargarse del resto del personal esperaba seguir al pie de la letra las normas de conducta rígidamente jerárquicas de la época, se «asustó» al ver la facilidad con que se convertía en un patrón autocrático. Aquel arquitecto de sesenta y cinco años de edad no estaba preparado para meterse con tanta facilidad en un papel que le otorgaba un poder absoluto sobre un grupo de subalternos de los que empezó a abusar:

«De repente te das cuenta de que no te hace falta ni hablar. Me bastaba con alzar el dedo y todo el mundo se callaba. Y lo encontré muy alarmante, me dejó horrorizado». Una joven que desempeñaba el papel de una criada y que en la vida real trabajaba en una oficina de información turística, empezó a tener la sensación de ser invisible. Describía la rápida adaptación de ella misma y de los demás a su estado de servidumbre: «Primero sentí sorpresa, y después miedo, al ver cómo nos habíamos achicado todos. Aprendimos enseguida que no había que contestar y acabamos adoptando una actitud servil».[18]

Normalmente, los roles van asociados a unas situaciones específicas, a unos trabajos y unas funciones concretas, como ser profesor, portero, taxista, sacerdote, asistente social o actor porno. La persona los representa cuando se halla en esa situación: en casa, en la escuela, en la iglesia, en la fábrica o en el escenario. Estos roles suelen pasar a un segundo plano cuando la persona regresa a su otra vida, a su vida «normal». Pero algunos roles son muy insidiosos: no son simples guiones que sólo seguimos de vez en cuando; pueden acabar adueñándose de nosotros la mayor parte del tiempo. Los acabamos interiorizando, aunque al principio reconozcamos que son artificiales y temporales y que están ligados a una situación. Y nos convertimos en padre, madre, hijo, hija, vecino, jefe, obrero, ayudante, sanador, mendigo, ladrón, prostituta, soldado y tantas cosas más.

Para complicar aún más las cosas, todos tenemos que representar múltiples roles, algunos contradictorios y otros que pueden hacer tambalear nuestros valores y nuestras creencias. Como en el caso del EPS, lo que empieza siendo una simple «representación de un papel» para distinguirlo de la verdadera persona, puede acabar teniendo un impacto muy profundo si la conducta propia del papel se recompensa. El «payaso de la clase» es objeto de una atención que no puede recibir por sus logros escolares, pero después nadie vuelve a tomarle en serio. Hasta la timidez puede ser un papel que se representa inicialmente para evitar encuentros sociales incómodos, una incomodidad situacional, pero cuando se practica lo suficiente se apodera de la persona.

Igualmente desconcertante es el hecho de que la gente pueda hacer cosas horribles cuando permite que el papel que representa tenga unos límites muy estrictos que delimitan lo que es apropiado, lo que se espera y lo que se refuerza en un entorno dado. Esta rigidez en el desempeño del papel desconecta a la persona de la moralidad y los valores tradicionales que gobiernan su vida «normal». El mecanismo de autodefensa basado en esta *compartimentación* nos permite alojar mentalmente aspectos contradictorios de nuestras creencias y experiencias en cámaras separadas para evitar interferencias. De este modo, un buen esposo puede ser un adúltero libre de culpa; un sacerdote piadoso puede ser un pederasta; un agricultor bondadoso puede ser un despiadado esclavista. Debemos tomar conciencia del poder que pueden tener los roles para conformar nuestras perspectivas para hacer el mal pero también para hacer el bien, como cuando adoptar el rol de enseñante o de enfermera se traduce en una vida de sacrificio por el bien de los alumnos y los enfermos.

Transiciones de rol: de sanador a asesino

Los médicos de las SS nazis encargados de seleccionar reclusos de los campos de concentración para exterminarlos o para hacer «experimentos» con ellos, representan el peor de los ejemplos posibles. Se les convencía para que abandonaran su función sanadora habitual y adoptaran un rol nuevo, ayudar a asesinar, mediante el acuerdo colectivo de que su conducta era necesaria para el bien común, lo que les otorgaba diversas defensas psicológicas para no afrontar la realidad de su complicidad en el exterminio de los judíos. De nuevo recurrimos a la detallada relación de estos procesos por parte del psiquiatra social Robert Jay Lifton.

Cuando llegaba un médico nuevo al lugar y se quedaba horrorizado al ver todo aquello, preguntaba:

> «Pero, ¿cómo es posible que se haga algo así?» Entonces se le daba una especie de respuesta general [...] que lo aclaraba todo. ¿Qué es mejor para él [el prisionero], que la diñe [*verreckt*] entre la mierda o que vaya al cielo en una nube de gas? Y así se resolvía el asunto para todos los iniciados [*Eingeweihten*].
>
> El asesinato en masa era una *realidad de la vida* a la que se esperaba que todo el mundo se adaptara.

Formular el genocidio de los judíos como «la solución final» (*Endlösung*) tenía un doble objetivo psicológico: «Simbolizaba aquella matanza en masa sin que sonara ni pareciera tan malvada, y centraba la atención en la solución de un problema». Transformaba aquel asunto en un problema práctico de difícil solución que había que resolver por todos los medios. Esta pirueta intelectual suprimía las emociones y la compasión de las rondas diarias que hacían los médicos.

Sin embargo, el trabajo de seleccionar reclusos para asesinarlos era tan «asfixiante, estaba asociado a una maldad tan inusitada», que aquellos médicos, muchos de ellos con una educación exquisita, tuvieron que echar mano de todas las defensas psicológicas que tenían a su alcance para no afrontar la realidad de su complicidad en aquellos asesinatos. Para algunos, la solución fue una especie de «agarrotamiento psíquico» que separaba las emociones de la cognición; otros adoptaron la solución esquizofrénica de «desdoblarse». La polaridad entre la crueldad y la dignidad en un mismo médico en momentos diferentes, «daba lugar a dos constelaciones psicológicas radicalmente diferentes en el yo: una se basaba en "los valores generalmente aceptados" y en la educación y la formación de una "persona normal"; la otra se basaba en "esa ideología [nazi, de Auschwitz] que tenía unos valores totalmente diferentes de los comúnmente aceptados"». Aquellas tendencias paralelas se alternaban de un día para otro.[19]

Los papeles recíprocos y sus guiones

También sucede que algunos roles exigen reciprocidad; para que el rol de carcelero tenga significado, alguien tiene que desempeñar el rol de preso. Y no se puede ser un preso si no hay alguien dispuesto a ser un carcelero. En el EPS, para la representación de los papeles no hizo falta ninguna formación expresa, ningún manual de buena práctica. Recordemos la incomodidad de los carceleros y la frivolidad de los reclusos del primer día, cuando aún se estaban acostumbrando a sus nuevos y extraños papeles. Pero se acabaron metiendo en sus papeles muy pronto, cuando la naturaleza de la diferencia de poder que constituía la base de la simbiosis reclusos-carceleros se hizo más patente.

El guión inicial para los papeles de carcelero o de recluso surgía de las experiencias de los participantes con el poder y con la impotencia, de su observación de las interacciones entre sus padres (tradicionalmente, el padre es el carcelero, la madre es la reclusa), de sus respuestas a la autoridad de médicos, enseñantes y jefes y, por último, de las improntas culturales que habían dejado las películas de género carcelario. La sociedad ya se había encargado de su formación. Nosotros sólo teníamos que tomar nota de sus improvisaciones al representar sus roles: en eso consistían nuestros datos.

Hay pruebas abundantes de que prácticamente todos los participantes reaccionaron en uno u otro momento de una forma que iba mucho más allá de lo que les exigía su papel y que penetraba profundamente en la estructura psicológica del encarcelamiento. Es probable que alguna reacción inicial de los carceleros estuviera influida por la orientación que les habíamos dado, cuando les expresamos a grandes rasgos la atmósfera que deseábamos crear para simular la realidad de una prisión. Pero fueran cuales fueran las exigencias generales que aquellas directrices pudieran haber planteado a los carceleros para que fueran unos «buenos actores», no deberían haber influido en ellos cuando estaban en la sala de oficiales o cuando creían que no les observábamos.

Por los informes posteriores al experimento sabemos que algunos carceleros habían sido especialmente brutales cuando se quedaban a solas con los reclusos en las salidas al lavabo, donde les empujaban contra el urinario o contra la pared. Las conductas más sádicas que observamos tuvieron lugar al final del turno de tarde y al principio del de la noche, cuando, como supimos después, los carceleros creían que no les mirábamos ni grabábamos sus acciones, es decir, cuando creían que, en cierto sentido, el experimento se hallaba «en suspenso». También vimos que el nivel de los maltratos fue subiendo cada día a pesar de que los reclusos no ofrecían resistencia y de su manifiesta desmoralización al reconocer la realidad de su encarcelamiento. En una entrevista, un carcelero recordaba entre risas que el primer día se había disculpado al empujar a un recluso, pero que al cuarto día ya no le daba ninguna importancia al hecho de empujarlos y humillarlos sin cesar.

El agudo análisis de Craig Haney refleja con claridad la transformación del poder que sentían los carceleros al recordar un episodio que tuvo lugar cuando sólo llevábamos unos días de experimento:

> Como había hecho con los reclusos, también me había entrevistado con todos [los carceleros] antes de que empezara el experimento y creía haberlos llegado a conocer, aunque sólo fuera un poco. Quizá por esta razón no abrigaba hostilidad hacia ellos a medida que el estudio avanzaba y que su conducta se hacía cada vez más extrema y abusiva. Pero pude ver claramente que, cuando insistía en hablar en privado con los reclusos para «aconsejarlos», y cuando a veces decía a los carceleros que se abstuvieran de actuar con una dureza tan gratuita, los carceleros me veían como una especie de traidor. Por ejemplo, al describir una conversación conmigo, uno de los carceleros escribió en su diario: «El psicólogo me regaña por haber esposado y vendado los ojos a un interno antes de salir de su despacho, y yo le respondo enfadado que es una medida de seguridad necesaria y que, de todos modos, es cosa mía». En efecto, me plantó cara. En un extraño giro de los acontecimientos, alguien a quien yo había asignado su papel al azar me había puesto en mi lugar por no respetar las normas de un entorno simulado que yo mismo había ayudado a crear.[20]

Al considerar el posible carácter tendencioso de la orientación que habíamos dado a los carceleros, nos dimos cuenta de que no habíamos dado orientación alguna a los reclusos. ¿Qué hacían cuando estaban solos y podían librarse de la continua opresión a la que se veían sometidos en el patio? En lugar de conocerse mejor unos a otros y de hablar de la realidad ajena a la prisión, se obsesionaban con las vicisitudes de su situación actual. Realzaban su papel de reclusos en lugar de distanciarse de él. Lo mismo ocurría con los carceleros: la información que obtuvimos de ellos cuando estaban en la sala de oficiales preparándose para empezar o terminar un turno revela que rara vez hablaban de temas personales o que no tuvieran relación con la prisión. Hablaban de «reclusos problemáticos», de actividades de la prisión, de nuestro personal: nunca de lo que cabría esperar que hablaran unos universitarios durante un descanso. No contaban chistes, no reían, no dejaban ver ninguna emoción ante sus compañeros, algo que podrían haber hecho para aligerar la situación o distanciarse de su papel. Recordemos la sorpresa de Christina Maslach al ver que el joven amable y simpático que acababa de conocer se había transformado en el brutal «John Wayne» en cuanto se había puesto el uniforme y había ocupado su posición de poder en el patio.

Otros roles del EPS

Quisiera añadir dos últimas observaciones acerca del poder y el uso de los roles para justificar la transgresión antes de pasar a exponer nuestras lecciones finales. Vayamos más allá de los roles que representaron nuestros voluntarios para recordar los que desempeñaron el sacerdote católico, el director de la junta de libertad condicional, el abogado de oficio y los padres que vinieron de visita. Los padres no sólo aceptaron nuestro *show* de la prisión como algo benigno e interesante en lugar de degradante y destructivo, sino que dejaron que les impusiéramos una serie de normas arbitrarias para limitar su conducta, al igual que habíamos hecho con sus hijos. Contábamos con que se atuvieran a su papel de ciudadanos de clase media, respetuosos con la ley y con la autoridad, que rara vez plantan cara al sistema. Del mismo modo, sabíamos que era improbable que nuestros reclusos de clase media atacaran directamente a los carceleros aunque estuvieran desesperados y les superaran en número —nueve contra dos— cuando algún carcelero estaba fuera del patio. Esta violencia no formaba parte de la conducta que habían aprendido, como podría haber ocurrido si los participantes fueran de una clase más baja y con más tendencia a ocuparse personalmente de estos asuntos. Ni siquiera hubo indicios de que los reclusos llegaran a fantasear sobre estos ataques.

La realidad de cualquier rol depende del sistema de apoyo que lo define y le marca unos límites, sin dejar que interfiera ninguna realidad alternativa. Recordemos que cuando la madre del recluso Rich-1037 se quejó del estado lamentable de su hijo, yo activé espontáneamente mi rol de «autoridad institucional» y contradije su observación insinuando que 1037 debía de tener algún problema personal, porque en nuestra prisión todo funcionaba a la perfección.

Aún me angustia recordar la transformación que yo mismo experimenté, pasando de mi rol habitual de enseñante amable y comprensivo al rol de investigador dedicado a reunir datos y, más adelante, al rol del director insensible de aquella prisión. Al desempeñar aquel rol nuevo y extraño hice cosas indebidas y chocantes, como menospreciar las quejas tan justificadas de aquella madre o montar un número cuando la

policía de Palo Alto rechazó mi petición de trasladar a los reclusos a la cárcel de la ciudad. Creo que el hecho de que me metiera tanto en aquel papel ayudó a que la prisión «funcionara» tan bien como lo hizo. Pero la importancia que ese mismo rol daba a la seguridad y al mantenimiento de «mi prisión» me impidió ver la necesidad de poner fin al experimento cuando el segundo recluso se vino abajo.

Roles y responsabilidad por las transgresiones

En la medida en que seamos capaces de meternos a fondo en un papel y aun así podamos distanciarnos de él cuando sea necesario, estaremos en la posición de «sacudirnos de encima» nuestra responsabilidad personal por el daño que podamos causar al representarlo. Eludimos la responsabilidad por nuestros actos y se la atribuimos al rol diciéndonos que es ajeno a nuestra naturaleza habitual. Es una variante de la defensa de los líderes nazis de las SS en el juicio de Nuremberg: «Me limitaba a cumplir órdenes». En este caso, la defensa es: «Yo no tengo la culpa, sólo representaba mi papel en ese momento y en ese lugar, no era mi verdadero yo».

Recordemos la justificación que ofreció Hellmann de sus maltratos a Clay-416 en una entrevista para la televisión. Decía que había estado haciendo «unos pequeños experimentos» por su cuenta para ver hasta dónde podía llegar sin que los reclusos se rebelaran para hacer valer sus derechos. En el fondo, lo que estaba diciendo era que había sido malo para empujar a los reclusos a ser buenos; su rebelión sería la principal recompensa a su crueldad. Pero, ¿dónde reside la falacia de esta justificación *a posteriori*? Se puede poner al descubierto fácilmente recordando su respuesta a la rebelión de Clay-416 con las salchichas y a la negativa del chusquero a decir «hijo de puta»; no lo hizo con admiración porque lucharon por sus derechos o sus principios, sino con rabia y con unos maltratos más duros. El oficial Hellmann abusó de todo el poder que le otorgaba el hecho de ser un carcelero para ir más allá de lo que exigía la situación y llevar a cabo sus «pequeños experimentos».

En una reciente entrevista con un periodista de *Los Angeles Times* para un reportaje retrospectivo sobre las secuelas del EPS, Hellmann y Doug-8612 justificaron su forma de actuar de entonces —uno «cruel», el otro «loco»— diciendo que simplemente *actuaban* para complacer a Zimbardo.[21] ¿De verdad? Quizás estuvieran representando unos papeles nuevos en el clásico de Akira Kurosawa, *Roshomon,* donde todo el mundo tiene una visión diferente de lo que realmente ha sucedido.

Anonimato y desindividuación

Además del poder de las normas y de los roles, el poder de las fuerzas situacionales aumenta con la introducción de uniformes, trajes y máscaras que permiten ocultar el aspecto habitual, fomentan el anonimato y reducen la responsabilidad personal. Cuando una persona se siente anónima en una situación, como si nadie se diera cuenta de su verdadera identidad (y, en el fondo, como si a nadie le importara), es más fácil inducirle a actuar de una manera antisocial, sobre todo si la situación le «da permiso» para liberar sus impulsos o para seguir unas órdenes o unas directrices implícitas a las que normalmente se opondría. Nuestras gafas de espejo eran uno de estos instrumentos, y a los carceleros, al subdirector y a mí mismo nos daban un aire más distante e impersonal en nuestro trato con los reclusos. Los uniformes otorgaban a los carceleros una identidad común, y lo mismo sucedía con la obligación de dirigirse a ellos con la fórmula abstracta de «señor oficial de prisiones».

Muchas investigaciones (que examinaremos en un capítulo posterior) documentan hasta qué punto la desindividuación facilita la violencia, el vandalismo y el robo tanto en adultos como en niños cuando la situación apoya estos actos antisociales. Podemos reconocer este proceso en obras como *El señor de las moscas,* de William Golding. Cuando todos los miembros de un grupo de personas se hallan en un estado desindividuado, sus funciones mentales cambian: viven en un presente dilatado donde pasado y futuro son irrelevantes. Los sentimientos dominan sobre la razón y la acción domina sobre la reflexión. En este estado, los procesos cognitivos y motivacionales habituales que dirigen la conducta por unos caminos

socialmente aceptables ya no actúan. La racionalidad apolínea y el sentido del orden se someten a los excesos dionisíacos e incluso al caos. Luego se hace tan fácil hacer la guerra como hacer el amor, sin tener en cuenta las consecuencias.

Todo esto me recuerda un dicho vietnamita atribuido al monje budista Thich Nhat Hanh: «Para pelear unos con otros, los pollitos de la misma gallina se pintan la cara de colores diferentes». Es una manera pintoresca de describir el papel de la desindividuación para facilitar la violencia. Como veremos más adelante, vale la pena fijarse en que uno de los guardias de la infame galería 1A de Abu Ghraib se pintaba la cara de plata y negro siguiendo el modelo del grupo de rock Insane Clown Posse mientras estaba de servicio y posaba para una de las muchas fotos que documentaron los maltratos a los prisioneros. Más adelante tendremos mucho más que decir en torno a los procesos de desindividuación que contribuyeron a los maltratos de Abu Ghraib.

La disonancia cognitiva que racionaliza el mal

Una consecuencia interesante de representar en público un papel que va en contra de las propias creencias es la aparición de una *disonancia cognitiva*. Cuando se da una discrepancia entre nuestra conducta y nuestras creencias, y cuando los actos no se siguen de unas actitudes pertinentes, se crea un estado de disonancia cognitiva. Esta disonancia es un estado de tensión que puede provocar un cambio en la conducta pública de la persona o en sus creencias privadas en un intento de reducir esa tensión. La persona hace todo lo que puede para dar alguna forma de coherencia funcional a estas conductas y creencias contradictorias. Cuanto mayor es la discrepancia más fuerte es la motivación para lograr la consonancia y más extremos son los cambios que se producen. Existe poca disonancia cuando hacemos daño a otra persona teniendo buenas razones para ello, como cuando vemos amenazada nuestra vida, o lo hacemos porque somos soldados, o hemos recibido órdenes de una alta autoridad, o recibimos una buena recompensa.

Por extraño que parezca, el efecto de la disonancia es *mayor* cuanto *menor es* la justificación para estas conductas. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando se lleva a cabo un acto repugnante por poco dinero, sin ninguna amenaza o con una justificación inadecuada o mínimamente suficiente. La disonancia aumenta y los intentos para reducirla llegan al máximo cuando la persona cree tener libertad de acción o no es plenamente consciente de las presiones situacionales que la empujan a realizar el acto discrepante. Si este acto discrepante ha sido público, no se puede negar ni modificar. Por lo tanto, la presión para el cambio la reciben los elementos más «blandos» de la ecuación de la disonancia, es decir, los elementos internos y privados, los valores, las actitudes, las creencias y hasta las percepciones. Estas conclusiones se apoyan en muchas investigaciones.[22]

¿Cómo pudo la disonancia motivar los cambios que pudimos observar en los carceleros del EPS? Aquellas personas se habían inscrito libremente para trabajar durante unos turnos largos y duros a cambio de un sueldo pequeño, inferior a dos dólares la hora. Habían recibido unas instrucciones mínimas sobre la forma de desempeñar su difícil papel. Tenían que mantenerse en aquel rol durante ocho horas seguidas y durante varios días (o noches) siempre que llevaban puesto el uniforme, se hallaban en el patio o estaban en presencia de otras personas, como reclusos, padres u otras visitas. Después de las dieciséis horas que libraban tenían que volver a meterse en ese papel. Es probable que esta fuente de disonancia fuera una de las causas principales de que acabaran interiorizando las conductas públicas de su rol y de que adquirieran unos estilos cognitivos y afectivos que contribuyeron a su comportamiento cada vez más autoritario y abusivo.

Pero aún hay más. Tras haber llevado a cabo algún acto disonante con sus creencias personales, los carceleros sufrían una gran presión para verle un sentido, para hallar razones para haber hecho o seguir haciendo algo que iba en contra de sus creencias y de su moral. En muchos entornos que fomentan la disonancia de una manera encubierta es posible engañar a cualquier persona sensata para que lleve a cabo algún acto irracional. La psicología social ofrece pruebas abundantes de que, cuando sucede esto, las personas inteligentes hacen tonterías, las personas cuerdas hacen locuras y las personas morales hacen cosas inmorales. Y, cuando ya las han hecho,

ofrecen «buenas» racionalizaciones de por qué han hecho lo que no pueden negar que han hecho. La gente tiene más capacidad para *racionalizar* que para ser racional; tiende a justificar las discrepancias entre su moralidad privada y los actos que la contradicen. Ello les permite convencerse a sí mismas y convencer a los demás de que su decisión se ha basado en consideraciones racionales. No son conscientes de su fuerte motivación para mantener la coherencia frente a las disonancias.

El poder del respaldo social

Normalmente, la gente tampoco es consciente de una fuerza aún mayor que guía su repertorio conductual: la *necesidad de aprobación o respaldo social*. La necesidad de gustar, de ser aceptado y respetado, de parecer normal, de integrarse, es tan poderosa, que estamos dispuestos a realizar las conductas más ridículas y extravagantes si un desconocido nos dice que ésa es la forma correcta de actuar. Nos reímos de los muchos episodios de *Objetivo indiscreto* que revelan esta verdad, pero rara vez nos fijamos en las veces que nosotros mismos somos la «estrella» del *Objetivo indiscreto* de nuestra propia vida.

Además de tener que hacer frente a los efectos de la disonancia, nuestros carceleros también se veían presionados para que mostraran conformidad. La presión colectiva de los otros carceleros daba mucha importancia al hecho de ser «uno más del equipo», a cumplir la norma no escrita que exigía deshumanizar a los reclusos. El carcelero bueno se marginaba del grupo y sufría en silencio por hallarse excluido del círculo socialmente gratificante de los otros carceleros de su turno. Por otro lado, el carcelero duro de cada turno era emulado, como mínimo, por otro carcelero de su mismo turno.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD

El poder que adquirían los carceleros cada vez que se ponían su uniforme de corte militar se veía correspondido por la impotencia que sentían los reclusos al llevar sus batas arrugadas con su número cosido en el frontal. Los carceleros tenían porras, silbatos y gafas de espejo que ocultaban sus ojos; los reclusos tenían una cadena atada al tobillo y una media que servía de gorro para cubrir su largo pelo. Estas diferencias situacionales no eran inherentes a la ropa ni a los accesorios: el origen de su poder residía en el material psicológico de las construcciones subjetivas que hacía cada grupo en relación con el significado de esos uniformes.

Para entender hasta qué punto son importantes las situaciones, debemos descubrir de qué forma perciben e interpretan un entorno conductual dado las personas que actúan en él. El *significado* que las personas asignan a los diversos componentes de la situación es lo que crea su realidad social. La realidad social es mucho más que las características físicas de una situación. Lo que pone en marcha una variedad de procesos psicológicos es la forma en que los actores ven su situación, la etapa conductual en la que se hallan. Estas representaciones mentales son creencias que pueden modificar cómo se percibe una situación, normalmente para asimilarla a las expectativas y los valores de la persona o para hacer que encaje con ellos.

Estas creencias crean unas expectativas que se pueden reforzar si se convierten en profecías «autocumplidas», es decir, si acarrean su propio cumplimiento. Por ejemplo, en un famoso experimento (realizado por el psicólogo Robert Rosenthal y por Lenore Jacobson, la directora de la escuela del estudio), cuando se hizo creer a unos enseñantes que ciertos niños de sus clases de primaria eran «superdotados latentes», esos niños acabaron destacando en los estudios aunque los investigadores los habían elegido al azar.[23] Las expectativas positivas de los enseñantes en relación con esos niños modificaron su comportamiento hacia ellos de una forma que acabó aumentando el rendimiento de los niños. Dicho de otro modo, aquel grupo de alumnos normales y corrientes demostraron el «efecto Pigmalión» y acabaron siendo lo que se esperaba que fueran. Por desgracia, es probable que lo contrario ocurra aún con más frecuencia cuando los enseñantes esperan un rendimiento bajo de ciertos alumnos, por ejemplo si

pertenecen a un grupo minoritario. En esos casos, los enseñantes tratan sin querer a esos alumnos de una forma que refuerza los estereotipos negativos y los alumnos acaban rindiendo por debajo de su capacidad.

En el EPS, los participantes podían haber optado por abandonar en cualquier momento. Nadie ni nada les obligaba a seguir en la prisión: únicamente habían prometido hacer lo que pudieran para aguantar las dos semanas en un formulario que habían rellenado durante el proceso de selección. El contrato no era más que un simple contrato de investigación entre unos investigadores, la junta de estudios con sujetos humanos de la universidad y unos estudiantes universitarios, y estaba muy claro desde el principio que los voluntarios podían abandonar el experimento cuando quisieran. Sin embargo, y como quedó claro en los sucesos que acontecieron durante el segundo día, los reclusos acabaron creyendo que aquello era una prisión dirigida por unos psicólogos y no por el Estado. A partir de la ocurrencia de Doug-8612, ellos mismos se convencieron de que no podían irse por propia voluntad. Por esta razón, ninguno de ellos llegó a decir: «Dejo el experimento». Al contrario, la estrategia que siguieron algunos para salir fue pasiva y consistió en obligarnos a soltarlos por una crisis nerviosa. Su construcción social de esta nueva realidad los ató a la situación opresiva creada por los actos caprichosos y crueles de los carceleros. Pero los reclusos mismos se convirtieron también en sus propios carceleros.

Otro aspecto de la construcción de la realidad social en aquel estudio era el «pacto» que se ofreció a los reclusos que comparecieron ante la junta de libertad condicional. Planteamos la situación como si la junta tuviera la facultad de conceder la libertad a los reclusos que estuvieran dispuestos a renunciar a todo el dinero que habían ganado como «reclusos». Aunque la mayoría de los reclusos aceptaron el trato y estaban dispuestos a salir sin recibir ninguna remuneración por los días que habían trabajado como «sujetos de investigación», en aquel momento ninguno hizo el menor intento de irse, de abandonar el «experimento». Aceptaron aquella realidad social en lugar de hacer uso de su libertad personal. Todos dejaron que les esposaran y les cubrieran la cabeza para que les apartaran de la libertad que tenían al alcance de la mano y les devolvieran a la prisión.

La deshumanización: el Otro como despreciable

Mato *macacos* por Dios.

Escrito en el casco de un soldado estadounidense
en Vietnam

Una de las peores cosas que podemos hacer a otro ser humano es privarle de su humanidad, despojarlo de todo valor mediante el proceso psicológico de la deshumanización. Esto sucede cuando pensamos que los «otros» no tienen los mismos sentimientos, pensamientos, valores y metas que nosotros. Rebajamos o borramos de nuestra conciencia toda cualidad humana que esos «otros» puedan tener en común con nosotros. Lo hacemos mediante los mecanismos psicológicos de la intelectualización, la negación y el aislamiento de las emociones. En contraste con las relaciones humanas, que son subjetivas, personales y emocionales, las relaciones deshumanizadas tienen un carácter objetivo y analítico y carecen de empatía o de contenido emocional.

Usando los términos de Martin Buber, las relaciones humanizadas son «yo-tú», mientras que las relaciones deshumanizadas son «yo-eso». Con el tiempo, la persona deshumanizadora suele ser absorbida por la negatividad de la experiencia y luego el «yo» mismo cambia para producir una relación «eso-eso» entre objetos, o entre la persona y la víctima. El hecho de ver a esos «otros» como subhumanos, inhumanos, infrahumanos, prescindibles o «animales» se facilita mediante etiquetas, estereotipos, consignas e imágenes propagandísticas.[24]

A veces, la deshumanización desempeña una función adaptativa para alguien que deba suspender su respuesta emocional habitual en una emergencia, en una crisis o en una situación de trabajo que exija invadir la intimidad de otras personas. Puede que los cirujanos tengan que hacerlo al llevar a cabo operaciones que violen el cuerpo de otra persona, y lo mismo pueden tener que hacer las primeras personas que responden a un desastre. Suele ocurrir lo mismo cuando una persona desempeña un trabajo que le exige atender a muchas otras. En algunas profesiones de naturaleza

asistencial, como la psicología clínica, la asistencia social o la medicina, este proceso recibe el nombre de «preocupación indiferente». El profesional se encuentra en la posición paradójica de tener que deshumanizar a los clientes para ayudarlos o curarlos.[25]

La deshumanización suele facilitar la realización de actos abusivos y destructivos contra las personas que se cosifican de este modo. «Hacía que se insultaran unos a otros, les hacía limpiar los retretes con las manos. Prácticamente llegué a ver a los internos como si fueran "ganado" y no dejaba de pensar: "No debo quitarles el ojo de encima por si están tramando algo".» Es difícil imaginar que uno de nuestros carceleros pudiera caracterizar de este modo a los reclusos, otros estudiantes universitarios como él que, de no ser porque la moneda cayó del lado malo, estarían llevando su uniforme.

Otro carcelero del EPS nos da un ejemplo más: «Estaba harto del hedor de la prisión, de ver a los reclusos con harapos y oliendo tan mal. Veía cómo se atacaban unos a otros porque se lo ordenábamos».

Como ocurre en las prisiones de verdad, el experimento de la prisión de Stanford creó una ecología de la deshumanización mediante muchísimos mensajes directos que se repetían constantemente. Empezó con la pérdida de libertad, se extendió hasta la pérdida de intimidad y finalmente llegó a la pérdida de la identidad personal. Separó a los internos de su pasado, de su comunidad y de su familia y sustituyó su realidad habitual por una realidad presente que les obligaba a convivir con otros reclusos en una celda anónima y sin espacio personal. Su conducta estaba dictada por unas normas coactivas externas y por las decisiones arbitrarias de los carceleros. En un nivel mucho más sutil, en nuestra prisión, como en todas las prisiones que conozco, las emociones estaban reprimidas, inhibidas, distorsionadas. Al cabo de unos pocos días, las emociones relacionadas con el afecto y la bondad habían desaparecido de los carceleros y de los reclusos.

En los entornos institucionales, la expresión de las emociones humanas se reprime porque representan unas reacciones individuales impulsivas y con frecuencia imprevisibles, cuando lo que se espera es una uniformidad de las reacciones colectivas. Los reclusos del EPS se vieron deshumanizados de muchas maneras por el trato de los carceleros y por

unos procedimientos institucionales degradantes. Sin embargo, no tardaron en agravar ellos mismos esta deshumanización reprimiendo sus respuestas emocionales salvo cuando se «desmoronaron». Las emociones son esenciales para la humanidad. Mantener las emociones bajo control es esencial en las prisiones porque son una señal de debilidad y vulnerabilidad para los carceleros y para los otros reclusos. Examinaremos más a fondo los efectos destructivos de la deshumanización al hablar de la desconexión moral en el capítulo 13.

Los hechos que rodearon el EPS

Lo que transformó nuestro experimento en un ejemplo capital de la psicología de la maldad fue una serie de acontecimientos dramáticos e inesperados que ocurrieron poco después de que finalizara nuestro estudio: una matanza en la prisión estatal de San Quintín, en California, y otra en la prisión estatal de Attica, en Nueva York. Estos dos sucesos catapultaron a un primer plano aquel modesto experimento académico diseñado para comprobar la noción teórica del poder situacional. Aquí sólo expondré brevemente los principales aspectos de aquellos sucesos y sus consecuencias para el EPS y para mí. El lector interesado podrá encontrar en el sitio web www.lucifereffect.com una información completa sobre esos sucesos y sobre el impulso que dieron al partido de los Panteras Negras y al grupo estudiantil radical Weather Underground.

El día después de que finalizara el EPS, varios carceleros y reclusos fueron asesinados en la prisión de San Quintín en un supuesto intento de fuga encabezado por el activista político negro George Jackson. Tres semanas después, al otro lado del continente, en el Estado de Nueva York, se amotinaron unos reclusos de la prisión de Attica. Se hicieron con la prisión y tomaron como rehenes a casi cuarenta personas entre carceleros y personal civil durante cinco días. En lugar de negociar con los reclusos y atender a sus exigencias de mejorar las condiciones de opresión y deshumanización que sufrían, el gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, ordenó a la policía estatal que tomara la prisión a toda costa. La policía mató a disparos a más de cuarenta internos y rehenes que estaban

en el patio e hirió a muchas personas más. La proximidad en el tiempo de estos dos sucesos hizo que las condiciones de las prisiones pasaran a un primer plano. Fui invitado a declarar ante varias comisiones del Congreso estadounidense para extender lo que había aprendido del EPS a las prisiones en general. También actué como perito judicial para uno de los seis reclusos implicados en la matanza de la prisión de San Quintín. Por aquel entonces, un corresponsal que me había visto en un debate televisado con el subdirector adjunto de San Quintín decidió hacer un documental sobre el EPS para una televisión de alcance nacional (emitido en el programa *Chronolog* de la NBC de noviembre de 1971). Pronto le siguió un reportaje en la revista *Life* y el EPS saltó a la fama.

El EPS en el contexto de su época

Para entender más plenamente hasta qué punto nuestra prisión simulada transformó el carácter de los estudiantes que hicieron de carceleros y de reclusos, será bueno considerar el espíritu de aquella época, entre finales de los años sesenta y principios de los setenta. Era una época caracterizada por el rechazo a la autoridad, por «desconfiar de los mayores de treinta», por la oposición al «complejo militar-industrial», por las manifestaciones contra la guerra, por el apoyo a los derechos civiles y los derechos de las mujeres. Fue una época en la que los jóvenes se rebelaban contra la rígida conformidad de la sociedad y de sus mayores que tanto había limitado a sus padres durante los años cincuenta. Fue una época en la que se experimentaba con el sexo, las drogas y el rock and roll, la época de dejarse el pelo largo, de «soltarse la melena». Fue la época de los «hippies», de los «*be-ins*» y los «*love-ins*», de los «hijos de las flores» con flores en el pelo; la época de ser pacifista y, sobre todo, de ser individualista. El psicólogo de Harvard Timothy Leary, el cáustico gurú intelectual de aquella generación, ofrecía una triple receta para los jóvenes de todo el mundo: «desconectar» de la sociedad tradicional, «abrirse» a las sustancias que alteran la mente y «reconectar» con el ser interior.

El auge de la «Youth Culture», con su rebelión radical contra la injusticia y la opresión, se centraba en la inmoralidad de la guerra de Vietnam, en el escandaloso recuento diario de las bajas y en una administración que no estaba dispuesta a admitir sus errores, a abandonar tras siete años de guerra sangrienta. Aquellos valores se extendieron a movimientos juveniles europeos y asiáticos. Los europeos eran aún más combativos que sus coetáneos estadounidenses en su enérgico desafío al *establishment*. Se rebelaron abiertamente contra la ortodoxia política y académica. En oposición directa a lo que consideraban unos regímenes reaccionarios y represores, estudiantes de París, Berlín y Milán fueron «a las barricadas». Muchos eran socialistas contrarios al totalitarismo fascista y comunista y querían derribar las barreras económicas para acceder a la enseñanza superior.

Como grupo, los estudiantes voluntarios de nuestro estudio habían surgido de esta cultura juvenil de rebelión, de experimentación personal y de rechazo a la autoridad y a la conformidad. Por lo tanto, cabía esperar que se mostraran más resistentes de lo que lo fueron a las fuerzas institucionales, que se negaran a ceder ante el dominio del «Sistema» que yo les había impuesto. No habíamos previsto que adoptaran una mentalidad tan proclive al poder cuando se convirtieron en carceleros porque ninguno de los voluntarios había querido serlo. Hasta el duro oficial Hellmann quería ser un recluso antes que un carcelero, porque, según nos dijo, «a la gente le caen mal los carceleros».

Prácticamente todos nuestros estudiantes creían que en el futuro podrían acabar encerrados en una prisión; no iban a la universidad para trabajar después como carceleros, y algún día les podrían detener por alguna infracción menor. Para mí, esto significa que los que acabaron haciendo de carceleros no trajeron al experimento de la prisión ninguna tendencia a maltratar o dominar a los demás. En todo caso, podríamos decir que trajeron unas tendencias positivas hacia los demás de acuerdo con el condicionamiento social de la época. Del mismo modo, no había razón para esperar que los estudiantes que hicieron de reclusos se desmoronaran con tanta rapidez o, en realidad, que llegaran a desmoronarse, dado el excelente estado inicial de su salud mental y física. Es importante tener presente este

contexto temporal y cultural al evaluar posteriores intentos de reproducir nuestro estudio por parte de otros investigadores en contextos muy diferentes.

POR QUÉ LOS SISTEMAS SON LO MÁS IMPORTANTE

La lección más importante que podemos aprender del EPS es que las Situaciones las crean unos *Sistemas*. Los Sistemas proporcionan el apoyo institucional, la autoridad y los recursos que permiten que las Situaciones actúen como actúan. Ahora que ya hemos expuesto a grandes rasgos todas las características situacionales del EPS, observamos que rara vez se plantea una pregunta fundamental: «¿Quién o qué hizo que sucediera lo que sucedió?». ¿Quién tenía el poder de diseñar el entorno conductual y de hacer que actuara de una manera concreta? Dicho de otro modo, ¿a quién cabe hacer responsable de sus consecuencias y de sus resultados? ¿A quién cabe atribuir el mérito de los éxitos y a quién la culpa de los fracasos? La respuesta más sencilla en el caso del EPS es: ¡yo! Sin embargo, hallar esta respuesta no es tan sencillo cuando tratamos con organizaciones complejas y buscamos las causas del fracaso del sistema penitenciario o del sistema educativo, de la corrupción de las grandes multinacionales o del sistema que se creó en la prisión de Abu Ghraib.

El Poder del Sistema supone una autorización o un permiso institucionalizado para comportarse de una manera prescrita y la prohibición o el castigo de los actos que no se atengan a ella. Proporciona una «autoridad superior» que valida el desempeño de unos roles nuevos, el cumplimiento de unas normas nuevas y la realización de unos actos que en otras circunstancias estarían limitados por unas leyes, unas normas, unos principios y una ética ya existentes. Esta validación suele ocultarse bajo el manto de una *ideología*. Una ideología es un eslogan o una proposición que suele legitimar los medios necesarios para lograr un objetivo. La ideología es la «regla suprema» a la que nadie se opone y que nadie cuestiona porque parece ser totalmente «correcta» para la mayoría de la gente en un lugar y

en un momento concretos. Quienes ostentan la autoridad presentan esta ideología como algo bueno y lleno de virtudes, como un imperativo moral del máximo valor.

Los programas, las políticas y los procedimientos de actuación que se desarrollan para apoyar una ideología se convierten en un componente fundamental del Sistema. A medida que la ideología se va aceptando como algo sagrado, los procedimientos del Sistema se consideran cada vez más razonables y correctos.

Durante los años sesenta y setenta, cuando las juntas militares fascistas gobernaban medio mundo desde el Mediterráneo a Latinoamérica, los dictadores siempre justificaban sus llamadas a las armas como defensa necesaria contra una «amenaza a la seguridad nacional» supuestamente planteada por socialistas o comunistas. Acabar con esa amenaza hacía necesario que el Estado legitimara la tortura por parte de los militares y la policía. También legitimaba el asesinato de los sospechosos de ser «enemigos del Estado» por parte de los llamados «escuadrones de la muerte».

En los Estados Unidos de hoy, las supuestas amenazas a la seguridad nacional han amedrentado a los ciudadanos hasta el punto de hacerles renunciar a sus derechos básicos a cambio de una ilusión de seguridad. A su vez, esta misma ideología ha servido para justificar una «guerra preventiva» contra Irak. Esta ideología ha sido creada por el Sistema que está en el poder, que a su vez ha creado nuevos Sistemas subordinados para la administración de la guerra, la administración de la seguridad nacional y la administración de las prisiones militares o, bien mirado, para la ausencia de estas administraciones, vista la falta de una planificación seria para después de la guerra.

Mi fascinación académica por las estrategias y los métodos de control mental que se exponen en la clásica novela de George Orwell *1984*[26] debería haberme hecho consciente del poder del Sistema mucho antes en mi vida profesional. El «Gran hermano» es el Sistema que en última instancia aplasta la iniciativa individual y la voluntad de resistencia. Durante muchos años, el tratamiento del EPS ni siquiera incluyó un análisis en el nivel de los Sistemas porque la formulación original se había planteado como una

especie de enfrentamiento entre la visión disposicional y la visión situacional de la conducta humana. Pasé por alto el problema más amplio de considerar el marco ofrecido por el Sistema. No vi con toda claridad la importancia del análisis en el nivel de los Sistemas hasta que me propuse entender la dinámica de los maltratos generalizados en muchas prisiones militares de Irak, Afganistán y Cuba.

Richard Feynman, físico y premio Nobel, demostró que el trágico desastre del transbordador espacial *Challenger* no se debió a un error humano, sino a un problema sistémico de la «administración oficial». Los capitostes de la NASA querían que se realizara el lanzamiento a pesar de las dudas de los ingenieros y de las reservas expresadas por el fabricante de un componente importante (la junta defectuosa que provocó el desastre). Según Feynman, la motivación de la NASA pudo haber sido «convencer al gobierno de la perfección y el éxito de la NASA para seguir recibiendo fondos».[27] En posteriores capítulos adoptaremos el punto de vista de que tanto los Sistemas como las Situaciones son importantes para poder entender qué salió mal en las prisiones de Stanford y de Abu Ghraib.

En contraste con el fallo del sistema de la NASA cuando intentó ponerse a la altura de su eslogan «más bueno, más rápido y más barato», se encuentra el horroroso éxito del sistema nazi de exterminio en masa. Aquí había un sistema vertical fuertemente integrado que incluía el gabinete de Hitler, políticos nazis, banqueros, oficiales de la Gestapo, las SS, ingenieros, doctores, arquitectos, químicos, educadores, conductores de trenes y muchas personas más, cada una contribuyendo a su modo a la empresa de exterminar a todos los judíos europeos y a otros enemigos del Estado.

Había que construir campos de concentración y de exterminio, había que diseñar unos hornos crematorios especiales, había que encontrar y perfeccionar nuevas variedades de gas letal. Los especialistas en propaganda hicieron uso de películas, periódicos, revistas y carteles en su campaña para denigrar y deshumanizar a los judíos presentándolos como una amenaza. Y hubo que adoctrinar a los jóvenes para convertirlos en nazis, para que obedecieran ciegamente y pudieran justificar su participación en la «solución final al problema judío».[28]

Hubo que crear un lenguaje nuevo con palabras que sonaran inofensivas y ocultaran la verdad de la destrucción y la crueldad; palabras como *Sonderbehandlung* (tratamiento especial), *Sonderaktion* (acción especial), *Umsiedlung* (reasentamiento) y *Evakuierrung* (evacuación). La expresión «tratamiento especial» era el nombre en clave para el exterminio, y a veces se abreviaba con las siglas SB. El jefe de las SS Reinhard Heydrich explicó los principios básicos de la seguridad durante la guerra en una declaración que hizo en 1939: «Es necesario distinguir entre quienes se pueden tratar de la manera habitual y quienes deben recibir un tratamiento especial [*Sonderbehandlung*]. Los segundos son aquellos sujetos que, a causa de su naturaleza totalmente inaceptable, su peligrosidad o su capacidad para actuar como medios de propaganda del enemigo, deben ser eliminados, sin respeto alguno, mediante un trato despiadado (normalmente mediante la ejecución)».[29]

Los médicos nazis que se encargaban de seleccionar a los prisioneros para el exterminio o la experimentación solían tener que hacer frente a unas profundas contradicciones: «A juramentos contradictorios, a la contradicción entre la crueldad asesina y la amabilidad momentánea que los médicos de las SS parecían manifestar durante su estancia en Auschwitz. Y este cisma no se superaba. Su persistencia formaba parte del equilibrio psicológico global que permitía al médico de las SS llevar a cabo su mortífero trabajo. Se acababa integrando en un sistema grande, brutal y muy funcional [...] Auschwitz fue una empresa colectiva».[30]

CAPÍTULO 11

EPS: ética y extensiones

> Hemos viajado muy lejos y nuestro impulso ha tomado el mando: vamos hacia la eternidad sin darnos cuenta, sin posibilidad de indulto ni esperanza de explicación.
>
> TOM STOPPARD, *Rosencrantz and Guildenstern Are Dead*, Acto 3 (1967)

Hemos visto hasta qué punto el impulso de la prisión simulada de Stanford llegó a controlar la vida de quienes vivían entre sus paredes, y casi siempre para peor. En el capítulo anterior he respondido a grandes rasgos a la pregunta de cómo es posible que las personas se transformen de una manera tan rápida y radical. Concretamente, he señalado cómo actúan conjuntamente las fuerzas situacionales y sistémicas para echar a perder los frutos de la naturaleza humana.

Nuestros jóvenes participantes no eran unas «manzanas podridas» que fueron a parar a un buen cesto. Al contrario, nuestro diseño experimental garantizaba que al principio fueran buenas manzanas y que acabaran siendo corrompidas por el poder insidioso del cesto podrido, nuestra prisión. Naturalmente, en comparación con la naturaleza perniciosa y letal de las prisiones civiles y militares de verdad, nuestra prisión de Stanford era

relativamente benigna. Los cambios en la forma de pensar, sentir y comportarse que experimentaron nuestros voluntarios en aquel entorno fueron consecuencia de unos procesos psicológicos conocidos que actúan en todos nosotros de diversas maneras y en muchas situaciones, aunque no de una manera tan implacable e intensa. Los participantes acabaron enredados en una «situación total» cuyo impacto fue mayor que el de la mayoría de las situaciones ordinarias de las que entramos y salimos constantemente.[1]

Consideremos la posibilidad de que cada uno de nosotros tenga el potencial, o la «plantilla mental», para ser santo o pecador, para ser altruista o egoísta, amable o cruel, sumiso o dominante, cuerdo o loco, bueno o malo. Quizá nacemos con toda una gama de capacidades que se activan y se desarrollan en función de las circunstancias sociales y culturales que gobiernan nuestra vida. Argumentaré que el potencial para la perversión es inherente a los procesos mismos que hacen que los seres humanos hagamos las cosas maravillosas que hacemos. Cada uno de nosotros es el producto final de los complejos procesos de desarrollo y especialización que han surgido tras millones de años de evolución, crecimiento y adaptación. Nuestra especie ha alcanzado su lugar especial en la Tierra gracias a su aptitud extraordinaria para aprender, para el lenguaje, para el razonamiento, para inventar y para imaginar un futuro nuevo y mejor. Todo ser humano tiene el potencial para perfeccionar las aptitudes, las capacidades y los atributos necesarios para ir más allá de la supervivencia y mejorar la condición humana.

La perversión de la perfectibilidad humana

¿Podría ser que parte de la maldad del mundo fuera obra de gente normal y corriente que actúa en unas circunstancias que, de una manera selectiva, activan el lado oscuro de su naturaleza? Primero responderemos a esta pregunta con algunos ejemplos generales y luego volveremos a centrarnos en los procesos humanos normales que se degradaron en el EPS. La memoria y el recuerdo nos permiten sacar provecho de nuestros errores y de lo que sabemos para crear un futuro mejor. Sin embargo, con el

recuerdo también vienen el rencor, la venganza, la indefensión aprendida y el cavilar sobre los traumas que alimentan la depresión. De la misma manera, nuestra extraordinaria capacidad para usar el lenguaje y los símbolos permite que nos comuniquemos con los demás en persona o en abstracto, a través del espacio y del tiempo. El lenguaje constituye la base de la historia, la planificación y el control social. Pero con el lenguaje vienen los rumores, las mentiras, la propaganda, los prejuicios y las normas coactivas. Nuestro extraordinario genio creativo produce la literatura, el teatro, la música, la ciencia e inventos como el ordenador e Internet. Pero esa misma creatividad se puede pervertir para inventar cámaras y métodos de tortura, ideologías paranoicas o el eficiente sistema nazi para el asesinato en masa. Cualquiera de nuestros atributos especiales contiene la posibilidad de su opuesto, como en las dicotomías dignidad-arrogancia, amor-odio, autoestima-autodesprecio.[2]

La necesidad fundamental que tiene el ser humano de sentirse parte de algo procede del deseo de asociarse con otros, de cooperar, de aceptar normas colectivas. Sin embargo, el EPS demuestra que esta necesidad de sentirse parte de algo también se puede distorsionar hasta convertirse en una conformidad y una obediencia excesivas, y en una hostilidad del propio grupo (o endogrupo) hacia un grupo distinto (o exogrupo). La necesidad de autonomía y de control, las fuerzas básicas hacia la autodirección y la planificación, se pueden distorsionar y convertirse en un ejercicio excesivo del poder para dominar a otros o en una indefensión aprendida.

Consideremos otras tres necesidades que pueden tener un doble filo. En primer lugar, *las necesidades de coherencia y de racionalidad* otorgan una dirección significativa y sensata a nuestra vida. Pero los compromisos disonantes nos obligan a aceptar y racionalizar decisiones desatinadas, como el hecho de que los reclusos se quedaran cuando debían haber abandonado o de que los carceleros justificaran sus maltratos. En segundo lugar, *las necesidades de conocer y entender nuestro entorno y nuestra relación con él* conducen a la curiosidad, a los descubrimientos científicos, a la filosofía, las humanidades y el arte. Pero un entorno caprichoso y arbitrario que no tenga sentido puede pervertir esas necesidades básicas y conducir a la frustración y al aislamiento (como ocurrió con nuestros

reclusos). Y, por último, nuestra *necesidad de estímulos* hace que exploremos y asumamos riesgos, pero también puede hacernos vulnerables al aburrimiento cuando nos hallamos en un entorno estático. A su vez, el aburrimiento puede convertirse en una poderosa motivación para actos como los de los carceleros del turno de tarde del EPS, que se divertían con sus «juguetes».

Con todo, quisiera hacer una observación muy importante: entender «por qué» se ha hecho algo no justifica ese «algo». El análisis psicológico no equivale a una especie de «excusología». Las personas y los grupos que se comportan de una forma inmoral o ilegal siguen siendo responsables moralmente y legalmente de su complicidad y de sus delitos. Sin embargo, al determinar la severidad de su sentencia, se deberían tener en cuenta los factores situacionales y sistémicos que han causado su conducta.[3]

En los dos capítulos siguientes iremos más allá del EPS para examinar un conjunto de investigaciones psicológicas que complementan y amplían los argumentos expuestos hasta ahora sobre el poder de las fuerzas situacionales para determinar el pensamiento y la actuación del ser humano. Pero antes tenemos que volver a tratar algunas cuestiones básicas planteadas por este experimento. La primera y más importante es: ¿valió la pena todo aquel sufrimiento? Es indudable que durante el experimento hubo gente que sufrió. Y quienes les hicieron sufrir también tuvieron que hacer frente al reconocimiento de que habían ido mucho más allá de lo que exigía su papel haciendo sufrir y humillando a esas personas durante horas y horas. Por lo tanto, las cuestiones éticas en este estudio y en otros estudios similares exigen una cuidadosa consideración.

La virtud, como nos mostró Dante en su *Inferno,* no consiste solamente en no pecar; también exige acción. Aquí examinaremos cómo actuó en el EPS la parálisis de la acción. En el siguiente capítulo examinaremos las consecuencias más generales que tiene para la sociedad el hecho de no actuar, como en el caso de los circunstantes o espectadores pasivos que no intervienen cuando hace falta su ayuda.

Además de examinar los errores éticos por omisión y la ética absoluta, debemos examinar en profundidad la ética relativa que guía la mayor parte de las investigaciones científicas. Un equilibrio básico en la ecuación de la

ética relativa exige comparar el dolor con los beneficios. El dolor causado a los participantes del experimento, ¿estuvo compensado por los beneficios que ofreció la investigación a la ciencia y a la sociedad? En otras palabras, ¿los fines científicos justificaron los medios experimentales? Aunque aquel estudio tuvo muchas consecuencias positivas, será el lector quien decida si hubo que llevarlo a cabo o no.

Las investigaciones que hacen reflexionar generan otras investigaciones e invitan a realizar extensiones, como ocurrió con el EPS. Después de reflexionar sobre la ética del EPS, examinaremos brevemente algunas replicaciones y aplicaciones que se han hecho de este estudio y que ofrecen un contexto más amplio para apreciar su importancia.

Reflexiones éticas en torno al EPS

¿El estudio del EPS fue poco ético? En varios sentidos, seguramente la respuesta es que «sí». Sin embargo, hay otras formas de contemplar esta investigación que conducen a un razonable «no». Antes de que examinemos diferentes pruebas en apoyo de cada una de estas alternativas, debo dejar claro por qué planteo estas cuestiones decenios después de que el estudio terminara. Al haber dedicado personalmente mucha atención a estas cuestiones éticas, creo que puedo aportar a esta discusión una perspectiva más amplia de la normal. Podrá ser útil para que otros investigadores eviten cometer unos fallos similares si son conscientes de algunas señales sutiles que sirven de aviso y si son más sensibles a las consideraciones éticas que planteó el EPS. Sin ánimo de ponerme a la defensiva ni de racionalizar mi papel en este estudio, emplearé esta investigación para exponer la complejidad de los criterios éticos que plantean los estudios basados en intervenir en la actuación del ser humano.

Ética absoluta

En aras de la brevedad, podemos decir que la ética puede ser «absoluta» o «relativa». Cuando la conducta se guía por una ética absoluta, se puede postular un principio moral de orden superior que es invariable en relación con las condiciones de su aplicabilidad a través del tiempo, las situaciones, las personas y las conveniencias. Estas éticas absolutas se encarnan en códigos comunitarios de conducta.

Una norma ética absoluta plantea que, puesto que toda vida humana es sagrada, no se puede degradar de ninguna manera, por muy involuntaria que pueda ser. En el caso de la investigación, no existe ninguna justificación para que un experimento provoque sufrimiento en un ser humano. Desde este punto de vista, es incluso razonable sostener que en psicología o medicina no se debería realizar ninguna investigación que viole la integridad biológica o psicológica de ninguna persona con independencia de los beneficios que puedan obtenerse para la sociedad en general.

Quienes adoptan esta perspectiva argumentan que, por mucho que unos actos que causen sufrimiento se realicen en nombre de la ciencia, del conocimiento, de la «seguridad nacional» o de cualquier otra abstracción grandilocuente, carecen de ética. En el campo de la psicología, quienes están más identificados con la tradición humanista son quienes más se han hecho oír exhortando a que el objetivo básico de la dignidad humana se anteponga a los objetivos de este campo, es decir, la predicción y el control de la conducta.

El EPS carecía de ética absoluta

Sobre la base de una ética absoluta de esta clase, es indudable que el experimento de la prisión de Stanford se debe considerar falto de ética porque hubo unas personas que sufrieron mucho. Sufrieron bastante más de lo que podían haber previsto cuando se presentaron para participar en un estudio académico de «la vida en prisión» que se iba a llevar a cabo en una universidad de prestigio. Además, aquel sufrimiento fue en aumento hasta llegar a tales niveles de estrés y de confusión emocional, que cinco de los jóvenes participantes inicialmente sanos tuvieron que ser puestos en libertad antes de tiempo.

Los carceleros también sufrieron al darse cuenta de lo que habían hecho bajo el manto de su rol y tras el anonimato que les brindaban sus gafas de espejo. Pudieron ver y oír el dolor y la humillación que causaban a unos estudiantes como ellos y que no habían hecho nada para merecerlo. Su conciencia de los innegables y excesivos maltratos a los que sometieron a los reclusos les causó una aflicción mucho mayor que la que sintieron los participantes del clásico estudio de Stanley Milgram sobre «la obediencia ciega a la autoridad» y que examinaremos a fondo en el capítulo siguiente.[4] Se ha dicho que esta investigación carecía de ética porque los participantes podían *imaginar* el dolor que supuestamente infligían al aplicar unas descargas eléctricas a una víctima que no estaba presente, el «alumno».[5] Pero cuando el estudio finalizó se les dijo que, en realidad, el «alumno-víctima» era un cómplice de los investigadores que fingía sentir dolor. La aflicción de los participantes se debía a la conciencia de lo que *podrían haber hecho* si las descargas hubieran sido reales. En cambio, la aflicción de nuestros carceleros se debía a su conciencia de que las «descargas» que habían aplicado a los reclusos habían sido reales, directas y continuas.

Otra característica del estudio que lo calificaría de falto de ética fue el hecho de no comunicar por adelantado la naturaleza de las detenciones y de los trámites en la jefatura de policía ni a los estudiantes a los que se había asignado el papel de reclusos ni a sus padres, a quienes aquella inesperada intrusión en su rutina dominical pilló totalmente por sorpresa. También fuimos culpables de manipular a los padres haciéndoles creer que la situación de sus hijos no era tan mala como era en realidad empleando diversos métodos de engaño y de control en las noches de visita. El lector recordará que nos preocupaba que los padres pudieran llevarse a sus hijos a casa si se daban cuenta de los maltratos que recibían en aquella prisión simulada. Para prevenir esta posibilidad, que habría puesto fin a nuestro estudio, les montamos un verdadero *show*. Y no sólo lo hicimos para mantener intacta nuestra prisión, sino también como un ingrediente básico de nuestra simulación, porque estos engaños son habituales en muchos sistemas que son investigados por comisiones de supervisión. Tendiendo

una alfombra roja de aspecto muy aparente, los encargados del sistema contrarrestan las quejas y las preocupaciones sobre los aspectos negativos de su situación.

Otra razón para considerar que el EPS carecía de ética es el hecho de no haberle puesto fin antes. Debía haber finalizado cuando el segundo recluso sufrió una grave crisis al tercer día. Aquello debería haber sido una prueba más que suficiente de que Doug-8612 no había fingido la crisis emocional del día anterior. Deberíamos haber parado después de que uno, dos y hasta tres reclusos más sufrieron crisis. Pero no lo hicimos. Con todo, es probable que hubiera puesto fin al estudio el domingo, al final de una semana completa, como una especie de «final natural», de no haber sido porque la intervención de Christina Maslach nos obligó a ponerle fin antes de tiempo. Podría haberlo dado por finalizado al final de la primera semana porque tanto yo como el resto del personal, sobre todo Curt Banks y David Jaffe, estábamos exhaustos por haber tenido que estar pendientes de los aspectos logísticos las veinticuatro horas del día y por la necesidad de contener la escalada de maltratos de los carceleros.

Visto en retrospectiva, creo que el principal motivo de que no pusiera fin al estudio antes, cuando todo empezó a desmadrarse, fue el conflicto que suponía para mí mi doble papel de director de la investigación y, en consecuencia, de principal responsable de velar por la ética del experimento, y de director de la prisión, deseoso de mantener la integridad y la estabilidad de la prisión a toda costa. Me gustaría creer que si el rol de director de la prisión lo hubiera desempeñado otra persona, habría visto la luz y habría puesto fin al experimento antes. Ahora me doy cuenta de que debería haber habido alguien con autoridad sobre mí, alguien encargado de supervisarlo todo.

Así pues, me siento responsable de haber creado una institución que autorizó aquellos maltratos en el contexto de la «psicología del encarcelamiento». El experimento tuvo demasiado éxito recreando algunos de los peores aspectos de las prisiones de verdad y obtuvimos esos resultados a costa de mucho sufrimiento. Lo lamento profundamente y hasta el día de hoy pido perdón por haber contribuido a aquella inhumanidad.

Ética relativa

La mayoría de las investigaciones siguen un modelo ético utilitario. Cuando un principio ético admite aplicaciones contingentes, su condición es relativa y se debe juzgar en función de unos criterios pragmáticos basados en unos principios utilitarios. Es evidente que la presente investigación estuvo guiada por un modelo de esta clase, como la mayoría de los experimentos psicológicos. Pero, ¿qué elementos se consideran en la ecuación costes-beneficios? ¿Cómo se debe sopesar la proporción entre costes y beneficios? ¿Quién debe juzgar si los beneficios compensan los costes? Éstas son algunas de las preguntas que se deben plantear para que una posición de ética relativa se pueda considerar ética.

Algunos casos se resuelven sobre la base del saber convencional, es decir, en función del estado actual de los conocimientos pertinentes, de los precedentes de otros casos similares, del consenso social, de la sensibilidad y los valores de cada investigador y del nivel de conciencia que predomine en una sociedad dada en un momento determinado. Las instituciones de investigación, los organismos financieros y los gobiernos también establecen unos límites y unas directrices estrictas para todas las investigaciones médicas y no médicas llevadas a cabo con seres humanos.

El principal dilema ético para los sociólogos es esta pregunta: ¿puede un investigador crear un equilibrio entre lo que cree que es necesario para la realización de una investigación útil desde el punto de vista teórico o social, y lo que se cree necesario para garantizar el bienestar y la dignidad de los participantes en el estudio? Puesto que los intereses de los investigadores pueden hacer que tiendan más hacia lo primero que hacia lo segundo, es necesario que algunos inspectores o supervisores externos, y en particular quienes otorgan las subvenciones y los organismos institucionales de inspección, actúen como *ombudsman* o defensores de los participantes. Sin embargo, estos inspectores externos también deben actuar en interés de la «ciencia» y de la «sociedad» para determinar si en un experimento dado se permite engañar, suscitar emociones o generar otros estados aversivos, y hasta qué punto. Actúan partiendo del supuesto de que cualquier impacto

negativo de estos métodos será pasajero y no es probable que perdure más allá de los límites del experimento. Veamos a continuación cómo se conjugaron en el EPS estos intereses contrapuestos.

En la vertiente relativista de la argumentación ética, se podría sostener que el EPS no carecía de ética por la siguiente razón: se consultó al departamento jurídico de la Universidad de Stanford, que redactó una declaración formal de «consentimiento informado» y nos comunicó los requisitos en cuanto a trabajo y seguridad que debíamos satisfacer para que se aprobara el experimento. En aquella declaración de «consentimiento informado» que firmaron los participantes se especificaba que durante el experimento habría una invasión de su intimidad; que los reclusos seguirían un régimen alimenticio mínimamente adecuado, que perderían algunos de sus derechos y que serían hostigados. Se esperaba que todos cumplieran las dos semanas del contrato lo mejor que pudieran. Se comunicó al centro médico de Stanford la realización de nuestro estudio y se hicieron preparativos para cualquier atención médica que los sujetos pudieran necesitar. Se solicitó y se obtuvo la aprobación oficial y por escrito del organismo que sufragaba la investigación, la Group Effectiveness Branch de la Office of Naval Research (ONR), de la Facultad de Psicología de Stanford y de la Institutional Review Board (IRB) de la universidad.[6]

Exceptuando la detención por parte de la policía, los participantes no fueron objeto de ningún engaño. Además, mi personal y yo mismo recordábamos sin cesar a los carceleros que no debían maltratar físicamente a los reclusos, ni por separado ni en grupo. Sin embargo, no hicimos extensiva esta prohibición a los maltratos psicológicos.

Otro factor que complica la evaluación de la ética de este estudio es que nuestra prisión estaba abierta a la inspección de terceros que deberían haber velado por los derechos de los participantes. Imaginemos que somos uno de aquellos reclusos que sufría en el entorno de la prisión. En este caso, ¿quién nos apoyaría? ¿Quién pulsaría el botón de «salida» que nosotros no podemos pulsar? ¿Sería el capellán de la prisión al vernos llorar? No lo hizo. ¿Y la madre, el padre, los amigos, la familia? ¿Intervendrían al ver nuestro estado lamentable? Tampoco lo hicieron los de nuestro estudio. Quizás esta ayuda pudiera llegar de alguno de los muchos psicólogos,

estudiantes o miembros del personal de la facultad que habían observado lo que ocurría por los monitores de vídeo, o que habían participado en la junta de libertad condicional, o que habían hablado con los participantes en entrevistas o cuando se hallaban en el trastero de la quinta planta mientras esperábamos el «asalto» que nunca se produjo. Pero resulta que ninguno nos había prestado ayuda.

Como se ha dicho, estos espectadores o «circunstantes» acabaron desempeñando un rol pasivo. Todos aceptaron mi planteamiento de la situación y ello les impidió ver la realidad de la misma. También pecaron de intelectualización porque la simulación parecía muy real, o quizá por el realismo de la representación de los papeles, o porque sólo se fijaron en los detalles del diseño experimental. Además, los que pasaron por allí no vieron los maltratos más graves, y los participantes tampoco estaban dispuestos a revelarlos a terceros, ni siquiera a sus amigos o familiares. Quizá callaron por vergüenza, por orgullo o por algún sentido de «virilidad». Muchos vinieron y miraron, pero no vieron nada y simplemente se marcharon.

Por último, lo que sí hicimos bien fue informar de todo a los participantes, y no sólo durante la sesión de tres horas que realizamos al final del experimento, sino también en varias ocasiones posteriores, cuando la mayoría de los participantes volvió para ver vídeos y diapositivas del estudio. Después del experimento me mantuve en contacto con la mayoría de los participantes durante varios años, enviándoles copias de artículos, transcripciones de mis declaraciones ante el Congreso estadounidense o recortes de prensa, y avisándoles cuando se iba a emitir algún programa de televisión sobre el EPS. Durante estos años, cerca de media docena de participantes han aparecido conmigo en algunos de estos programas de difusión nacional. Más de treinta años después, aún sigo en contacto con algunos de ellos.

Lo importante de aquellas sesiones informativas fue que dieron a los participantes la oportunidad de expresar con toda franqueza sus sentimientos y les permitieron ver las cosas desde otra perspectiva para entenderse a sí mismos y para entender su conducta en aquel entorno nuevo y extraño. El método que seguimos fue una forma de «entrevista informativa»[7] en la que les explicamos que algunos efectos y algunas

creencias que surgen en esta clase de experimentos pueden extenderse más allá de los límites de los mismos. Les explicamos las razones por las que esto no debería pasar en aquel caso concreto. Les dejé muy claro que lo que habían hecho servía para realizar un diagnóstico de la naturaleza malvada de la situación carcelaria que habíamos creado para ellos y que en modo alguno suponía un diagnóstico de su personalidad. Les recordé que habían sido seleccionados precisamente porque eran unos jóvenes normales y sanos, y que habían sido asignados al azar a uno u otro de los dos grupos. Ellos no habían introducido ninguna patología en aquel lugar; al contrario, había sido el lugar el que había provocado varias formas de patología en ellos. También les hice saber que habían hecho las mismas cosas degradantes y enfermizas que habría hecho cualquier otro recluso. Lo mismo cabe decir de la mayoría de los carceleros, que en algunos momentos maltrataron a los reclusos. Al desempeñar su papel se comportaron igual que sus compañeros de turno.

También intenté que estas entrevistas fueran una especie de lección de «educación moral» al abordar explícitamente los conflictos morales a los que todos nos enfrentamos a lo largo del estudio. Un pionero en la teoría del desarrollo moral, Larry Kohlberg, sostiene que estos debates realizados en el contexto del conflicto moral son la principal manera, y quizá la única, de aumentar el nivel de desarrollo moral de una persona.[8]

Recordemos que los datos de la lista de adjetivos para calificar el estado de ánimo revelaron que tanto los reclusos como los carceleros habían recuperado un estado emocional más equilibrado después de las entrevistas informativas, hasta llegar a unos niveles comparables a los de antes del estudio. La duración relativamente breve del impacto negativo que tuvo esta experiencia tan intensa en los participantes se puede atribuir a tres factores: en primer lugar, todos aquellos jóvenes contaban con una base psicológica y personal muy sólida a la que regresar una vez finalizado el estudio. En segundo término, aquella experiencia estaba ligada exclusivamente a aquel período, aquel entorno, aquel vestuario y aquel guión, lo que hizo que todo aquello quedara atrás, como si formara un paquete que ya no se volvería a

abrir. En tercer lugar, nuestras detalladas entrevistas liberaron a los carceleros y a los reclusos de su mal comportamiento identificando las características de la situación que había influido en ellos.

Consecuencias positivas para los participantes

En las exposiciones tradicionales de la ética relativa de la investigación, para que cualquier investigación dada reciba el visto bueno es necesario que sus beneficios para la ciencia, la medicina y/o la sociedad compensen el coste que suponga para los participantes. Aunque esta relación coste-beneficio parece adecuada, deseo poner en duda este método de justificación. Los costes para los participantes («sujetos» en la época del EPS) fueron reales, inmediatos y con frecuencia tangibles. En cambio, los beneficios que se pudieran prever cuando el estudio fue diseñado o recibió el visto bueno sólo eran probables y a largo plazo, y hasta podía ocurrir que no llegaran a materializarse. Hay muchos estudios prometedores que no acaban produciendo unos resultados significativos y que, en consecuencia, no llegan a publicarse ni a circular por la comunidad científica. También hay resultados significativos que se publican pero no se traducen en la práctica o, en el caso de que lo hagan, no llegan a ser factibles ni prácticos en el nivel más amplio de los beneficios sociales. Por otro lado, algunas investigaciones básicas que no tenían una aplicación clara cuando se concibieron originalmente, han acabado teniendo aplicaciones importantes. Por ejemplo, la investigación básica sobre el condicionamiento del sistema nervioso autónomo ha conducido directamente al uso del *biofeedback* como técnica terapéutica en el campo de la sanidad.[9] Por otro lado, la mayoría de los investigadores han demostrado tener poco interés o talento en relación con las aplicaciones de sus resultados a problemas personales y sociales. Tomadas en su conjunto, lo que dicen estas críticas es que, en la ecuación de la ética de la investigación, puede que no se obtengan «beneficios» ni en principio ni en la práctica, y que la parte del dolor siga constituyendo una pérdida para los participantes y para la sociedad.

En esta ecuación ética también está singularmente ausente la preocupación por el *beneficio* neto para los participantes. ¿Se benefician de algún modo del hecho de haber formado parte de un proyecto de investigación? Por ejemplo, ¿su retribución monetaria compensa el sufrimiento que puedan sentir al participar en una investigación médica que estudie aspectos relacionados con el dolor? ¿Aprecian los participantes en una investigación los conocimientos que puedan obtener de ella? ¿La experiencia de la investigación hace que aprendan algo especial sobre sí mismos? Para lograr este objetivo secundario de la investigación con sujetos humanos es imprescindible realizar entrevistas informativas adecuadas y detalladas. (Véase en las notas un ejemplo de uno de mis experimentos de psicopatología inducida.)[10] Pero estos beneficios no se pueden presuponer ni esperar; se deben demostrar empíricamente en forma de resultados en cualquier estudio que se haya realizado con una sensación previa de «ética dudosa». Cuando se considera la ética de una investigación también suele brillar por su ausencia la obligación de que los investigadores emprendan una especie de activismo social que haga que su investigación sea útil para su campo de conocimiento y para mejorar la sociedad.

Beneficios personales inesperados para los participantes y el personal del EPS

Este estudio tuvo varios efectos positivos inesperados que han tenido un impacto duradero en algunos de los participantes y en el personal. En general, la mayoría de los participantes indicaron en unas evaluaciones de seguimiento (que enviaron desde su casa en varias ocasiones después del estudio) que había sido una experiencia muy valiosa de aprendizaje personal. Estos aspectos positivos ayudan a compensar, hasta cierto punto, los evidentes aspectos negativos de la experiencia de la prisión, porque también hay que decir que ninguno de los participantes volvería a apuntarse como voluntario para un estudio como éste. Veamos algunas de las repercusiones positivas del EPS citadas por algunos participantes en sus evaluaciones.

Doug, el recluso 8612, el cabecilla de la rebelión de los reclusos, fue el primero que sufrió una grave reacción emocional. Su respuesta nos obligó a soltarle después de sólo treinta y seis horas. Aquella experiencia le afectó mucho, como confesó en una entrevista que le hicimos durante la filmación de nuestro documental *Quiet Rage: The Stanford Prison Experiment*: «Como experiencia fue algo excepcional, nunca he gritado tan fuerte en toda mi vida; nunca me he sentido tan alterado. Fue una experiencia de total descontrol, tanto de la situación como de mis propios sentimientos. Puede que siempre haya tenido problemas para mantener el control. Quería entenderme yo mismo y empecé psicología [después del EPS]. Haré psicología para saber qué es lo que mueve a la gente y para no volver a tener miedo a lo desconocido».[11]

En una evaluación de seguimiento que hizo cinco años después del estudio, Doug nos reveló que había empezado fingiendo que estaba trastornado para que le soltáramos pero que, al final, este papel se apoderó de él. «Supuse que la única forma de salir del experimento era hacerme el enfermo, primero físicamente. Después, al ver que eso no funcionaba, fingí un trastorno mental. Sin embargo, la energía que tuve que dedicar para meterme en ese papel y el simple hecho de que *pudiera* estar tan trastornado me acabó trastornando.» ¿Hasta qué punto le afectó? Según nos comunicó, su novia le dijo que estaba tan alterado y nervioso que estuvo hablando constantemente del experimento durante dos meses.

Doug acabó doctorándose en psicología clínica, en parte para aprender a controlar mejor sus emociones y su conducta. Dedicó su tesis a la vergüenza (de la condición de recluso) y a la culpabilidad (de la condición de carcelero), y realizó las prácticas de internado en la prisión estatal de San Quintín en lugar de en un entorno médico-clínico habitual; desde entonces lleva más de veinte años trabajando como psicólogo forense en el sistema penitenciario de San Francisco y de California. Fue su conmovedor testimonio lo que dio el título a nuestro documental *Quiet Rage*, cuando hablaba de que los carceleros deben estar alerta ante los impulsos sádicos que en las situaciones de poder diferencial siempre están ahí, listos para salir, para estallar, como una especie de «furia silente». Parte de la carrera de Doug se ha centrado en ayudar a los internos a mantener un sentido de la

dignidad a pesar de sus condiciones y a conseguir que carceleros y reclusos coexistan de una forma más cordial. Éste es un ejemplo de un efecto inicial del EPS extremadamente negativo que se ha acabado transformando en una comprensión que ha tenido unas consecuencias muy profundas y duraderas para la persona y para la sociedad. El mismo sujeto que sufrió mucho en la investigación, también ha obtenido un gran beneficio.

El oficial Hellmann, el duro y machista «John Wayne», ha aparecido en todos los programas de televisión dedicados al estudio por su papel dominante y por las tareas y los juegos «creativamente malvados» que había inventado para los reclusos. Hace poco nos encontramos en una conferencia que yo estaba dando y me confesó que, a diferencia de los quince minutos de fama que según Andy Warhol todo el mundo tiene una vez en la vida, el experimento de la prisión de Stanford le había obsequiado, «permanentemente, con quince minutos de infamia». En respuesta a mi petición de que pensara si su participación podía haber tenido alguna consecuencia positiva en su vida, me envió esta nota:

> El bagaje de varios decenios de vida ha ablandado al adolescente arrogante e insensible que era en 1971. Si alguien me hubiera dicho entonces que mis actos habían causado daño a algunos reclusos, es probable que mi respuesta hubiera sido calificarlos de «blandengues amariconados». Pero el recuerdo de que me metí tanto en mi papel que ni siquiera pude ver el sufrimiento de los demás me sirve hoy de advertencia y pienso con cuidado en cómo trato a la gente. En el fondo, habrá quien me considere demasiado sensible en mi papel de dueño de un negocio, porque a veces dudo al tomar decisiones como despedir a algún empleado por temor a que pueda pasar privaciones.[12]

Craig Haney se acabó doctorando en derecho por la Universidad de Stanford y obtuvo un doctorado en nuestra facultad de psicología. Ahora es profesor de la Universidad de California en Santa Cruz, donde imparte cursos muy populares sobre la psicología y la ley y sobre la psicología de las instituciones. Craig se ha convertido en uno de los principales asesores del país sobre las condiciones de las prisiones y es uno de los poquísimos expertos en psicología que trabajan con abogados que presentan demandas colectivas en nombre de varios reclusos en los Estados Unidos. Ha escrito mucho y muy bien sobre muchos aspectos diferentes de los delitos, las penas, las ejecuciones y la reinserción. Hemos colaborado en la redacción

de varios libros y diversos artículos para publicaciones profesionales y revistas del gremio.[13] Sus palabras sobre el impacto que tuvo en él el EPS expresan claramente el valor de aquel experimento:

> Para mí, el experimento de la prisión de Stanford fue una experiencia formativa que cambió mi carrera. Acababa de finalizar mi segundo año de posgrado en psicología cuando Phil Zimbardo, Curtis Banks y yo empezamos a planificar esta investigación. Mi interés en la aplicación de la psicología social a cuestiones relacionadas con los delitos y las penas había empezado a cristalizar con la bendición y el apoyo de Phil Zimbardo [...] No mucho después de haber terminado mi trabajo en el EPS empecé a estudiar las prisiones de verdad, y al final también me acabé interesando por las historias sociales que habían dado forma a la vida de las personas recluidas en ellas. Pero nunca perdí de vista la imagen de las instituciones que pude obtener al observar y evaluar los resultados de aquellos seis breves días en nuestra prisión simulada.[14]

Christina Maslach, la heroína del EPS, es ahora profesora de psicología de la Universidad de California en Berkeley, vicerrectora del área de estudiantes, decana de letras y ciencias, y profesora distinguida del año de la Carnegie Foundation. Su experiencia breve pero profunda en el EPS también tuvo un impacto positivo en sus decisiones profesionales:[15]

> Para mí, el legado más importante del experimento de la prisión es lo que aprendí en lo personal y cómo contribuyó a moldear mis aportaciones profesionales a la psicología. Lo que aprendí de una manera más directa fue la psicología de la deshumanización, es decir, hasta qué punto unas personas básicamente buenas pueden acabar percibiendo y tratando tan mal a otras; lo fácil que es que unas personas traten a otras que dependen de su ayuda o de su buena fe como si no fueran humanas, como si fueran animales, como si fueran seres inferiores que no merecen respeto ni igualdad. La experiencia del EPS me ha llevado a realizar los primeros estudios sobre el *burnout*, es decir, acerca de los riesgos psicológicos de los trabajos relacionados con la asistencia que exigen mucho desde el punto de vista emocional y que pueden hacer que personas inicialmente entregadas y bondadosas acaben deshumanizando y maltratando a las personas a las que supuestamente deben servir. Mi investigación ha intentado aclarar las causas y las consecuencias del *burnout* en una variedad de entornos profesionales y ha intentado plasmar estos resultados en soluciones prácticas. También ha impulsado el análisis y el cambio de los factores situacionales determinantes del *burnout*, en lugar de centrarse en la personalidad individual de quienes lo padecen. Por lo tanto, mi historia en relación con el experimento de la prisión de Stanford no se limita al papel que pude haber desempeñado en el hecho de que finalizara antes de lo previsto, sino que también incluye mi papel en el inicio de un nuevo programa de investigación que se inspiró en mis experiencias en aquel singular estudio.[16]

Phil Zimbardo. Y luego estaba yo (véanse en las notas las historias de Curtis Banks y de David Jaffee).[17] La semana del EPS cambió mi vida en muchos sentidos, tanto en la vertiente profesional como en la personal. Las consecuencias inesperadamente positivas que esta experiencia tuvo para mí han sido muchas. Mi investigación se vio afectada, al igual que mi vida docente y personal, y me convertí en un agente del cambio social para mejorar las condiciones de las prisiones y poner de relieve otras formas de abuso del poder institucional.

Durante los tres decenios siguientes mi investigación se ha guiado por diversas ideas que extraje de aquella prisión simulada. Estas ideas me han llevado a estudiar la cohibición, la perspectiva del tiempo y las bases normales de la locura. Tras exponer brevemente los vínculos entre el estudio de la prisión y los nuevos estudios y tratamientos de la cohibición, revelaré con un poco más de detalle hasta qué punto el experimento cambió mi vida personal.

La cohibición como prisión autoimpuesta

¡Qué mazmorra hay más oscura que el propio corazón! ¿Qué carcelero más inexorable que el ego mismo?

NATHANIEL HAWTHORNE

En nuestra cárcel del sótano los reclusos renunciaron a sus libertades básicas en respuesta al control coactivo de los carceleros. Pero en la vida real, fuera del laboratorio, muchas personas renuncian voluntariamente a sus libertades de expresión, de actuación y de asociación sin ningún carcelero o guardia externo que les obligue a hacerlo. Han interiorizado a ese carcelero exigente como parte de su propia imagen; el carcelero que limita sus opciones en relación con la espontaneidad, la libertad y la alegría de vivir. Paradójicamente, estas mismas personas también han interiorizado la imagen del recluso pasivo que cumple a regañadientes estas restricciones autoimpuestas en todas sus acciones. Cualquier acción que llame la

atención sobre la persona le plantea la amenaza de sentir humillación, vergüenza y rechazo social y, en consecuencia, se debe evitar. En respuesta a este guardia interior, el ego cautivo se retrae de la vida, se encierra en un caparazón y elije la seguridad de la prisión silenciosa de la cohibición.

Desarrollar esta metáfora a partir del EPS me hizo pensar en la cohibición como una fobia social que rompe los lazos de la conexión humana haciendo que los demás se vean como una amenaza y no como una invitación. Un año después de que finalizara nuestro estudio de la prisión, puse en marcha un importante proyecto de investigación, el Stanford Shyness Project, con el objetivo de investigar las causas, los correlatos y las consecuencias de la cohibición en adultos y adolescentes. Nuestro estudio fue el primero que abordó de una manera sistemática la cohibición adulta; cuando supimos lo suficiente, desarrollamos un programa para tratar la cohibición en una clínica especial (1977). Esta clínica, que ha estado funcionando desde entonces en la comunidad de Palo Alto, está dirigida por la doctora Lynne Henderson y hoy forma parte de la Pacific Graduate School of Psychology. Mi principal objetivo en el tratamiento y la prevención de la cohibición ha sido desarrollar medios para ayudar a las personas cohibidas a liberarse de sus silenciosas prisiones autoimpuestas. En parte lo he hecho escribiendo libros de divulgación para el gran público sobre la manera de abordar la cohibición en adultos y niños.[18] Estas actividades han sido un contrapunto al encarcelamiento al que sometí a los participantes en el EPS. *La locura de las personas normales*

¿Sabéis lo que habéis hecho? [preguntó Sherlock Holmes a Sigmund Freud] Habéis tenido éxito en adoptar mis métodos —la observación y la deducción— y aplicarlos al interior de la cabeza de un sujeto.

NICHOLAS MEYER, *The Seven Percent Solution*

Uno de los resultados más dramáticos del EPS fue que muchos jóvenes normales y sanos empezaron a manifestar un comportamiento patológico en muy poco tiempo. Puesto que nuestros métodos de selección descartaron la existencia de disposiciones previas —también llamadas premórbidas—

como factores causales, me propuse entender los procesos por los que las personas comunes y corrientes empiezan a desarrollar síntomas psicopatológicos. Así pues, además de impulsarme a estudiar la cohibición y la perspectiva del tiempo, mis experiencias en el EPS impulsaron una línea de teorización y de investigación experimental para estudiar cómo empiezan a «volverse locas» las personas normales.

La mayor parte de lo que se conoce sobre la conducta trastornada procede de análisis retrospectivos que intentan averiguar qué factores pueden haber provocado el trastorno mental que sufre una persona dada, un método muy parecido a las estrategias de razonamiento deductivo de Sherlock Holmes, que buscaba las causas a partir de los efectos. En lugar de esto, intenté elaborar un modelo que se centrara en los procesos que intervienen en el desarrollo de los síntomas de trastornos mentales como la paranoia o las fobias. Las personas se sienten impulsadas a generar explicaciones cuando perciben que falla alguna expectativa sobre su actuación. Intentan entender qué ha ido mal cuando fracasan en situaciones académicas, sociales, comerciales, deportivas o sexuales en función de lo importantes que sean estas situaciones para su integridad personal. El proceso racional de búsqueda de significado está distorsionado por prejuicios o sesgos cognitivos que centran la atención en explicaciones que no son adecuadas para el análisis. Por ejemplo, el empleo exagerado de explicaciones que se centran en «la gente» como causa de las propias reacciones puede influir en la búsqueda de significado y facilitar el desarrollo de síntomas característicos del pensamiento paranoico. Del mismo modo, las explicaciones que centran las causas de las propias reacciones en el «entorno» pueden desviar esta búsqueda hacia el desarrollo de síntomas característicos del pensamiento fóbico.

Este nuevo modelo de las bases cognitivas y sociales de la «locura» en personas normales y sanas ha sido validado en experimentos controlados de laboratorio. Por ejemplo, hemos visto que pueden aparecer síntomas patológicos hasta en uno de cada tres participantes normales en el proceso racional de intentar entender las causas desconocidas de un estímulo. También demostramos que unos estudiantes universitarios con una capacidad de audición normal a los que se les había inducido una sordera

parcial temporal por medio de una sugestión hipnótica, pronto empezaron a pensar y a actuar de una forma paranoica, creyendo que los demás eran hostiles con ellos. Por lo tanto, el deterioro inadvertido de la audición en las personas mayores puede contribuir a la aparición de un trastorno paranoico, algo que se puede prevenir o tratar mediante audífonos u otros medios en lugar de recurrir a la psicoterapia o al internamiento en una institución.

Dicho de otro modo, he argumentado que las semillas de la locura se pueden plantar en «el patio trasero» de cualquier persona y que crecerán en respuesta a alteraciones psicológicas pasajeras en el transcurso de toda una vida de experiencias ordinarias. Pasar de un modelo médico y restrictivo de los trastornos mentales a un modelo orientado hacia la sanidad pública impulsa la búsqueda de los vectores situacionales que puedan entrar en juego en las alteraciones individuales y sociales, en lugar de limitar la búsqueda al interior de la persona afectada. Nos encontraremos en una posición mejor para prevenir y tratar la psicopatología y la locura si aplicamos unos conocimientos básicos de los procesos cognitivos, sociales y culturales a una apreciación más plena de los mecanismos implicados en transformar la conducta normal en una conducta enfermiza.

Enseñar reduciendo el poder

La facilidad con que me convertí en una figura dominante e investida de poder en el EPS me hizo replantear mis métodos pedagógicos, concediendo más poder a los estudiantes y limitando mi papel como docente a transmitir mi experiencia en mi campo de conocimiento, en lugar de ejercer un control social. Instituí unos períodos de «micro abierto» al principio de las clases para que los estudiantes que asistían a ellas pudieran criticar cualquier aspecto del curso o hacer comentarios personales sobre él. Esto adquirió más adelante la forma de foros informáticos en los que los estudiantes hablaban con franqueza cada día de los aspectos positivos y negativos del curso. También reduje la competición entre los estudiantes para obtener las notas más altas abandonando el sistema de calificar según

la curva normal y desarrollando unos criterios absolutos basados en el dominio de un material básico, haciendo los exámenes a equipos de estudiantes y hasta eliminando las calificaciones en algunos cursos.

Impacto personal del EPS

El 10 de agosto de 1972, un año después de que acabara el EPS, me casé con Christina Maslach en la Stanford Memorial Church, donde también renovamos nuestros votos matrimoniales en presencia de nuestros hijos para celebrar nuestras bodas de plata. La heroína del estudio influye hoy profundamente en todo lo que hago y de la mejor manera imaginable. En esta relación he podido rescatar un pedacito más de cielo de aquel infierno de la experiencia de la prisión.

Otras consecuencias del impacto personal que tuvo en mí aquel pequeño estudio de una semana de duración fue que me convirtiera en un impulsor del cambio social basándome en los datos de distintas investigaciones, que abogara por la reforma de las prisiones y que dedicara muchos esfuerzos a maximizar el alcance de los mensajes importantes del EPS. Veamos algunos de estos mensajes con más detalle.

Maximizar los beneficios predicando el evangelio social

Aunque el EPS cambió mi vida de muchas maneras, uno de los cambios más repentinos se produjo como resultado de que me invitaran a comparecer ante una subcomisión del Congreso de los Estados Unidos: de pronto pasé de ser un investigador académico a convertirme en un defensor del cambio social. En el debate sobre la reforma de las prisiones que se celebró en octubre de 1971, la subcomisión no sólo quería análisis, sino también recomendaciones para la reforma. En la declaración que consta en las actas del Congreso, abogué claramente por su intervención en la estructura de las prisiones para mejorar las condiciones de los internos y del personal penitenciario en general.[19]

Mi actividad en este campo se ha centrado en concienciar a la gente de la necesidad de poner fin al «experimento social» de las prisiones porque, como demuestran los altos índices de reincidencia, es un experimento que ha fracasado. Debemos hallar las razones de este fracaso mediante análisis de sistemas más rigurosos y proponer soluciones alternativas al encarcelamiento. También debemos superar la resistencia a reformar a fondo las prisiones. Mi segunda comparecencia ante una subcomisión del Congreso, dedicada esta vez a la reclusión de menores (septiembre de 1973), aún me impulsó más a dedicarme a la reforma social. Presenté diecinueve recomendaciones para mejorar el trato a los menores recluidos.[20] Me alegró saber que se aprobó una nueva ley federal gracias, en parte, a mi declaración. El senador Birch Bayh, que había presidido aquella subcomisión, ayudó a introducir en la ley la disposición según la cual los menores detenidos en una prisión federal a la espera de juicio no deberán estar recluidos en compañía de adultos para impedir que puedan ser objeto de abusos o maltratos. El EPS se había centrado, precisamente, en los maltratos sufridos por unos jóvenes detenidos a la espera de juicio (aunque, naturalmente, complicamos bastante las cosas con las comparecencias ante la junta de libertad condicional, algo que en la vida real sólo ocurre cuando uno ha sido declarado culpable y cumple condena).

Un fuerte impacto legal que tuvo el EPS se derivó de mi participación en el juicio federal *Spain y otros contra Procunier y otros* (1973). Unos presos llamados «los seis de San Quintín» habían estado en celdas de aislamiento durante más de tres años por su supuesta participación en el asesinato de carceleros y confidentes durante el intento de fuga de George Jackson el 21 de agosto de 1971. Como perito judicial, visité las instalaciones del centro de máxima seguridad de San Quintín y entrevisté varias veces a cada uno de los seis reclusos. En mi informe por escrito y en los dos días de testimonio oral manifesté que aquellas condiciones deshumanizadoras de reclusión forzada, prolongada e indefinida constituían «un castigo cruel e insólito» que había que cambiar. El tribunal llegó a una conclusión similar. Además, a lo largo del juicio actué como asesor psicológico para el equipo de abogados de los demandantes.

Estas y otras actividades que he llevado a cabo como consecuencia del EPS las he emprendido con la idea de que forman parte de una misión ética. Para equilibrar la ecuación de la ética relativa, sentía que era necesario compensar el dolor que sintieron los participantes en el EPS maximizando los beneficios de esta investigación para la ciencia y la sociedad. Mis primeros intentos se resumen en un capítulo titulado «Transforming Experimental Research into Advocacy for Social Change» de un libro escrito en 1983.[21]

El poder de los medios y las imágenes visuales

Puesto que el EPS fue una experiencia tan visual, usamos sus imágenes para difundir el mensaje del poder situacional. En primer lugar, en 1972, y con la ayuda de Gregory White, reuní una colección de ochenta diapositivas que sincronicé con una narración grabada; este material se distribuyó principalmente entre enseñantes universitarios como complemento para sus clases. La llegada del vídeo nos permitió transferir estas imágenes e incluir filmaciones de archivo junto con nuevas filmaciones y entrevistas, además de una nueva narración. Este proyecto se desarrolló con la ayuda de un equipo de estudiantes de Stanford dirigido por Ken Musen, el director de *Quiet Rage: The Stanford Prison Experiment* (1985). En 2004, este material se pasó al formato DVD con la ayuda de Scott Plous. Esta presentación de cincuenta minutos de duración ofrece más calidad y facilita su distribución a nivel mundial.

REPLICACIONES Y AMPLIACIONES

Pondremos fin a nuestra investigación sobre el experimento de la prisión de Stanford como fenómeno social con una breve visión general de las replicaciones o reproducciones que se han hecho de él y de su ampliación o adaptación a otros ámbitos. Más allá de su utilidad en el campo de la ciencia social, el EPS ha llegado hasta ámbitos muy distintos, algunos tan lejanos como el mundo de la televisión, del cine comercial o de

las producciones artísticas. Su mensaje básico, la facilidad con que las buenas personas se pueden transformar en seres malvados si el poder institucional no se limita, ha dado origen a varias aplicaciones sociales y militares pensadas para prevenir esta posibilidad.

Dada la importancia de que pasemos a examinar la extensa gama de investigaciones psicológicas que validan y amplían las conclusiones del EPS, aquí bastará resumir brevemente las replicaciones y ampliaciones que se han hecho de él. Se puede consultar una exposición mucho más completa, con comentarios y referencias detalladas, en el sitio web del libro, www.lucifereffect.com.

Una sólida replicación en otra cultura

Un equipo de investigadores de la universidad australiana de Nueva Gales del Sur amplió el marco del EPS estableciendo una condición similar a la nuestra y añadiendo otras variantes experimentales para estudiar cómo influyen las organizaciones sociales en la relación entre reclusos y carceleros.[22] Su «régimen carcelario estándar» se basaba en las prisiones de seguridad media de Australia y era muy parecido al del EPS. La principal conclusión a la que llegaron los investigadores a partir de las rigurosas notas de su protocolo experimental fue: «Por lo tanto, nuestros resultados confirman la principal conclusión de Zimbardo y otros de que las relaciones de hostilidad y enfrentamiento en las prisiones son consecuencia, principalmente, de la naturaleza del régimen carcelario y no de los rasgos personales de los internos o de los oficiales» (pág. 283). Dado el diseño de esta investigación, sus resultados también ayudan a contrarrestar el escepticismo sobre la validez de estos experimentos de simulación, ofreciendo unas líneas de base o de referencia para evaluar los cambios de conducta a partir de las características estructurales y definidas objetivamente de unas prisiones reales.[23]

El falso pabellón de psiquiatría

Durante tres días, veintinueve miembros del personal del Elgin State Hospital de Illinois se recluyeron en uno de sus propios pabellones, un pabellón de psiquiatría en el que desempeñaron el rol de «pacientes». Veintidós miembros del personal desempeñaron sus papeles habituales, mientras que unos observadores cualificados, ayudados de unas cámaras de vídeo, registraban lo que sucedía. «Las cosas que ocurrieron allí dentro fueron impresionantes», dijo Norma Jean Orlando, directora de la investigación. En muy poco tiempo los falsos pacientes empezaron a actuar de la misma manera que los pacientes de verdad: seis de ellos intentaron escapar, dos se encerraron totalmente en sí mismos, dos lloraban de forma incontrolable, uno estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa. La mayoría de ellos experimentó un aumento general de la tensión, la ansiedad, la frustración y la desesperación. La inmensa mayoría de los falsos pacientes (más del 75 %) dijo que se habían sentido sin identidad, «encarcelados», como si nadie les escuchara, como si lo que sentían no importara, como si nadie se preocupara por ellos. También dijeron que no se sentían tratados como personas, que habían olvidado que aquello era un experimento y que llegaron a sentirse como pacientes de verdad. Tras sufrir el suplicio de aquel fin de semana, un miembro del personal que hizo de paciente tuvo una especie de revelación: «Solía mirar a los pacientes como si fueran animales; no me había dado cuenta de lo mal que lo pasaban».[24]

El resultado positivo de este estudio, que se ideó como un seguimiento del experimento de la prisión de Stanford, fue la creación de una organización formada por miembros del personal que trabajaba en cooperación con antiguos y actuales pacientes. Su objetivo era concienciar al personal del hospital sobre los malos tratos que recibían los pacientes, además de mejorar la relación entre éstos y el personal. Habían podido ver el poder de su «situación total» para transformar la conducta de los pacientes y del personal de una manera negativa, aunque aquella transformación acabó dando origen a una situación mucho más constructiva.

Una replicación fallida en un seudoexperimento

de la televisión británica

La BBC-TV realizó un experimento basado en el modelo EPS para un programa de televisión. Sus resultados contradijeron los del EPS porque los carceleros no recurrieron a la crueldad o la violencia. Sin embargo, al final del estudio nos hallamos con una conclusión sorprendente: ¡los reclusos acabaron dominando a los carceleros! Los *carceleros* se sentían «cada vez más paranoicos, deprimidos y estresados; se quejaban de ser objeto de acoso e intimidación».[25] Repito: en ese *reality show* los afectados por la experiencia fueron los carceleros y no los reclusos. Varios carceleros abandonaron porque no aguantaban más, pero no abandonó ninguno de los reclusos. Los reclusos pronto se hicieron con el mando trabajando en equipo para dominar a los carceleros; al final hubo una asamblea general y se decidió formar una «comuna» pacífica ¡con la ayuda de un activista sindical! En el sitio web www.lucifereffect.com se presenta un análisis crítico de este seudoexperimento.

El EPS como advertencia contra el abuso del poder

Dos de las aplicaciones más inesperadas de nuestro estudio se han llevado a cabo en refugios de mujeres maltratadas y en el programa «Supervivencia, evasión, resistencia y fuga» (SERE en sus siglas en inglés) de la armada de los Estados Unidos. Los directores de varios refugios para mujeres maltratadas me han comunicado que utilizan nuestro vídeo *Quiet Rage* para ilustrar la facilidad con que el poder masculino puede volverse abusivo y destructivo. Ver el vídeo y hablar de sus implicaciones ayuda a las mujeres maltratadas a no culparse por los maltratos recibidos y a entender mejor los factores situacionales que han transformado a sus compañeros, en otros tiempos cariñosos, en los delincuentes que ahora las maltratan. El experimento también se ha incorporado a algunas versiones de la teoría feminista de las relaciones de género basadas en el poder.

Cada división de las fuerzas armadas cuenta con una versión del programa SERE. Este programa se desarrolló después de la guerra de Corea para enseñar a los soldados a soportar y resistir formas extremas de

maltratos y de interrogatorios en caso de ser capturados por el enemigo. Un aspecto básico de este entrenamiento es la serie de dificultades psicológicas y físicas que experimentan durante días los reclutas en un campo de prisioneros de guerra simulado. Esta simulación intensa y extenuante los prepara para poder afrontar mejor los horrores a los que se pueden ver expuestos si son capturados y torturados.

Varias fuentes de la armada estadounidense me han comunicado que el mensaje del EPS sobre la facilidad con que el poder del mando puede hacerse excesivo se transmite explícitamente en su entrenamiento haciendo uso de nuestro vídeo y de nuestro sitio web. Esto sirve para advertir a los entrenadores-captores del SERE de la posibilidad de que pueden «pasarse» maltratando a sus «prisioneros». Así pues, uno de los usos del EPS es guiar la formación de unos «guardias» para que actúen con moderación en un entorno que les «autoriza» a maltratar a otras personas «por su propio bien (si llegara el caso)».

Por otro lado, el programa SERE, tal como lo pone en práctica el ejército de tierra en Fort Bragg, Carolina del Norte, ha sido censurado por varios críticos que afirman que el Pentágono está haciendo un mal uso de él. Sostienen que los altos mandos le han «dado la vuelta» y que ahora, en lugar de usarlo para aumentar la resistencia de los soldados estadounidenses capturados, lo usan para desarrollar técnicas efectivas para interrogar a «combatientes enemigos» capturados y a otros supuestos enemigos de los Estados Unidos. Según varios informes, estas técnicas han pasado de los programas SERE del ejército a la prisión de Guantánamo.

Un profesor de derecho estadounidense, M. Gregg Bloche, y Jonathan H. Marks, un abogado británico y experto en bioética, han condenado el empleo de estos métodos de interrogación que, en parte, han sido desarrollados por médicos y científicos de la conducta. Afirman que «al trasladar los métodos del SERE y el modelo de Guantánamo al campo de batalla, el Pentágono ha abierto la caja de Pandora de los posibles maltratos [...] la adopción del modelo SERE por parte de los dirigentes civiles del Pentágono es una prueba más de que los maltratos equivalentes a torturas han sido una política nacional, no un simple producto de unos desalmados que actúan por libre».[26] En un ensayo publicado en *The New Yorker* con el

título «The Experiment», la periodista de investigación Jane Mayer ha expresado unas inquietudes similares.[27] En el capítulo 15 trataré la cuestión del mal uso que ha hecho el Pentágono del EPS.

Los métodos desarrollados para los programas SERE formaban parte del protocolo para la instrucción defensiva del personal militar en caso de ser capturado por el enemigo; sin embargo, después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, se añadieron al arsenal de tácticas ofensivas para obtener información de militares o civiles considerados enemigos. Su objetivo era que quienes fueran interrogados se sintieran vulnerables, fueran más maleables y cooperaran revelando la información deseada. Estas técnicas fueron desarrolladas con el asesoramiento de científicos de la conducta y se refinaron mediante el método de ensayo y error aplicándolas en los ejercicios del SERE en Fort Bragg y en otras instalaciones de instrucción militar. En general, estos métodos minimizaban la aplicación de torturas físicas en favor de unos métodos «blandos» de tortura psicológica. Cinco tácticas básicas del programa SERE para hacer que los detenidos u otras personas sometidas a interrogatorio se muestren dispuestas a confesar y facilitar información son:

- Humillación y degradación sexual.
- Humillación basada en prácticas religiosas y culturales.
- Privación de sueño.
- Privación sensorial y sobrecarga sensorial.
- Tormentos físicos, como inmersión en agua o hipotermia (exposición a temperaturas gélidas) para crear miedo y ansiedad.

Vemos que estos métodos se proponen explícitamente en unos memorándums del secretario de Estado Rumsfeld para su uso en Guantánamo y del general Sánchez para emplearlos en Abu Ghraib, y que se han puesto en práctica en esas prisiones y en otros lugares. También hay pruebas documentadas de que un equipo de interrogadores y otro personal militar de Guantánamo observaron el programa de entrenamiento SERE de

Fort Bragg en agosto de 2002. Dada la naturaleza confidencial de esta información, esta afirmación es una deducción razonable basada en datos procedentes de varias fuentes bien informadas.

¿Es posible que el Pentágono se haya apropiado del principal mensaje del EPS sobre el poder de la situación y lo haya utilizado en sus programas de entrenamiento para la tortura? No quisiera creerlo; sin embargo, una crítica reciente lo afirma con bastante rotundidad.

«Éste parece ser el experimento que inspira las torturas en Irak [...] Se crea una situación —que es aún peor por la escasez de personal, el peligro y la ausencia de controles externos independientes— y, sólo con un poco de aliento (nunca con instrucciones específicas de torturar), los guardias acaban torturando. Esta situación y estas torturas en las prisiones militares de los Estados Unidos en Irak son muy conocidas [...] La ventaja que tiene la administración de los Estados Unidos en relación con el estudio de Stanford es que tiene la posibilidad de decir que no sabe nada: no hay órdenes de torturar, aunque es indudable que la situación provocará torturas.»[28]

Los autores de este escrito especifican más adelante que no se trata de una simple especulación, porque el experimento de la prisión de Stanford se menciona explícitamente en el informe de la comisión Schlesinger, encargada de investigar los maltratos de Abu Ghraib. Sostienen que «[l]a publicación de información sobre este experimento en un documento oficial que lo vincula con las condiciones de las prisiones militares de los Estados Unidos aún pone más en evidencia la responsabilidad de la cadena de mando por esta política». La referencia que se hace al EPS en el informe Schlesinger destaca el poder de la situación patológica creada en nuestra prisión experimental.

«Las reacciones negativas y antisociales observadas no fueron producto de un entorno creado por una combinación de personalidades anormales, sino más bien el resultado de una situación intrínsecamente patológica que pudo distorsionar y reconducir la conducta de personas esencialmente normales. En este caso, la anormalidad radicaba en la naturaleza psicológica de la situación y no en quienes pasaron por ella.»[29]

Reflejos en la cultura popular

Un grupo de rock, una película alemana y un artista polaco cuyas «formas de arte» se exhibieron en la Bienal de Venecia de 2005 constituyen tres ejemplos de la forma en que nuestro experimento ha cruzado los límites de su torre de marfil hasta llegar a los campos de la música, el teatro y el arte. «Stanford Prison Experiment» (sin el «The») es el nombre de una banda de rock de Los Angeles cuya dura música es «una fusión de punk y ruido» según su líder, que supo del EPS cuando estudiaba en UCLA.[30] *Das Experiment* es una película alemana basada en el EPS que se ha proyectado en todo el mundo. El hecho de que *Das Experiment* se haya inspirado en el EPS otorga cierta legitimidad y realismo a esta «fantasía», como la definió su guionista. Confunde deliberadamente a los espectadores sobre lo que sucedió en nuestro estudio con las muchas libertades que se toma en nombre del sensacionalismo. Al final se convierte en un despliegue vulgar y gratuito de sexualidad y violencia sin ningún valor redentor.

Aunque algunos espectadores encontraron la película emocionante, la crítica la puso por los suelos, como en el caso de dos críticos británicos muy conocidos. El crítico de *The Observer* llegó a esta conclusión sobre *Das Experiment*: «...es un *thriller* improbable y muy poco original que quiere ser una fábula sobre la inclinación nacional (y posiblemente universal) hacia el fascismo autoritario».[31] Más duro fue el crítico de *The Guardian*: «Cualquier programa de *Gran hermano* habría ofrecido alguna idea más profunda que esta absurda y solemne tontería».[32] Un crítico de cine estadounidense, Roger Ebert, extrajo de la película una valiosa lección que también se aplicaba al EPS: «Puede que los uniformes nos conviertan en jaurías dirigidas por el perro dominante. Y los perros que vagan libremente y a su aire son pocos».[33]

Un artista polaco, Artur Zmijewski, ha hecho una película de cuarenta y seis minutos de duración llamada *Repetition* que resume los siete días que unos voluntarios retribuidos pasaron en una prisión simulada creada por él. La película se proyectaba cada hora en el pabellón polaco de la Bienal de

Venecia de junio de 2005, la muestra de arte contemporáneo más antigua del mundo, y también se ha proyectado en muestras artísticas de Varsovia y de San Francisco.

Según un crítico, esta película «da a entender que el experimento de Zimbardo, en cuyo diseño hubo tanta intuición como método estrictamente científico, pudo haber tenido los ingredientes de una obra de arte [...] Sin embargo, en esta prisión simulada el decoro artístico pronto se olvida. La "representación" acaba adquiriendo un impulso propio que envuelve a los actores en su dinámica y se apodera de ellos por completo. Los carceleros son cada vez más brutales y autoritarios. Los rebeldes son encerrados en aislamiento; les rapan la cabeza. A estas alturas, algunos reclusos, en lugar de ver esto como una simple representación más bien pesada que podrán soportar el tiempo necesario (a 40 dólares el día), lo ven como una situación insoportable y abandonan el "experimento" sin más».[34]

El sitio web del experimento de la prisión de Stanford: el poder de Internet

Mediante filmaciones de archivo y cuarenta y dos páginas con fotografías, en: www.prisonexp.org se cuenta la historia de lo que sucedió durante los seis aciagos días de nuestro experimento; incluye documentos, preguntas para fomentar el debate, artículos, entrevistas y abundante material en cinco idiomas para enseñantes, estudiantes y cualquier persona interesada en saber más del experimento y de las prisiones. Fue creado en diciembre de 1999 con la inestimable ayuda de Scott Plous y Mike Lestik.

Si visitamos Google y buscamos la palabra *experiment* es probable que descubramos que esta web sobre el EPS ocupa uno de los primeros lugares de un total de 131 millones de resultados (en septiembre de 2007). De modo similar, en una búsqueda de la palabra clave *prison* en agosto de 2006 el sitio web del experimento de la prisión de Stanford aparecía en segundo lugar tras el Federal Bureau of Prisons of the United States entre más de 192 millones de resultados.

En un día normal, el sitio web www.prisonexp.org recibe más de 25.000 visitas y el número de visitantes desde que se creó la página supera los 38 millones. Cuando la cobertura en los medios de comunicación de las torturas en la prisión de Abu Ghraib llegó al máximo en mayo y junio de 2004, el sitio web del experimento de la prisión de Stanford (y su web matriz, www.socialpsychology.org) superó las 250.000 visitas al día. Estos niveles no sólo demuestran el interés del gran público por la investigación psicológica, sino también la necesidad que siente mucha gente de entender la dinámica del encarcelamiento o, desde un punto de vista más general, la dinámica del poder y la opresión. Puede que estos datos también reflejen el carácter casi legendario que tiene este experimento en muchos países del mundo.

Se puede apreciar una consecuencia muy vívida y personal de visitar el sitio web del EPS en la siguiente carta que me remitió un estudiante de psicología de diecinueve años de edad, en la que describe el valor personal que tuvo para él esa experiencia. Le había permitido entender mejor una terrible experiencia por la que había pasado durante su estancia en un campamento de instrucción militar:

> A poco de empezar [a ver el experimento de la prisión de Stanford] ya me asomaban las lágrimas a los ojos. El 1 de noviembre de 2001, me alisté en la infantería de marina de los Estados Unidos, cumpliendo un sueño de la infancia. Para abreviar una larga historia diré que me acabé convirtiendo en víctima de repetidos maltratos físicos y mentales. Una investigación pudo demostrar que había sufrido más de 40 palizas sin provocación. Al final, y a pesar de que luché contra ello con todas mis fuerzas, acabé pensando en el suicidio, por lo que fui dado de baja del campamento. No estuve allí más de tres meses.
>
> Lo que deseo destacar es que la semejanza entre la manera en que sus carceleros realizaban su trabajo y la forma en que lo hacen los instructores militares es increíble. Me he quedado asombrado al ver todos los paralelismos que existen entre sus carceleros y un instructor que ahora me viene a la cabeza. Fui objeto del mismo trato y, en ocasiones, aún recibí un trato peor.
>
> Un incidente que destaca sobre los demás fue un intento de romper la solidaridad del pelotón. Se me obligó a sentarme en medio de nuestro barracón y a gritar: «Si hubierais marchado más rápido no estaríamos haciendo esto tantas horas» a los otros reclutas, que sostenían sobre la cabeza unas botas muy pesadas. Fue un incidente muy parecido al de los reclusos cuando decían: «819 ha sido un mal recluso». Tras aquel incidente, y después de que estuviera a salvo en casa unos meses más tarde, sólo podía pensar en lo mucho que me gustaría volver allí y demostrar a los otros reclutas que por mucho que el instructor dijera al pelotón que había sido un mal recluta, no era así [lo mismo que quería hacer nuestro recluso Stew-819]. Me vienen

otras cosas a la cabeza, como las flexiones de castigo, las cabezas rapadas, no tener ninguna identidad aparte de ser tratado y de tratar a los demás como «recluta tal y tal», igual que ocurría en su estudio.

La cuestión es que, aunque su experimento se realizó hace ya 31 años, haber leído sobre él me ha ayudado a entender algo que antes era incapaz de ver incluso después de haber recibido psicoterapia y orientación. Lo que usted ha demostrado me ha hecho entender algo a lo que ya llevo casi un año dándole vueltas. Aunque no excusa en modo alguno su conducta, ahora ya puedo comprender las razones del sadismo y la sed de poder que impregnaban los actos de aquel instructor.

En resumen, doctor Zimbardo, muchas gracias.

En su obra *The Marine Machine*, William Mares hace una descripción completa y muy gráfica de cómo «se hace» un *marine*.[35]

Resulta razonable llegar a la conclusión de que en aquel pequeño experimento había algo que aún tiene un valor perdurable no sólo para los científicos sociales, sino también, e incluso con más fuerza, para el público en general. Ahora creo que ese algo especial es la dramática transformación de la naturaleza humana, pero no por los misteriosos productos químicos del doctor Jekyll que lo convertían en el malvado mister Hyde, sino por el poder de las situaciones sociales y de los Sistemas que las crean y las mantienen. A mis colegas y a mí nos complace haber podido «meter la psicología en la conciencia pública» de una manera informativa, interesante y amena que nos permita a todos entender un aspecto tan básico y tan inquietante de la naturaleza humana.

Ha llegado el momento de ampliar nuestras bases empíricas más allá de este experimento. En los capítulos siguientes examinaremos una variedad de estudios procedentes de muchas fuentes que nos ofrecen una información mucho más completa sobre la forma en que pueden actuar las situaciones para convertir a personas buenas en gente malvada.

CAPÍTULO 12

Estudio de la dinámica social: poder, conformidad y obediencia

> Creo que en ciertos períodos de la vida de todo hombre, y en todos los períodos entre la infancia y la vejez más extrema de la vida de ciertos hombres, uno de los elementos más dominantes es el deseo de estar dentro del Anillo local y el temor a quedarse fuera [...] De todas las pasiones, la pasión por el Anillo Interior es la que más puede hacer que un hombre que aún no sea muy malvado haga cosas muy malvadas.
>
> C. S. LEWIS, «The Inner Ring» (1944)[1]

Las motivaciones y las necesidades que en general nos sirven bien nos pueden llevar por el mal camino cuando unas fuerzas situacionales cuyo poder no reconocemos las despiertan, las amplifican o las manipulan. Por eso el mal es tan omnipresente. Su tentación puede hallarse tras cualquier esquina, en un pequeño desvío del camino de la vida, en algo borroso que apenas vemos en el retrovisor y que nos lleva al desastre.

Al intentar entender las transformaciones del carácter de aquellos «buenos chicos» del experimento de la prisión de Stanford, he esbozado diversos procesos psicológicos que fueron fundamentales para corromper

sus pensamientos, sus sentimientos, sus percepciones y sus actos. Vimos que la necesidad básica de formar parte de algo, de asociarse con otras personas y de ser aceptado por ellas, algo tan básico para forjar una comunidad y para los lazos familiares, en el EPS se desvió hacia la conformidad con unas normas nuevas que facultaban a los carceleros para que maltrataran a los reclusos.[2] También vimos que la motivación básica de mantener la coherencia entre nuestras actitudes privadas y nuestra conducta pública permitía resolver y racionalizar la disonancia causada por la violencia ejercida contra nuestros semejantes.[3]

Argumentaré que los ejemplos más dramáticos de «control mental» y de cambio conductual dirigido no son consecuencia de alguna forma exótica de influencia como la hipnosis, el uso de sustancias psicotrópicas o un «lavado de cerebro», sino que son consecuencia de la manipulación sistemática y constante de los aspectos más prosaicos de la naturaleza humana en algún entorno restrictivo.[4]

Creo que éste es el sentido de la propuesta de C. S. Lewis de que hay una fuerza con mucho poder para transformar la conducta del ser humano empujándole a cruzar el límite entre el bien y el mal, una fuerza que procede del deseo fundamental de estar «dentro» y no quedarse «fuera». Si imaginamos que el poder social se organiza como un conjunto de círculos concéntricos donde el anillo central o interno es el más poderoso y los restantes tienen menos importancia social cuanto más externos son, podremos apreciar la fuerza centrípeta de este círculo central. El «Anillo Interior» de Lewis es ese Camelot tan escurridizo que consiste en ser aceptado por algún grupo especial, por alguna asociación privilegiada que nos confiere un estatus instantáneo y realza nuestra identidad. Su atractivo para la mayoría de nosotros es evidente: ¿quién no desea ser miembro de alguna «camarilla»? ¿A quién no le gusta saber que ha sido puesto a prueba y que ha sido hallado merecedor de entrar, de tener ascendencia en una área social nueva y exclusiva?

La presión del grupo, de los compañeros, se ha identificado como una fuerza social que impulsa a las personas, sobre todo a los adolescentes, a hacer cosas extrañas —cualquier cosa— para ser aceptadas. Sin embargo, la búsqueda del Anillo Interior se alimenta desde dentro. La presión de los

compañeros no tiene poder sin el impulso de la presión interior para que ellos nos quieran. Hace que la gente esté dispuesta a sufrir ritos de iniciación dolorosos y humillantes en fraternidades, en sectas, en clubs sociales o en el ejército. Para muchas personas, trepar por el escalafón de la empresa justifica toda una vida de sufrimiento.

Esta fuerza motivadora está doblemente impulsada por lo que Lewis llamaba «el terror de quedarse fuera». Este miedo al rechazo cuando lo que uno desea es la aceptación puede paralizar la iniciativa y anular la autonomía personal. Puede convertir a animales sociales en seres introvertidos y cohibidos. La amenaza imaginaria de ser expulsadas del grupo puede llevar a algunas personas a hacer cualquier cosa para evitar ese rechazo aterrador. Las autoridades pueden obtener una obediencia total no por medio de castigos o recompensas, sino mediante un arma de doble filo: el señuelo de la aceptación combinado con la amenaza del rechazo. Tan fuerte puede ser esta motivación que llegamos a otorgar poder a desconocidos que nos prometen un lugar especial en su mesa de secretos compartidos, «que quede entre tú y yo».[5]

Hace poco pudimos ver un sórdido ejemplo de esta dinámica social cuando una mujer de cuarenta años se confesó culpable de haber mantenido relaciones sexuales con cinco chicos de secundaria y de haberles ofrecido a ellos y a otros chicos drogas y alcohol en las orgías sexuales que había celebrado en su casa cada semana durante todo un año. Dijo a la policía que lo había hecho porque quería ser una «mamá molona». En su declaración, esta «mamá molona» dijo a los investigadores que en el instituto no era popular entre sus compañeros de clase y que organizar estas fiestas le había permitido sentirse «como una más del grupo».[6] Por desgracia, se metió en el Anillo Interior que no debía.

Lo que dice la investigación sobre el poder situacional

El experimento de la prisión de Stanford es una faceta del extenso mosaico de investigaciones que revelan el poder de las situaciones sociales y la construcción social de la realidad. Hemos visto que se centraba en las relaciones de poder entre personas en un entorno institucional. Varios

estudios realizados antes y después de él han iluminado muchos otros aspectos de la conducta humana que las fuerzas situacionales moldean de formas inesperadas.

Los grupos pueden hacer que hagamos lo que normalmente no haríamos por nuestra cuenta, pero su influencia suele ser indirecta y limitarse a ofrecer un modelo de la conducta que se quiere que imitemos. En cambio, la influencia de la autoridad suele ser más directa y menos sutil: «Haz lo que te digo que hagas». Sin embargo, como la exigencia es tan manifiesta y descarada, podemos optar por desobedecer. Para ver mejor lo que digo, consideremos esta pregunta: ¿hasta qué punto una persona buena, normal y corriente, puede obedecer o desobedecer la orden de una figura de autoridad de que haga daño o incluso mate a otra persona desconocida y totalmente inocente? Esta pregunta tan provocadora fue objeto de una prueba experimental en un polémico estudio sobre la obediencia ciega a la autoridad. Es un estudio clásico del que el lector probablemente habrá oído hablar por lo «chocante» de sus efectos, pero en sus métodos hay un valor mucho mayor que nos ayudará en nuestro intento de entender por qué se puede hacer que una persona buena acabe actuando mal. Examinaremos replicaciones y ampliaciones de este estudio clásico y volveremos a plantear la pregunta que nos hacemos ante todos los estudios de esta clase: ¿cuál es su validez externa, cuáles son los equivalentes en el mundo real del poder de la autoridad que se ha visto en el laboratorio?

Cuidado con los prejuicios

Antes de entrar en los detalles de este estudio debo advertir al lector que es probable que albergue un prejuicio que le impida sacar las conclusiones debidas de lo que va a leer. La mayoría de nosotros nos construimos unas ideas preconcebidas interesadas y egocéntricas que mejoran la imagen que tenemos de nosotros mismos y que hacen que nos sintamos especiales, nunca normales y corrientes, siempre «por encima de la media».[7] Estos prejuicios cognitivos desempeñan una función valiosa porque refuerzan nuestra autoestima y nos protegen contra los golpes de la vida. Nos permiten justificar nuestros fracasos, atribuirnos el mérito de

nuestros éxitos y eludir la responsabilidad de nuestras malas decisiones haciéndonos ver nuestro mundo subjetivo a través de un prisma multicolor. Por ejemplo, según unos estudios, el 86 % de los australianos considera que rinde en su trabajo «por encima de la media» y el 90 % de los directores o gerentes estadounidenses considera que su rendimiento es superior a la media de sus colegas (¡cómo serán los pobres que estén en la media!).

Pero estos prejuicios también pueden resultar perjudiciales, porque no nos dejan ver nuestras similitudes con los demás y nos distancian de la realidad de que unas personas idénticas a nosotros pueden hacer maldades en determinadas situaciones. Estos prejuicios también indican que no tomamos ninguna precaución básica para evitar las consecuencias no deseadas de nuestra conducta porque presuponemos que a nosotros no nos va a pasar nada. Por eso corremos riesgos en lo sexual, al conducir, al jugar a juegos de azar, en el campo de la salud y en tantos otros ámbitos. En la versión extrema de estos prejuicios, la mayoría de la gente cree que es menos vulnerable a los prejuicios que los demás aun después de habérselo hecho notar.[8]

Esto significa que cuando leemos sobre el EPS o sobre los muchos estudios citados en el siguiente apartado, podemos llegar a la conclusión de que *nosotros* no haríamos lo que han hecho la mayoría de las personas, que nosotros, faltaría más, seríamos la excepción a la regla. Esta creencia, que es estadísticamente absurda (porque la tenemos la mayoría), aún nos hace más vulnerables a las fuerzas situacionales porque menospreciamos su poder tanto como sobreestimamos el nuestro. Estamos convencidos de que seríamos el buen carcelero, el recluso rebelde, el que se resiste, el disidente, el inconformista y, sobre todo, el Héroe. Ojalá fuera así, pero los héroes son una especie muy rara —y en el último capítulo conoceremos algunos.

Así pues, invito al lector a que suspenda este prejuicio por ahora y a que imagine que lo que han hecho la mayoría de los participantes en estos experimentos también podría hacerlo él. Como mínimo, le ruego que considere que no puede estar totalmente seguro de si acabaría o no haciendo lo mismo que esos participantes si estuviera en su pellejo, en sus mismas circunstancias. Le pido que recuerde lo que dijo el recluso Clay-416, el rebelde de las salchichas, en la entrevista que mantuvo tiempo después del

experimento con su torturador, el carcelero «John Wayne». Cuando éste le preguntó con sorna: «¿Y qué habrías hecho tú si hubieras estado en mi lugar?», Clay le respondió con modestia: «Francamente, no lo sé».

Sólo podremos admitir nuestra vulnerabilidad a las fuerzas situacionales si reconocemos que todos estamos sujetos a las mismas fuerzas dinámicas, si la humildad se impone al orgullo infundado. En este sentido, recordemos la elocuente formulación que hacía John Donne de nuestra interdependencia y nuestra interrelación:

Todo el género humano es de un autor y forma un sólo volumen; cuando muere un hombre no se arranca un capítulo del libro: se traduce a un lenguaje mejor; y así se debe traducir cada capítulo [...] La campana que llama al sermón no toca sólo para el cura, sino para que acuda la congregación: así nos llama esta campana a todos [...] Ningún hombre es una isla, una totalidad en sí mismo [...] la muerte de cualquier hombre me mengua porque formo parte de la humanidad; no envíes, pues, a nadie, para saber por quién doblan las campanas; doblan por ti.

(*Meditations* 27)

El estudio de la conformidad de Asch: mantener la línea

Un psicólogo social, Solomon Asch,[9] creía que los ciudadanos de una cultura como la estadounidense podían actuar de una manera autónoma aunque se enfrentaran a una mayoría que viera el mundo de una forma diferente. Una verdadera conformidad exigiría que el grupo pusiera en duda las creencias y las percepciones básicas de la persona, hacerle decir que X era Y cuando era evidente que no era así. Asch predijo que, en esas circunstancias, las personas que mostraran conformidad serían relativamente pocas; la mayoría de ellas se resistirían totalmente a una presión extrema del grupo que fuera manifiestamente errónea.

¿Qué acabó ocurriendo con las personas que se enfrentaron a una realidad social que estaba en conflicto con sus percepciones básicas del mundo? Para saberlo, pongámonos en el pellejo de un participante típico en aquel estudio.

Nos inscribimos en un estudio sobre la percepción visual que se basa en juzgar el tamaño relativo de unas líneas. Se nos muestran unas tarjetas con tres líneas de longitudes diferentes y se nos pide que digamos en voz alta cuál de las tres tiene la misma longitud que una línea que hay en otra tarjeta. Una es más corta, otra es más larga y otra tiene la misma longitud que la línea que se toma para hacer la comparación. La tarea es pan comido. Cometemos pocos errores, más o menos como la mayoría de los otros participantes (menos del 1%). Pero en este estudio no estamos solos; nos acompañan otros sujetos más, siete concretamente, y en total somos ocho. Al principio, nuestras respuestas son como las de ellos, todas correctas. Pero entonces empieza a pasar algo raro. En algunas pruebas, uno por uno, todos los demás dicen que la línea larga tiene la misma longitud que la mediana o todos dicen que es igual que la corta (no lo sabemos, pero los otros siete sujetos forman parte del equipo de investigación de Asch y han recibido instrucciones para dar unánimemente unas respuestas incorrectas en unas pruebas «críticas» concretas). Cuando nos toca, todos fijan su mirada en nosotros mientras observamos la tarjeta con las tres líneas. Es evidente que vemos algo diferente de lo que ven ellos pero, ¿lo decimos? ¿Nos mantenemos firmes y afirmamos lo que sabemos que es correcto o decimos amén a lo que es correcto según todos los demás? Nos enfrentamos a esa misma presión del grupo en doce del total de dieciocho pruebas: en estas doce, el grupo da respuestas incorrectas, pero en las otras seis, que se intercalan con las otras, dan la respuesta correcta.

Si somos como la mayoría de los 123 participantes en el estudio de Asch, cederíamos a la presión del grupo cerca del 70% de las veces en alguna de las pruebas críticas en las que el grupo da la respuesta errónea. El 30% de los sujetos originales mostró conformidad en la mayoría de las pruebas y sólo una cuarta parte fue capaz de mantener su independencia en todas las pruebas. Algunos dijeron haberse dado cuenta de las diferencias entre lo que ellos veían y lo que decían todos los demás, pero creyeron más

oportuno decir que estaban de acuerdo con los otros. Sin embargo, hubo otros que resolvieron esta discrepancia ¡creyendo que el grupo tenía razón y que eran ellos los que se equivocaban! Todos los sujetos que mostraron conformidad infravaloraron la medida en que habían cedido a la presión del grupo y recordaban haber cedido muchas menos veces de lo que lo habían hecho en realidad. Desde su propio punto de vista seguían siendo independientes, pero no era eso lo que revelaron sus actos.

Los estudios de seguimiento realizados posteriormente indicaron que, cuando los participantes se enfrentaban a una sola persona que daba una respuesta incorrecta, manifestaban cierta desazón, pero mantenían su independencia. Sin embargo, si se les oponía una mayoría de tres personas, los errores se elevaban hasta el 32%. Para no caer en el pesimismo, diremos que Asch encontró un método muy efectivo para fomentar la independencia. Si hacía que el sujeto estuviera acompañado por alguien que expresara un punto de vista coincidente con el suyo, el poder de la mayoría disminuía mucho. Con el apoyo de ese compañero, los errores bajaban hasta una cuarta parte de los cometidos sin él, y este efecto de resistencia persistía cuando el compañero se había ido.

Una de las aportaciones más valiosas a nuestra comprensión de la conformidad con el grupo procede de la investigación de dos de los mecanismos básicos que contribuyen a ella.[10] En primer lugar, mostramos conformidad por unas *necesidades informativas*: con frecuencia, otras personas tienen ideas, puntos de vista, perspectivas y conocimientos que nos ayudan a navegar mejor por nuestro mundo, sobre todo cuando vamos por costas desconocidas con nuevos puertos. El segundo mecanismo supone unas *necesidades normativas*: como es más probable que otras personas nos acepten si estamos de acuerdo con ellas, cedemos ante su visión del mundo motivados por la poderosa necesidad de formar parte de algo, de cambiar las diferencias por similitudes.

Obediencia ciega a la autoridad: el estudio clásico de Milgram

«Estaba intentando hallar alguna manera de hacer que el estudio sobre la conformidad de Asch fuera más significativo desde el punto de vista humano. No me satisfacía que la prueba de la conformidad se basara en juicios sobre líneas. Me preguntaba si los grupos podrían ejercer presión sobre una persona para que realizara algún acto cuya trascendencia humana fuera más manifiesta; quizás actuando de una manera agresiva con otra persona, como por ejemplo administrándole unas descargas eléctricas cada vez más fuertes. Pero para estudiar el efecto del grupo [...] antes habría que saber cómo actuaría el sujeto sin la presión de éste. En ese mismo instante, mi pensamiento se centró en este aspecto del control experimental. ¿Hasta dónde llegaría una persona siguiendo las órdenes de un experimentador?»

Estas reflexiones del psicólogo social Stanley Milgram, que había sido ayudante de investigación y de cátedra de Solomon Asch, dieron inicio a una extraordinaria serie de investigaciones sobre lo que se ha acabado llamando «obediencia ciega a la autoridad». Su interés en el problema de la obediencia a la autoridad procedía de sus profundas reflexiones personales sobre la facilidad con que los nazis habían asesinado obedientemente a los judíos durante el Holocausto.

«[Mi] paradigma de laboratorio [...] daba una expresión científica a una preocupación más general por la autoridad, una preocupación impuesta a otros miembros de mi generación, en particular a judíos como yo mismo, por las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial. El impacto del Holocausto en mi psique activó mi interés por la obediencia y determinó la forma concreta de examinarla.»[11]

Me gustaría recrear para el lector la situación a la que se enfrentaba un participante típico en este proyecto de investigación, para pasar luego a resumir los resultados, esbozar diez lecciones importantes que se pueden extraer de estos estudios y se pueden generalizar a otras situaciones de transformación de la conducta en la vida cotidiana, y examinar varias extensiones o ampliaciones de este paradigma presentando algunos equivalentes en el mundo real. (Véase en las notas una descripción de mi relación personal con Stanley Milgram.)[12]

El paradigma de la obediencia de Milgram

Imaginemos que vemos este anuncio en el periódico del domingo y que decidimos responder. Aunque en el estudio original sólo participaron varones, más adelante se hizo otro con mujeres, por lo que invito a todos los lectores a que participen en este escenario imaginario.

Un investigador cuya bata gris de laboratorio y su porte serio transmiten una impresión de gran importancia científica nos saluda a nosotros y a otro participante cuando llegamos a un laboratorio de la Universidad de Yale. Estamos allí para ayudar a la psicología científica a encontrar formas de mejorar el aprendizaje y la memoria de la gente mediante el uso del castigo. El investigador nos dice que este estudio puede tener unas consecuencias prácticas muy importantes. Nuestra tarea es muy sencilla: uno de los dos hará de «maestro» y le dará al otro participante, que hará de «alumno», una serie de pares de palabras para que las memorice. Durante la prueba, el maestro irá dando palabras clave al alumno y éste deberá responder con la palabra correcta de cada par. Cuando el alumno responda correctamente, el maestro le recompensará de palabra diciendo «Bien» o «Correcto». Cuando el alumno se equivoque, el maestro deberá pulsar un interruptor de un aparato con un aspecto impresionante que administra una descarga eléctrica al alumno como castigo por el error.

Public Announcement

WE WILL PAY YOU $4.00 FOR ONE HOUR OF YOUR TIME

Persons Needed for a Study of Memory

*We will pay five hundred New Haven men to help us complete a scientific study of memory and learning. The study is being done at Yale University.

*Each person who participates will be paid $4.00 (plus 50c carfare) for approximately 1 hour's time. We need you for only one hour: there are no further obligations. You may choose the time you would like to come (evenings, weekdays, or weekends).

*No special training, education, or experience is needed. We want:

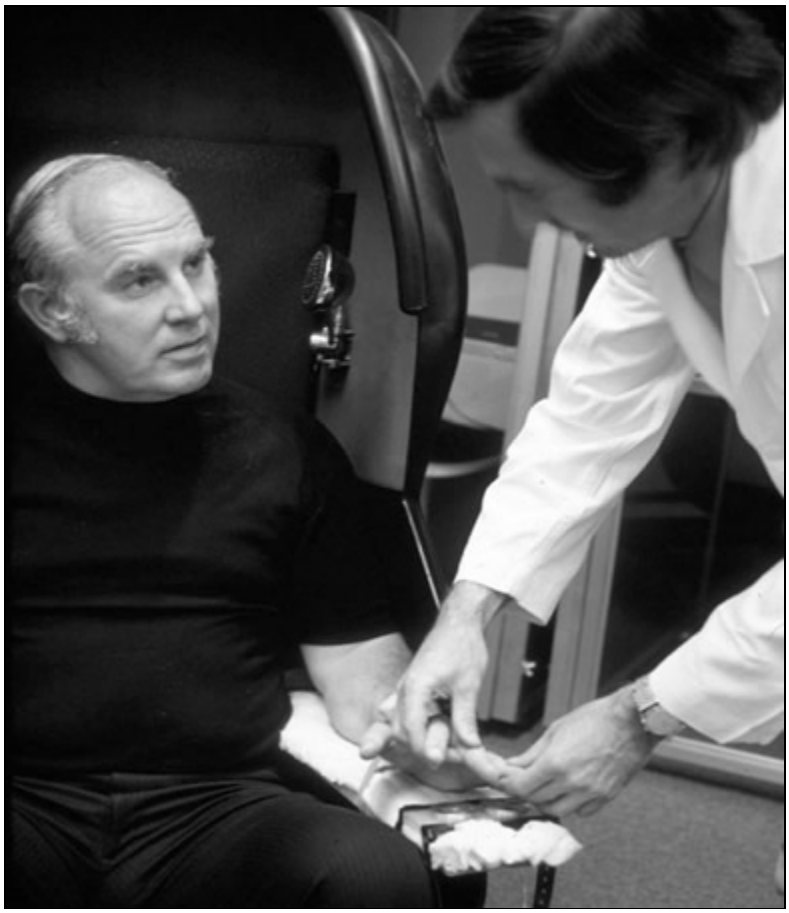
Factory workers	Businessmen	Construction workers
City employees	Clerks	Salespeople
Laborers	Professional people	White-collar workers
Barbers	Telephone workers	Others

All persons must be between the ages of 20 and 50. High school and college students cannot be used.

*If you meet these qualifications, fill out the coupon below and mail it now to Professor Stanley Milgram, Department of Psychology, Yale University, New Haven. You will be notified later of the specific time and place of the study. We reserve the right to decline any application.

*You will be paid $4.00 (plus 50c carfare) as soon as you arrive at the laboratory.

TO:
PROF. STANLEY MILGRAM, DEPARTMENT OF PSYCHOLOGY, YALE UNIVERSITY, NEW HAVEN, CONN. I want to take part in this study of memory and learning. I am between the ages of 20 and 50. I will be paid $4.00 (plus 50c carfare) if I participate.



El generador de descargas tiene treinta interruptores que van desde los 15 voltios del nivel inferior hasta los 450 voltios del nivel máximo, aumentando 15 voltios cada nivel. El experimentador nos dice que, cada vez que el alumno se equivoque, deberemos pulsar el interruptor del siguiente voltaje más alto. El panel de control indica el nivel de voltaje de cada uno de los interruptores más una descripción para cada nivel. La etiqueta del décimo nivel (150 voltios) dice «Descarga fuerte»; la del nivel 13 (195 voltios) dice «Descarga muy fuerte»; la del nivel 17 (255 voltios) dice «Descarga violenta»; la del nivel 21 (315 voltios) dice «Descarga muy violenta»; la del nivel 25 (375 voltios) dice «Peligro, descarga extremadamente violenta»; y, para los niveles 29 y 30 (correspondientes a 435 y 450 voltios), en las etiquetas del panel sólo hay un ominoso «XXX» (la pornografía del dolor y el poder supremos).

Nosotros y el otro voluntario echamos a suertes quién desempeñará cada papel; a nosotros nos toca ser el maestro y el otro voluntario será el alumno (el sorteo está amañado y el otro voluntario, que es un cómplice del experimentador, siempre hace de alumno). Es un hombre amable y de mediana edad al que, junto con el experimentador, acompañamos a la sala de al lado. «Bien, ahora vamos a preparar al alumno para que pueda recibir el castigo», nos dice a los dos el investigador. El investigador sujeta los brazos del alumno con unas correas y le coloca un electrodo en la muñeca derecha por el que recibirá las descargas eléctricas del generador de la sala de al lado, siempre y cuando cometa errores. Los dos nos podemos comunicar por un interfono y el experimentador estará de pie a nuestro lado. A nosotros nos aplican una descarga de prueba de 45 voltios, que corresponde al tercer nivel, y que nos produce una leve sensación dolorosa de hormigueo; de este modo nos hacemos una idea de lo que significan los niveles de descarga. A continuación, el experimentador nos dice que demos inicio a nuestra prueba para estudiar «cómo mejorar la memoria».

Al principio, nuestro alumno responde bien, pero pronto empieza a cometer errores y nosotros vamos pulsando los interruptores de las descargas. Empieza a quejarse de que las descargas le duelen. Miramos al experimentador, que asiente con la cabeza para que sigamos. A medida que aumenta la intensidad de las descargas, el alumno grita más y dice que no quiere continuar. Nosotros vacilamos y preguntamos si debemos seguir, pero el experimentador insiste en que no tenemos otra opción y que debemos hacerlo.

Ahora el alumno se queja de que tiene mal el corazón y nosotros protestamos, pero el experimentador insiste de nuevo en que debemos seguir. Los errores van en aumento; suplicamos a nuestro alumno que se concentre para recordar las asociaciones correctas porque no queremos hacerle daño con las descargas más violentas. Pero nuestra preocupación y nuestros mensajes no sirven de nada. Sigue dando respuestas incorrectas una y otra vez. A medida que las descargas aumentan, el alumno grita: «¡No aguanto el dolor, sacadme de aquí!». Luego dice al experimentador: «¡No tiene derecho a retenerme aquí! ¡Déjeme salir!». Un nivel más y grita: «¡No voy a contestar más! ¡Sacadme de aquí! ¡No podéis tenerme aquí! ¡El corazón me va a fallar».

Está claro que no queremos tener nada más que ver con ese experimento. Decimos al experimentador que no deseamos continuar. No queremos hacer daño a nadie y menos así. Nos queremos ir. Pero el experimentador sigue insistiendo en que sigamos. Nos recuerda nuestro contrato, nuestro acuerdo de participar hasta el final. Además, dice que se hace responsable de las consecuencias de las descargas que apliquemos. Después de haber pulsado el interruptor de 300 voltios leemos la siguiente palabra clave, pero el alumno ya no contesta. «No contesta», le decimos al experimentador. Queremos que vaya a la otra sala para ver si el alumno está bien. El experimentador, impasible, responde que no piensa ir para ver cómo está y nos dice: «Si el alumno no responde en un tiempo razonable, unos cinco segundos, daremos la respuesta por incorrecta», porque los errores por omisión se deben castigar igual que las respuestas erróneas: es una de las reglas.

Mientras seguimos aumentando el nivel de las descargas hasta llegar a las más peligrosas, no oímos ningún sonido procedente de la sala donde se encuentra el alumno. ¡Puede que esté inconsciente o algo peor! Estamos muy preocupados y queremos abandonar, pero nada de lo que decimos nos puede librar de esta situación tan angustiosa. Se nos dice que nos atengamos a las normas: que sigamos haciendo las preguntas del test y administrando descargas con cada error.

Ahora ruego al lector que intente imaginar con el mayor detalle cómo sería su participación como «maestro». Estoy seguro de que dirá: «¡Yo nunca llegaría hasta el final!». Supongo que primero habría protestado, luego habría desobedecido y al final se habría ido. ¡Nunca renunciaría a sus principios por cuatro dólares! ¡Además, de haber llegado hasta el último de los treinta niveles de intensidad, el experimentador le habría insistido en que volviera a pulsar el interruptor XXX dos veces más, por si acaso! ¡Hasta ahí podíamos llegar! Ni hablar, no señor, de ninguna manera. Bien, hemos quedado en que el lector ya se habría ido antes de llegar a ese punto, ¿verdad? Pues, en ese caso, ¿hasta dónde predice *el lector* que llegaría antes de irse? ¿Hasta qué punto llegaría en esta situación una persona común y corriente de aquella pequeña ciudad?

El resultado predicho por unos expertos

Milgram describió su experimento a un grupo de cuarenta psiquiatras y luego les pidió que predijeran el porcentaje de ciudadanos estadounidenses que llegarían a pulsar los treinta interruptores del experimento. Por término medio, predijeron que llegarían hasta el final menos del 1 %, que una conducta tan sádica sólo la manifestarían personas sádicas y que la mayoría de la gente abandonaría hacia el décimo nivel, correspondiente a 150 voltios. ¡No podrían haber errado más! Estos expertos en la conducta humana erraron por completo porque, en primer lugar, pasaron por alto los factores situacionales determinantes de la conducta en la descripción del procedimiento experimental. En segundo lugar, su formación en la psiquiatría tradicional hizo que se basaran demasiado en la noción

disposicional para entender una conducta tan inusual como ésta y pasaron por alto el papel de los factores situacionales. ¡Cometieron el llamado «error fundamental de atribución» (EFA)!

La dura realidad

En realidad, en el experimento de Milgram dos de cada tres voluntarios (el 65%) llegaron hasta el final y administraron el máximo nivel de descarga de 450 voltios. La inmensa mayoría de los «maestros» aplicaron las descargas a su «alumno-víctima» una y otra vez a pesar de sus súplicas cada vez más desesperadas para que pararan.

Y ahora invito al lector a que haga otra suposición: ¿cuál cree que fue el porcentaje de abandonos cuando las descargas llegaban a los 330 voltios y ya no se oía nada por el interfono, con lo que era razonable suponer que el alumno había perdido el conocimiento? ¿Cuántos cree que siguieron a partir de este punto? Cualquier persona sensata, ¿no lo dejaría, se iría, rechazaría las exigencias del investigador de que siguiera aplicando descargas?

Veamos lo que comentó uno de los «maestros» acerca de su reacción: «No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Me decía: "Bueno, a lo mejor estoy matando a ese hombre". Le dije al experimentador que si seguía adelante no me hacía responsable. Y ya está». Pero cuando el experimentador le aseguró que él se haría responsable de todo, el preocupado maestro obedeció y siguió hasta el final.[13]

Y prácticamente todos los que llegaron hasta este punto hicieron lo mismo. ¿Cómo es posible algo así? Si ya habían llegado tan lejos, ¿por qué siguieron hasta el final? Una de las razones de estos alarmantes niveles de obediencia puede estar relacionada con el hecho de que el «maestro» no supiera cómo salir de la situación, y no tenía por qué deberse a la simple obediencia ciega. La mayoría de los participantes discreparon en alguna ocasión diciendo que no querían seguir, pero el investigador no les dejaba abandonar y continuamente les daba razones por las que tenían que quedarse y seguir examinando a su pobre alumno. Normalmente las protestas surten efecto y podemos zafarnos de situaciones desagradables, pero nada de lo que decimos impresiona a este insensible experimentador,

que insiste en que debemos quedarnos y seguir administrando descargas por los errores. Miramos el panel de control y nos damos cuenta de que la salida más fácil se encuentra al final, en el interruptor de la última descarga. La manera más rápida de salir, sin que el experimentador nos fastidie y sin oír gemir más al alumno que ahora está en silencio, es accionar algunos interruptores más. ¡*Voilà*! Los 450 voltios son la salida más fácil: volver a ser libres sin hacer frente directamente a la figura de autoridad ni tener que conciliar el sufrimiento que ya hemos causado a la víctima con este dolor adicional. Todo se reduce a seguir un poco más y ¡listos!

Variaciones sobre el tema de la obediencia

A lo largo de un año, Milgram llevó a cabo diecinueve experimentos diferentes, cada uno con una variación distinta del paradigma básico experimentador/maestro/alumno/prueba de memoria/descargas por errores. En cada uno de estos estudios cambió una variable psicológico-social y observó su impacto en los niveles de obediencia ante la presión injusta de la autoridad para seguir administrando descargas al «alumno-víctima». En un estudio también participaron mujeres; en otros varió la proximidad o la lejanía física de la pareja maestro-experimentador o de la pareja maestro-alumno; en otra variante hizo que otros participantes se rebelaran u obedecieran antes de que el maestro tuviera la posibilidad de empezar; y así hasta diecinueve variantes.

En un conjunto de experimentos, Milgram quiso demostrar que sus resultados no se debían al poder de la autoridad de la Universidad de Yale, a cuyo alrededor gira prácticamente toda la ciudad de New Haven. En consecuencia, trasladó su laboratorio a un bloque de oficinas destartalado del centro de Bridgeport, Connecticut, y repitió el experimento en forma de proyecto de una empresa privada de investigación sin que se advirtiera ninguna conexión con Yale. No hubo diferencias; los participantes cayeron bajo el mismo hechizo de este poder situacional.

Los datos revelaron claramente la extrema maleabilidad de la naturaleza humana: prácticamente todo el mundo podía ser totalmente obediente o prácticamente todo el mundo podía resistirse a las presiones de

la autoridad. Todo dependía de las variables situacionales que experimentaran. Milgram pudo demostrar que los porcentajes de conformidad —personas que llegaban hasta el máximo de 450 voltios— podían superar el 90 % o reducirse a menos del 10 % con sólo introducir una variable crucial en la receta de la conformidad.

¿Queremos una obediencia máxima? Hagamos que el sujeto forme parte de un «equipo educativo» en el que la tarea de accionar los interruptores para castigar a la víctima con descargas se asigne a otra persona (un cómplice) y el sujeto se encargue de otras partes del procedimiento. ¿Queremos que la gente se resista a las presiones de la autoridad? Ofrezcamos unos compañeros que se rebelen y actúen como modelo social. Los participantes también se negaban a administrar las descargas si el alumno decía que le gustaba recibirlas; eso es masoquismo y ellos no eran unos sádicos. También se resistían a administrar descargas elevadas si el experimentador sustituía al alumno. Era más probable que administraran más descargas si el alumno estaba lejos que si se encontraba cerca. En cada una de las restantes variaciones con esta gama diversa de ciudadanos estadounidenses comunes y corrientes, con edades y ocupaciones muy distintas, y de uno y otro sexo, fue posible obtener unos niveles de obediencia y de docilidad bajos, medianos o altos con sólo accionar el interruptor situacional, como si se hiciera girar un «dial de la naturaleza humana» en la psique de los sujetos. Esta gran muestra de mil ciudadanos ordinarios de índole tan diversa hace que los resultados de los estudios sobre la obediencia de Milgram estén entre los más generalizables de todas las ciencias sociales.

Cuando contemples la larga y sombría historia del hombre, verás que se han cometido muchos más crímenes horrendos en nombre de la obediencia que en nombre de la rebelión.

C. P. SNOW, «Either-Or» (1961)

Diez lecciones de los estudios de Milgram: crear trampas malvadas

para buenas personas

Veamos brevemente algunos de los procedimientos de este paradigma de investigación que sedujo a tantos ciudadanos comunes y corrientes para que actuaran de aquella manera aparentemente malvada. Con ello deseo trazar paralelismos con las estrategias para fomentar la conformidad que emplean en la vida real muchos «profesionales de la influencia», como vendedores, líderes de sectas, propagandistas militares, publicistas y otros.[14] Del paradigma de Milgram podemos extraer diez métodos que sirven a este fin:

1. Concertar de antemano alguna forma de obligación contractual verbal o escrita para controlar la conducta de la persona de una forma seudolegal. (En el experimento de Milgram esto se hacía mediante el compromiso de aceptar las tareas y los métodos.)
2. Asignar a los participantes unos papeles con un significado («maestro», «alumno») asociado a unos valores positivos aprendidos previamente y que activen automáticamente unos guiones de respuesta.
3. Presentar unas normas básicas que seguir y que parezcan tener sentido antes de su aplicación real, pero que luego se puedan usar de una manera arbitraria e impersonal con el fin de justificar una conformidad irreflexiva. Además, los sistemas controlan a la gente haciendo que las normas sean ambiguas y cambiándolas cuando lo creen necesario, aunque insistiendo en que «las normas son las normas» y se deben seguir (como hacía el investigador con bata de laboratorio en el experimento de Milgram, o como hicieron los carceleros del EPS para obligar al recluso Clay-416 a comerse las salchichas).
4. Alterar la semántica de la acción y del autor (en lugar de decir «hacer daño a las víctimas» se habla de «ayudar al experimentador», o se dice que el castigo de las primeras sirve al noble objetivo del avance científico); reemplazar la realidad desagradable con una retórica conveniente, dorando el marco para disfrazar el verdadero cuadro. (Podemos ver cómo actúa la misma trampa semántica en la publicidad,

en la que, por ejemplo, los elixires bucales que tienen mal sabor se presentan como buenos porque eliminan los gérmenes y tienen el sabor que cabe esperar de un medicamento.)

5. Ofrecer medios para diluir o no asumir la responsabilidad por los resultados negativos; o decir que el actor estará exento de responsabilidad o que los responsables serán otros. (En el caso de Milgram, cuando algún «maestro» preguntaba con relación a la figura de autoridad, ésta respondía diciendo que ella se haría responsable de lo que le pudiera pasar al «alumno».)
6. Iniciar el camino hacia la maldad final con un primer paso pequeño, en principio insignificante, una especie de «poner el pie en la puerta» que abre el paso a presiones posteriores y más intensas para mostrar conformidad que conducen a una pendiente resbaladiza.[15] (En el estudio sobre la obediencia, la descarga inicial era muy leve, sólo 15 voltios.) Éste también es el método para convertir a buenos chavales en drogadictos: ese primer pico o esa primera raya, «sólo un poco».
7. Ofrecer una serie de pequeños pasos graduales para que apenas se note la diferencia con respecto al acto anterior. «Sólo un poco más.» (Al aumentar cada nivel de descarga en 15 voltios cada vez para los treinta interruptores, los participantes de Milgram no veían mucha diferencia entre el daño causado en un nivel y en el siguiente.)
8. Cambiar de una manera gradual la naturaleza de la figura de autoridad (el investigador en el estudio de Milgram) para que pase de ser razonable y «justo» al principio, a ser «injusto» y exigente, e incluso irracional. Esto provoca una conformidad inicial y una posterior confusión, porque esperamos coherencia de las autoridades y de los amigos. El hecho de no reconocer que esta transformación se ha producido da origen a una obediencia irreflexiva (forma parte de muchas violaciones cometidas durante citas y es una razón de que las mujeres maltratadas por sus cónyuges sigan con ellos).
9. Hacer que el «coste de la salida» sea elevado y que el proceso de marcharse sea difícil, permitiendo la discrepancia verbal (que hace que las personas se sientan mejor) pero insistiendo al mismo tiempo en la conformidad conductual.

10. Ofrecer una ideología, o una gran mentira, para justificar el uso de cualquier medio con el fin de lograr una meta aparentemente imprescindible. (En el estudio de Milgram, esto adoptaba la forma de ofrecer una justificación aceptable o razonada para llevar a cabo el acto censurable: el deseo de la ciencia de ayudar a mejorar la memoria de la gente mediante la aplicación de recompensas y castigos.) En los experimentos de la psicología social, esta táctica se conoce con el nombre de «tapadera» porque encubre los procedimientos que siguen y que podrían ser cuestionados porque no tienen sentido por sí solos. El equivalente de esto en el mundo real recibe el nombre de «ideología». La mayoría de los países se basan en una ideología, que suele mencionar las «amenazas a la seguridad nacional», para entrar en guerra o para suprimir la oposición política. Cuando los ciudadanos temen que la seguridad nacional esté amenazada, ceden sus libertades básicas a un gobierno que les ofrezca seguridad. El análisis clásico de Erich Fromm en *El miedo a la libertad* nos hizo tomar conciencia de la táctica que Hitler y otros dictadores han venido usando desde hace mucho tiempo para alcanzar el poder y mantenerse en él: ofrecer seguridad a los ciudadanos si éstos renuncian a sus libertades porque así podrán controlar mejor la situación.[16]

Replicaciones y ampliaciones del modelo de la obediencia de Milgram

Por su diseño estructural y su protocolo detallado, el experimento básico de la obediencia de Milgram ha podido ser replicado por otros investigadores de muchos países. Hace poco se llevó a cabo un análisis comparativo de los porcentajes de obediencia de ocho estudios realizados en los Estados Unidos y nueve replicaciones hechas en países europeos, africanos y asiáticos. Los participantes de todos los países presentaron unos niveles de conformidad igualmente elevados. El porcentaje medio de obediencia del 61% hallado en las replicaciones realizadas en los Estados Unidos era comparable al porcentaje medio de obediencia del 66% de las muestras de los restantes países. La gama de obediencia iba del 31% al 91% en los Estados Unidos y del 28% de Australia al 88 % de Sudáfrica en las

replicaciones de otros países. La obediencia también era estable en el espacio y en el tiempo (a lo largo de decenios): no se ha hallado ninguna relación entre el momento en que se ha realizado un estudio (entre 1963 y 1985) y el nivel de obediencia.[17]

El poder de los médicos para que las enfermeras traten mal a los pacientes

La relación entre médicos y enfermeras, ¿es una relación de autoridad basada en el poder? De ser así, ¿hasta qué punto le es difícil a una enfermera desobedecer la orden de un médico cuando sabe que está mal? Para saberlo, un equipo formado por médicos y enfermeras estudió la obediencia en el sistema de autoridad de un hospital real viendo si unas enfermeras obedecían o no una orden errónea que les daba un médico desconocido.[18]

Veintidós enfermeras recibieron por separado la llamada de un médico de plantilla al que no conocían. El médico les decía que administraran de inmediato una medicación a un paciente para que ya hubiera surtido efecto cuando él llegara al hospital y que ya firmaría la prescripción después. Les ordenaba que administraran al paciente 20 mililitros del fármaco Astrogen. La etiqueta del envase de Astrogen indicaba que la dosis normal era de 5 mililitros y advertía que la dosis máxima era de 10 mililitros. La orden del médico duplicaba esta dosis máxima.

El conflicto al que se enfrentaba mentalmente cada enfermera giraba en torno a si debía obedecer esta orden de una persona desconocida que la llamaba por teléfono diciéndole que administrara una dosis excesiva de un fármaco, o debía seguir la práctica médica habitual de rechazar esta clase de órdenes no autorizadas. Cuando se planteó este dilema como una situación hipotética a una docena de enfermeras de aquel mismo hospital, diez dijeron que se negarían a obedecer. Sin embargo, cuando otras enfermeras se encontraron en la incómoda posición de hacer frente a la llegada inminente del médico (y a su posible cólera por haber sido desobedecido), prácticamente todas acabaron cediendo y obedecieron. De las veintidós enfermeras sometidas a la prueba, todas salvo una empezaron a verter el

medicamento (que en realidad era un placebo) para administrárselo al paciente antes de que el investigador les dijera que aquella situación era un experimento. La única enfermera desobediente debería haber recibido un aumento de sueldo y una medalla al heroísmo.

Este dramático caso dista mucho de ser único. En una encuesta reciente realizada a una gran muestra de enfermeras tituladas se hallaron unos niveles igualmente elevados de obediencia ciega a la todopoderosa autoridad de los médicos. Casi la mitad (el 46 %) de las enfermeras recordaba alguna ocasión en la que «habían cumplido una orden de un médico creyendo que podía tener consecuencias perjudiciales para el paciente». Cuando estas enfermeras obedecían una orden incorrecta atribuían más responsabilidad al médico que a sí mismas. Además, señalaban que la base principal del poder social de los médicos es su «poder legítimo», el derecho a proporcionar una asistencia global al paciente.[19] Ellas se limitaban a seguir lo que creían que eran órdenes legítimas, pero el paciente se moría. Miles de pacientes hospitalizados mueren innecesariamente cada año a causa de una gran variedad de errores cometidos por el personal sanitario, algunos de los cuales, supongo, incluyen esta obediencia incondicional de las enfermeras y otros miembros del personal a las órdenes erróneas de los médicos.

Obediencia administrativa a la autoridad

En la sociedad moderna, las personas que ocupan posiciones de autoridad rara vez castigan a otras personas con violencia física, como en el paradigma de Milgram. Es más habitual la *violencia mediada,* en la que las autoridades dan órdenes a sus subalternos para que las lleven a cabo o la violencia supone un maltrato verbal que reduce el amor propio y la dignidad de quien lo sufre. Las autoridades suelen adoptar medidas punitivas cuyas consecuencias no se observan directamente. Un ejemplo de esta violencia mediada socialmente sería dar a alguien una información adversa sabiendo que repercutirá negativamente en su rendimiento y reducirá sus posibilidades de obtener un trabajo.

Entre 1982 y 1985, un equipo de investigadores de la Universidad de Utrecht evaluó el nivel de obediencia basada en la autoridad en una situación como la anterior mediante una ingeniosa serie de experimentos incluidios en un total de veinticinco estudios separados con cerca de 500 personas.[20] En su «paradigma de la obediencia administrativa» el experimentador decía a los sujetos del estudio, que actuaban como «jefes de personal», que hicieran quince «comentarios denigratorios» a una persona que solicitaba un empleo y que se hallaba en la sala de al lado (y que era cómplice del experimentador). Concretamente, se les dijo que administraran al candidato un test de selección: si lo superaba, se le daría el trabajo; si no, no lo obtendría.

También se les dijo que incomodaran y estresaran al candidato mientras le pasaban el test. El objetivo de los quince comentarios, que estaban escalonados, era criticar su rendimiento en el test y denigrar su personalidad mediante expresiones como: «Eso que acaba de hacer es una estupidez». A medida que los sujetos-jefes de personal iban haciendo estos comentarios cada vez más hostiles, «creaban en el candidato una tensión psi-cológica tan fuerte que no podía rendir de una manera satisfactoria y, en consecuencia, no obtenía el trabajo». Además, los investigadores habían dicho a los sujetos-jefes de personal que siguieran aunque los candidatos protestaran. El experimentador contrarrestaba cualquier discrepancia por parte de los sujetos-jefes de personal insistiéndoles un máximo de cuatro veces para que siguieran con los comentarios hostiles antes de permitirles dejar de hacerlo si se mantenían firmes en su decisión. Por último, y muy importante, se informaba a los sujetos de que la capacidad de trabajar bajo presión *no* era un requisito imprescindible para el trabajo, pero que el procedimiento se tenía que seguir porque contribuía al proyecto de investigación del experimentador, que estaba interesado en la influencia del estrés en el rendimiento obtenido en el test. Hacer sufrir a otra persona y humillarla no tenía otro objetivo que proporcionar algunos datos a un investigador. En la condición de control, los sujetos podían dejar de hacer comentarios estresantes cuando lo creyeran oportuno.

Cuando se pidió a un conjunto separado de ciudadanos holandeses que dijeran si ellos harían todos los comentarios estresantes en estas circunstancias, más del 90% dijo que no. Una vez más, esta «visión desde fuera» fue totalmente errónea: el 91% de los sujetos obedeció hasta el mismísimo final. Se obtuvo este mismo grado de obediencia extrema cuando los sujetos eran verdaderos jefes de personal, a pesar de su código de ética profesional. También se pudo observar un nivel elevado de obediencia similar cuando se enviaba la información a los sujetos semanas antes de su visita al laboratorio, para que tuvieran tiempo de reflexionar sobre la naturaleza potencialmente hostil de su papel.

¿Cómo podríamos generar *desobediencia* en este contexto? Podríamos elegir entre varias opciones: hacer que varios compañeros se rebelen antes de que le llegue al turno al sujeto, como en el estudio de Milgram. O recordar al sujeto su responsabilidad legal si el candidato-víctima se siente perjudicado y demanda a la universidad. O rebajar la presión de la autoridad para llegar hasta el final, como ocurría en la condición de control de esta investigación, en la que nadie llegó a obedecer totalmente.

Obediencia sexual a la autoridad: el engaño del cacheo

El llamado «timo o engaño del cacheo» se ha perpetrado en varias cadenas de restaurantes de comida rápida de todos los Estados Unidos. Este fenómeno demuestra el poder de la obediencia a una autoridad anónima pero que parece ser importante. El *modus operandi* es que el encargado o la encargada del establecimiento recibe una llamada telefónica de un hombre que se identifica como agente de policía y que dice llamarse, por ejemplo, Scott. Necesita urgentemente su ayuda en un caso de robo por parte de un empleado o una empleada de su establecimiento. Durante la conversación insiste en que se le dé el tratamiento de «señor». Antes ya ha reunido información pertinente sobre los procedimientos y los detalles del establecimiento. También sabe cómo obtener la información que desea mediante preguntas guiadas con habilidad, como hacen los buenos magos y los «mentalistas» profesionales. Es un buen timador.

Al final, el agente Scott obtiene de la encargada el nombre de una nueva empleada joven y atractiva y le dice que ha estado robando del establecimiento y que cree que en este mismo momento ya lleva algo encima. Quiere que se la aísle en la trastienda y se la retenga allí hasta que él o sus hombres puedan venir a buscarla. La empleada es retenida allí y el «señor agente», que habla con ella por teléfono, le da la opción de que se desnude y la registre allí mismo una compañera de trabajo o de que espere a que la lleven a comisaría para que la desnuden y la registren allí. Invariablemente, la chica dice que la registren en ese mismo momento porque sabe que es inocente y que no tiene nada que ocultar. El presunto policía habla luego con la encargada y le dice que la haga desnudarse y que la registre a fondo, incluso en el ano y en la vagina, en busca de drogas o de dinero robado. Mientras, el «policía» insiste en que le explique con el máximo detalle todo lo que ocurre y, en la mayoría de los casos, las cámaras de videovigilancia van grabando estos sorprendentes acontecimientos mientras se van desarrollando. Pero esto es sólo el principio de una pesadilla para la joven e inocente empleada y de un baño de excitación sexual y de poder para el llamante-*voyeur*.

En un caso en el que declaré como perito y en el que la afectada era una asustada estudiante de instituto de dieciocho años de edad, a esta situación básica se le habían añadido una serie de actividades cada vez más bochornosas y sexualmente degradantes. Siguiendo las instrucciones del que llamaba, la chica tuvo que ponerse a saltar y bailar desnuda por la sala. Luego, el que llamaba dijo a la encargada que fuera a buscar a un empleado varón de más edad que vigilara a la víctima para que ella pudiera volver a desempeñar su tarea en el restaurante. La situación degeneró hasta el punto de que el que llamaba insistió en que la chica se masturbara y le hiciera una felación al compañero que supuestamente debía retenerla en la trastienda mientras la policía se encaminaba hacia el restaurante. Estas actividades sexuales siguieron más de dos horas mientras esperaban a que llegara la policía, algo que, naturalmente, no llegó a suceder.

La singular influencia de esta «autoridad ausente» tienta a muchas personas que se ven en esa situación hasta el punto de que llegan a vulnerar la política de la empresa y, probablemente, también sus principios éticos y

morales humillando y abusando sexualmente de una empleada joven, honrada y, con frecuencia, religiosa practicante. Al final, el personal acaba siendo despedido, algunos son denunciados, se presenta una demanda a la empresa, las víctimas quedan gravemente afectadas y los autores de estas patrañas —en un caso un ex oficial de prisiones— acaban siendo atrapados y encarcelados.

Una reacción razonable cuando se tiene conocimiento de este engaño es centrarse en la disposición de los encargados y de las víctimas y calificarlos de personas ingenuas, ignorantes, crédulas, raras. Pero cuando nos enteramos de que esta patraña se ha llevado a cabo con éxito en sesenta y ocho establecimientos similares de comida rápida de media docena de cadenas diferentes y en treinta y dos estados distintos, y que han caído en el engaño muchos encargados de restaurantes de todo el país con víctimas tanto de sexo masculino como femenino, nuestro análisis no puede basarse simplemente en culpar a las víctimas, y debemos reconocer el poder de las fuerzas situacionales que intervienen en este engaño. Así pues, no debemos infravalorar el poder de «la autoridad» para generar obediencia de una clase y en una medida que a veces es difícil de entender.

Donna Summers, que fue despedida de su puesto de encargada de un McDonald's de Mount Washington, Kentucky, por haber caído en este engaño, expresa con claridad uno de los principales temas de *El efecto Lucifer* sobre el poder situacional. «Lo ves desde fuera y te dices: "Yo nunca lo habría hecho". Pero si no has estado en esa situación y en ese preciso momento, no tienes ni idea de lo que harías. Ni idea.»[21]

En su libro *Making Fast Food: From the Frying Pan into the Fryer*, la socióloga canadiense Ester Reiter llega a la conclusión de que la obediencia a la autoridad es el rasgo más valorado para trabajar en los establecimientos de comida rápida. «El proceso de línea de montaje intenta de una manera muy deliberada privar a los trabajadores de todo pensamiento o criterio. Son apéndices de la máquina», dijo en una entrevista reciente. Dan Jablonski, un agente especial del FBI retirado que investigó estos engaños como detective privado, dijo: «Usted y yo podemos estar aquí sentados

juzgando a esa gente y decir que eran unos imbéciles de tomo y lomo. Pero no se les ha enseñado a usar el sentido común. Se les ha enseñado a decir y a pensar: "¿En qué puedo servirle?"».[22]

La conexión nazi: ¿podría ocurrir en nuestra ciudad?

Recordemos que una de las motivaciones de Milgram para iniciar su proyecto de investigación era entender por qué tantos «buenos» ciudadanos alemanes pudieron tomar parte en el brutal asesinato de millones de judíos. En lugar de buscar tendencias disposicionales en el carácter nacional alemán para explicar la maldad de aquel genocidio, Milgram creía que las características de la situación desempeñaron un papel fundamental, que la obediencia a la autoridad fue un «desencadenante tóxico» de aquellos asesinatos gratuitos. Después de haber llevado a cabo su investigación, Milgram amplió sus conclusiones científicas a una predicción muy dramática sobre el poder insidioso y generalizado de la obediencia para transformar a ciudadanos estadounidenses normales y corrientes en personal de un campo de exterminio nazi: «Si se estableciera en los Estados Unidos un sistema de "campos de exterminio" como el que había en la Alemania nazi, podríamos encontrar personal suficiente para esos campos en cualquier ciudad estadounidense de tamaño mediano».[23] Consideremos brevemente esta aterradora predicción a la luz de cinco estudios muy diferentes, pero igualmente fascinantes, de esta conexión nazi realizados con personas normales alistadas voluntariamente para actuar contra un «enemigo declarado del Estado». Los dos primeros son unas demostraciones hechas en clase por unos enseñantes con alumnos de instituto y con niños de primaria. El tercer estudio es de un ex alumno mío de posgrado que demostró que unos estudiantes universitarios estadounidenses apoyarían la «solución final» si una figura de autoridad les ofreciera una justificación suficiente para llevarla a cabo. Los dos últimos estudiaron directamente a las SS nazis y a unos policías alemanes.

Cómo crear nazis en un instituto estadounidense

Como muchos de nosotros, los alumnos de la clase de historia universal de un instituto de Palo Alto, California, no eran capaces de entender la inhumanidad del Holocausto. ¿Cómo pudo haber prosperado un movimiento político-social tan racista y asesino? ¿Cómo pudo el ciudadano medio alemán mostrarse indiferente al sufrimiento de tantos conciudadanos judíos? Su imaginativo profesor, Ron Jones, decidió alterar el medio para que el mensaje pudiera llegar a sus alumnos incrédulos. Para ello pasó del método didáctico habitual a un método de aprendizaje basado en la experiencia.

Empezó diciendo a la clase que la semana siguiente simularían algunos aspectos de la experiencia alemana. A pesar de este aviso, el «experimento» que se desarrolló durante los cinco días siguientes dejó profundamente impresionado al profesor, por no hablar del director del centro y de los padres de los alumnos. La simulación y la realidad se acabaron fundiendo cuando los alumnos crearon un sistema totalitario de creencias y de control coactivo que se parecía demasiado al creado por el régimen nazi de Hitler.[24]

Primero, Jones estableció unas normas nuevas y muy rígidas para la clase que se debían obedecer a rajatabla. Todas las respuestas se debían limitar a tres palabras o menos y debían ir precedidas por la palabra «señor», y el alumno debía ponerse de pie al lado de su pupitre. Puesto que nadie se opuso a esta y a otras normas arbitrarias, la atmósfera del aula empezó a cambiar. Los alumnos con más fluidez verbal, los más inteligentes, perdieron sus puestos de privilegio, y los que tenían menos aptitudes verbales y más presencia física se hicieron con el poder. El movimiento del aula recibió el nombre de «Tercera Oleada». Se introdujo un saludo con la mano ahuecada junto con eslóganes o consignas que se tenían que gritar al unísono cuando se ordenaba. Cada día había un eslogan nuevo e impactante: «La fuerza es fruto de la disciplina», «La fuerza es fruto de la comunidad», «La fuerza es fruto de la acción» y «La fuerza es fruto del orgullo» (luego veremos que había otro eslogan reservado para más adelante). Una forma secreta de estrechar la mano identificaba a los camaradas y había que denunciar a los críticos y a los que discrepaban por

«traidores». Después de los eslóganes se pasó a la acción: hicieron estandartes que colgaron por todo el centro, reclutaron miembros nuevos, enseñaron a otros alumnos las posturas obligatorias, etc.

El núcleo original de veinte alumnos de la clase de historia pronto creció hasta conseguir más de cien seguidores de la Tercera Oleada y los alumnos se acabaron adueñando de la situación. Crearon carnés especiales para los afiliados. Ordenaron sacar de la clase a algunos de los estudiantes más brillantes y los miembros de la nueva camarilla, que estaban encantados, maltrataban a esos compañeros de clase mientras los expulsaban.

Luego, Jones dijo a sus seguidores que formaban parte de un movimiento a escala nacional cuyo objetivo era descubrir a los estudiantes que luchaban por el cambio político. Les dijo que eran «un grupo selecto de jóvenes elegidos para contribuir a esta causa». Se convocó una concentración para el día siguiente porque, supuestamente, un candidato a la presidencia de la nación iba a anunciar por televisión la creación de un nuevo programa para las Juventudes de la Tercera Oleada. Más de doscientos alumnos llenaron el salón de actos del instituto de Cubberly ansiosos de oír este anuncio. Miembros de la Oleada llenos de júbilo que llevaban un uniforme con camisa blanca y un brazalete hecho en casa colgaban estandartes por toda la sala. Mientras unos alumnos musculosos hacían guardia a la entrada, unos amigos del profesor que se hacían pasar por periodistas y fotógrafos circulaban entre la masa de «fieles seguidores». Se encendió la televisión y todo el mundo se puso a esperar el gran anuncio de su siguiente «paso de ganso» colectivo. Mientras esperaban, gritaban: «La fuerza es fruto de la disciplina».

Y fue entonces cuando el profesor proyectó una película sobre el mitin de Hitler en Nuremberg; la historia del Tercer Reich apareció con imágenes fantasmales. «La culpa recae en todos: nadie puede decir que no participó de alguna forma.» Esta frase, que aparecía en los últimos fotogramas de la película, puso fin a la simulación. Jones explicó la razón de esta simulación a todos los alumnos reunidos allí, que habían ido mucho más allá de lo que había imaginado al principio. Les dijo que, a partir de ahora, su nuevo

eslogan debería ser: «La fuerza es fruto del entendimiento». Jones acabó diciéndoles: «Habéis sido manipulados. Habéis sido empujados por vuestros propios deseos hasta donde os encontráis ahora».

Ron Jones tuvo problemas con la dirección del centro porque los padres de los alumnos expulsados de clase se quejaron de que sus hijos habían sido acosados y amenazados por el nuevo régimen. Sin embargo, estaba seguro de que muchos de aquellos jóvenes habían aprendido una lección vital al haber experimentado personalmente la facilidad con que se podía transformar su conducta de una manera tan radical mediante la obediencia a una autoridad poderosa en un contexto de corte fascista. En su posterior ensayo sobre este «experimento», Jones hacía esta observación: «Durante los cuatro años que enseñé en el instituto de Cubberly, nadie llegó a admitir que había asistido al mitin de la Tercera Oleada. Era algo que todos queríamos olvidar». (Después de dejar la escuela unos años después, Jones empezó a trabajar con alumnos de educación especial en San Francisco. Un impactante docudrama sobre esta experiencia nazi simulada titulado «The Wave» reproduce en parte esta transformación de unos buenos chavales en miembros de unas seudojuventudes hitlerianas.)[25]

Cómo crear «malos bichos» en primaria: «ojoazules» contra «ojocastaños»

El poder de las autoridades no sólo se manifiesta en la medida en que pueden inspirar obediencia a sus seguidores, sino también en la medida en que pueden definir la realidad y alterar formas habituales de pensar y de actuar. El ejemplo que vamos a ver es el de Jane Elliott, una popular maestra de tercero de una escuela rural de Riceville, Iowa. Su reto: cómo enseñar a los niños blancos de una pequeña comunidad agrícola con pocas personas de otras razas el significado de las palabras «fraternidad» y «tolerancia». Decidió hacer que experimentaran personalmente qué se siente cuando uno es oprimido y qué se siente cuando uno tiene el poder, es decir, cuando uno es víctima de los prejuicios y cuando los alberga.[26]

La maestra asignó arbitrariamente a una parte de su clase una categoría superior al resto, que pasó a tener una categoría inferior, basándose únicamente en el color de los ojos. Empezó diciendo a sus alumnos que las

personas de ojos azules eran superiores a las de ojos castaños y ofreció una serie de «pruebas» en apoyo de esta verdad, como que George Washington tenía los ojos azules o, en un plano más próximo a los niños, que el padre de un alumno (que según el alumno le había pegado) tenía los ojos castaños.

Luego, la señorita Elliott les dijo que, partir de aquel momento, los niños de ojos azules serían «superiores» y que los niños de ojos castaños serían un grupo «inferior». Los niños de ojos azules, supuestamente más inteligentes, tenían privilegios especiales, mientras que los niños inferiores de ojos castaños debían obedecer unas normas que acentuaban su condición de segundones, como llevar una banda en el cuello que permitiera a los demás reconocer desde lejos su baja condición.

Los niños de ojos azules, que antes hacían buenas migas con todos, se negaron a jugar con los «ojocastaños» malos y hasta pensaron en decir a la directora que los «ojocastaños» podían robar cosas. Pronto empezaron las peleas a puñetazos durante el recreo y un niño reconoció haber pegado a otro «en la barriga» porque: «Me ha llamado "ojocastaño", como si fuera un negro, un "negrata"». En un día, los niños de ojos castaños empezaron a rendir menos en la escuela y se les veía deprimidos, huraños y enfadados. Se describían a sí mismos con los términos «triste», «malo» y «tonto».

Al día siguiente tocaba cambiar. La señorita Elliott dijo a la clase que se había equivocado y que, en realidad, los niños superiores eran los de ojos castaños y los inferiores eran los de ojos azules, y de nuevo aportó pruebas engañosas en apoyo de esta teoría cromática del bien y el mal. Ahora, los «ojoazules», en lugar de describirse a sí mismos como «contentos», «buenos», «simpáticos» y «majos» como antes, se aplicaban etiquetas peyorativas parecidas a las adoptadas el día antes por los «ojocastaños». Las antiguas pautas de amistad entre los niños se disolvieron y fueron reemplazadas por la hostilidad, hasta que este proyecto tan vivencial finalizó y los niños pudieron recuperar la alegría en clase cuando se les hubo comunicado plenamente y con todo el cuidado lo que había sucedido.

La señorita Elliott se quedó asombrada al ver aquella transformación tan rápida y total de unos alumnos a los que creía conocer muy bien: «Unos niños de tercero que antes eran maravillosamente cooperadores y amables

se convirtieron en unos niños malos, crueles, discriminatorios... ¡Fue espantoso!».

Apoyo a la «solución final» en Hawai: limpiar el mundo de inadaptados y discapacitados

Imaginemos que somos uno de los 570 estudiantes de la Universidad de Hawai (en el campus de Manoa) que asisten a una de las varias clases nocturnas de psicología escolar que están abarrotadas de gente. Esta noche, nuestro profesor, con su acento danés, cambia su manera habitual de dar clase y nos revela que la explosión demográfica (un tema candente al principio de los años setenta) supone una amenaza a la seguridad nacional.[27] Esta autoridad nos describe la amenaza que empieza a suponer para la sociedad el creciente número de personas con discapacidades físicas y mentales. Este problema se nos plantea de una manera convincente, como un proyecto científico noble y altruista, respaldado por científicos y pensado para el beneficio de la humanidad. Luego se nos invita a colaborar en «la aplicación de métodos científicos para eliminar a los que sufren discapacidades físicas y mentales». El profesor justifica la necesidad de tomar medidas estableciendo una analogía con la pena de muerte como elemento disuasorio contra los delitos de sangre. Nos dice que solicita nuestras opiniones porque todos los que estamos allí somos personas inteligentes y formadas, con unos valores éticos muy sólidos. Nos sentimos muy halagados al hallarnos en compañía tan selecta (recordemos el atractivo del «Anillo Interior» de C. S. Lewis). Por si quedara alguna duda, nos garantiza que se harán muchas investigaciones con la mayor meticulosidad antes de emprender cualquier acción contra esos malhadados seres humanos.

De momento sólo desea conocer nuestras opiniones y sugerencias y pide a todos los presentes que respondamos a un sencillo cuestionario. Nosotros empezamos a responder a las preguntas porque nos ha convencido de que nuestra voz tiene importancia en este asunto tan urgente y tan vital.

Respondemos con diligencia a cada una de las siete preguntas y luego descubrimos que se da una gran uniformidad entre nuestras respuestas y las del resto del grupo.

El 90% de los presentes está de acuerdo en que siempre habrá algunas personas más aptas para la supervivencia que otras.

En cuanto a matar a los inadaptados y discapacitados: el 79% deseaba que una persona fuera la responsable de matar y que otra llevara a cabo el acto en sí; el 64% prefería el anonimato y que muchas personas pulsaran distintos botones y sólo uno causara la muerte; el 89% opinaba que la administración indolora de algún fármaco sería el método más eficiente y humanitario de provocar la muerte.

Si la ley les exigiera ayudar, el 89% desearía ayudar en la toma de las decisiones, mientras que el 9% prefería ayudar en los asesinatos o en las dos cosas. Sólo *se negaron* a responder un 6% de los estudiantes.

¡Pero lo más increíble es que el 91% de todos los estudiantes que respondieron estuvo de acuerdo con la afirmación de que «en casos extremos, está plenamente justificado eliminar a los considerados peligrosos para el bienestar general»!

Por último, ¡un sorprendente 29% apoyaba esta «solución final» aunque tuviera que aplicarse a su propia familia![28]

Así pues, aquellos universitarios estadounidenses (de cursos nocturnos y, por lo tanto, de más edad que la normal) estaban dispuestos a apoyar un plan para exterminar a todas las personas que algunas autoridades consideraran menos dignas de vivir después de sólo una breve exposición por parte de su profesor-autoridad. Ahora podemos ver por qué tantos alemanes normales e incluso inteligentes no tuvieron reparos en apoyar la «solución final» de Hitler contra los judíos, que fue reforzada de muchas formas por su sistema educativo y por la propaganda sistemática del gobierno.

Adoctrinar a hombres ordinarios para que cometan asesinatos extraordinarios

Uno de los ejemplos más claros de mi estudio de cómo se puede hacer que unas personas normales y corrientes cometan maldades ajenas a su historia personal y a sus valores morales procede de un extraordinario descubrimiento del historiador Christopher Browning. Según Browning, en marzo de 1942, cerca del 80% de todas las víctimas del Holocausto aún estaban vivas, pero al cabo de sólo once meses cerca del 80% ya habían muerto. En este breve período de tiempo, la *Endlösung* («solución final») de Hitler fue impulsada en Polonia mediante una intensa oleada de actividad de unas brigadas móviles dedicadas a ejecutar matanzas en masa. Este genocidio exigió la movilización de una máquina de matar a gran escala en el mismo momento en que los soldados alemanes más en forma eran necesarios en el frente ruso, que estaba siendo aplastado. Puesto que la mayoría de los judíos polacos vivían en pequeñas poblaciones y no en las grandes ciudades, la pregunta que se hacía Browning era: «Durante aquel año tan importante de la guerra, ¿de dónde había sacado el alto mando alemán el personal —los soldados— necesario para la extraordinaria hazaña logística que supusieron aquellas matanzas?».[29]

Encontró la respuesta en los archivos de los crímenes de guerra nazis, donde constaban las actividades del batallón 101 de la reserva, una unidad de unos quinientos hombres de Hamburgo. Eran padres de familia de edad ya avanzada, demasiado viejos para ser reclutados por el ejército; pertenecían a la clase obrera y media-baja y no tenían experiencia como policías militares. Eran reclutas novatos que fueron enviados a Polonia sin ningún conocimiento, ni ninguna formación, sobre su misión secreta: el exterminio total de los judíos que vivían en los pueblos más remotos de Polonia. En sólo cuatro meses mataron a quemarropa al menos a 38.000 judíos y deportaron a otros 45.000 al campo de concentración de Treblinka.

Al principio, su comandante les dijo que la suya era una misión difícil y que todo el batallón debía obedecer. Pero también les dijo que cualquiera de ellos podía negarse a ejecutar a aquellos hombres, mujeres y niños. Los archivos indican que, al principio, cerca de la mitad de los hombres se negaron a hacerlo y dejaron las matanzas en manos de otros compañeros. Pero, con el tiempo, empezaron a surtir efecto los procesos de modelado social, la persuasión inducida por la culpa que sentían los reservistas que se

habían encargado de las ejecuciones, y las presiones habituales para mostrar conformidad con el grupo, ese «cómo van a quedar delante de sus camaradas». Hacia el final de aquella mortífera expedición, hasta el 90% de los hombres del batallón 101 obedecía ciegamente a su líder y participaba personalmente en las ejecuciones. Podemos ver en fotografías a muchos de ellos posando con orgullo junto a los judíos que habían asesinado. Como quienes tomaron fotos de los maltratos a prisioneros en la cárcel de Abu Ghraib, aquellos hombres posaban para sus «fotos de trofeo», orgullosos de acabar con la amenaza judía.

Browning deja claro que esos hombres no fueron seleccionados de forma especial y que la explicación de estas matanzas no se puede hallar ni en el interés personal ni en la ambición o el arribismo. Eran hombres tan «comunes y corrientes» como nos podamos imaginar, hasta que fueron puestos en una situación nueva que les daba el permiso «oficial» y el aliento para actuar con sadismo contra personas que habían sido etiquetadas arbitrariamente como «enemigas». Lo más evidente en el profundo análisis que hizo Browning de estos actos cotidianos de maldad es que esos hombres comunes y corrientes formaban parte de un sistema de autoridad muy poderoso, de un Estado policial que ofrecía justificaciones ideológicas para exterminar a los judíos, además de un intenso adoctrinamiento sobre los imperativos morales de la disciplina, el deber y la lealtad al Estado.

Un aspecto del estudio de Browning que resulta interesante para mi argumentación de que la investigación experimental puede ser pertinente al mundo real, es que compara los mecanismos subyacentes que actuaron en aquellos países y en aquella época con los procesos psicológicos que actuaron en los estudios de Milgram y en nuestro experimento de la prisión de Stanford. Según el autor, «la gama de conductas de los carceleros [del experimento] de Zimbardo presenta una asombrosa similitud con lo que ocurrió en el batallón 101 de la reserva» (pág. 168). Comenta que algunos se convirtieron en «sádicos crueles» que disfrutaban asesinando, que otros «cumplían órdenes» actuando de una manera «dura pero justa», y que una minoría, calificados de «soldados buenos», se negó a matar e hizo pequeños favores a los judíos.

El psicólogo Ervin Staub (que de niño sobrevivió a la ocupación nazi de Hungría en una «casa protegida») coincide en que, en unas circunstancias determinadas, la mayoría de las personas tienen la capacidad de llevar a cabo actos de una violencia extrema y de destruir vidas humanas. En su intento de entender las raíces del mal que se expresa en los genocidios y los actos de violencia masiva de todo el mundo, Staub ha llegado a la conclusión de que «la maldad que surge del pensamiento ordinario y es perpetrada por personas ordinarias es la norma, no la excepción [...] Surgen grandes maldades de procesos psicológicos ordinarios que normalmente evolucionan a lo largo del continuo de la destrucción». Staub destaca la importancia de que unas personas ordinarias se vean atrapadas en situaciones donde pueden aprender a practicar actos malvados bajo la imposición de unos sistemas de autoridad de nivel superior: «Formar parte de un sistema determina la visión de las cosas, recompensa la adhesión a la visión dominante y hace de la separación psicológica una tarea muy difícil y exigente».[30]

Tras haber vivido los horrores de Auschwitz, John Steiner (apreciado amigo y colega sociólogo) volvió durante decenios a Alemania para entrevistar a centenares de antiguos miembros de las SS nazis, desde soldados rasos hasta generales. Necesitaba saber por qué aquellos hombres habían tomado parte día tras día en aquella indescriptible maldad. Steiner halló que muchos de ellos puntuaban alto en la escala-F del autoritarismo y que ello explicaba su atracción por la subcultura de violencia de las SS. Se refiere a ellos como «los durmientes», unas personas con unos rasgos determinados que se encuentran en estado latente y que puede que nunca se expresen salvo que alguna situación concreta active sus tendencias violentas. Su conclusión es que «la situación tendía a ser el factor más determinante de la conducta de los SS» y convertía a los «durmientes» en asesinos activos. Sin embargo, a partir de los cuantiosos datos que había obtenido en sus entrevistas, Steiner también encontró que estos hombres habían llevado una vida normal —sin violencia— tanto antes como después de haber actuado en aquel campo de concentración.[31]

La profunda experiencia de Steiner con muchos hombres de las SS tanto en el plano personal como en el académico le condujo a plantear dos importantes conclusiones sobre el poder institucional y la expresión de la brutalidad: «Al parecer, el apoyo institucional a los roles violentos tiene unos efectos mucho más profundos de lo que en general se cree. Cuando hay sanciones sociales implícitas, y sobre todo explícitas, que apoyan estos roles, tienden a atraer a personas que no sólo pueden obtener satisfacción con la naturaleza de este trabajo, sino que son cuasiverdugos tanto en sus sentimientos como en sus actos».

Luego, Steiner describe cómo pueden triunfar los roles sobre los rasgos del carácter: «Ha quedado muy claro que no todos los que desempeñan un papel brutal presentan unos rasgos sádicos en su carácter. Los que desempeñaban unos roles que inicialmente no casaban con su personalidad solían cambiar sus valores (es decir, tenían la tendencia a adaptarse a lo que se esperaba de ellos en esos roles). Había miembros de las SS que se identificaban claramente con sus roles y disfrutaban con ellos. Pero también estaban los que sentían repulsión y asco ante lo que se les ordenaba hacer. Intentaban compensarlo ayudando a los prisioneros siempre que les era posible (Steiner salvó la vida en varias ocasiones gracias a miembros de las SS)».

Es importante reconocer que muchos centenares de miles de alemanes que cometieron maldades durante el Holocausto no lo hicieron sólo porque seguían órdenes de las autoridades. La obediencia a un sistema de autoridad que permitía y recompensaba el asesinato de judíos se basaba en la sólida estructura de antisemitismo que existía en Alemania y en otros países europeos de aquella época. La cadena de mando alemana imprimió a este prejuicio una determinación y una dirección que llegó hasta los ciudadanos alemanes comunes y corrientes y los convirtió en «verdugos serviciales de Hitler», según el análisis del historiador Daniel Goldhagen.[32]

Aunque es importante tener presente el papel motivador del odio que sentían los alemanes hacia los judíos, el análisis de Goldhagen presenta dos defectos. En primer lugar, las pruebas históricas indican que, desde principios del siglo XIX, había menos antisemitismo en Alemania que en países vecinos como Francia y Polonia. También se equivoca al minimizar

la influencia del sistema de autoridad de Hitler, una red que glorificaba el fanatismo racial, y las situaciones concretas creadas por las autoridades, como los campos de concentración, que mecanizaban el genocidio. Fue la interacción entre las variables personales de los ciudadanos alemanes y las oportunidades situacionales ofrecidas por un Sistema de prejuicio fanático lo que hizo que tanta gente se convirtiera en ejecutora voluntaria o involuntaria en nombre de su Estado.

La banalidad del mal

En 1963, la filósofa social Hannah Arendt publicó lo que acabaría siendo un clásico de nuestros tiempos, *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*. En esta obra nos ofrece un análisis detallado del juicio por crímenes de guerra de Adolf Eichmann, la figura nazi que organizó personalmente el asesinato de millones de judíos. La defensa que hizo Eichmann de sus actos fue similar a la de otros líderes nazis: «Me limitaba a cumplir órdenes». En palabras de Arendt, «[Eichmann] recordaba perfectamente que hubiera llevado un peso [en su conciencia] en el caso de que no hubiese cumplido las órdenes recibidas, las órdenes de enviar a la muerte a millones de hombres, mujeres y niños con la mayor diligencia y meticulosidad» (pág. 25).[33]

Sin embargo, lo que más sorprende en la descripción que Arendt hace de Eichmann es que, en muchos sentidos, parecía una persona totalmente ordinaria:

> Seis psiquiatras habían certificado que Eichmann era un hombre «normal». «Más normal que yo, tras pasar por el trance de examinarle», se dijo que había exclamado uno de ellos. Y otro consideró que los rasgos psicológicos de Eichmann, su actitud hacia su esposa, sus hijos, su padre y su madre, sus hermanos, hermanas y amigos, era «no sólo normal, sino ejemplar» (págs. 25-26).

Tras su análisis de Eichmann, Arendt llega a su famosa conclusión:

> Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrorífica y terriblemente normales. Desde el punto de vista de nuestras instituciones jurídicas y de nuestros criterios morales, esta normalidad resultaba mucho más terrorífica que todas las

> atrocidades juntas, por cuanto implicaba que este nuevo tipo de delincuente [...] comete sus delitos en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad (pág. 276).
>
> Fue como si en aquellos últimos minutos [de su vida, Eichmann] resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible *banalidad del mal*, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes (pág. 252).

La expresión de Arendt «la banalidad del mal» sigue resonando hoy en día porque el genocidio se ha desatado por todo el mundo y la tortura y el terrorismo siguen formando parte del panorama mundial. Preferimos distanciarnos de una verdad tan básica y ver la locura de los criminales y la violencia sin sentido de los tiranos como rasgos de su manera de ser personal. El análisis de Arendt fue el primero en negar esta orientación al observar la fluidez con que las fuerzas sociales pueden hacer que personas normales cometan actos horrendos.

Torturadores y verdugos: ¿patologías o imperativos situacionales?

Es indudable que la tortura sistemática de otros seres humanos representa una de las facetas más oscuras de la naturaleza humana. Mis colegas y yo estábamos seguros de haber hallado un lugar donde la maldad disposicional sería patente: entre los torturadores que, durante muchos años, realizaron a diario actos infames en Brasil como policías autorizados por el gobierno para obtener información y confesiones torturando a enemigos «subversivos» del Estado.

Empezamos centrándonos en los torturadores, intentando entender tanto su psique como la manera en que fueron formados por sus circunstancias, pero tuvimos que ampliar nuestra red analítica para abarcar a sus compañeros de armas que eligieron, o fueron asignados a, otra rama de trabajo basado en la violencia: los escuadrones de la muerte. Compartían un «enemigo común»: hombres, mujeres y niños que, aunque eran ciudadanos de su propio Estado, incluso vecinos suyos, fueron etiquetados por «el Sistema» como amenazas para la seguridad nacional por ser socialistas y comunistas. A algunos había que eliminarlos con eficiencia, y a otros, que podían tener información secreta, había que torturarlos para que revelaran esa información y confesaran su traición antes de ser asesinados.

Al llevar a cabo su misión, los torturadores podían recurrir a la «maldad creativa» plasmada en aparatos y técnicas de tortura que, desde la Inquisición instituida por la Iglesia Católica, habían sido refinados durante siglos por innumerables organizaciones y regímenes políticos. Sin embargo, para superar la resistencia de algunos enemigos tenían que añadir cierta improvisación. Algunos se declaraban inocentes, se negaban a admitir su culpabilidad o no se dejaban intimidar por la mayoría de las técnicas de interrogación. Para que estos torturadores llegaran a ser expertos en su oficio hacía falta tiempo y una comprensión mínima de los puntos débiles del ser humano. En cambio, la tarea de los escuadrones de la muerte era muy fácil. Con capuchas para garantizar el anonimato, con armas y con el apoyo del grupo, podían servir a la patria con presteza y de una manera impersonal: «un simple trabajo». Para un torturador, su tarea nunca podría ser un simple trabajo. La tortura siempre supone una relación personal; es esencial que el torturador tenga claro qué clase de tortura debe emplear, con qué intensidad debe torturar a una persona dada en cada momento. Si aplica la técnica equivocada o la intensidad no es suficiente, no hay confesión. Si la intensidad es excesiva, la víctima muere antes de confesar. En cualquiera de los dos casos, el torturador no tiene nada que ofrecer a sus superiores y es objeto de su ira. Aprender a determinar la clase y la medida de tortura idónea para obtener la información deseada supone recibir recompensas y elogios de los superiores.

¿Qué clase de hombres podían ser capaces de actuar así? ¿Necesitaban unos impulsos sádicos y haber llevado una vida marcada por la sociopatía para arrancar la piel a tiras a sus semejantes día tras día y año tras año? Aquellos «trabajadores de la violencia», ¿eran de una estirpe ajena al resto de la humanidad, con malas semillas, malos árboles y malos frutos? ¿O cabe la posibilidad de que pudieran ser gente del montón, programada para llevar a cabo aquellos actos infames mediante algún programa de adiestramiento identificable y repetible? ¿Podríamos identificar algún conjunto de condiciones externas, de variables situacionales, que pudieran haber contribuido a la creación de aquellos torturadores y asesinos? Si las causas de sus actos malvados no se pudieran hallar en unos defectos internos, sino en fuerzas externas que habían actuado sobre ellos —los

componentes políticos, económicos, sociales, históricos y vivenciales de su formación como policías—, quizá podríamos hacer una generalización a distintas culturas y diferentes entornos para descubrir algunos de los principios operativos responsables de esta transformación humana tan singular.

La socióloga y experta en Brasil Martha Huggins, la psicóloga griega y experta en tortura Mika Haritos-Fatouros y yo mismo, entrevistamos a fondo a varias docenas de estos «trabajadores de la violencia» en diversos puntos de Brasil (véase un resumen de nuestros métodos y las conclusiones detalladas sobre estos trabajadores de la violencia en Huggins, Haritos-Fatouros y Zimbardo).[34] Mika ya había realizado un estudio similar sobre los torturadores adiestrados por la junta militar griega y, en gran medida, nuestros resultados fueron congruentes con los suyos.[35] Descubrimos que los instructores eliminan a los sádicos del proceso de adiestramiento porque no se pueden controlar y disfrutan causando dolor, por lo que no pueden centrarse en el objetivo de obtener confesiones. Así pues, según todas las pruebas que pudimos reunir, los torturadores y los asesinos de los escuadrones de la muerte eran totalmente normales antes de desempeñar sus nuevos roles, y tampoco se observó ninguna patología o tendencia aberrante en ellos en los años que siguieron a su trabajo como torturadores y asesinos. Su transformación se podía explicar totalmente como consecuencia de distintos factores situacionales y sistémicos, como el adiestramiento recibido para desempeñar aquel nuevo rol, su espíritu de grupo, la aceptación de la ideología basada en la seguridad nacional, y la creencia aprendida de que los socialistas y los comunistas eran enemigos de la patria. Otras influencias situacionales que contribuyeron a su nuevo estilo conductual eran hacer que se sintieran especiales y superiores a otros funcionarios del Estado al habérseles encargado aquella misión especial; el secretismo de sus deberes, que sólo conocían sus compañeros de armas; y la constante presión para obtener resultados con independencia de la fatiga o los problemas personales.

Presentamos muchos estudios detallados de casos que documentan lo corrientes que eran los hombres que cometían aquellos actos tan atroces, legitimados por su gobierno y apoyados en secreto por la CIA en aquel

momento de la Guerra Fría (1964-1985) contra el comunismo soviético. El informe *Tortura en Brasil,* preparado por miembros de la archidiócesis de São Paulo, presenta información detallada sobre la importante participación de agentes de la CIA en el adiestramiento de la policía brasileña en técnicas de tortura.[36] Esta información coincide con todo lo que se sabe de la instrucción sistemática en relación con técnicas de tortura y de interrogación que se ofrecía en la llamada «Escuela de las Américas» a agentes de países que tenían el comunismo como enemigo común.[37]

Sin embargo, mis colegas y yo creemos que estos actos se pueden reproducir en cualquier época y en cualquier país cuando surge la obsesión por las amenazas a la seguridad nacional. Antes de los miedos y los excesos engendrados por la reciente «guerra contra el terrorismo», existía la casi perpetua «guerra contra el crimen» en muchos centros urbanos. En el cuerpo de policía de la ciudad de Nueva York (NYPD) esta «guerra» dio origen a «los comandos del NYPD». Este equipo de policías recibió total libertad para dar caza a supuestos violadores, ladrones y atracadores según dictaran las condiciones del momento. Llevaban puestas unas camisetas con el lema «No hay mejor caza que la del hombre». Su grito de guerra era «La noche es nuestra». Esta cultura policial profesionalizada era comparable a la de los torturadores de la policía brasileña que habíamos estudiado. Una de sus atrocidades más sonadas fue el asesinato de un inmigrante africano (Amadou Diallo, de Guinea), que acabó con más de cuarenta balas en el cuerpo cuando intentaba sacar la cartera para enseñarles su documentación.[38] En ocasiones se produce «una cagada» como ésta, pero casi siempre hay unas fuerzas situacionales y sistémicas identificables que actúan para que pueda ocurrir.

Los «soldados perfectos del 11-S» y unos «chicos ingleses de lo más normales» nos matan con bombas

Dos ejemplos finales de «la normalidad» de los autores de matanzas son dignos de mención. El primero procede de un estudio detallado de los secuestradores de aviones del 11-S cuyos ataques suicidas en las ciudades de Nueva York y Washington causaron la muerte de casi tres mil civiles

inocentes. El segundo procede de los informes de la policía londinense sobre los sospechosos de haber cometido los ataques suicidas en un autobús y en el metro de Londres en junio de 2005, con más de cincuenta muertos y setecientos heridos.

Los retratos de varios de los terroristas del 11-S que hizo el periodista Terry McDermott en su obra *Perfect Soldiers* tras una detallada investigación subrayan lo normales que eran estos hombres en su vida cotidiana.[39] Esta investigación condujo a McDermott a una inquietante conclusión: «Es probable que haya muchísimos más hombres como ellos» en todo el mundo. La lectura de este libro actualiza la tesis de Arendt sobre la banalidad del mal en esta nueva era del terrorismo mundial. Michiko Kakutani, crítica del *The New York Times*, nos ofrece un epílogo escalofriante: «*Perfect Soldiers* sustituye las caricaturas de "genios malvados" y "fanáticos con los ojos desorbitados" por unos retratos de los autores del 11-S que los muestran como personas sorprendentemente normales, que fácilmente podrían ser vecinos nuestros o sentarse a nuestro lado en el avión».[40]

Esta alarmante perspectiva quedó claramente demostrada en los posteriores ataques coordinados al sistema de transporte público de Londres por parte de un equipo de terroristas suicidas, unos «asesinos normales» que viajaban revestidos de anonimato en metro o en autobús. Para sus amigos, parientes y vecinos de la ciudad de Leeds, en el norte de Inglaterra, estos jóvenes musulmanes eran unos «chicos ingleses de lo más normal».[41] No hay nada en su historia personal que les pueda hacer peligrosos; en el fondo, su «normalidad» hacía que encajaran a la perfección en su ciudad, en su trabajo. Uno era un buen jugador de cricket que dejó la bebida y las mujeres para llevar una vida más devota. Otro era hijo del dueño de un restaurante de *fish-and-chips*. Otro era un orientador que trabajaba muy bien con niños discapacitados y que, tras el nacimiento de su primer hijo, se había mudado con su familia a una vivienda nueva. A diferencia de los secuestradores del 11-S, que habían levantado alguna sospecha porque, siendo extranjeros, habían recibido clases de vuelo en los Estados Unidos,

estos jóvenes eran del país y no habían levantado ninguna sospecha. «Ese chaval no es capaz de hacer algo así. Alguien le ha tenido que lavar el cerebro», reflexionaba un amigo de uno de ellos.

«Lo más aterrador de los terroristas suicidas es su total normalidad», concluye Andrew Silke, un experto en el tema.[42] Comenta que en los exámenes forenses de muchos terroristas suicidas muertos nunca se han hallado indicios de alcohol u otras sustancias. Llevan a cabo su misión con plena entrega y con la mente clara.

Y, como hemos visto, siempre que ha habido un tiroteo en una escuela, como en el instituto Columbine de los Estados Unidos, quienes conocían a los autores repiten una y otra vez: «Eran unos chicos muy buenos, de una familia respetable [...] no me cabe en la cabeza que hayan podido hacer algo así». Esto nos devuelve a la pregunta que planteaba en el primer capítulo —¿hasta qué punto conocemos de verdad a los demás?— y a su corolario: ¿hasta qué punto nos conocemos nosotros mismos para saber con seguridad cómo actuaríamos en un entorno nuevo y sometidos a unas presiones situacionales muy intensas?

La prueba definitiva de la obediencia ciega a la autoridad: cumplir la orden de matar a los propios hijos

Nuestra extrapolación final de la psicología social de la maldad desde los experimentos artificiales de laboratorio a los contextos del mundo real nos lleva a Jonestown, un poblado en las selvas de Guyana, donde un líder religioso estadounidense persuadió a más de novecientos seguidores para que cometieran un suicidio colectivo o fueran asesinados por sus parientes y amigos el 28 de noviembre de 1978. Jim Jones, pastor de la congregación del Templo del Pueblo en San Francisco y Los Ángeles, se propuso crear en este país sudamericano una utopía socialista en la que la fraternidad y la tolerancia dominaran sobre el materialismo y el racismo que imperaban en los Estados Unidos. Pero con el tiempo, y con el cambio de lugar, Jones se fue transformando y, de ser el «padre» espiritual y bondadoso de aquella gran congregación, pasó a convertirse en un «ángel de la muerte»: una

transformación cósmica de proporciones luciferinas. Por ahora sólo deseo establecer la relación entre la obediencia a la autoridad en el laboratorio de Milgram y la de aquel campo de la muerte en plena selva.[43]

Los sueños de muchos de los pobres miembros del Templo del Pueblo de una vida nueva y mejor en aquella supuesta utopía se vieron destrozados cuando Jones instituyó trabajos forzados, una guardia armada, la derogación de todas las libertades, una dieta totalmente insuficiente y unos castigos diarios que equivalían a torturas por la más leve infracción de cualquiera de sus muchas normas. Cuando unos familiares preocupados convencieron a un miembro del Congreso para que inspeccionara Jonestown acompañado de representantes de los medios de comunicación, Jones hizo que los asesinaran a todos cuando se marchaban. Luego reunió a casi todos los miembros que se hallaban en el lugar y pronunció un largo discurso en el que les exhortaba a quitarse la vida bebiendo un refresco que contenía cianuro. Los que se negaron fueron obligados a beber por los guardias o abatidos a tiros al intentar escapar, pero parece que la mayoría de los presentes obedeció a su líder.

Seguramente, Jones era un ególatra; tenía grabados en cinta todos sus discursos y proclamas, incluyendo el último del suicidio, e incluso había grabado sesiones de tortura. En el último discurso, Jones deforma la realidad, miente, implora, hace analogías falsas, apela a la ideología y a la futura vida trascendente, e insiste rotundamente en que se le obedezca mientras su personal reparte el veneno entre los más de novecientos miembros que se han congregado a su alrededor. Algunos fragmentos de esa última hora permiten que nos hagamos una idea de las tácticas mortíferas que empleaba para inducir la obediencia ciega a esa autoridad totalmente trastornada:

> Por favor, que nos traigan un poco de medicina. Es sencillo. Es sencillo. No provoca convulsiones [por supuesto, las provoca, sobre todo en el caso de los niños]... No temáis a la muerte. Porque, ¿sabéis?, van a aterrizar algunos ahí fuera. Y torturarán a nuestros hijos. Torturarán a nuestra gente, a nuestros mayores. No podemos consentirlo... Por favor, ¿podemos ir más deprisa? ¿Podemos ir más deprisa con la medicina? No sabéis lo que habéis hecho. Lo he intentado... Por favor. Por el amor de Dios, sigamos adelante. Hemos vivido... hemos vivido como nunca nadie ha vivido y amado. Este mundo ya no nos puede dar más. Acabemos con ello. Acabemos con esta agonía [aplausos].... Quien quiera irse con su hijo tiene derecho a irse con su hijo. Creo que es algo muy humano. Quiero irme, quiero ver cómo os vais, pero... No debéis

> temer. No debéis temer. Es un amigo. Es un amigo... sentaos ahí, mostraos el amor que os tenéis. Vayámonos. Vayámonos. Vayámonos [lloran unos niños]... Entregad vuestra vida con dignidad. No la entreguéis con lágrimas ni agonía. La muerte no es nada... No es más que embarcar en otro avión. No seáis así. Acabad con esta histeria... No es ésta la forma en que debemos morir. Debemos morir con algo de dignidad. Debemos morir con dignidad. No tendremos ninguna opción. Y ahora la tenemos... Escuchadme, niños, eso sólo hará que os durmáis. Oh, Dios mío. [lloran unos niños]... Madre, Madre, Madre, Madre, Madre, por favor. Madre, por favor, por favor, por favor. No, no lo hagas, no hagas eso. No lo hagas. Entrega tu vida y la de tu hijo. [Se puede consultar la transcripción completa en Internet; véanse las notas.][44]

Y así lo hicieron, muriendo por su «papá». El poder de los líderes tiránicos carismáticos, como Jim Jones o Adolf Hitler, perdura aun después de que hayan cometido tales atrocidades con sus seguidores e incluso después de su fallecimiento. De algún modo, en la mente de sus fieles, el poco bien que puedan haber hecho acaba destacando en su legado por encima de sus actos malvados. Consideremos el ejemplo de un joven, Gary Scott, que siguió a su padre hasta el Templo del Pueblo pero acabó siendo expulsado por desobediente. En la llamada telefónica que hizo a la National Public Radio tras la emisión del programa «Father Cares: The Last of Jonestown», a cargo de James Reston Jr., Gary describe cómo fue castigado por una infracción de las normas. Le habían golpeado, habían abusado sexualmente de él y le obligaron a hacer frente a su peor pesadilla haciendo que una boa se arrastrara por todo su cuerpo. Pero lo más importante es oír cómo expresa su reacción a este tormento. ¿Odia a Jim Jones? En absoluto. Se ha convertido en un «verdadero creyente», en un «seguidor fiel». Aunque su padre había muerto en Jonestown por ingerir el veneno y él mismo había sido brutalmente torturado y humillado, Gary dice públicamente que sigue admirando e incluso amando a su «papá»: Jim Jones. Ni el todopoderoso partido del *1984* de George Orwell podría reivindicar una victoria tan grande.

Ahora debemos ir más allá de la conformidad y la obediencia a la autoridad. Por muy poderosas que estas fuerzas puedan ser, no son más que el principio. En la confrontación entre autores de maldades y víctimas, como carcelero y recluso, torturador y torturado, terroristas suicidas y víctimas civiles, actúan unos procesos que cambian la estructura psicológica de unos y otros. La *desindividuación* hace que el malvado sea

anónimo y reduce su responsabilidad personal y su autocontrol. Esto le permite actuar sin límites que inhiban su conciencia. Por otro lado, la *deshumanización* despoja a las posibles víctimas de su humanidad y les otorga la condición de animales o de simples cosas. También nos preguntaremos por las condiciones que hacen que los testigos del mal se conviertan en observadores pasivos y no en héroes que intervengan, ayuden o tiren de la manta. La *maldad por inacción* o pasividad es una verdadera piedra angular del mal, porque hace que los malvados crean que quienes saben lo que ocurre lo aceptan y lo aprueban aunque sólo sea por su silencio.

El psicólogo de Harvard Mahrzarin Banaji nos ofrece una conclusión muy adecuada para nuestro estudio de la dinámica social de la conformidad y la obediencia:

> Lo que la psicología social ha podido ofrecer a la comprensión de la naturaleza humana es el descubrimiento de que unas fuerzas mayores que nosotros determinan nuestra vida mental y nuestros actos, y que la mayor de ellas es el poder de la situación social.[45]

CAPÍTULO 13

Estudio de la dinámica social: desindividuación, deshumanización y maldad por inacción

> [El relato histórico del ser humano es] un montón de conjuras, rebeliones, asesinatos, matanzas, revoluciones y destierros, justamente los efectos peores que pueden producir la avaricia, la parcialidad, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la ira, la locura, el odio, la envidia, la concupiscencia, la malicia y la ambición [...] no puedo por menos de deducir que el conjunto de vuestros semejantes es la raza de odiosos bichillos más perniciosa que la Naturaleza haya nunca permitido que se arrastre por la superficie de la tierra.
>
> JONATHAN SWIFT, *Los viajes de Gulliver* (1727)[1]

Puede que la condena total que hace Jonathan Swift de nuestra especie humana —los «yahoos»— sea un poco exagerada, pero tengamos presente que escribió esta crítica más de dos siglos antes de los genocidios del mundo moderno, antes del Holocausto. Este punto de vista refleja el tema básico en la literatura occidental de que «el género humano» ha sufrido una

enorme caída desde su estado original de perfección, empezando por el acto de desobediencia de Adán a Dios cuando sucumbió a la tentación de Satanás.

El filósofo social Jean-Jacques Rousseau desarrolló el tema de la influencia corruptora de las fuerzas sociales imaginando al ser humano como un «salvaje noble y primitivo» que ha perdido sus virtudes por el contacto con la sociedad corruptora. En claro contraste con esta concepción del ser humano como víctima inocente de una sociedad omnipotente y maligna se encuentra la concepción de que la persona nace siendo mala, con malas semillas genéticas. El ser humano se mueve por deseos desenfrenados, apetitos insaciables e impulsos hostiles a menos que se transforme en un ser racional, razonable y compasivo por medio de la educación, la religión y la familia o esté controlado por la disciplina que le impone la autoridad del Estado.

¿Por qué bando de este antiguo debate toma partido el lector? ¿Nacemos siendo buenos y luego nos corrompe una sociedad mala, o nacemos siendo malos y nos redime una buena sociedad? Antes de que tome una decisión, le pido que considere otra perspectiva. Quizá cada uno de nosotros tenga la capacidad de ser santo o pecador, altruista o egoísta, bondadoso o cruel, malhechor o víctima, recluso o carcelero. Quizá sean nuestras circunstancias sociales las que deciden cuál de nuestras muchas plantillas mentales, cuál de nuestros potenciales, vamos a desarrollar. Los científicos han descubierto que las células madre embrionarias son capaces de convertirse en prácticamente cualquier clase de célula o de tejido y que se pueden convertir células normales de la piel en células madre embrionarias. Resulta tentador ampliar estos conceptos biológicos y lo que se sabe hoy acerca de la plasticidad del desarrollo del cerebro humano para incluir la «plasticidad» de la naturaleza humana.[2]

Lo que somos es tanto el resultado de los extensos sistemas que gobiernan nuestra vida —riqueza y pobreza, geografía y clima, época histórica, predominio cultural, político y religioso— como de las situaciones concretas en las que nos hallamos a diario. A su vez, estas fuerzas interaccionan con nuestra biología y nuestra personalidad. Antes he argumentado que el potencial para la perversión es inherente a la

complejidad de la mente humana. Juntos, el impulso hacia el mal y el impulso hacia el bien componen la dualidad más básica de la naturaleza humana. Esta concepción ofrece un retrato más rico y complejo del orgullo y los enigmas de los actos humanos.

Hemos examinado el poder de la conformidad con el grupo y de la obediencia a la autoridad y su capacidad para dominar y subvertir la iniciativa individual. A continuación examinaremos los conocimientos que nos ha brindado la investigación en los ámbitos de la desindividuación, la deshumanización y la «maldad por inacción», es decir, la pasividad del observador o circunstante. Esta información completará las bases para que podamos apreciar plenamente hasta qué punto es posible hacer que, en ocasiones, gente común, buenas personas —quizás incluso usted, amable lector— cometan contra otras personas unos actos malvados, incluso atrocidades, que violan cualquier sentido de la decencia o la moralidad.

Desindividuación: anonimato y destructividad

En su novela *El señor de las moscas*, William Golding se pregunta cómo puede un simple cambio en el aspecto externo de una persona provocar unos cambios espectaculares en su conducta manifiesta. Unos buenos niños ingleses de un coro se transforman en pequeñas bestias asesinas simplemente pintándose la cara. Cuando la comida se acaba en su isla desértica, un grupo de niños, liderado por Jack Merridew, trata de matar a un cerdo, pero no puede hacerlo porque su moral cristiana le impide matar. Entonces Jack decide pintarse la cara y, mientras lo hace, se produce una aterradora metamorfosis cuando ve su reflejo en el agua:

> Miró con asombro, no a su propia cara, sino a la de un temible extraño. Derramó el agua y de un salto se puso en pie riendo con excitación. Junto a la laguna, su espigado cuerpo sostenía una máscara que atrajo hacia sí las miradas de los otros y les atemorizó. Empezó a danzar y su risa se convirtió en gruñidos sedientos de sangre. Brincó hacia Bill, y la máscara apareció como algo con vida propia tras la cual se escondía Jack, liberado de vergüenza y responsabilidad.

Cuando los otros niños de la pandilla de Jack también se pintan máscaras, no tienen ningún problema en «matar al cerdo. Cortarle la garganta. Derramar su sangre».[3] Una vez consumado ese acto ajeno a ellos

de matar a otro ser vivo, saborean la diversión de matar animales y también a sus enemigos humanos, sobre todo al niño sabiondo apodado «Piggy» (cerdito). El clímax se alcanza cuando la manada da caza a Ralph, el líder-buen chico.

¿Tiene alguna validez psicológica la noción de que disfrazar el aspecto exterior puede infectar de una manera tan espectacular los procesos conductuales? Intenté responder a esta pregunta con una serie de estudios que ayudaron a impulsar un nuevo campo de investigación dedicado a la psicología de la desindividuación y de la conducta antisocial.[4]

La conducta cruel de unas mujeres anónimas

El procedimiento básico de este primer experimento consistía en hacer creer a unas estudiantes universitarias que estaban administrando una serie de dolorosas descargas eléctricas a otras mujeres con el pretexto de una «tapadera» creíble. Tendrían múltiples oportunidades de administrar descargas a otras dos mujeres jóvenes a las que podían ver y oír tras un espejo unidireccional. La mitad de las estudiantes voluntarias fueron asignadas al azar a una condición de anonimato, o de *desindividuación,* y la mitad restante a una condición de *individuación* en la que su identidad quedaba al descubierto. Las cuatro estudiantes de cada uno de los diez grupos de la condición de desindividuación ocultaban su aspecto con capuchas y batas de laboratorio de talla muy grande y con unos números —del uno al cuatro— en lugar de sus nombres. El experimentador no se dirigía a ellas de una manera individual y las trataba como a un grupo anónimo. Supuestamente, el objetivo de todo esto era ocultar su conducta no verbal para que nadie pudiera detectar sus reacciones. En cambio, a las estudiantes de los grupos que se tomaron para comparar se les dieron unas etiquetas con su nombre que les daban una sensación de identidad, y todo lo demás era igual que en el grupo desindividuado. Tanto las estudiantes de la condición de desindividuación como las de la condición de comparación actuaron en grupos de cuatro, y a todos estos grupos se les pidió que administraran repetidas descargas eléctricas a cada una de las dos «víctimas» en el transcurso de veinte pruebas.

La tapadera era que las mujeres que recibían las descargas eran sujetos de un estudio sobre la creatividad en condiciones de estrés. La tarea de nuestras participantes era estresarlas administrándoles descargas eléctricas dolorosas mientras yo, que hacía de experimentador y me hallaba en la sala con las mujeres que recibían las descargas, les administraba la prueba de creatividad.

A diferencia del paradigma de Milgram, aquí no había una autoridad que presionara directamente a las estudiantes para que actuaran de una forma agresiva porque yo no estaba con ellas ni les decía nada mientras debían administrar las descargas. Las estudiantes me podían ver a través del espejo junto a las dos mujeres que participaban en el supuesto estudio sobre la creatividad. Además, las estudiantes tampoco se veían presionadas a mostrar conformidad con el grupo porque cada una estaba en un cubículo separado y no interaccionaba con las demás. Por último, ni siquiera se las presionó para que llevaran a cabo la tarea. Bastaba que cualquiera de las cuatro administrara una descarga para inducir en la sujeto un estrés suficiente que influyera en su creatividad. Dicho de otro modo, el hecho de no administrar descargas no constituiría ni desobediencia ni discrepancia con el grupo: una estudiante podía limitarse a observar pasivamente cómo administraban descargas las otras en lugar de hacerlo ella.

La conducta de interés era la *duración* de la descarga administrada, es decir, cuánto tiempo seguía pulsando cada estudiante el botón de la descarga después de que apareciera la señal para administrarla. Lo que debían decidir no era si pulsaban el botón, sino si dejaban de pulsarlo enseguida o si seguían pulsándolo y administraban a las víctimas unas descargas más largas. Naturalmente, podían optar por no seguir las instrucciones e incluso negarse a pulsar el botón (cosa que ninguna hizo).

A una de las mujeres que recibían las descargas se la había presentado como «muy agradable» y a la otra como «muy antipática» en unas entrevistas grabadas en cinta. El objetivo era generar en las «inductoras de estrés» una actitud opuesta hacia cada una de ellas. En realidad, las dos eran cómplices de la investigación y habían sido instruidas para que, cuando se

encendiera una luz de descarga, actuaran como si sintieran mucho dolor de una manera convincente para las estudiantes situadas al otro lado del espejo.

Antes de que empezara el experimento se administró a cada una de las estudiantes que participaban en el estudio una descarga de prueba (75 voltios) para que supieran que dolería aunque, naturalmente, durante el experimento no hubo ninguna descarga real. En cada una de las veinte pruebas, las estudiantes tenían que decidir si querían aplicar o no, y durante cuánto tiempo, este nivel estándar de descarga dolorosa a una mujer que, aparentemente, sufría a causa de sus actos. Luego, cuando la primera mujer salía de la sala y entraba la segunda, había otra tanda de veinte pruebas más. Puesto que cada integrante de los grupos de cuatro estudiantes de la condición experimental y de la condición de comparación se encontraba sola en un cubículo separado, sus «compañeras de equipo» no podían influir directamente en su conducta. No obstante, tenían la sensación de formar un grupo por haber escuchado juntas las grabaciones en cinta. Es importante recordar que, salvo por las condiciones de anonimato o de identificación, el estudio era idéntico para todos los grupos.

Los resultados fueron muy claros: las estudiantes de la condición de desindividuación administraron a las dos víctimas el doble de descargas que las estudiantes asignadas al azar a la condición de individuación. Además, las estudiantes anónimas administraron descargas por igual a las dos mujeres: a la que antes se había calificado de agradable y a la que se había calificado de antipática. En cuanto ponían el dedo sobre el botón, lo que pudieran haber sentido hacia ellas carecía de importancia. También aumentaron el tiempo de descarga para las dos mujeres en las veinte pruebas, manteniendo pulsado el botón mientras sus víctimas se retorcían y gemían delante de ellas. En cambio, las estudiantes individuadas distinguieron entre la mujer agradable y la antipática y, con el tiempo, aplicaban menos descargas a la primera que a la segunda.

El hecho de que las estudiantes anónimas pasaran por alto la impresión de agrado o desagrado que les habían causado las dos mujeres cuando tuvieron la oportunidad de hacerles daño, revela un cambio drástico de mentalidad al hallarse en el estado psicológico de desindividuación. La

escalada de las descargas, con reiteradas oportunidades de administrar sus dolorosas consecuencias, parece ser un efecto de la excitación emocional que se está experimentando. La conducta agitada se acaba reforzando y cada acto estimula otra reacción más fuerte y menos controlada. Desde el punto de vista vivencial, esto no responde a una motivación sádica de querer hacer daño a otras personas, sino a la sensación vigorizante que produce el dominio y el control sobre los demás en ese momento concreto.

Este paradigma básico se ha reproducido con unos resultados similares en muchos estudios de laboratorio y de campo usando máscaras desindividuadoras, administrando ruido blanco o lanzando bolas de espuma de poliestireno a las víctimas, y con sujetos tan diferentes como militares del ejército belga, niños en edad escolar o estudiantes universitarios. También se halló una escalada similar de las descargas con el tiempo en un estudio en el que unos «maestros» debían administrar descargas a unos «alumnos-víctimas»: en cada sesión de aprendizaje aumentaban la intensidad de las descargas que aplicaban.[5]

Recordemos que en el experimento de la prisión de Stanford esta desindividuación la ofrecían las gafas de espejo que llevaban los carceleros y el personal, además de los uniformes de estilo militar. De todos estos estudios se desprende una conclusión muy importante: cualquier cosa o cualquier situación que haga que una persona se sienta anónima, que sienta que nadie sabe quién es o que a nadie le importa, reduce su sentido de la responsabilidad personal y, en consecuencia, hace posible que pueda actuar con maldad. Y esta posibilidad aumenta cuando se añade otro factor: si la situación o alguna autoridad le da *permiso* para actuar de una manera antisocial o violenta contra otras personas, como ocurre en estos estudios, la persona estará dispuesta incluso a «hacer la guerra». En cambio, si el anonimato de la situación sólo transmite una reducción del egocentrismo y fomenta la conducta prosocial, la gente estará dispuesta a «hacer el amor» (el anonimato de muchas fiestas suele contribuir a que haya más contacto social). Así pues, la intuición de William Golding acerca del anonimato y la agresividad era psicológicamente válida, aunque de una forma más compleja e interesante de lo que él creía.

A fe mía que esta toga cambia mi forma de ser.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El cuento de invierno*

El anonimato se puede otorgar a una persona no sólo con máscaras, sino también por la forma de tratarla en una situación dada. Cuando los demás no nos tratan como la persona que somos sino como un «otro» indiferenciado que es procesado por el Sistema, o si nuestra existencia se ignora, nos sentimos anónimos. La sensación de carecer de identidad también puede desembocar en una conducta antisocial. Un investigador trataba a unos estudiantes que participaban en una investigación o bien de una manera considerada, o bien como «conejillos de Indias». ¿Adivina el lector quiénes le hurtaron algo cuando no estaba mirando? Más adelante, estos estudiantes se encontraron solos en el despacho del profesor-investigador, con la oportunidad de hurtarle unas monedas y unos bolígrafos de un cuenco lleno de ellos. Los que se encontraban en la condición de anonimato lo hicieron muchas veces más que los estudiantes que habían sido tratados con consideración.[6] La amabilidad puede ser bastante más que una recompensa en sí misma.

Sabiduría cultural: cómo hacer que un guerrero mate en la guerra pero no en casa

Dejemos el laboratorio y los juegos infantiles para volver otra vez al mundo real, donde el anonimato y la violencia pueden ser cuestión de vida o muerte. Concretando más, examinemos las diferencias entre las sociedades que entran en guerra sin hacer que los jóvenes guerreros cambien su aspecto y las que incluyen alguna transformación ritual del aspecto pintando la cara y el cuerpo de los guerreros o dotándolos de máscaras (como en *El señor de las moscas*). Este cambio en el aspecto externo, ¿provoca una diferencia significativa en el trato que se da a los enemigos?

Un antropólogo cultural, R. J. Watson,[7] se planteó esta pregunta tras haber leído mi anterior trabajo sobre la desindividuación. La fuente de sus datos eran los Human Relations Area Files, donde se archiva información sobre culturas de todo el mundo en forma de informes de antropólogos, misioneros, psicólogos y otros. Watson comparó sociedades cuyos guerreros cambian de aspecto antes de ir a luchar con sociedades en las que los guerreros no cambian de aspecto en función de si matan, torturan o mutilan a sus enemigos, una variable dependiente de lo más significativa.

Los resultados constituyen una espectacular confirmación de la predicción de que el anonimato fomenta la conducta agresiva cuando también existe una «autorización» para actuar de una manera que normalmente está prohibida. La guerra proporciona el permiso institucional para matar o malherir a los adversarios. Este investigador halló que, de las veintitrés sociedades para las que encontró datos, había quince en las que los guerreros cambiaban su aspecto. Y eran las sociedades más destructivas; el 80 % de ellas (doce de un total de quince) trataba brutalmente a sus enemigos. En cambio, esta conducta no se daba en siete de las ocho sociedades cuyos guerreros no modificaban su aspecto antes de entrar en batalla. Otra forma de contemplar estos datos es que el 90 % de enemigos asesinados, torturados o mutilados lo habían sido a manos de guerreros que antes se habían desindividuado modificando su aspecto.

La sabiduría cultural dicta que un ingrediente esencial para transformar a hombres jóvenes que en general no son agresivos en guerreros que puedan matar cuando se les ordene es cambiar su aspecto externo. En la mayoría de las guerras, unos viejos persuaden a unos jóvenes para que hieran y maten a otros jóvenes como ellos. A esos jóvenes les es más fácil hacerlo si antes modifican su aspecto, si antes cambian su fachada externa habitual poniéndose uniformes militares o máscaras, o pintándose la cara. El anonimato que esto ofrece hace que la compasión que puedan sentir por los demás se desvanezca. Cuando la guerra se gana, la cultura dicta que los guerreros vuelvan al lugar que ocupaban en tiempos de paz. Esta transformación inversa es fácil de lograr haciendo que los guerreros se quiten los uniformes, se saquen las máscaras, se limpien la pintura y vuelvan a ser los seres pacíficos que eran antes. En cierto sentido, es como

si tomaran parte en un macabro ritual social, reproduciendo, sin saberlo, el paradigma A-B-A del experimento de Halloween de Fraser. Pacíficos cuando son identificables, asesinos cuando gozan de anonimato, pacíficos de nuevo cuando vuelven a ser identificables.

Ciertos entornos comunican una sensación de anonimato pasajero a quienes viven o actúan en ellos sin modificar su aspecto físico. Para demostrar el impacto del anonimato del lugar para facilitar el vandalismo urbano, mi equipo de investigación llevó a cabo un sencillo estudio de campo. Como decía en el capítulo 1, abandonamos un automóvil en una calle cercana al campus de la Universidad de Nueva York en la zona residencial del Bronx, y otro cerca del campus de la Universidad de Stanford en Palo Alto con el objetivo de fotografiar y grabar en vídeo los actos de vandalismo que se cometieran contra aquellos automóviles que parecían estar claramente abandonados (sin matrícula y con el capó alzado). En el anonimato del entorno del Bronx, varias docenas de personas que pasaron por allí, ya fuera andando o en coche, se detuvieron para destrozar el coche y acabaron con él en menos de cuarenta y ocho horas. La mayoría eran personas adultas en general bien vestidas que despojaron al coche de cualquier elemento valioso o simplemente lo destrozaron, todo ello a plena luz del día. En cambio, durante toda una semana, nadie cometió ningún acto de vandalismo con el automóvil abandonado en Palo Alto. Esta demostración fue la única prueba empírica citada en apoyo de la «teoría de las ventanas rotas» relacionada con la delincuencia urbana. Las condiciones del entorno contribuyen a hacer que algunos miembros de la sociedad se sientan anónimos, que nadie de la comunidad dominante sepa quiénes son, que nadie reconozca su individualidad y, por lo tanto, su humanidad. Cuando sucede esto, contribuimos a su transformación en asesinos y vándalos en potencia.

La desindividuación transforma nuestra naturaleza apolínea en dionisíaca

Supongamos que la cara «buena» de las personas es la racionalidad, el orden, la coherencia y la sabiduría de Apolo, mientras que la cara «mala» es la desorganización, el caos, la irracionalidad y el corazón libidinoso de Dioniso. El principal rasgo apolíneo es la represión y la inhibición del deseo; se opone al rasgo dionisíaco de la liberación y el deseo desinhibido. Las personas pueden hacerse malvadas cuando se enredan en situaciones en las que los controles cognitivos que normalmente guían su conducta de una forma socialmente y personalmente aceptable se bloquean, suspenden o distorsionan. La suspensión del control cognitivo tiene múltiples consecuencias, entre ellas la suspensión de la conciencia en general y de la conciencia de uno mismo, del sentido de la responsabilidad personal, de la obligación, el compromiso, la moralidad, la culpa, la vergüenza y el miedo, y del análisis de los propios actos en función de sus costes y sus beneficios.

Las dos estrategias generales para lograr esta transformación son: a) reducir la responsabilidad social del actor (nadie sabe quién soy o no le importa saberlo) y b) reducir el interés del actor en autoevaluarse. La primera suprime la preocupación por la evaluación social, por la aprobación social, haciendo que el actor se sienta anónimo: es el proceso de desindividuación. Resulta efectivo cuando actuamos en un entorno que transmite anonimato y diluye la responsabilidad personal. La segunda estrategia acaba con el control de uno mismo y de la propia coherencia recurriendo a métodos que alteran nuestro estado de conciencia. Esto se logra por medio del alcohol u otras sustancias, despertando emociones fuertes, realizando actos hiperintensos, viviendo en un presente expandido donde no hay preocupación por el pasado ni por el futuro, y proyectando la responsabilidad hacia el exterior, hacia los demás, en lugar de hacia el interior, hacia uno mismo.

La desindividuación crea un estado psicológico singular en el que la conducta se somete a las exigencias inmediatas de la situación y a los deseos biológicos hormonales. La acción sustituye al pensamiento, la búsqueda del placer inmediato se impone a la dilación de la gratificación y las decisiones refrenadas de una manera consciente dan paso a respuestas emocionales irreflexivas. El estado de excitación suele ser tanto un precursor como un resultado de la desindividuación. Sus efectos se

amplifican en situaciones nuevas o no estructuradas en las que se anulan los hábitos de respuesta y los rasgos habituales del carácter. La vulnerabilidad de la persona a los modelos sociales y a las indicaciones situacionales se intensifica; en consecuencia, es tan fácil hacer el amor como hacer la guerra: todo ello depende de lo que la situación exija o suscite. En última instancia, no hay sentido del bien ni del mal, no hay sensación de culpabilidad por actos ilegales ni infiernos por actos inmorales.[8] Cuando los controles internos se suspenden, la conducta se halla por completo bajo el control externo de la situación; lo exterior se impone a lo interior. Lo que es posible y está disponible se impone a lo correcto y a lo justo. Y, entonces, la brújula moral de las personas y de los grupos pierde el norte.

La transición de la mentalidad apolínea a la mentalidad dionisíaca puede ser rápida e inesperada, haciendo que buenas personas cometan maldades porque se han instalado en un presente expandido sin preocuparse por las consecuencias futuras de sus actos. Las limitaciones habituales de la crueldad y de los impulsos libidinosos se diluyen en los excesos de la desindividuación. Es como si se produjera una especie de cortocircuito en el cerebro, como si cesaran totalmente las funciones de planificación y de toma de decisiones de la corteza cerebral frontal y tomaran el mando las partes más primitivas del sistema límbico del cerebro, sobre todo el centro de la emoción y la agresividad que se encuentra en la amígdala.

El efecto del martes de carnaval: la desindividuación colectiva como éxtasis

En la antigua Grecia, Dioniso era único entre los dioses. Se le consideraba el creador de un nuevo nivel de realidad que ponía en duda las suposiciones y la manera de vivir tradicionales. Representaba al mismo tiempo una fuerza para liberar al espíritu humano de su sobria reclusión en el discurso racional y la planificación ordenada, y una fuerza de destrucción: deseo sin límites y placer personal sin los controles de la sociedad. Dioniso era el dios de la embriaguez, el dios de la locura, el dios del frenesí sexual y del ansia de batalla. Los dominios de Dioniso incluían todos los estados del ser que suponen la pérdida de la propia conciencia y

de la racionalidad, la suspensión del tiempo lineal y el abandono del yo a los impulsos de la naturaleza humana que derriban los códigos de conducta y la responsabilidad.

El martes de carnaval tiene sus orígenes en una ceremonia pagana precristiana hoy reconocida por la Iglesia Católica y que se celebra el día anterior al miércoles de ceniza. Este día marca el inicio de la cuaresma cristiana, un período de ayunos y vigilias que finaliza el sábado santo, cuarenta y seis días después. Las celebraciones del martes de carnaval empiezan en la Epifanía, cuando los tres reyes magos llegan de Oriente para adorar al niño Jesús.

En la práctica, el martes de carnaval celebra los excesos del placer libidinoso, del vivir el momento, del «mujeres, vino y canciones». Las obligaciones y los problemas se olvidan mientras la gente se abandona a su naturaleza sensual en un jolgorio colectivo. Es una festividad bacanal en la que la conducta se libera de sus límites habituales y de las reglas que dicta la razón. Sin embargo, en el nivel preconsciente siempre se tiene presente que esta celebración es pasajera, que pronto será reemplazada por una represión aún mayor de los placeres y los vicios personales durante la cuaresma. El «efecto del martes de carnaval» supone saltarse temporalmente los límites cognitivos y morales tradicionales de la conducta personal cuando se forma parte de un grupo de juerguistas empeñados en pasárselo bien en el presente, sin preocuparse de responsabilidades o consecuencias. En el fondo, se trata de una desindividuación colectiva.

Deshumanización y desconexión moral

La deshumanización es el concepto o constructo esencial en nuestro intento de entender «la inhumanidad del hombre con el hombre». La deshumanización aparece siempre que un ser humano considera que se debe excluir a otro ser humano de la categoría moral de ser persona. Los objetos de este proceso psicológico pierden su condición humana a los ojos de quienes los deshumanizan. Cuando se considera que ciertas personas o

grupos están fuera de la esfera de la humanidad, los agentes deshumanizadores suspenden la moralidad que normalmente regiría sus actos hacia sus congéneres.

La deshumanización es un proceso básico en el prejuicio, el racismo y la discriminación. Estigmatiza a los demás y les atribuye una «identidad carente de valor». Por ejemplo, el sociólogo Erving Goffman[9] describe el proceso por el que se desacredita socialmente a los discapacitados. No se los considera plenamente humanos y, en consecuencia, quedan «manchados».

En estas condiciones, se hace posible que personas normales, moralmente rectas e incluso idealistas, acaben realizando actos de gran crueldad. El hecho de no responder a las cualidades humanas de otras personas facilita la realización de actos inhumanos. La regla de oro, no hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan, se rompe. Es más fácil ser cruel con «objetos» deshumanizados, desoír sus peticiones y súplicas, usarlos para nuestros propios fines, incluso destruirlos si nos irritan.[10]

Un general japonés decía que a sus soldados les había sido fácil asesinar brutalmente a civiles chinos durante la invasión de China anterior a la Segunda Guerra Mundial, «porque los veíamos como *cosas,* no como personas como nosotros». Es evidente que esto es lo que ocurrió en la llamada «violación de Nanking» de 1937. Recordemos la descripción (en el capítulo 1) que hacía de los tutsis la mujer que orquestó las violaciones de muchas mujeres de esta etnia: no eran más que insectos, «cucarachas». De modo similar, el genocidio nazi de los judíos empezó mediante la creación, por medio de películas y carteles de propaganda, de una imagen a escala nacional de aquellos seres humanos que los presentaba como formas inferiores de vida animal, como alimañas, como ratas voraces. Los muchos linchamientos de personas de color protagonizados por turbas de blancos en ciudades de todos los Estados Unidos tampoco se consideraban crímenes contra la humanidad porque se estigmatizaba a las víctimas diciendo que eran «simples negros».[11]

Detrás de la matanza en My Lai de centenares de civiles vietnamitas inocentes a manos de soldados estadounidenses estaban las etiquetas deshumanizadoras de «amarillos» o «macacos» que la infantería estadounidense aplicaba a todas aquellas personas asiáticas de aspecto diferente.[12] Los «macacos» de ayer se han convertido hoy en los «hadjis» o «turbantes» de la guerra de Irak, las etiquetas con que los nuevos soldados estadounidenses rebajan a estos soldados y ciudadanos de aspecto diferente. «Acabas intentando bloquear el hecho de que son seres humanos para poder verlos como enemigos», decía el sargento Mejía tras negarse a volver a lo que consideraba una guerra abominable. «Los llamamos "turbantes", ¿sabe? Hacemos lo que haga falta para que sea más fácil matarlos y maltratarlos.»[13]

Que estas etiquetas y las imágenes asociadas a ellas pueden tener unos efectos motivadores muy poderosos quedó demostrado en un fascinante experimento controlado de laboratorio (que ya se ha mencionado en el capítulo 1 y que se expondrá con más detalle a continuación).

Deshumanización experimental: rebajar a unos estudiantes a la condición de animales

Mi colega de Stanford Albert Bandura y sus alumnos diseñaron un impresionante experimento que demuestra con elegancia el poder que tienen las etiquetas deshumanizadoras para alimentar la agresividad hacia otras personas.[14]

Setenta y dos voluntarios varones de primer y segundo año se distribuyeron en unos «equipos de supervisión» de tres miembros cada uno cuya tarea consistía en castigar las decisiones erróneas de otros estudiantes que, supuestamente, formaban un grupo encargado de tomar decisiones. Como el lector ya habrá supuesto, los verdaderos sujetos del estudio eran los estudiantes que hacían de supervisores.

En cada una de las veinticinco pruebas utilizadas, los supervisores oían al equipo encargado de tomar decisiones (se les había informado de que estaban en la sala de al lado) mientras, supuestamente, decidían de forma colectiva. A los supervisores se les daba una información para que

evaluaran la adecuación de la decisión de cada prueba. Siempre que el grupo tomara una mala decisión, el equipo de supervisores debía castigarlo administrando a sus miembros una descarga eléctrica. En cada prueba podían elegir la intensidad de la descarga que iban a recibir todos los miembros del grupo, desde el nivel 1, que suponía una descarga leve, hasta el nivel 10, que era el máximo.

A los supervisores se les decía que en este proyecto participaban personas de distintas extracciones sociales para aumentar la capacidad de generalización, pero todos los grupos encargados de tomar decisiones estaban formados por personas que tenían unos atributos similares. Esto se hizo para que las etiquetas positivas o negativas que pronto se les iban a aplicar se extendieran a todo el grupo.

Los investigadores variaron dos características de esta situación: cómo se etiquetaba a las «víctimas» y la medida en que los supervisores eran personalmente responsables de las descargas que administraban. Todos los «supervisores» fueron asignados al azar a tres condiciones de etiquetado —deshumanizador, humanizador o neutro— y a dos condiciones de responsabilidad: individualizada o difusa.

Primero veremos cómo se impusieron las etiquetas y sus efectos. Luego veremos cómo actuaron las variaciones en función de la responsabilidad. Una vez empezado el estudio, cada grupo de supervisores creía oír una conversación por el interfono entre el ayudante de investigación y el experimentador sobre los cuestionarios que supuestamente habían rellenado las personas del grupo encargado de tomar decisiones. El ayudante comentaba en un breve aparte que las cualidades personales de este grupo confirmaban la opinión de la persona que lo había reunido. En la condición *deshumanizadora*, se decía que el grupo era como «un hatajo de animales». En cambio, en la condición *humanizadora*, se decía que era «un grupo muy simpático». En la condición *neutra* no se hacía ningún comentario sobre él.

Debe quedar claro que los participantes (supervisores) en ningún momento interaccionaban con las víctimas a las que iban a aplicar descargas y que, en consecuencia, no podían hacer estas evaluaciones personalmente ni comprobar si eran válidas. Las etiquetas eran atribuciones

hechas por terceros acerca de otros estudiantes que, supuestamente, también participaban como voluntarios desempeñando un papel en el estudio. Dicho todo esto, ¿tuvieron estas etiquetas algún efecto en el castigo que administraron los estudiantes a quienes supuestamente debían supervisar? (En realidad, los «otros» no existían: los estudiantes oían unas grabaciones preparadas de antemano.)

En efecto, las etiquetas surtieron efecto y tuvieron un gran impacto en la medida en que los estudiantes castigaron al grupo. Los grupos que habían recibido la etiqueta deshumanizadora de «animales» recibieron más descargas y la intensidad de las mismas fue aumentando de una manera lineal a lo largo de diez pruebas hasta alcanzar una media de 7 (de un máximo de 10) para cada grupo de supervisores. Los grupos etiquetados como «simpáticos» recibieron la menor cantidad de descargas, y el grupo sin etiqueta —condición neutra— cayó entre los dos extremos.

Además, en la primera prueba no hubo ninguna diferencia entre las tres condiciones experimentales en cuanto a la intensidad de las descargas administradas: todos los grupos administraron un nivel de descarga bajo. Si el estudio hubiera finalizado entonces, la conclusión habría sido que las etiquetas no influían. Sin embargo, con cada prueba sucesiva, y a medida que los errores de quienes tomaban las decisiones parecían multiplicarse, los niveles de descarga de los tres grupos divergieron. Los que castigaban a los calificados como animales les administraban unas descargas más intensas con el tiempo, un resultado comparable a la escalada del nivel de las descargas de las estudiantes desindividuadas de mi anterior estudio. Este aumento en la respuesta agresiva con el tiempo, con la práctica o con la experiencia, ilustra un efecto de autorrefuerzo. Quizás el placer no se obtenga tanto de causar dolor como de la sensación de poder y de control que se siente en una situación de dominio como aquélla, dando a otras personas lo que merecen recibir. Los investigadores destacan el poder desinhibidor de las etiquetas para despojar a los demás de sus cualidades humanas.

En la vertiente positiva de este estudio, el mismo etiquetado arbitrario hizo que los otros fueran tratados con más respeto si alguien con autoridad les había etiquetado de una manera positiva. Los considerados «simpáticos»

fueron los que recibieron menos daño. Así pues, el poder de la humanización para contrarrestar el impulso punitivo tiene la misma importancia teórica y social que el fenómeno de la deshumanización. Aquí hallamos un mensaje importante sobre el poder de las palabras, las etiquetas, la retórica y los estereotipos: se puede usar para bien o para mal.

Por último, ¿qué influencia tuvieron las variaciones de la *responsabilidad* en la intensidad de las descargas administradas? Se administraron unas descargas mucho más intensas cuando los participantes creían que la descarga la administraba el equipo en su conjunto que cuando creían que el nivel de las descargas era una decisión personal. Como hemos visto antes, la difusión de la responsabilidad, sea cual sea la forma que adopte, reduce la inhibición relacionada con hacer daño a los demás. Como es lógico esperar, las descargas más intensas —y el daño previsto— se administraron cuando los participantes se sentían menos responsables personalmente y cuando sus víctimas habían sido deshumanizadas.

Cuando el equipo de Bandura examinó cómo habían justificado sus actos los participantes, vieron que la deshumanización fomentaba el recurso a unas justificaciones autoexculpatorias que, a su vez, iban asociadas a un aumento del castigo. Estos descubrimientos sobre la forma en que la gente se desconecta de los frenos habituales que les impiden comportarse de una forma perjudicial para los demás, llevó a Bandura a desarrollar un modelo conceptual de la llamada «desconexión moral».

Los mecanismos de la desconexión moral

Este modelo parte del supuesto de que la mayoría de las personas adoptan unos principios morales mediante los procesos normales de socialización que experimentan durante su formación. Estos principios favorecen y alientan la conducta prosocial y ponen freno a la conducta antisocial tal como la definen la familia y la comunidad. Con el tiempo, estos principios morales externos impuestos por padres, educadores y otras autoridades se interiorizan en forma de códigos personales de conducta. La persona acaba desarrollando unos controles personales de sus pensamientos y actos que le son satisfactorios y le proporcionan una sensación de

autoestima. Aprende a refrenarse para no actuar de una manera inhumana y aprende a fomentar los actos humanitarios. Estos mecanismos de autorregulación no son fijos ni estáticos en su relación con los principios morales de la persona. Más bien están gobernados por un proceso dinámico en el que la autocensura moral se puede activar de una manera selectiva para actuar de una forma aceptable; en otras ocasiones, la autocensura moral se puede desconectar de la conducta reprobable. Las personas y los grupos pueden mantener su sensación de tener unos principios morales simplemente desconectando su actuación moral habitual en ciertas ocasiones, en ciertas situaciones, para ciertos fines. Es como si pusieran su moralidad en punto muerto y se deslizaran sin preocuparse por si atropellan a algún peatón hasta que vuelven a poner una marcha y regresan a una posición moral más elevada.

El modelo de Bandura va más allá para dilucidar los mecanismos psicológicos concretos que generan las personas para convertir sus actos dañinos en algo aceptable moralmente cuando desconectan selectivamente los frenos que regulan su conducta. Puesto que éste es un proceso humano tan fundamental, Bandura sostiene que no sólo contribuye a explicar la violencia política, militar y terrorista, sino también «las situaciones cotidianas en las que la gente decente lleva a cabo de una manera rutinaria actividades que favorecen sus intereses pero tienen unos efectos humanos perjudiciales».[15]

Cuando activamos uno o más de los siguientes cuatro mecanismos cognitivos cualquiera de nosotros puede desconectarse moralmente de cualquier conducta destructiva o malvada.

En primer lugar, podemos redefinir nuestra conducta dañina como honorable. Una forma de hacerlo es crear una justificación moral para nuestros actos adoptando unos imperativos morales que santifiquen la violencia. Otra forma es crear comparaciones favorables que contrasten la rectitud de nuestra conducta con la conducta malvada de nuestros enemigos (nosotros sólo los torturamos; ellos nos decapitan). Otro método es emplear eufemismos para dar una imagen aséptica de la realidad de nuestros actos crueles (la expresión «daños colaterales» significa que unos civiles han sido

bombardeados y reducidos a cenizas; y «fuego amigo» significa que un soldado ha sido abatido por la estupidez o la mala intención de un camarada).

En segundo lugar, podemos minimizar la sensación de que existe un vínculo directo entre nuestros actos y sus resultados perjudiciales difuminando o desplazando la responsabilidad personal. Si no nos percibimos como autores o colaboradores en crímenes contra la humanidad nos ahorramos tener que condenarnos.

En tercer lugar, podemos modificar la manera de contemplar el verdadero daño que hemos causado con nuestros actos. Podemos pasar por alto, distorsionar, minimizar o negarnos a creer cualquier consecuencia negativa de nuestra conducta.

Por último, podemos reconstruir la imagen que tenemos de las víctimas y considerarlas merecedoras de su castigo, culpándolas de las consecuencias que puedan sufrir y, naturalmente, deshumanizándolas, considerando que están por debajo del nivel moral que reservamos a nuestros congéneres verdaderamente humanos.

Entender la deshumanización no equivale a excusarla

Es importante insistir de nuevo en que estos análisis psicológicos en modo alguno pretenden excusar o quitar responsabilidad a quienes actúan de una manera inmoral o ilícita. Explicitar los mecanismos mentales que usamos para desconectar nuestros principios morales de nuestra conducta nos sitúa en una posición mejor para invertir el proceso, reafirmando la necesidad fundamental de un compromiso moral para fomentar entre las personas una humanidad basada en la empatía.

Crear enemigos del Estado deshumanizados

Entre los principios operativos que debemos añadir a nuestro arsenal de armas para hacer que hombres y mujeres normalmente buenos cometan actos malvados están los desarrollados por los Estados para instigar a sus

propios ciudadanos. Vemos algunos de estos principios al examinar cómo preparan los Estados a sus jóvenes para que participen en guerras sin cuartel y al resto de ciudadanos para que apoyen guerras de agresión. Una forma especializada de condicionamiento cognitivo mediante la propaganda ayuda a lograr esta difícil transformación. Mediante la propaganda, los medios de comunicación nacional (en complicidad con los gobiernos) crean unas «imágenes del enemigo» para inculcar en la mente de los soldados y de los ciudadanos el odio a quienes encajan en la nueva categoría de «nuestro enemigo». Este condicionamiento mental es el arma más poderosa de un soldado. Sin ella nunca podría colocar a otro joven como él en el punto de mira de su rifle y disparar para matarlo. En los ciudadanos induce el miedo a la vulnerabilidad y hace que imaginen cómo sería estar bajo el dominio de ese enemigo.[16] Este miedo se convierte en odio y en la voluntad de iniciar hostilidades para reducir la amenaza. Su poder llega a hacer que enviemos de buen grado a nuestros hijos a combatir contra ese enemigo amenazador para que acaben muertos o mutilados.

En *Faces of the Enemy*, Sam Keen[17] nos muestra cómo se crean arquetipos del enemigo mediante una propaganda visual que emplean la mayoría de los países contra aquellos a los que califican de «enemigos», unos «otros» o «ellos» peligrosos. Estas imágenes visuales crean una paranoia social centrada en un enemigo que acabará con las mujeres, los niños, los hogares y el Dios de ese país, destruyendo sus valores y sus creencias fundamentales. Esta clase de propaganda se ha puesto en práctica a escala mundial. A pesar de las diferencias nacionales en muchas dimensiones, sigue siendo posible clasificar toda esta propaganda en un conjunto selecto empleado por el «*Homo hostilis*». Cuando se crea un nuevo enemigo malvado en la mente de los buenos miembros de una tribu recta y honrada, ese «enemigo» es agresivo, anónimo, violador, bárbaro, impío, rapaz, criminal, torturador, asesino, una abstracción o un animal deshumanizado. En unas imágenes espeluznantes se muestra al propio país devorado por animales que provocan un temor universal: serpientes, lagartos, arañas, insectos, ratas, gorilas gigantescos o pulpos.

Un último aspecto sobre las consecuencias de adoptar una concepción deshumanizada de otras personas se refiere a las cosas inconcebibles que estamos dispuestos a hacerles si se declaran oficialmente diferentes o menospreciables. Más de 65.000 ciudadanos estadounidenses fueron esterilizados contra su voluntad en una época (entre 1920 y 1940) en la que los defensores de la eugenesia recurrían a justificaciones científicas para purificar la raza humana librándola de todas las personas con rasgos no deseados. Esperaríamos algo así de Adolf Hitler, pero no de uno de los juristas más venerados de los Estados Unidos, Oliver Wendell Holmes. En una resolución judicial por mayoría (1927), dictaminó que las leyes de esterilización obligatoria, lejos de ser inconstitucionales, eran un bien social:

> Es mejor para todo el mundo que, en lugar de esperar para ajusticiar a unos descendientes degenerados por algún delito o de dejarles pasar hambre por su imbecilidad, la sociedad tenga la facultad de impedir que quienes son manifiestamente inadecuados perpetúen su casta. Con tres generaciones de imbéciles es suficiente.[18]

Ruego al lector que recuerde la investigación citada en el capítulo 12 en la que unos estudiantes de la Universidad de Hawai estaban dispuestos a apoyar la «solución final» para eliminar a los discapacitados e inadaptados, incluso a sus familiares si era necesario.

Tanto los Estados Unidos como el Reino Unido arrastran una larga historia de «guerras contra los débiles». Han contado con defensores de la eugenesia muy influyentes y de gran elocuencia que han apoyado y justificado con supuestas bases científicas planes para librar a su país de los discapacitados e inadaptados y, al mismo tiempo, mejorar la condición privilegiada de los más aptos.[19]

MALDAD POR INACCIÓN: CIRCUNSTANTES PASIVOS

Lo único que hace falta para que el mal triunfe es que los buenos hombres no hagan nada.

EDMUND BURKE, estadista británico

[D]ebemos saber que aceptar pasivamente un sistema injusto es cooperar con ese sistema y, de ese modo, tener parte en su maldad.

MARTIN LUTHER KING Jr.[20]

Nuestra forma habitual de contemplar el mal se centra en los actos violentos y destructivos de la gente malvada, pero la pasividad también puede ser una forma de maldad si hace falta ayuda, disconformidad, desobediencia o tirar de la manta. Hay un colaborador fundamental y menos reconocido de la maldad que va más allá de los protagonistas del acto malvado: es el coro silencioso que mira pero no ve, que oye pero no escucha. Su presencia silenciosa en la escena del mal hace que la línea borrosa entre el bien y el mal sea aún más difusa. A continuación nos preguntamos: ¿por qué la gente no ayuda? ¿Por qué la gente no actúa cuando su ayuda es necesaria? ¿Su pasividad refleja una personalidad insensible, indiferente? ¿O es que también aquí entra en juego una dinámica social identificable?

El caso de Kitty Genovese

En un gran centro urbano como Nueva York, Londres, Tokio o México, estamos rodeados literalmente por decenas de miles de personas. Pasamos a su lado en las calles, nos sentamos a su lado en restaurantes, cines, autobuses y trenes, hacemos cola con ellas, pero estamos desconectados de ellas, como si realmente no existieran. Para una joven del barrio de Queens, en Nueva York, esas personas no existieron cuando más las necesitaba.

> Durante más de media hora, 38 ciudadanos respetables y decentes de Queens [Nueva York] observaron cómo un asesino perseguía y apuñalaba en tres ocasiones a una mujer en Kew Gardens. En dos ocasiones, el sonido de sus voces y el resplandor repentino de las luces de los dormitorios lo interrumpieron y lo ahuyentaron. Cada vez que regresaba, la buscaba y la volvía a apuñalar. Ni una persona llamó a la policía durante el asalto; un testigo lo acabó haciendo cuando la mujer ya estaba muerta [*The New York Times*, 13 de marzo de 1964].

Un reanálisis reciente de los detalles de este caso pone en duda el número de personas que realmente vieron cómo se desarrollaban los acontecimientos y si realmente se dieron cuenta de lo que ocurría, porque muchas eran personas mayores que se habían despertado de repente en plena madrugada. No obstante, parece indudable que muchos vecinos de este barrio cuidado, normalmente tranquilo y casi residencial, oyeron los gritos escalofriantes de Kitty y no le prestaron ayuda. Kitty murió sola en una escalera, donde ya no pudo escapar de su enloquecido asesino.

Además, sólo unos meses más tarde, hubo otro ejemplo aún más vívido y escalofriante de lo pasivos que pueden llegar a ser los circunstantes. Una secretaria de dieciocho años de edad había sido golpeada, casi estrangulada, desnudada y violada en su oficina. Cuando al final pudo zafarse de su asaltante, desnuda y llena de sangre, bajó corriendo por las escaleras del edificio hasta el portal gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me ha violado!». Una multitud de unas cuarenta personas se agolpó en la concurrida calle mirando cómo el violador la arrastraba otra vez hacia la oficina para seguir abusando de ella. ¡Nadie acudió en su ayuda! Sólo la llegada casual de unos policías que pasaban por allí impidió que la maltratara más y que incluso la matara (*The New York Times,* 6 de mayo de 1964).

Estudio de la intervención de los circunstantes

Los psicólogos sociales respondieron iniciando una serie de estudios innovadores sobre la intervención de los circunstantes. Contrarrestaron el habitual aluvión de análisis disposicionales centrados en la insensibilidad de los circunstantes neoyorquinos intentando entender qué hay en la *situación* que paralice a la gente normal y corriente impidiendo que actúe de una manera prosocial. Puesto que, en aquella época, Bibb Latané y John Darley[21] enseñaban en dos de las universidades de Nueva York —Columbia y NYU, respectivamente—, se hallaban cerca del centro de la acción. Realizaron sus estudios de campo en una variedad de lugares de la ciudad, como estaciones de metro y esquinas, y también llevaron a cabo estudios de laboratorio.

Su investigación desembocó en una conclusión contraria a lo que dictaba la intuición: cuantas más personas presencien una emergencia, *menos* probable será que alguna de ellas intervenga para ayudar. Formar parte de un grupo que observa pasivamente significa que cada persona presupone que hay otras que podrán o querrán ayudar, por lo que existe menos presión para entrar en acción que cuando una persona está sola o se encuentra acompañada únicamente de otro observador. La mera presencia de otras personas diluye la sensación de responsabilidad personal de cualquier persona dada para que intervenga. Los tests de personalidad de los participantes no revelaron la existencia de una relación significativa entre ninguna característica concreta de la personalidad y la velocidad o la probabilidad de intervenir ante unas emergencias escenificadas.[22]

Los neoyorquinos, al igual que los londinenses, los berlineses, los romanos o los habitantes de Varsovia u otras grandes ciudades del mundo, tienden a ayudar y llegarán a intervenir si se les pide directamente o si están solos o en compañía de pocas personas. Cuantas más personas que puedan ayudar estén presentes en una situación de emergencia, más supondremos que alguien más dará un paso adelante y que no tenemos por qué entrar en acción y correr un riesgo personal. Más que por insensibilidad, el hecho de no intervenir no sólo se debe a que temamos por nuestra vida en una situación violenta, sino también a que negamos la gravedad de la situación, tememos equivocarnos o hacer el ridículo, o pensamos en el coste de meternos «donde no nos llaman». En el grupo también aparece una norma de «inacción pasiva».

Las situaciones sociales las crean personas, y las personas mismas las pueden modificar. No somos autómatas que actúen siguiendo unos programas dictados por una situación: podemos cambiar cualquier situación mediante unos actos creativos y constructivos. El problema es que aceptamos demasiado la definición que hacen otros de la situación y de sus normas en lugar de arriesgarnos a poner en duda las normas y abrir nuevas opciones conductuales. Una consecuencia interesante de la línea de investigación de los circunstantes pasivos y activos ha sido la aparición de

un campo relativamente nuevo de investigación en la psicología social dedicado a la ayuda y el altruismo (que David Schroeder y sus colegas han resumido muy bien en una monografía).[23]

Los buenos samaritanos con prisa

Un equipo de psicólogos sociales hizo una demostración verdaderamente convincente de que el hecho de no ayudar a desconocidos que se hallan en apuros es más probable que se deba a variables situacionales que a fallos disposicionales.[24] Como éste es uno de mis estudios favoritos, de nuevo invito al lector a que me acompañe para ponernos en el pellejo de uno de los participantes.

Imaginemos que estamos estudiando en el Seminario de Princeton para llegar a ser pastores protestantes. Vamos de camino a dar un sermón sobre el buen samaritano que será grabado en vídeo para un experimento de psicología sobre la eficacia de la comunicación. Conocemos bien el pasaje del capítulo 10 del evangelio de Lucas. Nos habla de la única persona que se detuvo a ayudar a otra que sufría junto al camino que va de Jerusalén a Jericó. El Evangelio nos dice que recibirá su justa recompensa en el cielo por haber sido «el buen samaritano» en la tierra, una lección bíblica para que todos tengamos presentes las virtudes del altruismo.

Imaginemos también que mientras nos dirigimos de la facultad de psicología al centro de grabación, pasamos junto a un desconocido que gime echado en un callejón y que parece sufrir mucho: está muy claro que necesita ayuda. Pues bien, ¿podemos imaginar alguna condición o circunstancia que haga que *no* nos detengamos para actuar como el buen samaritano, y más aún si estamos repasando mentalmente la parábola del buen samaritano en aquel preciso momento?

Rebobinemos un poco para volver al laboratorio de psicología. Allí se nos ha dicho que llegaremos con retraso a la sesión de grabación y que debemos darnos prisa. Otros estudiantes de teología fueron asignados al azar a unas condiciones en las que se les decía que tenían un poco de tiempo o tiempo de sobra para llegar al centro de grabación. Pero, ¿acaso puede tener alguna influencia la presión de llegar a tiempo (nosotros o los

demás) siendo como somos unas personas buenas y virtuosas que meditan sobre la virtud de prestar ayuda a un desconocido que sufre, como hizo aquel buen samaritano? Me jugaría algo a que al lector le gustaría creer que *no* influiría, que en aquella situación se detendría y prestaría ayuda fueran cuales fueran las circunstancias. Y que los otros seminaristas harían lo mismo, acudir en ayuda de aquella persona.

Pues quien haya pensado eso se ha equivocado. La conclusión, desde el punto de vista de la persona necesitada de ayuda, es ésta: más vale que no nos hallemos necesitados de ayuda ajena cuando la gente anda con prisa. Prácticamente todos los seminaristas con prisa —un 90 %— dejaron pasar la clara oportunidad de actuar como el buen samaritano porque llegaban tarde a dar un sermón sobre él. El dilema al que se enfrentaban era ayudar a la ciencia o ayudar a una víctima. La ciencia acababa ganando y la víctima se quedaba allí, sufriendo. (Como el lector habrá adivinado, la víctima era un cómplice que fingía.)

Cuanto más tiempo creía tener un seminarista, más probable era que se detuviera y ayudara. Así pues, la variable situacional de la *presión del tiempo* explicaba las principales variaciones en cuanto a quién ayudaba y quién era un circunstante pasivo. No hubo necesidad de recurrir a explicaciones disposicionales diciendo que los estudiantes de teología eran insensibles, cínicos o indiferentes, como se suponía que habían sido los neoyorquinos que no habían ayudado en el caso de la pobre Kitty Genovese. Cuando este estudio se replicó, se obtuvieron los mismos resultados, pero cuando los seminaristas iban de camino a una tarea menos importante, la inmensa mayoría de ellos se detuvo a ayudar. La lección de este estudio es que, al intentar entender casos en los que la gente no presta ayuda a quien la necesita, no debemos preguntarnos *quién* ayuda o deja de ayudar, sino *cuáles* son las características sociales y psicológicas de la situación.[25]

La maldad por inacción institucionalizada

En las situaciones en las que se cometen maldades suele haber autores, víctimas y supervivientes. Pero también suele haber observadores de lo que acontece o que saben lo que acontece y que no intervienen para ayudar o para oponerse a esa maldad; con su pasividad, permiten que la maldad persista.

Son los polis buenos que no se oponen a la brutalidad de los compañeros que apalean a alguien en la calle o en la comisaría. Son los píos cardenales y obispos que encubren los pecados de sus sacerdotes porque les preocupa más la imagen de la Iglesia Católica. Saben lo que sucede, pero no hacen nada para oponerse a esas maldades y dejan que los curas pederastas sigan pecando durante años y años (con el coste final para la Iglesia de miles de millones de euros en indemnizaciones y de muchos fieles desencantados).[26]

También los buenos trabajadores de Enron, WorldCom, Arthur Andersen y muchísimas otras grandes empresas plagadas de corrupción de los Estados Unidos y de otros países del mundo miraban para otro lado cuando se amañaban las cuentas. Además, y como hemos visto antes, en el experimento de la prisión de Stanford los buenos carceleros nunca acudieron en ayuda de los reclusos parando los pies a los carceleros crueles y, de este modo, aprobaron implícitamente la escalada continua de sus maltratos. Y yo, que veía aquellas maldades, limité mi intervención a impedir que los carceleros recurrieran a la violencia física, pero dejé que la violencia psicológica se apoderara de nuestra prisión. Me dejé atrapar por los roles contradictorios de director de la investigación y director de la prisión, las exigencias de cada papel me acabaron superando, y acabé por no ver el sufrimiento que tenía ante mis ojos. También yo fui culpable de maldad por inacción.

En el nivel de los Estados, cuando la pasividad se impone a la necesidad de pasar a la acción, se da vía libre a las matanzas y los genocidios, como ocurrió en Bosnia y en Ruanda y como está ocurriendo últimamente en Darfur. Al igual que las personas, los países tampoco suelen querer verse involucrados, también niegan la gravedad de las amenazas y la necesidad acuciante de pasar a la acción. También están dispuestos a creerse

más la propaganda de los gobernantes que las súplicas de las víctimas. Y quienes toman las decisiones suelen recibir presiones de quienes «tienen negocios allí» para no actuar.

Uno de los casos más lamentables del mal de la pasividad institucional se produjo en 1939, cuando el gobierno de los Estados Unidos y su humanitario presidente, Franklin D. Roosevelt, se negaron a permitir que un barco repleto de refugiados judíos pudiera atracar en un puerto de la costa estadounidense. El *SS St. Louis* había navegado desde Hamburgo, Alemania, hasta Cuba con 937 refugiados judíos que huían del Holocausto. El gobierno cubano se desdijo de su promesa de acogerlos. Durante doce días aquellos refugiados y el capitán del barco intentaron desesperadamente obtener autorización del gobierno estadounidense para atracar en algún muelle de Miami, cuyo puerto tenían a la vista. Al no obtener autorización para entrar en este ni en ningún otro puerto, el barco dio la vuelta para cruzar de nuevo el Atlántico. Algunos refugiados fueron acogidos en el Reino Unido y en otros países, pero muchos acabaron muriendo en campos de concentración nazis. Imaginemos haber estado tan cerca de la libertad para luego morir como esclavos.

A lo largo de la historia, la pasividad de quienes podían haber actuado, la indiferencia de quienes deberían haber tenido más conciencia, el silencio de la voz de la justicia cuando más importancia tenía: eso es lo que ha hecho posible que el mal triunfara.

HAILE SELASSIE, último emperador de Etiopía

POR QUÉ SON IMPORTANTES LAS SITUACIONES Y LOS SISTEMAS

Para la psicología salta a la vista que la personalidad y las situaciones interaccionan para generar la conducta; las personas siempre actúan en el seno de diversos contextos conductuales. Las personas son producto de sus distintos entornos y, al mismo tiempo, producen los entornos en los que actúan.[27] Los seres humanos no son simples objetos pasivos al albur de las

contingencias del entorno. Normalmente, la gente selecciona los entornos en los que va a entrar y los que va a evitar, y puede cambiar un entorno mediante su presencia y sus actos, influir en otros que se hallen en esa esfera social y transformar los entornos de innumerables maneras. La mayoría de las veces somos agentes activos capaces de influir en los acontecimientos de nuestra vida, capaces de forjar nuestro destino.[28] Por otro lado, la conducta humana y las sociedades humanas están sometidas a la fuerte influencia de mecanismos biológicos fundamentales, además de estar influidas por los valores y las prácticas culturales.[29]

El individuo es la unidad del ámbito de actuación de prácticamente todas las grandes instituciones occidentales, como la medicina, la educación, el derecho, la religión y la psiquiatría. Estas instituciones contribuyen conjuntamente a crear el mito de que las personas siempre tienen el control de su conducta, actúan según su libre albedrío y eligen de una manera racional, por lo que son responsables de todos y cada uno de sus actos. Salvo en casos de discapacidad o de locura, las personas que obran mal deben saber que obran mal y se les debe castigar en consecuencia. Se presupone que los factores situacionales son poco más que un conjunto de circunstancias extrínsecas mínimamente relevantes. Cuando se evalúan los diversos factores que contribuyen a cualquier conducta de interés, los partidarios de la disposición colocan casi todo el peso en la Persona y muy poco en la Situación. Al parecer, esta postura enaltece la dignidad de las personas, que deberían tener la fuerza interior y la voluntad necesarias para resistir a todas las tentaciones y todos los alicientes situacionales. Los que adoptamos la postura conceptual contraria creemos que esta perspectiva niega la realidad de la vulnerabilidad humana. Reconocer estas flaquezas comunes ante las fuerzas situacionales que hemos examinado hasta ahora es el primer paso para apuntalar la capacidad de resistirse a las influencias perjudiciales y para desarrollar unas estrategias efectivas que refuercen esta resistencia en las personas y en las comunidades.

El enfoque situacionista debería alentarnos a adoptar una profunda postura de humildad al intentar entender actos de maldad «inconcebibles», «impensables», «sin sentido»: la violencia, el vandalismo, el terrorismo

suicida, la violación o la tortura. En lugar de arrogarnos de inmediato una autoridad moral que nos distancie de esos malvados porque somos buenas personas y nos haga rechazar de plano cualquier análisis de la situación, el enfoque situacional concede a esos «otros» el beneficio de la «benevolencia atributiva». Predica la lección de que cualquier acto, para bien o para mal, que haya llevado a cabo cualquier ser humano, también lo podríamos llevar a cabo cualquiera de nosotros frente a las mismas fuerzas situacionales.

Nuestro sistema de justicia penal se sustenta demasiado en la noción, que también comparte la opinión pública, de que lo que lleva a alguien a cometer un delito suele estar relacionado con la motivación y la personalidad. Es hora de que el sistema judicial tenga en cuenta las muchas pruebas aportadas por las ciencias del comportamiento sobre la influencia que ejerce el contexto social en la conducta: tanto en los actos criminales como en los morales. Mis colegas Lee Ross y Donna Shestowsky han llevado a cabo un profundo análisis de los retos que plantea la psicología contemporánea a la práctica y la teoría jurídica. Su conclusión es que el sistema jurídico debería adoptar el modelo de la ciencia y la práctica médica basándose en la investigación actual de lo que va mal, y de lo que va bien, en el funcionamiento de la mente y del cuerpo humano:

> El sistema de justicia penal no debería seguir guiándose por ilusiones sobre la coherencia de la conducta en distintas situaciones, por nociones erróneas sobre el mayor impacto en la conducta de la disposición que de la situación, por la incapacidad de considerar detenidamente la lógica de las interacciones «persona-situación», o ni siquiera por el concepto reconfortante, pero en gran medida ilusorio, del libre albedrío, del mismo modo que no debería guiarse por nociones, en otros tiempos comunes, como la brujería o la posesión diabólica.[30]

Evaluar el poder situacional

En un nivel subjetivo, podemos decir que tenemos que estar muy metidos en una situación para apreciar su impacto transformador en nosotros y en otras personas que estén tan metidas en ella como nosotros. Observarla desde el exterior no sirve. Abstraer conocimientos de la situación, aunque sean muy detallados, no capta el tono afectivo del lugar, sus características no verbales, sus normas emergentes o la participación del

ego y su excitación por participar. Es la diferencia entre ser un espectador de un concurso de televisión y ser el concursante que está bajo los focos. Es una razón de que el aprendizaje vivencial pueda tener unos efectos tan potentes, como en las demostraciones hechas en clase por la señorita Elliott y por Ron Jones que vimos antes. Recordemos que cuando se pidió a cuarenta psiquiatras que predijeran el resultado del procedimiento experimental de Milgram, infravaloraron totalmente el poderoso impacto de la autoridad. Dijeron que sólo el 1 % llegaría a administrar la descarga máxima de 450 voltios. Ya hemos visto lo mucho que se equivocaron. No apreciaron plenamente el impacto de aquel entorno psicológico y social para hacer que unas personas normales actuaran de una forma que sería impensable en unas circunstancias normales.

¿Hasta qué punto es importante el poder situacional? Una reciente recopilación de cien años de estudios en el campo de la psicología social ha reunido los resultados de más de 25.000 estudios realizados con cerca de 8 millones de personas.[31] Esta ambiciosa recopilación ha hecho uso de la técnica estadística del *metaanálisis,* un resumen cuantitativo de los resultados de una variedad de estudios que revela el tamaño y la coherencia de los resultados empíricos. Después de 322 metaanálisis separados, el resultado global ha sido que este gran conjunto de estudios en el campo de la psicología social ha generado unos datos que confirman de una manera sólida y fiable el poder de las situaciones sociales.

Este conjunto de datos ha sido sometido a un reanálisis centrado únicamente en la investigación dedicada a entender los principios y las variables del contexto social que actúan cuando unas personas normales se dedican a torturar. La investigadora Susan Fiske, de la Universidad de Princeton, ha encontrado 1.500 efectos separados que revelan el impacto constante y fiable de las variables situacionales en la conducta. Fiske llega a la siguiente conclusión: «Los datos aportados por la psicología social destacan el poder del contexto social, en otras palabras, el poder de la situación interpersonal. La psicología social ha acumulado un siglo de conocimientos con una gran variedad de estudios sobre la influencia que las personas se ejercen mutuamente para bien o para mal».[32]

MANZANAS, CESTOS Y ALGUNAS COSAS MÁS

Ha llegado el momento de recoger todo nuestro equipo analítico y seguir nuestro viaje hasta las lejanas tierras de Irak para intentar entender un fenómeno extraordinario de nuestro tiempo: los maltratos a iraquíes detenidos en la prisión de Abu Ghraib documentados en formato digital. Las revelaciones de estos crímenes contra la humanidad salieron de aquella mazmorra secreta de la galería 1A, aquella pequeña tienda de los horrores, hasta resonar con todo su horror por todo el mundo. ¿Cómo pudo ocurrir algo así? ¿Quiénes eran responsables? ¿Por qué se habían hecho fotos en las que aparecían los torturadores en el acto de cometer sus delitos? Estas y otras preguntas más llenaron los medios de comunicación durante meses. El presidente de los Estados Unidos juró «llegar hasta el fondo de este asunto». Muchísimos políticos y expertos proclamaron con solemnidad que todo aquello era obra de unas pocas «manzanas podridas». Aquellos maltratadores no eran nada más que un hatajo de «soldados sin escrúpulos».

Nuestro objetivo es reexaminar lo que sucedió y cómo sucedió. Ahora ya estamos bien preparados para contrastar el análisis disposicional habitual que califica a los autores de esas maldades de «manzanas podridas» en un cesto por lo demás supuestamente bueno, con nuestra búsqueda de factores situacionales, con el examen de la naturaleza de aquel cesto podrido. También examinaremos algunas conclusiones a las que han llegado diversas investigaciones independientes en relación con estos maltratos y que nos llevarán más allá de los factores situacionales para incluir al Sistema —militar y político— en nuestra explicación.

CAPÍTULO 14

Los maltratos y las torturas de Abu Ghraib: entender y personalizar sus horrores

> El clásico estudio de Stanford [...] constituye una advertencia para todas las operaciones militares de detenció [...] Los psicólogos han intentado entender cómo y por qué unas personas y unos grupos que normalmente actúan de una manera humanitaria pueden actuar de la manera contraria en determinadas circunstancias.
>
> Informe de la comisión Schlesinger[1]

Washington, 28 de abril de 2004. Me encontraba en la capital de los Estados Unidos representando a la American Psychological Association en una reunión del Council of Scientific Society Presidents. Salvo cuando estoy de viaje, rara vez tengo tiempo de mirar las noticias de la televisión a media semana. Mientras iba haciendo zapping en la tele de la habitación, me encontré con algo que me dejó de piedra. En la pantalla aparecían unas imágenes increíbles del programa de la CBS *60 Minutes II*.[2] Había un montón de hombres desnudos formando una especie de pirámide y unos soldados estadounidenses sonreían de oreja a oreja sobre esa pirámide humana. Una soldado arrastraba por el suelo a un prisionero desnudo que

llevaba una correa de perro atada al cuello. Otros prisioneros miraban horrorizados a unos pastores alemanes de aspecto fiero que parecían a punto de atacarles. Las fotos se suceden una tras otra, como en una proyección de diapositivas pornográficas: prisioneros desnudos obligados a masturbarse delante de una soldado que, con un cigarrillo en la boca, señala con una mano los genitales de un prisionero y hace con la otra un gesto de aprobación; prisioneros obligados a simular felaciones.

Parecía inconcebible que unos soldados estadounidenses pudieran humillar y torturar a sus cautivos obligándoles a adoptar posturas homoeróticas. Pero allí estaban las imágenes. Y aún aparecieron otras más increíbles: cautivos de pie o inclinados en posturas forzadas, con la cabeza cubierta con una capucha de color verde o con unas bragas de mujer de color rosa. ¿Eran aquéllos los admirables hombres y mujeres que el Pentágono había enviado a un Irak recién liberado del tirano/torturador Saddam Hussein con la misión gloriosa de llevar la democracia y la libertad a aquel país?

Sorprendía ver que en tantas imágenes de aquel festival de horrores los autores de los maltratos aparecieran junto a sus víctimas. Una cosa es cometer maldades, y otra muy distinta es documentar la propia culpabilidad con un medio tan gráfico y duradero como la fotografía. ¿En qué estarían pensando cuando hicieron esas «fotos de trofeo»? Al final apareció la imagen de una tortura psicológica que pronto llegaría ser un símbolo. Un prisionero encapuchado, precariamente situado sobre una caja de cartón, con los brazos extendidos y unos cables eléctricos conectados a los dedos. Se le había hecho creer (por parte del sargento Davis) que si las piernas le fallaban y se caía de la caja, moriría electrocutado. Le alzaron brevemente la capucha para que viera los cables que iban de la pared a su cuerpo. Eran unos electrodos falsos cuyo objetivo era inducir angustia, no dolor físico. No sabemos cuánto tiempo se estremeció muerto de miedo temiendo por su vida, pero nos es fácil imaginar el trauma que le supuso esa experiencia y sentir una profunda compasión por aquel hombre encapuchado.

Por lo menos pasaron por la pantalla una docena de imágenes; quería apagar el televisor, pero no podía apartar la mirada porque me había atrapado el vívido poder de las imágenes y el hecho de que superaran

cualquier expectativa. Antes de que pudiera empezar a plantearme alguna hipótesis sobre lo que podía haber inducido esa conducta en aquellos soldados, se me aseguró, a mí y al resto del país, que esas torturas sólo eran obra de unas pocas «manzanas podridas». En una entrevista en televisión, el general Richard B. Myers, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, manifestaba su sorpresa y su estupefacción ante las imágenes de aquellos vergonzosos maltratos. Sin embargo, dijo, tenía la seguridad de que nada indicaba que aquellos maltratos fueran «sistemáticos». Al contrario: afirmó que eran un caso aislado, la obra de un puñado de «soldados sin escrúpulos». Según este autorizado portavoz militar, el 99,9 % de los soldados estadounidenses que servían en el extranjero actuaba de una manera ejemplar; por lo tanto, no había motivo para que cundiera la alarma, puesto que los soldados indignos que cometían estos maltratos abominables eran menos del 1 %.

«Francamente, creo que todos estamos muy decepcionados por los actos de unos pocos», dijo el general de brigada Mark Kimmitt en una entrevista para *60 Minutes II*. «Siempre sentimos admiración por nuestros soldados pero, francamente, hay días que no siempre nos enorgullecemos de lo que hacen.» Era reconfortante saber que aquellos actos inconcebibles de tortura gratuita sólo eran obra de unos cuantos soldados indignos que trabajaban como guardias en una de las muchas prisiones militares de los Estados Unidos.[3]

Pero, un momento. ¿Cómo podía saber el general Myers que aquello era un caso aislado antes de haber llevado a cabo una investigación a fondo del sistema de prisiones militares en Irak, Afganistán y Cuba? Los hechos se acababan de conocer; no había habido tiempo suficiente para que nadie hubiera hecho una investigación que permitiera hacer esa afirmación. Había algo inquietante en aquella afirmación tan autorizada que absolvía al Sistema y culpaba a unos pocos que había en el fondo del cesto. Era una afirmación que recordaba lo que dicen los jefes de policía a los medios de comunicación cuando sale a la luz algún caso de maltratos a un sospechoso —que la culpa es de unos pocos policías-malos-manzanas-podridas— para desviar la atención de las prácticas habituales en las trastiendas de las comisarías. Esta prisa en atribuir la etiqueta disposicional de «chicos malos» a unos pocos delincuentes es demasiado frecuente entre los guardianes del Sistema. Lo mismo hacen muchos directores y enseñantes de centros educativos: emplean este recurso para culpar a los estudiantes «problemáticos» en lugar de dedicar tiempo a evaluar los efectos alienantes de unos planes de estudios aburridos o de las prácticas insuficientes de ciertos enseñantes que podrían provocar estos problemas.

Donald Rumsfeld, secretario de Defensa de los Estados Unidos, dijo que esos actos eran «horribles» y «contrarios a los valores de nuestra nación». «Es indudable que las imágenes fotográficas de personal militar de los Estados Unidos que ha visto el público han ofendido y escandalizado a todo el Departamento de Defensa», dijo. «Hay que castigar a los malhechores, evaluar los procedimientos y corregir los problemas.» Luego añadió una afirmación que indirectamente absolvía al ejército de la falta de una preparación y una formación adecuadas de la policía militar de reserva para una misión tan difícil: «[S]i alguien no sabe que lo que aparece en esas fotografías es algo malvado, cruel, brutal, indecente y contrario a los valores norteamericanos, no sabría decir qué clase de formación se le puede dar para que lo sepa».[4] Sin embargo, Rumsfeld también se apresuró a redefinir la naturaleza de aquellos actos como «maltratos» y no como «torturas». Dijo: «De lo que se les acusa hasta ahora es de maltratos, y creo que técnicamente eso es distinto de la tortura. Así que la palabra "tortura" no la voy a pronunciar».[5] Hagamos otra pausa en esta narración y preguntémonos: ¿a qué tecnicismo se refiere Rumsfeld?[6]

Mientras los medios de comunicación mostraban estas imágenes a todo el mundo en programas de televisión de máxima audiencia, en portadas de periódicos y revistas y en páginas web día tras día, el presidente Bush puso en marcha de inmediato un programa de «control de daños» sin precedentes

para proteger la reputación de sus fuerzas armadas y de su administración, sobre todo de su secretario de Defensa. Como no podía ser menos, dijo que pondría en marcha unas investigaciones independientes que llegarían «hasta el fondo de este asunto». Me pregunté si el presidente también pondría en marcha investigaciones que pudieran llegar hasta la «cima» de este escándalo para que pudiéramos ver toda la película y no sólo aquel fotograma. Parecía que sí, porque su director adjunto de operaciones de la coalición en Irak, el general de brigada Mark Kimmitt, declaró públicamente: «Quisiera sentarme aquí y decir que éstos han sido los únicos casos de maltratos a presos de los que hemos tenido noticia, pero sabemos que se han dado otros desde que llegamos a Irak». (¿No contradice esto la afirmación del general Myers de que aquello había sido un incidente aislado y no un fallo sistémico?)

La verdad es que se han descubierto tantos casos de maltratos, torturas y homicidios desde que el escándalo de Abu Ghraib lo destapó todo que, en abril de 2006, había en marcha más de cuatrocientas investigaciones militares distintas por hechos de esta clase, según el teniente coronel John Skinner, del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Aunque he visto muchas imágenes horrorosas de maltratos al estudiar la tortura en Brasil y al preparar conferencias sobre la tortura, en las imágenes que iban surgiendo de aquella prisión con el exótico nombre de Abu Ghraib había algo que me llamó de inmediato la atención por ser diferente y al mismo tiempo familiar. La diferencia tenía que ver con el aire juguetón y la desvergüenza exhibida por los autores de los maltratos. «Sólo nos divertíamos», había dicho con desfachatez la soldado Lynndie England, cuya cara sonriente contradecía el caos que la rodeaba. Pero al mismo tiempo me rondaba la sensación de que había algo que me era familiar. De repente me di cuenta de que algunas de aquellas imágenes me hacían revivir los peores momentos del experimento de la prisión de Stanford. Aquellas bolsas que cubrían las cabezas de los reclusos; aquella desnudez; aquellos juegos sexuales humillantes con los reclusos haciendo de caballos en celo o «jugando» a la pídola con los genitales al descubierto. Esos maltratos tan parecidos a los de Abu Ghraib los habían cometido unos estudiantes que hacían de carceleros a otros estudiantes como ellos que hacían de reclusos.

¡Además, y como en nuestro estudio, los peores maltratos se habían producido durante el turno de tarde-noche! También en los dos casos, los prisioneros estaban detenidos sin haber sido encausados.

Era como si el peor de los casos posibles en nuestro experimento de la prisión se hubiera desarrollado durante meses en unas condiciones horrorosas, en lugar de en nuestra breve y relativamente benigna prisión simulada. Había visto lo que les podía pasar a unos buenos chavales cuando se encontraban inmersos en una situación que les otorgaba un poder prácticamente absoluto en el trato a las personas que tenían a su cargo. En nuestro estudio, los carceleros no habían recibido una formación previa para desempeñar su papel y sólo habían recibido una supervisión mínima por parte del personal para impedir que hubiera maltratos físicos a los reclusos. Imaginando lo que podría ocurrir si se eliminaran todas las restricciones que actuaron en nuestro entorno experimental, supe que en la prisión de Abu Ghraib debían de haber actuado unas fuerzas situacionales muy poderosas y unas fuerzas sistémicas aún más fuertes. ¿Cómo podría yo llegar a conocer la verdad del contexto conductual de aquella situación tan lejana o descubrir alguna verdad sobre el Sistema que lo había creado y mantenido? Lo que sí veía con toda claridad era que el Sistema intentaba encubrir por todos los medios posibles su complicidad en aquellas torturas.

Hallar el sentido a unos maltratos sin sentido

El diseño del experimento de la prisión de Stanford dejaba claro que, inicialmente, nuestros carceleros eran «manzanas buenas» y que, con el tiempo, algunos se acabaron echando a perder ante las poderosas fuerzas situacionales. Por otro lado, más adelante me di cuenta de que fui yo, junto con mi equipo de investigación, el responsable del Sistema que hizo que aquella situación actuara de una manera tan eficaz y destructiva. No establecimos desde arriba unas restricciones adecuadas para impedir el maltrato a los reclusos; al contrario, establecimos unas pautas y unos procedimientos que alentaron un proceso de deshumanización y desindividuación que animó a los carceleros a actuar con una creatividad malvada. Al final pudimos aprovechar el poder mismo del Sistema para

poner fin al experimento cuando se salió de madre y una persona dio la voz de alarma: entonces me vi obligado a admitir mi responsabilidad personal por los maltratos.

En cambio, al intentar entender los maltratos que sucedieron en Abu Ghraib, debemos empezar por el final del proceso, con unas maldades documentadas. En consecuencia, debemos llevar a cabo un análisis a la inversa. Deberemos determinar cómo eran aquellos guardias como personas *antes* de que se les encargara la custodia de unos prisioneros en aquella galería de una prisión iraquí. ¿Nos permitirá ello establecer qué patologías —si las hubo— pudieron haber aportado los guardias a la prisión con el fin de separar sus tendencias disposicionales de lo que la situación pudo haber creado en ellos? Después de esto, ¿podremos determinar cómo era el contexto conductual en el que se hallaron inmersos, cómo era la realidad social de aquellos guardias en aquel entorno concreto y en aquel momento?

Por último, deberemos examinar la estructura de poder responsable de crear y mantener las condiciones de vida y de trabajo de todos los habitantes de aquella prisión, tanto de los presos iraquíes como de los guardias estadounidenses. ¿Qué justificación puede ofrecer el Sistema para destinar aquella prisión concreta a alojar indefinidamente a unos «detenidos» sin ningún recurso legal, y para interrogarlos usando «métodos coactivos»? ¿En qué niveles se tomó la decisión de suspender la aplicación de la Convención de Ginebra y de las normas de conducta del mismo ejército sobre el trato a prisioneros, que prohíben cualquier acto cruel, inhumano y degradante? Estas normas proporcionan las directrices más básicas para el trato a prisioneros en cualquier democracia, sea en tiempos de guerra o en tiempos de paz. Los países las ponen en práctica no tanto por benevolencia como para garantizar un trato decente a sus propios soldados que acaben siendo capturados.

Puesto que no tenía la formación de un periodista de investigación, no contaba con los medios necesarios para desplazarme hasta Abu Ghraib ni podía entrevistar a los principales autores de aquellos maltratos, no tenía razones para esperar poder llegar hasta el fondo o hasta la cima de aquel intrigante fenómeno psicológico. Sería una lástima no poder aportar una visión de esta violencia aparentemente sin sentido basada en el

conocimiento especial y «privilegiado» que me había dado ser el director de la prisión de Stanford. Lo que el paradigma del EPS me había enseñado en relación con la investigación de los maltratos institucionales es la necesidad de evaluar los diversos factores (disposicionales, situacionales y sistémicos) que desembocan en el resultado conductual que deseamos entender.

Los manzanos florecen en la capital

De repente, tuve un golpe de buena suerte. Un antiguo estudiante de Stanford que trabajaba en la radio pública nacional de Washington reconoció los paralelismos entre las fotos de Abu Ghraib y las que yo enseñaba en mis cursos sobre el experimento de la prisión de Stanford. Me localizó en el hotel de Washington en el que me alojaba para concertar una entrevista para la NPR poco después de que el asunto saliera a la luz. El eje central de mi entrevista fue poner en duda la excusa de la administración basada en las «manzanas podridas» y plantear la metáfora alternativa del «cesto podrido» que me inspiraba la similitud entre la situación de Abu Ghraib y el experimento de la prisión de Stanford. Pronto empezaron a aparecer en la radio, la televisión y la prensa escrita muchas citas y titulares sacados de aquella primera entrevista para la NPR que hablaban de manzanas y cestos infames. Los medios de comunicación buscaban mis comentarios porque se podían ilustrar con las vívidas imágenes en vídeo y en fotografía de nuestra prisión.

A su vez, esta publicidad a escala nacional recordó a Gary Myers, abogado de uno de los guardias acusados de los maltratos, que mi investigación era pertinente al caso porque ponía de relieve los factores determinantes externos de la presunta conducta delictiva de su cliente. Myers me invitó a declarar como perito a favor del sargento primero Ivan «Chip» Frederick II, el policía militar que estaba al mando del turno de noche en las galerías 1A y 1B de Abu Ghraib. En parte accedí a ello para poder tener acceso a toda la información que necesitaba para entender plenamente el papel de los tres elementos en el análisis atributivo de aquella conducta: la Persona, la Situación y el Sistema que había colocado a esa persona en ese lugar para que cometiera aquellos delitos.

Con esta información esperaba apreciar más plenamente las transacciones dinámicas que habían alimentado aquellas aberraciones y accedí a ofrecer mi asistencia al cliente de Myers. Sin embargo, dejé muy claro que mis simpatías estaban mucho más con Joe Darby, que había tenido la valentía de sacar a la luz los maltratos, que con nadie que hubiera participado en ellos.[7] Con estas condiciones me acabé incorporando al equipo encargado de defender al sargento primero Frederick y me embarqué en un viaje por aquel nuevo corazón de las tinieblas.

Empezaremos nuestro análisis conociendo más a fondo el lugar de los hechos, la prisión de Abu Ghraib, desde una perspectiva geográfica, histórica y política; después nos centraremos en la estructura operativa de su función actual. Luego pasaremos a examinar a los soldados y los prisioneros en su contexto conductual.

El lugar: la prisión de Abu Ghraib

La prisión se halla en la ciudad iraquí de Abu Ghraib (o Abu Ghurayb), 32 kilómetros al oeste de la capital de Irak, Bagdad, y a pocos kilómetros de Faluya. Se encuentra dentro del triángulo suní, el núcleo de la insurgencia más violenta contra la ocupación estadounidense. En el pasado, los medios de comunicación llamaban a la prisión «la central de tortura de Saddam» porque era el lugar donde, durante el gobierno del partido Baaz, Saddam Hussein hacía torturar y asesinar a los «disidentes» en ejecuciones públicas que se realizaban dos veces por semana. Se dice que algunos de aquellos presos políticos y comunes se usaron en experimentos como los de los nazis para el programa de armas biológicas y químicas de Irak.

En general solía haber hasta cincuenta mil presos en el extenso complejo de la prisión, cuyo nombre se podría traducir por «Casa de los padres foráneos» o «Padre de los foráneos». Siempre había tenido mala reputación porque había servido de manicomio para enfermos con trastornos graves antes de la era de la torazina. Construida por contratistas británicos en 1960, ocupa cerca de 1,5 kilómetros cuadrados y en su perímetro hay un total de veinticuatro torres de vigilancia. Es como una ciudad pequeña dividida en cinco recintos amurallados destinados a

albergar distintas clases de presos. En el centro del patio se levantaba una torre enorme de 122 metros de altura. A diferencia de la mayoría de las prisiones estadounidenses, que se construyen en áreas rurales remotas, desde Abu Ghraib se divisan grandes bloques de pisos y de oficinas (quizá construidos después de 1960). En su interior hay unas celdas de cuatro metros cuadrados que habían llegado a albergar hasta cuarenta personas: las condiciones de vida eran inmundas.

El coronel Bernard Flynn, que comandaba la prisión de Abu Ghraib, describía lo cerca que estaba la prisión de quienes la atacaban: «Es un blanco muy fácil porque se halla en una zona muy mala. La verdad es que todo Irak es una zona muy mala [...] Construyeron una torre tan cerca de la ciudad que hasta podemos ver los dormitorios que hay enfrente. En los tejados y los balcones se apostan francotiradores que disparan a los soldados de las torres. Por eso estamos siempre en guardia, intentando defender esto y tratando de impedir que los insurgentes acaben entrando».[8]

Cuando las fuerzas de los Estados Unidos derrocaron al gobierno de Saddam en marzo de 2003, para desvincular la prisión de Abu Ghraib de su infame pasado se la pasó a llamar Baghdad Central Confinement Facility (BCCF), unas siglas que aparecen en muchos de los informes de investigación. Cuando el régimen de Saddam cayó, todos los presos, incluyendo muchos criminales, fueron puestos en libertad y la prisión fue saqueada; no quedó nada que se pudiera arrancar: puertas, ventanas, ladrillos. Por cierto —algo que no apareció en los medios de comunicación —, también se abrieron las puertas del zoológico de la ciudad y se soltó a todos los animales. Durante un tiempo hubo leones y tigres deambulando por las calles hasta que fueron abatidos o capturados. Un ex jefe de departamento de la CIA, Bob Baer, describía así la escena que presenció en aquella infame prisión: «Visité Abu Ghraib un par de días después de que fuera liberada. Era lo más horrible que he visto. Dije: “Si hay una razón para acabar con Saddam Hussein, es Abu Ghraib”». En su sombrío relato añade que «había perros devorando cuerpos humanos; había torturas, electrodos que salían de las paredes y cosas así. Era un lugar horrible».[9]

Aunque los mandos del Reino Unido recomendaron echar abajo la prisión, las autoridades estadounidenses decidieron reconstruirla lo más rápido posible con el fin de usarla para detener a todo sospechoso de haber cometido alguno de los «crímenes contra la coalición» que se habían definido con tanta vaguedad, a los sospechosos de colaborar con la insurgencia y a delincuentes varios. Estos detenidos tan heterogéneos se hallaban bajo la custodia de unos guardias iraquíes de carácter muy dudoso. Muchos de los presos eran civiles iraquíes de toda índole sin culpa alguna que habían sido detenidos por «actuar de una manera sospechosa» en redadas militares realizadas al azar o en controles de carretera. Entre ellos había familias enteras —hombres, mujeres y adolescentes— a las que había que interrogar por si tenían información sobre el inesperado crecimiento de la insurgencia contra la coalición. Los muchos presos que eran hallados inocentes tras los interrogatorios no eran puestos en libertad porque los militares temían que se unieran a los insurgentes o porque nadie quería asumir la responsabilidad de tomar la decisión.

Objetivo de ataques con mortero

La imponente torre de 122 metros que se alzaba en el centro de la prisión pronto se convirtió en el objetivo de ataques con mortero que se lanzaban prácticamente cada noche desde los tejados y azoteas de los edificios cercanos. En agosto de 2003, uno de estos ataques mató a once soldados que estaban durmiendo en tiendas de campaña en el patio, la llamada «zona blanda». En otro ataque, un proyectil cayó sobre una tienda de campaña llena de soldados, entre ellos el coronel Thomas Pappas, jefe de una de las brigadas de la inteligencia militar destinadas a la prisión. Aunque Pappas salió ileso, el joven soldado que le hacía de conductor quedó destrozado y murió junto con otros soldados. Pappas quedó tan afectado por aquel horror que nunca más se quitó el chaleco antibalas. Se decía que llevaba puesto el chaleco y el casco hasta en la ducha. Más adelante fue declarado «no apto para el combate» y relevado de sus funciones. El deterioro de su estado mental no le permitía ejercer la necesaria supervisión de los soldados que trabajaban en la prisión. Tras el terrorífico ataque con

morteros, Pappas alojó a la mayoría de sus hombres dentro de la prisión, en la llamada «zona dura», lo que significaba que dormían en celdas pequeñas como las de los prisioneros. Los relatos de camaradas muertos y los continuos ataques con granadas, morteros y francotiradores generaban una sensación de miedo permanente en todo el personal destinado a la prisión, que llegó a ser atacada hasta veinte veces en una semana. En aquellos ataques morían por igual soldados estadounidenses y prisioneros iraquíes. Con el tiempo, los ataques acabaron destruyendo parte del complejo y por todas partes se veían escombros y edificios quemados.

Los ataques con mortero eran tan frecuentes que pasaron a formar parte de la irrealidad que envolvía la locura de Abu Ghraib. Joe Darby recuerda que él y sus camaradas solían calcular el tamaño y la posición de los morteros tras oír el ruido del lanzamiento y discutían sobre si correspondía a un proyectil de 60, de 80 o de 120 mm. Pero aquel ofuscamiento provocado por el continuo enfrentamiento con la muerte no era constante. Darby confiesa que «unos días antes de que mi unidad dejara Abu Ghraib, la gente empezó a preocuparse de repente, y por primera vez, por los ataques con morteros. Era muy extraño. Todos se acurrucaban junto a los muros. Yo mismo me encontré un día agachado en un rincón, rezando. Aquella ofuscación empezaba a desaparecer. Ésta es una de las cosas que se deben tener presentes al observar las fotografías. Todos estábamos ofuscados de una u otra forma».

Según un alto mando que trabajó allí varios años, la prisión siguió siendo un lugar muy peligroso en el que trabajar o vivir. Finalmente, en 2006, los mandos militares decidieron abandonarla, aunque ya era demasiado tarde para reparar el daño causado por su anterior decisión de resucitarla.*

Para empeorar aún más las cosas, la prisión de Abu Ghraib, destrozada por la guerra, carecía de alcantarillado: sólo cabía hacer uso de agujeros en el suelo o de retretes portátiles. Aun así, no había bastantes retretes portátiles para todos los prisioneros y soldados. Como no se vaciaban periódicamente, acababan rebosando y en las temperaturas extremas del verano el hedor era insoportable. Tampoco había un sistema de duchas adecuado; el agua estaba racionada; no había jabón; la electricidad fallaba

cada dos por tres porque los generadores no funcionaban bien. Los prisioneros apestaban, igual que todas las instalaciones. Durante las fuertes lluvias del verano, cuando las temperaturas superaban los 45 grados, la prisión se convertía en un horno o en una sauna. Cuando el viento soplaba con fuerza, los pulmones se llenaban de finas partículas de polvo que provocaban congestión e infecciones víricas.

Se presenta la nueva comandante, pero pocos la ven

En junio de 2003 se puso a otro oficial al mando del desastre de la prisión iraquí. La general de brigada de la reserva Janis Karpinski fue nombrada comandante de la brigada 800 de la policía militar, que prestaba servicio en la prisión de Abu Ghraib y se encargaba de las restantes prisiones militares de Irak. Este nombramiento fue extraño por dos razones: una era que Karpinski era la única mujer militar con mando en la zona de guerra; la otra era que carecía de experiencia en la dirección de un sistema penitenciario. Y ahora se le daba el mando de tres grandes presidios, diecisiete prisiones repartidas por todo Irak, ocho batallones de soldados, centenares de guardias iraquíes y tres mil cuatrocientos reservistas inexpertos, además del «centro especial de interrogación» de la galería 1A de Abu Ghraib. Era una carga demasiado abrumadora para una oficial de la reserva tan inexperta.

Según varias fuentes, Karpinski abandonó pronto su puesto en Abu Ghraib a causa de los peligros y las horribles condiciones de vida, y se retiró a Camp Victory, cerca del aeropuerto de Bagdad, en busca de seguridad. Puesto que Karpinski estaba ausente casi siempre y además viajaba con frecuencia a Kuwait, no había nadie que supervisara de una manera estricta el día a día de las instalaciones. Además, ella afirma que sus superiores le dijeron que la galería 1A era un «lugar especial» que no estaba bajo su mando directo; en consecuencia, nunca la visitó.

Tener a una mujer que sólo estaba al mando de una manera nominal también dio pie a que los soldados adoptaran unas actitudes sexistas que alimentaron el deterioro del orden y la disciplina militar. «En ocasiones, los subordinados de la general Karpinski en Abu Ghraib desoían sus órdenes y

no cumplían las normas relativas a la forma de llevar puestos los uniformes y de saludar a los superiores, lo que aún acentuó más el relajamiento que reinaba en la prisión», dijo un miembro de la brigada. Este soldado, cuyo nombre no quiso que se revelara, también dijo que los comandantes incumplían por norma las órdenes de la general Karpinski diciendo que no había que hacerle caso porque era una mujer.[10]

Vistas las horribles condiciones de Abu Ghraib, llama la atención que la general Karpinski presentara una imagen tan positiva de la prisión en una entrevista que concedió al *St. Petersburg Times* en diciembre de 2003. Decía que, para muchos de los iraquíes detenidos en Abu Ghraib, «las condiciones de vida son mejores en la prisión que en su casa». Y añadía: «Llegó un momento en que nos preocupaba que no quisieran irse». Sin embargo, precisamente mientras la general Karpinski daba esta risueña y optimista entrevista navideña, el general de división Antonio Taguba se hallaba realizando una investigación sobre los informes de numerosos casos de «maltratos sádicos, descarados, gratuitos y criminales» perpetrados por soldados de la compañía 372 de la policía militar, el turno de noche de la galería 1A.

Más adelante, la general Karpinski fue amonestada oficialmente, suspendida de sus funciones y destituida de su puesto. También se le rebajó la graduación a coronel y fue apartada del servicio. Ella fue el primer oficial —y el único— declarado culpable tras la investigación de los maltratos a los prisioneros, pero se la declaró culpable por desconocimiento y omisión: no por algo que hubiera hecho, sino por todo lo que dejó de hacer.

En su autobiografía, *One Woman's Army*, Karpinski explica su versión de los hechos.[11] Relata la visita de un equipo militar procedente de Guantánamo encabezado por el general de división Geoffrey Miller, que le dijo: «Vamos a cambiar el carácter de los interrogatorios en Abu Ghraib». Eso significaba «quitarse los guantes», dejar de ser blandos con los sospechosos de colaborar con la insurgencia y empezar a usar métodos para obtener «inteligencia útil» en la guerra contra terroristas e insurgentes. Miller también insistió en que el nombre oficial de la prisión dejara de ser

Baghdad Central Confinement Facility (BCCF) y se recuperara el nombre original porque aún provocaba temor entre la población iraquí: prisión de Abu Ghraib.

Karpinski también dice que el teniente general Ricardo Sánchez, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Irak, repitió las palabras que ya le había dicho el general Miller: que los prisioneros y detenidos no eran «más que perros» y que era necesario tratarlos con más dureza. En opinión de Karpinski, sus superiores, los generales Miller y Sánchez, pusieron en marcha un programa de deshumanización y tortura en Abu Ghraib.[12]

La persona: Ivan «Chip» Frederick

Me encontré por primera vez con Chip Frederick el 30 de septiembre de 2004, cuando su abogado, Gary Myers, organizó un encuentro con Chip y con su mujer, Martha, para que pasaran un día conmigo en San Francisco. Mientras nosotros estábamos enfrascados en una profunda y larga entrevista de cuatro horas de duración, Martha hizo un poco de turismo por la ciudad y después comimos juntos en mi casa de Russian Hill. Desde entonces he mantenido correspondencia con Chip Frederick y he estado en contacto por teléfono y por correo electrónico con Martha y con la hermana mayor de Chip, Mimi Frederick.

Después de haber examinado todos sus expedientes y otros informes sobre él, hice preparativos para que un psicólogo clínico militar (el doctor Alvin Jones) realizara un examen psicológico completo a Frederick en septiembre de 2004.[13] Luego examiné estos datos, así como la evaluación del cuestionario de personalidad MPMI realizada a ciegas por un experto independiente. Además, durante nuestra entrevista le administré un test de *burnout* (estrés propio de profesiones basadas en el trato constante y directo con otras personas) y el resultado fue evaluado por un experto independiente en estrés laboral. Empezaré presentando algunos datos sobre la historia de Chip, luego añadiré alguna información de carácter personal

basada en datos ofrecidos por familiares suyos y en una autoevaluación hecha por Frederick hace poco, y después examinaremos los resultados de las evaluaciones psicológicas formales.

Cuando sucedieron los hechos, Chip tenía treinta y siete años de edad. Su padre, de setenta y siete años, había trabajado en una mina de carbón de West Virginia y su madre, de setenta y tres años, siempre se había ocupado de la casa. Creció en el pequeño pueblo de Mt. Lake Park, en Maryland. Dice que su madre es una mujer muy buena y cariñosa y que su padre siempre ha sido bueno con él. Uno de sus mejores recuerdos es cuando trasteaba en el taller con su padre. Su hermana mayor, Mimi, de cuarenta y ocho años de edad, es enfermera titulada. Chip se casó con Martha en Virginia en junio de 1999; se conocieron cuando Martha entró a trabajar de instructora en el centro penitenciario donde trabajaba él. Chip es el padrastro de las dos hijas que Martha había tenido en su primer matrimonio.

Chip se describe a sí mismo de la manera siguiente: «Muy tranquilo, a veces cohibido, con los pies en la tierra, sensible, muy agradable, una buena persona en general».[14] Sin embargo, es importante que tomemos nota de otros aspectos de su propia descripción: Chip teme que los demás le rechacen y, en cualquier situación de desacuerdo, suele ceder para ser aceptado; cambia de opinión para complacer a los demás, para que «no me miren mal ni se enfaden conmigo». Los demás pueden influir en él aunque crea que es él quien decide. No le gusta la soledad; le gusta andar con otros y se deprime cuando tiene que estar solo.

Mi investigación sobre la cohibición apoya empíricamente este vínculo cohibición-conformidad. Hemos visto que los estudiantes universitarios cohibidos tienden más a ceder y a mostrar conformidad con otras personas cuyas opiniones no coinciden con las suyas si creen que tendrán que defender sus opiniones abiertamente; cuando no tienen motivo para temer un enfrentamiento en público, no muestran conformidad.[15]

La hoja de servicios de Frederick en el sistema penitenciario y en el ejército

Antes de ser movilizado con destino a Irak, Chip llevaba cinco años (desde diciembre de 1996) trabajando como oficial de prisiones en una pequeña cárcel de seguridad media, el Buckingham Correctional Center de Dillwyn, Virginia. Era oficial de planta y tenía a su cargo entre 60 y 120 reclusos. Mientras recibía formación para este puesto conoció a Martha, que era su instructora. La única mancha de su hoja de servicios es una amonestación por no llevar el uniforme reglamentario. Sin embargo, este

hecho se compensa con una mención especial que le otorgaron por impedir el suicidio de un interno. Antes de trabajar como funcionario de prisiones, Frederick había trabajado haciendo lentes para Bausch & Lomb.

El departamento de instituciones penitenciarias de Virginia realizaba una evaluación anual del rendimiento de su personal y pude examinar las evaluaciones de Chip. Un resumen de los comentarios más destacados de los diversos funcionarios que evaluaron a Chip nos dará una idea de los progresos que hizo desde que estuvo a prueba hasta que se convirtió en oficial. Normalmente superaba las expectativas en prácticamente todas las dimensiones de su rendimiento.

«El oficial Frederick ha desempeñado con competencia las tareas que se le han asignado para este período de prueba. Ha satisfecho todos los criterios del buen rendimiento.» «El oficial Frederick tiene iniciativa y trabaja muy bien.» (Abril de 1997.)

«El oficial Frederick mantiene su lugar de trabajo limpio y ordenado. Se lleva bien con sus compañeros y con los internos. Conoce bien el trabajo que se debe realizar, así como las políticas y los procedimientos establecidos. No tiene problema en ayudar a los demás a realizar las tareas que tienen asignadas.» (Octubre de 2000.)

En líneas generales, las evaluaciones son cada vez más positivas, hasta el punto de que el rendimiento de Chip Frederick «supera las expectativas». Sin embargo, vale la pena tomar nota de una conclusión clave de uno de estos informes finales: «El rendimiento del empleado no se ha visto afectado por ningún factor ajeno a su control». Es importante recordar esto porque más adelante sostendré que unos «factores situacionales ajenos a su control» influyeron negativamente en su rendimiento en Abu Ghraib.

Es evidente que Chip Frederick acabó siendo un buen oficial de prisiones que trabajaba de una manera muy efectiva cuando tenía unos métodos y unas políticas escritas claras que seguir. Está claro que aprendió en el trabajo y que aprovechó la supervisión y los comentarios de sus supervisores. También está claro que da importancia al aspecto personal y a mantener una actitud profesional. Estas cualidades, que son esenciales para

la identidad personal de Chip, se verían atacadas por las horribles condiciones que hemos visto que existían en la prisión de Abu Ghraib y que incluso eran peores en el turno de noche de la galería 1A.

Chip se alistó en el ejército en 1984 por el dinero, por la experiencia y para estar con amigos. También parecía lo más patriótico que se podía hacer en aquella época. Sirvió más de once años en una unidad de ingeniería de la Guardia Nacional y luego sirvió diez años más en la policía militar de la reserva. Después de ser movilizado, su primer período de servicio fue en Kuwait en mayo de 2003 y más tarde en una ciudad al sur de Bagdad, Al-Hilla, donde sirvió con media docena de buenos amigos en la compañía 372 de la policía militar. Chip tenía el puesto de sargento de operaciones encargado de enviar las patrullas.[16] Me dijo:

> La misión era fantástica, la gente de la localidad nos apreciaba mucho. No hubo incidentes importantes ni heridos. Fue un lugar muy tranquilo todo el tiempo que estuvimos allí [el puesto fue asignado después a las fuerzas polacas de la coalición]. Me propuse conocer la cultura, aprendí un poco de árabe y procuraba tener trato con los lugareños. Enviaba paquetes llenos de caramelos a mis chavales [de la ciudad]. Mis chavales siempre me saludaban con gritos de alegría.

Frederick también dice que se sigue sintiendo orgulloso de haber podido hacer sonreír a aquellos niños simplemente escuchándoles y dedicando tiempo a jugar con ellos.[17]

Las muchas condecoraciones que ha recibido Chip Frederick con los años indican hasta qué punto ha sido un soldado ejemplar sirviendo a su país. Estas condecoraciones son: la Army Achievement Medal (otorgada tres veces); la Army Reserve Components Medal (otorgada cuatro veces); la National Defense Medal (otorgada dos veces); la Armed Forces Reserve Medal con distintivo «M»; la Noncommissioned Officer's Professional Development Ribbon; la Army Service Ribbon; la Army Reserve Components Overseas Training Ribbon (otorgada dos veces); la Global War on Terrorism Medal; y la Global War on Terrorism Expeditionary Medal. También estuvo a punto de recibir una Bronze Star por la eficacia con que había resuelto un incidente con un detenido de Abu Ghraib de origen sirio

en el que hubo disparos, pero cuando los maltratos salieron a la luz no se la concedieron. Este historial me parece bastante impresionante, sobre todo para alguien a quien después se calificaría de «soldado sin escrúpulos».

Evaluaciones psicológicas[18]

El cociente intelectual (CI) de Chip corresponde a la media según las medidas combinadas de inteligencia verbal y de inteligencia manipulativa obtenidas con tests estándar.

Tres medidas de la personalidad y de la función emocional contienen unas escalas de validez que evalúan cómo se describe a sí misma la persona examinada en todos los ítems del test detectando las mentiras, la actitud defensiva y las respuestas falsas. En cuanto a la función psicológica, Chip no tendía a presentarse de una manera excesivamente positiva o negativa. Sin embargo, conviene destacar la conclusión del psicólogo militar que llevó a cabo la evaluación: «Las escalas de validez indican que el paciente se tiene por una persona moralmente virtuosa». Además, estos resultados indican que Chip Frederick no presenta «ninguna tendencia sádica o patológica». Esta conclusión confirma que la caracterización de «manzana podrida» que hicieron de él los apologistas del ejército y de la administración no tiene base alguna.

> Los tests indican que el paciente presenta una motivación básica para establecer y mantener relaciones que le ofrezcan apoyo y afecto. Tiende a ser complaciente, sumiso y apaciguador y busca relaciones con otras personas que le ofrezcan apoyo emocional, afecto y seguridad. Es probable que su temperamento sea pacificador y que procure evitar los conflictos. A este respecto, manifestará una tendencia general a vacilar antes de expresar sentimientos negativos por temor a que los demás se alejen de él. Manifestará una necesidad excesiva de seguridad, de apego y de que cuiden de él, y es probable que se sienta intranquilo al estar a solas. Esto subyace, en parte, a su tendencia a someterse a los deseos de los demás para sentirse seguro.[19]

El análisis independiente de la evaluación de la personalidad de Chip Frederick realizado por el doctor Larry Beutler, experto en psicología clínica, concuerda en gran medida con las conclusiones del psicólogo clínico militar. En primer lugar, comenta que «podemos considerar que los resultados de la evaluación son indicadores razonablemente fiables y

válidos del estado actual [de Frederick]».[20] El doctor Beutler escribe a continuación, en negrita: «También cabe destacar que no hay indicio alguno de patologías manifiestas [...] No presenta ninguna patología grave de la personalidad o del eje 1».

Esto significa que la personalidad de Chip no manifiesta ninguna psicopatía que le predisponga a maltratar a alguien en su lugar de trabajo sin sentir culpabilidad. En cuanto a la esquizofrenia, la depresión, la histeria y las restantes formas principales de patología psicológica, también se le considera «normal y sano».

Sin embargo, y tras haber considerado detenidamente los datos, el doctor Beutler también cree observar un conjunto de rasgos psicológicos subyacentes que hacen dudar de las dotes de mando de Chip en situaciones complejas y exigentes como las que se encontró en Abu Ghraib:

> Es bastante probable que estos síntomas [de Frederick] entorpezcan su capacidad de responder a situaciones nuevas y puedan reducir su flexibilidad y su capacidad para adaptarse al cambio. Tiende a ser indeciso e inseguro y a recurrir a los demás para que le ayuden a tomar decisiones [...] Necesita que los demás le confirmen su valía y le reconozcan sus méritos y depende mucho de los demás para que le ayuden a establecer programas y tomar decisiones [...] Se deja guiar con facilidad por los demás y, a pesar de que procura «hacer lo correcto», tiende a dejarse controlar por las circunstancias, las autoridades y las presiones de los compañeros.

La investigación en el campo de la psicología cognitiva indica que el rendimiento en una variedad de tareas se ve perjudicado por condiciones como el estrés crónico y la ejecución de varias tareas a la vez, que imponen una carga excesiva en los recursos cognitivos de la persona. La memoria y la resolución de problemas, así como el criterio y la toma de decisiones, se resienten cuando la capacidad habitual de la mente se ve desbordada.[21] Argumentaré que la capacidad cognitiva de Chip se vio claramente superada por la carga desmesurada que suponían las exigencias situacionales a las que se enfrentaba cada noche en su trabajo nuevo y abrumador.

Desde el punto de vista de Chip, ¿cómo era trabajar en la galería 1A durante el turno de noche? De nuevo invito al lector a repetir lo que ya ha hecho otras veces a lo largo de nuestro viaje, imaginar que era un

participante o un sujeto de diversos experimentos de psicología social. Ahora le pido que intente ponerse en la piel de Chip Frederick durante aquellos meses, entre octubre y diciembre de 2003.

¿Una manzana podrida?

Antes de dejar nuestro análisis disposicional para evaluar las fuerzas situacionales que había en juego, debemos tener presente que este hombre joven no introdujo ninguna patología en la situación. En su historial no pude descubrir absolutamente nada que permitiera predecir que Chip Frederick pudiera manifestar alguna forma de conducta violenta o sádica. Al contrario, en su historial hay muchos datos que indican que si no se hubiera visto obligado a trabajar y a vivir en una situación tan anómala, podría haber sido el soldado «típicamente norteamericano» de los anuncios del ejército para fomentar los alistamientos. El ejército podría haber presentado con toda justicia al sargento primero Ivan Frederick como ejemplo de superpatriota dispuesto a dar hasta la última gota de su sangre por su país. Podría haber sido la mejor de las manzanas de un buen cesto.

En cierto sentido, Chip Frederick también podría haber sido uno de los participantes en nuestro experimento de la prisión de Stanford, uno de aquellos jóvenes que sabíamos que eran buenos, normales y sanos antes de que bajaran al sótano de la prisión. Aunque no es tan inteligente como ellos ni pertenece a la clase media, Chip es comparable a ellos en el sentido de que empezó como una *tabula rasa* que pronto quedaría firmemente grabada por el entorno patológico de una prisión. ¿Cómo era la Situación que sacó lo peor de este soldado por lo demás bueno? ¿Cómo pudo impresionarle de una manera tan indeleble, deformando su pensamiento y su conducta? ¿Cómo era la naturaleza del «cesto» en el que fue a caer esta «manzana» antes buena?

Por la experiencia que había adquirido trabajando en prisiones, al sargento primero Frederick se le dio el mando de un pequeño grupo de policías militares de la reserva para cubrir el turno de noche de Abu Ghraib. Tenía que supervisar las actividades de cuatro galerías de la «zona dura», es decir, del interior de la estructura de cemento, no fuera de ella, en los campamentos rodeados de alambradas. Uno de estos campamentos era Camp Vigilant (más tarde llamado Camp Redemption), que estaba formado por cuatro recintos. En la galería 1A («Alfa») había unas instalaciones especiales para interrogar a prisioneros o «detenidos». Los interrogadores solían ser civiles contratados que en ocasiones contaban con la ayuda de traductores (a sueldo de la Titan Corporation) y que sólo eran objeto de una supervisión mínima por parte de la inteligencia militar, la CIA y otras agencias.

Inicialmente, el sargento primero Ivan Frederick era responsable de unos cuatrocientos prisioneros. Eso era a principios de octubre de 2003, cuando la compañía 372 de policía militar de la reserva (con sede en Cresaptown, Maryland) reemplazó a la compañía 72 de policía militar de la Guardia Nacional. Al principio fue capaz de afrontar las complejas tareas que le encomendaban, aunque la situación superaba en mucho a la de la cárcel de Virginia, donde tenía a su cargo a unos cien reclusos de seguridad media. Luego, cuando el presidente Bush proclamó «misión cumplida», los ciudadanos iraquíes no se dieron por enterados y estalló la rebelión. La actividad de la insurgencia y del terrorismo extranjero contra la ocupación de las fuerzas de los Estados Unidos y de la coalición aumentó de una manera espectacular. Nadie había previsto que fuera tan generalizada, coordinada y mortífera ni que siguiera creciendo de una manera tan descontrolada.

La sed de venganza por las muertes de tantos soldados se combinó sin trabas con el miedo y con las dudas de poder contener aquella explosión. Se dio la orden de apresar a toda persona que pareciera sospechosa en las ciudades y los pueblos donde hubiera actuado la insurgencia. Esto supuso la detención de familias enteras, sobre todo varones adultos. El sistema de detención no fue capaz de hacer frente adecuadamente a esta nueva carga. No se llevaba un registro adecuado de los detenidos y del valor que pudiera

tener interrogarlos, y los recursos básicos se hicieron totalmente insuficientes bajo la presión de una población de prisioneros que se duplicó en noviembre y que prácticamente se triplicó en diciembre hasta llegar a más de mil.

Chip recibió la orden de encargarse de todos ellos: además de supervisar a cerca de una docena de policías militares, debía supervisar a los entre cincuenta y setenta policías iraquíes que custodiaban a más de 1.000 iraquíes encarcelados por diversos delitos. Se sabía que la policía iraquí, que trabajaba en las galerías 2, 3 y 4, entraba de contrabando armas y otros artículos para los internos a cambio de dinero. Aunque la edad media de los prisioneros era de unos veinte años, también había hasta cincuenta adolescentes, así como niños de diez años de edad y hombres de más de sesenta años, encerrados *juntos* en unas celdas enormes. Las mujeres prisioneras, junto con prostitutas y las esposas de generales y otros cargos importantes del partido de Saddam, estaban instaladas en la galería 1B («Bravo»). En cualquier momento dado, las galerías Alfa y Bravo albergaban a unos cincuenta prisioneros cada una. En resumen, encargarse de estas instalaciones tan complejas sin los recursos necesarios y con la afluencia repentina de muchos prisioneros extranjeros supuso una carga excesiva para alguien cuya experiencia anterior se había limitado a vigilar una población pequeña de reclusos civiles en una cárcel de seguridad media de una pequeña localidad de Virginia.

Formación y responsabilidad

Zimbardo: «Por favor, explíqueme la formación que había recibido para actuar de guardia, de guardia jefe, en aquella prisión».[22]

Frederick: «Ninguna. No recibí ninguna formación para aquel trabajo. Cuando nos movilizaron en Fort Lee nos dieron una clase de conciencia cultural de unos cuarenta y cinco minutos que básicamente se reducía a que no discutiéramos de política ni de religión y no les llamáramos "camelleros", "moros" o "turbantes"».

Z: «¿Cómo describiría la supervisión que recibía y la responsabilidad que debía a sus superiores?».

Frederick: «Que era inexistente».

El turno de Frederick empezaba a las 4 de la tarde y duraba doce horas, hasta las 4 de la madrugada. También me dijo que pocos de aquellos oficiales hacían acto de presencia en la galería Alfa por la noche y que la mayoría ni siquiera aparecía al empezar el turno. No recibía supervisión por parte del sargento Snyder porque éste no tenía ninguna experiencia penitenciaria profesional. Sin embargo, en varias ocasiones Chip hizo sugerencias y recomendó cambios a Snyder, Brinson y Reese.

Z: «¿Les hizo recomendaciones?».

Frederick: «Sí, sobre la forma de trabajar. No esposar prisioneros a las puertas de las celdas, que no estuvieran desnudos salvo los que se autolesionaran, el trato a los prisioneros con trastornos mentales [...] Una de las primeras cosas que pedí en cuanto llegué fue que me comunicaran las normas, los procedimientos de actuación. Allí dentro había menores, hombres, mujeres y enfermos mentales todos juntos; eso va contra el código militar».

Z: «Entonces, ¿intentó ponerlo en conocimiento de la cadena de mando?».

Frederick: «Se lo decía a todo el que se acercaba por allí y que tenía alguna graduación [...] Normalmente me decían: "Procure encontrar alguna solución y siga cumpliendo como hasta ahora; la inteligencia militar quiere que las cosas se hagan así"».

Chip dijo que, en otras ocasiones, los de arriba se mofaban de él o lo reprendían por quejarse. Le decían que, como estaban en una zona de combate, tendría que arreglárselas como pudiera. No había ni un solo procedimiento escrito, ni políticas formales, ni directrices estructuradas. Chip Frederick carecía de los procedimientos que necesitaba para ser la clase de jefe que esperaba ser en una de las misiones más importantes de su vida. Se encontraba solo, sin ningún sistema de apoyo en el que basarse. Dadas las necesidades básicas y los valores que expresan las evaluaciones que hemos examinado antes, éstas eran las peores condiciones de trabajo para Chip Frederick. Eran una receta segura para el fracaso. Y eso fue sólo el principio.

Trabajar de noche sin parar

Este soldado no sólo trabajaba doce horas seguidas, ¡lo hizo cuarenta días seguidos, sin ningún día de descanso! Luego tuvo un solo día de descanso, seguido de otras dos semanas de trabajo sin parar, antes de que le dieran un día de descanso por cada cuatro noches de trabajo. No puedo imaginar ningún trabajo donde trabajar de este modo no se considerara inhumano. Dada la escasez de personal con formación penitenciaria y el hecho de que quizá sus superiores no apreciaban la medida de esta abrumadora carga de trabajo, nadie se dio cuenta de la posibilidad de que Chip Frederick cayera en el estrés y el *burnout* laboral, o a nadie le importó. Tenía que hacer lo que querían que hiciera y dejar de quejarse a sus superiores.

¿Adónde iba después de que terminara su largo turno de doce horas a las 4 de la madrugada? ¡Simplemente se iba a dormir a otra parte de la prisión... en una celda! Dormía en una celda de dos metros por tres que carecía de retrete pero andaba sobrada de roedores que correteaban por ella. Estaba sucia porque no había ni agua ni medios para limpiarla. Chip Frederick me dijo durante nuestra entrevista: «No podía encontrar nada para mantener limpias las instalaciones. Las cañerías estaban mal. Los excrementos se acumulaban en los retretes portátiles. Había basura y moho por todas partes [...] Estaba todo asqueroso. Hasta había trozos de cuerpos humanos [...] Por allí corría una jauría de perros asilvestrados [desde los días en que los prisioneros ejecutados por Saddam eran enterrados en una parte de la prisión y los perros desenterraban los restos]. Cuando acababa el turno estaba tan agotado mentalmente que sólo quería irme a dormir».

Se perdía el desayuno y el almuerzo y con frecuencia sólo hacía una comida al día consistente en unas bandejas de comida preparada del ejército que traían en contenedores. «Las porciones eran pequeñas a causa del gran número de soldados que había que alimentar. Me hartaba de queso y de galletas saladas», dijo Chip. Otros problemas de salud incipientes para este hombre joven, atlético y dado al trato social eran que dejó de hacer ejercicio porque siempre estaba cansado y que no podía encontrarse con sus amigos porque sus horarios no coincidían. Su vida empezó a girar más y más en

torno a la supervisión de la prisión y de los policías militares que tenía a su mando. Éstos pronto se convirtieron en lo que los psicólogos sociales llaman un «grupo de referencia», un nuevo endogrupo que acabaría ejerciendo una influencia muy fuerte en él. Estaba atrapado en lo que el psicólogo Robert Jay Lifton llama una «situación total», una situación que facilita el control mental, como en el caso de las sectas o de los campos de prisioneros de guerra de Corea del Norte.

Otros miembros del reparto

Los dos policías militares de la reserva que trabajaban con más frecuencia en el turno de tarde-noche de la galería 1A eran el cabo Charles Graner Jr. y la soldado especialista Megan Ambuhl. Graner se encargaba directamente de la galería 1A durante el turno de tarde-noche porque Chip tenía que supervisar las otras galerías. Cuando no estaban de servicio los sustituía la soldado especialista Sabrina Harman. A veces se les unía el sargento Javal Davis. La cabo primero Lynndie England trabajaba de administrativa pero solía venir con frecuencia para estar con su novio, Charles Graner. Celebró su veintiún cumpleaños en la galería. El soldado especialista Armin Cruz, del batallón 325 de inteligencia militar, también solía frecuentar la galería.

También había «adiestradores caninos», unos soldados que traían sus perros a la galería para hacer hablar a algunos prisioneros, para sacar de las celdas a los sospechosos de tener armas, o simplemente para hacer una demostración de fuerza. En noviembre de 2003 llegaron a Abu Ghraib cinco de estos equipos después de haber adquirido práctica en la prisión de Guantánamo. (Dos de estos adiestradores, que más tarde fueron hallados culpables de maltratos a prisioneros, eran el sargento Michael Smith y el sargento primero Santos Cardona.) De vez en cuando, si surgía algún problema médico especial, también venían enfermeros y médicos. Asimismo, había varios civiles contratados por la Titan Corporation que llevaban a cabo los interrogatorios de los detenidos sospechosos de tener información sobre las actividades de la insurgencia o actividades terroristas.

Para ello solían requerir la ayuda de intérpretes. En ocasiones también pasaron por allí miembros del FBI y de la CIA, y personal de inteligencia militar para hacer interrogatorios especiales.

Como era de esperar, los militares de alta graduación rara vez se acercaban por allí en plena noche. Durante los meses que Chip estuvo de servicio, la general Karpinski sólo puso el pie en las galerías 1A y 1B para enseñar las instalaciones a la televisión. Un reservista de aquella unidad dijo que, en los cinco meses que había estado en Abu Ghraib, sólo había visto a Karpinski en dos ocasiones. Unos pocos oficiales hacían acto de presencia, muy brevemente, a última hora de la tarde. Chip aprovechaba estas raras ocasiones para poner en su conocimiento los problemas de las instalaciones y para sugerir cambios que tenía la esperanza de poder hacer; no consiguió realizar ni uno. También entraban y salían de las dos galerías varias otras personas que no iban de uniforme y no llevaban identificación. Como se suponía que nadie debía pedirles que se identificaran, actuaban con un anonimato total. En contra de las normas de la conducta militar, esos civiles contratados daban órdenes a los guardias de la policía militar para que prepararan a los prisioneros para los interrogatorios. Los soldados que están de servicio no deben recibir órdenes de civiles. Pero esta línea se ha ido desdibujando cada vez más con el aumento de personal civil contratado para que desempeñe funciones que antes estaban a cargo de la inteligencia militar.

Las cartas y los correos electrónicos que Chip enviaba a su familia revelan claramente que una función básica que él y otros reservistas de la galería 1A debían realizar era ayudar a los interrogadores a hacer su trabajo con más eficacia. «La inteligencia militar nos ha animado y nos ha dicho: "Buen trabajo".» «Normalmente no dejan que nadie les observe cuando interrogan. Pero como les gusta mi forma de llevar la prisión, han hecho una excepción.» Le enorgullecía hacer saber que sus hombres eran buenos haciendo lo que se les ordenaba que hicieran: ablandar a los detenidos para que dieran la información que querían los interrogadores. «Con el trato que les damos ayudamos a hacer que hablen [...] Hemos tenido mucho éxito con nuestra manera de obligarles a ceder. Normalmente acaban desmoronándose en unas horas.»

En los mensajes que enviaba a casa, Chip comentaba una y otra vez que los equipos de inteligencia militar, que incluían a oficiales de la CIA y lingüistas e interrogadores de empresas privadas contratadas por el ejército, dominaban todo lo que sucedía en aquellas instalaciones de Abu Ghraib. Me dijo que no podría identificar a ninguno de aquellos interrogadores porque habían guardado deliberadamente el anonimato. Casi nunca decían su nombre y no llevaban ninguna identificación en el uniforme; en realidad, la mayoría de ellos no llevaba uniforme militar. El relato de Chip concuerda con lo que contaba los medios de comunicación sobre el clima creado por la insistencia del general Sánchez en que el secretismo y los métodos extremos de interrogación eran la mejor manera de obtener información útil de los detenidos.

Algunas normas para el personal militar estadounidense de la prisión facilitaban que la gente eludiera la responsabilidad por sus actos, un factor que también pudo haber facilitado los maltratos. Según un memorándum sin fecha de la prisión titulado «Directrices operativas» y referido al bloque de celdas de alta seguridad (la galería 1A): «No se hará uso de las siglas MI [inteligencia militar] en esta área».

«Además, se recomienda que todo el personal militar del área de máxima seguridad no revele su verdadera identidad a estos presos especiales. Se recomienda encarecidamente el empleo de uniformes asépticos [sin ninguna identificación] y el personal NO deberá tratarse por su verdadero nombre ni por su graduación en el área de máxima seguridad.»[23]

Las propias investigaciones del ejército confirmaron las descripciones que hizo Frederick de los métodos extremos usados en la prisión. Descubrieron que los interrogadores habían alentado a los policías militares que trabajaban en la prisión a preparar física y mentalmente a los prisioneros iraquíes para interrogarlos.[24] La tradicional separación entre la policía militar, que se encargaba de los métodos de detención, y el personal de la inteligencia militar, que se dedicaba a obtener información, se fue desdibujando cuando se ordenaba a los reservistas que prepararan a los detenidos para someterlos a unos interrogatorios coactivos. También hubo agentes de la inteligencia militar que fueron culpables de algunos de los

peores maltratos. Por ejemplo, para obtener información de un general iraquí, los interrogadores sumergieron en agua a su hijo de dieciséis años de edad, lo embadurnaron con barro y luego lo hicieron salir desnudo al frío exterior. El sargento Samuel Provenance (compañía Alfa, batallón 302 de la inteligencia militar) comunicó a varias agencias de noticias que dos de los interrogadores habían abusado sexualmente de una adolescente y que otros miembros del personal conocían estos hechos. En el siguiente capítulo veremos que hubo maltratos y abusos mucho peores cometidos por muchos soldados y civiles, además de por los policías militares del turno de noche de Chip Frederick.

«Espero que la investigación de los maltratos a los prisioneros no sólo incluya a las personas que los cometieron, sino también a algunas de las personas que pudieron haberlos alentado», dijo el general de brigada Mark Kimmitt, subdirector de operaciones de la coalición en Irak, en una entrevista con Dan Rather en *60 Minutes II*. «Porque está claro que comparten algún grado de responsabilidad.»

Chip Frederick también se encargaba de la custodia de quince a veinte «detenidos fantasma», unos prisioneros que sólo constaban como propiedad de OAG (siglas de «otra agencia gubernamental»). Puesto que se creía que eran altos funcionarios con información valiosa que dar, a los interrogadores se les había dado libertad para usar todos los medios necesarios para obtener esa información. Estos detenidos eran «fantasmas» porque su presencia allí no constaba en ningún registro oficial y carecían de identificación. Durante nuestra entrevista, Chip me confió que había visto «a uno de ellos después de que lo mataran unos soldados de la Delta Force. Se habían cargado a ese tío. Tuve la impresión de que no le importaba a nadie. A nadie le importaba lo que pasaba allí dentro».[25]

Ese «tío» era un detenido fantasma que había recibido una paliza de un equipo SEAL, luego lo colgaron mientras le interrogaba un agente de la CIA, después lo asfixiaron hasta matarlo, y al final lo colocaron en una bolsa de cadáveres llena de hielo con una infusión endovenosa (puesta por un médico) para que sus asesinos pudieran fingir que estaba enfermo y que iban a llevarlo al hospital por la mañana. Antes de que pudieran deshacerse de él, algunos de los guardias del turno de noche (Graner y Harman) se

hicieron fotos con él «como recuerdo» (volveremos a hablar de este caso con más detalle en el capítulo siguiente). Sin embargo, el efecto de que los guardias del turno de noche presenciaran estos y otros casos de maltratos perpetrados por diversos visitantes de su galería acabó estableciendo una norma social nueva que aceptaba los maltratos. Éste era el razonamiento: si era posible asesinar con impunidad, ¿qué mal había en dar unos cachetes a los detenidos que opusieran resistencia o en avergonzarles haciéndoles adoptar unas posturas humillantes?

El factor miedo

Había mucho que temer entre los muros de aquella prisión, y no sólo para los prisioneros, sino también para Chip Frederick y los otros guardias. Como ocurre en la mayoría de las prisiones, los prisioneros con ingenio y sobrados de tiempo hacían armas con prácticamente cualquier cosa que tenían a mano: con trozos de metal de camas o ventanas, con vasos rotos, afilando cepillos de dientes. Con menos ingenio y algo de dinero, los prisioneros podían sobornar a los guardias iraquíes para que les entraran armas de fuego, cuchillos, bayonetas y munición. Por una módica cantidad, estos guardias también facilitaban el intercambio de notas y cartas con la familia. Frederick había sido advertido por algunos soldados de la compañía 72 de la policía militar, a la que reemplazaba su unidad, de que muchos guardias iraquíes eran muy corruptos: incluso ayudaban en los intentos de fuga proporcionando información sobre la seguridad, planos de las instalaciones, ropas y armas. También introducían de contrabando drogas para los detenidos. Aunque, en teoría, Frederick también se encargaba de estos guardias, se negaban a ir de ronda por las galerías y normalmente se quedaban sentados alrededor de alguna mesa fuera de las galerías fumando y hablando. Esto se debe añadir a todas las otras causas de frustración y estrés de Chip Frederick en su misión de mantener la seguridad de las instalaciones.

Cada dos por tres, los prisioneros agredían a los guardias verbalmente y físicamente; algunos les lanzaban excrementos y otros les arañaban la cara con sus largas uñas. El 24 de noviembre de 2003 se produjo uno de los

sucesos más aterradores e inesperados, cuando un guardia iraquí entró de contrabando una pistola, municiones y bayonetas en la celda de un sospechoso de insurrección de origen sirio. Los hombres de Chip mantuvieron un tiroteo con él y pudieron someterle sin matarle. Sin embargo, ese suceso hizo que todo el mundo estuviera en un estado perpetuo de alerta por el temor a ser objeto de un ataque mortal.

Los prisioneros se amotinaban por la mala calidad de la comida, que solía ser incomestible e insuficiente. También solían producirse motines cuando los morteros estallaban cerca de la «zona blanda» de Abu Ghraib. Como se decía antes, la prisión era objeto de bombardeos diarios, y entre los muertos y heridos había tanto guardias como prisioneros. «Siempre tenía el miedo metido en el cuerpo», me confesó Chip. «Los ataques con morteros y cohetes y los tiroteos me asustaban mucho. Antes de ir a Irak nunca había estado en una zona de combate.» No obstante, tenía que tragarse el miedo y hacerse el valiente dada su posición de autoridad sobre los detenidos, sus compañeros y la policía iraquí. La situación exigía que Chip Frederick fingiera no tener miedo y diera una imagen de calma y sangre fría. Este conflicto entre su postura exterior, aparentemente serena, y su agitación interior fue yendo de mal en peor a medida que iban llegando más y más internos y los de arriba presionaban para obtener más «inteligencia útil» de los detenidos.

Además del miedo reprimido, Chip Frederick tuvo que hacer frente al estrés y el agotamiento que le provocaban las exigencias excesivas de este puesto nuevo y complejo para el que no estaba preparado ni formado. Consideremos, además, la gran discrepancia que se daba entre sus valores básicos —orden, limpieza y pulcritud— y el desorden, el caos y la porquería que le rodeaban constantemente. Aunque tenía que encargarse de todo el complejo, decía que se había sentido «débil» porque «nadie quería colaborar. Me fue imposible hacer ningún cambio en la forma de llevar aquel lugar». También empezó a sentirse anónimo porque «nadie me escuchaba. Estaba claro que no había responsabilidad». Además, la profunda fealdad del entorno físico en el que se hallaba le ofrecía un anonimato total. Al anonimato del lugar se le añadió el anonimato de las personas, porque dejar de llevar los uniformes militares estando de servicio

se convirtió en una norma. Y a todo su alrededor, la mayoría de los visitantes y de los interrogadores civiles iban y venían envueltos en el anonimato. No era fácil distinguir a nadie que estuviera al mando y la masa aparentemente interminable de prisioneros, con sus monos naranja o totalmente desnudos, también era totalmente indiferenciada. No soy capaz de imaginar un entorno peor para generar desindividuación.

Paralelismos con los carceleros del experimento de la prisión de Stanford

Ahora que hemos examinado el entorno de trabajo podemos empezar a ver los paralelismos existentes entre el estado psicológico de Chip Frederick y sus compañeros y el de los carceleros del experimento de la prisión de Stanford. Los procesos de desindividuación creados por el anonimato de la persona y del lugar son evidentes. La deshumanización de los prisioneros se hace patente en los números, en la imposición de la desnudez y en la uniformidad de su aspecto, a lo que se añade la incapacidad de los guardias de entender su idioma. Uno de los guardias del turno de tarde-noche, Ken Davis, explicó más adelante en un documental de televisión cómo se les había inculcado la deshumanización: «No habíamos recibido ninguna formación para ser guardias. Los de arriba nos decían: "Usad la imaginación. Haced que se vengan abajo. Cuando volvamos queremos que estén a punto". En cuanto entraban los prisioneros les cubríamos la cabeza con sacos. Les poníamos esposas de plástico; los tirábamos al suelo; a algunos se les desnudaba. Nos decían que esa gente no eran más que perros [¿nos suena esta frase?]. Esta imagen se va inculcando en la gente y entonces, de repente, empiezas a ver a esas personas como si fueran infrahumanas y empiezas a hacerles cosas que nunca habrías imaginado. Y ahí es cuando empieza a dar miedo».[26]

El aburrimiento se adueñaba de los dos entornos, un aburrimiento creado por las largas horas del turno de noche, cuando todo estaba bajo control. Este aburrimiento era un factor motivador muy fuerte para realizar actos que pudieran traer un poco de animación, para una búsqueda

controlada de sensaciones. Los dos grupos de guardias/carceleros acabaron decidiendo por iniciativa propia «hacer que pasaran cosas» que creían interesantes o divertidas.

Naturalmente, todo esto se veía agravado por la falta de una formación específica para la misión, por la dificultad y la complejidad del trabajo y por una falta de supervisión que anulaba la responsabilidad. En las dos prisiones, el sistema «autorizaba» a los guardias/carceleros para mantener un poder total sobre los prisioneros/reclusos. Además, los guardias/carceleros temían que los prisioneros/reclusos se fugaran o se amotinaran, como hicieron nuestros carceleros de Stanford, aunque, naturalmente, con unas consecuencias mucho menos graves. Es evidente que la prisión de Abu Ghraib era un entorno mucho más letal que nuestra prisión relativamente benigna de Stanford. Pero, como demostró el experimento, los maltratos de los carceleros y su agresividad hacia los reclusos fueron en aumento noche tras noche hasta culminar en la imposición a los reclusos de realizar una serie de actos sexuales homófobos. Lo mismo ocurrió en la galería 1A, pero de una forma aún más perversa y extrema. Además, en los dos casos, los peores maltratos se produjeron durante las horas de la noche, cuando los carceleros/guardias creían que las autoridades no les veían y se sentían libres de sus restricciones.

Debería quedar claro que unas fuerzas situacionales como las descritas aquí no empujaban directamente a los guardias a actuar mal, como en el paradigma de Milgram. Salvo por las consignas dadas por algunos interrogadores civiles de que «ablandaran» a los detenidos para hacerlos vulnerables, las fuerzas situacionales de Abu Ghraib —y de la prisión de Stanford— crearon una *liberación* de las restricciones sociales y morales habituales en relación con los maltratos. Los dos grupos de guardias/carceleros del turno de tarde-noche vieron que podían ejecutar con impunidad muchas conductas prohibidas porque la responsabilidad era difusa; nadie les dio el alto cuando empezaron a surgir unas normas que hacían aceptables unas conductas antes impensables. Es el fenómeno de «cuando el gato se va, los ratones bailan». Recuerda a *El señor de las moscas* de Golding, donde no hay ningún adulto que supervise a los

pequeños salvajes con máscaras cuando empiezan a causar estragos. También nos recuerda los estudios sobre el anonimato y la agresividad que hemos visto en el capítulo anterior.

Será instructivo tener presentes algunas conclusiones a las que llegó el equipo independiente dirigido por James Schlesinger al comparar las dos situaciones penitenciarias. Me sorprendió ver los paralelismos que se trazaban en aquel informe entre las condiciones de nuestra prisión simulada de Stanford y las condiciones demasiado reales de la prisión de Abu Ghraib. En un apéndice de tres páginas (G), el informe describe los factores estresantes psicológicos, las bases del trato inhumano a los prisioneros y los factores psicológicos sociales que actúan cuando unas personas en general buenas tratan a otras de una manera inhumana:

> La posibilidad de dar un trato inhumano a los detenidos durante la «Guerra global contra el terrorismo» era totalmente previsible a partir de una comprensión básica de los principios de la psicología social, unida a la conciencia de numerosos factores de riesgo del entorno ya conocidos. [La mayoría de los jefes militares desconocían o no daban importancia a estos evidentes factores de riesgo para los soldados.]
>
> El clásico estudio de Stanford [...] cuyas condiciones de detención eran relativamente benignas, constituye una advertencia para todas las operaciones militares de detención en las que los soldados trabajan en unas condiciones de combate estresantes que tienen muy poco de benignas.
>
> Los psicólogos han intentado entender cómo y por qué unas personas y unos grupos que normalmente actúan de una manera humanitaria pueden actuar de la manera contraria en determinadas circunstancias.

¡El efecto Lucifer en acción! Los conceptos de la psicología social que según el informe Schlesinger ayudan a explicar por qué se dan estos maltratos son la desindividuación, la deshumanización, la imagen del enemigo, el pensamiento grupal, la desconexión moral y la facilitación social. Ya hemos examinado antes estos procesos en relación con el experimento de la prisión de Stanford y hemos visto que también actuaban en Abu Ghraib, con la excepción del «pensamiento grupal» o *groupthink*. No creo que esta forma sesgada de pensar (que favorece el acuerdo de un grupo con la postura de su líder) actuara entre los guardias del turno de noche, porque no planificaban sus maltratos de una manera sistemática.

En un análisis independiente publicado en la revista *Science*, la psicóloga social Susan Fiske y sus colegas apoyaron la postura adoptada por la comisión Schlesinger. Llegaban a la conclusión de que «en parte, Abu Ghraib fue el resultado de unos procesos sociales comunes, no sólo de una extraordinaria maldad personal». Los procesos sociales identificados por Fiske y otros son la conformidad, la obediencia socializada a la autoridad, la deshumanización, los prejuicios emocionales, los factores estresantes situacionales y la escalada gradual de los maltratos desde lo mínimo hasta lo extremo.[27]

Un soldado que ha servido en Irak nos ofrece más información sobre la relevancia del EPS para entender la dinámica conductual de las prisiones militares de Irak y sobre la necesidad de que haya un líder consolidado.

> Profesor Zimbardo,
>
> Serví como soldado [agente de contraespionaje] en la unidad que puso en marcha Camp Cropper, el primer centro de detenciones creado en Bagdad tras la caída del régimen Baaz. Puedo ver con toda claridad la relación entre su estudio de la prisión y mis observaciones sobre el terreno en Irak. Durante mi estancia traté con muchos policías militares y detenidos y pude ver muchos ejemplos de las situaciones que usted describía en su estudio.
>
> Sin embargo, y a diferencia de los soldados de Abu Ghraib, nuestra unidad tenía un mando muy competente y las cosas nunca llegaron ni por asomo al nivel de Abu Ghraib. Nuestros mandos conocían las normas y garantizaban su cumplimiento por medio de una supervisión adecuada. Cualquier infracción de las mismas era investigada y, cuando era necesario, se castigaba a los infractores. Las misiones de detención son deshumanizadoras para quienes intervienen en ellas. Yo mismo acabé insensibilizado tras las dos primeras semanas. La constante implicación de nuestros mandos nos impedía olvidar quiénes éramos y por qué estábamos allí. En resumen, me ha gustado mucho leer el resumen de su experimento; me ha ayudado a ver las cosas con más claridad.
>
> Atentamente,
> TERRENCE PLAKIAS[28]

La dinámica sexual de la galería 1A

Una de las características más atípicas del personal del turno de tarde-noche de la galería Alfa era la mezcla de hombres y mujeres jóvenes. Es de notar que, en aquella cultura de jóvenes adultos sin supervisión, las mujeres eran muy atractivas. Añadamos a esta mezcla con tanta carga emocional la

presencia de la joven Lynndie England, de veintiún años de edad, que se acercaba por allí para estar con su nuevo novio, Charles Graner. England y Graner pronto se embarcaron en una tórrida aventura sexual que documentaron con fotos y vídeos. Al final, ella se quedó embarazada y más adelante tuvo un niño. Sin embargo, también debía haber algo entre Graner y la policía militar de veintinueve años Megan Ambuhl, porque los dos contrajeron matrimonio más adelante, cuando él ya había sido condenado a prisión.

Los medios de comunicación, que centraron la atención en el triángulo England-Graner-Ambuhl, se ocuparon poco del hecho de que entre los presos comunes iraquíes había varias prostitutas a las que se puede ver posando con los pechos al aire para los reservistas que las fotografiaban. También había docenas de prisioneros varones iraquíes desnudos, en parte por la estrategia de humillación impuesta por los mandos y en parte porque no había uniformes suficientes para todos. Resulta irónico que algunos prisioneros tuvieran que llevar ropa interior femenina, unas bragas de color rosa, por un error en un pedido a intendencia. De ahí a obligar a algunos prisioneros a ponérselas en la cabeza como una forma «divertida» de humillación sólo había un paso.

A pesar de las peticiones de Chip Frederick de separar a los detenidos jóvenes de los adultos, se dice que un grupo de prisioneros iraquíes violó a un niño de quince años de edad que estaba alojado con ellos. La soldado especialista Sabrina Harman escribió con rotulador «Soy un biolador» [*sic*] en la pierna de uno de estos hombres. A otro se le dibujó una cara alrededor de los pezones y se le escribió su número en el pecho con un lápiz de labios. La atmósfera sexual era explosiva. Hay pruebas de que un policía militar sodomizó a un detenido varón con una barra de luz química y puede que también con un palo de escoba. Ciertos guardias solían amenazar a los detenidos varones diciéndoles que los violarían. Otras pruebas indican que un policía militar violó a una detenida. Aquello se parecía cada vez más a un festival de porno que a una prisión militar.

James Schlesinger, que encabezó una de las muchas investigaciones independientes que se han llevado a cabo, describía así lo que había visto y oído sobre las actividades nocturnas durante aquel turno: «Era como [la

película] *Desmadre a la americana*». Era una situación cada vez más imposible de controlar.

Chip Frederick recuerda los siguientes maltratos y abusos agrupados por orden cronológico:

Del 1 al 10 de octubre de 2003. Prisioneros desnudos, esposados a las puertas de las celdas, con ropa interior femenina. Esto ya venía de la compañía 72 de la policía militar.

Del 1 al 25 de octubre. Poses sexuales (en presencia de personal de la inteligencia militar, esposados juntos desnudos). Además, un soldado no identificado que estaba allí decía que había estado en Guantánamo y enseñó a Graner algunas posturas forzadas que se usaban allí.

8 de noviembre. Motín en el recinto Ganci [uno de los recintos separados que formaban la prisión de Abu Ghraib]. Han trasladado a siete detenidos a la «zona dura» (la galería 1A). Estaban en posesión de varias armas y pensaban tomar como rehén a un policía militar y matarlo. Fue la noche de la pirámide, las agresiones, las posturas sexuales y las masturbaciones. También trajeron a los perros.

Algunas salvedades

El general Taguba concluye que hubo superiores que instaron a los policías militares a cometer algunos de estos maltratos. Afirma que «interrogadores de la inteligencia militar y de otras agencias del gobierno de los Estados Unidos instaron a los policías militares a crear unas condiciones físicas y mentales que facilitaran el interrogatorio de testigos».

El informe de investigación del general de división George Fay aún incluye una declaración más condenatoria sobre el papel del personal de inteligencia en estos maltratos. Su informe destaca que, durante un período de siete meses, «parece que hubo personal de la inteligencia militar que pidió, alentó o aprobó que personal de la policía militar [los guardias de la reserva del turno de noche] maltrata a detenidos, y/o participara en maltratos a detenidos, y/o violara los métodos de interrogación establecidos y las leyes aplicables».[29] Examinaremos mucho más a fondo los informes de los dos generales en el siguiente capítulo para poner de relieve los fallos del sistema y la complicidad del mando en los maltratos.

Graner, el catalizador

El cabo de la reserva Charles Graner es al turno de tarde-noche de la prisión de Abu Ghraib lo que nuestro carcelero «John Wayne» era al turno de tarde-noche de la prisión de Stanford. Los dos actuaron como catalizadores de los sucesos que se produjeron. «John Wayne» fue mucho más allá de los límites del papel que se le había asignado al realizar por su cuenta unos «pequeños experimentos». El cabo Graner se excedió de lejos en su papel maltratando a prisioneros física y psicológicamente. Es significativo que tanto Graner como «John Wayne» fueran unos personajes carismáticos que irradiaban confianza y cuya actitud dura, firme y eficiente influía en sus compañeros de turno. Aunque el sargento primero Frederick era su superior militar, Graner era quien realmente se hacía cargo de la galería 1A incluso en presencia de Chip. Parece que la idea de sacar las fotos había sido suya y muchas de ellas se tomaron con su cámara digital.

Graner, que era miembro de la reserva del cuerpo de marines, había prestado servicio como guardia de una prisión en la guerra del Golfo de 1991 sin ningún incidente. Durante la operación «Tormenta del desierto» trabajó seis semanas en el mayor campo de prisioneros de guerra, de nuevo sin incidentes. «Era uno de esos tíos que te levantan la moral», recordaba otro miembro de su compañía. Otro compañero recordaba a Graner como «un tío divertido y sociable, siempre con un chiste que contar». Y añadía: «Por lo que yo vi, no tenía un lado malvado». Sin embargo, según otro miembro de la unidad de Graner, sólo se pudo evitar un enfrentamiento muy violento entre él y otros soldados con unos prisioneros iraquíes porque unos mandos se encargaron de la situación con unos hombres bien disciplinados.

Un vecino que hacía treinta años que conocía a Graner también tuvo buenas palabras para él: «Era un buen tío, de los de verdad. De Chuck sólo puedo decir cosas buenas. Nunca ha tenido problemas con nadie». Su madre dejó constancia de lo orgullosa que se sentía de él en su cartilla de estudios del instituto: «Siempre has hecho que tu padre y yo nos sintamos orgullosos. Eres el mejor».[30]

Sin embargo, también se dice de Graner que maltrataba a su esposa, que al final se divorció de él. Y los reportajes de los medios de comunicación señalaban que fue sancionado varias veces cuando trabajaba como oficial de prisiones en una cárcel de máxima seguridad.

En el turno de noche de la galería 1A, todas las restricciones externas a la conducta antisocial de Graner se las había llevado el viento. La disciplina militar se había visto reemplazada por el caos y la promiscuidad; cualquier parecido con una estructura sólida de autoridad era pura coincidencia; y el constante aliento de los interrogadores civiles y de la inteligencia militar para que «ablandara» a los detenidos antes de los interrogatorios hicieron que Graner cayera en la tentación.

En aquel entorno tan imprevisible y permisivo, la sexualidad de Charles Graner se descontroló por completo. Mantenía relaciones sexuales con Lynndie England, unas relaciones que documentó con muchas fotos. Obligó a una prisionera iraquí a enseñarle los pechos y los genitales mientras la fotografiaba. Se dice que fue Graner quien obligó a unos prisioneros varones a masturbarse en grupo y a otros a arrastrarse desnudos «para que tuvieran que arrastrar los genitales por el suelo», mientras les gritaba diciendo que eran «unos maricones de mierda».[31] También se le ocurrió a Graner la idea de amontonar prisioneros desnudos formando una pirámide. Y cuando se obligó a un grupo de prisioneros desnudos y con la cabeza cubierta con una bolsa a masturbarse delante de varios hombres y mujeres soldados, Graner le dijo en broma a Lynndie England que «aquella fila de detenidos masturbándose era su regalo de cumpleaños».[32]

Después de celebrado su juicio, Chip Frederick me escribió una carta en la que decía que Graner «no tenía toda la culpa. Tenía una forma de ser que te hacía pensar que todo iba bien. Estoy muy arrepentido de mis actos y si pudiera volver atrás, a octubre del 2003, haría las cosas de una manera muy diferente [...] Ojalá hubiera sido más fuerte [...]».[33]

Chip Frederick aún lamenta haber caído bajo la influencia de Graner. Es un ejemplo de la validez predictiva de la tendencia de la personalidad de Chip a acceder y mostrar conformidad. Recordemos las conclusiones de su evaluación psicológica: Chip teme que los demás lo rechacen y, en cualquier situación de desacuerdo, suele ceder para ser aceptado; cambia de

opinión para complacer a los demás, para que «no me miren mal ni se enfaden conmigo». Los demás pueden influir en él aunque crea que es él quien decide. Por desgracia, el estrés, el miedo, el agotamiento y la influencia de Graner habían anulado su capacidad de raciocinio.

Una visión diferente de Charles Graner

En la película *Roshomon*, uno de los clásicos de Akira Kurosawa, varias personas que han vivido el mismo suceso lo describen de formas muy diferentes. Ya he mencionado que eso es lo que ocurrió con el experimento de la prisión de Stanford. En una entrevista concedida más adelante a un medio de comunicación, el carcelero «John Wayne» afirmó que sólo hacía ver que era un sádico y el recluso Doug-8612 dijo que había fingido volverse loco. Tiempo después, el entonces oficial Hellmann dio otra versión de sus actos:

> Si en aquel momento me hubieran preguntado por los efectos que causaba, habría dicho: «pues mira, deben de ser unos lloricas. O son unos blandengues o me engañan». Porque no me creía que lo que estaba haciendo realmente pudiera provocar en alguien una crisis nerviosa. Nos lo pasábamos bien y ya está, ¿no? Venga, vamos a hacer de titiriteros. Vamos a hacer que esa gente haga cosas.[34]

Otros reclusos y carceleros del EPS dijeron o bien que la experiencia había sido horrible, o bien que no había para tanto. Hasta cierto punto, la realidad depende del cristal con que se mira. Sin embargo, en Abu Ghraib, la vida de unas personas se vio dramáticamente afectada por la realidad acordada por el ejército, la justicia militar y los medios de comunicación.

Desde el primer momento de la investigación se presentó a Charles Graner como la verdadera «manzana podrida» del cesto: sádico, malvado, maltratando a detenidos por puro capricho. En una actuación irresponsable por parte de los medios de comunicación, su historial de problemas en un centro penitenciario de los Estados Unidos se presentó como una prueba del carácter violento y antisocial que había traído a la galería 1A.

Pero un examen del expediente de Graner que consta en el Corrections Institute de Greene County, Pennsylvania, revela que *nunca* se le había acusado ni castigado por ninguna infracción ni por maltratar a ningún interno.

Se puede hallar un contraste todavía más radical entre Graner como monstruo irresponsable y Graner como buen soldado en la evaluación que se hizo de su rendimiento durante el mes crucial de los maltratos a los prisioneros. El 16 de noviembre de 2003, el capitán Brinson, jefe de sección de Graner, le entregó un formulario de evaluación (4856) que le distinguía por el excelente trabajo que estaba realizando:

> Cabo Graner, está usted llevando a cabo un trabajo excelente en la galería 1 del BCF como responsable al mando del «área de inteligencia militar». Ha recibido usted muchos elogios de las unidades de inteligencia militar que hay aquí, sobre todo del TCL [emborronado; probablemente se refiera al teniente coronel Jordan]. Siga usted actuando a este nivel y nos ayudará a todos a tener éxito en nuestra misión.

Luego se le advierte que debe llevar puesto el uniforme y tener buena presencia militar (algo que no hacía nadie de la galería). En otro comentario se reconoce el elevado nivel de estrés bajo el que él y otros han estado trabajando en aquella galería. Se le dice a Graner que sea consciente de los efectos que ese estrés puede llegar a tener en su conducta, sobre todo en relación con el empleo de la fuerza en el trato a los detenidos. Sin embargo, el oficial acepta la versión de Graner de lo que significa hacer un uso adecuado de la fuerza. «Apoyaré al cien por cien su decisión cuando crea que debe defenderse», añade el oficial. (Se puede obtener una copia en formato PDF de esta evaluación; véanse las notas.)[35]

Hace poco, el policía militar de la reserva Ken Davis dio una visión sorprendentemente positiva de Graner al describir una conversación que había mantenido con él:

> Una vez, después de acabar el turno, [Graner] tenía la voz ronca.
> Le dije: «Graner, ¿te estás poniendo enfermo?».
> Y me dice: «No».
> Y yo le digo: «¿Y qué te pasa?».
> Y dice: «Pues que tengo que gritar a los detenidos y hacerles otras cosas que moralmente y éticamente no están nada bien. La verdad, no sé qué hacer».
> Le dije: «Pues no las hagas».

Y me contesta: «Es que no tengo elección».

«¿Qué quieres decir?», le dije.

Y me contestó: «Cada vez que estalla una bomba fuera de la alambrada, o fuera de la valla, entran y me dicen: "Ahí ha perdido la vida otro americano. Y si no nos ayudas, tú también tendrás las manos manchadas con su sangre".»[36]

Dada esta conciencia de los elevados niveles de estrés de la galería 1A, cabía esperar que se llamara a alguien que pudiera prestar asistencia psicológica a los soldados para ayudarles a afrontar aquel caos de una manera constructiva. Había un psiquiatra que estuvo destinado en Abu Ghraib varios meses, pero no trató ni prestó asistencia a ninguno de los policías militares que necesitaban de sus servicios ni trabajó con ninguno de los prisioneros con trastornos mentales. Pero se dice que su principal función era ayudar a la inteligencia militar para que sus interrogatorios fueran más efectivos. Megan Ambuhl ha afirmado que «no hubo ningún caso creíble de sodomización o violación, ni fotos o vídeos de actos así, al menos por parte de los siete policías militares objeto de esta investigación». Luego añade: «Tengo las fotos y todos los vídeos desde el principio de la investigación. Me he pasado casi trece horas al día en aquel bloque. No hubo ninguna violación ni sodomización».[37] ¿Sabremos alguna vez qué pasó realmente allí y a quién y a qué hay que culpar por los horrores de Abu Ghraib?

«Fotos de trofeo»: depravación en formato digital

En las guerras entre países y en los enfrentamientos con criminales, hay soldados, policías y guardias que maltratan, torturan y asesinan brutalmente a «enemigos», sospechosos o reclusos. Aunque estos actos son inaceptables, es de esperar que se produzcan en zonas de guerra, cuando la vida está en juego y unos «extranjeros» maltratan a «nuestros» soldados. No esperamos ni aceptamos esta conducta por parte de agentes de gobiernos democráticos cuando su vida no corre un riesgo inminente y si las víctimas están indefensas o desarmadas.

Las imágenes digitales que salieron de Abu Ghraib tuvieron un impacto sin precedentes en todo el mundo. Nunca habíamos visto unas pruebas visuales tan claras de maltratos, abusos sexuales y torturas por parte de unos guardias, de unos hombres y mujeres que parecían disfrutar con aquellos actos atroces y que luego tenían la desfachatez de posar para dejar constancia de su brutalidad. ¿Cómo pudieron hacer algo así? ¿Por qué pusieron a esos maltratos aquella firma visual? Veamos algunas explicaciones posibles.

El poder digital

Una respuesta sencilla es que la nueva tecnología digital hace que todo el mundo pueda hacer fotografías en cualquier momento. Ofrece un resultado inmediato porque no hace falta esperar al revelado y las imágenes se pueden difundir fácilmente por Internet sin pasar la censura de los laboratorios de revelado. Puesto que estas cámaras son pequeñas, tienen mucha capacidad y son relativamente baratas, cualquier persona puede tomar con facilidad centenares de fotografías en el acto. Del mismo modo que los *blogs* y los *webcasts* personales permiten que gente normal y corriente disfrute de unos momentos efímeros de fama sin pasar por ningún filtro, el hecho de «poseer» unas fotografías fuera de lo corriente que se puedan distribuir por todo el mundo a través de innumerables páginas web concede a otras personas unos instantes de gloria.

Por ejemplo, un sitio web dedicado al porno *amateur* animaba a sus visitantes varones a que enviaran fotografías de sus esposas y sus novias desnudas a cambio de tener acceso libre y gratuito a los vídeos porno del sitio.[38] Ese sitio web también invitaba a los soldados a intercambiar fotografías de la zona de guerra a cambio de tener el mismo acceso libre y gratuito a sus contenidos pornográficos, y muchos lo hicieron. Algunas de estas imágenes llevaban un letrero con la palabra *gore* (para avisar de su contenido sangriento), como una en la que un grupo de soldados estadounidenses sonríen y hacen gestos de satisfacción ante los restos quemados de un iraquí, con un pie que dice «Arde, *baby*, arde».

Fotografías de trofeo de otros tiempos

Esas imágenes recuerdan a las «fotografías de trofeo» con hombres y mujeres de raza negra linchados o quemados vivos en los Estados Unidos entre 1880 y 1930 y con sus autores y espectadores posando para la cámara. Estas imágenes son emblemáticas de la deshumanización de la peor especie porque, además de describir la tortura y el asesinato de estadounidenses negros por «crímenes» con frecuencia falsos cometidos contra blancos, las fotografías que documentaban estos viles actos se reproducían en tarjetas postales que la gente compraba para enviarlas a amigos y parientes. En algunas de estas imágenes aparecían niños pequeños sonriendo, unos niños a los que sus padres habían llevado para que presenciaran el tormento y el asesinato de hombres y mujeres de raza negra. En el libro publicado recientemente y titulado *Without Sanctuary* se ofrece un catálogo documental de muchas de estas postales.[39]

Durante la Segunda Guerra Mundial, también hubo soldados alemanes que tomaron fotografías de trofeo para documentar las atrocidades que cometían contra los judíos polacos y rusos. En el capítulo anterior hemos visto que incluso unos «hombres comunes y corrientes» como los viejos policías alemanes de la reserva, que al principio se habían resistido a matar a tiros a familias de judíos, con el tiempo acabaron documentando sus actos asesinos.[40] Y existen otros catálogos visuales de estas ejecuciones y sus verdugos, como *Photographing the Holocaust*, de Janina Struk.[41] El genocidio armenio a manos de los turcos también está documentado con fotografías en un sitio web dedicado a él.[42]

Otro género habitual de fotografías de trofeo anteriores a los movimientos en defensa de los derechos de los animales son las de cazadores de caza mayor y pescadores deportivos posando exultantes junto a sus peces espada, sus tigres o sus osos. Recuerdo haber visto una fotografía de Ernest Hemingway posando así. Sin embargo, la imagen más representativa del intrépido cazador de safaris es la del presidente de los Estados Unidos Teddy Roosevelt posando con satisfacción al lado de un rinoceronte enorme al que acababa de abatir. En otra aparecen el presidente y su hijo Kermit sentados con las piernas cruzadas y en actitud desenfadada

encima de un búfalo y con un gran rifle en las manos.[43] Estas fotos de trofeo eran afirmaciones públicas del poder y el dominio del hombre sobre las poderosas fieras de la naturaleza, a las que vencía gracias a su habilidad, su coraje y su tecnología. Curiosamente, en estas fotos los vencedores tienen una expresión más bien adusta: rara vez sonríen; son los vencedores de una batalla contra unos adversarios formidables. En cierto sentido, posan como posaría el joven David con su honda junto al gigante caído, Goliat.

Exhibicionistas que actúan para voyeurs

Las caras sonrientes de muchos de los guardias del turno de tardenoche de Abu Ghraib representan otra dimensión de las fotografías de trofeo: el exhibicionismo. En algunas fotografías parece que los maltratos fueran simples excusas para que los exhibicionistas documentaran los extremos a los que podían llegar en aquel entorno tan fuera de lo corriente. Aquellos exhibicionistas también parecen prever que habrá un público de *voyeurs* impacientes por disfrutar viendo sus «gracias». Sin embargo, se les pasó por alto que la facilidad para compartir ficheros y distribuirlos por la red haría que las imágenes digitales se independizaran de los fotógrafos, que perderían el control sobre quién las iba a ver y que, en consecuencia, serían pillados por las autoridades con las manos en la masa.

Con la excepción de aquella imagen tan simbólica de la tortura del hombre encapuchado con electrodos en las manos y de las fotografías de perros amenazando a los prisioneros, la mayoría de las restantes fotos de trofeo tienen un carácter sexual. Para muchos espectadores, este vínculo entre tortura y sexualidad otorga a esas imágenes una cualidad pornográfica perturbadora y al mismo tiempo fascinante. Todos estamos invitados a esa mazmorra sadomasoquista para ver de cerca esos excesos en acción. Y aunque es horroroso ver esos maltratos, la gente no deja de mirarlos.

Me sorprendió descubrir hasta qué punto se satisface el voyeurismo en Internet. Un sitio web dedicado al porno *amateur* llamado simplemente www.voyeurweb.com dice tener 2,2 millones de visitantes diarios.

Motivos complejos y dinámica social

La conducta humana es muy compleja y con frecuencia hay más de una razón para cualquier acto dado. Creo que estas imágenes digitales de Abu Ghraib fueron el resultado de múltiples motivos y de la dinámica interpersonal, además de la sexualidad y el exhibicionismo. El estatus y el poder, la venganza y las represalias, la desindividuación de los indefensos: es probable que todos estos factores tuvieran un papel en los maltratos y en la realización de las fotografías. Además, debemos tener presente que algunos de esos maltratos fueron preparados y aplaudidos por los interrogadores.

Fotografías pensadas para amenazar a detenidos

Hay una razón sencilla para explicar las fotografías de trofeo de Abu Ghraib: los interrogadores civiles y militares dijeron a los guardias que posaran para hacerlas. Según la versión de la oficial retirada Janis Karpinski, y que ya había sido expuesta por algunos de los soldados acusados, la idea inicial de tomar aquellas fotografías era usarlas como amenaza en los interrogatorios. «Hicieron las fotos para obtener

confesiones, para "ir al grano"», dijo Karpinski el 4 de mayo de 2006, en una mesa redonda celebrada en la Universidad de Stanford. «Sacaban los portátiles, enseñaban las fotografías a los prisioneros y les decían: "Empieza a hablar o mañana estarás tú en el fondo de esa pila". Lo hacían de una manera deliberada y sistemática.»[44]

Desde luego, algunas de las fotografías están claramente preparadas: los policías militares sonríen a la cámara, hacen gestos de aprobación y señalan algo para que destaque en la escena. Es muy probable que la deshumanizadora fotografía de Lynndie England arrastrando a un detenido por el suelo con una correa de perro atada al cuello tenga este origen. No es probable que viajara a Irak con una correa de perro en el petate. Lo único que hacía falta para que la facilitación social actuara era que algún oficial diera a los policías militares permiso para tomar una sola de esas fotografías. Ese permiso abrió las puertas a esta nueva actividad nocturna, con muestras de maldad creativa cada vez más abundantes. Una vez esta actividad hubo empezado, no se le adivinaba el final porque permitía a los guardias combatir el aburrimiento, vengarse, saborear el dominio y divertirse con juegos sexuales —hasta que Joe Darby levantó la liebre y el *show* tuvo que cerrar.

Aumentar de estatus, ajustar las cuentas

Reconozcamos el bajo estatus que tienen en general los reservistas en la jerarquía militar, un estatus que aún era más bajo para un policía militar de la reserva destinado al turno de noche de una espantosa prisión. Estos soldados se daban cuenta de que eran el último mono, que trabajaban en unas condiciones horribles, que recibían órdenes de civiles y que no había autoridades con el interés suficiente para comprobar lo que ocurría allí. Las únicas personas con un estatus inferior al suyo eran los prisioneros. Por lo tanto, el carácter de los maltratos, así como el hecho de documentarlos, servían para establecer con toda claridad el dominio social de los guardias sobre todos sus prisioneros por medio de esta comparación. Las torturas y los maltratos eran un ejercicio de puro poder para demostrar su control absoluto sobre sus inferiores. Algunos de aquellos guardias necesitaban

esas fotografías para convencerse de su superioridad y para dar a conocer a sus compañeros su estatus dominante. Es como si esas fotos les dieran una especie de «derecho a alardear». También es probable que entrara en juego el racismo, con unas actitudes en general negativas hacia los árabes, unos «otros» muy diferentes. Esta hostilidad se arrastraba desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra cualquier persona de origen árabe y de piel tostada.

Otro motivo más directo y que compartían muchos soldados era vengar a los compañeros muertos o heridos de gravedad por la insurgencia iraquí. Es evidente que la venganza dio origen a represalias contra prisioneros que se habían amotinado o que, supuestamente, habían violado a un niño. Por ejemplo, los siete prisioneros amontonados formando una pirámide habían sido trasladados a la galería 1A tras haberse amotinado en Camp Ganci y haber herido a una policía. Golpearlos y humillarlos era «enseñarles una lección» sobre las consecuencias de alterar el orden. El mismo Chip Frederick llegó a pegar a un prisionero dándole un puñetazo en el pecho porque, supuestamente, había lanzado una piedra que había herido a aquella policía militar. Obligar a los detenidos a simular felaciones o a masturbarse delante de mujeres soldado y documentarlo era para conseguir algo más que humillarlos. Constituía una manera de ajustar cuentas con unos detenidos que, a su parecer, habían cruzado la línea.

La desindividuación y el efecto del martes de carnaval

No obstante, ¿cómo explicamos el concepto de Lynndie England de que todo aquello era «pura diversión»? Creo que en este caso entra en juego la *desindividuación*. El anonimato de la persona y del lugar del que hablaba antes puede crear un estado mental alterado que, cuando se combina con una responsabilidad difusa por los propios actos, induce desindividuación. Los actores se ven inmersos en unos actos de gran intensidad física sin planificación racional, y sin tener en cuenta las consecuencias. Pasado y futuro dan paso a un presente inmediato de carácter hedonista. Es un espacio mental donde impera la emoción y los límites a la pasión se desvanecen.

Es el «efecto del martes de carnaval»: vivir el momento tras una máscara que oculta la identidad y libera los impulsos libidinosos, violentos y egoístas que normalmente se reprimen. La conducta se desencadena en respuesta a las exigencias inmediatas de la situación, sin conspiración planificada ni previsión maliciosa. Hemos visto cómo se daba este fenómeno propio de *El señor de las moscas* en mi laboratorio de la Universidad de Nueva York, cuando unas jóvenes desindividuadas aplicaban descargas eléctricas cada vez más fuertes a víctimas inocentes. También lo pudimos ver en algunos de los carceleros de la prisión de Stanford. En estas situaciones, como en Abu Ghraib, las limitaciones sociales habituales contra la agresividad y la conducta antisocial quedan suspendidas porque la gente siente que puede actuar con libertad.

Del mismo modo que yo no alenté a mis carceleros para que actuaran con sadismo, el ejército tampoco alentó a sus guardias a maltratar sexualmente a los prisioneros. No obstante, en las dos situaciones imperaba una norma general de permisividad que creaba en los guardias/carceleros la sensación de que podían hacer prácticamente lo que quisieran, porque no eran personalmente responsables y por la impunidad derivada del hecho de que nadie les veía. En ese contexto, el razonamiento moral tradicional se reduce, los actos se imponen a las lecciones aprendidas de antaño y los impulsos dionisíacos ahogan la racionalidad apolínea. De este modo, la desconexión moral puede actuar alterando el paisaje mental y emocional de las personas atrapadas en su red.

Maltratos similares por parte de soldados británicos y soldados estadounidenses de élite

Si los principios de la psicología social que actuaban en aquel turno de noche de la galería 1A no son propios de la persona, sino de la situación, en otros entornos similares deberíamos hallar maltratos parecidos cometidos por soldados diferentes en la misma zona de combate. Y, en efecto, por lo menos hay dos casos confirmados de esta clase de comportamiento que tuvieron muy poco eco en los medios de comunicación estadounidenses.

Unos soldados británicos destinados a la prisión iraquí de Basora también maltrataron sexualmente a sus prisioneros obligándoles a simular actos de sodomía después de haberles desnudado. Las fotografías horrorizaron a los ciudadanos británicos, incapaces de creer que sus jóvenes soldados fueran capaces de cometer unos actos tan horribles y de que, además, los documentaran. El hecho de que uno de los autores fuera un héroe condecorado en campañas militares anteriores aún quebrantó más las expectativas del pueblo británico. Aún peor fue la noticia que difundió la BBC el 29 de junio de 2004: «Soldados británicos intercambian fotografías de maltratos». La entradilla añadía: «Unos soldados británicos han intercambiado centenares de fotografías en las que se exhiben unos maltratos brutales a prisioneros iraquíes». Varios soldados de élite que servían en el Queen's Lancashire Regiment cedieron algunas imágenes al *Daily Mirror*: en una de ellas, un prisionero encapuchado con una pistola puesta en la sien recibe un culatazo mientras unos soldados orinan sobre él. Los soldados dijeron que había muchas más imágenes de estos maltratos que alimentaban una «cultura de intercambio de fotos». Sin embargo, cuando abandonaban Irak, sus mandos las hallaron en sus equipajes y las destruyeron.

En la emisión del 12 de mayo de 2004 del programa de la CBS *60 Minutes II*, el presentador, Dan Rather, emitió un vídeo casero grabado por un soldado estadounidense que revelaba cómo eran las condiciones tanto en Camp Bucca como en Abu Ghraib. En el fragmento de vídeo aparece una joven soldado que muestra su desdén por los prisioneros iraquíes. Dice: «Ya se nos han muerto dos prisioneros... pero, ¿qué más da? Son dos menos de los que preocuparme». Varios otros soldados de Camp Bucca acusados de haber maltratado a prisioneros decían a Rather que «los problemas empezaron por la cadena de mando, la misma cadena de mando que se encargaba de Abu Ghraib cuando se tomaron las fotografías de torturas y malos tratos».[45]

Otro caso documentado de esta pérdida de control nos habla de unos soldados estadounidenses de la 82 división aerotransportada que estaban emplazados en la base de operaciones Mercury, cerca de Faluya. Éste era el lugar donde se tenía detenidos a los insurgentes y otros prisioneros antes de

trasladarlos a Abu Ghraib. «[Los ciudadanos de Faluya] nos llamaban "los locos asesinos" porque sabían que si los atrapábamos y los deteníamos iban a pasarlo muy mal antes de ir a Abu Ghraib.» A continuación, el autor de estas palabras, un sargento, describe lo que ellos llamaban «joder al moro», y que consistía en dar palizas a un prisionero o torturarlo con crueldad. Luego añadía: «Todos los de la base sabíamos que quien quería desahogar su frustración se pasaba por la tienda de los detenidos. En cierto modo, era una especie de deporte».

Otro sargento de la misma unidad explicaba sus motivos para maltratar a los prisioneros, unos maltratos que incluían romperles las piernas con un bate de metal. «Como algunos días nos aburríamos, los sentábamos a todos en una esquina y luego les hacíamos montar una pirámide. Esto era antes de Abu Ghraib, pero era lo mismo. Lo hacíamos para divertirnos.»

El capitán Ian Fishback, un oficial de esta «unidad de élite», también declaró ante Human Rights Watch en septiembre de 2005 sobre los maltratos generalizados a los prisioneros de aquella prisión. Dijo que sus soldados también habían documentado sus terribles actos en imágenes digitales. «[En la base Mercury] dijeron que tenían fotografías parecidas a las de Abu Ghraib y, como se parecían tanto a lo que sucedió allí, los soldados las destruyeron. Las quemaron. Sus palabras exactas fueron: "[A los soldados de Abu Ghraib] les van a meter un puro por lo mismo que nos han hecho hacer a nosotros y hemos destruido las fotos".»[46]

Volveremos a encontrarnos con este capitán en el capítulo siguiente, y veremos que los maltratos cometidos por su unidad que describe con todo detalle son iguales a los de la galería 1A, con la excepción de los maltratos sexuales.

El juicio al sargento Ivan Frederick

El equipo de fiscales e investigadores militares puso mucho celo en la preparación de las causas contra cada uno de los siete policías militares acusados. (Si el mando militar responsable de Abu Ghraib hubiera dedicado una fracción de esta atención, este interés y estos recursos a la supervisión y el mantenimiento de la disciplina, no habría habido necesidad de estos juicios.) Su plan era sencillo y claro: después de reunir pruebas y testimonios suficientes, establecieron una serie de acuerdos con cada uno de los acusados para que se les redujera la máxima sentencia posible si se declaraban culpables y testificaban contra sus compañeros. Los juicios

empezaron con los menos implicados, como el soldado especialista Jeremy Sivits, para luego ir subiendo hasta llegar a los tres «importantes»: Frederick, Graner y England.

En el acuerdo previo a la sentencia, el acusado —Frederick— aceptó como ciertos y demostrables los cinco delitos de los que se le acusaba: conspiración para el maltrato a detenidos; negligencia en el cumplimiento del deber; maltrato a detenidos; agresión consumada; y actos indecentes con otros. Este último cargo se refiere a que el acusado obligó a varios detenidos a masturbarse delante de soldados (hombres y mujeres) y de otros detenidos mientras se les fotografiaba.

El juicio

El juicio de Frederick se celebró en Bagdad del 20 al 21 de octubre de 2004, a pesar de la moción del abogado defensor para trasladar el juicio a los Estados Unidos. Puesto que me negué a viajar a un lugar tan peligroso, me trasladé a la base naval de Nápoles, Italia, donde presté declaración por videoconferencia desde una sala segura. Fue una situación difícil, porque

mi testimonio sufría un retraso de la señal de audio y porque, en ocasiones, las imágenes del juicio se quedaban congeladas en la pantalla de vídeo. Para empeorar más las cosas, tenía que hablar a una pantalla de vídeo y no directamente con el juez. Y por si esto no era suficiente, se me dijo que no usara notas durante mi declaración, lo cual quería decir que tenía que recordar de memoria los centenares de páginas de los cinco informes de investigación que me había leído detenidamente, además de toda la información que había reunido sobre Frederick y sobre las condiciones de la galería 1A.

Puesto que Frederick ya había llegado a un acuerdo previo, mi testimonio se centró únicamente en especificar las influencias situacionales y sistémicas que habían creado aquel entorno anómalo y su impacto en la conducta de aquel hombre joven totalmente normal. También ofrecí un resumen de los resultados de su evaluación psicológica, los aspectos positivos de su historial antes de que fuera destinado a la galería 1A y fragmentos de mi entrevista con él. Presenté todos estos datos en apoyo de la conclusión de que Frederick no había introducido ninguna tendencia patológica en aquel contexto conductual. En cambio, sostuve que la *situación* había suscitado las conductas aberrantes que llevó a cabo y de las que se sentía culpable y arrepentido.

También dejé claro que el hecho de intentar entender el impacto que tuvo la dinámica social situacional en la conducta de Frederick no era en modo alguno un ejercicio de «excusología», sino un análisis conceptual que no se suele tener en consideración con la seriedad suficiente a la hora de dictar sentencia. Además, al exponer mis credenciales y la relevancia de mi testimonio, resumí los principales rasgos y resultados del experimento de la prisión de Stanford y expuse algunos de los paralelismos existentes entre él y el entorno de los maltratos de la prisión de Abu Ghraib. (Mi testimonio completo consta en las págs. 294-330 de «Ivan "Chip" Frederick's Trial Transcripts», octubre de 2004. Por desgracia, no está disponible en Internet.)

El fiscal militar, el comandante Michael Holley, rechazó el argumento sobre el poder situacional. Alegó que Frederick distinguía el bien del mal, que había recibido una formación militar adecuada para el trabajo y que, en

esencia, había tomado racionalmente la decisión de llevar a cabo los actos inmorales de los que se le acusaba. Así pues, atribuyó toda la culpa a la disposición de Frederick para hacer el mal a sabiendas y restó toda importancia a cualquier influencia situacional o sistémica. También recordó con solemnidad que la Convención de Ginebra seguía vigente y que estos soldados deberían haber sido conscientes de las limitaciones que impone. Pero, como veremos en el siguiente capítulo, esto no es así: el presidente Bush y sus asesores jurídicos modificaron la definición de los prisioneros y de la tortura en una serie de memorándums legales que dejaban sin efecto la Convención de Ginebra en esta «guerra contra el terrorismo».

El veredicto

El juez militar, el coronel James Pohl, sólo tardó una hora en declarar al acusado culpable de todos los delitos que se le imputaban. La sentencia de Frederick se fijó en ocho años de cárcel. Al parecer, mi testimonio había tenido un efecto mínimo en la severidad de la sentencia, al igual que el elocuente alegato de su abogado, Gary Myers. Todos los factores situacionales y sistémicos que había expuesto valieron muy poco en aquella representación de relaciones públicas internacionales que habían organizado los militares y las cadenas de mando de la administración Bush. Tenían que mostrar al mundo y al pueblo iraquí que «no transigían ante el delito» y que castigarían con la mayor prontitud a esos pocos soldados sin escrúpulos, a esas «manzanas podridas» del buen cesto del ejército estadounidense. Aquella mancha en el ejército de los Estados Unidos sólo podría desaparecer cuando los culpables hubieran sido enjuiciados, sentenciados y encarcelados.[47]

A Charles Graner, que se negó a declararse culpable, le cayeron diez años de sentencia. Tras una complicada serie de juicios, Lynndie England fue sentenciada a tres años de prisión. A Jeremy Sivits le cayó un año, y Javal Davis se quedó en seis meses. Sabrina Harman salió bien librada con una leve pena de seis meses como reconocimiento a su trato amable con los iraquíes antes de ser destinada a Abu Ghraib. Por último, Megan Ambuhl fue dada de baja del ejército sin tener que cumplir condena.

Algunas comparaciones pertinentes

Es indudable que los maltratos cometidos por Chip Frederick causaron sufrimientos físicos y psicológicos a muchos prisioneros que estaban a su cargo y que ocasionaron a sus familias una sensación de cólera y de humillación imposible de superar. Fue hallado culpable de todos los delitos de los que se le acusaba y recibió una dura condena. Para los iraquíes fue demasiado benévola; para mí fue demasiado severa, dadas las circunstancias que habían precipitado y mantenido los maltratos. Sin embargo, es instructivo comparar su sentencia con la de otro soldado de otra guerra que fue declarado culpable de crímenes contra civiles.

Una de las primeras manchas en el orgullo del ejército de los Estados Unidos se produjo en la guerra de Vietnam, cuando unos soldados de la compañía Charlie invadieron el poblado de My Lai en busca de guerrilleros del Vietcong. No encontraron ninguno, pero el estrés crónico, la frustración y el miedo de aquellos soldados estallaron en una furia incontrolada contra los civiles de la localidad. Más de quinientas personas entre mujeres, niños y ancianos fueron asesinadas a quemarropa o quemadas vivas en sus casas, y muchas mujeres fueron violadas y destripadas. ¡A algunas les llegaron a arrancar la piel! Los soldados que aparecen en el documental *Interviews with My Lai Vets* ofrecen con toda naturalidad unas descripciones aterradoras de aquella crueldad. Y Seymour Hersh relató con todo detalle aquellas atrocidades en su libro *My Lai 4*, donde se daban a conocer públicamente por primera vez un año después de que hubieran sucedido los hechos.

Sólo fue declarado culpable de aquellos horrendos crímenes un soldado, el teniente William Calley Jr. Su superior, el capitán Ernest Medina, que estaba presente en aquella misión de «búsqueda y destrucción» y de quien se dice que también disparó a los civiles, fue absuelto de todos los cargos y abandonó el ejército. El capitán Medina, apodado «perro rabioso», decía sentirse muy orgulloso de la compañía Charlie: «Nos habíamos convertido en la mejor compañía del batallón». Puede que esta afirmación fuera un tanto precipitada.

El teniente Calley fue declarado culpable del asesinato premeditado de más de cien civiles vietnamitas en My Lai. La sentencia original de cadena perpetua se rebajó a tres años y medio, una condena que cumplió bajo arresto domiciliario en el cuartel, sin pasar ni un solo día en prisión. La mayoría de la gente no sabe que poco después se le concedió el indulto y que el hombre condenado por aquella matanza volvió a su ciudad para convertirse en un hombre de negocios respetable y acabar cobrando por dar discursos de sobremesa. ¿Habría habido alguna diferencia si Calley hubiera sido un simple soldado raso en lugar de un oficial? ¿Y habría habido alguna diferencia si los soldados de la compañía Charlie hubieran tomado «fotografías de trofeo» que hicieran vívidas y reales aquellas atrocidades que ninguna palabra podía transmitir? Yo creo que sí.

También resulta muy revelador comparar los casos de algunos policías militares del turno de noche de Abu Ghraib con los de otros soldados acusados y condenados recientemente en consejo de guerra por diversos delitos. Quedará muy claro que si bien estos otros soldados han sido condenados por delitos similares o incluso peores, las sentencias que han recibido son mucho más leves.

Sargento primero Frederick. La condena máxima por los delitos de los que se le acusaba es de 10 años de cárcel, expulsión del ejército y degradación total. Incluso tras el acuerdo previo a la sentencia en el que se declaraba culpable, Frederick fue condenado a 8 años de prisión, expulsión del ejército, degradación total y pérdida del derecho a pensión (22 años de antigüedad).

Brigada Price. Declarado culpable de agresión, maltrato y obstrucción a la justicia. Condena máxima: 8 años de prisión, expulsión del ejército y degradación total. Pena impuesta: degradación a sargento primero (sin prisión ni baja deshonrosa).

Cabo Graner. Declarado culpable de agresión, maltrato, conspiración no verbal, actos indecentes y negligencia en el cumplimiento del deber. Condena máxima: 15 años de prisión, expulsión del ejército y degradación total. Pena impuesta: 10 años de prisión, expulsión del ejército, degradación total y una multa.

Soldado raso Brand. Declarado culpable de agresión, maltrato, perjurio y mutilación. Condena máxima: 16 años de prisión, expulsión del ejército y degradación total. Pena impuesta: únicamente degradación total.

Soldado raso England. Declarada culpable de conspiración, maltrato y actos indecentes. Condena máxima: 10 años de prisión, expulsión del ejército y degradación total. Pena impuesta: 3 años de prisión.

Capitán Martin. Declarado culpable de agresión con agravantes, agresión, obstrucción a la justicia y conducta impropia de un oficial. Condena máxima: 9 años de prisión. Pena impuesta: 45 días de arresto.

Así pues, es evidente que la justicia militar no empleó la misma balanza para juzgar estos delitos tan similares. Creo que las «fotografías de trofeo» añadieron un peso considerable que decantó la balanza contra los policías militares del turno de noche de Abu Ghraib. El interesante sitio web www.supportmpscapegoats.com ofrece un conjunto de comparaciones más completo con una lista de sesenta soldados juzgados en consejo de guerra y sus condenas, así como explicaciones de algunas imágenes de Abu Ghraib.

La transformación del oficial de prisiones Ivan Frederick en el recluso 789689

En nuestro intento de describir el «efecto Lucifer» nos hemos centrado en entender las transformaciones del carácter humano. Puede que una de las transformaciones más profundas y singulares que cabe imaginar sea la que se produce en alguien que pasa de ocupar una posición de poder como oficial de prisiones, a estar en una posición de impotencia total como recluso. Lamentablemente, esto es lo que le sucede a quien fue en otro tiempo un buen oficial de prisiones, un soldado entregado y un amante esposo. Chip Frederick ha sido denostado y ha quedado totalmente deshecho por el veredicto del tribunal militar y por la crueldad del trato recibido tras ingresar en prisión. Hoy se ve reducido a un número —789689— como interno en la U.S. Disciplinary Barracks de Fort Leavenworth, la única prisión militar de alta seguridad del ejército de los Estados Unidos. Después de ser condenado en Bagdad, Chip fue trasladado a Kuwait, donde lo encerraron en una celda de aislamiento, aunque no suponía ningún

peligro ni para sí mismo ni para los demás. Dice que las condiciones de allí le recordaban las galerías de Abu Ghraib, pero su situación aún empeoró más cuando le encarcelaron en la prisión de Fort Leavenworth.

Ahora, cuando «los siete de Abu Ghraib» ya han sido juzgados, el trato que recibe Chip Frederick ha mejorado. Asiste a la escuela de peluquería de la prisión para aprender otro oficio, porque no podrá volver a trabajar como oficial de prisiones. «Me encantaría poder reincorporarme al ejército, volver y ponerme a prueba a mí mismo. Nunca me he dado por vencido y siempre he querido dar ejemplo [...] Estaba totalmente dispuesto a morir por mi país, mi familia y mis amigos. Quería ser el que diera ejemplo [...] Me enorgullece decir que durante la mayor parte de mi vida he servido a mi patria».[48]

¿Vemos la similitud con Stew-819, el recluso del EPS que insistía en volver a nuestra prisión para demostrar a sus compañeros que no era un mal recluso? También recuerda un experimento clásico de la psicología social que demostraba que la lealtad al grupo es mayor cuanto más dura es la iniciación para entrar en él.[49]

Notas finales

En el siguiente capítulo dejaremos de centrarnos en unos soldados concretos atrapados en un entorno conductual inhumano y examinaremos el papel desempeñado por el Sistema en la creación de las condiciones que alentaron los maltratos y las torturas de Abu Ghraib y de muchas otras prisiones militares. Analizaremos las complejidades de las influencias sistémicas que actúan para crear y mantener una «cultura del maltrato». En primer lugar, veremos los aspectos más destacados de las muchas investigaciones militares independientes que se han llevado a cabo en relación con estos maltratos. Esto nos permitirá apreciar hasta qué punto estas investigaciones tienen en cuenta variables del Sistema como los errores cometidos por los mandos, la ausencia de una formación específica, unos recursos inadecuados y las prioridades de los procesos de interrogación-confesión como factores principales que contribuyeron a lo que ocurrió en aquel turno de noche de Abu Ghraib. Luego examinaremos

informes elaborados por Human Rights Watch sobre otros maltratos comparables —e incluso peores— que tuvieron lugar en Irak y que fueron dados a conocer por oficiales de una fuerza de élite, la división aerotransportada 82 del ejército estadounidense. Ampliaremos nuestra investigación para estudiar cómo han creado unas situaciones similares en otras prisiones militares las cadenas de mando del ejército y del gobierno en su «guerra contra el terrorismo» y su «guerra contra la insurgencia». Lo haremos con la ayuda de entrevistas y análisis presentados en un documental del programa *Frontline*, de la cadena pública PBS, titulado «A Question of Torture» (18 de octubre de 2005), en el que se detalla hasta qué punto la administración Bush y la cadena de mando militar han dado el visto bueno a la tortura, primero en la prisión de Guantánamo y más adelante en Abu Ghraib y otros lugares.

En el siguiente capítulo, en lugar de seguir actuando como un científico de la conducta que ejerce de periodista de investigación, adoptaré el papel de fiscal. Acusaré a determinados miembros de la cadena de mando militar de haber abusado de su autoridad para introducir la tortura en la prisión de Guantánamo y exportarla más adelante a Abu Ghraib. Autorizaron a la policía y a la inteligencia militar para que emplearan estos métodos de tortura —con unos términos muy asépticos— y no ofrecieron la supervisión, la dirección, la responsabilidad y la formación necesarias a los policías militares del turno de noche de la galería 1A. Argumentaré que todo esto les hace culpables por acción y por omisión.

Finalizaremos este juicio hipotético al Sistema sentando al presidente Bush y a sus asesores en el banquillo de los acusados por su papel en la redefinición de la tortura como un método aceptable y necesario en su guerra omnipresente y nebulosa contra el terrorismo. También se les acusa de privar del amparo de la Convención de Ginebra a los insurgentes capturados y a todos los «extranjeros» que se encuentran en situación de arresto militar. Al secretario de Defensa Donald Rumsfeld se le acusa de crear los centros de interrogación, en los que los «detenidos» eran sometidos a unos «maltratos» extremadamente coactivos con el dudoso objetivo de obtener confesiones e información. Es probable que también sea responsable de otras violaciones de los principios morales estadounidenses,

como «subcontratar la tortura» de detenidos «de alto valor» a países extranjeros bajo el llamado «programa de entregas extraordinarias» del gobierno estadounidense.

Pienso demostrar que el Sistema, desde Bush, Cheney y Rumsfeld hasta los niveles inferiores de la cadena de mando, estableció las bases para estos maltratos. En ese caso, todos nosotros, como sociedad democrática, tenemos muchas cosas que hacer para impedir que se produzcan más maltratos como éstos, insistiendo en que el Sistema modifique las características estructurales y las políticas operativas de sus centros de interrogación.

Por último, reconozco que a algunos lectores les habrá podido parecer exagerado que haya destacado los paralelismos existentes entre nuestro pequeño experimento con una prisión simulada en Stanford y la peligrosa realidad de una prisión en zona de combate. Pero lo que importa no son sus diferencias físicas, sino las similitudes de su dinámica psicológica básica.[50] Estas comparaciones también se han hecho en varias investigaciones independientes, como el informe Schlesinger (citado al principio de este capítulo) y un informe realizado por un ex criptoanalista de la marina, Alan Hensley. En su análisis de los acusados de los maltratos, llega a la siguiente conclusión:

> En el caso de Abu Ghraib ya existía de antemano un modelo descrito con detalle en el estudio de Zimbardo, elaborado con unos factores virtualmente idénticos y con las pruebas empíricas resultantes, para predecir con la mayor certeza la serie de sucesos que se iban a desencadenar sin deliberación consciente por parte de los participantes.[51]

Quisiera terminar esta etapa de nuestro viaje con el análisis de Ron Nordland, director de la redacción de la revista *Newsweek* en Bagdad, sobre lo que él cree que salió mal en una guerra que empezó con buenas intenciones:

> ¿Qué es lo que salió mal? Muchas cosas, pero el momento más crucial fue el escándalo de Abu Ghraib. Desde abril de 2004, la liberación de Irak se ha convertido en un ejercicio desesperado de «control de daños». Los maltratos a prisioneros de Abu Ghraib pusieron en contra a una gran parte de la opinión pública iraquí. Y, encima, no sirvieron de nada. No hay ni

una prueba de que todos aquellos maltratos y humillaciones salvaran una sola vida estadounidense o permitieran capturar a un solo terrorista importante, a pesar de la insistencia del ejército en que la prisión producía «inteligencia útil».[52]

CAPÍTULO 15

El Sistema a juicio: complicidad de los mandos

El patriótico alegato final del fiscal militar, el comandante Michael Holley, en el juicio al sargento primero Ivan Frederick nos ayuda a preparar el terreno para nuestro análisis del empleo de la tortura contra «combatientes ilegales» y detenidos encarcelados en prisiones militares de Irak, Afganistán y Cuba:

> Y permítame recordarle, señoría ilustrísima, que el enemigo lucha, al igual que nosotros, en el terreno de la moral, y que esto puede dar argumentos a nuestros enemigos de hoy y del mañana. Y también le ruego que piense en los enemigos que puedan entregarse en el futuro. En el plano de lo ideal, eso es lo que queremos. Queremos que ante el poder militar del ejército de los Estados Unidos se sientan tan intimidados que se acaben entregando. Pero si un prisionero, o más bien un enemigo, cree que será humillado y sometido a un trato degradante, ¿por qué va a dejar de luchar hasta su último aliento? Y en ésta su lucha, ¿no va a cobrarse vidas de soldados, unas vidas que en caso contrario se podrían salvar? Esta clase de conducta [de los policías militares acusados] tiene un gran impacto a largo plazo, un impacto que, en última instancia, repercutirá en los soldados, en nuestros soldados de tierra, mar y aire que puedan ser capturados y en el trato que reciban; y mejor será que lo deje aquí.

El fiscal continúa dejando claro que lo que está en juego en este juicio, y en los juicios de los otros «siete de Abu Ghraib», no es otra cosa que la Honra del Ejército:

> Finalmente, señoría ilustrísima, la honra de nuestro ejército de los Estados Unidos es a la vez preciosa y vulnerable. De entre todos los ejércitos, nuestro ejército, el ejército de los Estados Unidos, tiene un deber sagrado derivado de su gran responsabilidad y de su poder, el poder de imponerse por la fuerza a los demás. Y lo único que nos impide imponer este poder de una forma injusta y convertirnos en una turba, en una banda de matones, es que tenemos este sentido

> del honor, de que hacemos lo correcto, de que seguimos las órdenes que nos dan y actuamos con honra, y esa conducta [los maltratos y torturas de la prisión de Abu Ghraib] envilece todo esto. Y también nosotros, como cualquier otro ejército, necesitamos una autoridad moral en torno a la cual unirnos.[1]

Mis palabras finales en el juicio de Frederick fueron espontáneas e improvisadas. Prefiguraban algunos argumentos fundamentales que se desarrollan en este capítulo y que proporcionan más amplitud a la tesis de que, en la raíz de los maltratos de Abu Ghraib, se encuentra la acción de unas fuerzas situacionales y sistémicas muy poderosas. Además, desde que se celebró el juicio (octubre de 2004), se han obtenido más pruebas que demuestran claramente la complicidad de muchos mandos militares en los maltratos y las torturas de la galería 1A de la prisión de Abu Ghraib. Mis palabras fueron éstas:

> El informe Fay y el informe Taguba indican que [estos maltratos] se podrían haber evitado, que si el ejército hubiera dedicado una parte de los recursos o del interés que ha dedicado a estos juicios, Abu Ghraib no habría sucedido. Pero Abu Ghraib se trató con indiferencia. No tenía ninguna prioridad; su seguridad tenía una prioridad tan baja como la del museo arqueológico de Bagdad [cuyos tesoros fueron saqueados cuando Bagdad fue «liberado» mientras los soldados observaban con los brazos cruzados]. Eran dos asuntos [militares] de baja prioridad y ocurrió que éste acabó estallando en estas infaustas circunstancias. Creo, por lo tanto, que es el ejército quien se somete a juicio, especialmente todos los oficiales que estaban por encima del sargento Frederick y que deberían haber sabido lo que ocurría, deberían haberlo impedido, deberían haberlo detenido. Son ellos a los que habría que enjuiciar. O, si el sargento primero Frederick es responsable en cierta medida, creo que su condena, sea cual sea, debería estar atenuada por la responsabilidad de toda la cadena de mando.[2]

En este capítulo, nuestro camino seguirá varias direcciones distintas que nos permitirán sacar de detrás de una oscura pantalla encubridora el papel fundamental de muchos protagonistas clave del drama de Abu Ghraib: los directores y los guionistas que hicieron posible esta trágica producción. En cierto sentido, los policías militares sólo eran actores secundarios, «siete personajes en busca de autor» o de director.

Nuestra tarea es determinar cuáles fueron las presiones sistémicas externas a la situación que había en el centro de interrogación de Abu Ghraib. Debemos identificar las partes implicadas en todos los niveles de la cadena de mando responsables de crear las condiciones responsables de la implosión de la humanidad de aquellos policías militares. Al presentar la

cronología de esas fuerzas entrelazadas, cambiaré mi papel y en lugar de actuar como perito para la defensa actuaré como fiscal. En calidad de tal, presento una clase nueva de maldad moderna, la maldad «administrativa», que constituye la base de la complicidad de la cadena de mando política y militar en esos maltratos y esas torturas.[3] Puesto que las organizaciones públicas y privadas actúan en un marco legal y no en un marco ético, pueden provocar sufrimiento, e incluso la muerte, siguiendo una racionalidad fría para alcanzar los objetivos de una ideología, un plan general, una ecuación coste-beneficio o un balance final positivo. En esas circunstancias, sus fines siempre justifican cualquier medio eficiente.

Las investigaciones de los maltratos de Abu Ghraib revelan los fallos del sistema

En respuesta a numerosos informes de maltratos, no sólo en Abu Ghraib, sino también en cárceles militares por todo Irak, Afganistán y Cuba, el Pentágono ha realizado por lo menos una docena de investigaciones oficiales. Al preparar la defensa del sargento primero Ivan Frederick examiné a fondo media docena de ellas. En este apartado, resumiré cronológicamente algunos de estos informes y destacaré sus conclusiones presentando citas literales de las mismas. Ello nos dará una idea de cómo evaluaron las causas de la tortura y los maltratos los oficiales de alta graduación y los funcionarios del gobierno encargados de las investigaciones. Dado que todas menos una fueron encargadas por el ejército con instrucciones expresas de centrarse en los autores de los maltratos, en la mayoría de ellas no se acusa a los mandos militares y políticos por su contribución a la creación de condiciones que alimentaron esos maltratos. La única excepción fue el informe Schlesinger, que fue encargado por el secretario de Defensa Donald Rumsfeld.

Puesto que estos informes contemplan la cadena de mando hacia abajo y no hacia arriba, su alcance es limitado y no son tan independientes como deberían. Pero nos ofrecen un punto de partida para nuestra acusación contra las cadenas de mando del ejército y de la administración, que luego complementaremos con informes de diversas organizaciones y de medios

de comunicación y con testimonios de primera mano de soldados implicados en las torturas. (Se puede consultar una cronología completa de los maltratos de Abu Ghraib y de los informes de investigación en el sitio web mencionado en las notas.)[4]

El informe Ryder fue el primero en dar la voz de alarma

Donald Ryder, general de división y jefe de policía del ejército, preparó el primer informe (6 de noviembre de 2003) por orden del general Sánchez. Ryder fue nombrado en agosto para dirigir un equipo de evaluación a petición de la unidad de investigación criminal del ejército, que está formada por personal del Departamento de Defensa y de las cuatro ramas del ejército.

El documento examinaba todo el sistema penitenciario de Irak y recomendaba formas de mejorarlo. Al final, Ryder concluía que se habían producido graves violaciones de los derechos humanos y señalaba deficiencias en la formación y la cantidad de personal que afectaban «a todo el sistema». Su informe también planteaba interrogantes sobre los confusos límites entre los policías militares, cuya misión era la custodia de los prisioneros, y los equipos de la inteligencia militar encargados de interrogarlos. Hacía constar que el personal de la inteligencia militar intentaba que los policías militares realizaran actividades destinadas a «preparar» a los detenidos para los interrogatorios.

El conflicto entre el personal de inteligencia y la policía militar ya venía de la guerra de Afganistán, en la que la policía militar colaboraba con la inteligencia «creando unas condiciones favorables para las entrevistas», un eufemismo para referirse al hecho de quebrantar la voluntad de los prisioneros. Ryder exigía el establecimiento de procedimientos «para definir las funciones de la policía militar [...] separando claramente las actividades de los guardias y las del personal de inteligencia». Su informe debería haber puesto sobre aviso a los responsables del sistema penitenciario militar.

Según el periodista Seymour Hersh, a pesar de su valiosa contribución «Ryder rebajó su advertencia al llegar a la conclusión de que la situación aún no había alcanzado unos niveles críticos. Aunque algunos

procedimientos fallaban, dijo, no había hallado "ninguna unidad de policía militar que aplicara intencionadamente prácticas de reclusión inadecuadas"». Recordemos que este informe apareció en el momento culminante de los maltratos más flagrantes llevados a cabo en la galería 1A, en el otoño de 2003, aunque antes de que el soldado especialista Joe Darby denunciara los hechos (13 de enero de 2004). En su artículo publicado en la revista *New Yorker* (5 de mayo de 2004), que hizo público el escándalo, Hersch llegaba a esta conclusión sobre el informe Ryder: «En el mejor de los casos esta investigación fue un fracaso y, en el peor, una tapadera».[5]

El informe Taguba es riguroso y duro[6]

Cuando las infames fotografías llegaron a manos de los mandos militares y del equipo de investigación criminal en enero de 2004, el general Sánchez se vio obligado a ir más allá de la obra de maquillaje de Ryder. Encargó al general de división Antonio M. Taguba que investigara más a fondo las acusaciones de maltratos a detenidos, fugas de detenidos sin documentar y fallos generales en relación con la disciplina y la responsabilidad. Taguba realizó un trabajo admirable en una investigación muy extensa y detallada que se publicó en marzo de 2004. Aunque se iba a mantener en secreto porque acusaba directamente de negligencia y de otros delitos graves a oficiales con graduación y presentaba como pruebas algunas de «las fotos», era tan jugoso que se acabó filtrando a los medios de comunicación (seguramente a cambio de muchos dólares).

El informe Taguba se filtró a *The New Yorker* y sus principales conclusiones y fotografías se publicaron en el artículo de Hersh, aunque las fotografías ya se habían filtrado antes a los productores de *60 Minutes II* y aparecieron en la emisión del 28 de abril de 2004. (Como el lector recordará, éste fue el programa que me embarcó en esta aventura.)

Lo primero que hace Taguba es refutar el informe del general Ryder. «Por desgracia, muchos de los *problemas sistémicos* que salieron a la superficie durante aquella investigación [de Ryder] son los mismos de los que se ocupa ésta», escribió (la cursiva es mía). «En realidad, muchos de los maltratos a detenidos se produjeron durante aquella investigación.» El

informe continúa: «En contra de las conclusiones del informe del general de división Ryder, al personal asignado a la compañía 372 de la brigada 800 de la policía militar se le ordenó cambiar los procedimientos de las instalaciones para "preparar las condiciones" de los interrogatorios por parte del personal de inteligencia militar.» Su informe dejaba claro que oficiales de la inteligencia militar, agentes de la CIA, civiles contratados y personal de otras agencias gubernamentales «exigieron a los guardias de la policía militar que establecieran unas condiciones físicas y mentales favorables al interrogatorio de testigos».

En apoyo de esta afirmación, Taguba citaba declaraciones bajo juramento de varios guardias que dejaban clara la complicidad del personal de inteligencia militar y de los interrogadores.

> La soldado especialista Sabrina Harman, de la compañía 372 de la policía militar, afirma en su declaración jurada sobre el incidente en el que un detenido fue colocado sobre una caja con cables conectados a los dedos de las manos, de los pies, y al pene, «que su trabajo era mantener despiertos a los detenidos». Dijo que la inteligencia militar hablaba con [el cabo] Grainer [*sic*] y que «la inteligencia militar quería obligarles a hablar. El trabajo de Grainer [*sic*] y de Frederick era hacer cosas para que la inteligencia militar y el personal de otras agencias del gobierno hicieran hablar a esas personas».

Taguba presentaba el testimonio del sargento Javal Davis, en el que hablaba de lo que había observado en relación con la influencia que ejercía el personal de la inteligencia militar y de otras agencias del gobierno en los guardias de la policía militar:

> «Pude ver cómo se obligaba a prisioneros del área de detención de la inteligencia militar, la galería 1A, a hacer varias cosas muy discutibles para mí desde el punto de vista moral. Nos dijeron que en la galería 1A había unas normas y unos procedimientos de actuación diferentes. Estas normas y procedimientos de actuación nunca las he visto escritas, sólo eran de palabra. El soldado al mando de 1A era el cabo Granier [*sic*]. Decía que los agentes y soldados de la inteligencia militar le pedían que hiciera cosas, pero se quejaba de que no hubiera nada por escrito». Al preguntarle por qué las normas de 1A/1B eran diferentes a las de las otras galerías, el sargento Davis declaró: «Las otras galerías son para prisioneros normales y las galerías 1A y 1B son para prisioneros de la inteligencia militar». Al preguntarle por qué no informó de estos maltratos a sus mandos, el sargento Davis dijo: «Porque supuse que si hacían algo fuera de lo normal o que contraviniera las normas, alguien habría dicho algo [obsérvese de nuevo cómo actúa la maldad por inacción]. Además, la galería pertenece a la inteligencia militar y parece que el personal de inteligencia aprobaba los maltratos». El sargento Davis también manifestó que había oído al personal de la inteligencia militar insinuar a los guardias que maltrataran a los internos. Al preguntarle qué les había oído decir, contestó: «Ablandadnos a ese tío». «Haced que

pase mala noche.» «Aseguraos de que recibe el tratamiento.» Dijo que hicieron estos comentarios al cabo Granier [*sic*] y al sargento primero Frederick. Por último, el sargento Davis dijo: «Por lo que sé, el personal de la inteligencia militar ha felicitado varias veces a Granier [*sic*] por el trato que daba a los detenidos. Por ejemplo, le han dicho: "Buen trabajo, se derrumban enseguida. Responden a todo lo que les preguntamos. Por fin nos están dando buena información" y "Sigue trabajando así de bien", cosas así».

La declaración hecha a Taguba por el soldado especialista Jason Kennel, de la compañía 372 de la policía militar, me recuerda a los carceleros del EPS cuando les quitaban los colchones, las sábanas, la ropa y las almohadas a los reclusos por haber incumplido alguna norma:

«Los vi desnudos, pero los de inteligencia militar nos dijeron que les quitáramos los colchones, las sábanas y la ropa.» No podía recordar quién les había dicho que lo hicieran, pero comentó: «Si querían que lo hiciera me lo tendrían que haber dicho por escrito». Más tarde se le comunicó que «no podíamos hacer cualquier cosa para que los prisioneros pasaran vergüenza».

Esto es sólo un ejemplo de las continuas incongruencias entre la realidad de la situación de maltrato y el aliento extraoficial que la inteligencia militar y el personal de otras agencias daban a los policías militares para que maltrataran a sus detenidos en aquella galería. Mientras por un lado ordenaban de palabra que se les maltratara, por otro insistían, en una declaración pública oficial, en que «no aprobamos los maltratos a prisioneros ni nada que no sea un trato humanitario». De este modo se cubrían las espaldas para después poder decir que no sabían nada.

El informe Taguba especifica que los altos mandos militares a los que se había avisado de la existencia de aquellos maltratos a detenidos habían recomendado un consejo de guerra, pero luego se echaron atrás. Su pasividad, dado su conocimiento de los maltratos, reforzaba la impresión de que se podía maltratar a los prisioneros con impunidad:

Lo que vemos aquí es una falta de comunicación, de formación y de mando

Taguba ofrece muchos ejemplos de que los soldados y los policías militares de la reserva no habían recibido una formación adecuada y no contaban con la información o los recursos necesarios para desempeñar su

difícil función como guardias en la prisión de Abu Ghraib. Según el informe:

> En general, no se conocen, ni se aplican, ni se insiste lo suficiente en los requisitos básicos de carácter legal, normativo, doctrinal y de mando en la brigada 800 de la policía militar y en sus unidades subordinadas [...]
>
> El trato a los detenidos y a los presos comunes tras su ingreso era desigual de un centro de detención a otro, de un recinto a otro, de una galería a otra e *incluso de un turno a otro en toda el área de responsabilidad de la brigada 800 de la policía militar*. [Cursivas añadidas para destacar las diferencias entre los turnos de día y de noche en la galería 1A.]

El informe también señala:

> Los centros de detención de Abu Ghraib y de Camp Bucca han superado con creces su capacidad máxima, mientras que el personal para custodiar a los reclusos y sus recursos son insuficientes. Este desequilibrio ha provocado unas malas condiciones de vida, fugas y una falta de responsabilidad en diversas instalaciones. El hacinamiento que se da en las instalaciones también limita la capacidad de identificar y separar de la población de detenidos a los líderes que puedan organizar fugas y motines.

Taguba documenta muchos casos de motines y fugas de prisioneros y describe enfrentamientos con muertos entre policías militares y detenidos. En cada caso, el informe repite su conclusión: «Este equipo de investigación no ha recibido ninguna información sobre resultados o conclusiones, factores coadyuvantes o medidas correctivas».

A Taguba le preocupaba especialmente que la formación manifiestamente inadecuada de la brigada de la policía militar, de la que el mando militar estaba bien enterado, nunca se llegara a corregir:

> Descubro que la brigada 800 de la policía militar no había recibido una formación adecuada para una misión que incluía hacerse cargo de una prisión o institución penitenciaria en el complejo de la prisión de Abu Ghraib. Concuerdo con la conclusión del informe Ryder de que las unidades de la brigada 800 de la policía militar no recibieron una formación penitenciaria específica durante su período de movilización. Las unidades de la policía militar no recibieron unas asignaciones precisas antes de su movilización ni durante la formación posterior a la misma y, en consecuencia, no se pudieron preparar para unas misiones concretas.
>
> Además de esta acusada falta de personal, la calidad de vida de los soldados destinados a Abu Ghraib era pésima. No había comedor, ni barbería, ni oficina postal, ni instalaciones de asueto y recreo. Se producían numerosos ataques con morteros, fusiles y lanzagranadas que constituían una seria amenaza para los soldados y los detenidos. El complejo de la prisión también estaba superpoblado y la brigada carecía de los recursos y el personal necesarios para solucionar sus

> graves problemas logísticos. Por último, parece que las relaciones de confianza y de amistad entre los soldados de la brigada iban en detrimento de las relaciones que deben existir entre los mandos y sus subordinados.

Taguba destaca la negligencia y los fallos de los mandos

En comparación con las otras investigaciones sobre los maltratos de Abu Ghraib, una de las características más destacadas del informe del general Taguba es su voluntad de identificar a los mandos militares que no ejercieron sus funciones y que por ello merecen alguna forma de castigo. Vale la pena examinar algunas de las razones por las que el general señaló a muchos mandos militares por su papel en la creación de una estructura que era una parodia de una cadena de mando. Eran los mandos quienes debían proporcionar una estructura disciplinaria a aquellos desafortunados policías militares:

> En cuanto a la misión de la brigada 800 de la policía militar en Abu Ghraib (complejo de reclusión central de Bagdad), he averiguado que había claras desavenencias y una falta de comunicación eficaz entre el comandante de la brigada 205 de la inteligencia militar, que controlaba la base de operaciones de Abu Ghraib después del 19 de noviembre de 2003, y el comandante de la brigada 800 de la policía militar, que controlaba las operaciones de detención dentro de la base de operaciones. No había una delimitación clara de las responsabilidades entre los mandos, en el nivel del mando había poca coordinación y no existía integración entre las dos funciones. La coordinación se da en los niveles más bajos con una escasa supervisión de los mandos [...]

De mi lectura del análisis de Taguba debo deducir que Abu Ghraib también era un «desmadre a la americana» para los *oficiales*, no sólo para los policías militares del turno de noche de la galería 1A. Doce oficiales y suboficiales fueron amonestados o sancionados (levemente) por mala conducta, falta de autoridad, negligencia en el cumplimiento del deber y alcoholismo. Un ejemplo palmario es el del capitán Leo Merck, comandante de la compañía 870 de la policía militar, que presuntamente tomó fotografías a hurtadillas de sus mujeres soldados desnudas. Otro caso es el de unos suboficiales acusados de negligencia por confraternizar con oficiales y disparar sin motivo sus fusiles M-16 al salir de sus coches, ¡haciendo estallar sin querer un tanque de combustible!

Taguba recomendaba que una docena de personas que ocupaban puestos de mando y que deberían haber actuado como modelos para los soldados y reservistas que estaban a sus órdenes merecían ser relevados del mando y recibir una amonestación oficial.

Pero la culpa no era sólo del ejército. La investigación también revela que varios interrogadores e intérpretes civiles hicieron colaborar a los policías militares en sus interrogatorios a prisioneros de la galería 1A y habían participado personalmente en los maltratos. Entre ellos, el informe Taguba cita a Steven Stephanowicz, interrogador, y a John Israel, intérprete, ambos civiles estadounidenses contratados a la empresa CACI International Inc. y adscritos a la brigada 205 de la inteligencia militar.

Se acusa a Stephanowicz de haber «permitido y/o instruido a unos policías militares que no habían recibido formación en técnicas de interrogación para que facilitaran los interrogatorios "creando condiciones" que no estaban autorizadas y [*sic*] eran conformes a regulaciones/políticas pertinentes. Sin ningún genero de dudas, sabía que sus instrucciones equivalían a *maltratos físicos*» (la cursiva es mía). Eso es precisamente lo que, según Frederick y Graner, estos civiles que parecían estar al frente de lo que sucedía en la galería 1A les habían instado a hacer: obtener «información útil» interrogando a los detenidos mediante el uso de todos los medios necesarios.

El efecto del modelo negativo que supone la «maldad por inacción» también se manifiesta en la amonestación de Taguba al sargento Snider por «no haber dado parte de que un soldado bajo su mando directo había maltratado a detenidos pisándoles los pies y las manos en su presencia».

Antes de dejar el informe Taguba para pasar a examinar los resultados de otras investigaciones independientes, será oportuno citar su rotunda conclusión sobre la culpabilidad de algunos militares y civiles que no han sido encausados, o no siquiera acusados, por los maltratos de Abu Ghraib:

> Varios soldados del ejército de los Estados Unidos han cometido unos actos atroces y han quebrantado la ley internacional en Abu Ghraib (complejo de reclusión central de Bagdad o CRCB) y en Camp Bucca, Irak. Además, oficiales de alta graduación de la brigada 800 de la policía militar y de la brigada 205 de la inteligencia militar han incumplido las directrices, las

> normas y las políticas establecidas para impedir los maltratos a detenidos en Abu Ghraib (CRCB) y en Camp Bucca durante el período comprendido entre agosto de 2003 y febrero de 2004 [...]
>
> Concretando más, sospecho que el coronel Thomas M. Pappas y el teniente coronel Steve L. Jordan, así como los civiles Steven Stephanowicz y John Israel, fueron *directamente o indirectamente responsables de los maltratos de Abu Ghraib* (CRCB) y recomiendo encarecidamente que se tomen de inmediato las medidas disciplinarias descritas en los párrafos anteriores, así como que se inicie una investigación según el Procedimiento 15 para determinar la medida de su culpabilidad [la cursiva es mía].

Quisiera añadir algunos datos a modo de epílogo. Ningún oficial fue hallado culpable de complicidad en estos maltratos. Sólo la general de brigada Karpinski fue amonestada y se le rebajó la graduación a coronel; luego dimitió. El teniente coronel Steven Jordan fue el único que llegó a ir a juicio, pero sólo fue amonestado por cualquier relación que hubiera podido tener con los maltratos. Sin embargo, el caso más palmario de injusticia militar y administrativa estaba reservado para el general de división Antonio Taguba. Puesto que su informe documentaba de una manera tan exhaustiva y detallada la complicidad de tantos oficiales, del ejército en general y de los interrogadores civiles, se le comunicó que nunca sería ascendido. Como militar filipino de más alta graduación, esta afrenta a la integridad de Taguba por haber llevado a cabo su tarea como debía, y no como esperaban los altos mandos militares, le obligó a retirarse antes de tiempo poniendo fin a una distinguida carrera militar.

El informe Fay/Jones amplía la culpa hacia arriba y hacia afuera[7]

El general de división George R. Fay, asistido por el teniente general Anthony R. Jones, investigó las acusaciones de que la brigada 205 de la inteligencia militar había participado en una serie de maltratos a detenidos en Abu Ghraib. También investigaron si alguna organización o algún mando superior al de la brigada había tenido alguna relación con esos maltratos.[8] Aunque su informe propone la atribución disposicional habitual de culpar personalmente a los autores de los maltratos —de nuevo esos

«grupos pequeños de soldados y civiles carentes de moral»—, también extiende la causalidad a los factores situacionales y sistémicos de una manera muy reveladora.

«Los sucesos de Abu Ghraib no se pueden entender por sí solos»: así reza la introducción del informe Fay/Jones antes de describir cómo había contribuido el «entorno operativo» a aquellos maltratos. Coincidiendo con el análisis psicológico social que he venido proponiendo, el informe detalla las poderosas fuerzas situacionales y sistémicas que actuaban dentro del entorno conductual y a su alrededor. Consideremos la importancia de los tres párrafos siguientes del informe final:

> El teniente general Jones ha hallado que, si bien los oficiales de alta graduación no cometieron los maltratos de Abu Ghraib, sí que eran responsables de no haber supervisado el centro, de no haber respondido oportunamente a los informes del Comité Internacional de Cruz Roja y de no haber establecido unas directrices claras y coherentes para la actuación en el nivel táctico.
>
> El general de división Fay ha hallado que, entre el 25 julio de 2003 y el 6 febrero de 2004, veintisiete miembros de la brigada 205 de la inteligencia militar presuntamente solicitaron, alentaron y aprobaron que personal de la policía militar maltratara a detenidos, y/o *participaron en maltratos a detenidos*, y/o violaron los procedimientos de interrogación establecidos, así como las leyes y normas aplicables durante operaciones de interrogación en Abu Ghraib [la cursiva es mía].
>
> Los mandos de unidades con sede en Abu Ghraib o con funciones de supervisión de los soldados y las unidades de Abu Ghraib no ejercieron una supervisión directa de sus subordinados ni de esta importante misión. No sancionaron debidamente a sus soldados. No aprendieron de sus errores y no proporcionaron una formación continua relacionada con la misión [...] La ausencia de un mando eficaz fue uno de los factores que impidieron descubrir antes los incidentes relacionados con maltratos físicos y sexuales y los casos de malentendidos y de confusión, y tomar medidas para impedirlos [...] *Esos maltratos no se habrían producido si se hubieran seguido las directrices y se hubiera ofrecido formación sobre la misión* [la cursiva es mía].

En el informe conjunto de estos generales se resumen múltiples factores que, según su investigación, habían contribuido a los maltratos de Abu Ghraib. Siete de estos factores contribuyeron a los maltratos de una forma directa; sólo uno es disposicional y todos los restantes son situacionales o sistémicos:

- «Propensión individual al delito» (las supuestas disposiciones de los policías militares).

- «Falta de mando» (factor sistémico).
- «Relaciones de mando deficientes en el nivel de la brigada y en escalones superiores» (factor sistémico).
- «Participación de múltiples agencias/organizaciones en las operaciones de interrogación de Abu Ghraib» (factor sistémico).
- «Deficiencias en la selección, la capacitación y la integración de interrogadores, analistas y lingüistas contratados» (factor sistémico).
- «Falta de una comprensión clara de los roles de la policía militar y de la inteligencia militar y de sus responsabilidades en las operaciones de interrogación» (factor situacional y sistémico).
- «Falta de seguridad en Abu Ghraib» (factor situacional y sistémico).

Así pues, seis de los siete factores para los maltratos que especifica el informe Fay/Jones son factores sistémicos o situacionales, y sólo uno es disposicional. Luego, el informe amplía este resumen destacando numerosos fallos sistémicos cuyo papel fue crucial, porque facilitaron los maltratos:

> Más allá de la responsabilidad personal y de los mandos, también hubo problemas de carácter sistémico que contribuyeron a la inestabilidad del entorno en el que se produjeron los maltratos. El informe detalla varias decenas de fallos sistémicos, que van desde los relativos a las directrices y las políticas hasta los relacionados con el mando y el control o con los recursos y la formación.

Cooperación en actividades ilegales de la CIA

Me sorprendió ver que en este informe se criticara de una manera tan pública y abierta el papel de la CIA en los interrogatorios acompañados de maltratos, un papel que en principio debía ser clandestino:

> La falta sistemática de responsabilidad sobre los detenidos y sobre la actuación de los interrogadores impregnaba las operaciones de detención de Abu Ghraib. No está claro cómo y con qué autoridad la CIA podía traer a Abu Ghraib prisioneros como el Detenido 28,* porque no hay constancia de la existencia de ningún acuerdo sobre esta cuestión entre la CIA y el CJTF-7 (el mando general de la operación militar en Irak). Los mandos locales de la CIA convencieron al coronel Pappas y al teniente coronel Jordan de que se les debía permitir *actuar al margen de las normas y los procedimientos locales* [la cursiva es mía].

Crear un entorno de trabajo malsano

El informe Fay/Jones explica mediante un análisis psicológico cómo contribuyó a crear un entorno malsano este trabajo secreto y «al margen de la ley» por parte de agentes de la CIA:

> La muerte del Detenido 28 y otros incidentes, como la presencia del arma cargada en la sala de interrogatorios, eran del dominio público en la comunidad estadounidense (inteligencia militar y policía militar) de Abu Ghraib. La falta de responsabilidad personal y el hecho de que algunas personas estuvieran por encima de la ley y las normas generaron especulaciones y resentimiento. Este resentimiento contribuyó al ambiente malsano que había en Abu Ghraib. La muerte del Detenido 28 aún está por resolver.

El uso del anonimato como escudo protector para asesinar con impunidad se comenta de pasada: «Los agentes de la CIA que actuaban en Abu Ghraib usaban alias y nunca revelaron sus nombres verdaderos».

Cuando las afirmaciones de los policías militares acaban siendo ciertas

La investigación Fay/Jones confirma lo que dijeron Chip Frederick y otros policías militares del turno de noche: que diversas personas que trabajaban para la inteligencia militar en la galería habían alentado y apoyado muchos de los maltratos que habían cometido.

> Los policías militares imputados afirman que actuaron siguiendo instrucciones de la inteligencia militar. Aunque estas afirmaciones son interesadas, hay hechos que las confirman. *El entorno creado en Abu Ghraib contribuyó a que se produjeran esos maltratos y a que las autoridades tardaran tanto tiempo en descubrirlos*. Lo que empezó con detenidos desnudos, humillaciones y estrés, acabó degenerando en una serie de maltratos físicos y sexuales cometidos por un pequeño grupo de soldados y civiles faltos de escrúpulos y de supervisión [la cursiva es mía].

Los generales Fay y Jones dejan claro una y otra vez que los factores sistémicos y situacionales desempeñaron un papel fundamental en los maltratos. Sin embargo, no pueden evitar hacer una atribución disposicional y echar la culpa a un pequeño grupo de individuos «sin escrúpulos», unas manzanas podridas en un cesto por lo demás impoluto y lleno hasta rebosar de «la noble conducta de la inmensa mayoría de nuestros soldados».

Los malos actos de unos perros buenos

El informe Fay/Jones fue uno de los primeros en detallar y censurar algunos de los métodos «aceptados» para facilitar los interrogatorios. Por ejemplo, señala que el empleo de perros fue importado de la prisión de Guantánamo por el general de división Geoffrey Miller, pero añade: «El uso de perros en los interrogatorios para "atemorizar" a los detenidos se llevó a cabo sin la debida autorización».

Cuando se permitió oficialmente el uso de perros con bozal para atemorizar a los prisioneros, no pasó mucho tiempo antes de que se les quitara el bozal de una manera extraoficial para aterrorizarlos más. El informe Fay/Jones identifica a un interrogador civil [civil 21, empleado de CACI] que usó un perro sin bozal durante un interrogatorio y que en una ocasión, cuando otros azuzaban a un perro contra un detenido, gritó a unos policías militares: «¡Dejad que lo muerda!». Para demostrar que los perros sabían morder, el perro en cuestión acababa de hacer trizas el colchón del detenido. A otro interrogador (soldado 17, segundo batallón de la inteligencia militar) se le acusa de no denunciar el uso inadecuado de perros tras observar que un cuidador dejaba que su perro «enloqueciera» asustando a dos menores detenidos después de hacerlo entrar en su celda sin bozal. Este mismo interrogador tampoco denunció que unos cuidadores hablaban de organizar una competición para ver quién conseguía antes que un detenido se asustara hasta el punto de «cagarse encima». Se jactaban de haber conseguido ya que varios detenidos «se mearan encima» amenazándolos con los perros.

Un prisionero desnudo es un prisionero deshumanizado

El empleo de la desnudez para hacer que los detenidos cooperaran se había importado de Guantánamo y de prisiones de Afganistán. Según el informe Fay/Jones, cuando este método se empezó a emplear en Abu Ghraib, «las líneas de autoridad y los límites legales se difuminaron. Simplemente aplicaron el uso de la desnudez en el teatro de operaciones iraquí. El uso de la ropa como incentivo [desnudez] tiene importancia

porque seguramente hizo que la "deshumanización" de los detenidos aumentara y preparó el terreno para que se cometieran maltratos más graves [por parte de los policías militares]».

Culpables: oficiales, inteligencia militar, interrogadores, analistas, intérpretes, traductores y médicos

El informe Fay/Jones concluye declarando culpables a todos los que su investigación señala como responsables de los maltratos de Abu Ghraib: veintisiete personas citadas por su nombre o su código de identidad. Lo que para mí tiene importancia es el número de personas que sabían de los maltratos, que los habían presenciado y que incluso habían participado en ellos y que no hicieron nada para impedirlos, detenerlos o denunciarlos. Ofrecieron a los policías militares la «prueba social» de que era aceptable seguir haciendo cualquier cosa que les viniera en gana. Sus rostros callados y sonrientes ofrecían el apoyo social de la red formada por el equipo general de interrogación que daba su aprobación a unos maltratos que debería haber evitado. De nuevo vemos que la maldad por inacción facilita la maldad por acción.

Los médicos y el personal de enfermería también fueron culpables de no ayudar a las víctimas que sufrían, de ver la brutalidad y mirar hacia otro lado, y de cosas aún peores. Firmaron certificados de defunción falsos y mintieron sobre heridas y miembros rotos. Faltaron al juramento hipocrático y, como dice el profesor de medicina y bioética Steven H. Miles en su libro *Oath Betrayed*, «vendieron su alma por escoria».[9]

Esta meticulosa investigación de los dos generales debería acallar cualquier afirmación de que los policías militares del turno de noche de la galería 1A abusaron y torturaron a prisioneros únicamente por unas motivaciones personales aberrantes o por impulsos sádicos. En lugar de esto, aparece una causalidad múltiple y compleja. En este proceso de torturas y maltratos hay muchos otros soldados y civiles implicados de diversas maneras. Algunos fueron autores, otros facilitadores y otros observadores que no denunciaron los maltratos. Además, vemos que también se señala a muchos oficiales como responsables de estos maltratos

por su negligencia en el mando y por haber creado la situación caótica e imposible en la que se hallaron atrapados Chip Frederick y quienes trabajaban a sus órdenes.

Por otro lado, esta investigación no hacía ninguna acusación directa contra el general Sánchez. Sin embargo, como dijo el general Paul J. Kern a la prensa, no estaba totalmente libre de responsabilidad: «No hallamos al general Sánchez culpable, pero sí responsable de lo que ocurrió».[10] Será difícil encontrar un juego de palabras más elegante: ¡el general Sánchez no es «culpable» de nada, sino simplemente «responsable» de todo! Nosotros no seremos tan benévolos con este general cuando lo sometamos a juicio.

A continuación examinaremos una investigación especial ordenada por Rumsfeld que no estuvo encabezada por otro general, sino por un ex secretario de Defensa, James Schlesinger. La comisión Schlesinger no realizó una nueva investigación independiente; lo que hizo fue entrevistar a altos mandos militares y del Pentágono y su informe nos ofrece muchos datos relevantes para nuestro caso.

El informe Schlesinger señala a los culpables[11]

Éste es el último informe que vamos a examinar. Presenta pruebas valiosas en apoyo de nuestro argumento de que las influencias situacionales y sistémicas contribuyeron a los maltratos de Abu Ghraib. De especial interés es su exposición de múltiples deficiencias en el funcionamiento del centro de detención, la culpabilidad que atribuye a los mandos y la constatación de que el ejército ocultó las fotografías de los maltratos cuando Joe Darby entregó el CD a un investigador del ejército.

Lo que más me sorprendió por inesperado y porque el informe lo valoraba mucho, es la sección destinada a detallar la relevancia de los estudios realizados en el ámbito de la psicología social para entender los maltratos de Abu Ghraib. Por desgracia, esta sección se encuentra arrinconada en un apéndice (G) y no es probable que haya sido muy leída. En este apéndice también se exponen las similitudes existentes entre la situación de Abu Ghraib y los maltratos que se produjeron durante el experimento de la prisión de Stanford.

Maltratos generalizados por parte de los militares

En primer lugar, el informe destaca el carácter generalizado de los «maltratos» en los centros militares de los Estados Unidos (el término «tortura» no se llega a utilizar). En aquellos momentos, noviembre de 2004, había trescientos casos de presuntos maltratos a detenidos en áreas de operación conjunta, con sesenta y seis casos confirmados de «maltratos» por parte de las fuerzas de Guantánamo y de Afganistán, y cincuenta y cinco casos más en Irak. La tercera parte de estos incidentes estaban relacionados con interrogatorios y se informó de que había habido por lo menos cinco detenidos muertos durante los mismos. Por aquel entonces se estaban investigando otras dos docenas de muertes de detenidos. Este lúgubre recuento parece rellenar el «vacío» que Fay y Jones mencionaban en su informe de los maltratos de la galería 1A. Aunque se convirtieron en el caso más visible de los maltratos cometidos por soldados, quizá fueran menos horrendos que los asesinatos y el caos total de otros centros militares de detención que visitaremos más adelante.

Principales problemas y circunstancias agravantes

El informe Schlesinger identificaba cinco problemas principales que alimentaban el contexto de los maltratos:

- Formación inadecuada para la misión de los policías militares y los soldados de la inteligencia militar.
- Equipo y recursos insuficientes.
- Presión a los interrogadores para obtener «información útil» (personal sin experiencia y sin la formación necesaria y prisioneros detenidos hasta noventa días antes de ser interrogados).
- Mando «débil» e inexperto en el seno de una estructura confusa y demasiado compleja.
- Actuación de la CIA siguiendo sus propias normas, sin tener que dar cuentas a la estructura de mando militar.

De nuevo nos hallamos ante una falta de mando

Una y otra vez, el informe deja clara la negligencia de los mandos en cada nivel y su contribución a los maltratos cometidos por los policías militares:

> La conducta aberrante del turno de noche del bloque de celdas 1 de Abu Ghraib se podría haber evitado con una formación, una supervisión y un mando adecuados. Estos maltratos [...] constituyen una conducta aberrante y son consecuencia de una falta de mando y de disciplina.
>
> En interrogatorios realizados en Abu Ghraib y en otros lugares hubo otros maltratos que no se fotografiaron.
>
> Con todo, los maltratos no se debieron simplemente a que algunos individuos no siguieron las normas. Y son consecuencia de algo más que la incapacidad de algunos mandos para imponer la disciplina. *Hay una responsabilidad institucional y personal en niveles superiores* [la cursiva es mía].

Puesto que el general Richard Myers, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, trató de retrasar la divulgación de las fotografías por parte de la CBS en abril de 2004, debía ser consciente de su «trascendencia». No obstante, y como he mencionado antes, esta alta autoridad militar no tuvo ningún problema en decir públicamente que sabía que aquellos sucesos no era «sistemáticos» y que se debían a la actuación delictiva de «unas pocas manzanas podridas».

La psicología social del trato inhumano a otras personas

De la docena larga de investigaciones realizadas sobre los maltratos cometidos en centros militares de detención, el informe Schlesinger es el único que ofrece un estudio detallado de los aspectos éticos y un resumen de las fuerzas situacionales y los factores psicológicos que actuaban en la prisión de Abu Ghraib. Por desgracia, esta información, en lugar de ocupar un lugar destacado, fue relegada al final del informe, en los apéndices H, «Ética», y G, «Factores estresantes y psicología social».

De especial importancia en el plano personal es el hecho de que la comisión identificara paralelismos y similitudes entre los maltratos de Abu Ghraib y el experimento de la prisión de Stanford. Veamos brevemente las principales cuestiones que plantea el informe Schlesinger en este apartado:

> La posibilidad de un trato inhumano a los detenidos durante la «guerra global contra el terrorismo» era totalmente previsible a partir de una comprensión básica de los principios de la psicología social, unida a la conciencia de numerosos factores de riesgo del entorno ya conocidos [...] Las conclusiones del campo de la psicología social indican que las condiciones de la guerra y la dinámica de las operaciones de detención conllevan unos riesgos inherentes de que se pueda maltratar a seres humanos y que, en consecuencia, se deben abordar con gran cautela y con una cuidadosa planificación y formación.

Sin embargo, el informe destacaba que la mayoría de los mandos militares desconocen estos importantes factores de riesgo. Además, y como he señalado repetidamente a lo largo del libro, el informe deja claro que comprender las bases psicológicas de las torturas y de los maltratos no excusa a sus autores: «Estas condiciones no excusan ni eximen de culpa a las personas que se comportaron deliberadamente de una manera inmoral o ilegal [aunque] ciertas condiciones aumentaban la posibilidad de que se produjeran malos tratos».

Las lecciones del experimento de la prisión de Stanford

El informe Schlesinger afirma con rotundidad que «el clásico estudio de Stanford constituye una advertencia para todas las operaciones militares de detención». Al comparar el entorno de Abu Ghraib con el entorno relativamente benigno del experimento de la prisión de Stanford, el informe deja claro que «en las operaciones militares de detención, los soldados trabajan en unas condiciones de combate estresantes que tienen muy poco de benignas». Lo que cabe esperar es que esas condiciones de combate ocasionen unos abusos de autoridad por parte de la policía militar más extremos que los observados en nuestro experimento de la prisión simulada. Luego, el informe Schlesinger aborda el tema central de *El efecto Lucifer*.

«Los psicólogos han intentado entender cómo y por qué unas personas y unos grupos que normalmente actúan de una manera humanitaria pueden actuar de la manera contraria en determinadas circunstancias.» Los conceptos que presenta el informe para ayudar a explicar por qué se produce este fenómeno son la desindividuación, la deshumanización, la imagen del enemigo, el *groupthink*, la desconexión moral, la facilitación social y otros factores del entorno.

Uno de estos factores del entorno era la práctica muy extendida de desnudar a los detenidos. «La técnica de interrogación consistente en quitar la ropa a los detenidos evolucionó en Abu Ghraib hasta desembocar en la práctica de mantener desnudos a grupos de detenidos durante largos períodos de tiempo.» En su detallado análisis de las razones por las que esta práctica de obligar a los detenidos a desnudarse había sido un factor causal de los maltratos en la galería 1A por parte de policías militares y de otras personas, el informe Schlesinger señala que el propósito inicial era hacer que los detenidos se sintieran más vulnerables y cedieran ante los interrogadores, pero que, más adelante, acabó alimentando las condiciones deshumanizadoras de aquella galería.

«Es probable que, con el tiempo, esta práctica acabara teniendo un impacto psicológico en los guardias y en los interrogadores. Llevar ropa es una práctica intrínsecamente social, por lo que desnudar a los detenidos pudo haber tenido la consecuencia involuntaria de deshumanizarlos a los ojos de quienes interaccionaban continuamente con ellos [...] La deshumanización rebaja las barreras morales y culturales que habitualmente impiden [...] maltratar a otras personas.»

Todos los informes que hemos examinado y otros que no hemos visto tienen en común dos elementos básicos: por un lado especifican diversos factores situacionales y del entorno que contribuyeron a los maltratos de Abu Ghraib, y por otro también identifican muchos factores sistémicos y estructurales que propiciaron esos maltratos. Sin embargo, dado que estos informes fueron encargados por los mandamases militares o por el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, sus autores no llegan a atribuir ninguna culpa a los niveles más altos de la cadena de mando.

Para obtener una perspectiva más clara de esta cuestión, dejaremos estos fundamentos probatorios de nuestra acusación y pasaremos a examinar un informe reciente de Human Rights Watch, la mayor organización dedicada a la defensa de los derechos humanos en todo el mundo (www.hrw.org).

Informe de Human Rights Watch: «¿Torturar con impunidad?»[12]

«Getting Away with Torture?» (¿Torturar con impunidad?) es el provocador título del informe publicado por Human Rights Watch (HRW) en abril de 2005, en el que se destaca la necesidad de una investigación verdaderamente independiente de los muchos maltratos, torturas y asesinatos de prisioneros por parte de militares y civiles estadounidenses. Sobre todo exige investigar a los artífices de las políticas que han desembocado en estas violaciones gratuitas de los derechos humanos.

Los «artífices» supremos de los antros de tortura de Abu Ghraib y de otras instalaciones similares en Guantánamo, en Afganistán y en Irak son Bush, Cheney, Rumsfeld y Tenet. Por debajo de ellos se encuentran los «justificadores», los juristas que idearon un nuevo lenguaje y unos conceptos nuevos para legalizar nuevos métodos y medios de tortura; son los asesores legales del presidente: Alberto Gonzales, John Yoo, Jay Bybee, William Taft y John Ashcroft. Los «capataces» encargados de ejecutar la obra fueron altos mandos militares, como los generales Miller, Karpinski, Sánchez y sus adláteres. Por último están los técnicos, los «machacas» encargados de llevar a cabo la tarea cotidiana de interrogar con coacciones, de maltratar y de torturar: son soldados de la inteligencia militar, agentes de la CIA, interrogadores militares y civiles contratados, traductores, médicos y policías militares, incluyendo a Chip Frederick y sus camaradas del turno de noche.

Poco después de que salieran a la luz las fotografías de los maltratos de Abu Ghraib, el presidente Bush juró «llevar a esos malhechores ante la justicia».[13] Pero el informe de HRW señala que sólo han sido llevados ante la justicia unos policías militares de baja graduación, algo que no ha sucedido con ninguna de las personas que crearon las políticas y ofrecieron la ideología y la autorización para esos maltratos. Según el informe de HRW «En los meses transcurridos»:

> Ha quedado claro que no sólo hubo torturas y maltratos en Abu Ghraib, sino en docenas de centros de detención de todo el mundo, que en muchos casos los maltratos provocaron la muerte o secuelas muy graves, y que muchas de las víctimas eran civiles sin ninguna relación con Al Qaeda ni con el terrorismo. También hay pruebas de que se han producido maltratos en «cárceles secretas» situadas en países extranjeros y que las autoridades han enviado sospechosos a cárceles de otros países donde es probable que sean objeto de tortura. Sin embargo, a día de

> hoy los únicos malhechores que han sido llevados ante la justicia son los últimos eslabones de la cadena de mando. Las pruebas exigen ir más allá. Pero existe un muro de impunidad que protege a los artífices de las políticas responsables de estos maltratos y torturas.
>
> Como se demuestra en este informe, cada vez hay más pruebas de que altos mandos civiles y militares —incluyendo al secretario de Defensa Donald Rumsfeld, al ex director de la CIA George Tenet, al teniente general y ex comandante en jefe en Irak Ricardo Sánchez, y al general de división y ex comandante del campo de prisioneros de Guantánamo Geoffrey Miller— tomaron decisiones y dictaron políticas que dieron lugar a infracciones graves y generalizadas de la ley. Todo parece indicar que sabían, o deberían haber sabido, que se estaban produciendo estas infracciones a causa de sus actos. También existen abundantes indicios de que cuando se les presentaron pruebas de que se producían maltratos no hicieron nada para atajarlos.
>
> Los métodos coactivos aprobados por los altos mandos y que han sido muy usados durante los últimos tres años incluyen técnicas que los Estados Unidos han condenado reiteradamente, calificándolos de tortura y brutalidad, cuando han sido puestas en práctica por otros países. Incluso el manual del ejército condena algunos de estos métodos por considerarlos una forma de tortura.

Por muy horribles que puedan ser las imágenes de los maltratos y las torturas que cometieron los policías militares del turno de noche de la galería 1A, parecen insignificantes si se las compara con los muchos asesinatos de detenidos cometidos por soldados, personal de la CIA y otro personal civil. Según Reed Brody, asesor legal de Human Rights Watch, «si los Estados Unidos quiere borrar la mancha de Abu Ghraib, deberá investigar qué altos cargos ordenaron o aprobaron los maltratos y revelar qué autorizó el presidente». Y añade: «Washington debe condenar de una vez por todas el maltrato a detenidos en nombre de la guerra contra el terrorismo».[14]

Muchos maltratadores, pocos castigados, mandos impunes

Dejemos las cosas claras y veamos la extensión de los maltratos a detenidos en Irak, Afganistán y Guantánamo. En un comunicado reciente, el ejército señala que desde octubre de 2001 se han formulado más de 600 acusaciones de maltratos a detenidos. De ellas, hay 190 que nunca se han investigado o por lo menos no se sabe que así haya sido: son los llamados «maltratos fantasma». Se han investigado por lo menos otras 410 con estos resultados: 150 acusados han sido objeto de medidas disciplinarias, 79 han sido juzgados en consejo de guerra, 54 han sido declarados culpables, 10

han sido sentenciados a más de un año de prisión, 30 a menos de un año, 14 no fueron condenados a prisión, 10 fueron declarados inocentes, 15 están pendientes de juicio o se les han retirado los cargos y 71 han recibido una sanción administrativa o no penal. Si hacemos cálculos, nos salen por lo menos 260 investigaciones cerradas o en una situación poco clara en abril de 2006, cuando se publicó el informe.[15] Uno de los adiestradores de perros, el sargento Michael Smith, fue sentenciado a seis meses de prisión por intimidar a detenidos con un perro sin bozal. El sargento sostenía que había «seguido órdenes de ablandar a los prisioneros para interrogarlos». Al parecer también había dicho que «un soldado no debe ser blando ni amable», y es evidente que él no lo era.[16]

Hasta el 10 de abril de 2006, no hay indicio alguno de que el ejército haya siquiera intentado encausar a un solo oficial bajo el principio militar de la responsabilidad de los mandos por haber ordenado personalmente maltratos o por los maltratos cometidos por sus subordinados. En el informe detallado de todos los maltratos investigados sólo cinco oficiales han sido acusados de delitos, y ninguno bajo el principio militar de la responsabilidad de los mandos. El mando militar tiene muy poca mano dura con los oficiales que se descarrían: lo solucionan con audiencias no judiciales y con sanciones administrativas pensadas para infracciones leves que conllevan condenas leves. Y esto ha sucedido en más de 70 casos de maltratos criminales graves, incluyendo 10 casos de homicidio y 20 de agresión. Esta lenidad también se ha aplicado a por lo menos 10 casos de maltratos por parte de agentes de la CIA y a 20 civiles contratados que trabajaban para la CIA o para el ejército. Así pues, es evidente que los maltratos a detenidos han ido mucho más allá de Abu Ghraib y que en ninguno de esos casos de maltratos y torturas se ha aludido a la responsabilidad de los mandos (véase en las notas cómo acceder al informe completo de los maltratos y del trato judicial dispensado a los oficiales culpables)[17].

HRW sube por la cadena de mando

Después de la detallada documentación sobre la extensión de los maltratos cometidos por soldados de la policía militar y de la inteligencia militar, por agentes de la CIA y por civiles contratados como interrogadores, HRW llega casi hasta la cima de la cadena de mando en su acusación de responsabilidad criminal por crímenes de guerra y torturas:

> Aunque la labor de investigar a un secretario de Defensa y a otros altos funcionarios se enfrenta a unos obstáculos políticos muy claros, el carácter de los delitos es tan grave y las pruebas acumuladas son tan voluminosas que el hecho de no subir hasta el siguiente nivel significaría que los Estados Unidos renuncian al principio de responsabilidad. Si no se responsabiliza a quienes diseñaron o autorizaron estas políticas ilegales, todas las expresiones de «repugnancia» del presidente Bush y de otros altos cargos en relación con las fotografías de Abu Ghraib carecen de sentido. Si no se exige una verdadera responsabilidad por estos crímenes, quienes cometan atrocidades por todo el mundo las podrán justificar señalando el trato que los Estados Unidos han dado a sus prisioneros. Cuando un gobierno tan dominante e influyente como el de los Estados Unidos conculca abiertamente la legislación contra la tortura, lo que hace es invitar a otros a hacer lo mismo. La muy necesaria credibilidad de Washington como defensor de los derechos humanos se ha visto perjudicada por la revelación de estas torturas y aún lo será más si la tortura conlleva la total impunidad para quienes la introducen en sus políticas.[18]

Retirar la inmunidad a los artífices de políticas ilegales

Tanto la legislación estadounidense como las leyes internacionales reconocen el principio de «responsabilidad de mando» o «responsabilidad superior» por el que cabe imputar responsabilidad criminal a personas con autoridad civil o militar por delitos cometidos por otras personas que se encuentren bajo su mando. Para establecer esta responsabilidad se deben cumplir tres condiciones. En primer lugar, que exista una relación clara entre subordinado y superior. En segundo término, que el superior haya sabido o haya tenido razones para saber que el subordinado iba a cometer un delito o lo había cometido. En tercer lugar, que el superior no haya tomado unas medidas necesarias y razonables para impedir el delito o castigar a su autor.

Los crímenes de guerra y las torturas están penados de acuerdo con la ley de crímenes de guerra de 1996, la ley contra la tortura de 1996 y el código de justicia militar. Human Rights Watch ha manifestado públicamente que existen motivos suficientes para iniciar una investigación

criminal en relación con cuatro altos cargos: el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el ex director de la CIA George Tenet, el teniente general Ricardo Sánchez y el general de división Geoffrey Miller.

Aquí sólo podré resumir algunas de las justificaciones para considerar a cada uno de estos altos dignatarios responsables de los actos de tortura y de maltrato cometidos bajo su mando; en el informe de HRW consta la descripción completa y una relación de las pruebas pertinentes.

El secretario de Defensa Donald Rumsfeld a juicio

Rumsfeld declaró lo siguiente a la comisión de servicios armados del Senado estadounidense: «Estos sucesos se han producido bajo mi mandato. Como secretario de Defensa soy responsable de ellos. Asumo toda la responsabilidad».[19]

HRW afirma que «se debería investigar al secretario Rumsfeld bajo el principio de "responsabilidad superior" por los crímenes de guerra y los actos de tortura cometidos por soldados de los Estados Unidos en Afganistán, Irak y Guantánamo. El secretario Rumsfeld creó las condiciones para que los soldados cometieran crímenes de guerra y actos de tortura menospreciando y dejando sin efecto la Convención de Ginebra.[20] Lo hizo aprobando técnicas de interrogación que violan la Convención de Ginebra y la Convención contra la Tortura y permitiendo que se ocultaran detenidos al Comité Internacional de Cruz Roja». HRW sigue diciendo:

> Desde los primeros días de la guerra en Afganistán, el secretario Rumsfeld ha estado al corriente de que las tropas estadounidenses cometían crímenes de guerra, incluyendo actos de tortura, mediante sesiones informativas, informes del Comité Internacional de Cruz Roja, informes sobre los derechos humanos e informes de la prensa. Sin embargo, no hay ninguna prueba de que llegara a ejercer su autoridad y declarara que el maltrato a prisioneros debía cesar. De haberlo hecho se habrían evitado muchos de los crímenes cometidos por las fuerzas estadounidenses.
>
> Una investigación permitiría determinar si los métodos ilegales de interrogación que autorizó el secretario Rumsfeld para Guantánamo se utilizaron para infligir un trato inhumano a detenidos en aquel lugar antes de que revocara esa autorización. También permitiría determinar si el secretario Rumsfeld aprobó un programa secreto que alentaba la coacción física y la humillación sexual de prisioneros iraquíes, como afirma el periodista Seymour Hersh. Si esto se confirmara, el secretario Rumsfeld, además de incurrir en responsabilidad superior, también podría ser acusado de instigar crímenes contra detenidos.

Rumsfeld autorizó una lista de métodos de interrogación para los detenidos en Guantánamo que violaba la Convención de Ginebra y la Convención contra la Tortura. Más adelante, estos métodos también se aplicaron en otras prisiones militares de Afganistán y de Irak. Entre las directrices autorizadas por Rumsfeld para preparar a los detenidos para los interrogatorios se encontraban las siguientes:

- Empleo de posturas forzadas (como estar de pie) durante un máximo de cuatro horas.
- Hasta 30 días de reclusión en aislamiento.
- El detenido puede ir encapuchado durante el traslado y el interrogatorio.
- Privación de luz y de estímulos auditivos.
- Retirada de todos los elementos de comodidad (incluyendo elementos religiosos).
- Arreglo personal forzado (afeitado de la cara, etc.).
- Retirada de las prendas de vestir.
- Aprovechar las fobias individuales de los detenidos (como el miedo a los perros) para inducirles estrés.

Otros procedimientos de actuación incluían exponer a los detenidos a unos niveles extremos de calor, frío, luz o ruido.

En reiteradas ocasiones, el Comité Internacional de Cruz Roja puso en conocimiento del Departamento de Defensa la existencia de torturas y maltratos a detenidos (en mayo y julio de 2003, antes de que los hechos de Abu Ghraib salieran a la luz, y en febrero de 2004).[21]

El Comité Internacional de Cruz Roja también informó de centenares de casos de maltratos a detenidos en diversos centros militares y solicitó en repetidas ocasiones que se tomaran medidas para que cesaran de inmediato. Pero sus peticiones fueron desoídas, los maltratos empeoraron y se pusieron trabas a sus inspecciones. En el informe que el Comité presentó de una manera confidencial a los mandos de la coalición en febrero de 2004, se destacaban las siguientes violaciones contra «personas bajo custodia y privadas de su libertad» durante su internamiento por parte de las fuerzas de la coalición:

- Brutalidad durante la captura y la custodia inicial, a veces con resultado de muerte o heridas graves.
- Coacción física o psicológica para obtener información durante los interrogatorios.
- Reclusión prolongada en celdas de aislamiento desprovistas de iluminación.
- Empleo de fuerza excesiva y desproporcionada durante el período de internamiento con resultado de muerte o heridas graves.

Mark Danner, profesor de periodismo de la Universidad de Berkeley, ha estudiado todos los documentos pertinentes para su libro *Torture and Truth: America, Abu Ghraib and the War on Terror*. Basándose en su detallada investigación, Danner llega a la conclusión de que «cuando leemos los documentos, vemos que el secretario de Defensa Donald Rumsfeld está muy implicado personalmente en la aprobación de unos métodos para el trato a prisioneros que van mucho más allá de lo que permiten la ley militar y la ley civil».[22]

El ex director de la CIA George Tenet a juicio

HRW acusa al ex director de la CIA George Tenet de varios delitos. Se informa que bajo la dirección de Tenet, y con su autorización expresa, la CIA torturaba a detenidos usando la técnica del «submarino» (sumergirlos en agua hasta que empezaban a ahogarse) y quitándoles sus medicamentos. Otros métodos usados por la CIA incluyen amenazar a los detenidos con asfixiarlos, hacerles adoptar «posturas forzadas», bombardearlos con luz y ruido, privarles de sueño y hacerles creer que se hallan en manos de gobiernos extranjeros que practican la tortura. Bajo la dirección de Tenet, la CIA «entregaba» detenidos a otros gobiernos que los torturaban. También bajo su dirección, la CIA ha privado a muchos detenidos de la protección de la ley enviándolos a lugares secretos donde se hallan totalmente indefensos, sin recursos, sin ningún contacto con el mundo exterior y totalmente a merced de sus captores. A todos los efectos, estos detenidos, que llevan mucho tiempo incomunicados, se pueden dar por «desaparecidos».

Recordemos que en el informe Fay/Jones se dice que «las prácticas de detención e interrogación de la CIA dieron origen a maltratos, pérdida de responsabilidad, cooperación deficiente entre agencias y un aire malsano que envenenó aún más la atmósfera de Abu Ghraib». En efecto, la CIA actuaba siguiendo sus propias normas y al margen de la ley.

Bajo la dirección de Tenet, la CIA también fomentó la extendida práctica de usar «detenidos fantasma». ¿Cuántos? Nunca lo sabremos de cierto, pero el general Paul Kern, el alto mando que supervisó la investigación del informe Fay/Jones, dijo a la comisión de servicios armados del Senado que «hay decenas [de detenidos fantasma], puede que hasta un centenar». La CIA mantuvo ocultos a muchos detenidos de Abu Ghraib para que no los vieran los inspectores del Comité Internacional de Cruz Roja.

El «hombre de hielo»: asesinado y tirado

El informe Fay/Jones menciona el caso de uno de estos «detenidos fantasma»: en noviembre de 2003, un detenido iraquí de nombre Manadel Al-Jamadi fue traído a la prisión por un equipo SEAL e interrogado por un agente de la CIA sin que se le inscribiera en ningún registro oficial. Jamadi fue «torturado hasta la muerte», pero la causa de esta muerte se ocultó de la manera más inusitada.

La periodista de investigación Jane Mayer ha arrojado luz sobre el papel siniestro que desempeñó la CIA en este homicidio y sobre su horripilante encubrimiento. En su impresionante reportaje titulado «Interrogatorio mortal» y publicado en la revista *The New Yorker* (14 de noviembre de 2005) se pregunta: «¿Puede la CIA asesinar legalmente a un detenido?».

El caso de al-Jamadi es especialmente importante para nuestro intento de entender el contexto conductual en el que trabajaban Frederick y los otros «soldados sin escrúpulos» de Abu Ghraib. Se encontraron atrapados en un entorno donde veían cómo se maltrataba, torturaba e incluso asesinaba de una manera rutinaria a detenidos fantasma. Y veían que los autores, literalmente, asesinaban con impunidad.

En contraste con lo que le había sucedido al «detenido fantasma» Manadel Al-Jamadi, el llamado «hombre de hielo», lo que ellos hacían a los detenidos comunes y corrientes debía parecerse bastante más a una «pura diversión». Sabían que le habían apaleado y asfixiado hasta matarlo, y que luego lo habían recubierto de hielo.

Al-Jamadi era uno de los llamados «sujetos de interrogación de alto valor» porque, supuestamente, había suministrado explosivos a la insurgencia. Un equipo SEAL lo capturó en su casa a las afueras de Bagdad el 4 de noviembre de 2003, a las dos de la madrugada. Tras una violenta refriega acabó con un ojo morado, un corte en la cara y quizá media docena de costillas fracturadas. Los SEAL entregaron a Al-Jamadi a los hombres de la CIA en Abu Ghraib para que lo interrogara Mark Swanner. Este agente de la CIA, acompañado de un traductor, metió a Al-Jamadi en una celda, lo dejó desnudo y empezó a gritarle para que le dijera dónde estaban las armas.

Según el reportaje de Mayer en *The New Yorker*, Swanner dijo a los policías militares que llevaran al prisionero a las duchas de la galería 1A para interrogarlo. Este civil, anónimo para ellos, ordenó a dos de los policías militares que encadenaran al prisionero a la pared aunque a estas alturas su actitud era totalmente pasiva. Les dijo que lo colgaran de los brazos previamente atados a la espalda, una posición de tortura llamada el «colgado palestino» (practicada por primera vez por la Inquisición, que le daba el nombre de *strappado*). Un policía militar recuerda que, cuando salieron de las duchas, «oímos muchos gritos». Menos de una hora después, Manadel Al-Jamadi estaba muerto.

Walter Díaz, el policía militar que estaba de guardia, dijo que no había necesidad de colgarlo de aquella manera porque iba esposado y no oponía resistencia. Según Díaz, cuando Swanner dijo a los policías militares que descolgaran al hombre ya muerto de la pared, «le salió sangre a borbotones por la nariz y la boca, como si se hubiera abierto un grifo».

El problema para la CIA era qué hacer con el cuerpo de la víctima. Al capitán Donald Reese, comandante de la policía militar, y al coronel Thomas Pappas, comandante de la inteligencia militar, se les notificó que se había producido este «incidente desafortunado». Pero no tenían por qué preocuparse, porque la misma CIA se encargó del problema. Dejaron a Al-Jamadi en las duchas hasta la mañana siguiente, recubierto de hielo y envuelto con cinta transparente para retrasar la descomposición del cadáver. Al día siguiente, un médico le puso una infusión endovenosa en el brazo y lo sacó de la prisión en una camilla como si sólo estuviera enfermo y, para no inquietar a los otros detenidos, se les dijo que había sufrido un ataque al corazón. Un taxista local trasladó el cadáver a un lugar desconocido. Se destruyeron todas las pruebas y, puesto que la presencia de Al-Jamadi no se había registrado oficialmente, no había ningún documento al respecto. Los

miembros del equipo SEAL fueron exonerados de sus maltratos a Al-Jamadi, el médico no se pudo identificar y, varios años después, ¡Mark Swanner sigue trabajando para la CIA sin que se haya instruido contra él ninguna causa! Caso casi cerrado.

Entre las horrorosas imágenes que el cabo Graner guardaba en su cámara digital había varias fotografías del «hombre de hielo» que han quedado para la posteridad. Primero estaba la fotografía de una soldado especialista atractiva y sonriente, Sabrina Harman, inclinándose sobre el cuerpo maltrecho de Al-Jamadi haciendo un gesto de aprobación. Luego, Graner suma su sonrisa de aprobación a la de ella antes de que el «hombre de hielo» se derrita. No hay duda de que Chip y los otros policías militares del turno de noche sabían lo que acababa de ocurrir. Si podían pasar cosas así, y si se podían manejar con tanta habilidad, es que en la mazmorra de la galería 1A todo valía. Si no hubieran sacado esas fotografías y Darby no hubiera dado la voz de alarma, puede que el mundo nunca hubiera sabido lo que había sucedido en aquel lugar antes secreto.

Con todo, la CIA sigue obrando con toda libertad al margen de cualquier ley que pueda impedir a sus agentes torturar y asesinar aunque sea en su «guerra global contra el terrorismo». *Lo irónico es que Swanner ha admitido que* no *obtuvo ninguna información útil de aquel «detenido fantasma» al que asesinó*.

El teniente general Ricardo Sánchez a juicio

Como hizo Rumsfeld, el teniente general Ricardo Sánchez también ha admitido públicamente su responsabilidad: «Como comandante en jefe de las operaciones en Irak, asumo la responsabilidad por lo sucedido en Abu Ghraib».[23] Pero esta asunción de responsabilidad no debe quedarse en un mero gesto de cara a la galería y debería tener consecuencias. Human Rights Watch incluye a este alto mando entre los «cuatro grandes» a los que habría que encausar por crímenes de guerra y torturas:

> Se debería encausar al teniente general Sánchez por los delitos de tortura y de crímenes de guerra, bien como autor de los mismos, bien bajo el principio de «responsabilidad superior». El general Sánchez autorizó métodos de interrogación que violan las Convenciones de Ginebra y la

Convención contra la Tortura. Según HRW, él sabía, o debía saber, que la tortura y los crímenes de guerra eran cometidos por tropas bajo su mando directo, pero no impidió tales actos.

Someto a juicio al teniente general Sánchez en este libro porque, según el informe de HRW, «autorizó unos métodos y técnicas de interrogación que violaban la Convención de Ginebra y la Convención contra la Tortura, porque sabía o debería haber sabido que tropas bajo su mando directo habían cometido actos de tortura y crímenes de guerra, y porque no tomó ninguna medida para que estos actos cesaran».

Dado que en la prisión de Guantánamo no se había obtenido «información útil» tras meses de interrogatorios, todo el mundo estaba presionado para obtener pruebas contra los terroristas y para obtenerlas de inmediato, por cualquier medio que se creyera necesario. Mark Danner dio a conocer un correo electrónico enviado por el capitán de la inteligencia militar William Ponce a sus colegas en el que les insta a elaborar una «lista de recomendaciones para los interrogatorios» hacia mediados de agosto de 2003. El mensaje del capitán ya presagia lo que iba a pasar en Abu Ghraib: «Caballeros, se están acabando las contemplaciones con estos detenidos». El mensaje prosigue: «el coronel Boltz [el segundo al mando de la inteligencia militar en Irak] ha dejado claro que hay que doblegarlos. Las bajas crecen y tenemos que empezar a obtener información para proteger a nuestros soldados de más ataques».[24]

El general Geoffrey Miller, que acababa de tomar el mando del centro de detención de Guantánamo, encabezó la visita de un equipo de especialistas a Irak entre agosto y septiembre de 2003. Su misión era comunicar las nuevas políticas de mano dura para los interrogatorios a los generales Sánchez y Karpinski y a otros oficiales. Según Karpinski, «el general Miller decía a Sánchez que quería información mientras le daba golpecitos en el pecho con el dedo».[25] Miller sólo podía intimidar a estos oficiales si contaba con el apoyo de Rumsfeld y de otros altos mandos militares por sus supuestos éxitos en Guantánamo.

Sánchez formalizó las normas para los interrogatorios en un memorándum fechado el 14 de septiembre de 2003, en el que introdujo unas medidas más extremas que las practicadas hasta entonces por sus policías militares y su personal de inteligencia.[26] Algunos de los objetivos

formulados eran: «Crear miedo y desorientación en los detenidos y prolongar su estado de shock por la captura». Estas técnicas recién aprobadas que venían de Rumsfeld por medio de Miller incluían:

> Presencia de perros del ejército: aprovecha el miedo que los árabes tienen a los perros al tiempo que mantiene la seguridad durante los interrogatorios. Los perros llevarán bozal y en todo momento estarán bajo el control de [...] sus cuidadores para impedir que entren en contacto con los detenidos.
>
> Gestión del sueño: el detenido podrá dormir un máximo de 4 horas cada 24 horas sin sobrepasar las 72 horas seguidas.
>
> Gritos, música fuerte y control de la iluminación: su objetivo es crear miedo y desorientación en los detenidos y prolongar su estado de shock por la captura. Controlar el volumen para evitar lesiones.
>
> Posturas forzadas: uso de posturas corporales (sentados, de pie, de rodillas, boca abajo, etc.) durante 1 hora como máximo por postura. El uso de esta(s) técnica(s) no sobrepasará las 4 horas y habrá un descanso adecuado entre cada postura.
>
> Bandera falsa: hacer creer al detenido que le están interrogando individuos de un país distinto de los Estados Unidos.

El informe Schlesinger señala que una docena de las técnicas de Sánchez iban más allá de lo que se considera aceptable en el manual de campo del ejército 34-52 y que incluso eran más extremas que las que habían sido aprobadas para Guantánamo. El memorándum de Sánchez se dio a conocer públicamente en marzo de 2005 en respuesta a una demanda de la FDIA, cerca de un año después de que el general Sánchez hubiera mentido al Congreso bajo juramento (en mayo de 2004) diciendo que nunca había ordenado ni autorizado el uso de perros para intimidar a los detenidos, ni el privarlos de sueño, ni someterlos a un ruido excesivo ni aterrorizarlos. Debería ser encausado por todas las razones acabadas de exponer.

Joe Darby, nuestro heroico denunciante, nos ofrece el punto de vista de un soldado sobre si hubo o no una participación directa del mando militar en los maltratos a detenidos: «Ningún mando sabía de los maltratos porque a ninguno le importaba lo suficiente para enterarse. Ése era el verdadero problema. Toda la estructura de mando estaba en la inopia, sin enterarse de lo que pasaba. Así que nada de conspiración: era pura y simple negligencia.

No tenían ni puta idea».[27] Los mandamases militares han obligado al general Sánchez a retirarse (1 de noviembre de 2006) por su papel en el escándalo de Abu Ghraib. El mismo general admite que «ésta es la razón principal, la única razón, de que me hayan obligado a retirarme» (*Guardian Unlimited*, 2 de noviembre de 2006, «U.S. General Says Abu Ghraib Forced Him Out»).

El general de división Geoffrey Miller a juicio

Según Human Rights Watch, «el general de división Geoffrey Miller, como comandante del campo de prisioneros de alta seguridad de Guantánamo, Cuba, debería ser encausado por su presunta responsabilidad en los crímenes de guerra y los actos de tortura cometidos contra detenidos en aquel lugar». Además, «sabía o debería haber sabido que las tropas bajo su mando cometían crímenes de guerra y actos de tortura contra detenidos en Guantánamo» y «el general Miller pudo haber propuesto para Irak unos métodos de interrogación que fueron la causa inmediata de los actos de tortura y los crímenes de guerra cometidos en Abu Ghraib».

El general Miller fue comandante de Guantánamo entre noviembre de 2002 y abril de 2004, cuando pasó a encargarse del sistema de prisiones de Irak hasta 2006. Fue destinado a Guantánamo para sustituir al general Rick Baccus, al que los de arriba consideraban «demasiado blando» con los prisioneros porque insistía en respetar estrictamente las directrices de la Convención de Ginebra. En muy poco tiempo, «Camp X-Ray» se transformó en «Camp Delta», con 625 internos, 1.400 soldados de la policía militar y la inteligencia militar, y muchísima tensión.

Miller fue muy innovador y creó unos equipos de interrogación especializados que por primera vez integraban a personal de la inteligencia militar junto con guardias de la policía militar, desdibujando una línea que para el ejército siempre había sido impermeable. Para meterse en la cabeza de los prisioneros, Miller recurrió a expertos. «Hizo venir a varios científicos de la conducta, un grupo de psicólogos y psiquiatras [tanto

civiles como militares]. Y se pusieron a buscar vulnerabilidades psicológicas, puntos débiles, formas de manipular a los detenidos para obligarlos a cooperar: buscaban vulnerabilidades psíquicas y culturales.»[28]

Basándose en el historial médico de los prisioneros, los interrogadores de Miller intentaban provocarles depresión, desorientarlos y doblegarlos. Los prisioneros resistieron: hubo huelgas de hambre, al principio se suicidaron por lo menos catorce prisioneros y, en los años siguientes, varios centenares también lo intentaron.[29] Hace poco, tres detenidos en Guantánamo se suicidaron ahorcándose con sábanas en sus celdas; ninguno de ellos había sido acusado formalmente después de haber estado cautivos allí muchos años. En lugar de reconocer estos suicidios como los actos de desesperación que son, un portavoz del gobierno los ha ridiculizado tildándolos de «maniobra de relaciones públicas para llamar la atención».[30] Y un contraalmirante de la marina ha llegado a decir que no habían sido un acto de desesperación, sino «un acto asimétrico de guerra en nuestra contra».

La autorización oficial por parte del secretario Rumsfeld de las técnicas más duras jamás usadas por soldados estadounidenses hizo que los nuevos equipos de interrogación de Miller fueran más agresivos. Abu Ghraib iba a ser el nuevo laboratorio experimental de Miller para comprobar sus hipótesis sobre las maneras de obtener «información útil» de prisioneros que se resistieran. Rumsfeld viajó a Guantánamo con su ayudante Stephen Cambone para reunirse con Miller y confirmar que todos tenían el mismo objetivo.

Recordemos que, según la general Karpinski, Miller le había dicho: «Hay que tratar a los prisioneros como perros. Si [...] les dejas creer que son más que perros, habrás perdido el control del interrogatorio antes de empezar [...] Y funciona. Eso es lo que hacemos en Guantánamo».[31]

Karpinski también ha declarado públicamente que Miller «me dijo que iba a "guantanamizar" el centro de detención (de Abu Ghraib)».[32] Según el coronel Pappas, Miller le dijo que el uso de perros en Guantánamo había sido eficaz para crear una atmósfera que facilitaba obtener información de los prisioneros y que el uso de perros «con o sin bozal» estaba bien.[33]

Para asegurarse de que sus órdenes se cumplían, Miller redactó un informe y dejó un disco compacto con unas instrucciones detalladas. Fue entonces cuando el general Sánchez autorizó las nuevas normas «de mano dura» basadas en muchas de las técnicas que se usaban en Guantánamo. El general retirado Paul Kern dejó claros los problemas creados por la aplicación en Abu Ghraib de unos métodos pensados para Guantánamo: «Creo que estaba todo muy confuso. Quiero decir que en los ordenadores de Abu Ghraib encontramos memorándums del secretario de Defensa Rumsfeld escritos para Guantánamo, no para Abu Ghraib. Y aquello provocó confusión».[34] Por todas las razones acabadas de exponer, añadimos al general Geoffrey Miller a nuestra lista de acusados de crímenes contra la humanidad.[35]

En sus acusaciones por los maltratos y las torturas de Abu Ghraib, Human Rights Watch se queda a un paso de la cumbre del sistema: el vicepresidente Dick Cheney y el presidente George W. Bush. Pero yo no voy a vacilar. Dentro de poco los añadiré a nuestra lista de acusados. Se les acusará por el papel que han desempeñado al redefinir la tortura, suspender las garantías que la ley internacional otorga a los prisioneros y alentar a la CIA a emplear una serie de métodos ilegales y criminales por su obsesión con la llamada «guerra contra el terrorismo».

Pero antes debemos ahondar más en la pregunta de si los maltratos de la galería 1A fueron un incidente aislado imputable a esas pocas manzanas podridas o si su execrable conducta formaba parte de un patrón más generalizado de maltratos aprobados tácitamente y practicados por muchos militares y civiles dedicados a capturar, encarcelar e interrogar a sospechosos de actividades de insurgencia. Mi argumentación señalará que el cesto de manzanas empezó a pudrirse por arriba.

Tortura por todas partes, y además caos

Como hizo el día después de que las fotografías de los maltratos salieran a la luz por primera vez, el general Richard Myers, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, sigue negando que los maltratos fueran una práctica extendida por todo el sistema y continúa echando toda la culpa

a «los siete policías militares de Abu Ghraib». El 25 de agosto de 2005 manifestó públicamente: «Creo que se han hecho por lo menos quince investigaciones sobre Abu Ghraib y ya nos hemos ocupado del tema. Por decirlo así, si sólo fue el turno de noche de Abu Ghraib, que es lo que fue, es que sólo participaron en esto una pequeña parte de los guardias, y esto deja bastante claro que no se trata de un problema más general».[36]

¿Llegó a leer alguno de esos informes? Los fragmentos de las investigaciones independientes que he resumido aquí bastan para dejar más que claro que los maltratos habían ido mucho más allá de esos pocos policías militares que salían en las fotografías de la galería 1A. Estas investigaciones implican a mandos militares, a interrogadores civiles, a la inteligencia militar y a la CIA en la creación de las condiciones que alimentaron los maltratos. Peor aún: participaron en otros maltratos mucho más graves.

Recordemos que en el informe Schlesinger se detallaban cincuenta y cinco casos de maltratos a detenidos en todo Irak, así como veinte casos de muertes de detenidos cuya lenta investigación aún no ha concluido. El informe Taguba encontró numerosos casos de maltratos criminales gratuitos que representaban «un maltrato a detenidos *sistemático* e ilegal» en Abu Ghraib (la cursiva es mía). Otro informe del Pentágono documentaba cuarenta y cuatro acusaciones de crímenes de guerra en Abu Ghraib. El Comité Internacional de Cruz Roja dijo al gobierno que el trato a los detenidos de muchas prisiones militares implicaba una serie de coacciones psicológicas y físicas que «equivalen a la tortura». Más aún, afirmaba que el uso de estos métodos por parte de interrogadores de Abu Ghraib «parecía formar parte de los procedimientos de actuación del personal de la inteligencia militar para obtener confesiones e información». Y acabamos de ver los datos estadísticos más recientes que hablan de más de 600 casos de maltratos en prisiones militares de los Estados Unidos en Irak, Afganistán y Cuba. ¿Se reduce todo esto a «unas cuantas manzanas podridas» en una sola galería de una sola prisión?

Revelaciones de maltratos generalizados a prisioneros

antes de Abu Ghraib

Aunque las autoridades militares y civiles han intentado hacer ver que los maltratos y las torturas de Irak se reducen a unos actos aislados cometidos por soldados sin escrúpulos del turno de noche de la galería 1A en otoño de 2003, nuevos documentos del ejército desmienten esta versión de los hechos. El 2 de mayo de 2006, la American Civil Liberties Union hizo públicos unos documentos del ejército en los que se revelaba que altos cargos del gobierno habían tenido noticia de casos extremos de maltratos a detenidos en Irak y en Afganistán dos semanas *antes* de que el escándalo de Abu Ghraib saliera a la luz. Según consta en un documento interno titulado «Denuncias de maltratos a detenidos en Irak y Afganistán», con fecha de 2 de abril de 2004, en aquellos momentos se estaban realizando sesenta y dos investigaciones de *homicidios* y maltratos a detenidos por parte de soldados estadounidenses.

Los casos incluyen agresiones, palizas, ejecuciones simuladas, agresión sexual a una detenida, amenaza de matar a un niño iraquí para «enviar un mensaje a otros iraquíes», desnudar a detenidos, apalearlos y conmocionarlos con detonadores, apedrear a niños iraquíes esposados, asfixiar a detenidos mediante pañuelos con nudos y llevar a cabo interrogatorios a punta de pistola. Por lo menos veintiséis casos acabaron con la muerte del detenido. Algunos de estos casos ya se habían sometido a consejo de guerra. Los maltratos iban más allá de Abu Ghraib y se habían cometido en Camp Cropper, Camp Bucca y otros centros de detención en suelo iraquí como Mosul, Samarra, Bagdad y Tikrit, así como en la base afgana de Orgun-E (para consultar el informe completo de la ACLU, véanse las notas).[37]

En un informe del Pentágono sobre la investigación de maltratos por parte de militares realizada por el general de brigada Richard Formica se dice que las tropas estadounidenses de operaciones especiales siguieron interrogando a detenidos con métodos crueles y no autorizados durante un período de cuatro meses a principios de 2004. Esto fue mucho *después* de los maltratos de Abu Ghraib (2003) y una vez que su uso se había prohibido. Algunos maltratos a los prisioneros consistían en hacerles pasar

hasta diecisiete días a pan y agua, obligarles a ir desnudos, encerrarlos una semana en unas celdas tan pequeñas que no podían estar de pie ni echados, dejar que se helaran de frío, privarles de sueño y ponerles música a todo volumen. Sin embargo, ninguno de estos soldados recibió ni una simple amonestación. Para Formica, los maltratos no eran «deliberados» ni se debían a «faltas personales», sino que eran consecuencia de «una política inadecuada». Para completar la operación de maquillaje añadía que, según sus observaciones, «ningún detenido parecía desmejorado a causa de aquel trato».[38] *¡Impresionante!*

Unos marines asesinan a civiles iraquíes a sangre fría

Hasta ahora me he centrado en entender el cesto podrido de las prisiones que puede corromper a los buenos carceleros, pero hay un cesto aún mayor y más mortífero: la guerra. Todas las guerras habidas y por haber, en todas las épocas y en todos los países, transforman en asesinos a hombres normales e incluso buenos. Para eso se adiestra a los soldados, para que maten a quienes han sido calificados de enemigos. Sin embargo, bajo las condiciones extremas del combate, con la fatiga, el miedo, la ira, el odio y la venganza a todo gas, el hombre puede perder el norte moral e ir más allá de matar a combatientes enemigos. Si no se mantiene una disciplina militar estricta, si el soldado no es consciente de que es responsable de sus actos, de que está bajo la vigilancia de sus superiores, la furia se desata en una orgía inconcebible de violaciones y asesinatos de civiles, además de soldados enemigos. Sabemos que así ocurrió en My Lai y en otras matanzas militares no tan conocidas, como las de la «Tiger Force» en Vietnam. Durante siete meses, esta unidad de élite dejó tras de sí un reguero de sangre con más de mil civiles brutalmente asesinados.[39] Por desgracia, también en Irak la brutalidad de la guerra ha desbordado el campo de batalla para inundar pueblos y ciudades.[40]

Según los expertos militares, cuando los soldados deben enfrentarse a unos enemigos escurridizos en lo que se llama una «guerra asimétrica», cada vez les será más difícil mantener la disciplina en estas condiciones de estrés. En todas las guerras se producen atrocidades y las cometen la

mayoría de las fuerzas de ocupación, incluso las más tecnificadas. Según un destacado miembro de un grupo de expertos militares de Washington, «decir combate es decir estrés, y los actos criminales contra civiles son un síntoma clásico del estrés del combate. Si tenemos a un número suficiente de soldados en una situación de combate el tiempo suficiente, algunos acabarán asesinando a civiles».[41]

Tenemos que admitir que los soldados son unos asesinos bien adiestrados, que han pasado con éxito por una intensa experiencia de aprendizaje en campamentos de instrucción y con el campo de batalla como terreno de pruebas. Deben aprender a reprimir su anterior formación moral, regida por el «no matarás». La nueva formación militar destinada a «recablear» o reacondicionar su cerebro para que consideren el hecho de matar en tiempos de guerra como una respuesta natural se conoce con el nombre de «asesinología» o «ciencia de crear asesinos» (*killology*). Este término fue acuñado por el teniente coronel retirado Dave Grossman, actualmente profesor de ciencia militar en West Point, y se explica con más detalle en su libro *On Killing* y en su sitio web.[42]

Pero, a veces, la «ciencia de crear asesinos» se puede descontrolar hasta el punto de convertir el asesinato en algo ordinario. Veamos a modo de ejemplo la reacción de un soldado de 21 años de edad que acababa de matar a un civil iraquí que no se había detenido en un control. «No es nada especial. Aquí, matar a la gente es como aplastar a una hormiga. Vamos, que matas a alguien y es, no sé, como "Venga, vamos a por una pizza". En resumen, que yo pensaba que matar a alguien sería una experiencia de ésas que te cambian para siempre, ¿no? Y resulta que cuando lo haces no pasa nada y piensas: "Bueno, pues vale"».[43]

El 19 de noviembre de 2005, estalló una bomba junto a una carretera de entrada a la ciudad iraquí de Haditha, y mató a un marine e hirió a otros dos. Unas horas después, y según una investigación realizada por los mandos del cuerpo de marines, quince civiles iraquíes murieron por la explosión de un artefacto. Caso cerrado, porque muchos iraquíes mueren así prácticamente cada día. Sin embargo, un vecino de la ciudad (Taher Thabet) grabó en vídeo los cuerpos acribillados de los civiles muertos y pasó la cinta a la oficina de la revista *Time* en Bagdad. Esto dio origen a una

verdadera investigación del asesinato de veinticuatro civiles por parte de aquel batallón de marines. Parece que los marines habían entrado en tres casas y habían asesinado metódicamente a todos sus ocupantes, incluyendo siete niños y cuatro mujeres, con disparos y granadas. También mataron a un taxista y a cuatro estudiantes que habían parado el taxi en la calle de al lado.

Es evidente que los mandos de los marines intentaron ocultar los hechos cuando supieron que sus hombres no habían respetado las reglas de combate y habían asesinado sin motivo a aquellos civiles. En marzo de 2006 el comandante del batallón y dos comandantes de compañía fueron relevados del mando; uno de ellos dijo ser una «víctima política». En el momento de redactar estas líneas aún hay varias investigaciones en marcha y puede que resulte culpable algún oficial de mayor graduación. Un dato importante que añadir a esta terrible historia es que esos marines del tercer pelotón de la compañía Kilo eran soldados con experiencia y cumplían su segundo y tercer período de servicio. Ya habían participado en unos combates muy violentos en Faluya y casi la mitad de sus camaradas habían caído muertos o heridos de gravedad. Por lo tanto, antes de la matanza de Haditha ya habían acumulado mucha furia y sed de venganza.[44]

La guerra es un infierno para los soldados, pero siempre es mucho peor para los civiles de las zonas de batalla, y sobre todo para los niños, cuando los soldados pierden el norte moral y actúan contra ellos con crueldad. En otro incidente reciente que se halla en proceso de investigación, unos soldados estadounidenses asesinaron a trece civiles en la aldea iraquí de Ishaqi. Algunos, incluyendo varios niños, fueron hallados atados y con un tiro en la cabeza. Tras reconocer que las víctimas «no eran combatientes», los mandos militares estadounidenses las calificaron de «muertes colaterales» (en otro ejemplo de eufemismo asociado a la desconexión moral).[45]

Imaginemos lo que ocurre cuando un oficial superior da permiso a sus soldados para matar civiles. Cuatro soldados acusados de matar a tres hombres iraquíes desarmados durante el registro de una vivienda en la ciudad iraquí de Tikrit habían recibido de su comandante, el coronel Michael Steele, la orden de «matar a todos los varones en edad militar». El

soldado que dio a conocer esta nueva regla de combate había sido amenazado por sus compañeros para que no hablara a nadie de aquellos asesinatos.[46]

Uno de los peores horrores de la guerra es la violación de mujeres civiles inocentes a manos de soldados, como ocurrió en Ruanda en la matanza de mujeres tutsi por parte de la milicia hutu que se describe en el capítulo 1. Ahora se sabe que en Irak se han cometido unas brutalidades similares: un grupo de soldados estadounidenses (pertenecientes a la división aerotransportada 101) han sido acusados por un tribunal federal de violar a una niña de 14 años de edad después de haber matado a sus padres y a su hermana de 4 años; después de abusar de ella la mataron de un tiro en la cabeza y quemaron todos los cuerpos. Las pruebas indican claramente que este acto sanguinario había sido premeditado: habían visto a la niña en su puesto de control y antes de irrumpir en su casa se quitaron los uniformes (para no ser identificados) y la violaron después de asesinar a su familia. Inicialmente, el ejército había atribuido estos asesinatos a la insurgencia.[47]

Y ha llegado ya el momento de dejar las generalizaciones abstractas, los datos estadísticos y las investigaciones del ejército para pasar a escuchar las confesiones de varios interrogadores del ejército estadounidense sobre lo que vieron y lo que hicieron en relación con los maltratos a detenidos. Como vamos a ver, han revelado públicamente el alcance de los maltratos y las torturas que han presenciado y que han cometido personalmente.

También examinaremos brevemente el programa de Guantánamo que ha sido revelado hace poco y que facultaba a unas jóvenes interrogadoras, apodadas «las nenas de la tortura» por los medios de comunicación, a emplear diversas técnicas de carácter sexual en su repertorio de métodos de interrogación. Su presencia y sus métodos han tenido que recibir el visto bueno de los mandos; está claro que no decidieron «sexualizar» Cuba por iniciativa propia. Veremos que no sólo cometieron actos despreciables los modestos policías militares de la galería 1A, sino que también hubo soldados de élite y oficiales que cometieron actos de violencia aún más brutales contra prisioneros.

Por último, veremos que el alcance de la tortura supera prácticamente todas las fronteras, porque los Estados Unidos «subcontratan» torturas a otros países en unos programas conocidos como «entregas», «entregas extraordinarias» e incluso «entregas inversas». Descubriremos que no sólo Saddam torturaba al pueblo iraquí: también lo han hecho los Estados Unidos, y ni siquiera el nuevo régimen iraquí se ha reprimido a la hora de torturar a sus hombres y mujeres en prisiones secretas esparcidas por todo Irak. No podemos sino sentir una profunda lástima por los iraquíes cuando vemos que sus torturadores adoptan tantas formas diferentes.

Los testigos de la acusación

El soldado especialista Anthony Lagouranis (jubilado) fue interrogador del ejército durante cinco años (de 2001 a 2005), con un período de servicio en Irak en 2004. Aunque primero fue destinado a Abu Ghraib, Lagouranis fue trasladado después a una unidad especial de inteligencia que actuaba en distintos centros de detención distribuidos por todo Irak. Cuando habla de la «cultura del maltrato» que impregnaba los interrogatorios en todo Irak, sus datos se refieren a todo el país, y no sólo a la galería 1A.[48]

Luego está el sargento Roger Brokaw (jubilado), que desde la primavera de 2003 trabajó seis meses en Abu Ghraib como interrogador. Según Brokaw, muy pocos de los detenidos con los que había hablado, puede que sólo un 2 %, eran peligrosos o miembros de la insurgencia; la mayoría de ellos habían sido traídos o señalados por policías iraquíes porque les guardaban rencor por algo o porque, simplemente, no les caían bien. Los dos dicen que una de las razones de que la información («inteligencia») obtenida fuera tan poca era que los centros de detención estaban llenos a rebosar de personas que no tenían información que dar. Muchos habían caído en redadas cuyo objetivo era capturar a todos los varones de las familias que vivían en una zona de actividad de la insurgencia. Al haber tan pocos interrogadores con experiencia y tan pocos intérpretes, cuando los detenidos acababan siendo entrevistados la información que pudieran tener ya era inservible por anticuada.

Dedicar tanto esfuerzo para obtener unos resultados tan pobres causaba mucha frustración. Y, como predeciría la ya vieja hipótesis de la frustración-agresividad, esta frustración creciente provocaba más y más agresividad. El tiempo volaba; la insurgencia iba en aumento; los mandos militares, que sentían la presión de los gerifaltes civiles de la cadena de mando, cada vez apretaban más. La obtención de información era vital.

Brokaw: «Pillaban a gente por cualquier cosa, en cualquier momento. Había que cumplir unos objetivos, había que interrogar a tantas personas por semana y enviar los informes para que subieran por la cadena de mando».

Lagouranis: «Rara vez sacábamos algo que valiera la pena de los interrogatorios y para mí que era porque nos traían gente inocente que no sabía nada».

Brokaw: «Y el 98 % de la gente con la que hablé no tenía por qué estar allí. Los habían pillado sin más ni más; hacían una redada, entraban en su casa, los sacaban de allí y los metían en un campo de detención. El coronel Pappas nos apretaba para que sacáramos información. "Vamos a sacar esa información, a salvar la vida a otros soldados. Si encontramos esas armas, si encontramos a esos rebeldes, salvaremos la vida a muchos soldados." Y para mí que esto llevó a la idea de que los interrogadores o los policías militares podían hacer lo que les viniera en gana para ablandar a esa gente».

Brokaw también dijo que el mensaje de «quitarse los guantes» (dejarse de contemplaciones) fue bajando por la cadena de mando hasta que esa metáfora boxística adquirió un significado literal.[49]

Brokaw: «Oí decir: "Vamos a quitarnos los guantes". Lo dijo el coronel Jordan una noche, en una de las reuniones. "Nos vamos a quitar los guantes. Vamos a enseñar a esa gente quién manda aquí." Y, claro, hablaba de los detenidos».

Cuanto más se extendía la insurgencia contra las fuerzas de la coalición y más bajas causaba, más aumentaba la presión sobre la inteligencia militar y la policía militar para que obtuviera aquella información tan escurridiza.

Lagouranis añadía algunos detalles: «Ahora pasa por todo Irak. Es, bueno, como decía, torturan a la gente en su casa. La infantería tortura a la gente en su propia casa. Bueno, ya lo he dicho antes, hasta llegaban a quemarlos. Machacaban los pies a la gente a culatazos. Les rompían los huesos, las costillas. Bueno, todo eso, cosas muy fuertes». Y añadía: «Cuando las unidades hacían redadas y entraban en una casa se quedaban allí torturando a la gente».

¿Hasta dónde podían llegar los policías militares y el personal de inteligencia militar en sus intentos de obtener información?

Lagouranis: «Por un lado trataban de sacar información, pero por otro era puro sadismo. Sigues y sigues y sigues para ver hasta dónde puedes llegar. Es natural que la gente se acabe frustrando a tope cuando estás ahí sentado con alguien sobre el que tienes todo el control y todo el poder, y ves que no puedes hacer que haga lo que quieres. Y así todo el día y cada día, uno tras otro. Y llega un momento que empiezas a dar más caña».

¿Qué ocurre cuando añadimos unos niveles elevados de miedo y de venganza como catalizadores psicológicos de esta mezcla tan volátil?

Lagouranis: «Estás que no puedes más porque te machacan sin parar con morteros, bueno, con cohetes, porque nos tiran lanzagranadas, y no puedes hacer nada, y ves que ese enemigo que no puedes ver va matando gente a tu alrededor. Y entonces, cuando entras en la celda de interrogación con este tío que piensas que puede tener que ver con todo eso, pues bueno, quieres llegar lo más lejos que puedas».

¿Y hasta dónde acabaron llegando?

Lagouranis: «Recuerdo al suboficial que estaba al mando del centro de interrogación. Dijo haber oído que los SEAL echaron agua helada a un prisionero para que le bajara la temperatura. Y le daban, bueno, le metían un termómetro en el recto para vigilar que no se muriera. Lo tenían al borde de la hipotermia». ¡La recompensa por revelar la información exigida era deshelar al prisionero antes de que muriera!

En una muestra de otra potente técnica psicológica, el modelado social, este interrogador aplicó una estrategia similar a lo largo de toda una noche dentro de un frío contenedor de metal que servía de celda de interrogación.

Lagouranis: «Pues eso, que los teníamos al borde de la hipotermia, es lo que llaman "manipulación del entorno", con música a tope y luces estroboscópicas. Y luego traíamos a los perros para que los asustaran. Pero estaba controlado, porque los perros llevaban bozal y los cuidadores los sujetaban. Pero el detenido no lo sabía porque llevaba los ojos vendados. Eran unos pastores alemanes muy grandes. Bueno, pues cuando le hacía una pregunta al prisionero y la respuesta no me gustaba, le hacía una seña al cuidador, y el perro empezaba a ladrar y se echaba sobre el prisionero, pero no podía morderlo [...] A veces se meaban encima del miedo ¿no? Sobre todo porque iban con los ojos vendados. No podían saberlo; total, que era una experiencia muy aterradora. A mí me mandaban hacerlo, pero yo siempre hacía que el suboficial que estaba al mando me lo confirmara por escrito».

La desconexión moral facilita que la gente se comporte de una manera que normalmente no superaría la barrera de su propia autocensura.

Lagouranis: «Es que tienes la sensación de que estás fuera de la sociedad normal, ¿no? La familia, los amigos, no están allí para ver lo que sucede. Y todo el mundo participa en esa, no sé como llamarlo, psicosis, a falta de una palabra mejor, en esa ilusión de lo que haces allí. Y cuando miras a tu alrededor, lo que antes estaba bien se viene abajo, ¿no? Yo mismo lo acabé sintiendo. Recuerdo que estaba en aquel contenedor, en Mosul. Había estado con un tío [un prisionero al que debía interrogar] toda la noche. Y te sientes tan aislado, aislado moralmente, que tienes la sensación de que puedes hacerle a ese tío lo que quieras, y a lo mejor hasta quieres hacérselo».

Este joven interrogador, que deberá pasarse el resto de su vida consciente del mal que hizo mientras servía a su país, describe cómo se intensifica la violencia, cómo se alimenta a sí misma.

Lagouranis: «Sigues y sigues y sigues para ver hasta dónde puedes llegar. Y parece que eso forme parte de la naturaleza humana. Bueno, mucha gente habrá leído lo de unos estudios hechos en unas cárceles norteamericanas donde haces que un grupo de gente se encargue de otro grupo y les das todo el poder y la cosa enseguida acaba con maltratos y torturas, ¿no? O sea que es algo muy normal». [¿Quizá se refiere al

experimento de la prisión de Stanford? De ser así, parece que nuestra prisión ha alcanzado la condición de leyenda urbana y ha acabado por convertirse en una prisión «de verdad».]

Un mando firme y estricto es esencial para atajar los maltratos:

Lagouranis: «Y pude verlo [crueldades y maltratos] en todos los centros de detención en los que estuve. En los centros donde no había un mando fuerte, fuerte de verdad, que dijera: "No vamos a tolerar maltratos" [...] se producían maltratos. Y lo hacían hasta los policías militares, que no intentan obtener información: lo hacen porque es algo que hace la gente de allí si no están controlados desde dentro o desde arriba».

Después de ver casos aún peores de maltratos «por parte de los marines de North Babel», Lagouranis no pudo aguantar más. Empezó a redactar informes sobre los maltratos, documentándolos con fotografías de las heridas y con declaraciones juradas de los prisioneros, y luego envió toda esta información a la cadena de mando del cuerpo de marines. ¿Cómo fue recibida esa información? Pues de la misma forma en que lo fueron las quejas que Chip Frederick planteó a sus superiores sobre las malas condiciones de Abu Ghraib: ningún mando de los marines respondió a las denuncias de este interrogador.[50]

Lagouranis: «Nunca vino nadie a ver todo aquello; nunca se presentó nadie para hablar conmigo. Tenía la sensación de estar enviando todos aquellos informes para nada. Nadie los investigaba: o no tenían manera de investigarlos o no lo querían hacer». [Este silencio oficial debería acallar cualquier discrepancia.]

Un caso especial que indica hasta dónde podía llegar un equipo de interrogación de Guantánamo es el caso documentado del «Prisionero 063». Su nombre era Mohammed Al-Qahtani y se creía que era «el vigésimo secuestrador de aviones» de los ataques terroristas del 11-S. Prácticamente no se libró de ningún maltrato imaginable. Se le obligaba a orinarse encima, se le privaba durante días de sueño y de comida y lo aterrorizaban con un feroz perro de ataque. Su capacidad de resistencia sólo sirvió para que le maltrataran más. Le hacían llevar sostenes y le ponían un tanga en la cabeza. Los interrogadores se burlaban de él diciendo que era homosexual. Incluso le colocaron un collar y una correa de perro y le obligaron a hacer

«gracias» como si fuera un perro de verdad. Una interrogadora se montó a horcajadas sobre él con la intención de excitarlo sexualmente y luego lo castigó por haber violado sus creencias religiosas. Los periodistas de investigación de la revista *Time* han revelado con todo detalle y casi minuto a minuto el mes entero que se pasó AlQahtani sometido a un interrogatorio secreto.[51] Vemos una mezcla de métodos toscos y brutales con algunos muy sofisticados y con otros que son, simple y llanamente, una estupidez. Cualquier detective de policía con experiencia podría haber sacado más de aquel prisionero en mucho menos tiempo y sin necesidad de recurrir a métodos tan inmorales.

Al tener conocimiento de este interrogatorio, Alberto Mora, asesor jurídico de la armada de los Estados Unidos, se quedó horrorizado ante aquellas prácticas totalmente ilícitas que sólo un ejército o un gobierno despreciables podían haber aprobado. En una elocuente declaración que proporciona el marco esencial para apreciar lo que significa dar el visto bueno a estos atroces interrogatorios, Mora dijo:

> Si la crueldad ya no se declara ilegal y pasa a formar parte de la política establecida, la relación fundamental entre hombre y gobierno se desvirtúa. La noción entera de los derechos humanos se destruye. La constitución reconoce que todo hombre tiene un derecho intrínseco, que no otorgan ni el Estado ni las leyes, a la dignidad personal, incluyendo el derecho a no ser objeto de crueldad. Esto se aplica a todos los seres humanos y no sólo a los de Norteamérica: también a los calificados de «combatientes enemigos ilegales». Si hacemos esta excepción, la constitución se viene abajo. Es una cuestión de principios.[52]

Lo que pido al estimado lector ahora, en su calidad de miembro del jurado, es que compare algunos de estos métodos pensados de antemano con los que presuntamente salieron de la mente «pervertida» de los policías militares de la galería 1A y que aparecen en las fotografías. Además de las muchas fotografías de detenidos con bragas en la cabeza, está la horrenda imagen de Lynndie England llevando a rastras por el suelo a un prisionero que lleva puesto un collar y una correa de perro. Ahora parece razonable concluir que las bragas en la cabeza, la correa al cuello y aquel entorno deshumanizador se tomaron prestados de la CIA y de los equipos especiales

de interrogación de Guantánamo del general Miller, y que se habían convertido en métodos de interrogación aceptados que se aplicaban en todas las zonas de guerra, aunque, eso sí, ¡sin fotografías de por medio!

Los soldados de élite de la 82 división aerotransportada rompen huesos y queman fotos

Puede que el testigo más impresionante y al mismo tiempo más admirable de la acusación contra toda la estructura de mando sea el capitán Ian Fishback, graduado con honores en West Point y capitán de una unidad de élite aerotransportada destacada en Irak. Su reciente carta al senador John McCain denunciando la proliferación de los maltratos a prisioneros empieza así:

> Soy un graduado de West Point que actualmente sirve como capitán de infantería. He sido destinado en dos ocasiones a la 82 división aerotransportada, una en Afganistán y otra en Irak. Mientras prestaba servicio en la guerra global contra el terrorismo, los actos y las declaraciones de mis mandos me han llevado a creer que la política de los Estados Unidos no ha exigido la aplicación de la Convención de Ginebra ni en Afganistán ni en Irak.

Durante varias entrevistas que mantuvo con Human Rights Watch, el capitán Fishback reveló con todo detalle las consecuencias alarmantes de aquella confusión sobre los límites legales impuestos a los interrogadores. Su relato de los hechos lo confirman y lo complementan dos sargentos de su unidad de la base de operaciones de Camp Mercury, cerca de Faluya.[53] (Aunque ya se han mencionado en el capítulo anterior, aquí ofreceré una versión más completa de las revelaciones del capitán Fishback, así como de su contexto.)

En su carta al senador McCain, Fishback daba testimonio de diferentes prácticas habituales antes de los interrogatorios y durante los mismos, como golpear a los prisioneros en el cuerpo y en la cara, echarles a la cara productos químicos cáusticos, encadenarlos por sistema en posturas que los colocaban al borde del colapso y obligarles a hacer ejercicio hasta que perdían el sentido. También apilaban a los prisioneros formando pirámides, al estilo de Abu Ghraib. Estos maltratos se cometieron antes, durante y después del escándalo de los maltratos de Abu Ghraib.

> Cuando estábamos en la base de operaciones Mercury se obligaba a los prisioneros a amontonarse formando pirámides, aunque sin desnudarlos. A otros se les obligaba a hacer ejercicio sin parar durante dos horas por lo menos [...] A un prisionero le echaron un cubo de agua helada encima y luego lo dejaron a la intemperie toda la noche [un ejemplo más de la técnica consistente en exponer a los prisioneros a unos elementos extremos comunicada por Lagouranis]. En otra ocasión, un soldado golpeó con todas sus fuerzas la pierna de un detenido con un bate de béisbol. Todas estas cosas me las han comunicado mis suboficiales.

Según Fishback, los mandos dirigían y aprobaban los maltratos: «Me decían: "Estos tíos montaron atentados con bombas la semana pasada", y se lo hacíamos pagar, los jodíamos a base de bien [...] Pero es que las cosas eran así, eso era lo habitual» (antes hemos hablado de las *normas nuevas* que surgen en situaciones donde una práctica nueva se convierte con rapidez en algo habitual que se debe cumplir).

Sorprendentemente, Fishback dice que sus soldados también documentaron digitalmente maltratos a prisioneros.

> [En la base de operaciones Mercury] dijeron que tenían fotografías parecidas a las de Abu Ghraib y, como se parecían tanto a lo que sucedió allí, los soldados las destruyeron. Las quemaron. Sus palabras exactas fueron: «[A los soldados de Abu Ghraib] les van a meter un puro por lo mismo que nos han hecho hacer a nosotros y hemos destruido las fotos».

Durante diecisiete meses, el capitán Fishback intentó poner en conocimiento de sus superiores sus inquietudes y sus protestas, pero obtuvo los mismos resultados —nulos— que el interrogador Anthony Lagouranis y el sargento Frederick. Al final decidió exponer públicamente los hechos con su carta al senador McCain, lo que ayudó a fortalecer la oposición de McCain a la suspensión de la Convención de Ginebra por parte de la administración Bush.

«Las nenas de la tortura» hacen lap dance *para calentar a los prisioneros del confesionario de Guantánamo*

Nuestro siguiente testigo revela un nuevo giro en la perversión que desplegaban los militares (probablemente en alianza con la CIA) en la prisión de Guantánamo. Según Erik Saar, un traductor militar que trabajaba en ese campo de prisioneros, «se usaba el sexo como arma para abrir una

brecha entre el detenido y su fe islámica». Este joven soldado llegó a Guantánamo rebosante de fervor patriótico, creyendo que podría contribuir a la guerra contra el terrorismo. Pero pronto se dio cuenta de que no contribuía en nada, que todo lo que ocurría allí era «un error». En una entrevista concedida al programa de radio *Democracy Now*, de Amy Goodman, el 4 de abril de 2005, Saar describió vívidamente los métodos sexuales usados contra prisioneros, unos métodos que presenció personalmente. Más adelante amplió lo que había revelado en esta entrevista en un escrito titulado *Inside the Wire: A Military Intelligence Soldier's Eyewitness Account of Life at Guantánamo*.[54]

Durante los seis meses que estuvo destinado allí, Saar, que habla el árabe con soltura, tenía que traducir a los prisioneros lo que les preguntaban los interrogadores oficiales y luego traducir al inglés las respuestas de los prisioneros. Cual un Cyrano moderno, tenía que elegir con precisión las palabras para transmitir con la mayor fidelidad posible lo que se decían interrogadores y prisioneros. La nueva técnica introducida en Guantánamo suponía hacer uso de una interrogadora seductora. Según Saar, «la interrogadora seducía sexualmente a los detenidos para que se sintieran impuros [...] Les restregaba los pechos por la espalda, les hablaba de sus partes íntimas [...] Los prisioneros se escandalizaban y se ponían furiosos».

Saar dimitió de su puesto porque creía firmemente que esta técnica de interrogación «era totalmente ineficaz y contradecía los valores de nuestra democracia».[55] La columnista de *The New York Times* Maureen Dowd acuñó la expresión «las nenas de la tortura» para designar a las interrogadoras de Guantánamo que usaban su atractivo sexual para obtener información y confesiones de los detenidos.[56] Vamos a entrar en una de esas salas de interrogación para ver con mayor detalle lo que sucedía en su interior.

Saar describe un interrogatorio especialmente dramático que se podría clasificar bajo el epígrafe militar de «invasión del espacio personal por parte de una mujer». La víctima era un saudí de 21 años de edad y considerado de «valor muy alto» que se pasaba la mayor parte del día rezando en su celda. Antes de que empezara el interrogatorio, Saar y la interrogadora, «Brooke», se taparon con cinta los nombres que llevaban en

el uniforme para mantenerse en el anonimato. Luego, Brooke le dijo: «El detenido con el que vamos a hablar es una mierda y puede que tengamos que animar un poco la cosa» porque, como dejó muy claro, «los de arriba ya me están empezando a joder porque el tío no canta. Esta noche tendremos que probar algo nuevo». Este detenido saudí era de «valor muy alto» porque se creía que había recibido lecciones de vuelo junto con los secuestradores del 11-S. Saar comenta que «cuando los interrogadores del ejército interrogaban a un detenido que no quería cooperar, enseguida le apretaban las clavijas: le gritaban, le acosaban, hacían de "polis malos" y pasaban por completo de establecer una buena relación de comunicación».

La interrogadora Brooke añadió: «Tengo que hacerle creer que debe cooperar conmigo y que no tiene otra salida. Vamos a hacer que el tío se sienta tan asqueroso, tan sucio, que cuando vuelva a su puta celda se pase la noche rezando. Vamos a meter una barrera entre él y su Dios».[57] Al ver que el prisionero no respondía a sus preguntas, la interrogadora decidió desmelenarse.

«Para mi sorpresa», dice Saar, «empieza a desabrocharse la camisa por arriba, lentamente, de manera provocativa, como si hiciera un *striptease*, descubriendo una camiseta de color caqui muy ceñida que llevaba debajo [...] Caminando lentamente se pone detrás de él y empieza a restregarle los pechos contra la espalda mientras le dice: "¿Te gustan las buenas tetas, Farik? Veo que ya se te pone dura. ¿Qué va a pensar Alá cuando lo vea?". Luego se sienta delante del prisionero y se pone las manos sobre los pechos diciéndole: "¿No te gustan estas tetazas?"». Cuando el prisionero aparta la mirada hacia Saar, Brooke pone en duda su masculinidad: «¿A ver si resulta que eres maricón? ¿Por qué lo miras a él? [...] Él también piensa que tengo unas buenas tetas, ¿verdad?» (Saar asiente con la cabeza).

El prisionero resiste y escupe a Brooke. Sin inmutarse, Brooke da una vuelta de tuerca más. Mientras se desabrocha los pantalones, le dice al prisionero:

> «¿Sabes que tengo la regla, Farik? [...] ¿Qué te parece si te toco ahora?» [Se mete la mano bajo las bragas y cuando la saca parece que esté cubierta de sangre. Le pregunta por última vez quién le había dicho que aprendiera a volar, quién le había enviado a la escuela de vuelo.] «Hijo de la gran puta», le dice entre dientes, y entonces le pasa la mano por la cara embadurnándosela con lo que Farik cree que es sangre menstrual [...] «¿Qué van a pensar de ti tus hermanos

> cuando vean que llevas en la cara la sangre menstrual de una mujer norteamericana?» Poniéndose de pie, y mientras salimos de la sala, Brooke añade: «Por cierto, esta noche te hemos cerrado el agua de la celda, así que esa sangre aún estará ahí por la mañana» [...] Brooke había hecho lo que creía adecuado para obtener la información que reclamaban sus jefes [...] Pero, ¿y yo, qué coño hacía yo allí? ¿Qué coño hacíamos todos en aquel lugar?

Pues sí, muy buena pregunta. Sin embargo, nunca ha habido una respuesta clara ni para Saar ni para nadie más.

Otros delitos y faltas en Guantánamo

Erik Saar revela muchas otras prácticas engañosas, poco éticas o ilícitas. Él y los otros integrantes de los equipos de interrogación tenían órdenes estrictas de no dirigir ni una palabra a los observadores de Cruz Roja Internacional.

Cuando aparecía por allí algún dignatario «organizaban un montaje» y le acompañaban en una visita guiada para que observara un interrogatorio «típico» y todo pareciera de lo más normal. Esto recuerda al campo de concentración «modelo» que crearon los nazis en Teresienstadt, Checoslovaquia, para engañar a los observadores de organizaciones como Cruz Roja Internacional haciéndoles creer que los internos vivían felices y contentos en su nuevo lugar de residencia. Erik Saar describe cómo se disimulaba todo cuando se organizaban esos «montajes»:

> Una de las cosas que aprendí cuando me uní al equipo de inteligencia fue que cuando íbamos a recibir una visita importante, como un general, un alto funcionario del gobierno, puede que alguna agencia de inteligencia o incluso una delegación del Congreso, se intentaba por todos los medios que los interrogadores buscaran algún detenido que ya hubiera cooperado anteriormente y que lo llevaran a la sala de interrogatorios para que las visitas pudieran ver el interrogatorio desde la sala de observación. Básicamente, tenían que hallar a alguien que ya hubiera cooperado, con el que pudieran sentarse y mantener un diálogo normal y que ya hubiera ofrecido alguna información, con el fin de repetir el interrogatorio para que lo vieran las visitas.
>
> Y, la verdad, para un profesional de la inteligencia aquello era insultante. Y, francamente, no creo que fuera el único que pensara así, porque en la comunidad de la inteligencia sólo vives para proporcionar la información a quienes deben tomar las decisiones. Ésa es la razón de existir de la comunidad de inteligencia, ofrecer la información adecuada. Y esos montajes para que Guantánamo pareciera una cosa a los visitantes cuando en realidad era otra que no tenía nada que ver, deshonra todo lo que nosotros, como profesionales de la inteligencia, intentábamos hacer.

«Subcontratar» la tortura

Podemos hallar más pruebas de la extensión de la tortura furtiva como medio para extraer información de sospechosos que se resisten, en unos programas secretos de la CIA para trasladar prisioneros a países extranjeros que han aceptado hacer el trabajo sucio para los Estados Unidos. En un programa conocido con los nombres de «entregas» o «entregas extraordinarias», decenas y hasta puede que centenares de «terroristas de alto valor» han sido trasladados a diversos países extranjeros, con frecuencia en aviones de pasajeros alquilados por la CIA.[58] Al parecer, el presidente Bush autorizó a la CIA para que «hiciera desaparecer» o «entregara» a detenidos bajo su custodia a países que se sabe que practican la tortura (como ha documentado Amnistía Internacional).[59] Estos prisioneros se mantienen incomunicados en centros de detención secretos situados en «lugares no revelados». En las llamadas «entregas inversas», «sospechosos» detenidos por autoridades de otros países en situaciones ajenas al combate o al campo de batalla son entregados a los Estados Unidos y casi siempre acaban en la prisión de Guantánamo, sin las garantías básicas que ofrece la ley internacional.

El presidente del Center for Constitutional Rights, Michael Ratner, ha dicho lo siguiente de este programa:

> Yo lo llamo subcontratar la tortura. Lo que de verdad significa es que, en la llamada guerra contra el terrorismo, la CIA captura personas en cualquier lugar del planeta que desea y, si no quiere verse envuelta en torturas o en interrogatorios, el término que usemos da igual, las envía a otro país con el que nuestras agencias de inteligencia mantienen buenas relaciones. Puede ser Egipto, o Jordania.[60]

Michael Scheuer, uno de los altos cargos de la CIA encargado de este programa, ha dicho con toda naturalidad:

> Trasladábamos a la gente a sus países de origen, en Oriente Medio, si en esos países había pendiente alguna causa contra ellos y si estaban dispuestos a acogerlos. Esa gente era tratada según las leyes de su país, no según las leyes de los Estados Unidos; las leyes de países como Marruecos, Egipto, Jordania... elijan ustedes mismos.[61]

Estaba claro que los métodos de interrogación usados en esos países iban a incluir técnicas de tortura de las que la CIA no quería saber nada siempre y cuando produjeran alguna «inteligencia» útil. Pero en nuestra época tan tecnificada es difícil ocultar durante mucho tiempo un programa como éste. Algunos aliados de los Estados Unidos han investigado por lo menos treinta vuelos sospechosos de formar parte de este programa de subcontratación de la tortura puesto en marcha por la CIA. Estas investigaciones han revelado que se han trasladado sospechosos clave a centros de la época soviética situados en Europa del Este.[62]

Mi opinión es que estos programas de subcontratación de la tortura no indican que la CIA y los agentes de la inteligencia no deseen torturar a los detenidos, sino que creen que los agentes de esos países saben torturar mejor. Han estado perfeccionando la práctica del «tercer grado» mucho más tiempo que los Estados Unidos. Y eso que sólo he presentado una muestra muy pequeña de los maltratos mucho más generalizados que han sufrido toda clase de detenidos en prisiones militares estadounidenses, con el objetivo de refutar la afirmación de la administración estadounidense de que estos maltratos y torturas no han sido «sistemáticos».

Las autopsias y las actas de defunción de personas detenidas en centros de Irak y de Afganistán revelan que casi la mitad de las cuarenta y cuatro muertes comunicadas se produjeron durante o después de interrogatorios a cargo de equipos SEAL, de la inteligencia militar o de la CIA. Estos homicidios se debieron a métodos de interrogación que incluían encapuchar, amordazar, estrangular, golpear con objetos contundentes, sumergir, privar de sueño y manipular la temperatura de una manera extrema. El director ejecutivo de la American Civil Liberties Union, Anthony Romero, ha dejado claro que «es evidente que ha habido interrogatorios con resultado de muerte. Los altos cargos militares y civiles que sabían de estas torturas se han lavado las manos y quienes han creado e impulsado estas políticas deberán dar cuenta de sus actos».[63]

Llegar hasta la cima: la responsabilidad de Dick Cheney y del presidente Bush

> Como fue quedando cada vez más claro en los meses que siguieron a la publicación de las fotografías de Abu Ghraib, todos aquellos maltratos no eran obra de unos cuantos soldados que habían incumplido las normas. Eran el resultado de unas decisiones tomadas por la administración Bush con el propósito de desvirtuar, pasar por alto o dejar de lado aquellas normas. Las políticas de la administración Bush crearon el clima para los maltratos de Abu Ghraib y para las diversas formas de maltratos a detenidos que se han practicado en todo el mundo.

Esta declaración sumaria de Human Rights Watch incluida en su informe «United States: Getting Away with Torture?», dirige nuestra atención a la mismísima cima de la larga cadena de mando: al vicepresidente Dick Cheney y al presidente George W. Bush.

La guerra contra el terrorismo formula el nuevo paradigma de la tortura

Después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, y siguiendo la tónica de anteriores fracasos presidenciales en las llamadas «guerras contra nombres» —contra la pobreza, contra la droga—, la administración Bush declaró la «guerra contra el terrorismo». Según la premisa básica de esta nueva guerra, el terrorismo era la principal amenaza a la «seguridad nacional» y a la «patria» y había que oponerse a ella empleando todos los medios necesarios. Esta base ideológica ha sido empleada prácticamente por todos los países para obtener el apoyo popular y militar a campañas de agresión y de represión. Durante las décadas de 1960 y 1970 la utilizaron sin ningún reparo las dictaduras de extrema derecha de Brasil, Grecia y muchos otros países para justificar las torturas y las ejecuciones llevadas a cabo por escuadrones de la muerte de los ciudadanos calificados de «enemigos del Estado».[64] La derechista Democracia Cristiana de la Italia de la década de 1970 empleaba la «estrategia de la tensión» para el control político alimentando el miedo al terrorismo de las Brigadas Rojas (comunistas radicales). Y, naturalmente, no debemos olvidar el ejemplo clásico de la Alemania nazi, cuando Hitler hizo que los judíos cargaran con la culpa del colapso económico de la década de 1930. Eran la amenaza interna que justificaba un programa externo de conquista y que exigía su exterminio tanto en Alemania como en todos los países ocupados por los nazis.

El miedo es la mejor arma psicológica de que dispone el Estado para atemorizar a los ciudadanos hasta el punto de que estén dispuestos a sacrificar sus libertades y garantías básicas a cambio de la seguridad que les promete su gobierno omnipotente. Ese miedo provocó el apoyo mayoritario de la ciudadanía estadounidense y del Congreso de los Estados Unidos a iniciar primero una guerra preventiva contra Irak y a mantener después, de una manera totalmente irreflexiva, toda una serie de políticas de la administración Bush. Primero se inculcó el miedo con un estilo orwelliano proclamando que Saddam Hussein, con su arsenal de «armas de destrucción masiva», iba a lanzar un ataque nuclear contra los Estados Unidos y sus aliados. Por ejemplo, en vísperas de la votación de la resolución sobre la guerra contra Irak en el Congreso, el presidente Bush dijo a la nación y al Congreso mismo que Irak era un «país malvado» que amenazaba la seguridad «de Norteamérica». «Conocedores de esta realidad», recalcaba el presidente Bush, «los norteamericanos no debemos pasar por alto la amenaza que se cierne sobre nosotros. Frente a estas pruebas tan evidentes del peligro, no podemos esperar la prueba definitiva que podría adoptar la forma de una nube nuclear.»[65] Pero esa nube nuclear que recorrió «Norteamérica» no fue lanzada por Saddam, sino por el equipo del presidente Bush.

Durante los años siguientes, los principales miembros de la administración Bush han ido repitiendo estas advertencias aciagas discurso tras discurso. La Special Investigations Division del Committee on Government Reform preparó un informe para el congresista Henry A. Waxman sobre las declaraciones públicas de la administración Bush en relación con Irak.[66] Para ello se basó en una base de datos pública con todas las declaraciones realizadas en este sentido por Bush, Cheney, Rumsfeld, el secretario de Estado Colin Powell, y la entonces consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice. Según el informe, estos cinco altos cargos realizaron 237 declaraciones «fraudulentas» sobre la amenaza iraquí en 125 comparecencias públicas, con un promedio de unas 50 cada uno. En septiembre de 2002, un año después de los ataques del 11-S, la administración Bush hizo casi 50 declaraciones públicas fraudulentas.[67]

Ron Suskind, ganador de un premio Pulitzer, ha realizado una investigación en la que llega a la conclusión de que, en gran medida, la formulación de la guerra contra el terrorismo por parte de la administración Bush tiene sus raíces en una declaración de Cheney realizada inmediatamente después del 11-S: «Aunque sólo haya un 1% de probabilidades de que los científicos pakistaníes estén ayudando a Al Qaeda a construir un arma nuclear, nuestra respuesta debe fundarse en tener esto por una certeza. Lo importante no es nuestro análisis [...] Lo importante es nuestra respuesta». Suskind escribe en su libro *The One Percent Doctrine*: «Esto, una vez dicho, sentó precedente: una norma de actuación que regiría durante años los acontecimientos y las respuestas de la administración». Luego observa que, por desgracia, el gigantesco gobierno federal no sabe actuar con eficacia bajo una forma nueva de tensión, como esta guerra contra el terrorismo, y bajo la disonancia cognitiva provocada por la aparición inesperada de la insurgencia.

Podemos ver una manera diferente de utilizar el miedo en la politización del sistema de alerta terrorista (código de colores) por parte del Departamento de Seguridad Nacional de la Administración Bush. Creo que su propósito original era actuar, como hacen todos los sistemas de alerta, para movilizar a los ciudadanos en previsión de una amenaza. Sin embargo, con el tiempo, las once alertas tan vagas que se comunicaron nunca dieron una orientación realista para que el ciudadano actuara. Si hay alerta de huracán, se le dice a la gente que evacue el lugar; si hay alerta de tornado, sabemos que debemos buscar refugio; pero si se nos avisa de que en algún momento, y en algún lugar, habrá un ataque terrorista, sólo se nos dice que estemos «más atentos» y, naturalmente, que sigamos actuando con normalidad. Ninguna de estas amenazas se ha materializado a pesar de la supuesta credibilidad de las «fuentes», pero nunca ha habido ninguna explicación o declaración pública al respecto. Movilizar las fuerzas nacionales cada vez que se eleva el nivel de alerta cuesta, como mínimo, mil millones de dólares al mes y genera en la población una ansiedad y una tensión innecesarias. Al final, en lugar de ser un sistema de advertencia

válido, el sistema de alerta terrorista se ha convertido en un instrumento muy costoso con el que el gobierno ha alimentado el miedo al terrorismo a falta de unos ataques verdaderos.

El autor francés Albert Camus, uno de los exponentes del existencialismo, decía que el miedo es un método; el terror provoca miedo y el miedo hace que la gente no pueda pensar de una manera racional. Hace que la gente conciba de una manera abstracta al enemigo, a los terroristas, a los rebeldes que nos amenazan y que, por ello, deben perecer. Cuando empezamos a concebir a unas personas como una clase de entidades, como abstracciones, todas se fusionan en un «rostro enemigo» y el impulso primitivo de torturarlo y matarlo aflora incluso en personas habitualmente pacíficas.[68]

He expresado públicamente mis críticas a estas «alertas fantasma» por considerarlas peligrosas y contraproducentes, pero está claro que estaban muy correlacionadas con los aumentos del índice de popularidad de Bush.[69] La cuestión es que, suscitando y alimentando el miedo a un enemigo que parecía estar a las puertas, la administración Bush ha podido situar al presidente como jefe supremo de las fuerzas armadas de una nación en guerra.

Al nombrarse a sí mismo «jefe supremo» y conseguir que el Congreso le otorgara muchos más poderes, el presidente Bush, y también sus asesores, acabaron creyendo que estaban por encima de las leyes nacionales e internacionales y que, en consecuencia, cualquiera de sus políticas sería legal por el simple hecho de darle una nueva interpretación oficial. Las semillas del mal que florecieron en la mazmorra oscura de Abu Ghraib fueron sembradas por la administración Bush mediante un triple planteamiento: la amenaza a la seguridad nacional, el miedo y la vulnerabilidad de la ciudadanía, y el empleo de interrogatorios/torturas para vencer en la guerra contra el terrorismo.

El vicepresidente Dick Cheney como «vicepresidente de torturas»

En un editorial del *Washington Post* se calificaba a Dick Cheney de «vicepresidente de torturas» por sus intentos de rechazar, o como mínimo modificar, la enmienda del senador McCain al proyecto de ley para ampliar el presupuesto del Departamento de Defensa.[70] La enmienda de McCain exigía un trato humanitario a los prisioneros que se hallaran bajo la custodia del ejército de los Estados Unidos. Cheney había maniobrado a fondo para que se aprobara que la CIA pudiera hacer uso de cualquier medio que estimara necesario para obtener información de los sospechosos. Según Cheney, aquella enmienda dejaría a los agentes de la CIA con las manos atadas y permitiría que la justicia actuara contra ellos por su labor en la guerra global contra el terrorismo (y ya hemos podido hacernos una idea de lo brutal y mortal que puede ser esta labor).

Es poco probable que la aprobación de esta enmienda atenúe el ferviente apoyo de Cheney al empleo por parte de la CIA de todos los medios a su disposición para obtener información y confesiones de sospechosos de terrorismo detenidos en secreto. Por lo menos, esto es lo que cabe deducir de las firmes creencias que Cheney expresó poco después de los ataques del 11-S. En una entrevista para el programa de la NBC *Meet the Press*, Cheney dijo unas palabras sorprendentes:

> Pero también debemos actuar, por así decirlo, en el lado oscuro. Debemos introducirnos en las tinieblas del mundo de los servicios de inteligencia. Para tener éxito, gran parte de lo que allí se debe hacer tendrá que hacerse con discreción, sin debate ni discusión, usando las fuentes y los métodos disponibles para nuestras agencias de inteligencia. Ése es el mundo en el que actúa esa gente y, para lograr nuestros objetivos, será vital que hagamos uso de todos los medios a nuestra disposición.[71]

En una entrevista en la radio pública, el coronel Lawrence Wilkerson, jefe de gabinete del entonces secretario de Estado Colin Powell, declaró que el equipo de neoconservadores de Cheney-Bush había dado instrucciones que condujeron a los maltratos a detenidos en Irak y Afganistán. Wilkerson resumía así el camino que habían seguido esas instrucciones:

> Para mí estaba claro: había un rastro muy visible que salía del despacho del vicepresidente [Cheney] y pasaba por el secretario de Defensa Rumsfeld hasta llegar a los mandos militares en campaña. En unos términos elegidos con todo cuidado, se enviaba un mensaje que para un

> soldado en el campo de batalla sólo podía significar dos cosas: no obtenemos información suficiente y debemos obtenerla; ah, y por cierto, aquí proponemos algunos métodos que seguramente podrán ser de utilidad.

Wilkerson también describe a David Addington, el asesor legal de Cheney, diciendo que es «un defensor incondicional de permitir que el presidente, en su calidad de jefe supremo de las fuerzas armadas, incumpla la Convención de Ginebra».[72] Esto nos lleva directamente hasta la cúspide del poder.

El presidente George W. Bush como «jefe supremo en tiempos de guerra»

Como jefe supremo al frente de una guerra indefinida contra el terrorismo mundial, el presidente George W. Bush ha contado con un equipo de asesores jurídicos para dar legitimidad a una guerra preventiva contra Irak, para redefinir la tortura, para crear nuevas normas de combate, para limitar las libertades civiles mediante la ley llamada «Patriot Act» y para autorizar actividades ilegales de espionaje contra los ciudadanos estadounidenses. Como siempre, todo esto se ha hecho con la excusa de proteger la seguridad de la patria sagrada en la guerra global contra «lo que todos sabemos».

Los memorándums de la tortura

Un memorándum del Departamento de Justicia fechado el 1 de agosto de 2002 y al que la prensa llamó «el memorándum de la tortura», ofrecía una definición muy limitada de la «tortura» que, en lugar de estar basada en lo que se entiende por tortura, aludía únicamente a sus consecuencias más extremas. Según el memorándum, el dolor físico debe ser «equivalente en intensidad al dolor que acompaña a una herida grave, como el fallo de un órgano, la pérdida de una función corporal o incluso la muerte». Además, para encausar a alguien por delitos de tortura es necesario que el acusado haya tenido la «intención expresa» de causar «dolor o sufrimiento físico o

mental grave». La limitada definición de la «tortura mental» sólo incluía actos que provocaran «daños psicológicos graves con una duración significativa, es decir, de meses o años».

En el memorándum también se afirmaba que la ratificación del tratado contra la tortura en 1994 podría considerarse inconstitucional por interferir en el poder del presidente como jefe supremo. Otras directrices de los asesores del Departamento de Justicia otorgaban al presidente la potestad de reinterpretar la Convención de Ginebra para facilitar los objetivos de la administración en la guerra contra el terrorismo. Los combatientes capturados en Afganistán, los soldados del movimiento talibán, los sospechosos de pertenecer a Al Qaeda, los insurgentes y todos los detenidos en redadas, no se debían considerar prisioneros de guerra y, en consecuencia, no podían gozar de las garantías legales a las que los prisioneros de guerra tienen derecho. Como «enemigos no combatientes» podían permanecer detenidos indefinidamente en cualquier centro del mundo, sin ninguna acusación concreta en su contra y sin recibir asistencia legal. Además, parece ser que el presidente aprobó el programa de la CIA de «hacer desaparecer» a terroristas «de alto valor».

Las pruebas son circunstanciales, pero convincentes. Por ejemplo, en su libro *State of War: The Secret History of the C.I.A. and the Bush Administration*, James Risen llega a la conclusión de que existe «un acuerdo secreto entre altísimos cargos de la administración para aislar al presidente Bush con el fin de que pueda alegar desconocimiento» del empleo de métodos extremos de interrogación por parte de la CIA.[73]

El especialista en derecho Anthony Lewis ofrece una descripción menos benévola de la relación entre Bush y su equipo de asesores después de haber examinado minuciosamente todos los memorándums disponibles:

> Los memorándums presentan un estilo similar al de los consejos que los abogados de la mafia ofrecen a los capos para que se salten la ley sin acabar entre rejas. Evitar acciones judiciales es un tema que aparece literalmente en muchos memorándums [...] Otro tema que aparece, y que aún es más alarmante, es que el presidente puede ordenar que se torture a prisioneros aunque ello esté prohibido por una ley federal y por la Convención Internacional Contra la Tortura que ha sido ratificada por los Estados Unidos.[74]

Invito al lector a que examine todos los materiales que he presentado aquí de una manera resumida (los informes de investigación, el informe de Cruz Roja Internacional y tantos más), junto con los veintiocho «memorándums de la tortura» redactados por los asesores legales del presidente y por Rumsfeld, Powell, Bush y otros, que prepararon el terreno para legitimar la tortura en Afganistán, Guantánamo e Irak. En un impresionante volumen de 1.249 páginas compilado por Karen Greenberg y Joshua Dratel, *The Torture Papers: The Road to Abu Ghraib*, se presentan todos estos memorándums y se pone de manifiesto la perversión del conocimiento de las leyes por parte de los asesores del gobierno,[75] «un conocimiento que ha hecho mucho para proteger a los ciudadanos de un país tan judicializado como los Estados Unidos, pero que se puede aprovechar para favorecer el mal».[76]

El profesor de derecho Jordan Paust (ex capitán del Judge Advocate General's Corps) dijo lo siguiente de los asesores legales de George W. Bush que habían preparado estas justificaciones para la tortura a detenidos: «Desde la época nazi no había habido tantos juristas implicados con tanta claridad en crímenes internacionales relacionados con el trato y la interrogación de personas detenidas durante una guerra».

Encabezando estos asesores se encuentra el fiscal general Alberto Gonzales, que contribuyó a redactar el memorándum antes citado en el que se reinterpretaba la tortura. Gonzales y el presidente Bush no repudiaron este memorándum hasta que las fotografías de Abu Ghraib salieron a la luz. La dedicación de Gonzales al objetivo de ampliar los poderes presidenciales en el marco de la guerra contra el terrorismo ha sido equiparada a la del influyente jurista nazi Carl Schmitt. Las ideas de Schmitt sobre la necesidad de liberar al poder ejecutivo de los límites marcados por la ley en momentos de emergencia llevaron a la suspensión de la constitución alemana y a que Hitler obtuviera un poder ilimitado. Según su biógrafo, Gonzales es un hombre amable que da la impresión de ser una «persona corriente», sin tendencias sádicas ni psicópatas.[77] Sin embargo, en su cargo institucional, los memorándums jurídicos de Gonzales han conducido a la suspensión de libertades civiles y a interrogatorios brutales de sospechosos de terrorismo que violan la ley internacional.[78]

El grupo de investigación criminal del Departamento de Defensa se opone a los interrogatorios de Guantánamo

Según una crónica reciente de la MSNBC, varios miembros muy destacados del grupo de investigación criminal del Departamento de Defensa han manifestado que habían advertido reiteradamente a los altos mandos del Pentágono (desde principios de 2002 y en años posteriores) de que el empleo de técnicas inaceptables de interrogación por parte de un equipo independiente de inteligencia no produciría ninguna información fiable, podría constituir un crimen de guerra y llenaría al país de vergüenza si saliera a la luz pública. Las preocupaciones y advertencias de estos investigadores con mucha experiencia a sus espaldas fueron desoídas por los miembros de la cadena de mando que dirigía los interrogatorios en Guantánamo y Abu Ghraib, que prefirieron seguir haciendo uso de sus métodos duros y coactivos de interrogación. Alberto J. Mora, ex asesor jurídico de la Armada estadounidense, ha apoyado públicamente a los miembros de este grupo: «Lo que más me enorgullece de todas estas personas es que dijeran: "No seremos partícipes de esto aunque se nos ordene". Son unos héroes, no hay mejor forma de describirlos. Han hecho gala de un inmenso coraje y una enorme integridad personal saliendo en defensa de los valores norteamericanos y del sistema para el que todos vivimos». Al final, estos investigadores no pudieron acabar con los maltratos, pero sí reducirlos obligando al secretario de Defensa Rumsfeld a prohibir algunos de los métodos de interrogación más crueles.[79]

La obsesión por la guerra contra el terrorismo

Podemos ver que la obsesión de Bush por la guerra contra el terrorismo le ha hecho adentrarse cada vez más por la peligrosa senda anunciada en la máxima del difunto senador Barry Goldwater: «El extremismo en defensa de la libertad no es defecto [...] la moderación en la búsqueda de la justicia no es virtud». El presidente Bush ha autorizado a la National Security Agency (NSA) para que espíe sin autorización judicial a ciudadanos estadounidenses. En una operación de obtención de datos a gran

escala, la NSA ha interceptado un inmenso volumen de comunicaciones por vía telefónica y por Internet y las ha enviado al FBI para que las analice, aunque lo único que ha conseguido es colapsar los recursos de la agencia ante el procesamiento de tanta información.[80]

Según un informe detallado publicado en *The New York Times* en enero de 2006, estas operaciones de «vigilancia» exigen acceder a los grandes centros de telecomunicaciones en suelo estadounidense que se encargan del tráfico de las llamadas internacionales y la cooperación secreta de las empresas de telecomunicaciones más importantes del país.[81] Este informe pone de manifiesto los excesos inherentes a otorgar tanto poder al presidente sin las limitaciones o los controles de la ley o del Congreso. Hay quien compara la impresión que tiene Bush de estar por encima de la ley con la del presidente Richard Nixon, que «desató los perros del espionaje interior durante la década de 1970» y que defendía su actuación diciendo: «Si lo hace el presidente, significa que no es ilegal».[82] Hoy, Bush dice lo mismo y con la misma sensación de impunidad.

Esta sensación de estar por encima de la ley también se observa en el uso sin precedentes que hace Bush de la facultad presidencial de sancionar leyes «con reservas». Cuando sanciona con su firma una ley aprobada por el Congreso, el presidente de los Estados Unidos tiene la prerrogativa de comentarla, interpretarla o decir que *no la va a cumplir*. El presidente Bush ha hecho uso de esta facultad más de 750 veces —más que ningún otro presidente en toda la historia de los Estados Unidos— para desobedecer leyes aprobadas por el Congreso que contradicen su interpretación de la constitución. Lo hizo, por ejemplo, para dejar sin efecto la enmienda del senador McCain contra la tortura.[83]

Sin embargo, una decisión reciente del tribunal supremo ha cuestionado esta reafirmación del poder ejecutivo por parte del presidente Bush y ha limitado su autoridad. El tribunal supremo ha rechazado los planes de la administración Bush de que los detenidos de Guantánamo fueran juzgados por comisiones (tribunales) militares porque no están autorizados por la legislación federal y violan la ley internacional. Según

The New York Times, «esta resolución ha supuesto el revés más importante que ha sufrido hasta el momento la gran expansión del poder presidencial por parte de la administración».[84]

Paradójicamente, en su deseo de liberar al mundo de la maldad del terrorismo, la misma administración Bush se ha convertido en uno de los ejemplos más manifiestos de «maldad administrativa». Es una organización que inflige sufrimiento y dolor hasta la muerte al tiempo que, de buen grado, hace uso de métodos formales, racionales y eficientes para disfrazar la sustancia de lo que hace: no reparar en los medios para lograr lo que, en opinión de sus miembros, son unas metas de orden superior.[85]

Creo que un sistema está formado por los agentes y las agencias cuyo poder y cuyos valores crean o modifican las normas y las expectativas de «las conductas aceptadas» dentro de su área de influencia. En cierto sentido, el sistema es mucho más que la suma de sus partes y de sus dirigentes, que también caen bajo su poderosa influencia. Sin embargo, en otro sentido, las personas que desempeñan un papel esencial en la creación de un sistema que suponga una conducta ilegal, inmoral y carente de ética deberían ser tenidas por responsables a pesar de las presiones situacionales que puedan recibir o haber recibido.

MIEMBROS DEL JURADO, HA LLEGADO EL MOMENTO DEL VEREDICTO

Hemos leído el testimonio de muchos testigos, además de fragmentos destacados de los informes realizados por los principales investigadores independientes y de los análisis exhaustivos llevados a cabo por Human Rights Watch, Cruz Roja, la American Civil Liberties Union, Amnistía Internacional y el programa *Frontline* de la PBS sobre la naturaleza de los maltratos y las torturas a prisioneros bajo la custodia del ejército de los Estados Unidos.

¿Creemos ahora que los maltratos a detenidos en la galería 1A de Abu Ghraib por parte del sargento Ivan «Chip» Frederick y de otros policías militares del turno de noche fueron una simple aberración, un incidente aislado del que sólo cabe culpar a unas pocas «manzanas podridas», a unos cuantos «soldados sin escrúpulos»?

Más aún: ¿creemos ahora que aquellos maltratos y torturas formaban parte de un programa «sistemático» de interrogación coactiva? Los interrogatorios con maltratos y torturas, ¿se han limitado únicamente al turno de noche de la galería 1A de Abu Ghraib?

Dado que los policías militares acusados de los maltratos que aparecen en las fotografías han reconocido su culpabilidad, ¿creemos ahora que hubo suficientes fuerzas situacionales (un «cesto podrido») y suficientes presiones del sistema («creadores de ese cesto podrido») como para haber atenuado las penas a las que fueron condenados?

¿Creemos que existen motivos suficientes para acusar de complicidad en los maltratos cometidos en Abu Ghraib, en muchos otros centros militares, y en cárceles secretas dirigidas por la CIA, a todos y cada uno de los siguientes militares de alta graduación: el general de división Geoffrey Miller, el teniente general Ricardo Sánchez, el coronel Thomas Pappas y el teniente coronel Steven Jordan?[86]

¿Creemos que existen motivos suficientes para acusar de complicidad en los maltratos cometidos en Abu Ghraib, en muchos otros centros militares, y en cárceles secretas dirigidas por la CIA, a todos y cada uno de los siguientes altos cargos políticos: el ex director de la CIA George Tenet y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld?

¿Creemos que existen motivos suficientes para acusar de complicidad en los maltratos cometidos en Abu Ghraib, en muchos otros centros militares, y en cárceles secretas dirigidas por la CIA, a todos y cada uno de los siguientes altos cargos políticos: el vicepresidente Dick Cheney y el presidente George W. Bush?

El fiscal ha concluido su alegato

(Quizás el lector desee consultar una nota sobre un tribunal que hace poco ha juzgado a la administración Bush por sus «crímenes contra la humanidad».)[87]

El lector que lo desee, puede declarar a estos altos cargos militares y civiles culpables o inocentes de complicidad en los maltratos de Abu Ghraib, emitiendo su veredicto virtual en: www.lucifereffect.com, donde

Tenet, Rumsfeld, Cheney y Bush están siendo sometidos a juicio. Muchos ciudadanos estadounidenses han emitido ya su veredicto: es hora de que también lo hagan los ciudadanos de otros países.

DEJEMOS QUE ENTRE EL SOL

Pues bien, por fin hemos llegado al final de nuestro largo viaje. Agradezco al lector que me haya seguido hasta aquí a pesar de tener que hacer frente a algunas de las peores facetas de la naturaleza humana. Para mí ha resultado especialmente difícil revivir aquellos maltratos del experimento de la prisión de Stanford. También me ha costado hacer frente a la incapacidad de ayudar a Chip Frederick a lograr un resultado mejor. Aun siendo un optimista contumaz, al ver la maldad de los genocidios, las matanzas, los linchamientos, las torturas y tantas otras atrocidades de las que el ser humano es capaz, mi imagen positiva de la condición humana se está empañando; sin embargo, aún abrigo la esperanza de que, si actuamos en común, podremos combatir el efecto Lucifer.

En la última etapa de nuestro viaje dejaremos que entre el sol para que ilumine estos rincones oscuros de la psique humana. Ya es momento de acentuar lo positivo y eliminar lo negativo. Y lo haré de dos maneras. En primer lugar, ofreceré algunos consejos bien fundados sobre la manera de resistirnos a las influencias sociales que no queremos y que no necesitamos pero que nos bombardean día tras día. Reconozco el poder de las fuerzas situacionales para influir en la mayoría de nosotros hasta el punto de hacer que actuemos mal en muchos contextos, pero también dejo claro que no somos esclavos de su poder. Si entendemos cómo actúan estas fuerzas podremos oponerles resistencia e impedir que nos hagan caer en tentaciones no deseadas. Este conocimiento nos puede liberar del influjo poderoso de la conformidad, la sumisión, la persuasión y otras formas de influencia y coacción social.

Tras haber explorado a lo largo de nuestro viaje las debilidades y flaquezas del carácter humano y la gran facilidad con que se puede transformar, acabaremos con una nota de lo más positiva celebrando el heroísmo y a los héroes. Espero que, a estas alturas, el lector esté dispuesto

a aceptar la premisa de que la gente ordinaria, e incluso la gente buena, puede ser seducida, atraída y arrastrada a actuar con maldad bajo el influjo de fuerzas situacionales y sistémicas poderosas. De ser así, también estará dispuesto a aceptar la premisa contraria: que cualquiera de nosotros es un héroe en potencia a la espera de que se plantee una situación que nos permita demostrar que tenemos «lo que hay que tener». Pasemos, pues, a saber cómo podemos resistir la tentación y a celebrar a los héroes.

CAPÍTULO 16

Resistir las influencias situacionales y celebrar el heroísmo

Toda salida es una entrada a otro lugar.

TOM STOPPARD, *Rosencrantz and Guildenstern Are Dead*

Hemos llegado al final de nuestro periplo por los tenebrosos lugares que aprisionan la mente de nuestros compañeros de viaje. Hemos presenciado las condiciones que ponen de relieve la cara más brutal de la naturaleza humana y nos hemos visto sorprendidos por la facilidad y la medida en que la buena gente puede llegar a ser cruel con los demás. Nuestro foco conceptual se ha centrado en intentar entender mejor cómo se producen estas transformaciones. Aunque el mal puede existir en cualquier lugar, hemos examinado con más atención su caldo de cultivo en las prisiones y en las guerras, unas situaciones donde se combinan la autoridad, el poder y la dominación y que, cuando se recubren con un manto de secretismo, suspenden nuestra humanidad y nos despojan de las cualidades que más apreciamos: la generosidad, la bondad, la cooperación y el amor.

Hemos pasado gran parte de nuestro tiempo en la prisión simulada que mis colegas y yo creamos en el sótano de la Facultad de Psicología de la Universidad de Stanford. Tras unos pocos días y noches, el paraíso virtual

de Palo Alto y de la Universidad de Stanford se convirtió en un infierno. Unos hombres jóvenes y sanos desarrollaron unos síntomas patológicos que reflejaban las condiciones extremas de estrés, frustración y desesperación que sufrían como reclusos. Sus compañeros de experimento, que habían sido designados carceleros al azar, cruzaban una y otra vez la línea entre representar su papel con frivolidad y maltratar a «sus reclusos». En menos de una semana nuestro pequeño «experimento», nuestra prisión simulada, acabó retirándose hasta el fondo de nuestra conciencia colectiva y fue reemplazado por una realidad de reclusos, carceleros y funcionarios de prisiones que, a ojos de todo el mundo, parecían sorprendentemente reales. Era una prisión dirigida por psicólogos en lugar de estar dirigida por el Estado.

El análisis de estas transformaciones, que he realizado con un nivel de detalle que no se había hecho hasta ahora, tiene como objetivo conseguir que el lector se acerque lo más posible a ese lugar especial donde podemos confrontar el poder de la persona con el poder institucional. He intentado transmitir una idea de los procesos por los que una multitud de variables situacionales que a primera vista parecían tener poca importancia, como los roles sociales, las normas y reglas, o los uniformes, acabaron teniendo un impacto tan fuerte en todas las personas que se vieron atrapadas en su sistema.

En un plano conceptual, he propuesto que demos a los procesos situacionales y sistémicos más peso del que normalmente solemos darles al intentar explicar conductas aberrantes y aparentes cambios de personalidad. La conducta humana siempre está sujeta a fuerzas situacionales. Este contexto se engloba dentro de otro contexto macroscópico más amplio que casi siempre es un sistema de poder diseñado para sustentarse a sí mismo. Los análisis que normalmente lleva a cabo la mayoría de la gente, incluyendo la que pertenece a instituciones legales, religiosas o médicas, se centran en la persona como único agente causal. En consecuencia, minimizan o pasan por alto el impacto de las variables situacionales y los factores sistémicos que conforman las conductas y transforman a las personas.

Es de esperar que los ejemplos y los datos presentados en este libro pongan en su lugar el rígido error fundamental de atribución que sitúa en las cualidades interiores de la persona la principal fuente de sus actos. Hemos añadido la necesidad de reconocer el poder de las situaciones y el andamiaje conductual que proporciona el Sistema que crea y mantiene el contexto social.

Nos hemos trasladado de una prisión simulada a la cruda realidad de la prisión iraquí de Abu Ghraib y hemos visto cómo podíamos trazar unos paralelismos sorprendentes entre los procesos psicológico-sociales que actuaban en las dos prisiones, la simulada y la demasiado real. En Abu Ghraib, nuestro análisis se ha centrado en un hombre joven, el sargento primero Ivan Chip Frederick, que ha experimentado dos transformaciones: la primera le hizo pasar de buen soldado a mal guardia de la prisión; la segunda le ha hecho sentir en su propia carne el sufrimiento de ser un recluso. Nuestro análisis ha revelado que, al igual que en el experimento de la prisión de Stanford, los factores disposicionales, situacionales y sistémicos desempeñaron un papel esencial alimentando los maltratos y las torturas que Frederick y otros militares y civiles infligieron a los prisioneros que tenían a su cargo.

Luego he cambiado de posición y, en lugar de actuar como un investigador imparcial del campo de la ciencia social, me he arrogado el papel de fiscal. De este modo he expuesto al lector, ahora en su papel de jurado, los delitos cometidos por los altos cargos militares y de la administración Bush que les hacen responsables de haber creado las condiciones que hicieron posibles unos maltratos y unas torturas tan extendidos y gratuitos en la mayoría de las prisiones militares estadounidenses. Como he destacado reiteradamente, este planteamiento no niega en modo alguno la responsabilidad de aquellos policías militares ni les exime de culpabilidad; ninguna explicación ni comprensión puede excusar aquellas fechorías. Pero entender cómo se produjeron aquellos sucesos y qué fuerzas situacionales actuaban sobre los soldados puede ofrecer una base para impedir que se repitan las circunstancias que desencadenaron aquellos actos inaceptables. Castigar no es suficiente. Los

«sistemas malvados» crean «situaciones malvadas», crean «conductas malvadas» y convierten en «manzanas podridas» incluso a las buenas personas.

Definamos por última vez los conceptos de Persona, Situación y Sistema. La Persona es un actor en el escenario de la vida cuya libertad a la hora de actuar se funda en su modo de ser personal, en sus características genéticas, biológicas, físicas y psicológicas. La Situación es el contexto conductual que, mediante sus recompensas y sus funciones normativas, tiene el poder de otorgar identidad y significado a los roles y al estatus del actor. El Sistema está formado por los agentes y las agencias que por medio de su ideología, sus valores y su poder crean situaciones y dictan los roles y las conductas de los actores en su esfera de influencia.

En esta etapa final de nuestro viaje examinaremos maneras de evitar o combatir las fuerzas situacionales negativas que de vez en cuando actúan sobre todos nosotros. Estudiaremos las formas de resistirnos a influencias que no queremos ni necesitamos, pero que nos bombardean día tras día. No somos esclavos del poder de las fuerzas situacionales. Pero debemos aprender métodos para resistirnos y oponernos a ellas. En todas las situaciones que hemos explorado, siempre ha habido algunas personas, una minoría, que se han mantenido firmes. Ha llegado el momento de intentar que su número aumente reflexionando sobre cómo han sido capaces de resistir.

Si he podido lograr en alguna medida que el lector haya aceptado que, en determinadas circunstancias, *él mismo* se podría haber comportado como se comportaron los participantes en las investigaciones presentadas en el libro o como se comportaron algunos soldados en la prisión real de Abu Ghraib, ahora le pido que considere si también puede llegar a imaginarse como un héroe. Y es que vamos a celebrar lo que hay de bueno en la naturaleza humana, los héroes que viven entre nosotros y la imaginación heroica que todos poseemos.

APRENDER A RESISTIR INFLUENCIAS NO DESEADAS

A las personas que sufren un trastorno paranoide les cuesta mucho mostrar conformidad con un mensaje persuasivo o responder a él, aunque se lo ofrezcan con la mejor de las intenciones sus psicoterapeutas o sus seres queridos. Su cinismo y su desconfianza erigen una barrera que los aísla y les impide participar en la mayoría de las relaciones sociales. Al ser tan resistentes a las presiones sociales, nos ofrecen un modelo extremo de la inmunidad a la influencia, aunque a costa de pagar un precio psíquico demasiado elevado. En el otro extremo del abanico se encuentran las personas excesivamente crédulas, que confían en la gente de una manera incondicional y que son presa fácil para cualquier timador.

La cuestión es que, en lugar de distanciarnos de estas personas atribuyéndoles cualidades negativas como la estupidez o la ingenuidad, sería mejor que intentáramos entender cómo y por qué unas personas como nosotros pudieron caer de tal modo en ese engaño. De este modo nos hallaremos en la posición de poder resistirnos a estos engaños y de hacer que otras personas tomen conciencia de los métodos para hacerlo.

La dualidad del distanciamiento y la saturación

En la condición humana existe una dualidad básica: la formada por el distanciamiento y la saturación, por la desconfianza cínica y el compromiso. Distanciarnos de los demás por temor a ser engañados es una postura defensiva extrema, pero es indudable que cuanto más abiertos estemos a la persuasión de los demás, más probable será que acaben influyendo en nosotros o convenciéndonos. Por otro lado, unas relaciones francas y apasionadas con los demás son esenciales para la felicidad. Queremos sentir con fuerza, confiar por completo, actuar de una manera espontánea y sentirnos conectados a otras personas. Queremos vivir plenamente «saturados». Por lo menos en algunas ocasiones, deseamos suspender nuestra capacidad de evaluar y abandonar nuestras primitivas reservas basadas en el temor. Deseamos bailar con la exaltación de Zorba el griego.[1]

Pero periódicamente debemos evaluar el valor de nuestras relaciones sociales. El reto al que nos enfrentamos es hallar la oscilación idónea entre los polos de la participación plena y del distanciamiento. Saber cuándo hay que seguir con los demás, cuándo hay que ser leal a una causa o a una relación y apoyarla en lugar de rechazarla, es una cuestión delicada a la que todos nos enfrentamos con frecuencia. Vivimos en un mundo en el que hay unas personas que nos quieren utilizar. En ese mismo mundo hay otras personas que desean compartir sinceramente lo que para ellas son unos objetivos mutuamente positivos. ¿Cómo saber cuál es cuál? Ésa es la cuestión, querido Hamlet y querida Ofelia.

Antes de empezar a considerar métodos concretos para combatir las influencias que aspiran a controlar nuestra mente debemos considerar otra posibilidad: la vieja ilusión de la *invulnerabilidad personal*.[2] ¿Ellos? Sí. ¿Yo? *¡Ni hablar!* Nuestro viaje psicológico debería habernos convencido de que las fuerzas situacionales que hemos puesto de relieve pueden someter a la mayoría de las personas. Pero a nosotros no, ¿verdad? Es difícil ampliar a nuestros propios códigos de conducta las lecciones que hemos aprendido a partir de un análisis intelectual. Lo que en abstracto se aplica fácilmente a «los demás» no se aplica con tanta facilidad al caso concreto de uno mismo. Todos somos diferentes. Igual que no hay dos huellas dactilares idénticas, no hay dos personas con las mismas pautas genéticas, el mismo desarrollo, la misma personalidad.

Las diferencias individuales son loables, pero frente a unas fuerzas situacionales poderosas estas diferencias se reducen y se comprimen. En estos casos, los científicos de la conducta pueden predecir lo que harán la mayoría de las personas de un grupo aunque no sepan nada de ellas: les bastará con conocer su contexto conductual. Debe quedar claro que ni la mejor psicología puede predecir cómo va actuar cada persona en una situación dada; siempre habrá alguna medida de variación individual que no se pueda explicar. Así pues, podemos rechazar las lecciones que estamos a punto de aprender por considerar que no nos hacen falta, por creer que somos la excepción a la regla, por pensar que, técnicamente hablando, nos hallamos en el extremo adecuado de la distribución normal. Pero, si lo hacemos, será al precio de que nos puedan pillar con la guardia baja.

Programa de diez pasos para resistir influencias no deseadas

Si consideramos algunos principios de la psicología social subyacentes a las maldades que hemos visto a lo largo de nuestro viaje, podremos emplear variantes de esos principios para hacer que la gente acentúe los aspectos positivos de su vida y elimine los negativos. Dado que existen muchas clases de influencia, habría que crear una resistencia a medida para cada clase. Combatir unos compromisos disonantes erróneos exige unos métodos distintos de los usados para no ceder ante quienes buscan nuestra conformidad. Hacer frente a los discursos persuasivos y a los comunicadores con poder nos obliga a usar unos principios distintos de los que necesitamos para oponernos a quienes nos quieran deshumanizar o desindividuar. La manera de combatir el *groupthink* también difiere de la forma de modificar el impacto de quienes quieren que seamos sus adeptos.

He elaborado un compendio de métodos para el lector; sin embargo, en un solo capítulo no es posible presentarlo en toda su extensión y con todos los pormenores. La solución es ponerlo a disposición de quien lo desee en Internet, en el sitio web que acompaña a este libro: www.lucifer effect.com. De este modo, el lector lo podrá consultar cuando le venga bien y, si así lo desea, tomar notas, revisar las fuentes en las que se basa y considerar en qué contextos de su propia vida puede poner en práctica estas estrategias de resistencia. Además, cuando vea que él mismo o alguna persona que conozca está siendo objeto de un método concreto de influencia social, podrá recurrir a esta guía para hallar soluciones y saber qué puede hacer para colocarse en una posición que le permita afrontar el reto.

Dicho esto, paso a presentar mi programa de diez pasos para resistir el impacto de las influencias sociales no deseadas y, al mismo tiempo, mejorar la capacidad personal de resistencia y las virtudes cívicas. Se basa en ideas que abarcan diversas estrategias de influencia y ofrece unos métodos simples y efectivos para hacerles frente. La clave de la resistencia reside en ser consciente de uno mismo, desarrollar sensibilidad situacional y «saber espabilarse». Veremos que se trata de tres aspectos esenciales de muchas de estas estrategias.

«¡Me he equivocado!» Empecemos sabiendo reconocer nuestros errores, primero de cara a nosotros mismos y luego de cara a los demás. Aceptemos el dicho de que errar es humano. Hemos cometido un error de juicio; nuestra decisión ha sido errónea. Cuando la hemos tomado teníamos todos los motivos para pensar que era la correcta, pero ahora vemos que nos hemos equivocado. Digamos esas frases mágicas: «Lo siento», «Perdón». Digámonos que aprenderemos de nuestros errores, que nos ayudarán a mejorar. No sigamos dedicando dinero, tiempo y recursos a lo que no vale la pena. Sigamos adelante. Hacerlo con franqueza reduce la necesidad de justificar o racionalizar nuestros errores y de seguir dando apoyo a algo malo o inmoral. Confesar nuestros errores reduce la motivación de superar las disonancias cognitivas; estas disonancias se evaporan cuando afrontamos la realidad. Puede que «cortar por lo sano» en lugar de «seguir hasta el final» tenga un coste inmediato, pero dará beneficios a largo plazo.

«Estoy atento.» En muchas situaciones vemos a personas inteligentes que actúan tontamente porque no prestan atención a los detalles básicos de las palabras o los actos de algún agente de influencia o porque pasan por alto algunas señales situacionales evidentes. Con demasiada frecuencia actuamos con el «piloto automático» puesto, siguiendo unos guiones ya muy trillados porque nos han ido bien otras veces, sin detenernos a considerar si son adecuados para el aquí y ahora.[3] Siguiendo el consejo de la investigadora de Harvard Ellen Langer, deberemos abandonar nuestro estado habitual de falta de atención o de despreocupación irreflexiva y estar bien «atentos», sobre todo ante una situación nueva.[4] No dudemos en darle un toque de atención a nuestra corteza cerebral; cuando nos hallamos en una situación familiar o conocida los viejos hábitos nos siguen dominando aunque se hayan vuelto obsoletos o inadecuados. Recordémonos constantemente que no debemos vivir con el piloto automático puesto, que siempre deberemos hallar un «momento zen» para pensar antes de actuar, para reflexionar sobre el significado de la situación en la que nos hallamos. No nos metamos nunca sin pensar en situaciones que cualquier persona sensata procuraría evitar. Para garantizar la mejor resistencia, añadamos el «pensamiento crítico» a la necesidad de estar atentos.[5] Pidamos que las

afirmaciones se justifiquen con pruebas; exijamos que las ideologías estén lo bastante elaboradas para separar retórica de sustancia. Intentemos determinar si los medios recomendados justifican algún fin potencialmente dañino. Imaginemos las consecuencias futuras de cualquier práctica actual. Rechacemos cualquier componenda o solución simple a problemas personales o sociales complejos. Fomentemos el pensamiento crítico en los niños desde las más tierna infancia, alertándoles de los engaños de los anuncios televisivos, de las afirmaciones tendenciosas y de las perspectivas distorsionadas que se les ofrece. Ayudémosles a consumir el conocimiento de una manera más sabia y más prudente.[6]

«Soy responsable.» Asumir la responsabilidad de las propias decisiones y los propios actos coloca a la persona en el asiento del conductor, para bien o para mal. Dejar que otros reduzcan la propia responsabilidad, que la diluyan, hace que el conductor se guíe por sus indicaciones y que no sepa muy bien adónde y por dónde va. Seremos más resistentes a las influencias sociales no deseadas si siempre mantenemos un sentido de la responsabilidad personal y estamos dispuestos a hacernos responsables de nuestros actos. La obediencia a la autoridad será menos ciega en la medida en que seamos conscientes de que la dilución de la responsabilidad no hace más que disfrazar nuestra complicidad personal en la realización de actos dudosos. Nuestra conformidad con normas de grupo antisociales se reducirá en la medida en que no permitamos la dilución de la responsabilidad, cuando nos neguemos a distribuir la responsabilidad entre la pandilla, la fraternidad, el establecimiento, el batallón o la empresa. Imaginemos siempre un futuro en el que nuestros actos de hoy se sometan a juicio y nadie acepte el pretexto de que «nos limitábamos a seguir órdenes» o de que «todo el mundo lo hacía».

«Afirmaré mi identidad personal.» No permitamos que nadie nos desindividúe, nos coloque en una categoría ni nos encasille convirtiéndonos en un objeto. Reafirmemos nuestra individualidad; expongamos con educación y con toda claridad nuestro nombre y nuestras credenciales. Insistamos en que los demás actúen igual. Miremos directamente a la cara

(quitémonos las gafas que nos oculten los ojos) y demos información sobre nosotros que refuerce nuestra identidad personal. Hallemos puntos de coincidencia con las personas que dominen en situaciones de influencia y usémoslos para destacar similitudes. El anonimato y el secretismo encubren la maldad y debilitan los lazos humanos. Pueden convertirse en el campo de cultivo de la deshumanización y, como sabemos ahora, la deshumanización prepara el terreno a matones, violadores, torturadores, terroristas y tiranos. Vayamos un paso más allá de la propia individuación. Actuemos para cambiar toda condición social que fomente el anonimato. Impulsemos prácticas que hagan que los demás se sientan especiales para que también adquieran un sentido de valor personal y de amor propio. No permitamos ni practiquemos nunca estereotipos negativos; las palabras, las etiquetas y las bromas pueden ser destructivas si rebajan a los demás.

«Respeto la autoridad justa pero me rebelo contra la injusta.» En toda situación donde haya personas con autoridad, intentemos distinguir a quienes por su sabiduría, experiencia, antigüedad o estatus especial son merecedores de respeto, y a quienes ejercen una autoridad injusta reclamando nuestra obediencia sin ningún fundamento. Muchos de los que se arrogan autoridad son seudolíderes, falsos profetas, estafadores que sirven a sus propios intereses a los que, en lugar de respetar, habría que desobedecer y desenmascarar. Los padres, los enseñantes y las autoridades religiosas deberían desempeñar un papel más activo para enseñar a los niños esta diferencia fundamental, para que sean educados y corteses si la autoridad está justificada, y para que sepan resistirse a la autoridad que no merezca su respeto. Así se reducirá la obediencia ciega a autoridades autoproclamadas, entre cuyas prioridades no están nuestros mejores intereses.

«Deseo ser aceptado, pero valoro mi independencia.» El atractivo de ser aceptado en un grupo social al que se desea pertenecer es más poderoso que el mítico anillo de oro de *El señor de los anillos*. El poder de este deseo hace que algunas personas sean capaces de prácticamente cualquier cosa para ser aceptadas y que aún lleguen más lejos para evitar que el grupo las

rechace. Está claro que somos animales sociales y que, normalmente, nuestras relaciones sociales nos benefician y nos ayudan a lograr metas importantes que no podríamos alcanzar solos. Pero, en ocasiones, la conformidad a las normas del grupo va en contra del bien social. Es imprescindible determinar cuándo hay que seguir estas normas y cuándo hay que rechazarlas. Al fin y al cabo, vivimos en el esplendor aislado de nuestra propia mente y debemos estar dispuestos a proclamar nuestra independencia a pesar del rechazo social que ello pueda suponer. No es fácil, sobre todo para los jóvenes que tienen una imagen poco sólida de sí mismos o para los adultos que se identifican en exceso con su trabajo. Las presiones para que «actúen en equipo», para que sacrifiquen su moralidad personal por el bien del equipo, son prácticamente irresistibles. Hace falta distanciarse un poco, buscar la opinión de otras personas y encontrar otros grupos que apoyen nuestra independencia y fomenten nuestros valores. Siempre habrá otro grupo diferente y mejor.

«Estaré más atento a las formulaciones.» La forma de enmarcar o formular una cuestión suele tener más influencia que cualquier argumentación persuasiva que se pueda dar en torno a ella. Además, muchas formulaciones son efectivas precisamente porque no parecen formulaciones y adoptan la forma de titulares, imágenes, eslóganes o logotipos. Ejercen su influencia sin que seamos conscientes de ello y nos orientan hacia unas ideas o unos temas concretos. Deseamos aquello que se formula como «escaso» aunque exista en abundancia. Nos disgusta lo que se formula como una posible pérdida y preferimos lo que se nos presenta como una ganancia aunque el resultado neto sea el mismo.[7] No nos gusta una probabilidad del 40 % de perder X en relación con Y, pero sí que nos gusta una probabilidad del 60 % de ganar Y en relación con X. El lingüista George Lakoff demuestra claramente en sus escritos lo importante que es tomar conciencia del poder de la formulación y estar alerta para contrarrestar su insidiosa influencia en nuestras emociones, en nuestro pensamiento y en nuestros votos.[8]

«Equilibraré mi perspectiva del tiempo.» Podemos vernos inducidos a hacer cosas en las que no creemos si nos dejamos atrapar en un presente continuo. Cuando dejamos de pensar en nuestros compromisos pasados y nuestras responsabilidades futuras nos abrimos a las tentaciones situacionales para entregarnos a excesos propios de *El señor de las moscas***.** Si no nos dejamos «llevar por la corriente» cuando quienes se hallan a nuestro alrededor están fuera de control, nos basamos en una perspectiva temporal que se extiende más allá del hedonismo o el fatalismo centrados en el presente. Tenderemos a realizar un análisis de los costes y beneficios de nuestros actos en función de sus consecuencias. O podemos resistir siendo conscientes de un marco temporal pasado que contenga nuestros valores personales. Si desarrollamos una perspectiva del tiempo equilibrada con la que podamos hacer entrar en juego el pasado, el presente y el futuro en función de la situación y la tarea que nos ocupe, estaremos en una posición mejor para actuar de una manera responsable y prudente que si nuestra perspectiva del tiempo sólo se basa en uno o dos marcos temporales. El poder situacional se debilita cuando el pasado y el futuro se combinan para contener los excesos del presente.[9] Por ejemplo, la investigación indica que quienes ayudaron a los judíos holandeses a esconderse de los nazis, no llevaron a cabo la clase de racionalización con la que sus vecinos justificaron el hecho de *no* ayudarles. Aquellos héroes se basaban en unas estructuras morales derivadas de su pasado y no perdieron de vista el futuro, en el que recordarían aquella situación terrible y se verían obligados a preguntarse si habían hecho lo correcto cuando eligieron no sucumbir al miedo y a la presión social.[10]

«No sacrificaré libertades personales o civiles por la ilusión de seguridad.» La necesidad de seguridad es un poderoso determinante de la conducta humana. Ante una supuesta amenaza a nuestra seguridad o ante la promesa de guardarnos del peligro podemos ser manipulados hasta el punto de acabar actuando de una manera totalmente ajena a nosotros. La mayoría de las veces, los traficantes de influencia obtienen poder sobre nosotros ofreciéndonos un pacto faustiano: estaremos a salvo de cualquier daño si cedemos una parte de nuestra libertad, ya sea personal o civil, a la

autoridad. El tentador mefistofélico argumentará que su poder para salvarnos depende de que todos sacrifiquemos aquel pequeño derecho o esa pequeña libertad. Rechacemos ese pacto. No sacrifiquemos nunca nuestras libertades personales básicas por la promesa de seguridad porque esos sacrificios son reales e inmediatos y la seguridad sólo es una ilusión. Esto se aplica tanto a los contratos matrimoniales tradicionales como al compromiso de los buenos ciudadanos con los intereses de su país cuando su máximo dirigente les promete la seguridad personal y nacional al precio de un sacrificio colectivo de las leyes, la intimidad y las libertades. En su clásica obra *El miedo a la libertad*, Erich Fromm nos recuerda que éste es el primer paso que dan los caudillos fascistas incluso en sociedades en principio democráticas.

«Puedo oponerme a sistemas injustos.» Las personas titubean ante la fuerza de los sistemas que hemos descrito: los regímenes militares y penitenciarios, y también los de las pandillas, las sectas, las fraternidades, las grandes corporaciones e incluso las familias disfuncionales. Pero la resistencia individual, unida a la de otras personas con la misma mentalidad y determinación, puede cambiar las cosas. En el siguiente apartado de este capítulo hablaremos de personas que han llegado a cambiar sistemas por su voluntad de arriesgarse a denunciar la corrupción de esos sistemas o por haber contribuido a ese cambio de una manera activa y constructiva. La resistencia puede consistir en retirarse físicamente de una situación que controle por completo la información, las recompensas y los castigos. En cuestionar la mentalidad de *groupthink* y documentar todas las acusaciones de maldad. O puede consistir en buscar la ayuda de otras autoridades, de asesores, de periodistas de investigación, de compatriotas revolucionarios. Los sistemas tienen una enorme capacidad para resistirse al cambio y son capaces de hacer frente incluso al asalto más justificado. Es en estos casos donde los actos individuales de heroísmo para oponerse a sistemas injustos y a sus fabricantes de cestos podridos es mejor realizarlos pidiendo a otros que se unan a la causa. El sistema puede redefinir la oposición de una

persona calificándola de delirio, la de dos personas calificándola de *folie à deux* o psicosis compartida, pero cuando ya contamos con tres personas o más nos convertimos en una fuerza a la que hay que tener en cuenta.

Este programa de diez pasos no es más que un punto de partida para desarrollar la resistencia individual y colectiva contra las influencias no deseadas y los intentos ilegítimos de persuasión. Como decía antes, se puede consultar una serie más completa de recomendaciones y referencias basadas en investigaciones en el sitio web de *El efecto Lucifer*, en el enlace «Resisting Influence».

Antes de pasar a la etapa final de nuestro viaje para celebrar los héroes y el heroísmo, quisiera añadir otra recomendación general. Intentemos no caer en pecados veniales o pequeñas transgresiones, como engañar, mentir, chismorrear, propagar rumores, reírnos de chistes racistas o sexistas, intimidar a otros o burlarnos de ellos. Estos actos pueden ser peldaños hacia pecados más graves. Las grandes maldades siempre empiezan con pasos pequeños que parecen triviales, pero recordemos que la maldad es una pendiente muy resbaladiza. Cuando empezamos a andar por ella, es muy fácil deslizarse hasta el fondo.

Las paradojas del heroísmo

Una joven desafía a una autoridad mayor que ella, la obliga a reconocer su complicidad en unos actos censurables que se están produciendo bajo su mando. Su oposición va más allá y contribuye a poner fin a los maltratos que unos carceleros infligen a unos reclusos inocentes. ¿Cabe calificar su postura de «heroica» teniendo presente que ninguna de las muchísimas otras personas que habían presenciado el sufrimiento de los reclusos actuó contra el sistema al darse cuenta de sus excesos?

Tendemos a asociar el heroísmo a unos actos especiales realizados por personas especiales. Pero la mayoría de la gente que ha sido elevada a esta categoría insiste en que no han hecho nada especial, que han actuado como actuaría cualquier persona en la misma situación. Se niegan a considerarse «héroes». Quizás esta reacción surja de la noción tan arraigada en todos nosotros de que los héroes son superhombres y supermujeres, que están por

encima de los mortales comunes. Puede que esto no se deba únicamente a la modestia. Puede que se deba a que tenemos una noción equivocada de lo que supone el heroísmo.

A continuación hablaremos de lo mejor que puede ofrecer la naturaleza humana y de la transformación de lo ordinario en heroico. Examinaremos otras definiciones y concepciones del heroísmo y propondremos una manera de clasificar los actos de heroísmo; luego veremos algunos ejemplos de estas categorías; por último, elaboraremos una tabla con los contrastes entre la banalidad de la maldad y la banalidad del heroísmo. Pero, antes, volvamos a la persona y al acto que han abierto este apartado y que supusieron el cierre del experimento de la prisión de Stanford.

Recordemos (capítulo 8) que Christina Maslach se acababa de doctorar por la Facultad de Psicología de la Universidad de Stanford y que ella y yo manteníamos una relación sentimental. Cuando vio una cadena de presos con las cabezas cubiertas por bolsas que eran conducidos al lavabo mientras los carceleros les gritaban órdenes y presenció mi aparente indiferencia ante su sufrimiento, explotó.

Su posterior relato de lo que había sentido en aquellos momentos y la interpretación que hace de sus acciones nos revelan muchas cosas sobre el complejo fenómeno del heroísmo.[11]

> Respondí [a Zimbardo] muy exaltada (normalmente soy una persona muy contenida). Estaba tan furiosa y asustada que se me saltaban las lágrimas. Y le dije algo parecido a: «¡*Lo que les hacéis a esos chicos es horroroso*!».
>
> ¿Y qué puede haber de importante en el relato de mi papel como «finalizadora» del experimento de la prisión de Stanford? Son varias las cuestiones que me gustaría destacar. Pero antes quisiera decir de qué no trata este relato. En contra del manido mito «americano», el relato de mi papel en el experimento de la prisión de Stanford no habla de una persona que desafía en solitario a la mayoría. Más bien habla de la mayoría, de la medida en que todas las personas que tuvieron alguna relación con el experimento de la prisión (participantes, investigadores, observadores, asesores, familiares y amigos) acabaron absorbidos por él. El principal protagonista del relato es el poder de la situación para imponerse a la personalidad de esas personas.
>
> ¿Por qué reaccioné yo de una manera tan diferente? Creo que la respuesta se basa en dos hechos: me incorporé muy tarde a la situación, era una persona «ajena» a ella. A diferencia de todos los demás, yo no participaba en el estudio. A diferencia de todos los demás, no tenía un papel definido socialmente en aquel contexto de la prisión. A diferencia de todos los demás, yo no estaba allí cada día y no me vi arrastrada por la escalada continua de la situación. Por lo

tanto, la situación en la que me encontré al final de la semana no era la misma que para todos los demás: yo no compartía su historia en común, ni su posición, ni su perspectiva. Para ellos, aquella situación entraba dentro de la normalidad; para mí, no; para mí, aquello era como una casa de locos.

Al ser una persona «ajena» no tenía la opción de desobedecer unas normas sociales concretas, por lo que mi oposición adoptó una forma diferente: plantar cara a la situación misma. Algunos han visto en este reto un acto de heroísmo, pero en aquellos momentos yo no me veía como una heroína. Al contrario, el hecho de ser la única voz discordante fue una experiencia terrorífica, porque me sentía muy sola: dudaba de la opinión que me había formado de la situación y de la gente, y hasta puede que de mi valía como investigadora en el campo de la psicología social.

Luego, Christina plantea una profunda consideración. Para que un acto personal de rebeldía sea digno del calificativo de «heroico», debe tratar de cambiar el sistema, enmendar una injusticia, corregir un error:

En el fondo, también tuve que plantearme qué haría si Phil siguiera con el EPS a pesar de mi resuelta oposición. ¿Habría denunciado el caso ante autoridades superiores, como el decano de la facultad, el rector de la universidad o la junta de experimentos con sujetos humanos? No puedo decirlo con seguridad y me alegro de que la situación no llegara a plantearse. Pero, visto en retrospectiva, hacerlo habría sido esencial para traducir mis valores a unos actos concretos. Cuando nos quejamos de una injusticia pero la queja sólo da como resultado unas modificaciones superficiales que no alteran la situación, la discrepancia y la desobediencia no valen de mucho.

Luego se extiende sobre una cuestión que se planteó en relación con el estudio de Milgram: la disconformidad verbal de algunos «maestros» no era más que una especie de bálsamo para su ego, para no sentirse tan miserables ante lo que le estaban haciendo a sus «alumnos». Para enfrentarse a la autoridad era necesaria una *desobediencia conductual*. Sin embargo, en el experimento de Milgram, la máxima expresión de desobediencia por parte de los «maestros» era marcharse en silencio de una situación tan angustiosa, sin intentar cambiarla de ninguna manera importante. Christina expresa de la manera más elocuente su postura acerca de lo que debería haber hecho aquella minoría heroica después de haberse enfrentado a la figura de autoridad:

¿Qué importancia podría tener para el estudio de Milgram que la tercera parte de los participantes desobedeciera y se negara a llegar hasta el final? Supongamos que no hubiera sido un experimento; supongamos que la «tapadera» de Milgram fuera verdad, que los investigadores estaban estudiando el papel del castigo en el aprendizaje y la memoria y que aplicarían el procedimiento a mil participantes en una serie de muchos experimentos para averiguar el valor pedagógico del castigo. Si desobedeciéramos, nos negáramos a seguir, cobráramos el dinero

ganado y nos fuéramos en silencio, nuestro acto de heroísmo no impediría el sufrimiento de los siguientes 999 participantes. Sería un hecho aislado sin ningún impacto social a menos que incluyera dar el paso siguiente de poner en duda la estructura y los supuestos de toda la investigación. La desobediencia individual se tiene que traducir en una desobediencia sistémica que fuerce cambios en la situación o en sus agentes, y no sólo en algunas condiciones de actuación. A las situaciones malvadas les es muy fácil apropiarse de las buenas intenciones de los disidentes e incluso de los rebeldes heroicos colgándoles medallas por sus actos y dándoles un cheque regalo para que se guarden su opinión.

¿De qué están hechos los héroes y el heroísmo?

¿En qué casos no se convierte en un «héroe» una persona que realiza un acto que se puede considerar heroico de acuerdo con unos criterios que expondremos más adelante? Más aún, ¿en qué circunstancias se podría considerar que su acto es una muestra de cobardía y no de heroísmo?

El acto de Christina tuvo la consecuencia positiva de poner fin a una situación que se había descontrolado y que empezaba a causar mucho más daño del que se había podido imaginar al principio. Ella no se considera una heroína porque simplemente expresaba creencias y sentimientos personales que fueron traducidos (por mí, como investigador principal) al resultado que deseaba. No tuvo que denunciar el caso a unas autoridades superiores para que intervinieran y pusieran fin al experimento.

Comparemos su caso con el de dos héroes en potencia de aquel estudio, el recluso Clay-416 y el recluso conocido como «el chusquero». Los dos desafiaron abiertamente la autoridad de los carceleros y sufrieron mucho por ello. La huelga de hambre de Clay y su negativa a comerse las salchichas hicieron tambalear el control de los carceleros y ello debería haber alentado a sus compañeros a reclamar sus derechos. Pero no fue así. Los mismos compañeros también deberían haber considerado que era un acto heroico la negativa del chusquero a decir palabrotas en público a pesar del acoso del carcelero «John Wayne», y deberían haberse unido contra los maltratos. Pero no fue así. Y, ¿por qué? Pues porque Clay y el chusquero actuaron por su cuenta, sin dar a conocer sus valores ni sus intenciones a los otros reclusos, sin pedirles su apoyo ni su reconocimiento. Por lo tanto, a los carceleros les fue fácil colgarles la etiqueta de «alborotadores» y presentarlos como culpables de las privaciones que iban a sufrir los demás.

Sus actos se podrían considerar heroicos, pero a ellos no se les puede considerar héroes porque nunca actuaron para cambiar aquel sistema de maltratos haciendo que otros se unieran a su causa.

Su ejemplo pone de relieve otro aspecto del heroísmo. El heroísmo y la condición de héroe siempre son atribuciones sociales. Alguien más aparte del actor confiere ese honor a la persona y al acto. Para que un acto se considere heroico y su autor sea tenido por un héroe debe haber un consenso social en torno a su significado y sus consecuencias. Pero, ¡un momento! ¡No vayamos tan deprisa! Un terrorista suicida palestino que se inmola matando a civiles israelíes inocentes es considerado un héroe en Palestina y un vil asesino en Israel. Del mismo modo, dependiendo de quien haga la atribución, unos mismos agresores serán vistos como combatientes heroicos por la libertad o como cobardes agentes del terrorismo.[12]

Esto significa que las definiciones del heroísmo siempre están ligadas a la cultura y a la época. Aun a día de hoy, en algunos pueblos remotos de Turquía los titiriteros representan para los niños la leyenda de Alejandro Magno. En los pueblos donde estableció puestos de mando y donde sus soldados se casaron con mujeres del lugar, Alejandro es tenido por un gran héroe, pero en los pueblos que simplemente conquistó en su intento implacable de reinar en todo el mundo conocido, es tenido por un vil maleante casi dos mil quinientos años después de su muerte.[13]

Más aún, para que los actos de un héroe pasen a formar parte de la historia de una cultura deben ser anotados y conservados por personas instruidas que puedan pasar la historia a posteriores generaciones en forma escrita u oral. Los pueblos pobres, colonizados y analfabetos tienen pocos héroes conocidos porque no hay constancia de sus actos.

Definiciones de héroe y heroísmo

El heroísmo nunca ha sido investigado sistemáticamente por las ciencias de la conducta.[14] Los héroes y el heroísmo han sido objeto de mucha más atención en la literatura, el arte, el mito y el cine. Existen innumerables fuentes que documentan los males de la existencia humana: homicidios y suicidios, índices de criminalidad, poblaciones de reclusos,

niveles de pobreza o incidencia de la esquizofrenia en una población dada. No es fácil hallar unos datos cuantitativos similares sobre actividades humanas positivas. No llevamos un registro de los actos de caridad, bondad o compasión que se dan en una sociedad en el transcurso de un año. Sólo muy de vez en cuando tenemos noticia de un acto heroico. Estos índices aparentemente tan bajos nos inducen a creer que los héroes y el heroísmo son fenómenos excepcionales. No obstante, el rigor empírico y metodológico del nuevo movimiento de la psicología positiva ha renovado el interés en lo que tiene de bueno la naturaleza humana. Encabezado por el psicólogo Martin Seligman y sus colegas, este movimiento ha creado un cambio de paradigma orientado a acentuar lo que hay de positivo en la naturaleza humana y a minimizar los aspectos negativos que llevan tanto tiempo acaparando la atención de la psicología.[15]

Las concepciones del heroísmo aceptadas actualmente destacan sobre todo su riesgo físico, sin ocuparse debidamente de otros componentes de los actos heroicos, como la nobleza de propósito y los actos no violentos de sacrificio personal. Los análisis de las virtudes humanas realizados por los psicólogos positivos permiten establecer seis categorías básicas de la conducta noble y virtuosa que disfrutan de un reconocimiento prácticamente universal. Estas categorías son: sabiduría y conocimiento, coraje, humanidad, justicia, templanza y trascendencia. De ellas, el coraje, la justicia y la trascendencia son las características básicas del heroísmo. La trascendencia se refiere a las creencias y los actos que van más allá de los límites del ego.

El heroísmo hace que nos centremos en los aspectos positivos de la naturaleza humana. Los relatos de heroísmo nos atraen porque nos recuerdan que la gente es capaz de resistirse a la maldad, de no ceder a las tentaciones, de superar la mediocridad y de responder cuando los demás no actúan.

Muchos diccionarios modernos describen el heroísmo con términos como «gallardía» o «valentía», unos términos que a su vez se describen como «coraje», un coraje que nos devuelve otra vez al heroísmo. Sin embargo, los diccionarios más antiguos se esmeraban mucho en descomponer este concepto ofreciendo distinciones sutiles entre las

palabras usadas para describir los actos heroicos. Por ejemplo, la edición de 1913 del *Webster's Revised Unabridged Dictionary* asocia el heroísmo con el coraje, la valentía, la entereza, la intrepidez, la gallardía y la bravura.[16]

Héroes militares

Históricamente, la mayoría de los ejemplos de heroísmo han destacado actos de coraje que implicaban valentía, gallardía y riesgo de sufrir heridas graves o de muerte. Según los psicólogos Alice Eagly y Selwyn Becker, es más probable que alguien sea considerado un héroe por una combinación de coraje y de nobleza que por el coraje por sí solo.[17] La idea de nobleza aplicada al heroísmo suele ser tácita y escurridiza. En general es más evidente la idea de jugarse la vida o del sacrificio personal. El ideal del héroe de guerra ha llenado páginas desde las epopeyas de la antigüedad hasta el periodismo moderno.

Aquiles, el mayor de los guerreros griegos en la guerra de Troya, se suele considerar el héroe de guerra arquetípico.[18] Su forma de entrar en combate reflejaba su compromiso con un código guerrero que definía sus actos como gallardos o aguerridos. Sin embargo, aunque sus actos fueron heroicos, su única motivación era alcanzar la gloria y la fama que le harían inmortal en la mente de los hombres cuando hubiera muerto.

Según la historiadora Lucy Hughes-Hallett, «un héroe puede sacrificarse para que otros puedan vivir, o para vivir él mismo por siempre en la memoria de otros [...] Aquiles dará cualquier cosa, incluyendo la propia vida, para reafirmar su singularidad, para dotar a su vida de significado, para escapar del olvido».[19] El deseo de jugarse la vida a cambio de ser honrado durante generaciones puede parecer una reliquia de otra era, pero merece ser tenido muy en cuenta en nuestro estudio de la conducta heroica moderna.

Esta visión histórica del héroe también da a entender que en los héroes hay algo innato que les hace especiales. Según Hughes-Hallett, «dijo Aristóteles que hay hombres tan divinos, tan excepcionales, que de una manera natural, por sus dotes extraordinarias, trascienden todo juicio moral o todo control institucional: "No hay ley que pueda abrazar a hombres de tal

calibre: ellos mismos son ley"». De esta concepción aristotélica surge otra definición del heroísmo: «Es la expresión de un espíritu grandioso. Está asociado al coraje y a la integridad, y también al desdén por los compromisos que encorsetan la manera de vivir de la mayoría no heroica [...] unos atributos que en general se tienen por nobles [...] [Los héroes son] capaces de hacer algo memorable —derrotar a un enemigo, salvar una raza, preservar un sistema político, finalizar un viaje— que *nadie más* [la cursiva es mía] es capaz de hacer».[20]

Héroes civiles

Si Aquiles es el héroe de guerra arquetípico, Sócrates es su equivalente civil. Sus enseñanzas resultaban tan amenazadoras para las autoridades de Atenas que se convirtió en blanco de su censura y al final fue juzgado y sentenciado a muerte por negarse a abjurar de sus ideas. Cuando equiparamos el heroísmo militar de Aquiles con el heroísmo civil de Sócrates vemos que, si bien los actos heroicos suelen realizarse al servicio de los demás o de los principios morales básicos de una sociedad, es frecuente que el héroe actúe en el punto de encuentro de fuerzas constructivas y destructivas. Según Hughes-Hallett, «las alas de la oportunidad están vestidas con las plumas de la muerte» porque los héroes se exponen a peligros mortales en su búsqueda de la inmortalidad. Tanto Aquiles como Sócrates, los dos grandes ejemplos de heroísmo, hallan la muerte siguiendo los códigos de conducta anticonvencionales de acuerdo con los cuales decidieron vivir.

La elección de Sócrates de morir por sus ideales es un ejemplo imperecedero del poder del heroísmo civil. Se nos dice que a la hora de cumplir la condena, Sócrates invocó la imagen de Aquiles en apoyo de su decisión de morir, en lugar de someterse a una ley arbitraria que silenciaría su oposición al sistema.

Recordemos el acto de audacia del «rebelde desconocido» que se enfrentó a una columna de diecisiete tanques que se dirigían a aplastar la revuelta de la plaza de Tiananmen, en Pekín, el 5 de junio de 1989. Aquel joven detuvo el avance mortal de una columna de tanques durante treinta minutos; luego se subió encima del primer tanque y allí, supuestamente, se puso a hablar con el conductor diciéndole: «¿Por qué estáis aquí? Mi ciudad es un caos por vuestra culpa; retroceded, daos la vuelta y dejad de matar a mi gente: marchaos de aquí». Aquel anónimo «hombre del tanque» se convirtió de inmediato en un símbolo internacional de la resistencia; encaró la prueba final del coraje personal con honor y definió para siempre la imagen emblemática del individuo que se enfrenta a un monstruo militar únicamente con su dignidad. Su imagen dio la vuelta al mundo y lo convirtió en un héroe universal. Hay muchas historias contradictorias sobre lo que le pudo suceder después de estos hechos: algunas dicen que lo encarcelaron, otras que fue ejecutado, otras que pudo huir del país. Al margen de lo que pudiera haberle ocurrido, la revista *Time* reconoció su condición de héroe civil cuando lo incluyó en su lista de las cien personas más influyentes del siglo XX (abril de 1998).

El peligro físico que corren los civiles que actúan con heroísmo difiere de los actos heroicos de un soldado o de otros profesionales, porque éstos tienen un deber que cumplir y un código de conducta al que atenerse y porque han recibido una formación adecuada. De todos modos, aunque el heroísmo vinculado al cumplimiento del deber puede diferir del heroísmo que no tiene esta obligación, el compromiso y el potencial sacrificio que exige el acto heroico son muy similares en los dos casos.

Héroes que corren riesgo físico y héroes que corren riesgo social

Una definición que ofrecen dos psicólogos cita el riesgo físico como la característica definitoria de los héroes. Para Becker y Eagly, los héroes son «personas que optan por correr riesgos para ayudar a otros a pesar de la posibilidad de morir o de sufrir heridas graves».[21] Reconocen otros motivos para el heroísmo, como los principios, pero no los examinan en detalle. Es curioso que unos psicólogos presenten un prototipo del heroísmo tan limitado, excluyendo otras formas de riesgo personal que podrían calificarse de actos heroicos, como poner en riesgo la carrera profesional, poder acabar en la cárcel o perder el estatus social.

Las diversas concepciones del heroísmo también recurren a las nociones de coraje, justicia y trascendencia que Seligman y sus colegas desarrollaron para su sistema de clasificación de las virtudes y las fuerzas. Por ejemplo, la virtud del coraje se sustenta en cuatro fuerzas del carácter que incluyen la autenticidad, la valentía (similar a la intrepidez), la perseverancia (parecida a la entereza) y el brío. La virtud de la justicia engloba la ecuanimidad, el liderazgo y el trabajo en equipo. En la práctica, el concepto de servicio a un ideal o una causa noble suele estar relacionado con la justicia, como en el caso de la abolición de la esclavitud. Por último, la trascendencia es otra de las virtudes relacionadas con el heroísmo porque establece una conexión con el universo y da significado a nuestros actos y a nuestra existencia. Si bien la trascendencia como tal no aparece en los escritos sobre el heroísmo, puede que esté relacionada con la noción de entereza que el diccionario Webster de 1913 incluía en la conducta heroica. La trascendencia puede hacer que la persona que lleva a cabo un acto

heroico se muestre impasible ante las consecuencias negativas —previstas o inesperadas— resultantes de su conducta. Para ser un héroe, el individuo debe sobreponerse a los peligros y los riesgos inmediatos que supone necesariamente el heroísmo, bien reformulando la naturaleza de estos riesgos, bien alterando su relevancia para unos valores «de orden superior».

Una nueva clasificación del heroísmo

Las conductas heroicas que se dieron en relación con el experimento de la prisión de Stanford me impulsaron a examinar a fondo este tema tan intrigante mediante diálogos con mi colega, el psicólogo Zeno Franco. Primero ampliamos la concepción del riesgo heroico, luego propusimos una definición más amplia del heroísmo, y por último creamos una nueva clasificación o taxonomía del heroísmo. Parecía claro que el riesgo o el sacrificio no se deberían limitar a una amenaza inmediata a la integridad física. El componente de riesgo del heroísmo puede ser cualquier amenaza grave a la calidad de vida. Por ejemplo, el heroísmo puede incluir perseverar en una conducta aun sabiendo que, a largo plazo, puede tener consecuencias graves para la salud, provocar graves pérdidas económicas o de estatus, o conducir al ostracismo. Puesto que esto ampliaba bastante la definición de heroísmo, también parecía necesario descartar algunas formas de heroísmo que, en el fondo, podrían tener poco de heroicas.

No son héroes todos los inconformistas, todos los guerreros o todos los santos. El héroe debe encarnar una mezcla de nobleza deliberada y de sacrificio en potencia. A veces se califica a alguien de héroe aunque sus actos no lo justifiquen, pero hacerlo es conveniente para algún organismo o gobierno. Estos «seudohéroes» son creaciones de los medios de comunicación alimentadas por fuerzas sistémicas poderosas.[22]

Los héroes son recompensados de varias maneras por sus actos heroicos, pero si esperan obtener algún beneficio secundario en el momento de actuar se les debe despojar de su condición. Sin embargo, si obtienen un beneficio después de haber actuado sin que lo hayan previsto de antemano, su acto se puede seguir considerando heroico. La cuestión es que el acto heroico sea *sociocéntrico*, no egocéntrico.

Para que un acto se considere heroico debe cumplir cuatro criterios básicos: a) se debe hacer voluntariamente; b) debe suponer algún riesgo o sacrificio potencial, como amenaza de muerte, amenaza inmediata para la integridad física, amenaza a largo plazo para la salud, o degradación grave de la calidad de vida; c) se debe realizar al servicio de una o más personas o de la comunidad en general; y d) no se debe haber previsto de antemano ningún beneficio.

El heroísmo al servicio de una causa noble no suele ser tan dramático como el que supone un riesgo físico. Pero el heroísmo que implica correr un riesgo físico suele ser consecuencia de una decisión repentina, de un momento de acción; además, suele suponer la posibilidad, que no la certeza, de morir o de sufrir heridas graves. La persona que realiza el acto suele retirarse de la situación al cabo de poco tiempo. En cambio, se puede argumentar que algunas formas de heroísmo civil son más heroicas que las formas de heroísmo que suponen un riesgo físico. Personas como Nelson Mandela, Martin Luther King o el doctor Albert Schweitzer se sometieron día tras día y de una forma totalmente voluntaria a las tribulaciones del heroísmo civil durante gran parte de su vida. En este sentido, sería mejor llamar *peligro* al riesgo asociado al heroísmo que implica un riesgo físico, y llamar *sacrificio* al riesgo inherente al heroísmo civil.

El sacrificio supone unos costes que no tienen plazo ni límite de tiempo. Normalmente, los héroes civiles tienen la oportunidad de plantearse detenidamente sus actos y calcular las consecuencias de sus decisiones. Todos pueden optar por abandonar la causa que defienden porque el coste de sus actos puede ser demasiado elevado, pero no lo hacen. Estas personas ponen en riesgo su calidad de vida en muchos aspectos. Las consecuencias de sus actos suelen ser graves: detención, encarcelamiento, tortura, riesgo para sus familiares e incluso asesinato.

Podemos decir que defender las ideas civiles más elevadas frente al peligro es el concepto central del heroísmo. El riesgo físico sólo es una forma de hacer frente a los peligros que pueden surgir al llevar a cabo un acto heroico. El Webster nos recuerda que el héroe «desprecia el peligro, mas no por ignorancia o frivolidad, *sino por la noble devoción a una gran causa* [la cursiva es mía] y la confianza en poder arrostrar el peligro con el

temple que esa causa otorga». Este peligro puede ser una amenaza de muerte inmediata o puede tener una naturaleza insidiosa. Consideremos estas palabras de Nelson Mandela al principio de los veintisiete años de prisión que sufrió por oponerse a la tiranía del *apartheid*:

> He dedicado toda mi vida a la lucha del pueblo africano. He combatido la dominación de los blancos y he combatido la dominación de los negros. He mantenido el ideal de una sociedad democrática y libre donde todas las personas convivan en armonía y con las mismas oportunidades. Es un ideal por el que espero vivir y que espero lograr. Y, de ser necesario, es un ideal por el que estoy dispuesto a morir.[23]

Basándonos en esta definición más flexible del heroísmo, Zeno Franco y yo hemos creado una taxonomía provisional que incluye doce subcategorías de heroísmo: dos para el heroísmo de corte militar con riesgo físico y diez para el heroísmo civil con riesgo social. Además, esta taxonomía identifica las características que permiten distinguir las doce clases de héroes y las formas de riesgo a las que se enfrentan, y ofrece ejemplos de fuentes históricas y contemporáneas.

Hemos desarrollado esta taxonomía *a priori*, basándonos en el razonamiento y en la literatura existente sobre el tema. No es fija ni posee una base empírica: sólo ofrece un modelo preliminar susceptible de ser modificado por nuevas investigaciones y por los comentarios y las aportaciones de los lectores. No hace falta decir que las subcategorías, las definiciones, los riesgos y los ejemplos ofrecidos reflejan una profunda influencia cultural y temporal. Concretando más, reflejan una perspectiva europea-norteamericana, de clase media, adulta y posmoderna. La incorporación de otras perspectivas permitirá ampliarla y enriquecerla.

		Subtipo	Definición	Riesgo/ sacrificio	Ejemplos
	Heroísmo militar: gallardía, valentía, bravura	1. Héroes militares y otros que tienen un deber que cumplir y que corren riesgos físicos	Personas que trabajan en el ejército o en profesiones dedicadas a emergencias que suponen una exposición repetida a situaciones de gran riesgo; los actos heroicos deben ir más allá del cumplimiento del deber	Heridas graves Muerte	Aquiles Condecorados con la Medalla al Honor Hugh Thompson Vicealmirante James Stockdale
	Heroísmo civil	2. Héroes civiles: héroes que corren riesgos físicos sin obligación de cumplir un deber	Civiles que intentan proteger a otros de daños físicos o de la muerte poniendo en riesgo su propia vida voluntariamente	Heridas graves Muerte	Héroes de los premios Carnegie
	Heroísmo social: entereza, coraje, intrepidez	3. Personajes religiosos	Toda una vida de entrega al servicio de los demás por motivos religiosos. Encarnan los principios más elevados o abren nuevos caminos espirituales. Suelen actuar como maestros o ejemplos públicos de servicio a los demás	Sacrificio de uno mismo en una vida marcada por el ascetismo Incomodan a la ortodoxia religiosa	Buda Mahoma San Francisco de Asís Madre Teresa de Calcuta

		Subtipo	Definición	Riesgo/ sacrificio	Ejemplos
	Heroísmo social: entereza, coraje, intrepidez	4. Personajes político-religiosos	Líderes religiosos que se pasan a la política para provocar unos cambios de más envergadura, o políticos que poseen un profundo sistema de creencias espirituales que dirigen su actuación política	Asesinato Encarcela-miento	Mohandas Ghandi Martin Luther King, Jr. Nelson Mandela Monseñor Desmond Tutu
		5. Mártires	Personajes religiosos o políticos que, a sabiendas (y a veces de forma voluntaria) ponen su vida en peligro al servicio de una causa	Muerte segura o casi segura al servicio de una causa o un ideal	Jesús Sócrates Juana de Arco José Martí Steve Biko
		6. Dirigentes militares o políticos	Suelen dirigir un país o un grupo durante una época difícil; unifican un país, ofrecen una visión que compartir y pueden encarnar cualidades que se consideran necesarias para la supervivencia del grupo	Asesinato Oposición No ser reelegido Campañas difamatorias Encarcela-miento	Abraham Lincoln Robert E. Lee Franklin Roosevelt Winston Churchill Václav Havel

		Subtipo	Definición	Riesgo/ sacrificio	Ejemplos
	Heroísmo social: entereza, coraje, intrepidez	7. Aventureros/exploradores/ descubridores	Personas que exploran zonas geográficas desconocidas o que usan métodos de transporte nuevos y que no han sido probados	Problemas de salud Heridas graves Muerte Costes derivados de la actividad (longitud del viaje)	Ulises Alejandro Magno Amelia Earhart Yuri Gagarin
		8. Héroes científicos (descubridores)	Personas que exploran áreas desconocidas de la ciencia, o que usan métodos de investigación nuevos y que no han sido probados, o que descubren nueva información científica que se considera valiosa para la humanidad	Incapacidad de convencer a los demás de la importancia de sus descubrimientos Ostracismo profesional Pérdidas económicas	Galileo Edison Marie Curie Einstein
		9. Buenos samaritanos	Personas que intervienen para ayudar a otras en situaciones que desincentivan el altruismo y que pueden suponer o no algún riesgo físico	Sanciones punitivas de las autoridades Detención Tortura Muerte Costes derivados de la actividad Ostracismo	Personas que ayudaron a fugitivos del Holocausto Harriet Tubman Albert Schweitzer Richard Clark Irene Sendler

		Subtipo	Definición	Riesgo/ sacrificio	Ejemplos
	Heroísmo social: entereza, coraje, intrepidez	10. Personas que superan adversidades/ con pocos medios	Personas que superan deficiencias o condiciones adversas y que tienen éxito a pesar de las circunstancias, ofreciendo un modelo para los demás	Fracaso Rechazo Desprecio Envidia	Horatio Alger Helen Keller Eleanor Roosevelt Rosa Parks
		11. Héroes burocráticos	Empleados de grandes organizaciones que intervienen en polémicas dentro de una organización o entre varias organizaciones; se mantienen fieles a sus principios a pesar de recibir fuertes presiones para que los abandonen	Poner en peligro la carrera profesional Ostracismo profesional Pérdida de estatus social Pérdidas económicas Pérdida de credibilidad Riesgo para la salud	Louis Pasteur
		12. «Denuncia-dores»	Personas que son conscientes de la existencia de actividades ilícitas o ilegales en una organización y que denuncian estas actividades sin esperar ninguna recompensa	Poner en peligro la carrera profesional Ostracismo profesional Pérdida de estatus social Pérdidas económicas Pérdida de credibilidad Represalias físicas	Ron Ridenhour Deborah Layton Christina Maslach Joe Darby

Una muestra de perfiles heroicos

Dar algo de cuerpo a este esquema del heroísmo permitirá humanizar su concepción e ilustrar sus muchas formas. A continuación presentaré los perfiles de algunas personas que son especialmente interesantes o que

conozco personalmente. Habiendo argumentado que las situaciones hacen a los héroes, podemos hacer uso de algunos indicadores situacionales básicos para agrupar algunos de ellos bajo los epígrafes del *apartheid* y los suicidios/asesinatos en masa de Jonestown.

Héroes del *apartheid*

A la vanguardia de la lucha por la libertad y la dignidad del ser humano se encuentra una clase especial de héroes dispuestos a combatir toda su vida contra la opresión sistémica. En tiempos recientes, Mohandas Gandhi y Nelson Mandela emprendieron unas sendas heroicas que desembocaron en el desmantelamiento de dos sistemas de *apartheid*. En 1919, Gandhi inició una resistencia pasiva contra el dominio del Reino Unido sobre la India. Fue encarcelado dos años. Durante los siguientes veinte años, luchó por la liberación de la India, por la igualdad en el trato a los miembros del sistema hindú de castas y por la tolerancia religiosa. La Segunda Guerra Mundial retrasó la autodeterminación de la India, pero en 1948 el país pudo celebrar su independencia. Gandhi fue asesinado poco después, pero se convirtió en el símbolo de la resistencia perseverante y no violenta a la opresión.[24]

Sudáfrica creó una estructura formalizada y legalizada de apartheid que estuvo vigente desde 1948 hasta 1994 y que virtualmente esclavizaba a la población negra nativa. Nelson Mandela fue condenado en 1962 por haber organizado huelgas y marchas de protesta, entre otras acusaciones. Se pasó los siguientes veintisiete años en la cárcel tristemente célebre de Robben Island. Mientras estuvo en prisión, Mandela y otros presos políticos supieron aprovechar el régimen penitenciario para crear una situación de resistencia real y simbólica que sirvió para movilizar a gentes de Sudáfrica y de todo el mundo para acabar con el sistema del *apartheid*. Mandela fue capaz de transformar las identidades que habían acabado asumiendo varias generaciones de presos haciéndoles entender que eran presos políticos que actuaban con dignidad en apoyo de una causa justa. Pero además, en el proceso de hacerlo, ayudó a transformar las actitudes y las creencias de muchos de los carceleros y puso en cuestión todo el sistema de la prisión.[25]

Héroe anticomunista

La amenaza y la crueldad palpables y cotidianas de un país de la Europa del Este dominado por un régimen comunista produjeron otro héroe especial: Václav Havel. Havel, que es tan extraordinario como lo pueda ser el Dalai Lama y tan común y corriente como lo pueda ser un ex dramaturgo y escritor, fue el artífice de la «revolución de terciopelo» que provocó la caída del régimen comunista checo en 1989. Antes de acabar de convencer al gobierno de que su variante totalitaria del comunismo iba contra todo lo que representaba Checoslovaquia, Havel fue encarcelado varias veces a lo largo de cinco años. Fue uno de los fundadores del movimiento Carta *77* y organizó el movimiento checo a favor de los derechos humanos, formado por intelectuales, estudiantes y obreros. Havel, partidario ferviente de la resistencia no violenta, difundió entre sus compatriotas el concepto de «postotalitarismo» haciéndoles ver que tenían la potestad de cambiar un régimen represor que se sostenía gracias a su sometimiento pasivo. En las cartas que escribió a su esposa desde la prisión y en sus discursos, Havel insistía en que el primer paso para derrocar un régimen social y político inaceptable es que los ciudadanos tomen conciencia de que viven una mentira. Este hombre sencillo y tímido fue nombrado presidente por la asamblea federal, y cuando el gobierno comunista acabó cediendo ante el poder del pueblo, Havel fue elegido democráticamente primer presidente de la nueva República Checa. Hoy en día, como simple ciudadano, aprovecha su fama y su prestigio para seguir combatiendo la injusticia política y apoyar los esfuerzos por la paz mundial.[26]

Héroes de la guerra de Vietnam

En los actos de James Stockdale y Hugh Thompson se reflejan dos clases muy diferentes de heroísmo militar en unas condiciones de coacción extrema. Stockdale, un anterior colega del Hoover Institute de Stanford (y profesor invitado en mi curso sobre el control mental), llegó a vicealmirante antes de fallecer en julio de 2005 a los 81 años de edad. Muchos le consideran uno de los máximos ejemplos de heroísmo militar del siglo XX

porque, tras haber sido capturado por el Vietcong, resistió unas durísimas sesiones de tortura a lo largo de siete años sin dar su brazo a torcer. La clave de su supervivencia fue recurrir a su anterior formación en filosofía, lo que le permitió recordar la enseñanza de los filósofos estoicos. De este modo, Stockdale pudo distanciarse psicológicamente de la tortura y el dolor, que no podía controlar, y dirigir su pensamiento hacia cosas que sí podía controlar en el entorno de la prisión. Creó un código de conducta basado en la obstinación para sí mismo y para otros prisioneros como él. La supervivencia en unas condiciones traumáticas extremas exige que el enemigo nunca llegue a quebrantar la propia voluntad, como hizo Epicteto casi dos mil años atrás al ser torturado por los gobernantes romanos.[27]

Hugh Thompson se ha distinguido por su enorme coraje en una batalla casi mortal ¡contra sus propios soldados! Una de las peores manchas de toda la historia del ejército de los Estados Unidos fue la matanza de My Lai, que se produjo el 16 de marzo de 1968, durante la guerra de Vietnam. Se calcula que 504 civiles vietnamitas fueron asesinados en la población de Son My (formada por My Lai 4 y My Khe 4) por los soldados de la compañía Charlie del ejército estadounidense, bajo el mando del capitán Ernest Medina y el teniente William Calley Jr.[28] En respuesta a las bajas militares causadas por emboscadas y bombas trampa, el mando militar ordenó la destrucción de «Pinkville», el nombre en clave de un pueblo del Vietcong. Tras no encontrar allí a ningún combatiente enemigo, los soldados reunieron a todos los habitantes del pueblo —viejos, mujeres, niños y bebés— y los asesinaron a tiros (a algunos los quemaron vivos o les quitaron el cuero cabelludo, y también violaron a mujeres).

Mientras se desencadenaba la matanza, un helicóptero pilotado por el suboficial Hugh Thompson Jr., que ofrecía cobertura aérea a la operación, aterrizó para ayudar a un grupo de civiles vietnamitas que aún parecían vivos. Cuando Thompson y los dos hombres de su tripulación volvían al helicóptero después de haber colocado unas señales de humo, vieron que el capitán Medina y otros soldados remataban a los heridos. Thompson interpuso su helicóptero entre los soldados y una choza que querían hacer

estallar llena de civiles heridos. Ordenó que cesara la matanza y dijo que abriría fuego con las ametralladoras del helicóptero contra cualquier oficial o soldado estadounidense que desobedeciera su orden.

Los oficiales al mando de la compañía tenían una graduación más alta que la suya, pero Thompson no dejó que los galones se impusieran a la moral. Cuando pidió ayuda a los soldados para sacar a los civiles de la choza, un teniente le respondió que los harían salir con granadas. Sin echarse atrás, Thompson le contestó: «Ya los voy a sacar yo. Que sus hombres se queden donde están. Mis armas les están apuntando». Más adelante hizo bajar a otros dos helicópteros para que evacuaran a once vietnamitas heridos. Mientras volvía a alzar el vuelo vio a un bebé —una niña— que aún se aferraba al cuerpo de su madre muerta y bajó a rescatarla. La orden de alto el fuego no se dio hasta que Thompson puso la matanza en conocimiento de sus superiores.[29]

Por su dramática intervención y por la cobertura que le dieron los medios de comunicación, Thompson se convirtió en persona *non grata* para el ejército y, como castigo, su helicóptero fue asignado una y otra vez a las misiones más peligrosas. Fue derribado en cinco ocasiones, se fracturó la columna vertebral y aquella experiencia de pesadilla le dejó unas cicatrices psicológicas de por vida. Tuvieron que pasar treinta años para que el ejército reconociera su heroísmo y el de sus compañeros, Glenn Andreotta y Lawrence Colburn, con la Soldier's Medal for Heroism, la mayor condecoración que otorga el ejército por la valentía mostrada en actos que no suponen contacto directo con el enemigo. Hugh Thompson murió en enero de 2006. (Paradójicamente, el teniente Calley fue tratado como un héroe en algunos círculos e incluso hubo una canción en su honor que llegó a figurar entre las cuarenta más vendidas de 1971 según la revista *Billboard*.)[30]

Denunciar al sistema: la guerra de Irak

Se da una forma menos dramática de heroísmo cuando una persona planta cara verbalmente a un sistema con noticias que el sistema no quiere saber, como la complicidad de oficiales y otros soldados en maltratos a

civiles. Joe Darby, un reservista del ejército, fue quien sacó a la luz con heroísmo los maltratos y las torturas de Abu Ghraib.

A estas alturas ya conocemos muy bien el alcance de los sucesos relacionados con los maltratos a prisioneros de la galería 1A de Abu Ghraib por parte de unos policías militares y de otras personas encargadas de llevar a cabo tareas de inteligencia. Estos actos escandalosos cesaron de inmediato cuando los altos mandos militares se vieron obligados a afrontar aquellas imágenes dramáticas de tortura, humillación y violencia. Y el cese de todo aquel horror fue obra de un joven normal y corriente. Dicen mis contactos militares que su denuncia revela una gran entereza, porque siendo un simple soldado especialista de la reserva puso en conocimiento de un oficial de mayor graduación que se estaban cometiendo aquellas atrocidades bajo su mando.

Cuando Darby vio por primera vez las fotos que contenía el CD que le había pasado su amigo Charles Graner, pensó que eran divertidas. «No sé, aquella pirámide de iraquíes desnudos, cuando la ves por primera vez, te hace gracia [...] Al verla así, de repente, me puse a reír», recordaba Darby en una entrevista reciente.[31] Pero, a medida que fue viendo más —con las humillaciones sexuales, las palizas y todo lo demás—, aquella primera impresión se desvaneció por completo. «Aquello no me parecía bien. No podía dejar de pensar en ello. Al cabo de unos tres días, tomé la decisión de entregarlas.» Fue una decisión muy difícil para Darby, porque era consciente del conflicto moral al que se enfrentaba. «Espero que se me comprenda: no soy de los que se chivan de los demás [...] Pero aquello había ido demasiado lejos. Tuve que elegir entre lo que sabía que era correcto y mi lealtad a los otros soldados. Las dos cosas no podían ser.»[32]

Darby temía que los soldados de su compañía pudieran tomar represalias si no guardaba el anonimato al denunciar aquellos actos.[33] Hizo una copia del CD, escribió una carta anónima exponiendo los hechos, metió el CD y la carta en un sobre y se lo entregó a un agente del Departamento de Investigación Criminal diciendo que se lo había encontrado en su despacho. Poco después, el agente especial Tyler Pieron le interrogó y se vio obligado a admitir que había sido él quien había metido el CD y la carta en el sobre; luego hizo una declaración jurada. Pudo mantener el anonimato

hasta que el secretario de Defensa Donald Rumsfeld reveló inesperadamente su identidad en una sesión de la comisión de investigación que formó el Congreso en 2004, precisamente mientras Darby se encontraba cenando en el comedor militar con centenares de soldados. Tuvo que ser sacado de allí de inmediato y se ha pasado varios años viviendo bajo protección militar y ocultando su identidad. «Pero no me arrepiento de nada», dijo Darby hace poco. «Había asumido plenamente mi decisión antes de entregar las fotos. Era consciente de que si la gente se enteraba de que había sido yo, no les haría ninguna gracia.»

Su denuncia dio origen a muchas investigaciones formales sobre los maltratos en aquella prisión y en todos los centros militares de detención. El acto de Darby puso fin a muchas torturas y maltratos y originó cambios importantes en la manera de dirigir la prisión de Abu Ghraib.[34]

Contribuí a que Darby recibiera una mención honorífica de la American Psychological Association en 2004. No pudo venir para recibir el galardón porque él, su esposa y su madre tuvieron que vivir casi tres años bajo protección militar por las muchas amenazas que había recibido. Finalmente, Darby fue reconocido como héroe nacional cuando recibió el John F. Kennedy Profile in Courage Award de 2005. La presidenta de la John F. Kennedy Library Foundation, Caroline Kennedy, le entregó el premio con estas palabras: «Las personas dispuestas a correr riesgos en lo personal por el bien de la nación y en defensa de los valores de la democracia norteamericana deberían recibir el reconocimiento y el aliento de todas las instancias del gobierno. Nuestra nación está en deuda con el soldado especialista Joseph Darby del ejército de los Estados Unidos por su defensa del imperio de la ley que abrazamos como nación».

Los héroes de Jonestown

Debbie Layton y Richard Clark no corrieron la misma suerte que los 913 ciudadanos estadounidenses que murieron en los suicidios y asesinatos en masa que se cometieron en la localidad de Jonestown, Guyana, el 18 de noviembre de 1978. Debbie venía de una familia de raza blanca relativamente adinerada y culta de Oakland, California, mientras que

Richard, que había llegado a San Francisco desde Mississippi, procedía de una humilde familia afroamericana. Los dos se convirtieron en mis amigos personales cuando llegaron a San Francisco después de haber sobrevivido a la pesadilla de Jonestown. Los dos son merecedores del calificativo de héroes, pero por motivos diferentes: Debbie por haber dado la voz de alarma y Richard por haber actuado como un buen samaritano.

Debbie se unió al Templo del Pueblo del reverendo Jim Jones a los 18 años de edad. Fue una ferviente seguidora durante muchos años y acabó encargándose de las finanzas de la secta. Una de sus misiones era transferir millones de dólares de Jonestown a depósitos secretos en bancos suizos. Su madre y su hermano, Larry, también eran miembros del Templo. Pero, con el tiempo, se dio cuenta de que Jonestown se parecía más a un campo de concentración que a la utopía prometida basada en la armonía racial y un estilo de vida sostenible. Casi mil miembros de la secta se veían obligados a realizar trabajos forzados, en condiciones que rozaban la inanición y sometidos a maltratos físicos y sexuales. Vivían rodeados de guardias armados y convivían día a día con espías infiltrados. Jones incluso les obligaba a practicar periódicamente unos simulacros de suicidio llamados «noches blancas». Todo esto asustó tanto a Debbie que acabó dándose cuenta de que Jones estaba preparando a sus fieles para un suicidio en masa.

Jugándose literalmente la vida, decidió huir de Jonestown y poner en conocimiento de sus atribulados parientes y del gobierno el poder destructor de aquel lugar. Ni siquiera pudo comunicar sus intenciones a su madre, que estaba enferma, por temor a que su reacción pudiera poner sobre aviso a Jones. Después de realizar una compleja serie de maniobras, Debbie pudo escapar e inmediatamente hizo todo lo que pudo para comunicar a las autoridades lo que ocurría en Jonestown y su temor de que se iba a producir una tragedia.

En junio de 1978 envió una declaración jurada al gobierno estadounidense alertándole de la posibilidad de que se produjera un suicidio masivo. Su exposición de treinta y siete puntos empezaba así: «Asunto: Amenaza y posibilidad de un suicidio en masa de los miembros del Templo del Pueblo. Yo, Deborah Layton Blakey, declaro lo siguiente bajo pena de

perjurio: el propósito de esta declaración jurada es alertar al gobierno de los Estados Unidos de la existencia de una situación que amenaza la vida de ciudadanos estadounidenses en la localidad de Jonestown, Guyana».

Seis meses más tarde, su trágica predicción se cumplió. Por desgracia, su demanda de ayuda se topó con el escepticismo de altos cargos del gobierno, que se negaron a dar credibilidad a un relato tan disparatado. No obstante, algunos parientes preocupados creyeron lo que Debbie decía y pidieron ayuda a Leo Ryan, un diputado por California, para que investigara el lugar. Varios periodistas, un cámara y algunos parientes acompañaron a Ryan en su visita. Cuando estaba a punto de regresar con una impresión positiva por haber sido engañado con un montaje que le hizo creer que aquello era un paraíso, varias familias decidieron desertar pidiéndole protección. Pero ya era tarde. Jones, que había caído en una profunda paranoia, creía que los desertores contarían al mundo la verdad sobre Jonestown. Asesinó al congresista y a algunos de sus acompañantes y luego hizo los preparativos para dar de beber un refresco con cianuro a sus agotados seguidores. Su infame discurso final se ha resumido en el capítulo 12; la versión completa se puede consultar en el sitio web de Jonestown.[35]

Debbie Layton ha escrito un elocuente relato en el que explica cómo llegaron a caer ella y muchas otras personas bajo el influjo persuasivo de aquel predicador diabólico. La transformación luciferina de Jim Jones, que pasó de ser un benévolo pastor a convertirse en un ángel de la muerte, se despliega con todo su horror en el libro de Debbie, *Seductive Poison*.[36] En otro lugar he expuesto los paralelismos existentes entre los métodos de control mental empleados por Jones y los que anunciaba George Orwell en su obra clásica *1984*, unos paralelismos que podrían haber hecho del fenómeno de Jonestown un experimento de campo de la forma más extrema de control mental, y hasta puede que bajo los auspicios de la CIA.[37]

Richard era un hombre sencillo y práctico, un observador muy perspicaz de personas y lugares. Dijo que en cuanto llegó a Jonestown pudo notar que allí había algo que no iba bien. Nadie sonreía en aquella tierra prometida. Todos pasaban hambre entre la supuesta abundancia. La gente hablaba en susurros y nunca se la oía reír. Se trabajaba de sol a sol, sin tiempo para el esparcimiento. La voz de Jones, en directo o grabada,

resonaba por todo el recinto de día y de noche. Hombres y mujeres se alojaban en barracones distintos y las relaciones sexuales, incluso entre cónyuges, estaban prohibidas sin la autorización de Jones. Nadie podía marcharse porque nadie sabía exactamente dónde estaba aquel lugar, perdido en medio de una selva a miles de kilómetros de casa.

Richard Clark ideó un plan. Se prestó voluntariamente a trabajar donde nadie quería, cuidando los cerdos de una pocilga maloliente situada en un rincón apartado del recinto. Era el lugar ideal para que Richard se librara de la retórica enervante de Jones y pudiera hallar un camino hacia la libertad a través de la selva. Cuando hubo planificado con todo detalle la fuga, le contó su plan a Diane y le dijo que cuando llegara la ocasión huirían juntos. A pesar de la red de espías que trabajaban para Jones, Richard corrió el riesgo de contar su plan de fuga a los miembros de unas cuantas familias. La mañana del domingo 18 de noviembre, Jones decretó un día de fiesta para sus seguidores con el fin de celebrar el regreso del congresista Ryan a los Estados Unidos con una imagen muy positiva de lo que se hacía en aquella utopía socialista agrícola. Ahí estaba la ocasión que había esperado Richard. Junto con Diane y otras seis personas hicieron ver que se iban de picnic y atravesaron la selva hasta un lugar seguro. Para cuando llegaron a Georgetown, la capital, todos sus amigos y familiares habían muerto.

Richard Clark falleció hace poco de muerte natural, sabiendo que había acertado al tomar la decisión de confiar en su intuición, en los conocimientos que aprendió en las calles y en su «detector de discrepancias». Pero, sobre todo, se sentía orgulloso de haber salvado las vidas de quienes le siguieron a él, un héroe común y corriente, para escapar del corazón de las tinieblas.[38]

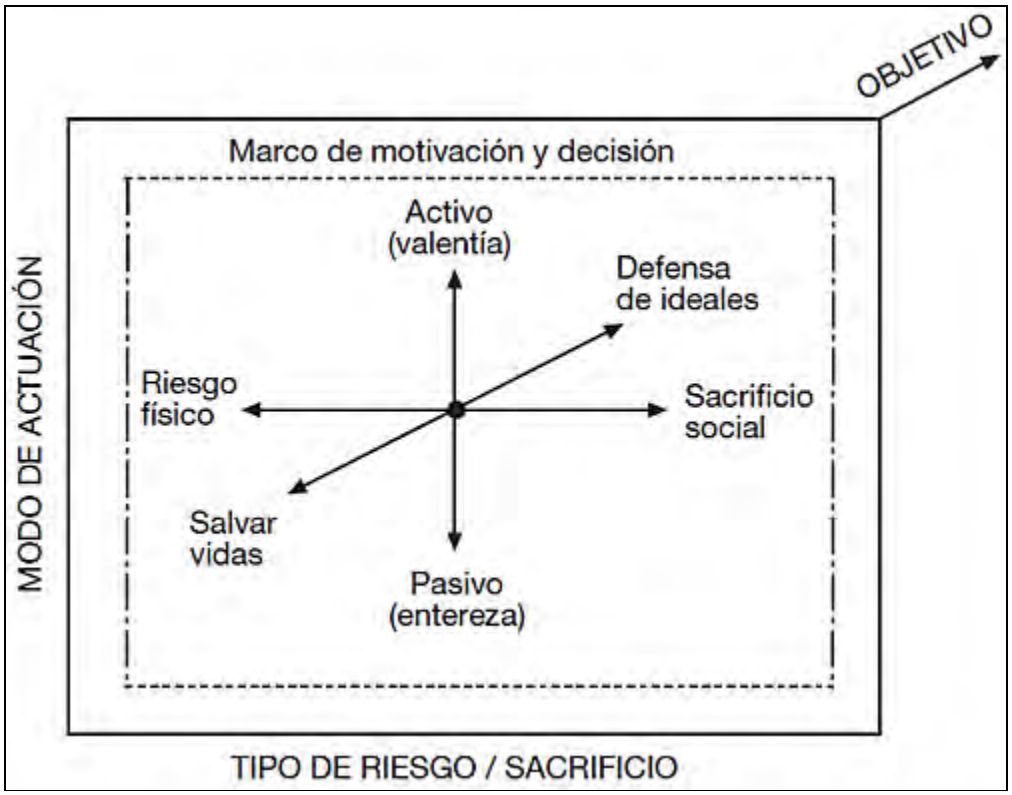
Salvar niños judíos de los nazis

Una mujer polaca, Irene Sendler, salvó a cerca de 2.500 niños judíos de una muerte segura a manos de los nazis, organizando una red con otros veinte católicos polacos para sacarlos clandestinamente del gueto de Varsovia en el interior de canastas y ambulancias. Irene actuó así sabiendo que si los nazis la descubrían su propia vida y la de sus familiares correría

peligro. Al final fue detenida en 1943 y, a pesar de sufrir crueles torturas, se negó a revelar los nombres de los niños que había colocado en familias no judías. Hace poco, el Senado polaco le rindió homenaje por sus actos heroicos, pero Irene, de 97 años de edad, no pudo asistir a la ceremonia por su delicado estado de salud. Sin embargo, envió una carta a uno de los niños que había salvado: «Todos y cada uno de los niños salvados gracias a mi ayuda y a la de todos aquellos fantásticos mensajeros secretos, que hoy en día ya no están entre nosotros, son la justificación de mi existencia, no un motivo para el homenaje».[39]

Modelo tetradimensional del heroísmo

Basándonos en los conceptos de coraje y en los ejemplos de conducta heroica presentados aquí, podemos elaborar un modelo básico del heroísmo. Dentro del marco general de la motivación de una persona concreta, el heroísmo se puede describir en tres dimensiones: clase de riesgo/sacrificio; actitud o modo de actuación; y objetivo. El eje clase de riesgo/ sacrificio tiene en un extremo el riesgo físico y en el otro el riesgo social. De modo similar, el modo de actuación tiene en un extremo una actitud activa (valentía) y en el otro una actitud pasiva (entereza). En la tercera dimensión, el objetivo, un extremo se refiere a salvar vidas y el otro a defender ideales. Aunque en cierto sentido son sinónimos —defender la vida también es una idea noble—, la distinción es importante en este contexto. Las primeras tres dimensiones de este modelo se representan en esta ilustración.



Una cuarta dimensión que podemos añadir a este modelo es la cronicidad. El heroísmo puede deberse a unos actos instantáneos o se puede ir acumulando con el tiempo. El heroísmo agudo, el heroísmo que se demuestra en un solo acto, se describe como valentía en el contexto marcial: un acto de valor en una sola acción de combate. En cambio, el heroísmo militar crónico, el coraje que se demuestra una y otra vez en el combate, se describe como bravura o valor. Aún no hay unos términos equivalentes para la duración del heroísmo civil, quizá porque la cualidad dramática del heroísmo en situaciones peligrosas no es fácil de detectar en el ámbito civil.

CONTRASTES HEROICOS: LO EXTRAORDINARIO Y LO BANAL

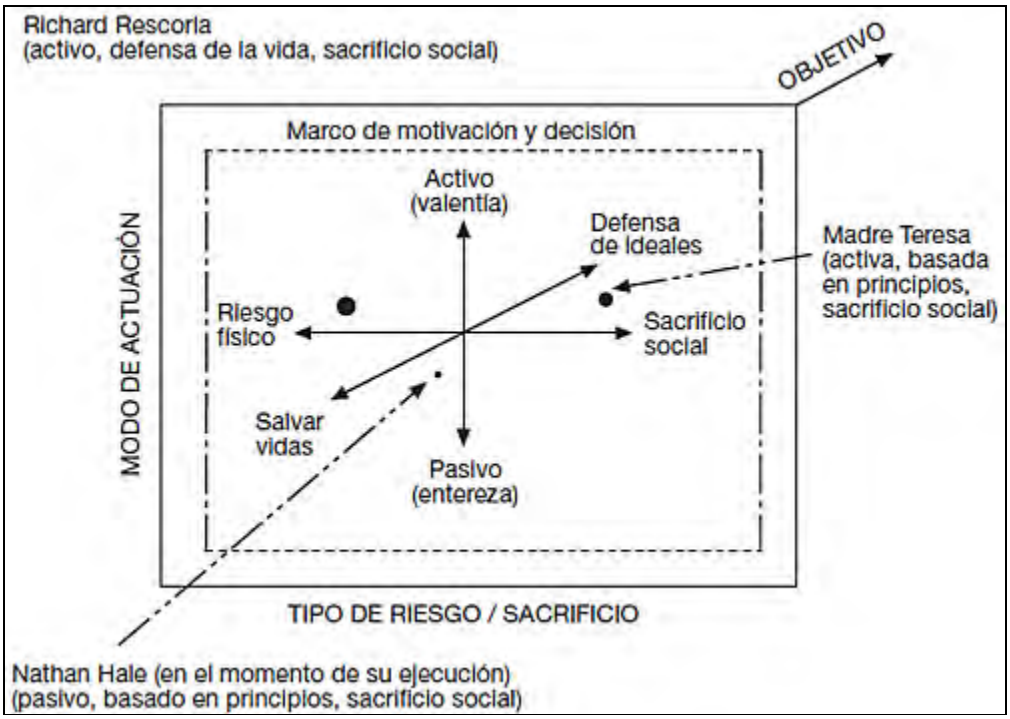
La fama no es una planta que crezca en suelo mortal.

JOHN MILTON

A la noción aceptada tradicionalmente de que los héroes son personas excepcionales, podemos añadirle ahora una perspectiva contraria: que algunos héroes son personas ordinarias que han hecho algo extraordinario. La primera imagen es la más romántica y ha sido popularizada por los mitos de la antigüedad y por los medios de comunicación modernos. Da a entender que lo que ha hecho el héroe no querría o no podría hacerlo ninguna persona ordinaria que se hallara en la misma situación. Estas superestrellas deben de haber nacido con un gen del heroísmo. Son «la excepción a la regla».

Otra perspectiva, a la que podríamos llamar «la excepción es la regla», hace que nos fijemos en la interacción entre la situación y la persona, en la dinámica que impulsa a una persona a actuar de una manera heroica en un lugar y en un momento determinados. Una situación puede actuar como catalizadora, instando a pasar a la acción, o puede reducir las barreras para llevar a cabo la acción, como ocurre con la formación de una red de apoyo social. Es de destacar que, como vimos en el caso de Christina Maslach, la mayoría de las personas que han realizado un acto de heroísmo se niegan a que se las califique de héroes.

Suelen decir que simplemente han hecho algo que parecía necesario hacer. O bien están convencidas de que cualquiera habría hecho lo mismo, o bien les cuesta entender por qué no lo ha hecho nadie más. Decía Nelson Mandela: «Yo no era ningún mesías, sólo era un hombre corriente al que unas circunstancias extraordinarias habían convertido en un líder».[40] Algo parecido dicen personas de todos los niveles sociales que han actuado de una manera heroica: «No he hecho nada especial», «Simplemente he hecho lo que había que hacer». Éste es el sencillo lema de los guerreros «ordinarios» o cotidianos, de nuestros «héroes banales». Comparemos esta banalidad positiva con lo que Hannah Arendt nos ha enseñado a llamar «la banalidad del mal».



La banalidad del mal

Este concepto surgió de las observaciones de Arendt en el juicio de Adolf Eichmann, acusado de crímenes contra la humanidad porque ayudó a orquestar el genocidio de los judíos europeos. En *Eichmann en Jerusalén*, Arendt formula la idea de que estas personas no se deben considerar excepciones, como si fueran unos monstruos o unos sádicos retorcidos. Sostiene que las atribuciones disposicionales que suelen aplicarse a los autores de maldades sirven para separarlos del resto de la humanidad. Pero, para Arendt, habría que poner en evidencia el carácter ordinario de Eichmann y de otros como él. Cuando nos damos cuenta de esto, somos más conscientes de que estas personas son un peligro oculto que se halla entretejido en todas las sociedades. La defensa de Eichmann se basaba en que se había limitado a cumplir órdenes. Arendt escribe lo siguiente sobre los motivos y la conciencia de este asesino de masas:

> En cuanto a los motivos innobles, Eichmann tenía la plena certeza de que él no era lo que se llama un *innerer Schweinehund*, es decir, un canalla en lo más profundo de su corazón; y en cuanto al problema de conciencia, Eichmann recordaba perfectamente que habría tenido un

cargo de conciencia si no hubiera cumplido las órdenes recibidas: enviar a la muerte a millones de hombres, mujeres y niños con la mayor diligencia y meticulosidad.

Lo que más sorprende en el retrato de Eichmann que hace Arendt es que en muchísimos aspectos parecía alguien totalmente normal y corriente:

> Seis psiquiatras habían certificado que Eichmann era un hombre «normal». «Más normal que yo, tras pasar por el trance de examinarle», se dijo que había exclamado uno de ellos. Y otro consideró que los rasgos psicológicos de Eichmann, su actitud hacia su esposa, hijos, padre y madre, hermanos, hermanas y amigos, era «no sólo normal, sino ejemplar».[41]

La conclusión hoy clásica de Arendt:

> Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales. Desde el punto de vista de nuestras instituciones jurídicas y de nuestros criterios morales, esta normalidad resultaba mucho más terrorífica que todas las atrocidades juntas, por cuanto implicaba que este nuevo tipo de delincuente [...] que en realidad merece la calificación de *hostis humani generis*, comete sus delitos en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad.[42]

Y ésta es su frase final, tras describir la dignidad con la que Eichmann se dirigió al patíbulo:

> Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible *banalidad del mal*, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes.[43]

Como he comentado antes, la noción de que los «hombres corrientes» pueden cometer atrocidades ha sido desarrollada más a fondo por el historiador Christopher Browning. Fue él quien sacó a la luz el asesinato sistemático de judíos en pueblos polacos remotos a manos de centenares de hombres del batallón 101 de policías de la reserva enviado a Polonia desde Hamburgo. Aquellos padres de familia de edad ya madura y de clase obrera y media-baja dispararon a miles de judíos desarmados —hombres, mujeres, ancianos y niños— y organizaron la deportación a campos de exterminio de muchos miles más. Pero Browning sostiene en su libro que todos eran «hombres corrientes». Cree que las políticas de exterminio del régimen nazi «no eran sucesos anómalos o excepcionales y apenas agitaban la superficie

de la vida cotidiana. Como demuestra la historia del batallón 101, las matanzas se habían convertido en una rutina. La normalidad misma se había hecho totalmente anormal».[44]

El psicólogo Ervin Staub piensa de forma parecida. Su extensa investigación le llevó a esta conclusión: «La maldad que surge del pensamiento corriente y es cometida por gente corriente es la norma, no la excepción».[45] Según el análisis de los horrores del Holocausto realizado por Zygmunt Bauman, la crueldad se debería atribuir más a sus orígenes sociales que a unos factores «caracterológicos» o a unos «defectos de la personalidad». Bauman también afirma que las excepciones a esta norma son las raras personas que tienen la capacidad de reafirmar su autonomía moral y resistirse a las exigencias de autoridades destructivas. Estas personas rara vez son conscientes de que poseen esta fuerza oculta hasta que deben ponerla a prueba.[46]

Otra cualidad de la banalidad del mal nos hace volver a los antros de tortura para considerar si los torturadores, cuya misión es hacer uso de todos los medios necesarios para quebrar la voluntad, la resistencia y la dignidad de sus víctimas, son o no son unos criminales patológicos. Quienes han estudiado a los torturadores coinciden en que, en general, en su historia personal y en su carácter antes de asumir su sórdido puesto de trabajo no hay nada que les diferencie de la población general. John Conroy estudió a varios hombres de Irlanda, Israel y Chicago que habían participado en actos de tortura y llegó a la conclusión de que, en todos los casos, eran «personas corrientes» que habían cometido «atrocidades». Sostiene que los torturadores expresan con sus actos la voluntad de la comunidad a la que representan de eliminar a sus enemigos.[47]

Basándose en su profundo análisis de soldados adiestrados por la junta militar griega para que ejercieran de torturadores en nombre del Estado (1967-1974), mi colega, la psicóloga griega Mika Haritos-Fatouros, llegó a la conclusión de que los torturadores no nacen, sino que son el resultado de su adiestramiento. Cuando se le pregunta qué clase de persona puede ser un torturador más eficaz, responde: «Cualquier hijo de vecino». En cuestión de unos meses, aquellos jóvenes normales y corrientes de origen rural fueron adiestrados en la crueldad y se acabaron convirtiendo en unos seres

despiadados capaces de infligir humillación, dolor y sufrimiento a todos los que su gobierno calificaba de «enemigos» y que, naturalmente, eran conciudadanos suyos.[48] Estas conclusiones no se limitan a un solo país y son comunes a muchos regímenes totalitarios. Nosotros estudiamos a los «trabajadores de la violencia» de Brasil, unos policías que habían torturado y asesinado a otros ciudadanos brasileños por orden de la junta militar gobernante. Todas las pruebas que pudimos reunir indican que también ellos eran unos «hombres ordinarios».[49]

La banalidad del heroísmo[50]

Ahora ya podemos considerar la noción de que la mayoría de la gente que comete maldades es directamente comparable a la que realiza actos heroicos en el sentido de que son personas totalmente normales y corrientes. La banalidad del mal tiene mucho en común con la banalidad del heroísmo. Ninguno de los dos es consecuencia directa de unas tendencias disposicionales especiales; ni en la psique ni en el genoma del ser humano hay atributos especiales para la patología o la bondad. Las dos condiciones surgen en unas situaciones y en unos momentos determinados, cuando las fuerzas situacionales impulsan a ciertas personas a pasar de la pasividad a la acción. Hay un momento decisivo en el que la persona se ve atrapada por las fuerzas que emanan de un contexto conductual. Estas fuerzas se combinan para aumentar la probabilidad de que la persona actúe para dañar a otras o para ayudarlas. Su decisión puede ser consecuencia de una planificación consciente, pero también puede no serlo. Lo más frecuente es que las fuerzas situacionales hagan que la persona actúe de una manera impulsiva. Algunos factores situacionales que impulsan la acción son: presiones de grupo e identidad de grupo, diluir la responsabilidad por la acción, fijación temporal en el momento presente sin considerar las consecuencias de la acción, presencia de modelos sociales y compromiso con una ideología.

En los relatos de los cristianos europeos que ayudaron a judíos durante el Holocausto hay un tema común que se podría llamar «la banalidad de la bondad». Es sorprendente la cantidad de personas que hicieron el bien sin

pensar en heroísmos, simplemente por pura decencia. Lo ordinario de su bondad sorprende aún más en el contexto de la increíble maldad del genocidio sistemático perpetrado por los nazis a una escala nunca vista.[51]

A lo largo de nuestro viaje he intentado demostrar que los guardias de la policía militar que maltrataron a prisioneros en Abu Ghraib y los carceleros de mi experimento de la prisión de Stanford que maltrataron a sus reclusos ilustran una transición temporal al estilo de *El señor de las moscas*: unas personas normales y corrientes acabaron cometiendo maldades. Debemos compararlos con otros cuya conducta malvada es extensa y duradera, con tiranos como Idi Amin, Stalin, Hitler o Saddam Hussein. También los héroes del momento contrastan con los héroes de por vida.

El acto heroico de Rosa Parks al negarse a ceder su asiento a un hombre blanco en un autobús de Alabama, el de Joe Darby al dar a conocer las torturas de Abu Ghraib, o el de las primeras personas que responden ayudando a las víctimas de un desastre, son actos de valentía que se dan en unos lugares y unos momentos concretos. En cambio, el heroísmo de Mohandas Gandhi o de la Madre Teresa se sustenta en actos constantes de valor a lo largo de toda la vida. El heroísmo crónico es al heroísmo agudo lo que el valor es a la valentía.

El significado de todo esto es que cualquiera de nosotros puede convertirse fácilmente en un héroe o en un canalla en función de la influencia que ejerzan en nosotros las fuerzas situacionales. Lo esencial es descubrir cómo limitar o evitar las fuerzas situacionales y sistémicas que impulsan a algunos de nosotros hacia la patología social. Pero igualmente importante es que toda sociedad fomente una «imaginación heroica» entre sus ciudadanos. Para ello es necesario transmitir el mensaje de que cualquier persona es un héroe en potencia que optará por hacer lo correcto cuando llegue el momento de decidir. La pregunta fundamental para todos nosotros es si debemos actuar para ayudar a los demás, si debemos impedir que los demás sufran daño o si debemos no actuar en absoluto. Deberíamos preparar muchas coronas de laurel para todas las personas que descubran en

su interior una reserva de virtudes y fuerzas ocultas que les haga dar un paso al frente para actuar contra la injusticia y la crueldad y salir en defensa de sus valores y principios.

Los abundantes estudios que hemos examinado aquí sobre los factores situacionales de la conducta antisocial, desde los estudios de Milgram sobre el poder de la autoridad hasta el experimento de la prisión de Stanford sobre el poder institucional, revelan hasta qué punto es posible hacer que personas normales y corrientes cometan actos crueles contra seres inocentes.[52] Pero aunque en estos estudios y en muchos otros la mayoría de los participantes obedeció, mostró conformidad, accedió o fue persuadida, siempre hubo una minoría que se resistió, que discrepó, que desobedeció. En cierto sentido, el heroísmo reside en la capacidad de resistir a las poderosas fuerzas situacionales que atrapan a tanta gente con tanta facilidad.

Esas personas que se resisten, ¿tienen una personalidad diferente de quienes obedecen ciegamente?[53] De ningún modo. Según nuestra noción de la banalidad del heroísmo, no se aprecian diferencias esenciales entre los héroes del momento y la mayoría que se deja seducir con facilidad. Hay pocos datos empíricos que fundamenten estas afirmaciones. El heroísmo no es un fenómeno sencillo que se pueda estudiar de una manera sistemática: huye de las definiciones precisas y no se presta al análisis cuando se produce. Los actos heroicos son efímeros e imprevisibles y siempre reciben esta calificación *a posteriori*. Puesto que los héroes suelen ser entrevistados meses o años después de sus actos heroicos, no hay estudios que permitan determinar lo qué el fotógrafo Henri Cartier-Bresson llamaría el «momento decisivo» del acto de heroísmo.[54] En general, desconocemos cuál es la matriz de decisiones que barajan los héroes cuando deciden arriesgarse y pasar a la acción.

El heroísmo reafirma la conexión humana

Por razones que aún no entendemos del todo, miles de personas ordinarias de todos los países del mundo toman la decisión de actuar con heroísmo cuando se encuentran en unas circunstancias especiales. A primera vista, parece que la perspectiva que adoptamos aquí rebaja el mito

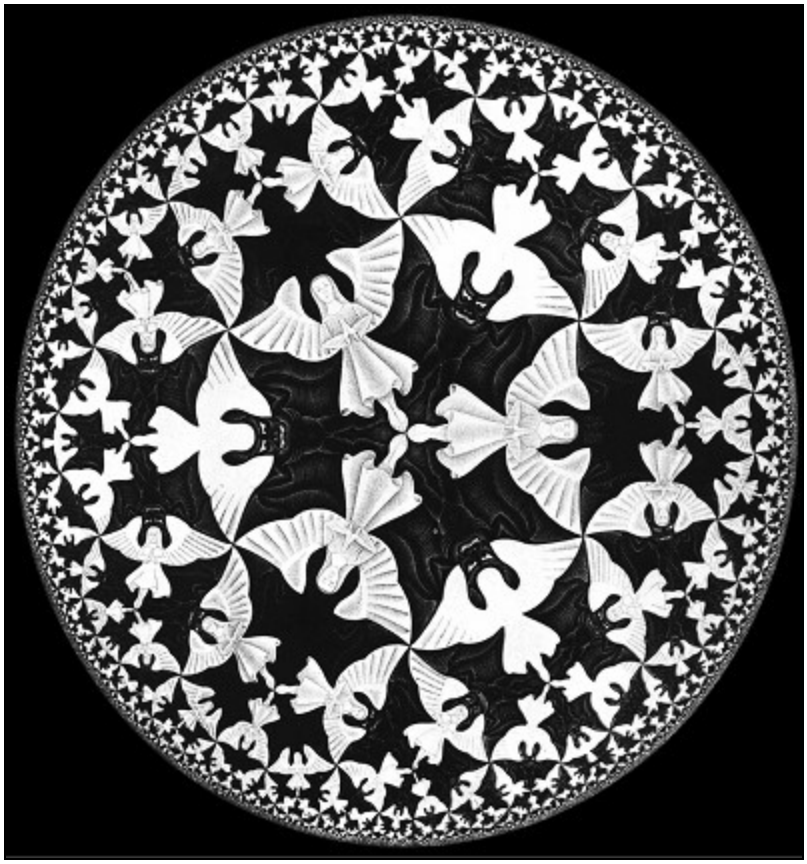
del héroe y convierte algo especial en algo banal. Pero no es así, porque nuestra postura sigue reconociendo que los actos de heroísmo son especiales e infrecuentes. El heroísmo sustenta los ideales de la comunidad, actúa como guía y ofrece un modelo ejemplar de conducta prosocial. La banalidad del heroísmo significa que todos somos héroes en potencia. Es una decisión que todos podemos tener que tomar en algún momento. Creo que hacer del heroísmo un atributo igualitario de la naturaleza humana en lugar de una característica extraordinaria de unos pocos elegidos permitirá fomentar los actos heroicos en cualquier comunidad. Según la periodista Carol Depino, «en mayor o menor medida, todos tenemos la capacidad de ser héroes. Puede que a veces no nos demos cuenta. Puede ser algo tan sencillo como abrirle la puerta a alguien y saludarle. Todos somos héroes para alguien».[55]

Este nuevo tema, el carácter universal de los héroes ordinarios, nos anima a dirigir la mirada a los héroes cotidianos que hay entre nosotros, los que con su sacrificio diario enriquecen nuestra vida.

Así pues, el mensaje de despedida con el que podríamos poner fin a nuestro largo viaje de ida y vuelta al corazón de las tinieblas es que deberíamos celebrar los actos heroicos, y a las personas que los realizan, porque establecen unos lazos que reafirman la conexión humana. El mal que aún habita entre nosotros será contrarrestado, y al final vencido, por el bien superior del corazón colectivo y la determinación heroica de cada hombre y cada mujer. Y esto no es un concepto abstracto porque, como nos recuerda Aleksandr Solzhenitsyn, poeta ruso y antiguo prisionero del Gulag de Stalin: «[...] la línea que divide el bien del mal atraviesa el corazón de cada ser humano. Y ¿quién quiere destruir una parte de su propio corazón?».[56]

Gracias por haberme acompañado en este viaje.

Ciao, Phil Zimbardo



«*Círculo límite IV», de M. C. Escher. © 2006 The M. C. Escher Company-Holland*.
Todos los derechos reservados. www.mcescher.com

Notas

CAPÍTULO 1: La psicología del mal: transformación del carácter por la situación

1. John Milton, *Paradise Lost,* en M. Y. Hughes (comp.), *John Milton: Complete Poems and Major Prose*, (Nueva York: Odyssey Press, 1667/1957) cita del libro 1, pág. 254; descripción del congreso demoníaco de Satanás en el libro 2, II. págs. 44-389.

2. Elaine Pagels, *The Origin of Satan* (Nueva York: Random House, 1995), pág. xvii.

3. D. Frankfurter, *Evil Incarnate: Rumors of Demonic Conspiracy and Satanic Abuse in History* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006), págs. 208209.

4. Véanse otras perspectivas psicológicas del ma en: R. F. Baumeister, *Evil: Inside Human Cruelty and Violence* (Nueva York: Freeman, 1997); A. G. Miller (comp.), *The Social Psychology of Good and Evil* (Nueva York: Guilford Press, 2004); M. Shermer, *The Science of Good & Evil: Why People Cheat, Gossip, Care, Share and Follow the Golden Rule* (Nueva York: Henry Holt, 2004); E. Staub, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and Other Group Violence* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989); J. Waller, *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing* (Nueva York: Oxford University Press, 2002).

5. En la psicología cultural cada vez hay más literatura dedicada a comparar las diferencias conductuales y de valores entre las sociedades que fomentan una orientación más independiente e individualista y las que son más interdependientes y colectivistas. Un buen punto de partida para ver cómo influyen estas perspectivas diferentes en las concepciones del yo es el artículo de Hazel Markus y Shinobu Kitayama, «Models of Agency: Sociocultural Diversity in the Construction of Action», en V. Murphy-Berman y J. Berman (comps.), *Nebraska Symposium on Motivation*. *Cross-Cultural Differences in Perspectives on Self* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2003).

6. Una de las mejores referencias sobre el concepto de esencialismo tal como lo usan los psicólogos es: Susan Gelman, *The Essential Child: Origins of Essentialism in Everyday Life* (Nueva York: Oxford University Press, 2003).
El resumen que hace Carol Dweck de muchas décadas de investigación original indica hasta qué punto nuestra manera de contemplar la inteligencia como esencial (fija) o como incremental (variable) influye en muchos ámbitos: *Mindset: The New Psychology of Success* (Nueva York: Random House, 2006).

7. El trabajo de mi colega psicólogo Elliot Aronson ofrece un enfoque constructivo para abordar esta violencia escolar. Emplea los conocimientos de la psicología social para ofrecer un método que permita cambiar el entorno social de una escuela de modo que la compasión y la cooperación sustituyan a la competencia y el rechazo: E. Aronson, *Nobody Left to Hate: Teaching Compassion After Columbine* (Nueva York: Worth, 2000).

8. Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, *The Malleus Maleficarum of Kramer and Sprenger* ("*el Martillo de las Brujas*"), compilado y traducido por el Rev. Montague Summers (Nueva York: Dover, 1486/1948). Escrito por monjes dominicos alemanes. Stephanie du Barry (1994) nos ofrece un resumen interesante en: http://users.bigpond.net.au/greywing/Malleus.htm.

9. Debemos atribuir a este delirio teológico el legado de violencia contra las mujeres. La historiadora Anne Barstow atribuye el uso sistemático y extendido de la violencia masculina contra las mujeres al poder de los hombres en la Iglesia y en el Estado que dio origen a la «locura contra las brujas». Anne L. Barstow, *Witchcraze: A New History of European Witch Hunts* (San Francisco: HarperCollins, 1995).

10. C. Wright Mills, *The Power Elite* (Nueva York: Oxford University Press, 1956), págs. 3-4.

11. Sam Keen, *Faces of the Enemy: Reflections on the Hostile Imagination (enlarged ed)*. (Nueva York: Harper & Row, 1986/2004). Véase también el impresionante DVD que lo acompaña, producido por Bill Jersey y Sam Keen. Véase más información en: www.samkeen.com.

12. L. W. Simons, «Genocide and the Science of Proof», *National Geographic,* enero de 2006, págs. 28-35. Véase también un profundo análisis de los asesinatos en masa en el capítulo de D. G. Dutton, E. O. Doyankowski y M. H. Bond, «Extreme Mass Homicide: From Military Massacre to Genocide», *Aggression and Violent Behavior,* vol. 10 (mayo-junio de 2005), págs. 437-473.
Según estos psicólogos, la selección de un grupo como blanco de matanzas militares, genocidio y asesinato político se debe a factores políticos e históricos. Esta selección se basa en la creencia de que este grupo disfruta de una ventaja injusta. La violencia se justifica como venganza contra este «grupo canceroso». A su vez, esta percepción justifica matar a personas no violentas por el riesgo y el peligro que puedan suponer en el futuro para el grupo agresor.

13. Parte de la amarga historia del empleo de la violación como arma de terror gira en torno a una mujer a la que el investigador Peter Landesman ha llamado «la ministra de la violación» en su completo reportaje publicado en *The New York Times Magazine* el 15 de septiembre de 2003, págs. 82 y sigs. (todas las citas son de este reportaje).

14. Jean Hatzfeld, *Machete Season: The Killers in Rwanda Speak* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2005).

15. R. Dallaire y B. Beardsley, *Shake Hands with the Devil: The Failure of Humanity in Rwanda* (Nueva York: Carroll and Graf, 2004).

16. Según el psicólogo Robert Jay Lifton, autor de *The Nazi Doctors,* la violación suele ser un instrumento de guerra empleado de una manera deliberada para poner en marcha una humillación y un sufrimiento extremos que no sólo afecten a la víctima, sino también a todos los que estén a su alrededor. «La mujer se ve como un símbolo de pureza. La familia gira en torno a este símbolo. Y este ataque brutal a este símbolo los estigmatiza a todos. Así se perpetúa la humillación, que reverbera entre los supervivientes y sus familias. En este sentido, la violación es peor que la muerte». Landesman, pág. 125. Véase también A. Stiglmayer (comp.), *Mass Rape: The War Against Women in Bosnia-Herzegovina* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1994).

17. Iris Chang, *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II* (Nueva York: Basic Books, 1997), pág. 6.

18. A. Badkhen, «Atrocities Are a Fact of All Wars, Even Ours», *San Francisco Chronicle,* 13 de agosto de 2006, págs. E1-E6, y D. Nelson y N. Turse, «A Tortured Past», *Los Angeles Times,* 20 de agosto de 2006, págs. A1 y sigs.

19. A. Bandura, B. Underwood y M. E. Fromson, «Disinhibition of Aggression Through Diffusion of Responsibility and Dehumanization of Victims», *Journal of Research in Personality* 9 (1975), págs. 253-269. Los participantes creían que los estudiantes que supuestamente se hallaban en la sala contigua recibían descargas cuando pulsaban los interruptores; pero nadie recibía ninguna descarga, ni los supuestos «animales» ni los demás.

20. Citado en un artículo de *The New York Times* dedicado a nuestro estudio de la desconexión moral del personal penitenciario relacionado con la ejecución de condenados a muerte. Benedict Casey, «In the Execution Chamber the Moral Compass Wavers», *The New York Times,* 7 de febrero de 2006. Véase M. J. Osofsky, A. Bandura y P. G. Zimbardo, «The Role of Moral Disengagement in the Execution Process», *Law and Human Behavior,* 29 (2005), págs. 371-393.

21. No hace mucho hablé de estos temas en mi discurso de aceptación del Havel Foundation Vision 97 Award que recibí el 5 de octubre de 2005, en el aniversario de Václav Havel, ex presidente de la República Checa y líder heroico de la revolución. Véase Philip G. Zimbardo, «Liberation Psychology in a Time of Terror», Praga: Havel Foundation, 2005. Internet: www.zimbardo.com.havelawardlecture.pdf.

22. Rabindranath Tagore, *Stray Birds* (Londres: Macmillan, 1916), pág. 24.

CAPÍTULO 2: Domingo: detenciones por sorpresa

1. Estos primeros intentos de investigación y de teoría sobre la desindividuación se resumen en mi capítulo de 1970 «The Human Choice: Individuation. Reason, and Order Versus Deindividuation, Impulse, and Chaos», en W. J. Arnold y D. Levine (comps.), *1969 Nebraska Symposium on Motivation*, (Lincoln: University of Nebraska Press, 1990), págs. 237-307. Véase un artículo más reciente sobre el vandalismo en P. G. Zimbardo, «Urban Decay, Vandalism, Crime and Civic Engagement», en F. Bolenius (comp.), *Schrumpfende Städte/ Shrinking Cities* (Berlín: Philipp Oswalt, 2005).

2. Scott Fraser dirigió el equipo de investigación del Bronx y Ebbe Ebbesen el de Palo Alto.

3. «Diary of an Abandoned Automobile», *Time,* 1 de octubre de 1968.

4. Para hacer este estudio de campo tuvimos que obtener la autorización de la policía local; un agente me notificó las denuncias de los vecinos de que alguien –yo– había robado el coche abandonado.

5. La «teoría de las ventanas rotas» sobre la reducción de la delincuencia mediante el restablecimiento del orden en las calles se planteó por primera vez en James Q. Wilson y George L. Kelling, «The Police and Neighborhood Safety», *The Atlantic Monthly,* marzo de 1982, págs. 22-38.

6. Contribuí a elaborar un programa para formar activistas contra la guerra dedicados a obtener el apoyo ciudadano para candidatos partidarios de la paz en las siguientes elecciones, usando estrategias y métodos básicos para favorecer la persuasión y la conformidad. Bob Abelson, que había sido profesor mío en Yale, y yo mismo, reunimos estas ideas en un manual práctico: R. P. Abelson y P. G. Zimbardo, *Canvassing for Peace: A Manual For Volunteers* (Ann Arbor, Mich.: Society for the Psychological Study of Social Issues, 1970).

7. El primero de estos enfrentamientos tan violentos entre la policía y los estudiantes se produjo en la Universidad de Wisconsin en octubre de 1967, cuando los estudiantes protestaron por la presencia en el campus de Dow Chemical, la empresa fabricante de las infames bombas de napalm que arrasaban la selva y mataban a miles de civiles en Vietnam. También en este caso el rector de la universidad perdió los papeles y llamó a la policía de la ciudad, que se enfrentó a los estudiantes con porras y gases lacrimógenos. Recuerdo sobre todo una imagen que difundieron los medios de comunicación en la que una docena de policías, con su identidad oculta tras máscaras antigas o por haberse quitado la identificación, apaleaban a un estudiante que se arrastraba por el suelo. Si a la autoridad se le añade el anonimato tenemos una receta segura para el desastre. Aquellos sucesos movilizaron a estudiantes de todos los Estados Unidos. Hasta entonces, la mayoría de ellos vivían al margen de la política y no participaban tanto como sus compañeros europeos, que literalmente había ido a las barricadas enfrentándose a sus gobiernos.

El primero de mayo de 1970, los estudiantes de la Universidad Kent State de Ohio empezaron una protesta por la escalada de la guerra en Vietnam y la invasión de Camboya. Algunos estudiantes prendieron fuego al cuartel de la academia militar del campus. Mil soldados de la guardia nacional, a los que se había ordenado que ocuparan el campus, lanzaron botes de gas lacrimógeno contra los manifestantes. El gobernador de Ohio, James Rhodes, dijo en televisión: «Vamos a erradicar el problema, no a tratar los síntomas». Este desafortunado comentario estableció la base conceptual para la reacción extrema de los soldados contra los estudiantes: «erradicarlos», sin negociación ni conciliación.

Cuando un grupo de estudiantes desarmados se concentró el 4 de mayo y avanzó hacia un grupo de setenta soldados que tenían las bayonetas caladas, a uno de los soldados le entró pánico y disparó. En un estallido de violencia, la mayoría de los soldados empezó a disparar a los estudiantes. ¡En tres segundos hubo sesenta y siete disparos! Murieron cuatro estudiantes y otros ocho resultaron heridos, algunos de gravedad. Entre los muertos y heridos hubo algunos estudiantes que simplemente se hallaban en la línea de fuego mientras iban a clase. Algunos que no participaban en la protesta, como Sandra Schewer e, irónicamente, Bill Schroeder, un estudiante del cuartel de la academia militar, recibieron disparos a 120 metros de distancia: unos desafortunados «daños colaterales».

Más tarde, uno de los soldados dijo: «La cabeza me decía que aquello no estaba bien, pero disparé a una persona y la abatí». Nunca se culpó a nadie de aquellos asesinatos. Una fotografía que se convirtió en el símbolo de aquellos sucesos muestra a una joven gritando sobre el cuerpo de un estudiante asesinado. Y la oposición a la guerra en los Estados Unidos se recrudeció.

Sólo diez días después de la matanza de Kent State se produjeron unos sucesos similares, aunque menos conocidos, en el Jackson State College de Mississippi, donde unos soldados de la guardia nacional que ocupaban el campus hicieron centenares de disparos contra unos estudiantes negros, matando a tres de ellos e hiriendo a doce más.

En contraste con estos enfrentamientos mortales, la mayoría de las actividades durante las huelgas estudiantiles a escala nacional de mayo de 1970 fueron relativamente pacíficas, aunque hubo algunos casos de disturbios y violencia. En muchos casos, las autoridades estatales tomaron medidas para evitar la violencia. En California, el gobernador Ronald Reagan cerró las 28 universidades durante cuatro días. Se enviaron soldados de la guardia nacional a los campus de las universidades de Kentucky, Carolina del Sur, Urbana (Illinois) y Madison (Wisconsin). Hubo enfrentamientos en Berkeley, College Park (Maryland) y otros lugares. En Fresno State College (California), una bomba incendiaria destruyó un centro informático con daños valorados en un millón de dólares.

8. En realidad, este programa fue iniciado por un grupo de profesores y estudiantes de Stanford con el apoyo del ayuntamiento de Palo Alto, ante uno de cuyos plenos había comparecido yo para hacer un llamamiento a la reconciliación.

9. Esta descripción de los preparativos de las detenciones no se basa en unos registros documentados, sino en mis propios recuerdos que he aderezado lo justo para crear un hilo argumental razonable. Mi descripción de los métodos experimentales y de la justificación teórica de nuestro estudio combina lo que había explicado al capitán Zurcher al ejecutivo de la emisora de televisión KRON y al cámara, además de lo que recuerdo haber dicho aquella mañana a los agentes de policía que realizaron las detenciones. Es un intento de transmitir esta información tan vital al lector sin caer en una explicación demasiado pedante o formal. La verdadera razón para realizar el estudio tenía una base más teórica: comprobar el impacto relativo de los factores disposicionales o de la personalidad frente a los factores situacionales, con el fin de entender las transformaciones de la conducta en unos contextos conductuales nuevos. Esto quedará más claro en capítulos posteriores.

10. Los tres relatos siguientes se han creado a partir de la información disponible sobre tres de nuestros falsos reclusos, incluyendo información personal que nos ofrecieron al principio y en entrevistas posteriores, además de observaciones realizadas en el momento de su detención. Es evidente que me he tomado más de una licencia para crear estos relatos. Con todo, veremos que se dan algunos paralelismos con su conducta posterior como falsos reclusos.

CAPÍTULO 3: Domingo: rituales de degradación

1. Salvo donde se indique lo contrario, todos los diálogos entre reclusos y carceleros se han extraído de transcripciones literales de grabaciones en vídeo realizadas durante el experimento. Los nombres de los reclusos y los carceleros se han modificado para ocultar su verdadera identidad. Los materiales del experimento de la prisión de Stanford de los que se habla en este libro y todos los datos y análisis originales se conservan en los Archives of the History of American Psychology de Akron, Ohio. Cualquier material futuro también será donado y conservado permanentemente en este archivo bajo el nombre de Philip Zimbardo Papers. La primera entrega se dedicará al experimento de la prisión de Stanford. Se puede entrar en contacto con los Archives of the History of American Psychology en: www.uakron.edu o ahap@uakron.edu. El EPS ha sido objeto de un extenso tratamiento por parte de los medios de comunicación y algunos participantes han decidido dar a conocer su identidad. Sin embargo, ésta es la primera vez que he escrito sobre el experimento con tanto detalle para el gran público. En consecuencia, he decidido cambiar los nombres de todos los reclusos y carceleros para ocultar sus verdaderas identidades.

2. Estas normas eran una ampliación de las que Jaffe y sus alumnos habían elaborado para su proyecto de mi curso de «psicología social en acción» de la primavera anterior, para el que habían creado una prisión simulada en su dormitorio. En aquel curso, los estudiantes debían elegir uno de entre diez proyectos vivenciales que yo les proponía, cada uno de los cuales investigaba aspectos de personas en instituciones, como gente mayor que entraba en una residencia para la tercera edad, personas que ingresaban en sectas, o la socialización en los roles de recluso y de carcelero. Jaffe y una docena de estudiantes eligieron el tema de las prisiones y como parte de su investigación diseñaron y dirigieron una prisión simulada en su dormitorio durante un fin de semana, con unos resultados dramáticos que inspiraron el presente experimento formal.

Ofrecí algunos consejos para la prisión simulada organizada por estos estudiantes, pero no supe lo que habían experimentado o sentido hasta que presentaron su proyecto ante la clase el día después del fin de semana de la prisión. Me quedé asombrado ante la intensidad de sus sentimientos –que expresaron abiertamente ante una audiencia muy nutrida– de cólera, frustración, vergüenza y confusión por su conducta y la de sus amigos en aquellos nuevos roles. Luego me entrevisté con todos ellos y quedó claro que la situación había tenido un impacto enorme en ellos. Pero dado que los mismos estudiantes se habían seleccionado para la realización del proyecto, no estaba claro si lo ocurrido se debía a ellos o al entorno carcelario que habían creado. Sólo un experimento controlado con una asignación aleatoria de los papeles de carceleros y reclusos permitiría separar las disposiciones de los factores situacionales. Ésta fue una de las principales motivaciones para diseñar el experimento que realizamos el verano siguiente.

El informe final de Jaffe sobre este estudio en grupo de los días 15 y 16 de mayo de 1971 llevaba por título «Una prisión simulada». Informe inédito, Universidad de Stanford, primavera de 1971.

3. Informe del turno redactado por los carceleros.

4. Entrevista final con los reclusos grabada en audio.

5. Comidas previstas para la primera semana (con la colaboración de los comedores estudiantiles de Stanford):
Domingo Estofado de ternera
Lunes Alubias en salsa
Martes Pollo a la cazuela
Miércoles Pavo asado
Jueves Buñuelos de maíz con bacon
Viernes Espaguetis con albóndigas
Desayunos: un vaso de zumo, cereal o huevos duros, y una manzana.
Almuerzos: dos rebanadas de pan con uno de los siguientes fiambres: mortadela, jamón o embutido de hígado. Una manzana, una galleta, leche o agua.

6. Diario retrospectivo del recluso.

7. Diario retrospectivo del recluso.

8. Diario retrospectivo del recluso

9. Carta del recluso en nuestros archivos.

10. Cita de una entrevista al carcelero en el programa *Chronolog* de la NBC emitido en noviembre de 1971.

11. Diario retrospectivo del carcelero.

12. Transcripción literal de la grabación en vídeo de la sesión de orientación a los carceleros. Véase el DVD *Quiet Rage: The Stanford Prison Experiment*.

CAPÍTULO 4: Lunes: los reclusos se rebelan

1. Las citas de este y de los otros capítulos sobre el experimento de la prisión de Stanford proceden de una variedad de fuentes que intentaré identificar cuando sea pertinente. Entre estos datos de archivo se hallan trascripciones literales de grabaciones en vídeo realizadas en diversos momentos del experimento; informes que redactaban los carceleros al final de cada turno; entrevistas realizadas al finalizar el estudio; informes realizados por los participantes unas semanas después de finalizado el estudio; diarios retrospectivos que nos fueron enviados después de finalizado el estudio; entrevistas grabadas en audio; entrevistas realizadas en septiembre de 1971 para el programa *Chronolog* de la NBC emitido en noviembre de 1971; observaciones personales; y recuerdos posteriores que Craig Haney, Christina Maslach y yo publicamos en un artículo. Esta cita procede de un informe realizado semanas después del estudio.

2. Salvo donde se indique lo contrario, todos los diálogos entre reclusos y carceleros se han extraído de transcripciones literales de grabaciones en vídeo realizadas durante el experimento.

3. Informe del turno redactado por un carcelero.

4. Diario retrospectivo del carcelero.

5. Diario retrospectivo del carcelero.

6. Estos lamentos del recluso 8612 constituyen uno de los acontecimientos más dramáticos de todo el estudio. Para que esta simulación funcionara, todo el mundo debía comprometerse a actuar como si fuera una prisión y no una simulación experimental de una prisión. En cierto sentido, esto implica una especie de autocensura colectiva y el acuerdo tácito de interpretar todos los acontecimientos mediante metáforas carcelarias, no experimentales. Implica que todo el mundo sepa que esto no es más que un experimento pero que todo el mundo actúe como si fuera una prisión de verdad. 8612 hace pedazos este acuerdo proclamando en voz alta que esto no es una prisión, que sólo es un experimento. En medio del caos que imperaba en aquel momento, se produjo un silencio repentino cuando añadió un ejemplo concreto, pero extraño, de por qué aquello no era una prisión: que en las prisiones de verdad no te quitan la ropa y la cama. Pero otro recluso le contradice abiertamente mediante la simple observación: «¡Anda que no!». Después de esto, la regla de autocensura se refuerza y el resto de los reclusos, los carceleros y el personal siguen observando este límite autoimpuesto que no permite expresar la patente verdad. Véase un tratamiento completo del funcionamiento de la autocensura en el texto reciente de Dale Miller, *An Invitation to Social Psychology: Expressing and Censoring the Self* (Belmont, CA: Thomson Wadsworth, 2006).

7. Diario retrospectivo del recluso.

8. Entrevista grabada en audio con el recluso.

9. No está claro el significado de «contrato» en este caso. Véanse en el sitio web del estudio de la prisión, www.prisonexp.org, los siguientes materiales del experimento: la descripción del estudio que se entregó a los participantes; el formulario de consentimiento que firmaron; y la solicitud a la junta de estudios con sujetos humanos de Stanford.

10 Diario retrospectivo del recluso.

11. Diario retrospectivo del recluso.

12. Diario retrospectivo del recluso.

13. Citado del artículo con nuestros recuerdos posteriores del EPS: P. G. Zimbardo, C. Maslach y C. Haney, «Reflections on the Stanford Prison Experiment: Genesis, Transformations, Consequences», en T. Blass (comp.), *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 1999), págs. 193-237.

14. *Ibid*., pág. 229.

15. Entrevista final con el recluso.

CAPÍTULO 5: Martes: visitas y asaltantes

1. Salvo donde se indique lo contrario, todos los diálogos entre reclusos y carceleros se han extraído de transcripciones literales de grabaciones en vídeo realizadas durante el experimento.

2. Informe del turno redactado por los carceleros.

3. Entrevista para el programa *Chronolog* (noviembre de 1971).

4. Diario retrospectivo del carcelero.

5. Diario retrospectivo del recluso.

6. Entrevista final con el espía grabada en audio.

7. Diario retrospectivo del recluso.

8. Diario retrospectivo del recluso.

9. Esta subvención de la Office of Naval Research sufragaba mi investigación de la desindividuación (véase el capítulo 13) y se amplió para incluir el experimento de la prisión. Concretamente era la subvención de la O.N.R. N001447-A-0112-0041.

10. Véase Leon Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1957). Véase también el volumen en el que compilé mis propios estudios, así como los de mis estudiantes y colegas de la Universidad de Nueva York: Philip G. Zimbardo (comp.), *The Cognitive Control of Motivation* (Glenview, IL: Scott, Foresman, 1969).

11. Véase Irving Janis y Leon Mann, *Decision Making: A Psychological Analysis of Conflict, Choice and Commitment* (Nueva York: Free Press, 1977).

CAPÍTULO 6: Miércoles: las cosas se desmadran

1. Todos los diálogos entre los reclusos, los carceleros, el personal y el sacerdote se han extraído de transcripciones literales de grabaciones en vídeo y de mis notas y recuerdos personales. El nombre del sacerdote se ha cambiado para ocultar su identidad, pero todo lo demás, incluyendo sus conversaciones con los reclusos y conmigo, se reproduce con la mayor fidelidad posible.

2. Veremos la misma reacción en el capítulo 14, cuando un carcelero real, el sargento primero Frederick, se queja de la falta de directrices claras sobre el trato que se debe dispensar a los prisioneros de la prisión de Abu Ghraib.

3. Informe del turno redactado por los carceleros.

4. Diario retrospectivo del recluso.

5. Entrevista final con el espía grabada en audio.

6. Entrevista para el programa *Chronolog* (noviembre de 1971).

7. Por cierto, una persona que me vio hablar de la deshumanización de los reclusos y del poder de los carceleros fue el abogado del famoso preso político radical afroamericano George Jackson. Recibí una carta de él el sábado por la tarde (21 de agosto de 1971) invitándome a declarar como perito judicial para la defensa de su cliente, que pronto iba a ser encausado por el presunto asesinato de un carcelero en el caso de los Soledad Brothers. Quería que me entrevistara con su cliente, que estaba en una celda de aislamiento en la cercana prisión de San Quintín, llamada irónicamente «el centro de máxima adaptación» (un apodo quizá tomado de *1984* de George Orwell). Los acontecimientos del sábado me impidieron aceptar su invitación porque Jackson murió en un supuesto intento de fuga, pero participé a fondo en varios juicios posteriores. Un tribunal federal dictaminó que el «centro de adaptación» era «un lugar de castigo cruel y excesivo». Además, también declaré como perito judicial en el llamado «juicio contra los seis de San Quintín». Este juicio se celebró en el juzgado de Marin County, cuyas elegantes líneas diseñadas por Frank Lloyd Wright ofrecían un contraste casi cómico con las del «centro de máxima adaptación».

8. Entrevista final con el recluso.

9. Unas horas antes se había convocado una reunión de la junta de libertad condicional que se explicará con detalle en el capítulo siguiente. Sin embargo, como la junta no concedió la libertad a ningún recluso, no sé a qué se refiere exactamente el chusquero, aparte de que dos reclusos habían sido liberados por haber sufrido graves crisis nerviosas. Quizá los carceleros dijeron al resto de reclusos que habían obtenido la libertad condicional para que no perdieran la esperanza.

10. Entrevista final con el recluso.

11. Cuando vuelvo a pasar la cinta con esta escena, de repente me doy cuenta de que este carcelero, que está representando su versión del papel que dio fama a Strother Martin como carcelero cruel de *La leyenda del indomable*, realmente se parece y se mueve más como el actor Powers Boothe representando al infame reverendo Jim Jones en la película *Guyana Tragedy*. Aquella tragedia monstruosa ocurriría seis años más tarde. *La leyenda del indomable* (1967), guión de Donn Pearce, dirigida por Stuart Rosenberg y protagonizada por Paul Newman en el papel de Luke Jackson. *Guyana Tragedy* (1980), dirigida por William Graham.

CAPÍTULO 7: El poder de conceder la libertad

1. Carlo Prescott abrió la sesión dirigiendo el siguiente monólogo a los otros miembros de la junta: «Es un hecho conocido que las juntas de libertad condicional rechazan solicitudes de libertad ideales, es decir, de personas que comparecen tras haber tomado clases, haber hecho psicoterapia o haber recibido orientación. Les niegan la libertad porque son pobres, porque son reincidentes, porque en su barrio nadie les apoya, porque sus padres han muerto, porque no tienen una fuente de ingresos, porque no les gusta su cara o porque dispararon a un policía en un dedo. Toman a un recluso ideal, que nunca ha dado ningún problema [...] un recluso ideal, y le niegan la libertad tres, cuatro, cinco, seis veces. A los chavales jóvenes, que es más probable que vuelvan a la prisión, que es más probable que estén tan influenciados y confundidos por el entorno de la prisión que nunca puedan reintegrarse a la sociedad, se les suelta con mucha más rapidez que a las personas que actúan con naturalidad, que nunca se meten en problemas, que se las arreglan para robar y hacer chanchullos con el cuidado suficiente para no volver a la prisión. Ya sé que suena descabellado pero, en el fondo, todo esto significa que la prisión es un buen negocio. Las prisiones necesitan reclusos. La gente que entra en prisión y que tiene cuatro dedos de frente no vuelve a entrar en ella, son muchísimas las cosas que pueden hacer. Pero la gente que entra con una sentencia indefinida [...] cuando les dicen [la junta] que, “No estamos aquí para tonterías”, lo que les dicen en el fondo es que la junta no debe tener en cuenta las circunstancias más evidentes, que son [...]».

2. Salvo donde se indique lo contrario, todos los diálogos entre reclusos y carceleros se han extraído de transcripciones literales de grabaciones en vídeo realizadas durante el experimento; esto incluye todos los fragmentos de las comparecencias ante la junta de libertad condicional.

3. Asistí a varias sesiones de la junta de libertad condicional de la prisión de Vacaville como parte de un proyecto de defensa de oficio dirigido por Sidney Wollinsky en San Francisco. El objetivo del proyecto era evaluar la función de las juntas de libertad condicional en el sistema de sentencias indeterminadas que aplicaba con mucha polémica el Departamento de Instituciones Penitenciarias de California. Según este sistema, un juez podía fijar una condena con una duración variable, por ejemplo de cinco a diez años, en lugar de una condena fija. Sin embargo, los reclusos solían acabar cumpliendo la pena máxima en lugar de la media de la pena impuesta.
Era muy triste ver a los reclusos intentando desesperadamente convencer a la junta, formada por dos hombres, de que merecían ser puestos en libertad en los pocos minutos que tenían para ello. Uno de los miembros de la junta ni siquiera les prestaba atención porque se ponía a leer el expediente del siguiente recluso de la larga lista que había que tramitar cada día, y el otro echaba una mirada, quizá por primera vez, al expediente del recluso que hablaba. Si la libertad se denegaba, que es lo que ocurría casi siempre, el recluso tenía que esperar un año para volver a presentar la solicitud. Mis notas indicaban que uno de los principales factores que determinaban la probabilidad de obtener la libertad era el marco temporal de la primera pregunta. Si hacía referencia al pasado del recluso —detalles del delito, de la víctima o del juicio, o problemas en la prisión—, no se le concedía la libertad. Sin embargo, si la primera pregunta se centraba en si el recluso estaba haciendo algo constructivo para obtener la libertad o en sus planes de futuro, la probabilidad de obtener la libertad aumentaba. Puede que los funcionarios ya hubieran tomado una decisión y que inconscientemente formularan una pregunta que les diera más razones para denegar la libertad a un recluso. En cambio, si veían algo prometedor en el expediente, preguntarle por el futuro daba al recluso unos minutos para que explicara con detalle sus proyectos.

4. La demostración de Jane Elliott con los niños de ojos azules y castaños se comunica en: W. Peters, *A Class Divided, Then and Now* (Expanded Edition) (New Haven, CT: Yale University Press, 1971/1985). Peters participó en el rodaje de dos documentales premiados, el documental de ABC News «The Eye of the Storm» (Guidance Associates, Nueva York) y el posterior documental para el programa *Frontline* de la PBS, «A Class Divided» (que se puede ver en: www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/divided/etc/view.html).

5. Esta extensa cita de Carlo procede de una entrevista con el productor del programa *Chronolog* de la NBC Larry Goldstein, grabada en Stanford en septiembre de 1971, y transcrita por mi secretaria Rosanne Saussotte; por desgracia, al final no se incluyó en el programa que se emitió.

6. George Jackson, *Soledad Brother: The Prison Letters of George Jackson* (Nueva York: Bantam Books, 1970), págs. 119-120.

CAPÍTULO 8: Jueves: encontronazo con la realidad

1. En un sueño lúcido, el soñador es consciente de que sueña e incluso puede llegar a controlar el desarrollo y el contenido del sueño. Véase una buena introducción de este interesante fenómeno en el libro de mi colega, S. LaBerge, *Lucid Dreaming: A Concise Guide to Awakening in Your Dreams and in Your Life* (Boulder, CO: Sounds True Press, 2004).

2. Entrevista del recluso con Curt Banks grabada en audio.

3. Entrevista final con el carcelero.

4. Entrevista final con el recluso.

5. Entrevista final con el carcelero.

6. Entrevista final con el carcelero.

7. Entrevista final con el carcelero.

8. Entrevista para el programa *Chronolog* de la NBC, noviembre de 1971. «Varnish» estudiaba tercero de posgrado en economía.

9. Entrevista final con el carcelero.

10. Diario retrospectivo del carcelero.

11. «Huelga de celo» (véase una definición básica en: http://es.wikipedia. org/wiki/Huelga_de_celo). Como acto político, la huelga de celo es una alternativa a la huelga «de brazos caídos» para los funcionarios públicos. Puesto que los trabajadores de los servicios de emergencia, como los agentes de policía o los bomberos, eran despedidos o reemplazados de inmediato si se declaraban en huelga, tuvieron que hallar otras alternativas. Al parecer, el primer precedente en los Estados Unidos fue la famosa huelga de la policía de Boston de 1919. El entonces gobernador del Estado de Massachusetts, Calvin Coolidge, despidió a 1.200 hombres a causa de la huelga y proclamó que «nadie, en ningún momento y en ningún lugar, tiene el derecho a la huelga en contra de la seguridad ciudadana», una frase que hoy en día es muy citada. Esto le dio una gran popularidad que le catapultó a la vicepresidencia y la presidencia de los Estados Unidos. Hubo otro caso en 1969, cuando la Fraternal Order of Police (FOP, una especie de sindicato policial) de la policía de Atlanta usó una táctica de «reducción del ritmo» que parece idéntica a la huelga de celo. En aquella época, los activistas «hippies» no solían ser detenidos y la policía los trataba con muy poca severidad, una política entonces muy aceptada aunque extraoficial. En protesta para obtener un aumento salarial y una reducción de horas (entre otras reivindicaciones), la FOP de Atlanta inició una «reducción del ritmo» poniendo innumerables multas a los «hippies» y a otros infractores leves, lo que condujo a un colapso del sistema administrativo que hizo prácticamente imposible que la policía pudiera seguir trabajando con eficacia. Por aquella época se produjo un estallido de delincuencia y la policía acabó viendo satisfechas sus reivindicaciones. Véanse M. Levi, *Bureaucratic Insurgency: The Case of Police Unions* (Lexington, MA: Lexington Books, 1977) e International Association of Chiefs of Police, *Police Unions and Other Police Organizations* (Nueva York: Arno Press and *The New York Times,* 1971) (Boletín Nº 4, septiembre de 1944).

12. Entrevista final con el recluso.

13. Informe del recluso posterior al experimento.

14. Entrevista final con el recluso.

15. Según la historiadora política Sheila Howard, el uso de la huelga de hambre como instrumento político se remonta a la huelga de Terence MacSwiney, diputado irlandés y alcalde de la ciudad de Cork, que murió en 1920 tras una huelga de hambre de 73 días que inició para reivindicar su condición de preso político en una cárcel inglesa. Según Gerry Adams, líder del Sinn Fein, MacSwiney inspiró directamente a Mahatma Gandhi (véase el prólogo del libro de Bobby Sands). Entre 1976 y 1981 hubo varias huelgas de hambre de presos políticos irlandeses, siendo la última la más conocida porque en ella murieron diez hombres. Entre ellos había siete miembros del IRA y, sobre todo, uno de sus líderes, Bobby Sands, y tres miembros del INLA (Ejército Irlandés de Liberación Nacional). Los presos republicanos (es decir, del IRA/INLA) iniciaron una huelga de hambre en la prisión de Long Kesh (la prisión «laberinto»), al sur de Belfast. Entre otras protestas que llevaron a cabo durante la huelga de hambre hubo la llamada «protesta de las mantas»: se negaron a llevar puestos los uniformes de la prisión porque eran un símbolo de delincuencia; en lugar de él llevaban puesta una manta para mantener el calor durante la huelga de hambre.
Bobby Sands escribió una serie de poemas y otros escritos en la prisión que han inspirado el apoyo internacional a la causa política de los pueblos ocupados, sobre todo en Oriente Medio (Irán y Palestina). También ondean banderas palestinas junto a la tricolor irlandesa en Londonderry (principalmente católica/ republicana/nacionalista) y en zonas de Belfast.
Algunas referencias pertinentes son Shelia Howard, *Britain and Ireland 1914-1923* (Dublin: Gill and Macmillan, 1983); Gerry Adams, prólogo a *Bobby Sands Writings from Prison* (Cork: Mercier Press, 1997); y Michael Von Tangen Page, *Prisons, Peace, and Terrorism: Penal Policy in the Reduction of Political Violence in Northern Ireland, Italy, and the Spanish Basque Country, 1968-1997* (Nueva York: St. Martin's Press, 1998).

16. Entrevista final con el recluso.

17. Entrevista final con el recluso, de donde también procede la siguiente cita extensa.

18. Diario retrospectivo del carcelero.

19. Diario retrospectivo del recluso.

20. Informe del recluso posterior al experimento.

21. Diario retrospectivo del recluso.

22. Esta cita y la siguiente proceden de un ensayo de Christina Maslach, Craig Haney y yo mismo: P. G. Zimbardo, C. Maslach y C. Haney, «Reflections on the Stanford Prison Experiment: Genesis, Transformations, Consequences», en T. Blass (comp.), *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 1999), págs. 193-237. Cita, págs. 214-216.

23. *Ibid*., págs. 216-217.

24. Bruno Bettelheim habla de un fenómeno similar entre los prisioneros del campo de concentración nazi en el que estuvo internado durante las primeras etapas del Holocausto, antes de que los campos de concentración se convirtieran en campos de exterminio. Explica que algunos internos dejaron de intentar sobrevivir y se convirtieron en una especie de zombis. Vale la pena citar en su totalidad su emotiva descripción de la supervivencia y la rendición en aquellas horrendas condiciones. Forma parte del ensayo «Owners of Their Face» de su libro *Surviving and Other Essays* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1979):

«Mi lectura del poema de Paul Celan estaba enriquecida por lo que había aprendido sobre la supervivencia en los campos de concentración observándome a mí mismo y a los demás: ni el peor maltrato de las SS podía acabar con la voluntad de vivir, pero para ello había que reunir el deseo de seguir adelante y de mantener la dignidad. De este modo, hasta las torturas podían fortalecer la determinación de no dejar que el enemigo quebrantara nuestro deseo de sobrevivir y de seguir siendo tan fieles a nosotros mismos como las condiciones permitieran. De este modo, los actos de las SS hacían que te pusieras lívido de rabia, y esto te daba la sensación de estar muy vivo. Aún te sentías más decidido a seguir viviendo, para ser capaz de derrotarles algún día.

[...] Esto sólo funcionaba hasta cierto punto. Si había poca o ninguna indicación de que alguien, o el mundo en general, se interesara de verdad por la suerte del prisionero, su capacidad para dar un significado positivo a los signos del mundo exterior se acababa desvaneciendo y se sentía abandonado, normalmente con unas consecuencias desastrosas para su voluntad y, con ello, para su capacidad de supervivencia. Sólo una demostración muy clara de que uno no había sido abandonado –y las SS se ocupaban de que la recibiéramos muy de vez en cuando, y nunca en los campos de exterminio– restablecía la esperanza, al menos momentáneamente, incluso entre quienes ya la habían perdido en gran medida. Pero los que habían llegado al estado más extremo de depresión y desintegración, que se habían convertido en muertos vivientes porque los impulsos de su vida se habían vuelto inoperantes, los llamados "musulmanes" (Muselmänner), no podían ya creer en lo que para otros habrían sido señales de que no habían sido olvidados» (págs. 105-106).

CAPÍTULO 9: Viernes: fundido a negro

1. Diario retrospectivo del carcelero.

2. Ceros era un estudiante de primer año de 18 años de edad que tenía pensado trabajar de asistente social.

3. Informe del carcelero sobre el incidente.

4. Salvo donde se indique lo contrario, todos los diálogos entre reclusos y carceleros se han extraído de transcripciones literales de grabaciones en vídeo realizadas durante el experimento.

5. Carta del abogado de oficio, 29 agosto de 1971.

6. Las entrevistas para el desahogo del estrés causado por incidentes críticos (*critical incident stress debriefing*, CISD) han sido el principal método empleado para el tratamiento de víctimas de estrés traumático como consecuencia de ataques terroristas, desastres naturales, violaciones o maltratos. Sin embargo, unos estudios empíricos recientes ponen en duda su valor terapéutico, e incluso señalan casos donde han sido contraproducentes, porque han aumentado y prolongado el componente emocional negativo del estrés. En algunos casos, hacer que una persona desahogue sus emociones reaviva los pensamientos negativos en lugar de aliviarlos.
Algunas referencias pertinentes son: B. Litz, M. Gray, R. Bryant y A. Adler, «Early Intervention for Trauma: Current Status and Future Directions», *Clinical Psychology: Science and Practice* 9 (2002): págs. 112-134. R. McNally, R. Bryant y A. Ehlers, «Does Early Psychological Intervention Promote Recovery from Posttraumatic Stress?», *Psychological Science in the Public Interest* 4 (2003), págs. 45-79.

7. Diario retrospectivo del recluso.

8. Diario retrospectivo del carcelero. Todos los participantes —reclusos y carceleros— sólo cobraron la primera semana (la única que trabajaron) de las dos inicialmente previstas, a razón de 15 dólares diarios.

9. Diario retrospectivo del carcelero.

10. Entrevista final con el recluso.

11. Entrevista final con el recluso.

12. Diario retrospectivo del recluso.

13. Diario retrospectivo del carcelero.

14. Entrevista final con el recluso.

15. Diario retrospectivo del recluso.

16. Entrevista final con el carcelero.

17. Informe del carcelero posterior al experimento.

18. Diario retrospectivo del carcelero.

19. Diario retrospectivo del carcelero.

20. Informe del recluso posterior al experimento.

21. Diario retrospectivo del carcelero.

22. Entrevista con el carcelero grabada en audio.

23. Diario retrospectivo del carcelero.

24. Transcripción de un entrevista para *Quiet Rage: The Stanford Prison Experiment*.

25. Entrevista para el programa *Chronolog*, noviembre de 1971.

26. Diario retrospectivo del carcelero.

27. Diario retrospectivo del carcelero.

28. El apodo «John Wayne» dado al carcelero Hellmann le parece muy interesante a mi colega John Steiner. John, profesor emérito de sociología de la Universidad de Sonoma State y superviviente del Holocausto, fue internado siendo adolescente en el campo de concentración de Buchenwald durante varios años. Cuando supo que nuestros reclusos habían apodado «John Wayne» a uno de los peores carceleros, me contó lo siguiente: «Resulta que los guardias de los campos eran totalmente anónimos para nosotros. Les llamamos "Herr teniente" o "señor oficial de las SS", pero no tenían nombre ni identidad. Sin embargo, había uno, el más cruel y despiadado de todos, al que también le pusimos un apodo. Disparaba a la gente sin razón, la mataba, la empujaba contra la valla electrificada. Su violencia era como la de un cowboy del Oeste. Y le llamábamos "Tom Mix", aunque sólo a sus espaldas». Tom Mix había sido el prototipo de cowboy duro de las películas del Oeste de las décadas de 1930 y 1940, el equivalente a lo que fue John Wayne para las generaciones siguientes.

29. Entrevista final con el carcelero.

30. Informe del carcelero posterior al experimento.

31. Informe del carcelero posterior al experimento.

CAPÍTULO 10: Significado y mensajes del EPS: la alquimia de la transformación del carácter

1. El concepto de indefensión aprendida procede originalmente de la investigación con animales de Martin Seligman y sus colegas. Los perros de unos experimentos de condicionamiento a los que se les administraba unas descargas eléctricas de las que no podían escapar, pronto dejaban de intentar huir y parecían darse por vencidos: después seguían soportando las descargas aunque se les diera la oportunidad de escapar con facilidad. Unos estudios posteriores revelaron que ocurre lo mismo con el ser humano: después de que una persona hubiera experimentado un ruido estresante del que no podía escapar, no hacía nada para apagar otro ruido estresante cuando podía hacerlo. También existen unos paralelismos evidentes con casos de depresión clínica, de cónyuges y niños maltratados, de prisioneros de guerra y de algunas personas internadas en residencias para la tercera edad. Algunas referencias son M.E.P. Seligman, *Helplessness: On Depression, Development and Death* (San Francisco: Freeman, 1975); D. S. Hiroto, «Loss of Control and Learned Helplessness», *Journal of Experimental Psychology*, 102 (1974): págs. 187-193; J. Buie, «"Control" Studies Bode Better Health in Aging», *APA Monitor,* julio de 1988, pág. 20.

2. La mejor referencia para los datos que reunimos y el análisis estadístico de los resultados es el primer artículo científico que publicamos: Craig Haney, Curtis Banks y Philip Zimbardo, «Interpersonal Dynamics in a Simulated Prison», *International Journal of Criminology and Penology*, 1 (1973), págs. 69-97. Esta publicación ya ha desaparecido y, como no era una publicación adscrita a la American Psychological Association, no consta en sus archivos. Pero se puede hallar una versión del artículo en formato PDF en: www.prisonexp.org y en: www.zimbardo.com. Véanse también P. G. Zimbardo, C. Haney, W. C. Banks y D. Jaffe, «The Mind is a Formidable Jailer: A Pirandellian Prison». *The New York Times Magazine,* 8 de abril de 1973, págs. 36 y sigs.; y P. G. Zimbardo, «Pathology of Imprisonment», *Society*, 6 (1972), págs. 4, 6, 8.

3. T. W. Adorno, E. Frenkel-Brunswick, D. J. Levinson y R. N. Sanford, *The Authoritarian Personality* (Nueva York: Harper, 1950).

4. R. Christie y F. L. Geis (comps.), *Studies in Machiavellianism* (Nueva York: Academic Press, 1970).

5. A. I. Comrey, *Comrey Personality Scales* (San Diego: Educational and Industrial Testing Service, 1970).

6. Figura 16.1, «Guard and Prisoner Behavior», en P. G. Zimbardo y R. J. Gerrig, *Psychology and Life,* 14 ed., (Nueva York: HarperCollins, 1996), pág. 587.

7. B. Bettelheim, *The Informed Heart: Autonomy in a Mass Age* (Glencoe, IL: Free Press, 1960).

8. J. Frankel. «Exploring Ferenczi's Concept of Identification with the Aggressor: Its Role in Trauma, Everyday Life, and the Therapeutic Relationship», *Psychoanalytic Dialogues*, 12 (2002), págs. 101-139.

9. E. Aronson, M. Brewer y J. M. Carlsmith, «Experimentation in Social Psychology», en G. Lindzey y E. Aronson (comps.), *Handbook of Social Psychology,* vol. 1 (Hillsdale NJ: Erlbaum, 1985).

10. K. Lewin, *Field Theory in Social Science* (Nueva York: Harper, 1951). K. Lewin, R. Lippitt y R. K. White, «Patterns of Aggressive Behavior in Experimentally Created "Social Climates"». *Journal of Social Psychology*, 10 (1939), págs. 271-299.

11. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide* (Nueva York: Basic Books, 1986), pág. 194.

12. La película *La leyenda del indomable* (título original, *Cool Hand Luke*) se estrenó en los Estados Unidos en noviembre de 1967.

13. P. G. Zimbardo, C. Maslach y C. Haney, «Reflections on the Stanford Prison Experiment: Genesis, Transformations, Consequences», en T. Blass (comp.), *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 1999), págs. 193-237; cita, pág. 229.

14. Entrevista final con el recluso, 19 de agosto de 1971.

15. R. J. Lifton, *Thought Reform and the Psychology of Totalism* (Nueva York: Harper, 1969).

16. L. Ross y R. Nisbett, *The Person and the Situation* (Nueva York: McGraw-Hill, 1991).

17. L. Ross, «The Intuitive Psychologist and His Shortcomings: Distortions in the Attribution Process», *Advances in Experimental Social Psychology,* vol. 10, L. Berkowitz (comp.), (Nueva York: Academic Press, 1977), págs. 173-220.

18. Véase una descripción más detallada de estas transformaciones en el reportaje de Sarah Lyall «To the Manor Acclimated», *The New York Times,* 26 de mayo de 2002, pág. 12.

19. R. J. Lifton, *The Nazi Doctors* (1986), págs. 196, 206, 210-211.

20. Zimbardo, Maslach y Haney, «Reflections on the Stanford Prison Experiment», pág. 226.

21. A. Zarembo, «A Theater of Inquiry and Evil», *Los Angeles Times,* 15 de julio de 2004, págs. A1, A24-A25.

22. L. Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1957); P. G. Zimbardo y M. R. Leippe, *The Psychology of Attitude Change and Social Influence* (Nueva York: McGraw-Hill, 1991); P. G. Zimbardo, *The Cognitive Control of Motivation* (Glenview, IL: Scott, Foresman, 1969).

23. R. Rosenthal y L. F. Jacobson, *Pygmalion in the Classroom: Teacher Expectation and Pupils' Intellectual Development* (Nueva York: Holt, 1968).

24. V. W. Bernard, P. Ottenberg y F. Redl, «Dehumanization: A Composite Psychological Defense in Relation to Modern War», en R. Perruci y M. Pilisuck (comps.), *The Triple Revolution Emerging: Social Problems in Depth* (Boston: Little, Brown, 1968), págs. 16-30.

25. H. I. Lief y R. C. Fox, «Training for “Detached Concern” in Medical Students», en H. I. Lief, V. F. Lief y N. R. Lief (comps.), *The Psychological Basis of Practice* (Nueva York: Harper & Row, 1963); C. Maslach, «”Detached Concern” in Health and Social Service Professions», ponencia presentada en la asamblea anual de la American Psychological Association, Montreal, Canadá, 30 de agosto de 1973.

26. P. G. Zimbardo, «Mind Control in Orwell's *1984:* Fictional Concepts Become Operational Realities in Jim Jones' Jungle Experiment», en M. Nussbaum, J. Goldsmith y A. Gleason (comps.), *1984: Orwell and Our Future* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005), págs. 127-154.

27. Cita del apéndice de Feynman al informe de la comisión Rogers sobre el accidente del *Challenger*. Véase una descripción de esta experiencia en el segundo volumen de su autobiografía *What Do You Care What Other People Think? Further Adventures of a Curious Character (as told to Ralph Leighton)* (Nueva York: Norton, 1988).

28. G. Ziemer, *Education for Death: The Making of the Nazi* (Nueva York: Farrar, Staus and Giroux, 1972).

29. E. Kogon, J. Langbein y A. Ruckerl (comps.), *Nazi Mass Murder: A Documentary History of the Use of Poison Gas* (New Haven, CT: Yale University Press, 1993), págs. 5, 6.

30. Lifton, *The Nazi Doctors* (1986), págs. 212, 213.

CAPÍTULO 11: EPS: ética y extensiones

1. El concepto de «situación total» para describir las situaciones que ejercen un impacto muy poderoso en la actuación humana fue empleado por Erving Goffman para describir el impacto de las instituciones en los enfermos mentales y los reclusos, y por Robert Jay Lifton para describir el poder de los entornos de interrogación de la China comunista. Se considera una situación total aquella en la que la persona se halla encerrada, primero físicamente y luego psicológicamente, hasta el punto de que todas las estructuras de recompensa y de información están contenidas dentro de sus límites estrechos. Craig Haney y yo hemos ampliado esta concepción a los centros de enseñanza secundaria, que a veces actúan como prisiones. Véanse E. Goffman, *Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates* (Nueva York: Doubleday, 1961); R. J. Lifton, *Thought Reform and the Psychology of Totalism* (Nueva York: Norton, 1969); C. Haney y P. G. Zimbardo, «Social Roles, Role-playing and Education: The High School as Prison», *Behavioral and Social Science Teacher,* vol. 1 (1973), págs. 24-45.

2. P. G. Zimbardo, *Psychology and Life,* 12 ed. (Glenview, IL: Scott, Foresman, 1989); tabla «Ways We Can Go Wrong», pág. 689.

3. L. Ross y D. Shestowsky, «Contemporary Psychology's Challenges to Legal Theory and Practice», *Northwestern Law Review*, 97 (2003), págs. 108-114.

4. S. Milgram, *Obedience to Authority* (Nueva York: Harper & Row, 1974).

5. D. Baumrind, «Some Thoughts on Ethics of Research: After Reading Milgram's "Behavioral Study of Obedience"». *American Psychologist* 19 (1964), págs. 421-423.

6. Véase una copia de la autorización de la junta de experimentos con sujetos humanos en: www.prisonexp.org, en el apartado «Enlaces relacionados».

7. Véase L. Ross, M. R. Lepper y M. Hubbard, «Perseverance in Self-Perception and Social Perception: Biased Attributional Processes in the Debriefing Paradigm», *Journal of Personality and Social Psychology* 32 (1975), págs. 880892.

8. L. Kohlberg, *The Philosophy of Moral Development* (Nueva York: Harper & Row, 1981).

9. Véase la investigación de Neal Miller sobre el biofeedback y el condicionamiento autónomo y sus ejemplos de aplicaciones de la investigación básica: N. E. Miller, «The Value of Behavioral Research on Animals», *American Psychologist* 40 (1985), págs. 423-440; y N. E. Miller, «Introducing and Teaching Much-Needed Understanding of the Scientific Process», *American Psychologist* 47 (1992), págs. 848-850.

10. P. G. Zimbardo, «Discontinuity Theory: Cognitive and Social Searches for Rationality and Normality—May Lead to Madness», en M. Zanna (comp.), *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 31 (San Diego: Academic Press, 1999), págs. 345-486.

11. Detalles sobre el vídeo *The Quiet Rage*: P. G. Zimbardo (guionista y productor) y K. Musen (coguionista y coproductor), *Quiet Rage: The Stanford Prison Experiment* (vídeo) (Stanford, CA: Stanford Instructional Television Network, 1989).

12. Comunicación personal por correo electrónico, 5 de junio de 2005.

13. C. Haney, «Psychology and Legal Change: The Impact of a Decade», *Law and Human Behavior* 17 (1993), págs. 371-398; C. Haney, «Infamous Punishment: The Psychological Effects of Isolation», *National Prison Project Journal* 8 (1993), págs. 3-21; C. Haney, «The Social Context of Capital Murder: Social Histories and the Logic of Capital Mitigation», *Santa Clara Law Review* 35 (1995), págs. 547-609; C. Haney, *Reforming Punishment: Psychological Limits to the Pain of Imprisonment* (Washington, DC: American Psychological Association, 2006); C. Haney y P. G. Zimbardo, «The Past and Future of U.S. Prison Policy: Twenty-five Years After the Stanford Prison Experiment», *American Psychologist* 53 (1998), págs. 709-727.

14. P. G. Zimbardo, C. Maslach y C. Haney, «Reflections on the Stanford Prison Experiment: Genesis, Transformations, Consequences», en T. Blass (comp.), *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 1999), cita, págs. 221, 225.

15. *Ibid*., pág. 220.

16. C. Maslach, «Burned-out», *Human Behavior,* septiembre de 1976, págs. 16-22; C. Maslach, *Burnout: The Cost of Caring* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1982); C. Maslach, S. E. Jackson y M. P. Leiter, *The Maslach Burnout Inventory,* 3ª ed. (Palo Alto, CA: Consulting Psychologists Press, 1996); C. Maslach y M. P. Leiter, *The Truth About Burnout* (San Francisco: Jossey-Bass, 1997).

17. Curtis Banks siguió una carrera distinguida en el campo académico, se doctoró en Stanford en sólo tres años y fue en el primer afroamericano que obtuvo una cátedra en la Facultad de Psicología de la Universidad de Princeton. Más adelante enseñó en la Universidad Howard, colaboró con el Educational Testing Service y fundó la revista *Journal of Black Psychology*. Por desgracia, falleció prematuramente de cáncer en 1998.
Después del EPS, David Jaffe también siguió una carrera distinguida en el campo de la medicina y actualmente dirige la unidad de urgencias del St. Louis Children's Hospital y es profesor adjunto de pediatría en la Universidad Washington de San Louis, Missouri.

18. P. G. Zimbardo, «The Stanford Shyness Project», en W. H. Jones, J. M. Cheek y S. R. Briggs (comps.), *Shyness: Perspectives on Research and Treatment* (Nueva York: Plenum Press, 1986), págs. 17-25; P. G. Zimbardo, *Shyness: What It Is, What to Do About It* (Reading, MA: Addison-Wesley, 1977); P. G. Zimbardo y S. Radl, *The Shy Child* (Nueva York: McGraw-Hill, 1986); P. G. Zimbardo, P. Pilkonis y R. Norwood, «The Silent Prison of Shyness», *Psychology Today*, mayo de 1975, págs. 69-70, 72; L. Henderson y P. G. Zimbardo, «Shyness as a Clinical Condition: The Stanford Model», en L. Alden y R. Crozier (comps.), *International Handbook of Social Anxiety* (Sussex, RU: John Wiley & Sons), págs. 431-447.

19. P. G. Zimbardo, «The Power and Pathology of Imprisonment», *Congressional Record,* serial no. 15, 25 de octubre de 1971, declaración ante el Subcommittee No. 3 of the Committee on the Judiciary, House of Representatives, Ninety-Second Congress, First Session on Corrections, Part II, Prisons, Prison Reform and Prisoner's Rights: California (Washington, DC: U.S. Government Printing Office, 1971).

20. P. G. Zimbardo, «The Detention and Jailing of Juveniles», declaración ante el U.S. Senate Committee on the Judiciary Subcommittee to Investigate Juvenile Delinquency, 10, 11 y 17 de septiembre de 1973 (Washington, DC: U.S. Government Printing Office, 1974), págs. 141-161.

21. P. G. Zimbardo, «Transforming Experimental Research into Advocacy for Social Change», en M. Deutsch y H. A. Hornstein (comps.), *Applications of Social Psychology* (Hillsdale, NJ: Erlbaum, 1983).

22. S. H. Lovibond, X. Mithiran y W. G. Adams, «The Effects of Three Experimental Prison Environments on the Behaviour of Non-Convict Volunteer Subjects», *Australian Psychologist* (1979), págs. 273-287.

23. A. Banuazizi y S. Movahedi, «Interpersonal Dynamics in a Simulated Prison: A Methodological Analysis», *American Psychologist* 17 (1975), págs. 152-160.

24. N. J. Orlando, «The Mock Ward: A Study in Simulation», en O. Milton y R. G. Wahlers (comps.), *Behavior Disorders: Perspectives and Trends,* 3ª ed. (Philadelphia: Lippincott, 1973), págs. 162-170.

25. D. Derbyshire, «When They Played Guards and Prisoners in the US, It Got Nasty. In Britain, They Became Friends», *The Daily Telegraph,* 3 de mayo de 2002, pág. 3.

26. M. G. Bloche y J. H. Marks, «Doing unto Others as They Did to Us». *The New York Times,* 4 de noviembre de 2005.

27. J. Mayer, «The Experiment», *The New Yorker,* 11 y 18 de julio de 2005, págs. 60-71.

28. Gerald Gray y Alessandra Zielinski, «Psychology and U.S. Psychologists in Torture and War in the Middle East», *Torture* 16 (2006), págs. 128-133, cita, págs. 130-131.

29. «The Schlesinger Report», en K. Greenberg y J. Dratel (comps.), *The Torture Papers* (RU: Cambridge University Press, 2005), págs. 970-971. En el capítulo 15 tendremos mucho más que decir sobre las conclusiones de esta investigación independiente.

30. Richard Álvarez, crítica de Stanford Prison Experiment, *Cover*, septiembre de 1995, pág. 34.

31. Philip French, crítica de «Das Experiment», *The Observer,* Ed. Internet, 24 de marzo de 2002.

32. Peter Bradshaw, crítica de «Das Experiment», *The Guardian,* Ed. Internet, 22 de marzo de 2002.

33. Roger Ebert, crítica de «Das Experiment», *Chicago Sun-Times,* Ed. Internet, 25 de octubre de 2002.

34. Blake Gopnik, «A Cell with the Power to Transform», *The Washington Post,* 16 de junio de 2005, págs. C1, C5.

35. W. Mares, *The Marine Machine: The Making of the United States Marine* (Nueva York: Doubleday, 1971).

CAPÍTULO 12: Estudio de la dinámica social: poder, conformidad y obediencia

1. C. S. Lewis (1898-1963), profesor de literatura medieval y renacentista en la Universidad de Cambridge, también fue novelista, autor de libros infantiles y popular orador sobre temas morales y religiosos. En su libro más conocido, *The Screwtape Letters* (1944), personifica a un diablo veterano que escribe cartas desde el infierno dando ánimos a un diablo novato que trabaja en la Tierra. «The Inner Ring» es la conferencia conmemorativa que dio en 1944 a los estudiantes del King's College de la Universidad de Londres.

2. R. F. Baumeister y M. R. Leary, «The Need to Belong: Desire for Interpersonal Attachments as a Fundamental Human Motivation», *Psychological Bulletin* 117 (1995), págs. 427-529.

3. R. B. Cialdini, M. R. Trost y J. T. Newsome, «Preference for Consistency: The Development of a Valid Measure and the Discovery of Surprising Behavioral Implications», *Journal of Personality and Social Psychology* 69 (1995), págs. 318-328; véase también L. Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance* (Stanford, CA: Stanford University Press, 1957).

4. P. G. Zimbardo y S. A. Andersen, «Understanding Mind Control: Exotic and Mundane Mental Manipulations», en M. Langone (comp.), *Recovery from Cults* (Nueva York: W. W. Norton, 1993); véase también A. W. Scheflin y E. M. Opton Jr., *The Mind Manipulators: A Non-Fiction Account* (Nueva York: Paddington Press, 1978).

5. Además de las presiones sociales para estar de acuerdo con los puntos de vista ajenos también actúan unas fuerzas racionales, porque la gente nos puede ofrecer sabiduría e información valiosa. M. Deutsch y H. B. Gerard, «A Study of Normative and Informational Social Influence upon Individual Judgement», *Journal of Abnormal and Social Psychology* 51 (1955), págs. 629-636.

6. Associated Press (26 de julio de 2005), «”Cool Mom” Guilty of Sex with Schoolboys: She Said She Felt Like “One of the Group”». El reportaje habla de sus fiestas de drogas y sexo entre octubre de 2003 y octubre de 2004 en la ciudad de Golden, Colorado.

7. Los prejuicios interesados, egocéntricos y de «estar por encima de la media» se han investigado a fondo. Véase un resumen de los principales efectos en muchos ámbitos de aplicación distintos en D. Myers, *Social Psychology,* 8.ª ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 2005), págs. 66-77.

8. E. Pronin, J. Kruger, K. Savitsky y L. Ross, «You Don’t Know Me, but I Know You: The Illusion of Asymmetric Insight», *Journal of Personality and Social Psychology* 81 (2001), págs. 639-656.

9. S. E. Asch, «Studies of Independence and Conformity: A Minority of One Against a Unanimous Majority», *Psychological Monographs* 70 (1951), n.º 416 entero; S. E. Asch, «Opinions and Social Pressure», *Scientific American*, noviembre de 1955, págs. 31-35.

10. M. Deutsch y H. B. Gerard (1955).

11. T. Blass, *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 1999), pág. 62.

12. En 1949, sentado a mi lado en una clase de la James Monroe High School del Bronx, Nueva York, estaba mi compañero de clase Stanley Milgram. Los dos éramos unos chavales flacuchos llenos de ambición y del deseo de llegar a ser algo para poder escapar de una vida limitada a los confines de nuestro gueto. Stanley era el sabiondo al que acudíamos en busca de respuestas autorizadas. Yo era el popular de la clase, el chaval sonriente al que acudían otros niños en busca de consejo social. Ya entonces, los dos éramos unos situacionistas en ciernes. Yo acababa de volver a la Monroe High School tras un año horrible en la North Hollywood High School, donde no había tenido amigos porque todo el mundo me rehuía (más tarde supe que circulaba el rumor de que era de una familia de la mafia siciliana de Nueva York), y acabé siendo el chaval más popular del segundo ciclo de la Monroe. Recuerdo que Stanley y yo nos preguntamos por las razones de aquella transformación y llegamos a la conclusión de que yo no había cambiado y que la diferencia estaba en la situación. Cuando nos volvimos a encontrar años más tarde, en 1960, en la Universidad de Yale, como profesores adjuntos que empezaban, él en Yale y yo en la Universidad de Nueva York, resultó que, en realidad, Stanley quería ser popular y yo quería ser un sabiondo. Así se cumplen los deseos de infancia.

También quisiera mencionar el descubrimiento que he hecho hace poco de otra cosa que Stanley y yo tenemos en común. Fui yo quien inicialmente construyó el laboratorio del sótano de Yale que más tarde sería modificado por Milgram para realizar los experimentos sobre la obediencia (después de que ya no pudiera usar el elegante laboratorio de interacción del sociólogo O. K. Moore). Lo había construido unos años antes para un estudio que realicé con Irving Sarnoff para comprobar las predicciones freudianas sobre las diferencias entre el miedo y la ansiedad y sus efectos en la afiliación social. Monté un pequeño laboratorio en el sótano del edificio donde enseñábamos cursos de introducción a la psicología. Tenía el encantador nombre británico de Linsly-Chittenden Hall. También es curioso que tanto sus experimentos como el EPS se hubieran llevado a cabo en un sótano.

13. T. Blass, *The Man Who Shocked the World* (Nueva York: Basic Books, 2004), pág. 116.

14. Véase R. Cialdini, *Influence* (Nueva York: McGraw-Hill, 2001).

15. J. L. Freedman y S. C. Fraser, «Compliance Without Pressure: The Foot-in-the-Door Technique», *Journal of Personality and Social Psychology* 4 (1966), págs. 195-202; véase también S. J. Gilbert, «Another Look at the Milgram Obedience Studies: The Role of the Graduated Series of Shocks», *Personality and Social Psychology Bulletin* 4 (1981), págs. 690-695.

16. E. Fromm, *El miedo a la Libertad* (Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1941). En los Estados Unidos, el miedo a las amenazas que planteaban los terroristas a la seguridad nacional, amplificado por los altos cargos del gobierno, ha hecho que muchos ciudadanos, el Pentágono y muchos dirigentes del país acepten la tortura de prisioneros como un método necesario para obtener información que pueda impedir más ataques. En el capítulo 15 argumentaré que este razonamiento contribuyó a los maltratos cometidos por unos guardias estadounidenses en la prisión de Abu Ghraib.

17. Blass, *The Man Who Shocked the World,* apéndice C, «The Stability of Obedience Across Time and Place».

18. C. K. Hofling, E. Brotzman, S. Dalrymple, N. Graves y C. M. Pierce, «An Experimental Study in Nurse-Physician Relationships», *Journal of Nervous and Mental Disease* 143 (1966), págs. 171-180.

19. A. Krackow y T. Blass, «When Nurses Obey or Defy Inappropriate Physician Orders: Attributional Differences», *Journal of Social Behavior and Personality* 10 (1995), págs. 585-594.

20. W. Meeus y Q. A. W. Raaijmakers, «Obedience in Modern Society: The Utrecht Studies», *Journal of Social Issues* 51 (1995), págs. 155-176.

21. Transcripción de *The Human Behavior Experiments*: Sundance Lock, 9 de mayo de 2006, Jig-Saw Productions, pág. 20. La transcripción está disponible en: www.prisonexp.org/pdf/HBE-transcript.pdf

22. Estas citas y la información sobre el engaño del cacheo proceden de un artículo de Andrew Wolfson, «A Hoax Most Cruel», en *The Courier-Journal,* 9 de octubre de 2004, disponible en: www.courier-journal.com/apps/pbcs.dll/ article?AID=/20051009 /NEWS01/510090392/1008Hoax.

23. Cita de una entrevista para la televisión de 1979 en Robert V. Levine «Milgram's Progress», *American Scientist Online,* julio-agosto de 2004. Originalmente en Blass, *Obedience to Authority,* págs. 35-36.

24. R. Jones, «The Third Wave», en A. Pines y C. Maslach (comps.), *Experiencing Social Psychology* (Nueva York: Knopf, 1978), págs. 144-152; véase también el artículo escrito por Ron Jones sobre esta experiencia en: www.vanierco llege.qc.ca/Auxilliary/Psychology/Frank/Thirdwave.html.

25. «The Wave», docudrama televisivo dirigido por Alexander Grasshoff, 1981.

26. W. Peters, *A Class Divided Then and Now* (ed. ampliada) (New Haven, CT: Yale University Press, 1985 [1971]). Peters participó en la filmación de los dos documentales premiados, el documental de la ABC News «The Eye of the Storm» (Guidance Associates, Nueva York) y el documental de seguimiento emitido en el programa de la PBS *Frontline* «A Class Divided». (Disponible en: www.pbs.org/ wgbh/pages/frontline/shows/divided/ etc/view.html.)

27. H. H. Mansson, «Justifying the Final Solution», *Omega: The Journal of Death and Dying* 3 (1972), págs. 79-87.

28. J. Carlson, «Extending the Final Solution to One's Family», informe inédito, Universidad de Hawai, Manoa, 1974.

29. C. R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York: HarperCollins, 1993), pág. xvi.

30. E. Staub, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and Other Group Violence* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989), págs. 126, 127.

31. J. M. Steiner, «The SS Yesterday and Today: A Sociopsychological View», en J. E. Dinsdale (comp.), *Survivors, Victims, and Perpetrators: Essays on the Nazi Holocaust* (Washington, DC: Hemisphere Publishing Corporation, 1980), págs. 405-456; citas, pág. 433. Véase también A. G. Miller, *The Obedience Experiments: A Case Study of Controversy in Social Science* (Nueva York: Praeger, 1986).

32. D. J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners* (Nueva York: Knopf, 1999). Véase también el resumen de Christopher Reed, «Ordinary German Killers», en *Harvard Magazine,* marzo-abril de 1999, pág. 23.

33. H. Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil,* edición revisada y ampliada (Nueva York: Penguin Books, 1994), págs. 25, 26, 252, 276. Las citas que siguen proceden de esta fuente.

34. M. Huggins, M. Haritos-Fatouros y P. G. Zimbardo, *Violence Workers: Police Torturers and Murderers Reconstruct Brazilian Atrocities* (Berkeley: University of California Press, 2002).

35. M. Haritos-Fatouros, *The Psychological Origins of Institutionalized Torture* (Londres: Routledge, 2003).

36. Archidiócesis de São Paulo, *Torture in Brazil* (Nueva York: Vintage, 1998).

37. El sitio web oficial de la Escuela de las Américas es www.ciponline.org/ facts/soa.htm/; véase también: www.soaw.org/new/.

38. F. Morales, «The Militarization of the Police», *Covert Action Quarterly* 67 (primavera-verano de 1999): pág. 67.

39. T. McDermott, *Perfect Soldiers: The Hijackers: Who They Were, Why They Did It* (Nueva York: HarperCollins, 2005).

40. M. Kakutani, «Ordinary but for the Evil They Wrought», *The New York Times,* 20 de mayo de 2005, pág. B32.

41. Z. Coile, «"Ordinary British Lads"», *San Francisco Chronicle,* 14 de julio de 2005, págs. A1, A10.

42. A. Silke, «Analysis: Ultimate Outrage», *The Times* (Londres), 5 de mayo de 2003.

43. Mi relación con estos hechos se debe a que conocía al hermano de una de las pocas personas que se habían librado de la matanza, Diane Louie. A ella y a su novio, el también superviviente Richard Clark, les ofrecí orientación psicológica cuando regresaron a San Francisco y aprendí muchas cosas de los relatos de horror que habían vivido en primera persona. Más adelante actué como perito judicial para la defensa de Larry Layton, acusado de conspiración para asesinar al congresista Ryan, y a través de él hice amistad con su hermana, Debbie Layton, otra resistente heroica a la dominación de Jim Jones. Les conoceremos mejor en el capítulo final, donde hablaremos de su heroísmo.

44. La grabación del último discurso de Jones del 18 de noviembre de 1978 se conoce como «cinta de la muerte» («Death Tape», FBI Nº 0042) y su transcripción, a cargo de Mary McCormick Maaga, se puede consultar gratuitamente en Internet por cortesía del Jonestown Institute de Oakland, California: http://jonestown.sdsu.edu/Aboutjonestown/ Tapes/Tapes/Deathtape/0042.maaga.html.

45. M. Banaji, «Ordinary Prejudice», *Psychological Science Agenda* 8 (2001), págs. 8-16; cita, pág. 15.

CAPÍTULO 13: Estudio de la dinámica social: desindividuación, deshumanización y maldad por inacción

1. Jonathan Swift, *Gulliver's Travels and Other Works* (Londres: Routledge, 1906 [1727]). Swift condena a sus congéneres de una manera indirecta, mediante los ataques verbales que recibe su *alter ego*, Lemuel Gulliver, de diversos personajes que encuentra en sus viajes por Brobdingnag y otros lugares. A nosotros, los *yahoos*, se nos describe como «seres deformes hasta el tuétano». También se nos dice que nuestras faltas están más allá de toda redención porque «no habría tiempo suficiente para corregir los vicios y las insensateces de los yahoos aunque su naturaleza les hubiera dotado de la más ínfima inclinación a la virtud y la sabiduría».

2. R. Weiss, «Skin Cells Converted to Stem Cells», *The Washington Post,* 22 de agosto de 2005, pág. A01.

3. W. Golding, *Lord of the Flies* (Nueva York: Capricorn Books, 1954), págs. 58, 63.

4. P. G. Zimbardo, «The Human Choice: Individuation, Reason, and Order Versus Deindividuation, Impulse, and Chaos», en W. J. Arnold y D. Levine (comps.), *1969 Nebraska Symposium on Motivation* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1970).

5. M. H. Bond y D. G. Dutton, «The Effect of Interaction Anticipation and Experience as a Victim on Aggressive Behavior», *Journal of Personality* 43 (1975), págs. 515-527.

6. R. J. Kiernan y R. M. Kaplan, «Deindividuation, Anonymity, and Pilfering», ponencia presentada ante la Western Psychological Association Convention, San Francisco, abril de 1971.

7. R. J. Watson Jr., «Investigation into Deindividuation Using a Cross-Cultural Survey Technique», *Journal of Personality and Social Psychology* 25 (1973), págs. 342-345.

8. Algunas referencias pertinentes a la desindividuación son: E. Diener, «Deindividuation: Causes and Consequences», *Social Behavior and Personality* 5 (1977), págs. 143-156; E. Diener, «Deindividuation: The Absence of Self-Awareness and Self-Regulation in Group Members», en P. B. Baulus (comp.), *Psychology of Group Influence* (Hillsdale, NJ: Erlbaum, 1980), págs. 209-242; L. Festinger, A. Pepitone y T. Newcomb, «Some Consequences of Deindividuation in a Group», *Journal of Abnormal and Social Psychology* 47 (1952), págs. 382-389; G. Le Bon, *The Crowd: A Study of the Popular Mind* (Londres: Transaction, 1995 [1895]); T. Postmes y R. Spears, «Deindividuation and Antinormative Behavior: A Meta-analysis», *Psychological Bulletin* 123 (1998), págs. 238259; S. Prentice-Dunn y R. W. Rogers, «Deindividuation in Aggression», en R. G. Green y E. I. Donnestein (comps.), *Aggression: Theoretical and Empirical Reviews* (Nueva York: Academic Press, 1983), págs. 155-172; S. Reicher y M. Levine, «On the Consequences of Deindividuation Manipulations for the Strategic Communication of Self: Identifiability and the Presentation of Social Identity», *European Journal of Social Psychology* 24 (1994), págs. 511-524; J. E. Singer, C. E. Brush y S. C. Lublin, «Some Aspects of Deindividuation: Identification and Conformity», *Journal of Experimental Social Psychology* 1 (1965), págs. 356-378; C. B. Spivey y S. Prentice-Dunn, «Assessing the Directionality of Deindividuated Behavior: Effects of Deindividuation, Modeling, and Private Self-Consciousness on Aggressive and Prosocial Responses», *Basic and Applied Social Psychology* 4 (1990), págs. 387-403.

9. E. Goffman, *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1963).

10. Véase C. Maslach y P. G. Zimbardo, «Dehumanization in Institutional Settings: “Detached Concern” in Health and Social Service Professions; The Dehumanization of Imprisonment», ponencia presentada en la American Psychological Association Convention, Montreal, Canadá, 30 de agosto de 1973.

11. R. Ginzburg, *100 Years of Lynching* (Baltimore: Black Classic Press, 1988). Véanse también las fotografías que se imprimieron como postales en J. Allen, H. Ali, J. Lewis y L. F. Litwack, *Without Sanctuary: Lynching Photography in America* (Santa Fe, NM: Twin Palms Publishers, 2004).

12. Véase H. C. Kelman, «Violence Without Moral Restraint: Reflections on the Dehumanization of Victims and Victimizers», *Journal of Social Issues* 29 (1973), págs. 25-61.

13. B. Herbert, «”Gooks” to “Hajis”», *The New York Times,* 21 de mayo de 2004.

14. A. Bandura, B. Underwood y M. E. Fromson, «Disinhibition of Aggression Through Diffusion of Responsibility and Dehumanization of Victims», *Journal of Research in Personality* 9 (1975), págs. 253-269.

15. Véanse los abundantes escritos de Albert Bandura sobre la desconexión moral, entre ellos: A. Bandura, *Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive Theory* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1986); A. Bandura, «Mechanisms of Moral Disengagement», en W. Reich (comp.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1990), págs. 161-191; A. Bandura, «Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities», *Personality and Social Psychology Review* 3 (número especial sobre la maldad y la violencia; 1999), págs. 193-209; A. Bandura. «The Role of Selective Moral Disengagement in Terrorism», en F. M. Mogahaddam y A. J. Marsella (comps.) *Psychosocial Aspects of Terrorism: Issues, Concepts and Directions* (Washington, DC: American Psychological Association Press, 2004), págs. 121-150; A. Bandura, C. Barbaranelli, G. V. Caprara y C. Pastorelli, «Mechanisms of Moral Disengagement in the Exercise of Moral Agency», *Journal of Personality and Social Psychology* 71 (1996), págs. 364-374; M. Osofsky, A. Bandura y P. G. Zimbardo, «The Role of Moral Disengagement in the Execution Process», *Law and Human Behavior* 29 (2005), págs. 371-393.

16. Según un despacho de la agencia Reuters, una madre hutu de 35 años de edad de nombre Mukankwaya dijo que ella y otras mujeres hutu habían reunido a los hijos de sus vecinos tutsi, a los que habían acabado considerando «enemigos» suyos. Con una horripilante determinación, mataron a palos a los sorprendidos niños. «No lloraban porque nos conocían», dijo la mujer. «Sólo nos miraban boquiabiertos. Perdí la cuenta de los que llegamos a matar.» Su desconexión moral suponía creer que ella y las otras asesinas «hacían un favor a los niños»: era mejor que murieran entonces porque serían huérfanos; los hombres hutu, con los machetes que el gobierno les había entregado, habían asesinado a sus padres. Mukankwaya y las otras madres hutu creían que a los niños les esperaba una vida muy difícil y que era mejor para ellos que los mataran.

17. Véase S. Keen, *Faces of the Enemy: Reflections on the Hostile Imagination* (San Francisco, CA: HarperSanFrancisco, 2004 [1991]). También es recomendable ver el DVD que acompaña al libro (2004).

18. De Harry Bruinius, *Better for All the World: The Secret History of Forced Sterilization and America's Quest for Racial Purity* (Nueva York: Knopf, 2006).

19. Véanse: F. Galton, *Hereditary Genius: An Inquiry into Its Laws and Consequences*, 2ª ed. (Londres: Macmillan, 1892; Watts and Co. 1950); R. A. Soloway, *Democracy and Denigration: Eugenics and the Declining Birthrate in England, 1877-1930* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990); Race Betterment Foundation, *Proceedings of the Third Race Betterment Conference* (Battle Creek, MI: Race Betterment Foundation, 1928); E. Black, *War Against the Weak: Eugenics and America's Campaign to Create a Master Race* (Nueva York: Four Walls Eight Windows, 2003); E. Black, *IBM and the Holocaust: The Strategic Alliance Between Nazi Germany and America's Most Powerful Corporation* (Nueva York: Crown, 2001).

20. M. L. King, Jr., *Strength to Love* (Philadelphia: Fortress Press, 1963), pág. 18.

21. B. Latané y J. M. Darley, *The Unresponsive Bystander: Why Doesn't He Help?* (Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1970).

22. J. M. Darley y B. Latané, «Bystander Intervention in Emergencies: Diffusion of Responsibilities, «*Journal of Personality and Social Psychology* 8 (1968), págs. 377-383.

23. D. A. Schroeder, L. A. Penner, J. F. Dovidio y J. A. Pilliavan, *The Psychology of Helping and Altruism: Problems and Puzzles* (Nueva York: McGrawHill, 1995). Véase también C. D. Batson, «Prosocial Motivation: Why Do We Help Others?», en A. Tesser (comp.), *Advanced Social Psychology* (Nueva York: McGraw-Hill, 1995), págs. 333-381; E. Straub, «Helping a Distressed Person: Social, Personality, and Stimulus Determinants», en L. Berkowitz (comp.), *Advances in Experimental Social Psychology,* vol. 7 (Nueva York: Academic Press, 1974), págs. 293-341.

24. J. M. Darley y C. D. Batson, «From Jerusalem to Jericho: A Study of Situational Variables in Helping Behavior», *Journal of Personality and Social Psychology* 27 (1973), págs. 100-108.

25. C. D. Batson y otros «Failure to Help in a Hurry: Callousness or Conflict?», *Personality and Social Psychology Bulletin* 4 (1978), págs. 97-101.

26. «Abuse Scandal to Cost Catholic Church at Least $2 Billion, Predicts Lay Leader», Associated Press, 10 de julio de 2005. Véase también el documental *Deliver Us from Evil,* que trata del padre Oliver O'Grady, condenado por múltiples abusos sexuales a muchos niños y niñas a lo largo de veinte años. El cardenal Roger Mahoney, que conocía las muchas acusaciones que había contra él, lo único que hizo con este sacerdote pederasta fue cambiarle periódicamente de destino a otras diócesis, donde seguía abusando de nuevos niños. (La película, dirigida por Amy Berg, fue distribuida por Lionsgate Films en octubre de 2006.)

27. L. Ross and R. E. Nisbett, *The Person and the Situation* (Philadelphia: Temple University Press, 1991).

28. A. Bandura, *Self-Efficacy: The Exercise of Control* (Nueva York: Freeman, 1997).

29. R. Kueter, *The State of Human Nature* (Nueva York: iUniverse, 2005). Véase un resumen de los efectos psicológicos de la cultura en R. Brislin, *Understanding Culture's Influence on Behavior* (Orlando, FL: Harcourt Brace Jovanovich, 1993). Véase también H. Markus y S. Kitayama, «Culture and the Self: Implications for Cognition, Emotion and Motivation», *Psychological Review* 98 (1991), págs. 224-253.

30. L. Ross y D. Shestowsky, «Contemporary Psychology's Challenges to Legal Theory and Practice», *Northwestern University Law Review 97* (2003), págs. 1.081-1.114; cita, pág. 1.114. También es recomendable leer el análisis y la revisión exhaustiva del lugar de la situación en el derecho y en la economía realizados por dos expertos en derecho, Jon Hanson y David Yosifon, «The Situation: An Introduction to the Situacional Character, Critical Realism, Power Economics, and Deep Capture», *University of Pennsylvania Law Review* 129 (2003), págs. 152-346. Además, mi colaborador de investigación Craig Haney ha escrito mucho sobre la necesidad de una mayor inclusión de los factores contextuales en la justicia; véase, por ejemplo, C. Haney, «Making Law Modern: Toward a Contextual Model of Justice», *Psychology, Public Policy and Law* 8 (2002), págs. 3-63.

31. F. D. Richard, D. F. Bond Jr. y J. J. Stokes-Zoota, «One Hundred Years of Social Psychology Quantitatively Described», *Review of General Psychology 7* (2003), págs. 331-363.

32. S. T. Fiske, L. T. Harris y A. J. C. Cudy, «Why Ordinary People Torture Enemy Prisoners», *Science* (*Policy Forum*) 306 (2004), págs. 1.482-1.483; cita, pág. 1.482. Véanse también los análisis de Susan Fiske en *Social Beings* (Nueva York: Wiley, 2003).

Capítulo 14: Los maltratos y las torturas de Abu Ghraib: entender y personalizar sus horrores

1. Informe final de la comisión independiente para el examen de las operaciones de detención del Departamento de Defensa. El informe completo se puede consultar en el sitio web del experimento de la prisión de Stanford, www.prisonexp.org/pdf/SchlesingerReport.pdf. Publicado el 8 de noviembre de 2004.

2. Véanse vídeos, fotografías y otra información en el sitio web de *60 Minutes II*: www.cbsnews.com/stories/2004/04/27/60II/main614063.shtml.

3. Hay pruebas de que el general Myers llamó personalmente a Dan Rather ocho días antes de que el reportaje sobre los maltratos de Abu Ghraib se fuera a emitir en *60 Minutes II* para pedir a la CBS que retrasara su difusión. Justificó su decisión diciendo que el retraso evitaría perjudicar a «nuestras tropas» y al «apoyo ciudadano a la guerra». La CBS accedió a la petición de Myers y aplazó la emisión dos semanas. Pero al final decidió emitirlo cuando supo que la revista *The New Yorker* iba a publicar un reportaje detallado del periodista de investigación Seymour Hersh. Esta petición demuestra claramente que los mandamases militares eran muy conscientes de los «problemas de imagen» que crearía la difusión de aquellos hechos.

4. «Congressional Testimony: Donald Rumsfeld, Federal Document Clearing House», 2004, disponible en: www.highbeam.com/library/wordDoc.doc? docid=1P1:94441824; «Testimony of Secretary of Defense Donald H. Rumsfeld Before the Senate and House Armed Services Committees», 7 de mayo de 2004; disponible en: www.defenselink.mil/speeches/2004/sp20040507-secdefl042.html.

5. Citado en Adam Hochschild, «What's in a Word? Torture», *The New York Times,* 23 de mayo de 2004. Susan Sontag rebatió con elegancia la noción de que estos actos eran simples «maltratos» y no «torturas» en su ensayo «Regarding the Torture of Others», *The New York Times Magazine,* 23 de mayo de 2004, págs. 25 y sigs.

6. El arzobispo monseñor Giovanni Lajolo, secretario de la Santa Sede para las relaciones con los Estados, tenía un punto de vista diferente: «¿Las torturas? Son un golpe más grave que el 11-S para los Estados Unidos, con la diferencia de que el golpe no lo han dado los terroristas, sino los mismos estadounidenses». El director del periódico de lengua árabe con sede en Londres *Al Quds Al Arabi,* declaró que «los libertadores son peores que los dictadores. Ésta es la gota que ha colmado el vaso para los Estados Unidos».

7. Quise poner en marcha un fondo dedicado a Joe Darby por su heroísmo recaudando donaciones a escala nacional para dárselo cuando pudiera prescindir de la protección policial. Una periodista de *USA Today,* Marilyn Elias, me dijo que su periódico publicaría un reportaje sobre aquel «héroe escondido» y que mencionaría la existencia del fondo si le daba los datos para que la gente pudiera enviar las donaciones. Durante meses intenté convencer en vano a diversas organizaciones para que canalizaran la recaudación de los fondos, incluyendo a Amnistía Internacional, el banco del pueblo de Darby, mi sucursal de Union Bank en Palo Alto y una asociación de víctimas de la tortura. Todas dieron diversas razones que me parecieron falsas. Pude conseguir el apoyo de la entonces presidenta de la American Psychological Association, Diane Halperin, para conceder a Darby una mención honorífica en la asamblea anual de la APA, pero con la oposición de muchos miembros de la junta directiva. Era una cuestión demasiado política para demasiada gente.

8. Citado de «A Question of Torture», *PBS News Frontline,* 18 de octubre de 2005.

9. CBS, *60 Minutes II,* 28 de abril de 2004.

10. Citado en «Iraq Prison Abuse Stains Entire Brigade», *The Washington Times* (www.washingtontimes. com), 10 de mayo de 2004.

11. Janis Karpinski y Steven Strasser, *One Woman's Army: The Commanding General at Abu Ghraib Tells Her Story* (Nueva York: Miramax Press, 2005).

12. Entrevista en la BBC Radio 4 a la general de brigada Janis Karpinski, 15 de junio de 2004. También repitió estas acusaciones en una mesa redonda celebrada en la Universidad de Stanford, donde yo actué como moderador, el 4 de mayo de 2006.

13. La evaluación psicológica constó de una entrevista con el doctor Alvin Jones, psicólogo militar, el 31 de agosto y el 2 de septiembre de 2004, más una batería de tests psicológicos. Estos tests eran el Minnesota Multiphasic Inventory, Second Edition (MMPI-2), el Millon Clinical Multiaxial Inventory-111 y la Wechsler Abbreviated Intelligence Scale (WASI). El 21 de septiembre recibí el informe oficial de la entrevista y los datos de los tests y los reenvié al doctor Larry Beutler, director del programa de doctorado de la Pacific Graduate School of Psychology de Palo Alto. Hizo una interpretación independiente de los datos de los tests sin saber nada del cliente. Por mi parte, administré a Chip el Maslach Burnout Inventory (MBI) durante la entrevista que mantuve con él en mi casa, y envié los datos al doctor Michael Leiter, experto en estrés laboral del Center for Organizational Development de Wolfville, Canadá, para que los interpretara. Recibí su evaluación formal el 3 de octubre de 2004. Tampoco sabía nada del cliente.

14. Informe psicológico, 31 de agosto de 2004.

15. Véase un resumen de esta y otras investigaciones sobre la cohibición en P. G. Zimbardo, *Shyness: What It Is. What to Do About It* (Reading, MA: Perseus Books, 1977).

16. La compañía 372 de la policía militar era una unidad de reservistas con sede en Cresaptown, Maryland. La mayoría de los miembros de esta compañía procedían de pueblos pequeños con unos niveles de ingresos bajos de la zona de los Apalaches, donde el ejército suele publicar muchos anuncios de alistamiento en los medios de comunicación locales. Se alistan muchos jóvenes de la zona para ganar dinero o ver mundo, o simplemente porque es una forma de abandonar el pueblo donde han crecido. Los miembros de la compañía 372 decían ser un grupo muy unido. Véase la revista *Time*, *Special Report,* 17 de mayo de 2004.

17. Entrevista con Chip del 30 de septiembre de 2004 y correspondencia privada, 12 de junio de 2005.

18. Resumen del informe que hizo el doctor Alvin Jones de su entrevista con Frederick y de la batería de tests psicológicos que le administró (31 de agosto2 de septiembre de 2004).

19. Resumen del doctor Jones de los resultados de todos los tests.

20. Estas y otras citas proceden de la «Interpretación de los tests del Cliente» del 22 de septiembre de 2004 realizada por el doctor Larry Beutler en un informe escrito que me envió.

21. Hay mucha literatura psicológica sobre la sobrecarga cognitiva y la sobrecarga de los recursos cognitivos. Algunas referencias son: D. Kirsh, «A Few Thoughts on Cognitive Overload», *Intellectica* 30 (2000), págs. 19-51; R. Hester y H. Garavan, «Working Memory and Executive Function: The Influence of Content and Load on the Control of Attention», *Memory & Cognition* 33 (2005), págs. 221-233; F. Pass, A. Renkl y J. Swelle, «Cognitive Load Theory: Instructional Implications of the Interaction Between Information Structures and Cognitive Architecture», *Instructional Science* 32 (2004), págs. 1-8.

22. Todas las preguntas y respuestas son de la entrevista con Chip en mi casa (30 de septiembre de 2004), que fue grabada y transcrita posteriormente por mi ayudante Matt Estrada.

23. R. J. Smith y J. White, «General Granted Latitude at Prison: Abu Ghraib Used Aggressive Tactics», *The Washington Post,* 12 de junio de 2004, pág. A01, disponible en: www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A35612-2004Jun11.html.

24. Un interrogador militar veterano me confió lo que pensaba sobre el hecho de que los interrogadores manipularan a los policías militares para que les ayudaran a obtener la información que buscaban: «AHÍ está el problema. Unos interrogadores sin escrúpulos (en orden descendente, los interrogadores militares subalternos, el personal contratado y el personal de la CIA) dispuestos a jugar con las ideas preconcebidas de otras personas dispuestas a creerles. He pasado por la experiencia de ver a personal encargado de custodiar a otros (en este caso era una compañía de soldados de infantería que habían recibido la misión de llevar una prisión) usando todos los estereotipos relacionados con la palabra «interrogador» que ofrece la cultura estadounidense; sin embargo, cuando les expliqué que no sólo no hacía nada de lo que creían que hacía, sino también por qué no lo hacía, no sólo entendieron mi punto de vista al respecto, sino que estuvieron de acuerdo con él y *modificaron voluntariamente sus operaciones para apoyarlo*. El control de un ser humano sobre otro es una responsabilidad enorme que se debe enseñar y entender, no *ordenar*». Información recibida el 3 de agosto de 2006; la fuente desea conservar el anonimato.

25. Chip Frederick, entrevista conmigo, 30 de septiembre de 2004.

26. Estas declaraciones de Ken Davis se incluyeron en el documental «The Human Behavior Experiments», que emitió el Sundance Channel el 1 de junio de 2006.

27. S. T. Fiske, L. T. Harris y A. J. Cuddy, «Why Ordinary People Torture Enemy Prisoners», *Science* 306 (2004), págs. 1.482-1.483; cita, pág. 1.483.

28. Comunicación personal por correo electrónico, 30 de agosto de 2006, reproducida con autorización. El autor trabaja ahora en la oficina de seguridad del Departamento de Comercio.

29. En el capítulo siguiente tendremos más que decir sobre el informe que redactó el general de división Fay en colaboración con el teniente general Jones. Parte del informe Fay/Jones se reproduce en Steven Strasser (comp.) *The Abu Ghraib Investigations: The Official Reports of the Independent Panel and the Pentagon on the Shocking Prisoner Abuse in Iraq* (Nueva York: Public Affairs, 2004). El informe completo se puede consultar en: http://news.findlaw.com/hdocs/docs/dod/fay82504rpt.pdf.

30. M. A. Fuoco, E. Blazina y C. Lash, «Suspect in Prisoner Abuse Has a History of Troubles», *Pittsburgh Post-Gazette,* 8 de mayo de 2004.

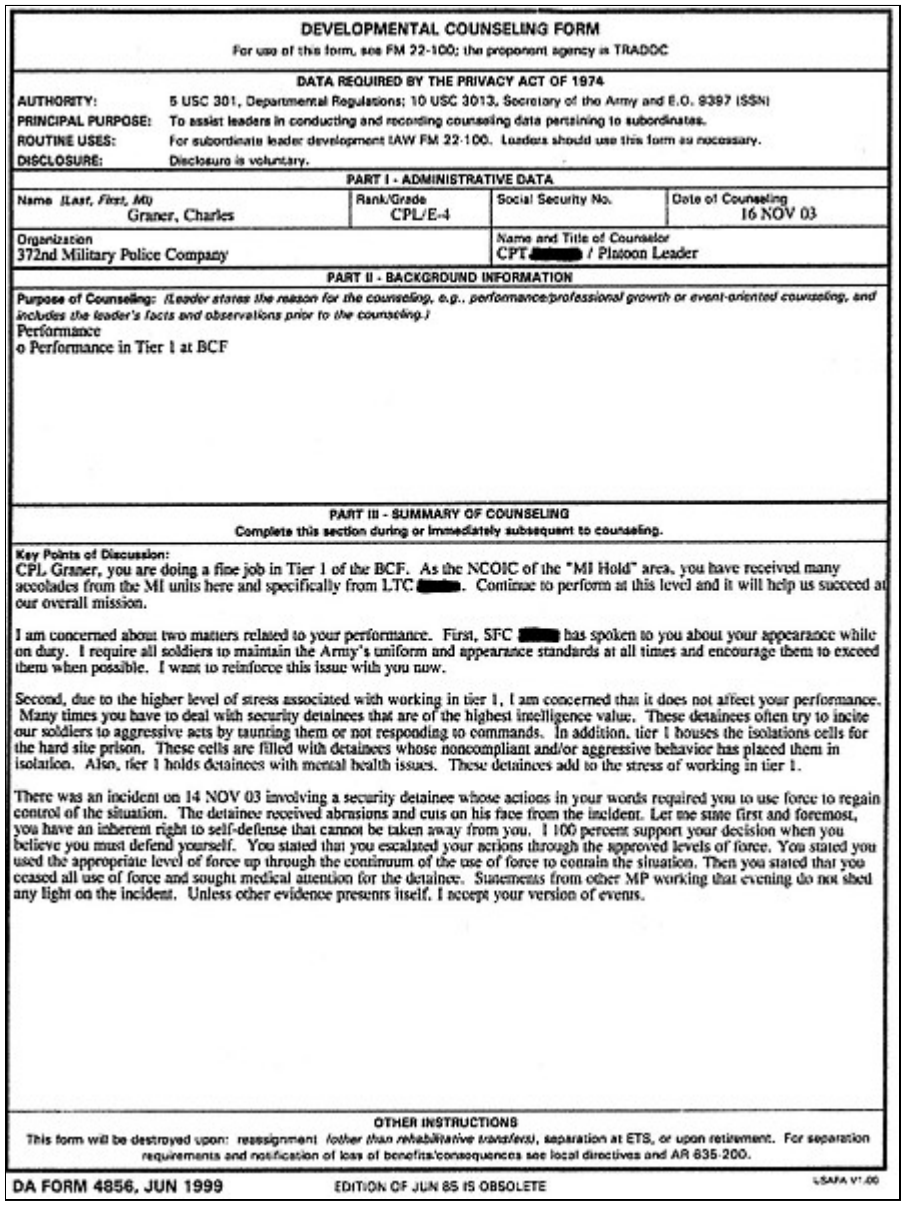
31. Testimonio de un analista de la inteligencia militar en la audiencia preliminar contra Graner.

32. Acuerdo previo, caso *Los Estados Unidos contra Frederick*, 5 de agosto de 2004.

33. Comunicación personal de Chip Frederick desde Fort Leavenworth, 12 de junio de 2005.

34. Oficial «Hellmann», «The Human Behavior Experiments», 1 de junio de 2006.

35.



DEVELOPMENTAL COUNSELING FORM

For use of this form, see FM 22-100; the proponent agency is TRADOC

DATA REQUIRED BY THE PRIVACY ACT OF 1974

AUTHORITY:	5 USC 301, Departmental Regulations; 10 USC 3013, Secretary of the Army and E.O. 9397 (SSN)
PRINCIPAL PURPOSE:	To assist leaders in conducting and recording counseling data pertaining to subordinates.
ROUTINE USES:	For subordinate leader development IAW FM 22-100. Leaders should use this form as necessary.
DISCLOSURE:	Disclosure is voluntary.

PART I - ADMINISTRATIVE DATA

Name (Last, First, MI)	Rank/Grade	Social Security No.	Date of Counseling
Graner, Charles	CPL/E-4		16 NOV 03

Organization	Name and Title of Counselor
372nd Military Police Company	CPT [redacted] / Platoon Leader

PART II - BACKGROUND INFORMATION

Purpose of Counseling: *(Leader states the reason for the counseling, e.g., performance/professional growth or event-oriented counseling, and includes the leader's facts and observations prior to the counseling.)*

Performance

o Performance in Tier 1 at BCF

PART III - SUMMARY OF COUNSELING

Complete this section during or immediately subsequent to counseling.

Key Points of Discussion:

CPL Graner, you are doing a fine job in Tier 1 of the BCF. As the NCOIC of the "MI Hold" area, you have received many accolades from the MI units here and specifically from LTC [redacted]. Continue to perform at this level and it will help us succeed at our overall mission.

I am concerned about two matters related to your performance. First, SFC [redacted] has spoken to you about your appearance while on duty. I require all soldiers to maintain the Army's uniform and appearance standards at all times and encourage them to exceed them when possible. I want to reinforce this issue with you now.

Second, due to the higher level of stress associated with working in tier 1, I am concerned that it does not affect your performance. Many times you have to deal with security detainees that are of the highest intelligence value. These detainees often try to incite our soldiers to aggressive acts by taunting them or not responding to commands. In addition, tier 1 houses the isolations cells for the hard site prison. These cells are filled with detainees whose noncompliant and/or aggressive behavior has placed them in isolation. Also, tier 1 holds detainees with mental health issues. These detainees add to the stress of working in tier 1.

There was an incident on 14 NOV 03 involving a security detainee whose actions in your words required you to use force to regain control of the situation. The detainee received abrasions and cuts on his face from the incident. Let me state first and foremost, you have an inherent right to self-defense that cannot be taken away from you. I 100 percent support your decision when you believe you must defend yourself. You stated that you escalated your actions through the approved levels of force. You stated you used the appropriate level of force up through the continuum of the use of force to contain the situation. Then you stated that you ceased all use of force and sought medical attention for the detainee. Statements from other MP working that evening do not shed any light on the incident. Unless other evidence presents itself, I accept your version of events.

OTHER INSTRUCTIONS

This form will be destroyed upon: reassignment *(other than rehabilitative transfers)*, separation at ETS, or upon retirement. For separation requirements and notification of loss of benefits/consequences see local directives and AR 635-200.

DA FORM 4856, JUN 1999 EDITION OF JUN 85 IS OBSOLETE USAPA V1.00

36. *Ibid*. Declaraciones del policía militar Ken Davis en «The Human Behavior Experiments».

37. Véase www.supportmpscapegoats.com.

38. «Now That's Fucked Up»: www.nowthatsfuckedup.com/bbs/index.php (véase especialmente www.nowthatsfuckedup.com/bbs/ftopic41640.html).

39. Allen y otros, *Without Sanctuary: Lynching Photography in America*.

40. Browning, *Ordinary Men* (1993).

41. Janina Struk, *Photographing the Holocaust: Interpretations of the Evidence* (Nueva York: Palgrave, 2004).

42 www.armenocide.am.

43. Véanse las fotografías de trofeo de Teddy Roosevelt con su hijo Kermit en «On Safari with Theodore Roosevelt, 1909», disponible en: www.eyewitnesstohistory.com/tr.htm. Es interesante recordar que esta expedición, cuyo objetivo oficial era «recolectar» diversas especies animales, en realidad fue un safari en el que se abatieron 512 animales, entre ellos 17 leones, 11 elefantes y 20 rinocerontes. Lo irónico es que el nieto de Theodore Roosevelt, Kermit Jr., fue el director de la operación Ajax de la CIA en Irán, el primer golpe de Estado con éxito de la agencia, que derrocó al primer ministro (democráticamente elegido) Mohammed Mossadegh en 1953. La razón aducida por la CIA para éste su primer golpe de Estado en un país extranjero era la amenaza comunista que suponía dejar que Mossadegh siguiera en el poder. Según Stephen Kinzer, un veterano periodista de *The New York Times*, esta operación marcó la pauta para el siguiente medio siglo, durante el cual los Estados Unidos y la CIA derrocaron (o ayudaron a derrocar) a los máximos dirigentes de Guatemala (1954), Cuba, Chile, el Congo, Vietnam y otros países hasta llegar a Saddam Hussein en Irak (2003). Kinzer también señala que la vida en estos países después de los golpes de Estado solía estar marcada por la inestabilidad, los enfrentamientos civiles y el desbordamiento de la violencia. Estas operaciones han tenido unos efectos muy profundos que aún resuenan hoy en día. El sufrimiento que causaron ha hecho que regiones enteras del mundo abriguen un profundo resentimiento contra los Estados Unidos. Para cerrar el círculo que empezó en la operación Ajax y pasa por la reciente zona de guerra de Irak, los Estados Unidos se han embarcado en otra misión de contraespionaje contra Irán y es posible que ya se hayan elaborado planes de guerra contra este país, como revela Seymour Hersh, nuestro conocido periodista y amigo de *The New Yorker* y que investigó My Lai y Abu Ghraib, en: www.newyorker.com/archive/2005/01/24/050124fa_fact; véanse también S. Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots of Middle East Terror* (Hoboken, NJ: Wiley, 2003); S. Kinzer, *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawai to Iraq* (Nueva York: Times Books, 2006).

44. Esta cita es de las notas que tomé durante la mesa redonda (de la que era moderador) en la que participó Janis Karpinski en torno al tema «Crímenes contra la humanidad cometidos por la administración Bush» (4 de mayo de 2006). Un interrogador militar veterano pone en duda esta versión de que los interrogadores colaboraran con los policías militares para tomar las fotografías: «No creo que hubiera ninguna "autorización" de los interrogadores, si es que la hubo de alguien [...] Llevo más de veinte años como interrogador y como supervisor de operaciones de interrogación y he oído hablar de todos los "métodos" habidos y por haber, y si ya me parece muy poco creíble que un interrogador lleve a cabo voluntariamente un acto ilegal de valor tan dudoso para el proceso de interrogación, aún me lo parece más que conspirara con otros y dependiera de su confianza». Información recibida el 3 de agosto de 2006; la fuente desea conservar el anonimato.

45. Reportaje disponible en: http://www.cbsnews.com/stories/2004/05/11/ 60II/main616849.shtml.

46. Estas declaraciones y bastantes más están disponibles en el informe de Human Rights Watch «Leadership Failure: Firsthand Accounts of Torture of Iraqi Detainees by U.S. Army's 82nd Airborne Division», 24 de septiembre de 2005, disponible en: http://hrw.org/reports/2005/us0905.

47. La sentencia de Chip Frederick a ocho años fue rebajada seis meses por orden del general al mando y otros dieciocho meses por la junta de libertad condicional y clemencia del ejército (agosto de 2006), tras diversas apelaciones y peticiones justificadas de benevolencia por parte de muchas personas, incluido yo mismo.

48. Comunicación personal, 12 de junio de 2005.

49. E. Aronson y J. Mills, «The Effect of Severity of Initiation on Liking for a Group», *Journal of Abnormal and Social Psychology* 59 (1959), págs. 177-181.

50. Un oficial militar me dijo en una ocasión: «Yo mismo he usado la expresión “se ha vuelto Stanford” para describir a alguien que tiene a otras personas a su cargo y que las trata con un sadismo impropio de él».

51. Hensley es un experto titulado en estrés traumático y diplomado por la American Academy of Experts in Traumatic Stress que actualmente trabaja como asesor de operaciones psicológicas y antiterrorismo para el gobierno estadounidense. Hensley, que se está especializando en el trastorno por estrés postraumático en la Facultad de Medicina de la Universidad de Capella, ha estudiado a fondo los maltratos de Abu Ghraib. También comenta que «la fiabilidad de las conclusiones presentadas en este informe se puede establecer mediante un análisis similar de una selección representativa de la unidad de los acusados. Una correlación positiva con unos datos similares podría indicar la validez del efecto Zimbardo en el centro de detención de Abu Ghraib, explicando así la conducta aberrante» (pág. 51). A. L. Hensley, «Why Good People Go Bad: A Psychoanalytic and Behavioral Assessment of the Abu Ghraib Detention Facility Staff». Estrategia de defensa en consejo de guerra presentada al Area Defense Council de Washington, D.C. el 10 de diciembre de 2004.

52. R. Norland, «Good Intentions Gone Bad», *Newsweek,* 13 de junio de 2005, pág. 40.

CAPÍTULO 15: El Sistema a juicio: complicidad de los mandos

1. Alegato final del comandante Michael Holley en el consejo de guerra contra el sargento primero Ivan Frederick, 21 de octubre de 2004 (Bagdad, 20 y 21 de octubre de 2004, págs. 353-354).

2. Final de mi declaración, 21 de octubre de 2004, pág. 329.

3. «La maldad administrativa» implica que los administradores se centren en desarrollar los métodos correctos y los pasos adecuados para lograr un objetivo de la manera más eficiente posible. Pero lo hacen sin reconocer que esos medios son inmorales, ilegales y carentes de ética, sin reconocer la realidad de los maltratos –y sus horrendas consecuencias– que generan sus políticas y sus prácticas. Los culpables de esta maldad administrativa pueden ser grandes empresas, cuerpos de seguridad, instituciones penitenciarias, fuerzas armadas, centros gubernamentales y también grupos revolucionarios radicales.

Como vimos hace cerca de cuarenta años, en la manera muy calculada con la que Robert McNamara abordó la guerra de Vietnam, el hecho de basarse en una mentalidad científica y analítica y en una visión racional-técnica y legalista de los problemas sociales y políticos permite que una organización y sus miembros cometan unas maldades cuya ética queda oculta. En una de sus manifestaciones, el Estado aprueba que sus agentes cometan actos que normalmente se consideran inmorales, ilegales y malvados presentándolos como necesarios para defender la seguridad nacional. Del mismo modo que el Holocausto y el internamiento en campos de concentración de ciudadanos estadounidenses de origen japonés durante la Segunda Guerra Mundial fueron ejemplos de maldad administrativa, sostengo que también lo es el programa de tortura de la administración Bush que forma parte de su «guerra contra el terrorismo».

El profundo concepto de la «maldad administrativa» ha sido desarrollado por Guy B. Adams y Danny L. Balfour en su provocador libro *Unmasking Administrative Evil,* edición revisada (Nueva York: M. E. Sharpe, 2004).

4. Véase una cronología de Abu Ghraib y de los informes de investigación en: www.globalsecurity.org/ intell/world/iraq/ abu-ghurayb-chronology.htm.

5. El periodista de investigación Seymour M. Hersh reveló los maltratos y las torturas de Abu Ghraib en «Torture at Abu Ghraib. American Soldiers Brutalize Iraqis: How Far Up Does the Responsibility Go?», *The New Yorker,* 5 de mayo de 2004, pág. 42, disponible en: www.notinourname.net/war/torture5may04.htm

6. Disponible en: http://news.findlaw.com/nytimes/docs/iraq/tagubarpt. html#ThR1.14.

7. Parte del informe Fay/Jones se presenta en Steven Strasser y Craig R. Whitney (comps.), *The Abu Ghraib Investigations: The Official Reports of the Independent Panel and the Pentagon on the Shocking Prisoner Abuse in Iraq* (Nueva York: Public Affairs, 2004). Véase el informe completo en: http://news.findlaw. com/hdocs/docs/dod/fay82504rpt.pdf. Véase también Strasser y Whitney, *The 11-S Investigations: Staff Reports of the 9/11 Commission: Excerpts from the House-Senate Joint Inquiry Report on 9/11 Testimony from Fourteen Key Witnesses* (Nueva York: Public Affairs, 2004).

8. Se dice que el general John Abizaid, a cargo del mando central de la coalición, pidió que realizara la investigación un oficial de graduación superior al general de división Fay porque las normas militares le impedían entrevistar a altos mandos. Ahí es donde entró en juego el teniente general Jones, porque él sí pudo realizar estas entrevistas.

9. Steven H. Miles, *Oath Betrayed: Torture, Medical Complicity, and the War on Terror* (Nueva York: Random House, 2006).

10. Eric Schmitt, «Abuses at Prison Tied to Officers in Military Intelligence», *The New York Times,* 26 de agosto de 2004.

11. Los miembros del grupo encabezado por Schlesinger para examinar los centros de detención del Departamento de Defensa entregaron su informe final al secretario de Defensa Donald H. Rumsfeld el 24 de agosto de 2004. Los cuatro miembros del grupo eran: el ex secretario de Defensa Harold Brown, la ex diputada Tillie Fowler, el general Charles A. Horner de la fuerza aérea (retirado) y el ex secretario de Defensa James R. Schlesinger. El informe completo, incluyendo el apéndice G, se puede consultar en: www.prisonexp.org/pdf/ SchlesingerReport.pdf.

12. Véase www.hrw.org. Véase también el reportaje «A Few Bad Apples» emitido por el programa *Fifth Estate* de la Canadian Broadcast Company, que se emitió el 16 de noviembre de 2005, y que se centraba en los sucesos que acaecieron en la galería 1A la noche del 25 de octubre de 2003, cuando varios soldados torturaron a prisioneros iraquíes mientras otros se quedaron mirando. Es el incidente del que se habla en el capítulo 14 y que se inició con el rumor, que resultó ser falso, de que aquellos prisioneros habían violado a un niño. En el sitio web de la CBC se puede hallar una cronología de los hechos que desembocaron en los maltratos, los artículos de Seymour Hersh sobre Abu Ghraib y los memorándums de Bush, Rumsfeld y Sánchez; véase www.cbc.ca/fifth/badapples/resource.html.

13. Véase: www.whitehouse.gov/news/releases/2004/05/20040506-9.html.

14. «Abu Ghraib Only the “Tip of the Iceberg”», *Human Rights Watch Report,* 27 de abril de 2005.

15. E. Schmitt, «Few Punished in Abuse Cases», *The New York Times*, 27 de abril de 2006, pág. A24. Este resumen se basa en un informe completo preparado por el Center for Human Rights and Global Justice de la Universidad de Nueva York en colaboración con Human Rights Watch y Human Rights First. Sus investigadores reunieron datos de cerca de 100.000 documentos obtenidos bajo la Freedom of Information Act. Destacan que cerca de dos terceras partes de todos los maltratos se produjeron en Irak.

16. «Abu Ghraib Dog Handler Gets 6 Months», *CBS News Video Report*, 22 de mayo de 2006. Disponible en: www.cbsnews.com/stories/2006/03/22/ iraq/main1430842.shtml.

17. Véase el informe completo en: http://humanrightsfirst.info/PDF/ 06425-etn-by-the-numbers.PDF.

18. El informe completo de HRW, incluyendo las citas que he extraído de él, está disponible en: www.hrw.org/reports/2005/us0405/1.htm (resumen general); véanse también otros apartados de este largo informe desde /2.htm hasta /6.htm.

19. Declaración ante el Congreso del secretario de Defensa Donald Rumsfeld, Hearing of the Senate Armed Services Committee on Mistreatment of Iraqi Prisoners, Federal News Service, 7 de mayo de 2004.

20. Véase: www.genevaconventions.org.

21. «Report of the International Committee of the Red Cross (ICRC) on the Treatment by the Coalition Forces of Prisoners of War and Other Protected Persons by the Geneva Conventions in Iraq During Arrest, Internment and Interrogation», febrero de 2004. Véase: http://download.repubblica.it/pdf/rapporto_ crocerossa.pdf.

22. Cita de «A Question of Torture», PBS *Frontline,* 18 de octubre de 2005.

23. Testimonio del teniente general Ricardo Sánchez, Senate Armed Services Committee, Hearing on Iraq Prisoner Abuse, 19 de mayo de 2004.

24. Mark Danner, *Torture and Truth: America, Abu Ghraib and the War on Terrorism* (Nueva York: The New York Review of Books, 2004), pág. 33.

25. Janis Karpinski, entrevista en «A Question of Torture», PBS *Frontline*, 18 de octubre de 2005.

26. Memorándum del teniente general Ricardo Sánchez al mando central, «Interrogation and Counter-Resistance Policy», 14 de septiembre de 2003, disponible en: www.aclu.org/SafeardFree.cfm?ID=17851&c=206

27. Entrevista con Joseph Darby, revista *GQ*, septiembre de 2006.

28. Jane Mayer, de *The New Yorker*, citada en «A Question of Torture», PBS *Frontline*, 18 de octubre de 2005.

29. Mucho más adelante (junio de 2006), casi noventa detenidos en Guantánamo iniciaron huelgas de hambre para protestar por su injusto encarcelamiento. Un comandante de la marina calificó esta acción de «táctica para llamar la atención». Para impedir que murieran, hubo que alimentar a la fuerza al menos a seis de ellos mediante sondas nasales. Aunque esto mismo parece una clase nueva de tortura, los mandos afirman que es un método «seguro y humanitario». Véanse Ben Fox, «Hunger Strike Widens at Guantanamo», Associated Press, 30 de mayo de 2006, y Andrew Selsky, «More Detainees Join Hunger Strike at Guantanamo», Associated Press, 2 de junio de 2006.
En un anterior capítulo he hablado de las huelgas de hambre de los presos políticos del IRA y de otros casos similares para compararlos con el método empleado por nuestro recluso Clay-416. Uno de los presos del IRA más famosos, y que murió por la huelga de hambre, fue Bobby Sands. Es de destacar que el organizador de las huelgas de hambre de Guantánamo, Binyam Mohammed alHabashi, dijera que si él y los otros huelguistas no veían atendidas sus peticiones morirían como Bobby Sands, que «tenía el coraje de sus convicciones y siguió con su huelga de hambre hasta la muerte. Nadie debería pensar ni por un momento que mis hermanos tienen menos coraje que él». Véase Kate McCabe, «Political Prisoners' Resistance from Ireland to GITMO: "No Less Courage"», www.CounterPunch.com, 5 de mayo de 2006.

30. «GITMO Suicides Comment Condemned. U.S. Officials' "Publicity Stunt" Remark Draws International Backlash», Associated Press, 12 de junio de 2006. El portavoz del gobierno era Colleen Graffy, subsecretaria de Estado adjunta. El contraalmirante era Henry Harris.

31. Janis Karpinski, entrevista en «A Question of Torture», PBS *Frontline*, 18 de octubre de 2005. También se cita en «Iraq Abuse "Ordered from the Top"», BBC, 15 de junio de 2004, disponible en: http://news.bbc.co.uk/2/hi/wold/ americas/3806713.stm. Cuando Miller llegó a Abu Ghraib, dijo: «Creo que tratan ustedes a los prisioneros demasiado bien. En Guantánamo, los prisioneros saben que mandamos nosotros, y lo saben desde el principio». Y añadió: «Hay que tratar a los prisioneros como perros. Si no es así, pierdes el control». Disponible en: www.truthout.org/docs_2006/012406Z.shtml.

32. Scott Wilson y Sewell Chan, «As Insurgency Grew, So Did Prison Abuse», *The Washington Post,* 9 de mayo de 2004. Véase también Janis Karpinski, *One Woman's Army* (Nueva York: Hyperion, 2005), págs. 196-205.

33. Jeffrey R. Smith, «General Is Said to Have Urged Use of Dogs», *The Washington Post,* 26 de mayo de 2004.

34. General Kern en «A Question of Torture», PBS *Frontline*, 18 de octubre de 2005.

35. El general de división Geoffrey Miller se retiró del ejército el 31 de julio de 2006. Optó por retirarse en lugar de solicitar un ascenso porque, según fuentes militares y del Congreso, su legado estaba manchado por las acusaciones de su papel directo en las torturas y los maltratos de Abu Ghraib y de Guantánamo.

36. Las declaraciones del general Myers insistiendo en culpar únicamente a los policías militares de todos los maltratos de Abu Ghraib y en calificarlos de «manzanas podridas», pasando por alto o descartando todas las pruebas de las investigaciones independientes que revelan la complicidad de los altos mandos y los muchos fracasos del sistema, son señal de ignorancia o de perseverancia mal entendida. Disponible en: www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/torture/etc/ script.html.

37. Se han desclasificado más de 100.000 páginas de documentos oficiales detallando maltratos y torturas a detenidos que se pueden examinar mediante el sistema de búsqueda de acceso público de la American Civil Liberties Union en: www.aclu.org/torturefoia/search. Véase el documento de abril de 2004 en: www.rawstory.com/news/2006/New_Army_documents_reveal_US_ knew_0502.html.

38. Eric Schmitt, «Outmoded Interrogation Tactics Cited», *The New York Times,* 17 de junio de 2006, pág. A11.

39. El periódico *Toledo Blade* de Ohio y sus periodistas ganaron un premio Pulitzer por la investigación de las atrocidades cometidas en Vietnam por la «Tiger Force», que durante un período de siete meses dejó un reguero de asesinatos de civiles que el ejército había ocultado durante treinta años. Esta unidad de la división aerotransportada 101 fue una de las más condecoradas de Vietnam. El ejército investigó las acusaciones de crímenes de guerra, mutilaciones, tortura, homicidios y ataques indiscriminados a civiles y encontró pruebas suficientes para acusar a dieciocho soldados, pero no encausó a ninguno. Véase «Buried Secrets, Brutal Truths», www.toledoblade.com. Los expertos coinciden en que una investigación a fondo de las atrocidades de la Tiger Force pudo haber evitado la carnicería de My Lai seis meses más tarde.

40. Según un periodista estadounidense, Nir Rosen, que lleva tres años viviendo en Irak y habla árabe, incluyendo el dialecto iraquí: «La ocupación se ha convertido en un vasto y prolongado atentado contra las gentes de Irak que en su mayor parte ha pasado desapercibido para los ciudadanos y los medios estadounidenses»; véase Nir Rosen, «The Occupation of Iraqi Hearts and Minds», 27 de junio de 2006, disponible en: http://www.truthdig.com/dig/item/20060627_occupation_iraq_hearts_minds. Véanse también los comentarios del periodista Haifer Zangana, «All Iraq is Abu Ghraib. Our Streets Are Prison Corridors and Our Homes Cells as the Occupiers Go About Their Strategic Humiliation and Intimidation», *The Guardian,* 5 de julio de 2006.

41. Anna Badkhen, «Atrocities Are a Fact of All Wars, Even Ours: It's Not Just Evil Empires Whose Soldiers Go Amok», *San Francisco Chronicle,* 13 de agosto de 2006, págs. E1, E6. Cita de John Pike, director de GlobalSecurity.org, en la pág. E1.

42. Dave Grossman, *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society* (Boston: Little, Brown, 1995). El sitio web de Grossman es www.killology.com.

43. Vicki Haddock, «The Science of Creating Killers: Human Reluctance to Take a Life Can Be Reversed Through Training in the Method Known as Killology», *San Francisco Chronicle,* 13 de agosto de 2006, págs. E1, E6. Cita del ex soldado Steven Green, pág. E1.

44. David S. Cloud, «Marines May Have Excised Evidence on 24 Iraqi Deaths», *The New York Times,* 18 de agosto de 2006; Richard A. Oppel Jr., «Iraqi Leader Lambasts U.S. Military: He Says There Are Daily Attacks on Civilians by Troops», *The New York Times,* 2 de junio de 2006.

45. D. S. Cloud y E. Schmitt, «Role of Commanders Probed in Death of Civilians», *The New York Times,* 3 de junio de 2006; L. Kaplow, «Iraqi's Video Launched Massacre Investigation», Cox News Service, 4 de junio de 2006.

46. MSNBC.COM, «Peers Vowed to Kill Him if He Talked, Soldier Says», crónica de Associated Press, 2 de agosto de 2006, disponible en: www.msnbc.com/id/14150285.

47. T. Whitmore, «Ex-Soldier Charged with Rape of Iraqi Woman, Killing of Family», 3 de junio de 2006, disponible en: http://news.findlaw.com/ap/0/ 51/07-04-2006/d493003212d3/a9c.html; Julie Rawe y Aparisim Ghosh, «A Soldier's Shame», *Time,* 17 de julio de 2006, págs. 38-39.

48. Roger Brokaw y Anthony Lagouranis en «A Question of Torture», PBS *Frontline,* 18 de octubre de 2005, disponible en: www.pbs.org/wgbh/pages/ frontline/torture/interviews.html.

49. «Quitarse los guantes» suele tener el significado de luchar contra un oponente con los puños desnudos, sin ninguna protección como en el boxeo. Coloquialmente, significa pelear sin los límites que imponen las normas que rigen estos combates.

50. T. R. Reid, «Military Court Hears Abu Ghraib Testimony: Witness in Graner Case Says Higher-ups Condoned Abuse», *The Washington Post,* 11 de enero de 2005, pág. A03. «Frederick, un sargento primero que fue degradado a soldado raso después de declararse culpable de maltratos en Abu Ghraib, dijo haber consultado a seis oficiales superiores, con graduaciones de capitán a teniente coronel, sobre los actos de los guardias, y que nunca se le dijo que esos actos cesaran. Frederick también dijo que un oficial de la CIA, al que identificó como "agente Romero", le dijo que "ablandara" a un sospechoso de pertenecer a la insurgencia para interrogarlo. El agente le dijo que los soldados podían hacerle lo que quisieran, "mientras no lo matéis", declaró Frederick.» Disponible en: www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A62597-2005Jan10.html

51. A. Zagorin y M. Duffy, «*Time* Exclusive: Inside the Wire at Gitmo», *Time,* disponible en: www.time.com/time/magazine/article/0,9171,1071284, 00.html.

52. Citado en Jane Mayer, «The Memo», *The New Yorker,* 27 de febrero de 2006, pág. 35.

53. Véanse los detalles de las entrevistas con el capitán Fishback y los dos sargentos en el informe de Human Rights Watch «Leadership Failure: Firsthand Accounts of Torture of Iraqi Detainees by the Army's 82nd Airborne Division», septiembre de 2005, vol. 17, nº 3 (G), disponible en: http://hrw.org/ reports/2005/us0905/1.htm. La carta de Fishback al senador McCain fue publicada por *The Washington Post* el 18 de septiembre de 2005; disponible en: www.washingtonpost.com/ wpdyn/content/article/2005/09/27/ AR2005092701527.html.

54. Erik Saar y Viveca Novak, *Inside the Wire: A Military Intelligence Soldier's Eyewitness Account of Life at Guantanamo* (Nueva York: Penguin Press, 2005).

55. Eric Saar, entrevista radiofónica con Amy Goodman, «Democracy Now», Pacifica Radio, 4 de mayo de 2005, disponible en: www.democracynow. org/article.pl?sid=05/05/04/1342253/.

56. Maureen Dowd, «Torture Chicks Gone Wild», *The New York Times,* 30 de enero de 2005.

57. Las citas de Saar y la interrogadora «Brooke» proceden de *Inside the Wire,* págs. 220-228.

58. Véase un relato fascinante en A. C. Thompson y Trevor Paglen, «The CIA's Torture Taxi», San Francisco *Bay Guardian,* 14 de diciembre de 2005, págs. 15 y 18. Esta investigación reveló que el Boeing N313P, propiedad de una empresa privada, tenía una autorización sin precedentes para aterrizar en cualquier base militar del mundo; fue utilizado en el secuestro de un ciudadano alemán de origen libanés, Khaled el-Masri. Según Steven Watt, experto en derechos humanos de la American Civil Liberties Union, es uno de los veintiséis aviones usados por la CIA para realizar estas «entregas».

59. Véase Human Rights Watch, «The Road to Abu Ghraib», junio de 2004, disponible en: www.hrw.org/reports/2004/usa0604. Véase también John Barry, Michael Hirsh y Michael Isikoff, «The Roots of Torture», *Newsweek,* 24 de mayo de 2004, disponible en: http://msnbc.msn.com/id/4989422/site/ newsweek/: «Según fuentes fidedignas, el presidente ha autorizado a la CIA a establecer una serie de centros secretos de detención fuera de los Estados Unidos y a interrogar a los detenidos en esos centros con una dureza sin precedentes».

60. *Frontline,* «The Torture Question», transcripción, pág. 5.

61. *Ibid*.

62. Jan Silva, «Europe Prison Inquiry Seeks Data on 31 Flights: Romania, Poland Focus of Investigation into Alleged CIA Jails», Associated Press, 23 de noviembre de 2005.

63. «21 Inmates Held Are Killed, ACLU Says», Associated Press, 24 de octubre de 2005; informe completo de la ACLU, «Operative Killed Detainees During Interrogations in Afghanistan and Iraq», 24 de octubre de 2005, disponible en: www.aclu.org/reus/NewsPrint.cfm?ID=19298&c=36.

64. Véase M. Huggins, M. Haritos-Fatouros y P. G. Zimbardo, *Violence Workers: Police Torturers and Murderers Reconstruct Brasilian Atrocities* (Berkeley: University of California Press, 2002).

65. White House, President Bush Outlines Iraqi Threat: Remarks by the President on Iraq (7 de octubre de 2002). Disponible en: www.whitehouse.gov/ news/releases/2002/10/20021007=8.html.

66. «Iraq on the Record: The Bush Administration's Public Statements on Iraq», preparado por the House of Representatives Committee on Government Reform-Minority Staff's Special Investigations Division, 16 de marzo de 2004, disponible en: www.reform.house.gov/min/.

67. Ron Suskind, «*The One Percent Doctrine: Deep Inside America's Pursuit of Its Enemies Since 9/11*» (Nueva York: Simon & Schuster, 2006), pág. 10.

68. Adam Gopnik, «Read It and Weep», *The New Yorker,* 28 de agosto de 2006, págs. 21-22.

69. Philip Zimbardo y Bruce Kluger, «Phantom Menace: Is Washington Terrorizing Us More than Al Qaeda?». *Psychology Today,* 2003, págs. 34-36; véase también Rose McDermott y Philip Zimbardo, «The Politics of Fear: The Psychology of Terror Alerts», en B. Bonger, L. M. Brown, L. Beutler, J. Breckenridge y Philip Zimbardo (comps.), *Psychology and Terrorism* (Nueva York: Oxford University Press, 2006), págs. 357-370.

70. *The Washington Post,* 26 de octubre de 2005, pág. A18.

71. Los comentarios de Cheney sobre el «lado oscuro», hechos en *Meet the Press with Tim Russert,* 16 de septiembre de 2001, en Camp David, Maryland, se pueden consultar en: www.whitehouse.gov/ vicepresident/news-speeches/ speeches/vp20010916.html.

72. Citado en Maureen Dowd, «System on Trial», *The New York Times,* 7 de noviembre de 2005.

73. James Risen, *State of War: The Secret History of the C.I. A. and the Bush Administration* (Nueva York: Free Press, 2006).

74. Anthony Lewis, «Making Torture Legal», *The Washington Post,* 17 de junio de 2004, disponible en: www.washingtonpost.com/wp-srv/nation/docu ments/dojinterrogationmemo20020801.pdf. Véase también el memorándum del Departamento de Defensa de 6 de marzo de 2003 que aconseja a Rumsfeld sobre los métodos de interrogación en: http://news.findlaw.com/wp/docs/toture/30603wsrpt/.

75. K. J. Greenberg. y J. L. Dratel (comps.), *The Torture Papers: The Road to Abu Ghraib* (Nueva York: Cambridge University Press, 2005). Parte de este material está disponible en: www.Thinking.Piece.com/ pages/books.html.

76. Cita de Anthony Lewis en la introducción a *The Torture Papers,* pág. xiii. También se debe mencionar que un pequeño círculo de abogados del Departamento de Justicia, todos ellos nombrados por la administración Bush, se rebelaron contra los razonamientos legales que se proponían para otorgar al presidente unos poderes prácticamente ilimitados para espiar a sus conciudadanos y para torturar a presuntos enemigos. Unos periodistas de *Newsweek* lo revelaron en «Palace Revolt» (febrero de 2006), calificando esta rebelión de «acto callado de valentía». Algunos de ellos han pagado cara la defensa que hicieron de una nación sometida a las leyes y no a unos hombres: han sido relegados al ostracismo, les han negado ascensos y han recibido presiones para abandonar el cargo.

77. B. Minutaglio, *The President's Counselor: The Rise to Power of Alberto Gonzales* (Nueva York: HarperCollins, 2006).

78. R. J. Gonzalez, «Review of Minutaglio's *The President's Counselor*», *San Francisco Chronicle,* 2 de julio de 2006, págs. M1 y M2.

79. Internet: «Guantánamo Interrogations Spark Battle Over Tactics: The Inside Story of Criminal Investigators Who Tried to Stop the Abuse», MSNBC.COM, 23 de octubre de 2006, www.msnbc.com/msn.com/id/15361458.

80. «FBI Fed Thousands of Spy Tips. Report: Eavesdropping by NSA Flooded FBI, Led to Dead Ends», *The New York Times,* 17 de enero de 2006.

81. Eric Lichtblau y James Risen, «Spy Agency Mined Vast Data Trove, Officials Report». *The New York Times,* 23 de diciembre de 2005. Véase también Adam Liptak y Eric Lichtblau, «Judge Finds Wiretap Actions Violate the Law», *The New York Times,* 18 de agosto de 2006.

82. Bob Herbert, «The Nixon Syndrome», *The New York Times,* 9 de enero de 2006.

83. C. Savage, «Bush Challenges Hundreds of Laws», *The Boston Globe,* 30 de abril de 2006.

84. L. Greenhouse, «Justices, 5-3, Broadly Reject Bush Plan to Try Detainees», *The New York Times,* 30 de junio de 2006. La administración Bush ha negado el ascenso a un abogado de la marina que representaba de oficio a un detenido en Guantánamo por haber cumplido su deber con rectitud y honradez. El capitán de corbeta Charles Swift no obligó a su cliente, un ciudadano yemení, a confesarse culpable ante un tribunal militar como se le había ordenado. Al contrario, manifestó que estos juicios eran inconstitucionales y apoyó la decisión de rechazarlos dictada por el Tribunal Supremo en *Hamdan* versus *Rumsfeld*. La denegación de su ascenso puso fin a veinte años de distinguida carrera militar. Según un editorial de *The New York Times*, «con su defensa del señor Hamdan y su declaración ante el Congreso de julio de 2003, el capitán Swift hizo lo máximo que puede hacer una persona sola para denunciar las abyectas injusticias de Guantánamo y la ilegalidad de los tribunales militares del presidente Bush». «The Cost of Doing Your Duty», *The New York Times,* 11 de octubre de 2006, pág. A26.

85. Guy B. Adams y Danny L. Balfour, *Unmasking Administrative Evil* (Nueva York: M. E. Sharpe, 2004). Véase más información para entender la medida del desastre provocado en Irak por las malas políticas de la administración Bush y del Pentágono en Thomas Ricks, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq* (Nueva York: Penguin Books, 2006).

86. El teniente coronel Jordan, encargado de supervisar las operaciones de interrogación en Abu Ghraib, fue acusado de siete delitos por investigadores del ejército varios años después de que los maltratos salieran a la luz. Según un reportaje en Salon.com (29 de abril de 2006), la única medida que tomó en relación con los maltratos fue colocar un tablero de contrachapado para no tener que verlos. Jordan fue acusado de esos siete delitos el 26 de abril de 2006, pero a 6 de septiembre de 2006 aún no se ha tomado ninguna decisión al respecto. Véase www.cbsnews.com/stories/2006/04/26/iraq/main1547777.shtml. Al coronel Pappas se le concedió la inmunidad a cambio de declarar contra Jordan. El general de división Geoffrey Miller apeló al derecho constitucional de no declarar contra sí mismo cuando fue citado para declarar en casos relacionados con el uso de perros para amenazar a detenidos. Véase Richard A. Serrano y Mark Mazzetti, «Abu Ghraib Officer Could Face Charges: Criminal Action Would Be First in Army's Higher Ranks», *Los Angeles Times,* 13 de enero de 2006.

87. En enero de 2006 se reunió en Nueva York una comisión de investigación internacional para juzgar los crímenes contra la humanidad cometidos por la administración Bush. Entre otros cargos, este tribunal acusó a la administración Bush de seis delitos que coinciden con mis acusaciones de complicidad contra Rumsfeld, Tenet, Cheney y Bush.
Tortura. Acusación 1. La administración Bush ha autorizado el uso de torturas y maltratos violando los derechos humanos, las leyes internacionales y las leyes estadounidenses.
Entrega. Acusación 2. La administración Bush ha autorizado el traslado («entrega») de personas que se hallaban bajo la custodia de los Estados Unidos a terceros países que se sabe practican la tortura.
Detención ilegal. Acusación 3. La administración Bush ha autorizado la detención indefinida de personas capturadas en zonas de combate y en países alejados de cualquier zona de combate y les ha negado las garantías de la Convención de Ginebra sobre el trato a prisioneros de guerra y las garantías que ofrece la Constitución estadounidense.
Acusación 4. La administración Bush ha autorizado en los Estados Unidos redadas para detener a decenas de miles de inmigrantes sin ninguna base y sin pruebas ni cargos en su contra, en flagrante violación de los derechos humanos, las leyes internacionales y las leyes estadounidenses.
Acusación 5. La administración Bush ha hecho uso de fuerzas militares para capturar y detener indefinidamente a ciudadanos estadounidenses sin pruebas ni cargos en su contra, negándoles el derecho a denunciar su detención ante los tribunales estadounidenses.
Asesinato. Acusación 6. La administración Bush ha cometido asesinatos autorizando a la CIA a matar a quienes designe el presidente, sean o no ciudadanos estadounidenses, en cualquier lugar del mundo.
Véase más información sobre este tribunal y sus conclusiones, así como tres vídeos con declaraciones de testigos, en: www.Bushcommission.org.

CAPÍTULO 16: Resistir las influencias situacionales y celebrar el heroísmo

1. *Zorba el griego* es una conocida novela de Niko Kazantzakis escrita en 1952. El papel de Alexis Zorba fue representado por Anthony Quinn en la película del mismo nombre, dirigida en 1964 por Michael Cacoyannis y coprotagonizada por Alan Bates como el jefe tímido e intelectual que hace de contrapunto a la extroversión y la pasión por la vida de Zorba.

2. B. J. Sagarin, R. B. Cialdini, W. E. Rice y S. B. Serna, «Dispelling the Illusion of Invulnerability: The Motivations and Mechanisms of Resistance to Persuasion», *Journal of Personality and Social Psychology* 83 (2002), págs. 526-541.

3. Cuando en 1979 estalló un incendio en un local de la cadena Woolworth en la ciudad inglesa de Manchester, la mayoría de las personas que estaban dentro pudieron escapar, pero murieron otras diez que también habrían podido ponerse a salvo sin dificultad. Según el director del cuerpo de bomberos murieron porque habían seguido un «guión de restaurante» en lugar de un «guión de supervivencia». Habían terminado de cenar en el restaurante del local y hacían cola para pagar la cuenta; la gente no se va de un restaurante sin pagar. Nadie quiso quedar en evidencia ante los demás; nadie quiso dar la nota. Por lo tanto, esperaron y acabaron muriendo.
Este suceso se describe en una producción para una televisión inglesa titulada «The Human Zoo» en la que participé. Se puede solicitar a Insight Media, Nueva York.

4. E. J. Langer, *Mindfulness* (Reading, MA: Addison-Wesley, 1989).

5. D. F. Halpern, *Thought and Knowledge: An Introduction to Critical Thinking*, 4ª ed. (Mahwah, NJ: Erlbaum, 2003).

6. C. Poche, P. Yoder y R. Miltenberger, «Teaching Self-Protection to Children Using Television Techniques», *Journal of Applied Behavior Analysis*, vol. 21 (1988), págs. 253-261.

7. D. Kahneman y A. Tversky, «Prospect Theory: An Analysis of Decision Under Risk», *Econometrica* 47 (1979), págs. 262-291. A. Tversky y D. Kahneman, «Loss Aversion in Riskless Choice: A Reference-Dependent Model», *Quarterly Journal of Economics* 106 (1991), págs. 1.039-1.061.

8. G. Lakoff, *Don't Think of an Elephant: Know Your Values and Frame the Debate* (White River Junction, VT: Chelsea Green, 2004). G. Lakoff y M. Johnson, *Metaphors We Live By,* 2ª ed. (Chicago: University of Chicago Press, 2003).

9. P. G. Zimbardo y J. N. Boyd, «Putting Time in Perspective: A Valid, Reliable Individual Differences Metric», *Journal of Personality and Social Psychology 77* (1999), págs. 1.271-1.288.

10. Andre Stein, *Quiet Heroes: True Stories of the Rescue of Jews by Christians in Nazi-Occupied Holland* (Nueva York: New York University Press, 1991).

11. Cita de las págs. 216-220 con las reflexiones de Christina Maslach sobre el significado del experimento de la prisión de Stanford en un capítulo escrito con Craig Haney y conmigo: P. G. Zimbardo, C. Maslach y C. Haney, «Reflections on the Stanford Prison Experiment: Genesis, Transformations, Consequences», en T. Blass (comp.), *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 2000).

12. Véanse otros significados del terrorismo suicida en un nuevo libro del psicólogo Fathali Moghaddam, *From the Terrorists' Point of View: What They Experience and Why They Come to Destroy Us* (Nueva York: Praeger, 2006).

13. Véanse más detalles en el fascinante relato de Michael Wood sobre su viaje siguiendo las conquistas de Alejandro Magno: *In the Footsteps of Alexander The Great: A Journey from Greece to Asia* (Berkeley: University of California Press, 1997). La BBC también emitió un excelente documental sobre el viaje de Wood producido por Maya Vision (1997).

14. Muchas de las ideas presentadas en este apartado han sido desarrolladas con Zeno Franco y se presentan con más detalle en nuestro artículo «Celebrating Heroism: a Conceptual Exploration», 2006 (pendiente de publicación). También he iniciado una nueva investigación para intentar entender la matriz de decisiones de una persona cuando se resiste a las presiones sociales para obedecer a la autoridad. Mi primer estudio, en colaboración con Piero Bocchario, finalizó hace poco en la Universidad de Palermo, Sicilia. «Inquiry into Heroic Acts: The Decision to Resist Obeying Authority». En preparación.

15. M. Seligman, T. Steen, N. Park y C. Peterson, «Positive Psychology Progress», *American Psychologist* 60 (2005), págs. 410-421. Véase también D. Strumpfer, «Standing on the Shoulders of Giants: Notes on Early Positive Psychology (Psychofortology)», *South African Journal of Psychology* 35 (2005), págs. 21-45.

16. *ARTFL Project: 1913 Webster's Revised Unabridged Dictionary,* http://humanities.uchicago.edu/orgs/ARTFL/forms_unrest/webster. form.html.

17. A. Eagly y S. Becker, «Comparing the Heroism of Women and Men», *American Psychologist* 60 (2005), págs. 343-344.

18. Lucy Hughes-Hallett, *Heroes* (Londres: HarperCollins, 2004).

19. *Ibid*., pág. 17. Pero deberíamos recordar que Aquiles, cuando ya ha muerto y es una sombra, le dice a Ulises que preferiría ser el criado vivo de un campesino que un héroe muerto. Homero no define el heroísmo como la valentía y la habilidad en la batalla, sino desde un punto de vista más social, como el establecimiento y el mantenimiento de unos lazos de fidelidad y de servicio mutuo entre los hombres. Un porquero puede ser tan heroico como Aquiles (como sucede en *La Odisea,* donde un porquero protege a Ulises) si cumple las normas de cortesía y de respeto mutuo. «Te lo suplico si es que alguna vez mi padre, el noble Ulises, te prometió algo y te lo cumplió en el pueblo de los troyanos donde los aqueos sufríais penalidades. Acuérdate de esto ahora y cuéntame la verdad», dice Telémaco cuando viaja a Pilos para informarse sobre su padre. Así pues, la noción del heroísmo de Homero es muy diferente de la de Hughes-Hallet.

20. *Ibid*., págs. 5-6. Así define Aristóteles al héroe «trágico». En este sentido, Macbeth, por muy malvado que sea y por muy conocida que sea su maldad, es un héroe. El héroe trágico debe caer porque cree que él mismo «es la ley», como le sucede a Creonte en *Antígona*.

21. S. Becker y A. Eagly, «The Heroism of Women and Men», *American Psychologist* 59 (2004), págs. 163-178; cita, pág. 164.

22. Podemos ver un ejemplo de seudoheroísmo de la peor especie en el descaro con que el ejército de los Estados Unidos hizo uso de la soldado Jessica Lynch. Tras una serie de exageraciones y falsedades, Lynch pasó de ser una joven soldado común y corriente que tras haber quedado herida e inconsciente fue capturada, a ser una heroína digna de la Medal of Honor que supuestamente había combatido sin ayuda de nadie contra sus brutales oponentes. El ejército fabricó esta patraña porque necesitaba un héroe en unos momentos en que llegaban muy pocas buenas noticias de la guerra de Irak. Un documental de la BBC reveló las mentiras y los engaños que acabaron creando esta falsa heroína. Con todo, la historia inventada de la soldado Lynch era demasiado jugosa para no aprovecharla: la NBC la plasmó en un telefilme, las principales revistas la contaran bajo grandes titulares y la misma Jessica Lynch la contó en un libro por el que recibió un millón de dólares por anticipado. Véanse «Saving Pvt. Jessica Lynch», documental de BBC America, 18 de julio de 2003; Rick Bragg, *I Am a Soldier, Too: The Jessica Lynch Story* (Nueva York: Vintage, 2003).

23. A. Brink, «Leaders and Revolutionaries: Nelson Mandela», disponible en: www.time.com/time/time100/leaders/ profile/mandela.html.

24. D. Soccio, *Archetypes of Wisdom,* 2ª ed. (Belmont, CA: Wadsworth, 1995).

25. W. F. Cascio y R. Kellerman, *Leadership Lessons from Robben Island: A Manifesto for the Moral High Ground* (pendiente de publicación).

26. Tuve la suerte de pasar varios días en compañía de Václav Havel cuando se me concedió el Havel Foundation Vision 97 Award en octubre de 2005 por mi investigación y mis escritos. Recomiendo la lectura de las cartas que envió a su esposa Olga desde la prisión y la introducción de Paul Wilson: Václav Havel, *Letters to Olga: June 1979-September 1982* (Nueva York: Knopf, 1988).

27. D. Soccio, *Archetypes of Wisdom* (Belmont, CA: Wadsworth, 1995).

28. S. Hersh, *My Lai 4: A Report on the Massacre and Its Aftermath* (Nueva York: Random House, 1970). Véase una de las descripciones más completas de la matanza de My Lai que incluye datos sobre el personal implicado, fotografías y los acontecimientos que desembocaron en el juicio al teniente William Calley Jr. en su «Introduction to the My Lai Courts-Martial», disponible en: www.law.umkc.edu/ faculty/projects/ftrials/mylai/ MYl_intro.html.
Las fotografías de la matanza de My Lai con mujeres, niños, bebés y ancianos asesinados fueron tomadas por un fotógrafo militar destinado a la compañía Charlie, Ronald Haeberle, el 16 de marzo de 1968, con su cámara personal. No fotografió aquellas atrocidades con la cámara oficial del ejército. Sus fotografías revelaron que los altos mandos habían mentido al decir que los asesinados a sangre fría eran rebeldes y no civiles inocentes y desarmados. Sin embargo, a diferencia de Abu Ghraib, en ninguna de las fotografías que tomó aparecen posando soldados estadounidenses.

29. T. Angers, *The Forgotten Hero of My Lai: The Hugh Thompson Story* (Lafayette, LA: Acadian House Publishing, 1999).

30. La letra de esta canción decía: «Señor, seguí las órdenes lo mejor que pude/Es difícil distinguir al enemigo del bueno/Y no hay nadie entre nosotros que no lo pueda entender».

31. Joe Darby habló en público por primera vez desde que expuso las atrocidades de Abu Ghraib en una entrevista con Wil S. Hylton para la revista *GQ* (septiembre de 2006) titulada «Prisoner of Conscience» (las citas de Darby son de esta fuente). Disponible en: http://men.style.com/gq/features/landing? id=content_4785.

32. K. Zernike, «Only a Few Spoke Up on Abuse as Many Soldiers Stayed Silent», *The New York Times,* 22 de mayo de 2004, pág. 1.

33. E. Williamson, «One Soldier's Unlikely Act: Family Fears for Man Who Reported Iraqi Prisoner Abuse», *The Washington Post,* 6 de mayo de 2004, pág. A16.

34. Coronel Larry James, comunicación personal, 24 de abril de 2005.

35. Discurso final de Jim Jones, noviembre de 1978, disponible en: http://jonestown.sdsu.edu/AboutJonestown/Tapes/Tapes/ DeathTape/death.html.

36. D. Layton, *Seductive Poison: A Jonestown Survivor's Story of Life and Death in the People's Temple* (Nueva York: Doubleday, 2003). Véase también www.deborahlayton.com.

37. Véanse mis ideas sobre la relación entre los métodos de control mental empleados por Jim Jones y los de *1984* de Orwell, más unas dosis del programa de control mental MKULTRA de la CIA, en P. G. Zimbardo, «Mind Control in Orwell's *1984:* Fictional Concepts Become Operational Realities in Jim Jones' Jungle Experiment», en M. Nussbaum, J. Goldsmith y A. Gleason (comps.), *1984: Orwell and Our Future* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005). Véase una explicación detallada de Jonestown como experimento de la CIA en Michael Meires, *Was Jonestown a CIA Medical Experiment? A Review of the Evidence* (Lewiston, NY: E. Mellen Press, 1968; Studies in American Religion Series, vol. 35).

38. Véase el reportaje que escribí en colaboración con el periodista Dan Sullivan sobre Richard Clark y Diane Louie: D. Sullivan y P. G. Zimbardo, «Jonestown Survivors Tell Their Story», *Los Angeles Times,* 9 de marzo de 1979, parte 4, págs. 1, 10-12.

39 R. Lucas, «Savior to Jewish Kids», Associated Press, 15 de marzo de 2007.

40. Brink, «Leaders and Revolutionaries».

41. H. Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil* (edición revisada y ampliada) (Nueva York: Penguin, 1994 [1963]) págs. 25-26.

42. *Ibid*., pág. 276.

43. *Ibid*., pág. 252.

44. C. R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York: HarperPerennial, 1992), pág. xix.

45. E. Staub, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and Other Group Violence* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989), pág. 126.

46. Z. Bauman, *Modernity and the Holocaust* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1989).

47. J. Conroy, *Unspeakable Acts, Ordinary People: The Dynamics of Torture* (Nueva York: Knopf, 2000).

48. M. Haritos-Fatouros, *The Psychological Origins of Institutionalized Torture* (Londres: Routledge, 2003).

49. M. Huggins, M. Haritos-Fatouros y P. G. Zimbardo, *Violence Workers: Police Torturers and Murderers Reconstruct Brasilian Atrocities* (Berkeley: University of California Press, 2002).

50. El concepto de la banalidad del heroísmo fue expuesto por primera vez por Zimbardo en un ensayo presentado en la *Edge* Annual Question 2006, una reunión anual patrocinada por John Brockman donde se invita a diversos expertos a responder a una pregunta provocadora, en este caso «¿Cuál es su idea más temeraria?». Véase: www.edge.org.

51. Véase Francois Rochat y Andre Modigliani, «Captain Paul Grueninger: The Chief of Police Who Saved Jewish Refugees by Refusing to Do His Duty», en T. Blass (comp.), *Obedience to Authority: Current Perspectives on the Milgram Paradigm* (Mahwah, NJ: Erlbaum, 2000).

52. Stanley Milgram, *Obedience to Authority: An Experimental View* (Nueva York: Harper & Row, 1974). Véase también Philip Zimbardo, Craig Haney, William Curtis Banks y David Jaffe, «The Mind Is a Formidable Jailer: A Pirandellian Prison», *The New York Times Magazine,* 8 de abril de 1973, págs. 36 y sigs.

53. La investigación de los correlatos de la personalidad que diferencian a las personas «obedientes» de las «rebeldes» sólo revela unos pocos factores significativos. Quienes obtienen unas puntuaciones elevadas en una medida de la personalidad autoritaria (escala-F) tienden más a obedecer a la autoridad, mientras que los rebeldes obtienen unas puntuaciones más bajas. Véase A. C. Elms y S. Milgram, «Personality Characteristics Associated with Obedience and Defiance Toward Authoritative Command», *Journal of Experimental Research in Personality* 1 (1966), págs. 282-289. Otra variable que puede influir en la tendencia a obedecer o desobedecer es la creencia en que la propia vida está regida por influencias externas o internas: quienes creen que su conducta está controlada por fuerzas externas son más obedientes. Del mismo modo, en un estudio con sujetos cristianos la obediencia era mayor entre quienes creían que su vida estaba sometida al control divino; en cambio, quienes no lo creían tendían a rechazar la autoridad tanto científica como religiosa. Véase Tom Blass, «Understanding Behavior in the Milgram Obedience Experiment: The Role of Personality, Situations, and Their Interactions», *Journal of Personality and Social Psychology* 60 (1991), págs. 398-413.

54. E. Midlarsky, S. F. Jones y R. Corley, «Personality Correlates of Heroic Rescue During the Holocaust», *Journal of Personality* 73 (2005), págs. 907-934.

55. Carol S. DePino, «Heroism Is a Matter of Degree», *El Dorado Times*, disponible en: www.eldoradotimes.com/ articles/2006/01/17/news/ news6.txt.

56. Aleksandr I. Solzhenistyn, *The Gulag Archipelago, 1918-1956* (Nueva York: Harper & Row, 1973).

* *Cupiditas*, en castellano, significa codicia, es decir, avaricia, ambición, el deseo ardiente de riqueza o de poder sobre otros. *Cupiditas* habla del deseo de convertir en uno mismo o de tomar para uno mismo todo aquello que sea «otro», que no sea uno mismo. La lujuria y la violación son formas de *cupiditas* porque suponen usar a otra persona como si fuera una cosa para satisfacer los propios deseos; el asesinato por dinero también es *cupiditas*. Es lo contrario del concepto de *caritas*, que significa verse a uno mismo como parte de un círculo de amor donde cada ego tiene valor por sí mismo pero también por su relación con los demás. «Haz con los demás como desees que hagan contigo» es una expresión débil de *caritas*. Es probable que la frase latina *Caritas et amor, Deus ibi est*, «Dondequiera que haya *caritas* y amor, allí está Dios», exprese mejor este concepto. *(Nota del t.)*

* La prisión de Abu Ghraib fue clausurada oficialmente el 15 de agosto de 2006 y todos los presos que había en ella fueron trasladados a Camp Cropper, cerca del aeropuerto de Bagdad.

* Más adelante volveremos a hablar con más detalle de este detenido, Manadel al-Jamadi.

Lista de ilustraciones

1. . Ilusión de ángeles y demonios de M. C. Escher 17
2. La policía arresta a un estudiante recluso 58
3. Carcelero con uniforme del experimento de la prisión de Stanford (EPS) 66
4. Reclusos del EPS en fila para uno de sus frecuentes recuentos 68
5. El comité de quejas se reúne con el director Zimbardo 97
6. Actividad en el patio del EPS 113
7. Un recluso del EPS sufre una crisis nerviosa 144
8. Reclusos encadenados y encapuchados del ESP esperan comparecer ante la junta de libertad condicional 169
9. Recluso del EPS desnudo en la celda 3 195
10. Tabla que compara la conducta de los carceleros y los reclusos del EPS (basada en grabaciones de vídeo) 252
11. Anuncio que solicitaba voluntarios de New Haven para el estudio de la obediencia de Milgram (por cortesía de Alexandra Milgram y Erlbaum Press) 320
12. «Alumno» conectado al aparato de descargas del experimento sobre la obediencia 320
13. Un «maestro» administra una descarga a un «alumno» obedeciendo a la autoridad 321
14. Prisión de Abu Ghraib: pirámide de prisioneros con guardias de la policía militar sonriendo 381
15. Prisión de Abu Ghraib: policía militar arrastrando por el suelo a un prisionero con una correa de perro atada al cuello 382
16. Sargento primero Chip Frederick sosteniendo con orgullo una bandera estadounidense en Irak 393

17. Prisioneros de Abu Ghraib obligados a simular actos de sodomía y a masturbarse 411
18. Perros pastores belgas sin bozal aterrorizando a un prisionero desnudo 411
19. Policía militar en una celda de la prisión de Abu Ghraib con la cara pintada al estilo de un grupo de rock 418
20. Chip Frederick con el «hombre encapuchado», la imagen más simbólica de las torturas 423
21. Chip Frederick sentado sobre la espalda del prisionero apodado «el cacas» 423
22. Policía militar de Abu Ghraib posando con el «detenido fantasma» asesinado en la galería 1A 456
23. El heroico estudiante chino, conocido como «el rebelde desconocido», frente a los tanques del ejército 506
24. Ilusión de ángeles y demonios de M. C. Escher, de nuevo 526

El efecto Lucifer
Philip Zimbardo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The Lucifer Effect*
Publicado en inglés, en 2007, por Random House, Nueva York

© diseño de la portada de Lucrecia Demaestri

Adaptación de la cubierta de Idee

© 2007 by Philip Zimbardo, Inc.
All Rights Reserved

© de la traducción, Genís Sánchez Barberán, 2008

© de todas las ediciones en castellano

Espasa Libros, S. L. U., 2008
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2012

ISBN: 978-84-493-2733-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com